



Anthony Birley

ADRIANO

La biografía de un emperador
que cambió el curso de la historia

«UN HOMBRE CASI SABIO, UN GRAN HOMBRE»

Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*



El reinado del emperador Adriano (76-138 d.C.), entre los años 117 y 138 d.C., marcó un hito en la historia del Imperio Romano. La presente obra, «que deja obsoletos todos los trabajos realizados anteriormente sobre Adriano» (*Times Literary Supplement*), es la primera exposición completa desde el trabajo de Bernard Henderson en 1923 sobre el

reinado de esta compleja figura histórica. Anthony Birley muestra aquí cómo Adriano abandonó descaradamente las conquistas orientales de Trajano, su predecesor, y construyó nuevas fronteras en Germania, Norte de África y Britania (el famoso muro de Adriano) para limitar la expansión del Imperio. Además, realiza un interesante análisis de su dramática vida personal, donde destaca en particular su romance con el joven Antínoo, cuya trágica muerte en el Nilo dio lugar a numerosas especulaciones que barajaban desde el suicidio hasta un sacrificio ritual. Birley recoge, en esta biografía «equilibrada, meticulosa y erudita» (*Publishers Weekly*), los nuevos testimonios aportados por inscripciones y papiros, además de un análisis actualizado de toda la bibliografía, para proporcionarnos un retrato fascinante de un hombre que, a pesar de haber sido odiado en el momento de su muerte, dejó en el Imperio Romano una huella indeleble que ha perdurado hasta nuestros días. 🌿

«Una obra histórica que debe situarse entre las biografías más importantes de los emperadores romanos».

British Archaeology

Anthony Richard Birley, una autoridad mundial en Historia Antigua, fue profesor de esa especialidad en la Universidad de Manchester entre 1974 y 1990 y en la Universidad Heinrich Heine de Dusseldorf entre 1990 y 2002, fecha en que se jubiló. Entre sus numerosas publicaciones destacan tres obras sobre la Britania romana y sendas biografías de Marco Aurelio y Septimio Severo. 🌸

ANTHONY R. BIRLEY

Adriano

La biografía de un emperador
que cambió el curso de la historia

TRADUCCIÓN DE JOSÉ LUIS GIL ARISTU



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Título original inglés:
Hadrian.

© 1997, Anthony R. Birley.
Todos los derechos reservados.
Traducción autorizada de la edición inglesa publicada por Routledge,
miembro del Taylor & Francis Group.

  CREATIVE COMMONS

Primera edición: noviembre de 2003.
© de la traducción: José Luis Gil Aristu, 2003.
© de esta edición: Ediciones Península s.a.,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
correu@grup62.com

VÍCTOR IGUAL • fotocomposición
LIMPERGRAF • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 43.197-2003.
ISBN: 84-8307-592-X.

M. I. B.

MATRI CARISSIMAE



Estatua de bronce de Adriano procedente del Tel Shalem, en Judea. El torso podría haber pertenecido a una estatua muy anterior de un rey helenístico.
(Museo Nacional de Jerusalén)

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción: El emperador Adriano</i>	15
1 INFANCIA EN LA ROMA DE LOS FLAVIOS	27
2 EL ANTIGUO DOMINIO	40
3 TRIBUNO MILITAR	47
4 «PRINCIPATUS ET LIBERTAS»	56
5 EL JOVEN GENERAL	74
6 ARCONTE EN ATENAS	84
7 LA GUERRA CONTRA PARTIA	94
8 EL NUEVO SOBERANO	107
9 REGRESO A ROMA	127
10 A LA FRONTERA GERMÁNICA	153
11 EL MURO DE ADRIANO	165
12 UN NUEVO AUGUSTO	188
13 REGRESO AL ESTE	200
14 UN VERANO EN ASIA	214
15 UN AÑO EN GRECIA	229
16 «PATER PATRIAE»	245
17 ÁFRICA	262
18 «HADRIANUS OLYMPIUS»	276
19 MUERTE EN EL NILO	301
20 ATENAS Y JERUSALÉN	330
21 EL AMARGO FINAL	354
<i>Epílogo: Animula vagula blandula</i>	381
<i>Árbol genealógico</i>	389
<i>Abreviaturas</i>	393
<i>Notas</i>	395
<i>Bibliografía</i>	457
<i>Índice</i>	473

PRÓLOGO

Hace tiempo que Adriano necesitaba una nueva biografía. El último intento serio de escribirla fue el de B. W. Henderson, en 1923. Aquella obra, con su comparación entre Adriano y lord Kitchener, sus afirmaciones pacatas («hasta donde sabemos, la relación entre Adriano, que no tuvo hijos, y Antínoo fue de una amistad muy pura») y su declarada hostilidad hacia la erudición «teutónica», tiene ahora un aire rancio (la de su predecesor Gregorovius aparece injustamente tachada de «compilación intolerable [...] una auténtica pesadilla de libro»). En realidad, Henderson estaba desfasado incluso en el momento de la aparición de su trabajo—inexplicablemente, había ignorado el estudio publicado en 1907 por W. Weber, que fue fundamental, y tal vez todavía sigue siéndolo, aunque resulte en gran parte ilegible—. De cualquier modo, el considerable aumento de la información disponible—sobre todo inscripciones y papiros—desde el momento en que escribieron Weber y Henderson exigía desde hace tiempo una nueva síntesis cuyos cimientos han sido echados por una auténtica profusión de temas adriánicos: las acuñaciones de moneda del emperador, su muro, sus proyectos constructivos en Roma y Atenas, su favorito Antínoo, la guerra o rebelión judía de Bar Kojba y el «renacimiento griego», además de una intensa labor dedicada a la *Historia Augusta*. Sin embargo, Adriano ha llegado a ser conocido sobre todo por una novela de Marguerite Yourcenar (1951). Sin restar méritos a su gran intuición y su genio literario, el Adriano cuyas *Memorias* compuso Yourcenar es una persona distinta del emperador histórico. Aun así, a pesar de la necesidad de un estudio actual y objetivo, es posible que no me hubiera decidido a realizarlo de no haber sido por la insistencia de Peter Kemmis Betty.

Se supone que, al menos, me hallaba en una buena posición para emprender la tarea. Da la casualidad de que nací y me crié cerca del Muro de Adriano, esa «afamada obra de la Antigüedad» (como la llamó Walter Scott). Es una tierra donde resulta imposible que el nombre de Adriano pase inadvertido. Hace ya tiempo, una de las principales empresas locales era Hadrian Paints ['Pinturas Adriano'], en Haltwhistle; «Adriano» ha sido luego en el valle del Tyne un nombre de marca registrada para cualquier tipo de productos, desde

chapas para carrocería de coches hasta agua mineral. Más aún: nuestra casa, Chesterholm, fue construida en gran parte con piedras del fuerte romano de Vindolanda, al otro lado del arroyo, y mi padre fue un arqueólogo muy dedicado al estudio del Muro de Adriano. Cuando fui a la universidad, descubrí con sorpresa (o con consternación) que, en Oxford, la «historia antigua» acababa con la muerte de Trajano, el 8 de agosto del 117 d.C., y la «historia moderna» no empezaba hasta la llegada de Diocleciano al poder, el 20 de noviembre de 284. Los años intermedios, de Adriano a los hijos de Caro, eran una especie de agujero negro. No se trataba de algo casual; en las humanidades, las *Litterae Humaniores*, la historia antigua estaba imbricada con la literatura clásica, y tras el reinado de Trajano no se escribió nada en latín «clásico»—fuera de algunas *Sátiras* de Juvenal y, en mi opinión (no compartida por muchos), los *Anales* de Tácito—. Otra posible razón es que la fuente principal para los años del 117 al 284 era la *Historia Augusta*, considerada impropia para estudiantes universitarios. Sin embargo, al graduarme comencé a investigar sobre los Antoninos y los Severos y «me engolfé en el océano de la *Historia Augusta*», aunque no con «indiferencia», como lo había hecho Gibbon. Por suerte, mi supervisor fue Ronald Syme. Aquel trabajo de fin de carrera me llevó, como estaba previsto, a escribir una tesis doctoral (no publicada), y las biografías de Marco Aurelio (1966) y Septimio Severo (1971), a las que la editorial Batsford otorgó una existencia nueva en forma revisada (1987 y 1988).

Adriano constituye todo un reto. Ya había sido un personaje extraño y desconcertante para sus contemporáneos. ¿Podemos esperar meternos en su piel? Las diecinueve palabras de su poema *Animula*, su «adiós a la vida», han generado una copiosa bibliografía. No disponemos de mucho más para saber qué sucedía tras aquella elegante fachada, cómo era el auténtico Adriano—los fragmentos de su autobiografía solo dan a conocer una versión para el consumo público, y lo mismo ocurre con los retratos, las monedas y las inscripciones con su nombre descubiertas de Nortumberlandia al Mar Negro y de Transilvania a los límites del Sahara—. En el interior de Adriano había varias personalidades contrapuestas. El emperador encarnó diversos papeles. Para nosotros, al menos, Adriano ha de ser lo que hizo. Pero ni siquiera los «hechos», la cronología y el curso de los acontecimientos, son siempre fáciles de establecer. Por no hablar (por ejemplo) de *por qué* construyó el Muro en Britania, creó el Panhelenio en Atenas o adoptó a Ceyonio Cómodo como hijo y sucesor. En particular, sus prolongadas giras por las provincias—la característica más notoria de su reinado—son difíciles de datar con precisión. Por eso, en estas páginas, habremos de recurrir (quizá con demasiada frecuencia) a giros como «probablemente», «es bastante posible», «podemos conjeturar».

He intentado ofrecer un relato coherente e indicar en las notas las fuentes y obras modernas consultadas por mí. (La bibliografía podría haber sido mucho más voluminosa. En el libro, por ejemplo, he citado solo una selección de temas analizados en mi artículo sobre su poema de «adiós». La mayoría de las notas se limitan a citar las fuentes y una selección de estudios modernos. Y, de vez en cuando, he añadido algún análisis sobre cuestiones de cierta dificultad.) Había proyectado incluir una sección más, con capítulos sobre la «Política de Adriano»—medidas financieras, militares, religiosas, legales, «administrativas»—. Pero, de haber sido capaz de concluirlo, el producto final habría resultado demasiado largo. El presente libro es en esencia una *Vida*, y no una *Vida y época*. En los primeros capítulos, basados en la bibliografía correspondiente al período de Flavio y Trajano, sobre todo las *Cartas* de Plinio, he intentado dar cuerpo al esbozo de Adriano ofrecido por la *Historia Augusta* antes de su acceso al poder. El retrato resultante del emperador está dominado principalmente por su filohelenismo. Adriano—producto, en gran medida, de su tiempo—volvió a dar vida al pasado en un sentido muy cierto. Al principio se consideró un nuevo Augusto; luego, sin embargo, se vio a sí mismo como un nuevo Pericles o, incluso, como un segundo Antíoco Epífanes. Su deseo obsesivo de hacerse griego y resucitar la cultura helénica habría de tener consecuencias trágicas para el propio Adriano en la muerte de su amado Antínoo; y para el pueblo judío, al que intentó helenizar por la fuerza.

En los más de cuatro años transcurridos desde que comencé a trabajar he contraído muchas deudas de gratitud. Debo un especial agradecimiento a Géza Alföldy, Antonio Caballos Rufino, Werner Eck, Dietmar Kienast, Margaret Roxan, Antony Spawforth, Michael P. Speidel, Susan Walker, Peter Weiss y Ruprecht Ziegler, sobre todo por haberme proporcionado originales de sus propios trabajos. Werner Eck tuvo la gran bondad de comentar un último borrador, lo cual me ayudó a eliminar algunos errores. Los que quedan son responsabilidad mía. El resultado de la invitación de Thomas Pekáry a colaborar en un «Oberseminar» en Münster fue un análisis más exhaustivo del «adiós a la vida» de Adriano. El privilegio de pasar el trimestre de otoño de 1994 en el Institute for Advanced Study de Princeton me resultó muy provechoso, en especial por las conversaciones mantenidas con Glen Bowersock, Ted Champlin, David Frankfurter, Christian Habicht y Gabriel Herman, y porque me permitió utilizar, además de la biblioteca del Instituto, las del Speer Theological Seminary y la Universidad de Princeton. Fue allí, en Princeton, donde escribí mi artículo sobre el poema *animula* y esboqué los capítulos 18-20. Los doctores Roger Bland (Museo Británico) y Helmut Jung (Instituto Arqueológico Alemán de Roma) accedieron sin problemas a proporcionarme foto-

grafías. Los mapas fueron dibujados por mi alumno Peter Nadig. La señora Rita Kröll, secretaria del Departamento de Historia Antigua de Düsseldorf, volvió a mecanografiar una gran parte de mi primer borrador y me ha prestado otros tipos de ayuda práctica en los dos últimos años, lo mismo que su predecesora, la Sra. Herta vom Bovert, de 1990 a 1994. El cambio de editorial, de Batsford a Routledge (que no ha afectado únicamente a este libro), supuso un retraso de algunos meses en el camino a la imprenta, pero permitió revisar algunos pasajes. Una grata invitación para pronunciar en noviembre de 1996 la conferencia «Ronald Syme» en el Wolfson College de Oxford trajo consigo nuevas reflexiones sobre «Adriano y los senadores griegos», tema al que me refiero en las notas del presente libro. Este es el momento adecuado para expresar una vez más mi agradecimiento a Peter Kemmis Betty, antiguo empleado de Batsford, por el apoyo recibido de él durante los últimos treinta y cuatro años.

Los dos maestros a quienes más debo no se hallan ya entre nosotros —y ninguno de los dos, lo sé muy bien, habría estado de acuerdo con todo lo que digo en este libro—. Ronald Syme (1903-1989) publicó varias docenas de artículos sobre asuntos adriánicos, y escribió también mucho sobre la *Historia Augusta*. De esos escritos, de su gran *Tacitus* y de décadas de amistad he aprendido más de lo que se puede declarar en unas pocas palabras. Syme era, sin duda, contrario al género de las biografías imperiales. Pero consideraba a Adriano una figura fascinante. También lo era mi padre, Eric Birley (1906-1995), amigo íntimo de Syme durante sesenta años, quien leyó y comentó todo lo escrito por mí desde que comencé a seguir sus pasos. Al menos, pudo echar una ojeada a una gran parte del original mecanografiado. Confío en que habría disfrutado del producto final. También estoy agradecido a otros miembros de mi familia. Mi esposa Heide me animó a emprender la tarea. Nunca podría haberla llevado a buen puerto sin su apoyo constante. Las excavaciones realizadas por mi hermano Robin en Vindolanda—que, entre otros hallazgos sorprendentes, han sacado a la luz testimonios de la estancia de Adriano en aquel lugar—han sido una fuente continua de inspiración. Dedico esta biografía a mi madre, mi primera maestra, que me enseñó a leer y amar los libros.

ANTHONY BIRLEY

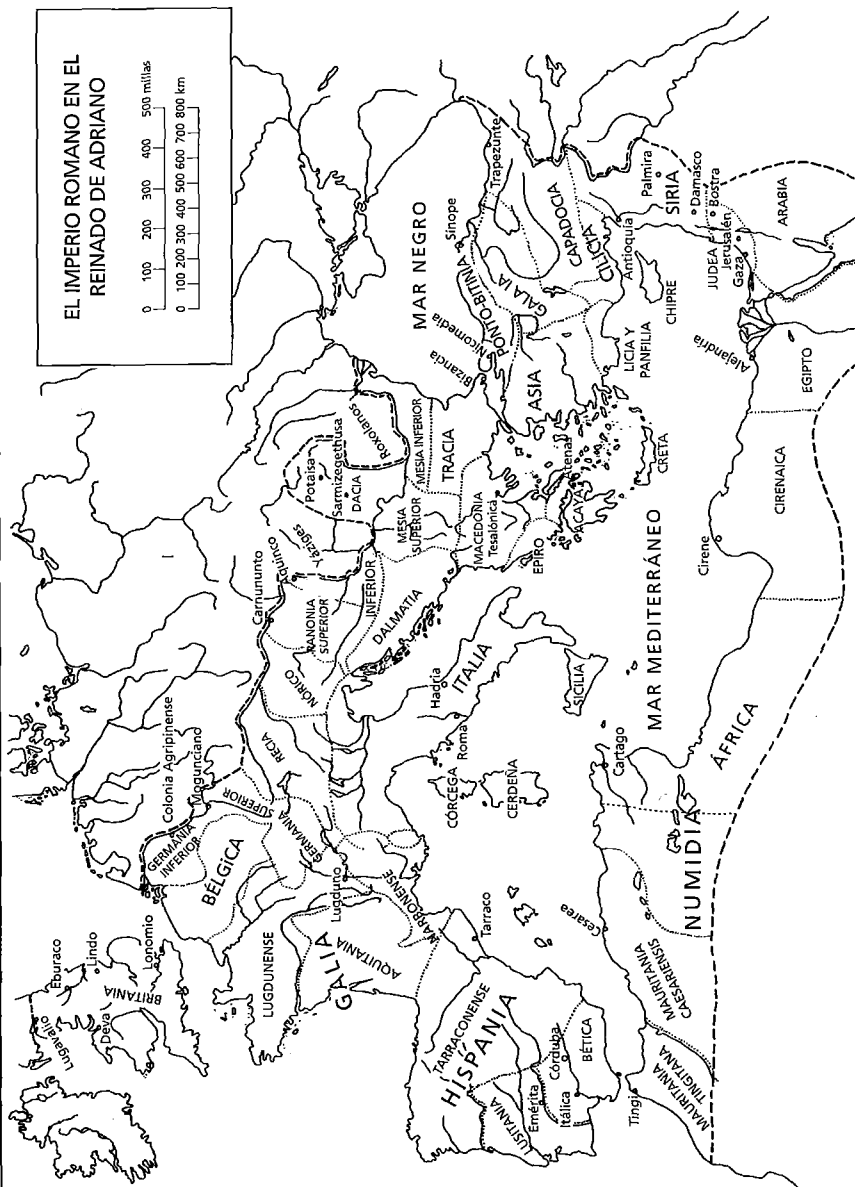
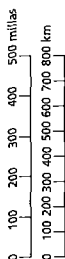
marzo-noviembre de 1996

High Birkshaw House, Bardonia Mill;
Friedberg, Hesse

NOTA

En estas páginas aparece un buen número de términos «técnicos» griegos y romanos del mundo antiguo (arconte, censor, *civitas*, cónsul, etc.); y también, sobre todo en las notas, muchas fuentes antiguas, de la *Anth. Pal.* a Jenofonte, *Anab.* En vez de hinchar el texto y las notas con explicaciones y citas de ediciones reconocidas (que muchos considerarían superfluas), me parece más sencillo, para aquellas que hayan quedado sin explicar, remitir a los lectores al *Oxford Classical Dictionary*, del que acaba de aparecer la 3.^a edición, preparada por Simon Hornblower y Antony J. S. Spawforth (1996) (*OCD*³). Su lista de «Abreviaturas utilizadas en la presente obra. B. Autores y libros» (pp. xxix-liv) y, en muchos casos, los artículos de ese gran volumen de 1.640 páginas resolverán todas las dudas de ese tipo. (Para una fuente que cito muy a menudo: la *Historia Augusta*, he preferido una abreviatura diferente y me refiero a ella como *HA*, en vez de *SHA*, según la fórmula del *OCD*³.)

EL IMPERIO ROMANO EN EL REINADO DE ADRIANO



INTRODUCCIÓN

EL EMPERADOR ADRIANO

«El más notable de todos los emperadores romanos»; así describía a Adriano hace casi un siglo un historiador de la Roma imperial. Lo que ha impresionado sobre todo tanto a los antiguos escritores como a los estudiosos modernos es la energía incesante de aquel hombre «que marchaba al frente de sus legiones por sus dominios del mundo», y su «insaciable curiosidad». Adriano pasó nada menos que la mitad de su reinado de veintiún años lejos de Roma e Italia, viajando por casi todas las provincias de su extendido imperio. Su presencia se puede documentar en más de treinta. Sería más sencillo enumerar aquellas en las que no podemos probar su estancia: Aquitania, Lusitania, Creta, Chipre, la Cirenaica, Cerdeña-Córcega—aunque probablemente visitó todas, excepto la última—. Lo cierto es que, en el momento de acceder al poder a la edad de cuarenta y un años, ya había pasado fuera de Roma más de la mitad de su vida adulta.¹

Este interés fundamental por las provincias, que halla una vívida expresión en la serie de monedas conmemorativas acuñadas en sus últimos años, se centró en parte en los ejércitos y las fronteras. Adriano rompió de forma clara e inequívoca con la política de su predecesor, Trajano, al abandonar inmediatamente después de su acceso al poder los territorios recién adquiridos más allá del Éufrates y evacuar a continuación algunas comarcas situadas al otro lado del curso bajo del Danubio. A aquellas medidas les siguió la construcción de varias líneas fronterizas artificiales, la más compleja de las cuales fue su Muro de Britania. Se puede discutir si esas líneas, en latín *limites*, significaron un auténtico cambio en la realidad militar, pero difícilmente se les podrá dar más valor del que tienen, pues fueron una señal clara para los tradicionalistas romanos, que seguían ansiando una ampliación continua de las fronteras, un *imperium sine fine*. La expansión debía concluir, aunque el emperador estaba decidido a mantener el ejército en un estado de máxima preparación.

El abandono de las conquistas de Trajano provocó una reacción hostil; se sospechaba, además, que su adopción de Adriano en el lecho de muerte había sido una impostura orquestada por Plotina, viuda de Trajano, en interés de su favorito. Aquellos resentimientos y sospechas fueron el trasfondo de la «cons-

piración»—según el término con que fue conocida—organizada por cuatro importantes senadores, ejecutados sumariamente durante los primeros meses del reinado de Adriano. Aunque afirmó no haberlas ordenado, Adriano fue acusado de aquellas ejecuciones y se ganó en consecuencia la desconfianza de la elite. El «asunto de los cuatro consulares» arroja una sombra sobre la primera parte de su reinado. Adriano reaccionó con un derroche de generosidad mostrándose pródigo con la plebe, concediendo reducciones fiscales y llevando a cabo un gran programa de construcciones en la capital. Uno de los elementos del proyecto fue la edificación de un nuevo templo dedicado a Roma y Venus; la ceremonia de colocación de la primera piedra tuvo lugar el 21 de abril del año 121, fecha de la fundación de la ciudad, en vísperas de la primera gran gira del emperador—como para demostrar que, a pesar de los favores otorgados a las provincias, Roma seguía desempeñando una función central—. Pocos años después, Adriano comenzó a retratarse ostentosamente como un segundo Augusto.

Tras aquella larga primera gira—cuya fase occidental, interrumpida bruscamente el 123 al surgir una emergencia que reclamó su presencia en Oriente, se completó con su visita a África el 128—, la atención de Adriano estuvo dedicada exclusivamente al Este. Después de algunos intentos provisionales de hacer del santuario de Apolo en Delfos un nuevo centro, puso en marcha en la mitad del Imperio donde se hablaba griego un programa complejo para convertir a Atenas en una especie de segunda capital imperial, sede de una nueva liga de todos los helenos, el Panhelenio. Al parecer, Adriano se veía a sí mismo como un nuevo Pericles que daría remate a las ideas que, supuestamente, había intentado hacer realidad el Decreto del Congreso de aquel estadista griego. Como sede del Panhelenio eligió el gran templo de Zeus Olímpico, inaugurado el siglo VI a.C. por el *týrannos* ateniense Pisístrato. El templo no había llegado a terminarse, a pesar de que el rey seléucida Antíoco Epífanés financió generosamente su construcción en el siglo II a.C. Los griegos respondieron encantados al programa panhelénico de Adriano. Según muestra la literatura de la época, estaban absolutamente ansiosos por revivir su glorioso pasado y le otorgaron el nombre de *Olympios*, 'Olímpico', dado en otros tiempos medio en broma a Pericles, y que era también el epíteto del principal dios de los helenos.²

Si Adriano emuló y superó al rey sirio no lo hizo solo dando remate al Olímpico; al igual que Antíoco tres siglos antes de él, intentó también helenizar a los judíos. Es la única explicación posible a su orden de prohibir la circuncisión y convertir la arruinada ciudad de Jerusalén en una colonia denominada Elia Capitolina, con un templo de Júpiter o Zeus que se levantaría sobre el sancta sanctorum. Aquella medida fue un error de cálculo atroz. La sublevación

provocada por ella acabó en una gran guerra. Simón ben Kosiba, o Bar-Kojba, un líder carismático, liberó una parte importante de Judea y mantuvo en vilo durante tres años a las fuerzas romanas en un conflicto sangriento.

Entretanto Adriano había sufrido un trauma personal. Se había casado a los veinticuatro años con Sabina, una pariente lejana sobrina nieta de Trajano. El matrimonio no tuvo hijos y fue una relación sin amor—al menos después de dos décadas—. Adriano, en cualquier caso, se interesaba más por los varones. En algún momento de sus viajes por el Este conoció a un hermoso muchacho bitinio llamado Antínoo, lo introdujo en su séquito y se enamoró de él intensamente. No sabemos cuánto tiempo estuvieron juntos. Se puede deducir legítimamente que, tanto en este como en otros aspectos, el propio Adriano creía comportarse de acuerdo con la tradición de la Grecia clásica según la cual el hombre de más edad era el *erastēs*, ‘el amante’; y el joven bello, el *erómenos*, ‘el amado’. Aquel tipo de relaciones habían gozado siempre de aceptación y habían sido, incluso, apreciadas entre los griegos. En Roma las actitudes eran diferentes, aunque la creciente helenización de las clases más altas había tenido también sus efectos; además, Adriano había sido un devoto de lo helenico desde que era un muchacho, lo que le valió el apodo de *Graeculus* (‘El grieguito’). Hemos de suponer que Antínoo acompañó constantemente a Adriano, en especial cuando este se entregaba a su pasión por la caza, al menos en su último gran viaje, iniciado al final del verano del año 128. Sin embargo, Antínoo murió ahogado en el Nilo en octubre de 130. Tanto si su fin se debió a un suicidio o, incluso, a algún tipo de sacrificio inducido por el consejo de un sacerdote o «mago» egipcio como si se trató, simplemente, de una muerte accidental, el dolor de Adriano no tuvo límites. El joven muerto fue declarado dios, y los griegos, al menos, respondieron al nuevo culto con entusiasmo.

Aunque logró presidir la culminación del proyecto panhelénico, la inauguración del Olimpieo en Atenas en la primavera del 132, inmediatamente antes del estallido de la guerra judía, Adriano fue en sus últimos años lo más parecido a un hombre deshecho. A su vuelta a Roma, a finales del 134, su salud era precaria. El 136 se decidió, por fin, a nombrar un sucesor y adoptó como hijo y heredero a un joven senador llamado Ceyonio Cómodo, a quien dio el nombre de Lucio Elio César. La elección pareció desconcertante y no fue bien recibida entre la elite. Las cábalas sobre los motivos de Adriano cundieron ya en su época, y los estudiosos modernos han ido aún más lejos. Su pariente masculino más próximo, su sobrino nieto Pedanio Fusco, tuvo una reacción airada; el 137—tarde, evidentemente—dio algún paso, y fue ajusticiado; su abuelo, Julio Serviano, cuñado de Adriano, un hombre de noventa años, fue obligado a suicidarse. El nuevo César falleció poco después del asunto de Fusco, y Adriano se

vio obligado a encontrar un nuevo sucesor. Esta vez su elección fue más segura y recayó sobre un hombre sólido de edad madura, Aurelio Antonino, quien a su vez recibió órdenes de adoptar a Lucio, hijo de corta edad de Elio César, y a su propio sobrino político, Marco, garantizando así la sucesión con tiempo suficiente. Parece probable que la persona elegida realmente por Adriano desde el primer momento fue Marco, que contaba entonces dieciséis años, y que se pensó en Elio César y, luego, en Antonino para mantener el trono ocupado hasta que aquél fuera lo bastante adulto para sucederles. Marco había sido prometido en matrimonio «por deseo de Adriano» a la hija de Elio César antes de la adopción de este. Su familia tenía algún parentesco con la de Adriano; Annio Vero, abuelo de Marco, había recibido de Adriano honores señalados; y Marco había sido uno de los favoritos del emperador, impresionado por sus magníficas cualidades de carácter desde la niñez. La crisis sucesoria concluyó así de manera feliz. Pero, debido a las muertes de Fusco y Serviano, además de las de otros, que, obviamente, se habían enemistado con el emperador, incluidos algunos amigos íntimos, y que se atribuyeron a Adriano, la impopularidad de este había alcanzado niveles muy altos en el momento de su fallecimiento. De hecho, en un primer momento, sus restos fueron depositados apresuradamente en Putéolos (Puzzuoli), lugar próximo al de su muerte, pues era «odiado por todos». Antonino tuvo que pelear con el Senado para conseguir su apoteosis. Es probable que no fueran muchos los que lloraron su pérdida.

Durante los últimos meses de su vida, Adriano escribió una autobiografía de la que se ha conservado solo un fragmento, aparte de algunas citas breves en dos autores de principios del siglo III, senadores ambos, cuyas obras constituyen directa o indirectamente la principal fuente de información sobre él. A comienzos del siglo III, uno de esos autores, Mario Máximo, biógrafo imperial, escribió una segunda colección de vidas que continuaba la de los *Doce Césares* de Suetonio. Máximo trató a Adriano con cierto detalle e hizo de él un retrato general ambivalente, con cierto hincapié en sus facetas oscuras. Sin embargo, las *Vitae Caesarum* de Máximo se han perdido y las conocemos casi exclusivamente por la utilización que hizo de ellas la enigmática *Historia Augusta* (HA), escrita a finales del siglo IV. La vida de Adriano, con que comienza la HA, es una compilación precipitada que nos ofrece no solo una drástica condensación sino, también, a veces, curiosas repeticiones. La *vita* de Adriano de la HA tiene como anexo una biografía fundamentalmente ficticia de Elio César; y las *vitae* de Antonino, M. Aurelio y L. Vero nos proporcionan mucha más información. Casio Dion, contemporáneo de Máximo, escribió una *Historia de Roma* desde la fundación de la ciudad hasta su propia época. Es posible que se sirviera de la biografía de Adriano escrita por Máximo—muchos

apartados coinciden con gran exactitud con la *HA*—. Pero el libro 69 de la obra de Dión, que cubría su reinado, solo se conserva en extractos y en un resumen bizantino.³

El estado fragmentario de las dos fuentes principales supone dificultades obvias para el historiador. Hay, no obstante, otras obras que completan el cuadro. Aunque no mencione a Adriano, la literatura dedicada a los períodos de Flaviano y Trajano se puede explotar para reconstruir la sociedad en la que aquel pasó las cuatro primeras décadas de su vida. Los poetas Marcial y Estacio además de Quintiliano, el profesor de oratoria, dan, por ejemplo, información sobre la época de Domiciano. Las *Cartas* y el *Panegírico* de Plinio arrojan mucha luz sobre la sociedad y las actitudes de los senadores en tiempos de Trajano—un buen número de amigos y parientes de Adriano son destinatarios de la correspondencia de Plinio o se mencionan en su obra—. En el lado griego abunda el material útil en los ensayos de Plutarco (los *Moralia*), los discursos de Dión de Prusa (Crisóstomo) y el relato de Arriano sobre las enseñanzas de Epicteto, admirado por Adriano y a quien probablemente visitó por las mismas fechas en que lo hizo aquel. Arriano trabó amistad con Adriano, y algunas de sus obras—la *Circunnavegación* (*Periplus*) del Mar Negro y los *Táctica*, así como el fragmento de una tercera obra del mismo período, cuando Arriano era gobernador de Capadocia: el «Orden de batalla (*Éktaxis*) contra los alanos»—estuvieron dedicadas al emperador.

Arriano no es el único autor contemporáneo cuyas obras se han conservado. Existen fragmentos de la voluminosa producción de Flegonte de Tralles, liberto de Adriano, algunos de los cuales resultan útiles para reconstruir los desplazamientos del emperador. Un manual sobre asedios (*Poliorcetica*) atribuido al arquitecto Apolodoro de Damasco puede arrojar luz sobre la guerra contra los judíos. El poeta alejandrino Dionisio «el Periegeta [‘el Guía’]» fue autor de un largo poema que describe el mundo conocido y posee un valor indirecto para Adriano. Una pieza curiosa es la obra sobre fisiognomía del extravagante sofista Antonio Polemón de Esmirna. Solo se ha conservado en traducción árabe, pero un pasaje nos instruye sobre los viajes de Adriano en la década de 120. Contamos también con obras de otro sofista contemporáneo, Favorino de Arlés (una de ellas, escrita sobre papiro, no fue descubierta hasta la década de 1930). Toda esta documentación contribuye a dibujar un cuadro de la vida intelectual de la época que respalda lo que podemos hallar en una obra recopilada algunas décadas después, las *Noches áticas* de Aulo Gelio—donde se cita al propio Adriano en varias ocasiones—y, sobre todo, en las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato, escritas un siglo después de la muerte del emperador. Algunas personalidades intelectuales punteras de la época de Adriano, en particu-

lar Favorino, Polemón y Herodes Ático, figuran de manera destacada en las obras de Gelio y Filóstrato.⁴

Hubo, desde luego, otros autores que escribieron en la época de Adriano. El poeta Floro, por ejemplo, cuyo intercambio de versos con él aparece citado en la *HA*, compuso una breve historia, basada en Livio, sobre las guerras de Roma hasta el tiempo de Augusto que nos ofrece un atisbo de las actitudes del período en que fue escrita. Otro poeta, Juvenal, escribió también en tiempos de Adriano. Su obra contiene una indicación cronológica clara—un cónsul sufecto (sustituto) del año 127—, y se pueden extraer otras de sus *Sátiras* para obtener información acerca del reinado. El biógrafo Suetonio ocupó bajo Adriano un cargo importante, el puesto de primer secretario, o *ab epistulis*. El año 122 fue despedido sin contemplaciones junto con su valedor, el prefecto de la Guardia Septicio Claro, a quien había dedicado ya, al menos, las dos primeras biografías, *Julius* y *Augustus*, de su obra *Vidas de los Césares*. Las diez restantes, de Tiberio a Domiciano, fueron compuestas probablemente después de que Suetonio fuera destituido de su cargo. La criba de los *Césares* en busca de indicios sobre las actitudes de Suetonio respecto a Adriano constituye un procedimiento legítimo. Lo mismo se puede decir, por supuesto, de los *Anales* de Tácito, cuyas monografías tempranas, *Agricola* y *Germania*, son, sin duda, indirectamente significativas para los primeros años de Adriano, momento en que fueron escritas. Sin embargo, la fecha de composición de los *Anales* es una cuestión debatida. Tácito nació a finales de la década del 50 y tenía, por tanto, unos sesenta años cuando Adriano accedió al trono. Se pueden decir muchas cosas a favor de la opinión según la cual acababa de comenzar la redacción de los *Anales* en ese preciso momento. En cualquier caso, tanto si lo hizo de forma casual como deliberada, varios pasajes de los *Anales* proporcionan comentarios instructivos acerca del emperador.⁵

A pesar de su pérdida, la autobiografía de Adriano sobrevive de alguna manera en varios de sus otros escritos, tanto en prosa como en verso. Ya hemos mencionado el intercambio de poemas con Floro. Se conservan también otras dos composiciones latinas de Adriano, un epitafio a su caballo favorito y—algo mucho más enigmático—su postrera alocución a su alma, su «adiós a la vida». Algunos de sus discursos y cartas oficiales, la mayoría fragmentarios, conservados en piedra o papiro, y algunas de sus respuestas a cuestiones legales, citadas en particular en el *Digesto*, constituyen en conjunto un considerable cuerpo de material documental. Se conserva también la curiosa colección de *Sententiae Hadriani*, sus respuestas evidentemente improvisadas dirigidas, sobre todo, a demandantes, conservadas como ejercicio escolar para ser traducidas al griego.⁶

Los oradores Frontón y Elio Aristides, del período inmediatamente posterior a la muerte de Adriano, nos ofrecen comentarios implícitos y explícitos acerca de él. Las cartas de Aristides, similares en muchos aspectos a las escritas por Plinio una generación antes, arrojan así mismo cierta luz sobre el círculo de Adriano. Pausanias, contemporáneo de ambos, enumera en su *Guía*, escrita a comienzos de la década del 170, varios favores realizados por el emperador en Grecia, sobre todo en Atenas. A finales del mismo siglo se recogieron algunas anécdotas en el voluminoso corpus del médico Galeno y en los *Deipnosophistas* de Ateneo.

El resumen que acabamos de dar no agota, ni mucho menos, las fuentes «literarias» de Adriano y su reinado: hay también escritos judíos y cristianos centrados, por supuesto, en asuntos religiosos y en la guerra judía—además de algunos comentarios hostiles sobre Antínoo—. El escritor Hefestión de Tebas, del siglo iv, citó así mismo horóscopos de Adriano y de su sobrino nieto Fusco recopilados a finales del siglo ii. Finalmente, podemos espigar unos pocos datos más de los cronistas del siglo iv Aurelio Víctor, Eutropio, Festo y el autor desconocido del *Epitome de Caesaribus*, deudores en parte, sobre todo el último, de la obra perdida de Mario Máximo.⁷

Pero, además de ello, el historiador puede dirigir su atención a una gran masa de material primario: monedas, inscripciones, papiros y restos arqueológicos. Entre los testimonios numismáticos se cuentan no solo las emisiones de la ceca imperial, sino también las acuñaciones locales del este griego, donde las monedas de Alejandría de Egipto proporcionan el máximo de información. Al menos están fechadas, mientras que, a partir del 119, año del tercer consulado de Adriano, la datación precisa desaparece de las demás emisiones—se omite la *tribunicia potestas*, renovada anualmente—. La única guía segura es el título de *pater patriae*, asumido el 128, y, en el este, el de *Olímpios* ('Olímpico') a partir del 129. Pero, al menos, se ha fijado el marco cronológico amplio—y algunas de las acuñaciones, en particular las series de las «provincias» y el «ejército», que recuerdan las giras provinciales de Adriano hacia el final de su reinado, son sumamente instructivas—. Además, las monedas acuñadas por los rebeldes en Judea nos suministran indicaciones preciosas sobre la naturaleza del régimen de Bar Kojba.

También abundan las inscripciones. Una especialmente importante es la del pedestal de la estatua de Atenas, donde se expone la carrera de Adriano hasta su primer consulado (108). Inscripciones comparables grabadas en piedra en las que se detalla la carrera de docenas de funcionarios senatoriales y ecuestres nos permiten identificar a los principales ayudantes de Adriano. También podemos mencionar los diplomas expedidos a los veteranos, de un

valor incalculable para reconstruir la historia militar. Los poemas compuestos por Julia Balbila, amiga de la emperatriz, grabados sobre el coloso de Memnón, en Tebas, con motivo de la visita imperial a Egipto son solo un ejemplo llamativo de los testimonios epigráficos de la época, demasiado copiosos y heterogéneos como para poderlos compendiar. Los papiros, procedentes en su mayoría de Egipto, arrojan su principal luz sobre esta provincia, como es natural. Aparte de unas pocas piezas que ayudan a documentar la estancia de Adriano en el país, se han hallado fragmentos de dos obras literarias en alabanza de Antínoo, así como el comienzo de una carta de Adriano a su sucesor Antonino, que, según una posible identificación, podría estar tomada de su biografía. Una fuente papirológica completamente nueva descubierta en el desierto de Judea contiene documentos y cartas en griego y arameo procedentes de refugiados judíos ocultos en la época final de la revuelta. De momento solo se han publicado completos los papiros griegos, pero tanto estos como—sobre todo—los textos arameos, no disponibles en su totalidad, nos ofrecen una visión singular del funcionamiento del Estado rebelde.

Las inscripciones y las monedas sirven conjuntamente para datar muchos de los restos conservados del reinado, y muy en especial el Muro de Adriano. Pero a lo largo y ancho del imperio y, en particular en Roma y Atenas, se conservan todavía, en ruinas o incólumes, como en el caso del Panteón y su Mausoleo romano o en el de la puerta de Adriano en Atenas, importantes edificios debidos al emperador o asociados a él. La gran Villa Tiburtina es aún objeto de investigación. Relieves históricos, como por ejemplo los llamados tondos de un monumento adriánico con motivos de caza conservado en Roma y el obelisco con inscripciones jeroglíficas, actualmente en esa ciudad pero procedente en origen de Antinoópolis, son motivo de debates académicos. Se han estudiado intensamente docenas de retratos esculpidos de Adriano, muchos de Sabina y un buen centenar de Antínoo.

En total, abundan, pues, los testimonios sobre Adriano. Sin embargo no es, ni mucho menos, fácil agruparlos. El primer estudio serio fue el realizado en 1842 por el clérigo francés J.G.H. Greppo, quien se centró en los viajes del emperador, prestando especial atención a las acuñaciones de moneda. Sin embargo, tras un análisis introductorio, Greppo confesó no sentirse capaz de establecer un «classement chronologique de ces voyages», debido a la dificultad de las pruebas.⁸ Pocos años después, en 1851, apareció una *Historia del emperador romano Adriano y su tiempo* escrita por un joven académico alemán, F. Gregorovius. Es evidente que fue muy leída y, al cabo de más de treinta años, su autor, que entretanto se había dedicado a la historia de la Roma medieval, publicó una segunda edición titulada *El emperador Adriano. Escenas del mun-*

do romano y helénico de sus tiempos (1884). Gregorovius era inmensamente erudito y escribía de forma muy atrayente. No es de extrañar que en 1898 apareciera una traducción al inglés. Pero, para entonces, los estudiosos alemanes habían comenzado a tener en cuenta con mayor seriedad las inscripciones (que, por supuesto, no habían sido descuidadas por Gregorovius). En 1881, J. Dürer publicó una tesis doctoral sobre los viajes de Adriano. En 1890, apareció otra monografía de J. Plew que prestaba especial atención a las fuentes del reinado—Plew había escrito ya una tesis sobre Mario Máximo—. El año anterior, H. Dessau había publicado su estudio sobre la *Historia Augusta* que marcaría un hito y demostraría que no se debía a seis autores sino a uno solo que escribía a finales del siglo iv y no bajo Diocleciano y Constantino.⁹ Comenzó a aparecer entonces una avalancha de obras académicas dedicadas a aquel escrito. En 1904, O. T. Schultz abordó la figura de Adriano a la luz de las nuevas ideas acerca de la *HA*, seguido un año después por E. Kornemann. Ninguna de las dos obras carece de méritos, pero ambas ofrecían propuestas completamente fantasiosas sobre las fuentes de la *HA*, obsesionadas como estaban por la idea de la existencia de dos fuentes principales, un autor «objetivo» (calificado por Kornemann como el «último gran historiador de Roma») y un autor biográfico nada serio y suministrador de chismorreos cortesanos.

Una obra de calidad muy diferente escrita por Wilhelm Weber y aparecida en 1907 dejó rápidamente obsoletos a Schulz y Kornemann. Weber reunió por primera vez una masa realmente sustanciosa de pruebas epigráficas, numismáticas y papirológicas para datar los principales sucesos del reinado de Adriano hasta la guerra judía, centrándose en realidad en los viajes. Aunque necesita ser corregida en algunos lugares, es improbable que esta monografía se vea desbancada como recopilación de testimonios. No obstante, hay que decir que, a pesar de algunos pasajes brillantes, no es una obra de lectura sino de consulta. Al año siguiente de aparecer la tesis doctoral de Weber, A. v. Premerstein publicó una monografía breve sobre la «conspiración de los cuatro consulares», en la que intentó utilizar un pasaje de la obra *De physiognomia* de Polemón para fechar y explicar aquel episodio.

Dieciséis años después del libro de Weber apareció *The Life and Principate of the Emperor Hadrian* del profesor oxoniense B. W. Henderson. Curiosamente, aunque el autor menciona en su prólogo que había sido instado a escribir el libro quince años antes por H. F. Pelham, profesor entonces de Historia Antigua en la Cátedra Camden de Oxford, debido seguramente a la aparición del de Weber, Henderson no menciona a este en ningún lugar. Y no porque desconociera los trabajos académicos alemanes—o teutónicos—, de los que se burla a menudo de forma desagradable y agresiva. Henderson logró, sin

duda, una exposición más legible que la de su predecesor y todavía se le cita con frecuencia—pues, según iba a resultar, su libro sería la última biografía erudita de Adriano durante más de sesenta años—. A pesar de su título, el libro de B. D'Orgeval (1950) no pasa de ser, en realidad, un intento de analizar la aportación de Adriano al desarrollo del derecho romano. Es cierto que hay algunas biografías más recientes, pero ninguna puede calificarse de obra académica. Debemos señalar también dos estudios sobre la vida de Adriano antes de su acceso al poder, uno de W. D. Gray (1919) y otro de L. Perret (1935)—este último escribió también una breve monografía sobre la concesión del título de emperador a Adriano.¹⁰

A pesar de la ausencia de una nueva biografía desde la escrita por Henderson, se ha publicado un notable conjunto de monografías dedicadas a aspectos de Adriano y su reinado. Las monedas fueron tratadas minuciosamente en fechas tempranas. El extenso volumen de P. L. Strack aparecido en 1933, seguido un año después por el de J. M. C. Toynbee sobre las acuñaciones adriánicas en las provincias y, en 1936, por la tercera entrega de *Coins of the Roman Empire*, de H. Mattingly, para las monedas del Museo Británico (a la que nos referimos como *BMC III* en la notas del presente volumen); dicha entrega cubría la época de Nerva a Adriano y en su introducción y catálogo se dedican unas trescientas páginas a este último. Más recientemente, W. E. Mettcalfe ha escrito monografías dedicadas a los *cistophori* acuñados bajo Adriano en la provincia de Asia, y L. Miltenburg a las monedas de los rebeldes judíos. El Muro de Adriano en Britania ha sido objeto de múltiples estudios. Podemos destacar el intento de interpretar las fases de su construcción llevado a cabo por C. E. Stevens, el libro de E. Birley sobre la historia de la investigación y la obra actualmente clásica de D. J. Breeze y B. Dobson. Los proyectos constructivos de Adriano en Roma y Atenas han sido analizados últimamente de manera detallada en monografías escritas por M. T. Boatwright y D. Willers, respectivamente. Atenas bajo Adriano había sido ya el tema de un libro todavía útil publicado por P. Graindor (1934). La Villa de Tívoli ha sido objeto de una atención reiterada.¹¹

La guerra judía se ha tratado en varias monografías, por ejemplo en las de S. Applebaum y P. Schäfer. Los retratos de Adriano—junto con las mujeres imperiales asociadas a él—fueron el tema de un volumen escrito por M. Wegner, publicado en 1956. El dedicado a Sabina por A. Carandini (1969) se centra principalmente en la iconografía. Antínoo ha sido también objeto de una considerable atención. La obra *Beloved and God* de R. Lambert (1984) es un notable ensayo biográfico dedicado al favorito imperial y cuyo valor no debería subestimarse. Los dos últimos volúmenes de H. Meyer tratan respectivamente de la iconografía y el obelisco.

Aparte de estas monografías «adriánicas», hay varias más que arrojan una valiosa luz sobre la época. Debemos señalar, ante todo, el estudio de H. Halfmann dedicado a los viajes imperiales (1986); quienquiera que trate asuntos relativos al reinado de Adriano deberá consultar constantemente la sección detallada dedicada a sus viajes. Adriano y su tiempo ocupan unas buenas ciento cincuenta páginas del libro de J. Beaujeu sobre la religión romana en el período de los Antoninos (1955). Además, diez colaboraciones de A. García Bellido y otros en el volumen *Les empereurs romaines d'Espagne* (1965) están dedicadas a Adriano en todo o en parte. Entre ellas, la escrita por R. Syme sobre «Adriano, el intelectual» fue una de las primeras de un conjunto final de más de veinte artículos dedicados a Adriano por este autor. La enorme biografía de Tácito escrita por Syme (1958), en la que señala reiteradamente los ecos de Adriano en los *Anales*, fue, por supuesto, un anticipo temprano de sus numerosos estudios dedicados al emperador.¹² Entre sus papeles se ha conservado un esbozo de «El reinado de Adriano tal como lo habría concebido Tácito». Syme observaba que varios historiadores romanos vivieron hasta una edad avanzada—y que, de haber sobrevivido, Tácito habría acabado de cumplir los ochenta en el momento de la muerte de Adriano—. (El propio Syme tenía ochenta y tres cuando redactó esas notas.) La «monografía de Tácito» sobre Adriano estaba concebida en cinco libros: el I habría ido del año 117 al 121; el II, del 121 al 123 o 125; el III, del 123 o 125 al 128—fecha señalada como una encrucijada en su reinado—; el IV del 128 al 134; y el V, del 134 al 138. Se indicaban temas apropiados para digresiones, por ejemplo Dacia y los sármatas, prefectos de Roma, Britania, la cuestión partia, la disciplina militar, el filohelenismo, Egipto y sus monumentos, los compañeros de viaje de Adriano, los judíos y los alanos.

La *vita Hadriani* de la HA ha sido objeto de dos comentarios, uno en inglés, de H. W. Benario (1980), y el segundo en francés, de J. P. Callu y otros (1992). La publicación por E. M. Smallwood (1966) de una colección de fuentes principalmente epigráficas para los reinados de Nerva, Trajano y Adriano ha hecho posible entretanto acceder con facilidad a una gran parte de las pruebas primarias; y la colección de constituciones griegas de los emperadores romanos, publicada póstumamente por J. H. Oliver (1989), ha permitido entender mejor un gran número de importantes textos adriánicos. Finalmente, debemos mencionar una obra de naturaleza muy distinta: la novela de Marguerite Yourcenar *Memorias de Adriano*, publicada en 1951. Este libro ha sido recibido con enorme aplauso y sus méritos literarios son incuestionables. Sin embargo, aunque la personalidad retratada en él parece haber sido aceptada por un número nada escaso de estudiosos como un retrato auténtico del «verdadero

Adriano», otra cosa es que el Adriano de Yourcenar se parezca, en realidad, tanto al hombre que realmente fue.¹³

Las fuentes antiguas nos dan, al menos, una idea de la apariencia de Adriano: una figura alta e imponente y, además, de una magnífica forma física, pues montaba a caballo y caminaba mucho, se ejercitaba con las armas, lanzaba la jabalina y cazaba a menudo. Era también un hombre elegante, «se rizaba el pelo con un peine» y llevaba barba, que mantenía bien arreglada. Sus ojos eran, al parecer, brillantes y penetrantes. Podía ser de «trato agradable y poseía cierto encanto»; además, se mezclaba fácilmente con sus súbditos más humildes, que debieron de verlo en más ocasiones que a cualquier otro emperador. Pero su «insaciable ambición», su ardiente deseo de sobresalir y ganar puntos a expensas de los especialistas en cualquier terreno, hizo de él, evidentemente, una persona incómoda para sus conocidos.¹⁴

INFANCIA EN LA ROMA DE LOS FLAVIOS

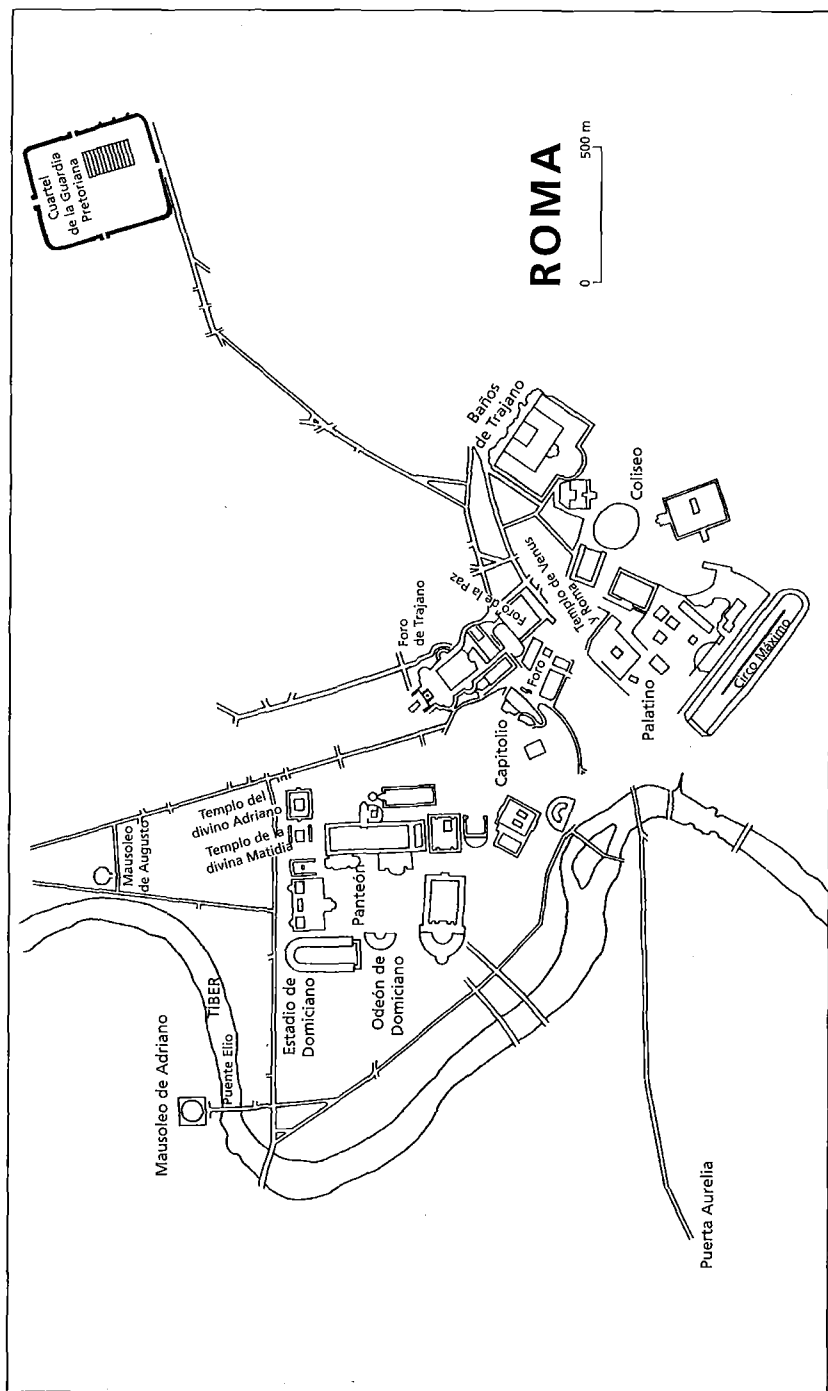
El día noveno antes de las calendas de febrero, en el séptimo consulado de Vespasiano y el quinto de Tito César, Domicia Paulina, esposa del joven senador Elio Adriano Afro, dio a luz un hijo en Roma. Así recoge la *Historia Augusta* (HA) el nacimiento del futuro emperador Adriano ocurrido el 24 de febrero del 76—en Roma y no en Itálica, ciudad del sur de Hispania y lugar de procedencia de su padre—. Los senadores tenían como domicilio oficial Roma, y la mayoría de ellos, sobre todo quienes desempeñaban o aspiraban a una de las magistraturas tradicionales, residían de hecho en la urbe. Casio Dión registra el nombre del padre como Adriano Afro y dice de él que era senador y antiguo pretor. Esto podría significar, simplemente, que su carrera le había llevado hasta la pretura. No obstante, es probable que alcanzara ese cargo un año o dos antes del nacimiento de Adriano. La casualidad ha hecho que se conserve en papiro una parte de una carta escrita a Antonino por Adriano poco antes de su muerte; en ella menciona que su padre sólo vivió hasta los cuarenta años. Según informa la HA, Afro murió cuando Adriano tenía diez; en el momento de nacer su hijo era, por tanto, un hombre de veintinueve o treinta años, precisamente la edad media para la pretura. Pero también pudo haber ocupado antes aquel cargo. La legislación de Augusto concedía a los senadores un año de adelanto por cada hijo sobre la edad mínima de acceso a las magistraturas y Afro tenía además una hija que llevaba el nombre de su madre y era, probablemente, mayor que Adriano.¹

Ni la HA ni ninguna otra fuente nos ofrece más detalles acerca de los nueve primeros años de Adriano—si exceptuamos una única inscripción que recoge el nombre de la nodriza del futuro emperador, Germana, sin duda una esclava—. Al igual que otras mujeres de alto rango, Paulina no dio el pecho a su hijo. A juzgar por su nombre, Germana debió de haber sido una mujer del norte, de origen bárbaro. Más tarde se le concedió la libertad y sobrevivió a Adriano. La *vita* nos ofrece un detalle único y revelador sobre la madre de Adriano y mucha información acerca de la familia de su padre. Domicia Paulina «procedía de Gades [Cádiz]»; era la ciudad más antigua de Hispania y, según la tradición, el primer asentamiento fenicio en Occidente, fundado a fina-

les del segundo milenio a.C. Después de varios siglos de independencia y hasta de dominio sobre el sur de Hispania, Gades había caído en poder de los cartagineses a más tardar en la época de Amílcar Barca, padre de Aníbal. Al cabo de unas décadas, Gades cambió de bando durante la Segunda Guerra Púnica, y el 206 a. C. fue recibida por Roma como aliada. Varios de sus hijos adquirieron la ciudadanía romana.

El más destacado fue L. Cornelio Balbo, quien tuvo una enorme influencia como agente de César y, tras la muerte del dictador, fue nombrado, de hecho, miembro del Senado romano y cónsul el 40 a.C., siendo así el primer no nacido en Italia en ocupar esa magistratura. César había otorgado entretanto la ciudadanía a toda la comunidad. La riqueza de Gades era proverbial. El propio Balbo había sido extraordinariamente rico. En la época de Augusto había quinientos gaditanos cuyas propiedades les daban derecho a pertenecer al orden ecuestre. Varios hombres de esas familias debieron de haber seguido a Balbo en el Senado. Podemos suponer sin problemas que el padre de Domicia Paulina había alcanzado ese rango, si es que no lo poseían otras generaciones anteriores de la familia. En última instancia, su ascendencia era púnica: el nombre de la familia, Domicia, indica que descendía de una persona cuyo derecho de ciudadanía se había conseguido gracias a los buenos oficios de un Domicio miembro de la nobleza republicana.²

La línea paterna era muy diferente. Los Elios se habían asentado en Itálica, a unos ocho kilómetros aguas arriba de Híspalis (Sevilla), desde «la época de los Escipiones». En otras palabras, uno de sus antepasados había sido alguno de los «soldados enfermos o heridos» del ejército de C. Cornelio Escipión en Hispania que, en el momento en que este se disponía a regresar a Roma, el 206 a.C.—el mismo año en que Gades había recibido su condición de ciudad con tratado—, habían sido alojados en una nueva colonia, «en una ciudad que llamó Itálica, por Italia». El lugar no tenía condición de *colonia*, aunque más tarde se convertiría en *municipium*, y los soldados eran, sin duda, italianos aliados, pero no ciudadanos romanos. El primer Elio de Itálica procedía de Hadria, en la costa este de Italia, según se cuidaría de observar Adriano en su autobiografía. Unos doscientos años antes, un miembro de la familia, Marulino, *atavus* de Adriano—abuelo de su bisabuelo—, había entrado a formar parte del Senado romano. Por tanto, aunque en las generaciones intermedias no hubo ningún senador, los Elios eran, sin duda, una de las principales familias de Itálica y, en realidad, de toda la provincia de la Bética. Podemos identificar otras dos familias de Itálica con las que compartían esa posición: los Ulios y los Trahios o Trayos, antepasados de Trajano. Una de las dos o ambas procedían de Túder (Todi), en Umbria, y, al igual que los Elios, su asenta-



Mapa 1. Roma. Centro de la ciudad.

miento en Itálica se remontaba, probablemente, a la fundación de la ciudad el 206 a.C.³

La HA hace hincapié en el vínculo de Adriano con Trajano, y al padre de aquel, Adriano Afro, se le denomina «sobrino carnal (*consobrinus*) del emperador Trajano». Según se suele suponer, el abuelo de Adriano se había casado con una tía de Trajano o, por decirlo de otra manera, con una hermana de Trajano el Viejo, M. Ulpio Trajano. Aquel hombre, tío abuelo, por tanto, de Adriano, era una de las personas más poderosas e influyentes de su tiempo. En el momento de nacer Adriano se encontraba en el este, ocupando el puesto de gobernador de Siria, y su hijo, el primo del padre de Adriano, estaba con él como tribuno militar. Trajano debía, sin duda, en parte esa distinción a sus capacidades militares, pero también a un golpe de suerte: había estado al mando de la X Fretensis como uno de los tres legados de la legión en la fuerza expedicionaria de Judea capitaneada por Vespasiano desde el año 66. Era, por tanto, uno de los hombres que se encontraban con él cuando su comandante en jefe fue proclamado emperador en julio del 69. Otros dos legados legionarios de Judea en aquella expedición habían sido un hombre de la localidad natal de Vespasiano, Reate (Rieti), Sex. Vettuleno Cerial, y Tito, el hijo de Vespasiano. Al parecer, se permitió a Vespasiano elegir directamente a aquellos dos legados—hecho sumamente excepcional—. Es posible que Vespasiano escogiera también a Trajano. Hay indicios de que su mujer, Marcia, tenía propiedades en la confluencia del Tíber y el Nar, equidistante de Tuder y Reate; y Marcia era, quizá, hermana de la primera esposa de Tito, Marcia Furnila. Sea como fuere, en su condición de antiguo compañero de armas del emperador y de su hijo mayor, Tito César, Trajano gozó en la década del 70 de una situación claramente excepcional. Además, siendo gobernador de Siria, dio muestras de su valentía al impedir a los partos hacer realidad una amenaza de invasión.⁴

Los Elios y los Ulpios eran, sin duda, gente adinerada. Al fin y al cabo, para ser miembro del Senado se requería ser dueño de importantes propiedades. Los Elios—como no es de extrañar—poseían productivos olivares aguas arriba de Itálica. Durante las guerras civiles de los años 49-45 a.C., algunos hombres de Itálica habían desempeñado un importante cometido en las campañas hispánicas—aunque, sobre todo, en el bando de los pompeyanos—. Se puede conjeturar que Marulino, el antepasado de Adriano, habría apoyado a César, lo que le habría valido como recompensa el rango senatorial. El auge de la elite colonial—en particular la de la Galia Narbonense y la Bética—continuó bajo la dinastía julio-claudiana, acentuado por la influencia de Afranio Burro de Vaison (Vaison-la-Romaine), prefecto de la guardia, y de Anneo Séneca de Córdoba (Córdoba), principales consejeros de Nerón en la primera parte de su

reinado. El hecho de que Galba, sucesor inmediato de Nerón, hubiera sido durante muchos años gobernador de la Hispania Tarraconense proporcionó un impulso adicional a la buena suerte de los hispanorromanos. Y Vespasiano supuso en los años 73-74 un nuevo paso adelante al otorgar la condición latina a todas las comunidades hispanas que todavía no eran romanas o latinas.⁵

Así, en el momento de nacer Adriano, varios magnates «coloniales» habían ocupado en Roma los cargos más altos. Valerio Asiático de Vienna (Vienne) había sido cónsul *ordinarius* (por segunda vez) el año 46. Pedanio Secundo de Barcino (Barcelona) había sido, incluso, prefecto de Roma bajo Nerón. A mediados de la década del año 70 había en las filas del Senado varias docenas de familias procedentes de las provincias occidentales—a las que se unía un puñado del Este de habla griega que se había subido al carro flaviano en el 69—. En su cargo de censores, Vespasiano y Tito habían llegado, incluso, a conceder a algunos provinciales la condición de patricios, miembros de la aristocracia primigenia de Roma. Entre los favorecidos se hallaban los Ulpios, los Trajanos, los Annio Vero de la colonia bética de Ucubi (Espejo), Cn. Julio Agrícola de Forum Iulii (Fréjus), en la Narbonense, que sería pronto cónsul (quizá en el 76, pocos meses después del nacimiento de Adriano) y luego gobernador de Britania, y los hermanos Domicios, Lucano y Tulo, procedentes de la localidad gala de Nemauso (Nîmes).⁶

La familia de Adriano pasaba, probablemente, los inviernos en Roma y los meses calurosos del verano en algún retiro suburbano más fresco. Lo más probable es que ya tuvieran, o compraran pronto, una villa en Tibur (Tívoli), donde, en el período flaviano, tenían casas de campo un grupo de notables hispanos. Es bastante dudoso que los padres de Adriano lo llevaran en su primera niñez al antiguo hogar de la familia. El contacto con Itálica y la supervisión de las fincas familiares de la Bética pudo haberse gestionado en gran parte por medio de administradores. Se esperaba que los senadores vivieran en Roma, su lugar de residencia oficial, excepto cuando se hallaban en alguna otra parte al servicio del Gobierno. Además, es de suponer que, al haber accedido recientemente al cargo de pretor, Adriano Afro habría ocupado varios puestos en el servicio público en los años inmediatamente siguientes al nacimiento de su hijo. Una posibilidad muy probable era el mando de una legión—la mitad de los pretores solían ser llamados a ese servicio cada año, sobre todo desde que Vespasiano hizo de la pretura, según consta, un requisito previo para el cargo (hasta entonces habían sido legados de la legión hombres más jóvenes, como Tito, legado de la XV Apollinaris a la edad de veintisiete años, cuando todavía no había ascendido en el escalafón más allá de la cuestura)—. A este destino podía seguirle el cargo de gobernador de una de las provincias «imperiales»,

como *legatus Augusti* en calidad de proprator—tal fue el caso de Julio Agrícola, pretor en el 68, legado de una legión en Britania y, luego, gobernador de Aquitania durante algo menos de tres años.⁷

También existían puestos menos exigentes, por ejemplo, para solo doce meses, como legado de uno de los diez procónsules, seguidos de otros doce como procónsul de una de las ocho provincias proconsulares reservadas a antiguos pretores—no antes de cinco años tras el nombramiento de pretor, según las normas establecidas—. La mayoría de los proconsulados se hallaba en provincias de la mitad del Imperio de habla griega. Una de las pocas provincias proconsulares occidentales era la Bética, que Trajano había gobernado en tiempos de Nerón. Además, el legado o procónsul se llevaría, sin duda, consigo, a su mujer y sus hijos. Existe por tanto una clara posibilidad de que Adriano pasase un año o dos en el Este griego durante su niñez. Es solo una conjetura. Podemos señalar, no obstante, que Trajano fue procónsul de Asia en el 79-80. Los procónsules de Asia y África se elegían entre los antiguos cónsules, y el primero de ellos podía nombrar tres *legati*. Conocemos a uno de los legados de Trajano, T. Pomponio Baso, quizá hispano, como él. Otro fue, probablemente, uno de los nuevos senadores griegos, A. Julio Cuadrato, de Pérgamo. El tercero—se trata de una mera conjetura—pudo haber sido muy bien Adriano Afro, sobrino del procónsul.⁸

Merece la pena dedicar al menos un momento de reflexión al hecho de que el niño Adriano pudiese haber acompañado a sus padres a Éfeso, Esmirna y otras ciudades antiguas y opulentas de la provincia de Asia. Las impresiones de la niñez son importantes, y los recuerdos más antiguos de la mayoría se remontan, más o menos, a la edad de tres o cuatro años. Aún resulta más atractiva la idea de que Afro pudo muy bien haber sido procónsul de Acaya a comienzos de la década del 80, cuando Adriano era un niño de cuatro o cinco años. Sin embargo, no hay necesidad de acudir a este tipo de especulaciones para explicar cómo alguien nacido en la Roma de los Flavios podía sentirse tan atraído por todo lo helénico. Por aquellas fechas, Roma era en cierto sentido—y lo había sido, de hecho, durante más de un siglo—la mayor ciudad griega del mundo. Esto significa que, de la misma manera que en cierto momento Glasgow fue la mayor ciudad irlandesa, o Nueva York la que contaba con la población judía más numerosa, los habitantes de Roma que hablaban griego habían sobrepasado probablemente con mucho a los de cualquier *pólis* griega del Este. La cultura griega de la capital había recibido un nuevo impulso por el entusiasta filohelenismo de Nerón y no se había debilitado con la caída de este. No hay duda de que esa cultura tenía, en parte, manifestaciones muy superficiales, como la moda de disponer de esclavos adiestrados en la recitación de

diálogos platónicos para entretenimiento de las cenas festivas. Pero el entusiasmo por la literatura, la filosofía y el arte griegos era auténtico. Intelectuales griegos, como Plutarco, eran bien recibidos en la Roma flaviana. En cuanto a la literatura latina de la época, los propios títulos de la *Tebaida* y la *Aquileida* de Estacio, o los *Argonáutica* de Valerio Flaco, son suficientemente elocuentes. Merece la pena recordar que Quintiliano, el maestro más destacado de su tiempo, recomendaba enseñar griego a los niños—evidentemente, estaba pensando en la clase alta—antes que latín (que, de *todos* modos, iban a aprender), aunque no hasta el punto de «hablar y aprender *solo* griego durante mucho tiempo, como ocurre en casos muy numerosos», pues ello habría influido desfavorablemente en el dominio del latín por parte de los chicos. Aquella práctica común, considerada excesiva por Quintiliano, pudo muy bien haberse aplicado a Adriano en su niñez.⁹

Si en el verano del 70, fecha de la muerte de Vespasiano y del acceso al poder de su hijo mayor, Tito, Adriano—entonces de tres años—se hallaba en Roma, y no en Éfeso o en algún otro lugar con su padre, éste habría sido el primer acontecimiento público que quedaría grabado en su memoria. En el momento de fallecer—por unas fiebres, y no a causa de la gota, según informa Casio Dión—, Vespasiano se encontraba en Aquae Cutiliae, un balneario de la Sabina. A pesar de ello, «hubo algunos», según Dión, «que hicieron correr la versión de que Tito había envenenado a su padre en un banquete». Uno de esos correveidiles, añade, fue nada menos que el emperador Adriano. No se ha confirmado cuándo lanzó Adriano aquella acusación, y tampoco está claro dónde tuvo Dión noticias de ella. Podemos suponer que Mario Máximo citó a Adriano en este sentido. Adriano pudo haber encontrado una oportunidad para aludir a aquella historia en su autobiografía. Sin embargo, semejante afirmación de Adriano podría haber circulado durante años en medios senatoriales. Es difícil que Adriano hubiera oído la acusación en el 79, pues era todavía un niño, pero existe la posibilidad de que la denuncia aflorara bajo Domiciano, a quien se atribuyen otras difamaciones contra su hermano. El hecho de que Adriano la creyera y repitiera más tarde es, quizá, un indicio indirecto de su actitud con Domiciano.¹⁰

Varios incidentes llamativos ocurridos en Roma e Italia a partir del 79 debieron de haber causado cierta impresión en un niño romano. Basta con su simple enumeración. La erupción del Vesubio y la desaparición de Pompeya y Herculano en agosto del 79 fue, obviamente, un suceso bastante sensacional. El incendio ocurrido al año siguiente en la propia Roma, menos desastroso y espectacular que el gran fuego del 64, en tiempos de Nerón, pero suficientemente grave como para consumir el templo reconstruido de Júpiter Capitolino.

no, que había quedado arruinado por otra conflagración a finales del 69, debió de haberle resultado algo más próximo. También debió de haber sido muy llamativa—incluso para un niño demasiado joven como para formar parte del público asistente—la inauguración del nuevo e inmenso anfiteatro flaviano (el «Coliseo») celebrada por Tito en el verano del 80 con cien días de espectáculos. La muerte de Tito el siguiente septiembre y el acceso al trono de su hermano Domiciano, mucho más joven que él, constituyó un nuevo hito. Al cabo de poco más de dos años, Domiciano regresaría de su breve participación en una guerra librada en el norte con el título de Germánico. Adriano, entonces de ocho años, contempló, probablemente, el triunfo a principios del 84. Podemos conjeturar con bastante menos seguridad que también oyó comentar una famosa victoria romana ganada en el lejano norte por Julio Agrícola contra los caledonios en la Batalla del monte Graupio en septiembre del 83. El gran general regresó calladamente a Roma al año siguiente y se retiró de la vida pública. De todos modos, Agrícola obtuvo los honores del triunfo, siendo así el único hombre que recibió tal homenaje en el reinado de Domiciano.¹¹

En el curso del año 85 o, a más tardar, en enero del 86, se produjo la muerte del padre de Adriano. Como el muchacho no había vestido aún la toga viril, se le designaron tutores: su tío segundo, Trajano, entonces en los primeros años de la treintena, y otro hombre de Itálica, P. Acilio Attiano, caballero romano, de cuarenta y cinco años. Su principal cometido consistía en cuidar de las propiedades heredadas, pero es posible que Trajano representara el papel de padre sustitutorio. Por aquellas fechas estaba, probablemente, casado y su esposa era Pompeya Plotina, también de origen «colonial», nacida en Nemauso (Nîmes), en la Narbonense. Plotina era solo unos años mayor que Adriano y su relación con él fue muy cálida en años posteriores. Adriano se encariñaría también mucho de su prima segunda Matidia, que tampoco le llevaba muchos años. Matidia era hija de Marciana, hermana de Trajano, y se había casado probablemente a comienzos de la década del año 80, a la edad de catorce o quince años, con un hombre llamado Mindio. Dio a luz una hija a la que pusieron su nombre y—tras haber perdido a su marido por divorcio o muerte—se volvió a casar con un senador llamado Vibio Sabino y, hacia el año 86, tuvo una segunda hija, Sabina.¹²

Para entonces, Adriano habría tenido durante algunos años maestros de enseñanza elemental. El 87 o el 88 era ya lo bastante mayor como para pasar a la enseñanza secundaria con un *grammaticus*, bien en una escuela (cosa que Quintiliano consideraba preferible) o bien con un profesor particular. Da la casualidad de que la HA menciona en una *vita* posterior que el afamado Q. Terencio Escauro fue «*grammaticus* de Adriano», expresión que se suele consi-

derar una simplificación de otra original, como «*grammaticus* en tiempos de Adriano», pues Escauro alcanzó, en realidad, la cúspide de su fama cuando Adriano era emperador. Sin embargo, hay algo que avala la idea de que pudo haber enseñado al propio Adriano. Los nombres de Escauro dan a entender que, quizá, era originario de Nemauso, de la misma familia que D. Terencio Escauriano, contemporáneo de Adriano, quien ascendería a puestos elevados bajo Trajano. Pero aún podríamos llevar más lejos el argumento; Pompeya Plotina, nacida también en Nemauso, habría podido intervenir para que Escauro fuera maestro del joven pupilo de su marido. Escauro acabaría siendo conocido como autor de una tediosa obra titulada *Ars grammatica* además de otros escritos, entre ellos uno sobre la manera correcta de escribir, *De orthographia*, y un comentario a Horacio, que no fue uno de los autores favoritos de Adriano, quien prefería, en cambio, escritores del siglo II a.C.: Ennio entre los poetas, y Catón el Viejo y el historiador Celio Antípato entre los prosistas. Quintiliano insistía en que no se debía dejar a los niños abordar demasiado pronto los «autores antiguos», como Catón, pues su estilo rudo y vigoroso ejercería una mala influencia. El ideal era Cicerón, pero el Adriano maduro iba a preferir al viejo Catón.¹³

Sin embargo, fueran cuales fuesen sus lecturas de aquellos años tempranos, Adriano fue más partidario de la literatura griega que de la latina. La *HA* y el *Epitome de Caesaribus*, claramente dependientes de Mario Máximo tanto una como otro, afirman que se estaba ya empapando de *Graecis litteris* o *Graecis studiis* con «bastante aplicación» (*impensius*, que podría significar, incluso, 'con demasiada aplicación'). «Su inclinación en este sentido era tal», añaden ambas fuentes, «que mucha gente solía llamarle El grieguito». El mote *Graeculus* era, sin duda, una forma de burla leve que no transmitía la malevolencia con que Juvenal emplearía el término unos años más tarde. Sea como fuere, podemos suponer que Adriano, entonces de diez años, se habría sentido impresionado e inspirado por el mecenazgo imperial de cultura griega. Según Suetonio, Domiciano instituyó en su villa albana la celebración frecuente y casi anual de festivales en los que destacaban las justas literarias para oradores y poetas. El 86, el emperador inauguró algo mucho más espléndido: un certamen triple en honor de Júpiter Capitolino que se celebraría en Roma cada cuatro años. Para ello se construyó un nuevo estadio con capacidad para quince mil espectadores. Poetas y músicos, atletas tanto masculinos como femeninos y jinetes competían ante el emperador, que presidía los juegos ataviado con ropas griegas. Se trataba, de hecho, de un *ágon* helénico en el que Domiciano actuaba de *agonothētēs*. Otro signo del filohelenismo imperial fue el consentimiento de Domiciano a ejercer—in *absentia*—el cargo de arconte de Atenas.¹⁴

El nuevo estadio de Domiciano era solo una pequeña parte del grandioso plan constructivo acometido por él a lo largo de su reinado, continuación, en realidad, de lo que Nerón había puesto en marcha desde que inició la reconstrucción de la urbe tras el fuego del 64. Vespasiano y Tito habían llevado mucho más lejos el proyecto neroniano con el nuevo y extenso Foro de la Paz, los nuevos baños y templos y, por supuesto, el Coliseo. Tras el incendio del 80 había mucho que restaurar. Además de otros proyectos, Domiciano amplió y mejoró notablemente la residencia imperial del Palatino. El auge constructivo, que en el momento de la muerte de Domiciano tenía ya más de treinta años de existencia, recibió un nuevo impulso bajo Trajano; y el emperador Adriano continuaría edificando a gran escala en Roma y en otras partes. Algunas de las familias con fincas cercanas a la ciudad en las que se manufacturaban ladrillos y baldosas, entre ellas la de los hermanos Domicio, hicieron verdaderas fortunas. La pasión por la arquitectura que iba a mostrar Adriano en su juventud se remonta, sin duda, a su niñez, al igual que sus habilidades como intérprete de *cithara* (*psallendi*) y cantante. Quintiliano era partidario del canto a la antigua—el elogio de hombres famosos—y de que se tuvieran conocimientos de los principios de la música. El salterio era, en su opinión, «inadecuado incluso para las jóvenes de buena disposición», por no hablar de los muchachos.¹⁵

La guerra se prolongó durante la década del 80. Tras una victoria clara sobre los catos y la celebración del triunfo, se había producido un grave descalabro. Opio Sabino, gobernador de Mesia, había sido derrotado y muerto por los dacios. Domiciano inició de nuevo una campaña, rechazó a los invasores y celebró otro triunfo, probablemente el año 86. Dos senadores hispanos, Funiulano Vettoniano, de Cesaraugusta (Zaragoza), y Cornelio Nigrino, de Liria, obtuvieron honores en sus puestos de alto mando. A continuación se encomendó a Cornelio Fusco, prefecto de la Guardia, realizar una ofensiva al otro lado del Danubio. La campaña acabó en desastre, Fusco halló la muerte y Domiciano hubo de regresar al frente. Se necesitaron refuerzos en aquel punto, incluida la II Adiutrix, una de las cuatro legiones estacionadas en Britania, donde, en consecuencia, se abandonaron la mayoría de las conquistas de Agrícola. Las cosas mejoraron en el 88, cuando el general Tettio Juliano infligió una derrota a los dacios. Entretanto se habían celebrado en Roma nuevos festivales, los Juegos Seculares. La elección del año 88 parece a primera vista sorprendente. Aquellos juegos tradicionales se celebraban a intervalos de ciento diez años, los de Claudio en el 48 fueron de otro tipo y conmemoraron el octavo centenario de la fundación de Roma. Los de Augusto habían tenido lugar el 17 a.C., por lo que, aparentemente, Domiciano debería haber esperado hasta el 94. Es posible que los *quindecimviri*, los sacerdotes responsables de esos asuntos (uno

de los cuales era Cornelio Tácito, pretor también el año 88), informaran de que la celebración de Augusto debería haber tenido lugar el 23 a.C., lo cual daba como resultado el intervalo correcto de ciento diez años antes del 88.¹⁶

A comienzos del año 89 se produjo un suceso dramático. Según noticias llegadas a Roma, Antonio Saturnino, comandante del Ejército de Germania Superior en Mogunciaco (Maguncia), había dado un golpe de Estado apoyado por algunas de sus cuatro o cinco legiones, aunque, quizá, no por todas. Cabe la posibilidad de que Domiciano hubiera recibido de antemano un soplo sobre los planes de Saturnino y que, por tanto, al iniciarse el año 89, se abstuviera de ocupar el cargo de cónsul por primera vez desde su nombramiento como emperador. En cualquier caso, es de suponer que partió para Germania muy poco después de haber oído las noticias, acompañado, sin duda, de la Guardia Pretoriana. Había posibilidades de que estallase una guerra civil, una réplica casi exacta de la proclamación de Vitelio en el Rin veinte años atrás. Pero, a diferencia de Vitelio, Saturnino no encontró apoyo en los demás comandantes del ejército. Su homólogo en Renania del norte, Lápío Máximo, avanzó contra él con el Ejército de la Germania Inferior, y lo mismo hizo Norbano, miembro del orden ecuestre y gobernador de Recia, la provincia situada al este, con su fuerza de auxiliares. Se convocó también a otros ejércitos. Trajano, que mandaba en ese momento la legión VII Gemina en el nordeste de Hispania, llevó a sus hombres a marchas forzadas desde Asturias al Rin, nada menos que 835 kilómetros. Pero Lápío y Norbano habían sofocado la sublevación antes, incluso, de la llegada de Domiciano, por no hablar de la de Trajano. El 12 de enero, un colegio senatorial de sacerdotes, los Hermanos Arvales, elevó oraciones en el Capitolio por la seguridad, la victoria y el regreso de Domiciano. Al cabo de diez días estaban festejando ya el cumplimiento parcial de sus deseos; el 25 del mismo mes celebraron un sacrificio como signo del «júbilo público», y el 29 por la seguridad y el regreso de Domiciano, la victoria era ya un hecho cierto.¹⁷

Saturnino había esperado apoyo de los catos, que, por supuesto, destruyeron algunos de los fuertes recién reconstruidos al este del Rin. A continuación se emprendió una breve campaña contra ellos y Domiciano se trasladó, luego, aguas abajo del Danubio para una nueva expedición contra los suevos y los dacios. No era la primera vez que se había conspirado contra Domiciano, al menos, los Hermanos Arvales habían realizado sacrificios en septiembre del 87 «para el esclarecimiento de actos criminales realizados por gente sacrílega». Hubo, sin duda, represalias por el golpe fallido del 89; y algunos sectores del Senado debieron de haberse sentido, cuando menos, incómodos. En el Este apareció un pretendiente respaldado por los partos que afirmaba ser Nerón.

Fue eliminado pronto, pero el episodio resultó inquietante. Vettuleno Cívica Cerial, procónsul de Asia por aquellas fechas, incluido específicamente por Suetonio entre los senadores importantes ajusticiados por Domiciano, más que estar vinculado de algún modo con el golpe fallido de Saturnino tuvo, probablemente, algo que ver con la conspiración del 87 o se vio comprometido de algún modo por el asunto del falso Nerón.¹⁸

Domiciano se hallaba de vuelta en Roma en noviembre del 89 y celebró de nuevo un triunfo, esta vez doble, sobre los catos y sobre los dacios. En señal de la glorificación del soberano, los meses de septiembre y octubre fueron rebautizados respectivamente con los nombres de «Germánico»—término con el que prefería ser conocido desde su primera victoria en el norte—y «Domiciano», el primero para conmemorar el mes de su acceso al poder, y el segundo por el de su nacimiento. Domiciano comenzó el año 90 como cónsul. Era la decimoquinta ocasión en que ocupaba el cargo, había sido cónsul seis veces bajo Vespasiano, aunque solo una como *ordinarius*, y en el 80 había compartido las *fascas* con Tito. El único año en que el emperador no había sido cónsul desde el 82 fue el 89. Su colega en el 90 fue M. Cocceyo Nerva, quien ya había sido cónsul con Vespasiano casi veinte años antes: aquella distinción resultó sorprendente, pues Vespasiano y Tito habían monopolizado prácticamente el consulado ordinario durante la década del 70. Nerva debió de haber sido una persona valiosa para Vespasiano, como lo había sido para Nerón, es evidente que en el período siguiente a la conspiración del 65 había dado a este consejos provechosos, consiguiendo así los correspondientes galardones. Su papel de eminencia gris bajo los Flavios solo puede deducirse de los honores obtenidos. Es probable que su asesoramiento volviera a ser especialmente útil en el 89. En el 90 hubo un número insólitamente alto de cónsules sufectos. Algunos de ellos fueron, quizá, hombres que acababan de mostrar una lealtad patente. Uno de los sufectos fue Ser. Julio Serviano; y su colega, un cordobés: L. Antistio Rústico. Otro de los sufectos fue un segundo senador de la Bética, L. Cornelio Pusión. Se supone que todos ellos habrían servido lealmente a Domiciano. Existe la posibilidad de que Serviano fuera ya cuñado de Adriano, al haberse casado con su hermana Paulina. La hija de este matrimonio, Julia Paulina, sobrina de Adriano, contraería a su vez matrimonio el 106 y no pudo haber nacido mucho después del 91 o el 92. El origen de Serviano no aparece testimoniado directamente en ninguna parte, pero es seguro que, más que ser oriundo de Italia, pertenecía a la elite colonial. Diversos factores hacen más probable que su patria fuera el sur de las Galias y no Hispania.¹⁹

Algún tiempo después de su siguiente cumpleaños, el 24 de enero del 90, Adriano «regresó a Itálica». El lenguaje empleado por la HA ha llevado a pen-

sar que, después de todo, su lugar de nacimiento habría sido aquel, y no Roma. O, también, que le habrían llevado a Itálica anteriormente, siendo un niño—lo cual es, desde luego, perfectamente posible—, bien en visita privada con sus padres o, quizá, porque su padre había sido procónsul de la provincia de Bética o legado del procónsul de la misma. Pero es probable que el término *rediiit* exprese, simplemente, el sentido de un 'retorno a la antigua colonia'. Casio Dión registra, casualmente, un asunto curioso ocurrido aquel año en Roma: un supuesto brote de envenenamiento debido a que «algunas personas untaban agujas con veneno y pinchaban con ellas a la gente», lo que provocó muchas muertes, y el castigo de los supuestos culpables. El suceso tuvo lugar no solo en Roma sino «en casi todo el mundo». En realidad, es probable que se tratara de una epidemia virulenta. Hubo varios fallecimientos en puestos elevados, por ejemplo el del joven Aurelio Fulvo, cónsul *ordinarius* en el 89, que no pasaba, probablemente, de los treinta y tres años, el de la mujer y los hijos aún jóvenes del profesor de Retórica Quintiliano, y el del marido de la joven y bella Violentila. Marcial felicitó a su amigo Licinio Sura poco después de su restablecimiento de una enfermedad casi fatal. De hecho, podríamos proponer que Serviano se casó con Domicia Paulina precisamente por haber enviudado, al fin y al cabo, había cumplido ya los cuarenta y, seguramente, no se habría mantenido soltero hasta entonces.²⁰

Adriano pudo haber sido enviado a Itálica para escapar de la epidemia. Una razón más probable es que tomara la toga viril y se viera, por tanto, obligado de alguna manera a realizar una inspección de las propiedades familiares en aquella ciudad y otros lugares de la Bética. La ceremonia se solía celebrar un año o dos después de que el joven hubiera cumplido los catorce. Pero Nerón tomó la *toga virilis* a esa edad, y el joven Marco Aurelio haría otro tanto. El acto tenía lugar, normalmente, el día de la fiesta de los *Liberalia*, el 17 de marzo. Podemos suponer que Adriano cumplió con ese rito de paso aquel mes de marzo del año 90. A partir de aquel momento ya no era un *puer* sino un *iuvenis*.²¹

EL ANTIGUO DOMINIO

La Tarraconense y la Bética no eran, en absoluto, las posesiones coloniales más antiguas de Roma. La prioridad correspondía a Sicilia y Cerdeña-Córcega, anexionadas tras la Primera Guerra Púnica. Pero Roma había puesto pie por primera vez en la península, en Tarraco (Tarragona), el 218 a.C., al comienzo mismo de la guerra contra Aníbal. Doce años después, ampliando la obra de su padre y su tío, P. Escipión, conocido más tarde como el Africano, había conquistado el imperio de Cartago en Hispania y realizado muchas otras empresas. Llevar la soberanía romana hasta el lejano Atlántico iba a suponer una dura pelea. Los cántabros y los astures del noroeste no sucumbirían hasta el 19 a.C., y Augusto mantuvo durante varias décadas una fuerza de tres legiones en la Tarraconense, la mayor de las tres provincias en que se dividió entonces el país. En tiempos de Nerón, la guarnición se redujo a una sola legión, y así siguieron las cosas después de él. La VII Gemina, formada a partir de la nueva legión reclutada por Galba en Hispania el año 68, había tomado en aquel momento en Asturias la fortaleza que recibiría el nombre de Legio (Legión/León). Las otras dos provincias, Lusitania y Bética, no disponían de legiones y apenas tenían guarniciones; sus gobernadores eran, además, de rango inferior al del legado consular que regía la Hispania Citerior desde Tarraco. Lusitania, la parte occidental de la antigua Hispania Ulterior, era, como la Tarraconense, una provincia imperial gobernada por un legado imperial, aunque su rango fuera solo de pretor, situándose así en el mismo nivel que las tres provincias de la Galia: Aquitania, Bélgica y Lugdunense. La Bética, llamada así por el río Betis (el nombre moderno de Guadalquivir significa, precisamente, 'río grande', según la denominación de los conquistadores árabes en el siglo VIII), era una provincia «senatorial» o proconsular.¹

Las provincias proconsulares eran las de carácter «pacífico y fáciles de gobernar sin recurrir a las armas», de acuerdo con la descripción dada por el geógrafo Estrabón en tiempos de Augusto. Podríamos añadir, además, que las provincias proconsulares estaban muy urbanizadas. Esa característica era aplicable, sin duda, a la Bética, donde a las viejas ciudades fenicias y cartaginesas como Gades (Cádiz) y Málaga (Málaga) se habían sumado un cúmulo

de fundaciones romanas. Itálica fue la primera de una serie larga. Carteya, otro asentamiento de veteranos, había recibido carta de privilegio del Senado el 171 a.C. Entretanto, las riquezas del país habían atraído a un buen número de colonos y contratistas. A aquellas fundaciones de ciudades les siguieron otras nuevas y más famosas, sobre todo Córdoba (Córdoba) e Híspalis (Sevilla). César y Augusto concedieron cartas de privilegio a las ciudades existentes—incluida Itálica—y fundaron nuevas *coloniae* en la Bética. La concesión de la condición latina a toda la península significó que cualquier comunidad carente hasta entonces de carta de privilegio podía convertirse en *municipium* desde ese momento.²

En la descripción de la *Geografía* de Estrabón, escrita en tiempos de Augusto, se hace hincapié en la riqueza de Hispania, y en especial en la del valle del Betis. «Turdetania», según llama a la región, había sido «espléndidamente bendecida por la naturaleza: no solo produce de todo, sino que esas bendiciones se redoblan por la facilidad para exportar sus productos por vía naval». Estrabón enumera entre ellos el «cereal, el vino y el aceite de oliva—no solo en grandes cantidades, sino también de la mejor calidad—, la cera, la miel y la pez», además de tintes, todo tipo de ganado, caza y mariscos en abundancia. Estrabón insiste, sobre todo, en la riqueza minera de Turdetania, donde había oro, plata, cobre y hierro en una cantidad y de una calidad no superadas en ninguna otra parte del mundo. Su información de que los cartagineses se habían encontrado con que la gente del país utilizaba abrevaderos y pesebres de plata para los animales y bebía también vino en jarras del mismo metal podría ser tan solo una pequeña exageración.³

No es de extrañar que, durante el último siglo y medio de la República, aquella tierra tan favorecida atrajera importantes contingentes de inmigrantes, comerciantes y contratistas civiles y hasta exiliados políticos, que se sumaban al componente italiano representado por los veteranos. La nomenclatura de la Hispania romana indica que muchos de los inmigrantes procedían del interior de Italia, de Etruria, Umbría, Piceno y Samnio. La cifra total de colonos solo puede ser objeto de conjetura; en cualquier caso, unos diez mil hombres de familias de inmigrantes o veteranos sirvieron en las fuerzas pompeyanas durante la Guerra Civil. Las relaciones con los iberos naturales del país fueron casi siempre pacíficas y eran comunes los matrimonios mixtos. Es cierto que, al describir la campaña de César contra Pompeyo el Joven el 45 a.C., el autor del *Bellum Hispaniense*, aunque observa que «toda la Hispania Ulterior es fértil y está bien regada», añade que, «debido a las frecuentes incursiones de los nativos, todos los lugares alejados de las ciudades están protegidos por torres y fortificaciones, con puestos de observación». La implantación de colo-

nos por César y Augusto y el establecimiento de la paz en todo el Imperio puso fin a aquella inseguridad residual. Además, el nuevo asentamiento se llevó a cabo, al menos en la Bética y en el este de la Tarraconense, en un país que era ya, en gran parte, latino por su lengua y su cultura. «Los turdetanos», escribía Estrabón, «han adoptado totalmente el modo de vida romano y ni siquiera recuerdan ya su propia lengua». La concesión masiva del derecho latino y la admisión de nativos en las fundaciones coloniales bajo César y Augusto contribuyeron a consolidar el proceso.⁴

Hispania meridional comenzó pronto a hacer su propia aportación a la literatura latina. El 62 a.C., Cicerón hizo un comentario sarcástico sobre unos innominados poetas cordobeses, con su «pronunciación fuerte y ligeramente extranjera». A pesar de ello, Córdoba produjo en tiempo de Augusto otro escritor, Sextilio Ena, cuyos versos fueron elogiados por el mismo Cicerón. Más conocido es Anneo Séneca, el famoso *rhetor* y autor de obras en prosa. Su hijo, llamado como él, llegaría a ser aún más célebre como poeta y filósofo, y como tutor y *minister* de Nerón; y el nieto del *rhetor* fue el poeta épico Lucano. Otros *litterati* béticos son Porcio Latrón, amigo de Séneca el Viejo, y probablemente Junio Galión, que adoptaría al hijo mayor de Séneca. Ambos adquirieron fama en Roma como declamadores. Algunos de los oradores hispanos de la época, por ejemplo Gavio Silón y Clodio Turrino, se quedaron en la provincia. Varios escritores más de la época augústea, como el historiador Fenestela, el compilador de *exempla* morales Valerio Máximo, y Grattio, que compuso un poema sobre la caza—*Cynegetica*—, pudieron ser también originarios de Hispania. El atractivo que ejercía Roma sobre los talentos provinciales era demasiado fuerte, y muchos se rindieron a él. Sabemos con claridad que los tres últimos mencionados se mudaron a Roma, al igual que los Séneca, Galión y Latrón. En la Roma de los Flavios residieron dos hispanos destacados—ambos de origen ibero romanizado, según se deduce de sus nombres, y, además, de la Tarraconense: Quintiliano, el profesor de Retórica (M. Fabius Quintilianus), de Calagurris (Calahorra), y el poeta Marcial (M. Valerius Martialis), de Bilibilis (cerca de Calatayud).⁵

La HA dedica solo una frase a la breve estancia de Adriano en Itálica. La frase comienza diciendo: «Enseguida ingresó en el servicio militar». Es posible que, para un muchacho de catorce años, la expresión *militia* no significara alistamiento en el ejército. Adriano debió de haberse enrolado en la organización local, *collegium*, para jóvenes de buena familia, los *iuvenes*. Varias inscripciones atestiguan la existencia de tales *collegia* en las ciudades de Italia y las provincias occidentales. No sabemos gran cosa sobre sus verdaderas actividades. El año 88, los *iuvenes* de Mactaris (Maktar), en África, dedicaron en su

ciudad natal una basílica y algunos almacenes. La basílica era, sin duda, un recinto de entrenamiento. Los jóvenes cumplían, probablemente, alguna función en el culto imperial y realizaban ejercicios físicos, quizá de carácter militar. En caso de emergencia extrema podían ser llamados a filas para formar una milicia. Pero las pocas menciones que aparecen en las fuentes literarias dan a entender que, en algunos casos, la juventud municipal dorada se desmandaba. En la novela de Apuleyo *El asno de oro*, la bella Fotis advierte a su amante Lucio: «Una pandilla de locos, *iuvenes* de las mejores familias, perturban la tranquilidad pública; podrás ver, al pasar, gente degollada en plena calle». Calístrato, el jurista del siglo III, muestra claramente que aquella conducta revoltosa de los *iuvenes* no era una mera ficción: «Algunos de los que suelen llamarse *iuvenes* tienen por costumbre unirse en cuadrillas de alborotadores y gritar en público. Si no han causado ningún otro problema y no han sido amonestados por el gobernador, se les puede castigar con unos azotes y prohibir la asistencia a los espectáculos». Otros delitos deberían ser objeto de un trato más severo, el exilio o, incluso, la muerte.⁶

Otras cosas que Adriano pudo haber hecho en su breve estancia en el viejo país son, en gran parte, objeto de conjetura. Es posible que tuviera allí parientes, por ejemplo un tío abuelo llamado también Elio Adriano. Según la HA, aquel anciano, un astrólogo experto, dijo en cierta ocasión al joven Adriano que llegaría a ser emperador. Aunque Adriano se significó más tarde por su adicción a la ciencia de los astros, la historia podría ser una invención de la HA. Si, como parece probable, su madre se hallaba con él, pudieron haber visitado Gades, la ciudad de donde era originaria Domicia Paulina. También entra dentro de lo posible que, para un joven de familia senatorial, se considerase apropiada una visita al procónsul. No sabemos quién ejercía el cargo de gobernador el año 90—podría haber sido un tal Bebio Masa, cuya conducta le valdría un proceso tres años más tarde—. Pero Masa ocupó su cargo, probablemente, en el 91-92 o el 92-93. Fuera como fuese, el joven señor debió de haber inspeccionado, al menos, las propiedades familiares situadas unos pocos kilómetros aguas arriba de Itálica, de camino a Ilipa, para darse a conocer a los trabajadores. Las ánforas para el aceite de oliva de esa localidad, fabricadas por la Alfarería Virginense (*Figlina Virginensia*), llevaban grabada la inscripción «port. P.A.H.», que se ha de interpretar como ‘almacén [*port(us)*], de Publio Elio Adriano’. Una de las fincas era, pues, probablemente, el *fundus Virginien-sis*, documentado por una inscripción pintada descubierta en el Monte Testaccio, el gran montículo formado por restos de ánforas en Roma. En algunas de esas ánforas aparecen los nombres de cinco obreros esclavos: Augustal, Calisto, Hermes, Milón y Rómulo. Lo que no sabemos es si esos hombres estaban

trabajando ya en la finca cuando Adriano la visitó. La datación habitual de las ánforas suele proponer una fecha algo más tardía.⁷

La impresión que causó Itálica en Adriano solo puede ser objeto de suposiciones—el hecho de que procurara evitar regresar allí cuando estuvo en Hispania siendo emperador podría sugerir un veredicto un tanto desfavorable—. Esta hipótesis no se halla necesariamente en conflicto con su espléndida generosidad con la localidad, transformada completamente durante su reinado. La vida y la sociedad de la pequeña ciudad pudieron haberle parecido aburridas e insignificantes. Cuando Marcial regresó a su hogar hispano diez años más tarde, admitió a su amigo Prisco que estaba viviendo en un «desierto provincial»: resultaba difícil mantener la moral alta cada día en una localidad pequeña, sin teatros, bibliotecas ni cenas, y sometido a la envidia o la malignidad de los demás habitantes del *municipium*. Es posible que la atención de Adriano se sintiera atraída en Itálica por un objeto «cultural»: una obra de arte griega que debía de ser uno de los tesoros de Itálica. Una pequeña placa de mármol registraba que había sido donada «al *vicus Italicensis* por Lucio Mummio, hijo de Lucio, *imp[erator]*», tras la «toma de Corinto». El cónsul que destruyó Corinto el 146 a.C. y tomó el nombre de *Achaicus* ('Aqueo') había desempeñado anteriormente el cargo de gobernador de Hispania Ulterior. La pequeña Itálica había sido escogida, pues, para recibir una parte de los despojos, el enorme saqueo de estatuas y pinturas llevado a cabo por Mummio fue notorio. Al carecer de cualquier interés personal por el arte, Mummio los había donado con una esplendidez asombrosa. Adriano pudo haber hecho amigos en Itálica. Un posible conciudadano y, probablemente, coetáneo exacto suyo, documentado posteriormente como uno de sus más íntimos amigos, fue A. Platorio Nepote. Pero Adriano y Nepote pudieron haberse conocido en Roma o en Tibur, Emilio Papo, conocido también como Mesio Rústico, otro de los amigos íntimos de Adriano, cuya familia procedía de Siaro, en el valle del Betis, tenía, sin duda, una propiedad en Tibur.⁸

El resto de la información de la *HA* sobre la estancia de Adriano en Itálica inmediatamente después de su ingreso en la *militia* se entiende mucho más fácilmente: «Era tan aficionado a la caza que se ganó algún reproche». Se trataba, sin duda, de una de las actividades favoritas de los *iuvenes* de Itálica. Hispania era un país ideal para practicarlas; en la península abundaban los venados, los jabalíes y las cabras monteses, así como las «liebres cavadoras» (los conejos), que por entonces solo se encontraban en aquella parte de Europa. No es casual que el libro de epigramas escrito por Marcial en Bílbilis comience diciendo que podía componer poemas «una vez retiradas las redes de caza y cuando el bosque se sume en el silencio», no había nada más que

hacer. Podemos deducir que Adriano se hallaba todavía en Itálica en otoño, al comenzar la estación de la caza. Es posible que adquiriera también allí otro hábito. Mario Máximo informaba de que el plato favorito de Adriano era un pastel de caza que tenía como ingredientes ubres de cerda, faisán y jamón horneados en una torta. Adriano—que tuvo siempre buen apetito—lo llamaba su *tetrafarmacum*, su ‘medicina cuádruple’. El nombre era probablemente una broma que hacía referencia al empleo de ese término de origen médico por los filósofos epicúreos para describir la esencia de las doctrinas de su maestro. Es bastante probable que Adriano adquiriera el gusto por aquel plato en su juventud y lo comiera por primera vez tras sus jornadas de caza en Itálica. El deporte, sin embargo, no era aún una ocupación aceptable o elegante para los romanos de clase alta, como lo había sido siempre para los griegos. Polibio menciona concretamente lo excepcional que resultaba el joven Escipión por su afición a la caza—adquirida en Macedonia después de que su padre Paulo conquistara aquel reino—y a otras artes y ciencias helénicas. Escipión Emiliano siguió siendo una excepción: la elite romana dejaba la caza para los esclavos y los libertos, o la consideraba un espectáculo para entretenimiento de la plebe en forma de *venationes* escenificadas en el circo.⁹

La situación cambiaría pronto con la llegada de Trajano al poder. Diez años después, Plinio se desharía en declaraciones embelesadas ante las saludables y honrosas formas de esparcimiento del nuevo soberano: la caza y la navegación a vela. Siempre que encontraba tiempo, su «único descanso consiste en vagar por los bosques y sacar a los animales salvajes de sus guaridas». Senadores como Plinio y Tácito siguieron los pasos del emperador; con cierta desgana en el caso de Plinio, que llevaba consigo sus cuadernos de notas mientras «permanecía sentado junto a las redes de caza, con materiales de escritorio en vez de jabalinas para cazar», práctica que recomendaba a Tácito. En Hispania la situación habría sido, sin duda, diferente. Según Plutarco, el rebelde general Sertorio, que en los últimos años de la República dominó gran parte de la península más o menos durante una década, «cazaba siempre que tenía tiempo libre». El *rhetor* hispano Porcio Latrón, a pesar de su famosa palidez por sus horas de estudio encerrado en casa, había practicado en otros tiempos con tanta pasión la caza en bosques y montañas con los campesinos que apenas era capaz de dejarla. Séneca el Joven, que solo en raras ocasiones llega a aludir a su origen hispano, parece haber practicado también la caza, pues habla del «esfuerzo y el peligro» que corremos «cuando cazamos». Algunos poemas de Marcial muestran también a varios de sus amigos hispanos disfrutando de la caza. Pero Trajano, aunque compartía el gusto hispano, no era todavía em-

perador en el año 90. Su reacción al oír comentar el excesivo entusiasmo de Adriano fue la de «apartarlo» de Itálica.¹⁰

El propio Trajano hubo de volver a Roma en el otoño del año 90, a más tardar, para ocupar el cargo de cónsul *ordinarius* al año siguiente. Podemos suponer que viajó de Legio (León) a Itálica y arrancó de allí personalmente—la palabra empleada, *abductus*, es, sin duda, bastante fuerte—a su joven pupilo. Es, incluso, posible que le llamase al campamento legionario. Sea como fuere, y tanto si Adriano tuvo la oportunidad de ver otras partes de Hispania en su viaje de regreso como si no, podemos suponer que antes de concluir el año 90 se hallaba de vuelta en Roma, donde fue tratado por Trajano «como un hijo» («pro filio»). Trajano había alcanzado para entonces la cima de los honores. Por su cargo de cónsul *ordinarius*, en el que tuvo como colega a M. Acilio Glabrió, un miembro de cuya familia había ocupado aquella dignidad casi trescientos años antes (el 191 a.C.), su rango social no se hallaba por debajo del de ningún otro, fuera del emperador, sobre todo porque, bajo los Flavios, fueron muy pocas las personas no pertenecientes a la familia imperial a quienes se permitió ocupar el consulado ordinario.¹¹

Es probable que Adriano tuviera, por lo menos, un tutor particular en su hogar de Itálica. De vuelta a Roma se hallaba preparado para asistir a clases de Retórica. Tal vez no pudo ya ser alumno de Quintiliano, el profesor más destacado del momento, retirado por aquellas fechas tras veinte años de ejercer la docencia en Roma como «profesor imperial»—fue el primero en ocupar la cátedra de Retórica creada por Vespasiano—y dedicado a escribir una pesada monografía *Sobre la educación de un orador*.¹²

TRIBUNO MILITAR

Si Adriano no pudo asistir a las clases de Quintiliano, no hay duda de que se encontraría otro profesor para él. En cualquier caso, dada su condición de hijo de senador y, por tanto, de futuro senador, se esperaba que tomase como maestros a oradores destacados. No quedaba disponible ninguna estrella pujante: Cornelio Tácito se hallaba fuera de Roma en los años 90-93, posiblemente en el desempeño de algún cargo provincial. Es bastante probable que Trajano animara a Adriano a sentarse a los pies de Licinio Sura, otro hispano de una de las *coloniae* de la Tarraconense. Sura había recibido elogios como abogado al comienzo de la década del 80, cuando Marcial escribió su primer libro de epigramas. El 92, Marcial lo llamaría el «más famoso de los eruditos, cuya oratoria de estilo antiguo recuerda la de nuestros graves antepasados». Sura tenía una casa en el Aventino, cerca del templo de Diana con vistas al Circo Máximo, según revela Marcial en otro poema, y aparece citado en tercer lugar en una lista breve de elocuentes admiradores de sus escritos, tras Silio Itálico, el poeta consular, y Aquilio Régulo, un resuelto orador.¹

A comienzos de mayo del año 92, Domiciano dejó Roma para emprender otra nueva campaña en el norte contra los suevos de Germania y los sármatas, y permaneció fuera durante ocho meses. Es posible que Trajano marchara con él y se quedara en la zona del Danubio, llegando a ser, incluso, gobernador de Panonia. En cualquier caso, pocos años después, Plinio afirmó que, tras haberse ganado la aprobación de Domiciano por su rápida marcha de Hispania al Rin el año 89, Trajano «fue considerado digno» por el emperador «de llevar a cabo varias expediciones»: resulta difícil ver en qué otro lugar pudo haber servido. La campaña del emperador estuvo lejos de ser un éxito total, sobre todo porque una legión, la XXI Rapax, había sido aniquilada por el enemigo. Al regresar en enero del 93, Domiciano se limitó a señalar el final de la guerra con un triunfo menor, una *ovatio*. Estacio atribuyó la contención del emperador a su «clemencia» y a que no deseaba «dignificar» a los marcomanos y los «nómadas» sármatas celebrando un triunfo cabal sobre ellos. En diciembre del año 92, adelantándose al regreso inminente de Domiciano, Marcial había dedicado su octavo libro de *Epigramas* al emperador dándole el título de Dácico

(que Domiciano nunca adoptó). Una docena de los ochenta y dos poemas tienen como asunto el elogio directo o indirecto de Domiciano: «El mes de Jano, la ciudad es testigo de un feliz regreso»; «Roma nunca amó tanto a un caudillo (*ducem*)», «Si el pueblo te quiere, César, no es por tus dones; quiere a tus dones por ti».²

El noveno libro de Marcial, escrito un año o dos más tarde, siguió aclamando igualmente las victorias de Domiciano. A los elogios se añadió un tema nuevo: el emperador había prohibido la castración, por lo que Marcial le felicita efusivamente en dos poemas. El poeta consiguió, no obstante, incluir en el mismo libro seis composiciones efusivas sobre Earino, el eunuco favorito de Domiciano, que acababa de hacer entrega de algunos rizos de su pelo en una caja de oro para que fueran depositados en el santuario de Esculapio de su ciudad natal de Pérgamo. Estacio, entretanto, compuso más de cien versos sobre el bello Earino y los mechones que el dios iba a recibir del *Caesareus puer*, elogiando al mismo tiempo con astucia la prohibición imperial de la castración. El Ganimedes imperial no era una excepción en la Roma de los Flavios. Aunque la mayoría no fueran eunucos, los bellos muchachos formaban parte de varias familias conocidas por la literatura de la época. Estacio escribió dos poemas para consolar a amigos por las muertes de sus *delicati*. En otros tiempos, los romanos habían mirado con censura el «amor griego», y el profesor Quintiliano, de ideas tradicionales, lo seguía desaprobando. Los escritos de Marcial y Estacio muestran que en aquel momento era algo común.³

El año 93 llegaron de la Bética noticias que iban a provocar revuelo y que interesarían, sin duda, de manera especial a los senadores de la provincia. El procónsul Bebio Masa fue acusado de extorsión o corrupción por «los provinciales», probablemente a través del consejo provincial. Masa fue juzgado ante sus iguales, en el Senado, y sus acusadores fueron Herennio Seneción, senador de la propia Bética, y Plinio. Masa fue condenado y sus bienes quedaron inmovilizados mientras se evaluaba la restitución. Entretanto, el anterior procónsul contraatacó. Tenía experiencia como *delator* (informador o denunciante especializado en acusaciones de *maiestas*, ‘alta traición’) desde tiempos de Nerón. Junto con Mettío Caro, otro *delator*, acusó de alta traición a Herennio Seneción. Aquello iba a provocar una avalancha de denuncias. Seneción era seguidor de la filosofía estoica y estaba estrechamente vinculado a un grupo senatorial denominado habitualmente «oposición estoica». A continuación se celebraron en el Senado una serie de juicios por alta traición cuyo resultado fue la condena a muerte no solo de Seneción sino también de dos antiguos cónsules, Helvidio Prisco y Aruleno Rústico, y el destierro de otras cuatro personas de rango senatorial, Máurico, hermano de Rústico, junto con

su esposa, y dos mujeres de la familia de Helvidio. Las acusaciones fueron diversas, pero, en esencia, incluían claramente críticas directas o indirectas al emperador por parte de un grupo que se había opuesto a la autocracia durante medio siglo—el padre de Helvidio había sido condenado a muerte por Vespasiano; Trásea, suegro de su padre, por Nerón; y Cecina Peto, suegro de Trásea, por Claudio—. ⁴

Los juicios se celebraron tras la muerte de Julio Agrícola, fallecido el 23 de agosto de 93, cuando se hallaba en marcha la causa contra Bebio Masa. Tácito escribió unos años después que Agrícola tuvo la suerte de morir sin llegar a ver «la casa del Senado sometida a sitio, y a los senadores retenidos en su interior por hombres armados». El joven Adriano debió de haber presenciado aquellos juicios—y, por supuesto, el de Bebio Masa—con un interés considerable. Probablemente se requirió a los cónsules para que presidieran el caso; uno de los hombres que ocupaban el cargo el año 93 era, por cierto, un pariente hispano de la familia de Adriano, L. Dasumio Adriano, de Córdoba. En cuanto a Tácito, había vuelto a Roma poco después de la muerte de Agrícola—había permanecido fuera cuatro años—y, junto con sus colegas del Senado, fue obligado a votar la sentencia de muerte contra Helvidio, Rústico y Seneción. Los sentimientos de Tácito eran ambivalentes. Uno de los cargos presentados contra Seneción fue que, tras ingresar en el Senado con la magistratura más baja, la cuestura, se había negado a presentarse a otras candidaturas. ¿Qué se lograba con aquella oposición pasiva? Agrícola había reaccionado de manera distinta: siguió sirviendo a su país incluso bajo Domiciano—y, de haberlo permitido Domiciano, se habría prestado con absoluta disposición a ejercer otros cargos en Siria o en el Danubio o como procónsul de Asia—. Tácito concluía pocos años después que «los admiradores de la ilegalidad deberían saber que puede haber grandes hombres incluso bajo emperadores malos, que la obediencia y la contención, unidas a la diligencia y el vigor, son más loables que la búsqueda de la fama por sendas abruptas que llevan a una ostentosa actitud de martirio que no beneficia a la república». ⁵

La senda tomada por Agrícola—la obediencia y la moderación—era, al fin y al cabo, la que estaba siguiendo Trajano. Según se contaba, Trajano hizo más tarde la siguiente observación: «Domiciano fue un mal emperador, pero tenía buenos *amici*». No puede haber muchas dudas de que Adriano se habría adherido satisfecho a aquella opinión y habría pensado, incluso, probablemente, que las medidas de Domiciano contra el grupo estoico estaban justificadas. Es muy posible que se hallara presente como observador en la casa del Senado cuando se celebraban los juicios: Augusto había permitido a los hijos de los senadores asistir a las reuniones senatoriales tras vestir la *toga virilis*, «para que

se habituaran a la vida pública». En cualquier caso, es posible que los juicios por alta traición no hubieran concluido aún cuando Adriano dio los primeros pasos en su carrera oficial. El año 94 fue, probablemente, la fecha en que ocupó uno de los cargos del vigintivirato, impuestos obligatoriamente por Augusto a los futuros senadores. Había cuatro directorios distintos de diverso prestigio. El patricio o plebeyo que contara con unos padrinos fuertes podía llegar a ser uno de los tres funcionarios responsables de la acuñación de moneda, los *tresviri monetales*. Había así mismo cuatro asignados a la supervisión de las calles de la capital, los *quattuorviri viarum curandarum*. Los menos favorecidos eran los miembros del cuerpo de tres personas entre cuyos deberes se contaban ciertas formas de mantenimiento del orden, los *tresviri capitales*, que en aquel preciso momento habían sido convocados para supervisar la cremación pública de libros escritos por los senadores condenados. Platorio Nepote, amigo de Adriano, que hubo de contentarse con ser uno de los *capitales* y debió de haber ejercido el cargo por esas fechas, pudo haber recibido la misión de ocuparse de aquella ingrata tarea.⁶

El puesto ocupado por Adriano fue uno de los diez *vigintiviri* restantes, los *decemviri stlitibus iudicandis* ('junta para la adjudicación de los procesos'), a los que el pretor responsable asignaba la presidencia de una de las cuatro listas de jurados de la corte centunviral. Este tribunal trataba los casos civiles y se reunía en la basílica Julia. El público podía asistir a ellos y, en realidad, lo hacía. Sin embargo, lo que atraía su atención eran los discursos de los abogados y no la actuación del *decemvir*, que casi nunca se menciona: es evidente que sus deberes eran mínimos. Plinio, que a los dieciocho años había aparecido personalmente como abogado ante los *centumviri* y había sido *decemvir* poco después, siguió participando con regularidad en casos vistos ante aquel tribunal. Casualmente, informa sobre uno celebrado por las fechas en que el joven Adriano pudo haber ocupado la presidencia. Un tal Ausidio Curiano había sido desheredado por su madre, que nombró nuevos herederos a Plinio y otro senador, Sertorio Severo, junto algunos caballeros más. Algunos se inquietaron al pensar que su amistad con el recién ejecutado Aruleno Rústico podría poner en peligro su posición. Plinio hizo un ofrecimiento a Curiano inmediatamente antes de la fecha señalada para el caso, y el acuerdo se cerró sin llegar a los tribunales.⁷

Podemos suponer que el puesto de *decemvir* no suponía grandes exigencias, pero significaba una iniciación a la vida pública, una magistratura del Pueblo Romano, aunque de menor relevancia. Adriano dispondría de un séquito (*viatores*) y escribanos asignados a él. Aquel mismo año traería consigo dos nuevas oportunidades de desempeño de una función pública. Por una casualidad afortunada se ha conservado el pedestal de una estatua levantada en

su honor en Atenas el año 112. En ella se enumera su *cursus honorum*, que confirma y complementa la información dada en la *HA*. Tras el decemvirato se anotan dos puestos no mencionados en la *vita*: el de *praefectus feriarum Latinarum* y el de *sevir turmae equitum Romanorum*. Las *feriae Latinae* eran una antigua festividad de la vieja Liga Latina celebrada todavía anualmente en primavera o a principios del verano en el monte Albano (el moderno monte Cavi, en la colina de Alba), a 35 kilómetros al sur de Roma. Todos los magistrados del Pueblo Romano estaban obligados a asistir, y, durante la ausencia de los cónsules, estos debían nombrar un prefecto que se ocupara de sus deberes en la ciudad. El nombramiento solía recaer normalmente, al parecer, en un joven senador o futuro senador que hubiera llamado la atención de uno de los cónsules. Es probable que Adriano fuera escogido por los cónsules sufectos que ocuparon el cargo del 1 de mayo a finales de agosto del 94, ambos con una auténtica sarta de nombres: M. Lolio Paulino D. Valerio Asiático Saturnino y C. Antio A. Julio Cuadrato. El primero era descendiente del senador galo Valerio Asiático de Viena (Vienne), que había sido cónsul por segunda vez en el 46 y pronto sería asesinado por Claudio. Cuadrato procedía de Pérgamo y era uno del puñado de griegos nombrados senadores por Vespasiano. Había sido, con toda probabilidad, legado del padre de Trajano durante su proconsulado en Asia, quince años antes, y era sin duda amigo del propio Trajano. Parece muy verosímil que fuera Cuadrato quien eligió al joven pariente de su amigo para el honor de sustituir a los cónsules.⁸

Un mes o dos más tarde se celebró otra ceremonia: la revista anual de los caballeros romanos (*transvectio equitum*) del 15 de julio. Para pasarla, los caballeros se distribuían en seis escuadrones (*turmae*), cada uno de los cuales estaba encabezado por un joven senador o futuro senador con el título de *sevir* que, como mínimo, debía ser un buen jinete. El sevirato de Adriano para el pase de la revista no aparece, por supuesto, fechado en la inscripción de Atenas, pero, al igual que la prefectura honoraria de Roma, debió de haber tenido también lugar, probablemente, el año 94. Aquel joven de dieciocho años había recibido para entonces un decidido impulso en su carrera. Desconocemos si atrajo la atención del emperador y si fue favorecido con una invitación al palacio. Estacio conmemoró su asistencia por primera vez a un banquete imperial masivo para senadores y caballeros dado aquel mismo año o a comienzos del 95—los «jefes de Rómulo» (senadores) y los «portadores de la *trabea*» (caballeros) comieron reclinados ante mil mesas—, por lo que no es imposible que Adriano se encontrara allí. Estacio se declara sobrecogido ante los amplios salones de mármol y por la suerte de «fijar su mirada en Él, con su semblante plácido y su serenidad majestuosa».⁹

No es nada extraño que Suetonio, que escribía treinta años después, haga hincapié en algo distinto. Tras las ejecuciones de los senadores, Domiciano «se convirtió en una persona aterradora para todos y odiada»; se sentía cada vez más inquieto e hizo instalar en el pórtico del palacio, donde realizaba sus ejercicios, tabiques reflectantes para poder ver a cualquiera que se le acercase desde atrás. En cuanto a sus banquetes, Casio Dión habla de un entretenimiento macabro ofrecido a senadores y caballeros en una habitación pintada totalmente de negro profundo con triclinios desnudos del mismo color sobre un suelo también desnudo. Los huéspedes fueron invitados de noche y a su lado se colocó una losa a modo de lápida sepulcral; muchachos pintados de negro bailaron a su alrededor antes de servirse la comida, de color también negro. Ninguno habló, excepto el anfitrión, «que conversó únicamente sobre muerte y asesinatos». Los invitados se quedaron de piedra.¹⁰

El año 95 estuvo marcado por más ejecuciones por conspiración. Algunas víctimas destacadas fueron Acilio Glabrión, un aristócrata colega de Trajano en el consulado, y un pariente próximo del propio Domiciano, Flavio Clemente, hijo de su primo. Clemente estaba, además, casado con Domitila, sobrina nieta de Domiciano; dos de sus hijos habían sido adoptados por el emperador, y Clemente fue cónsul aquel mismo año. Es posible que hubiera motivos para la acción de Domiciano. ¿Quién puede saberlo? Según cuenta Suetonio, él mismo se lamentó del destino desdichado de los *principes*: nadie creía en conspiraciones contra los emperadores, hasta que eran realmente asesinados. Es probable que Adriano se sintiera contento de marcharse de Roma aquel año.¹¹

El servicio militar como tribuno no era ya, ciertamente, obligatorio para los futuros senadores, en cualquier caso, sabemos que algunos lo eludieron. Pero, de las veintiocho legiones existentes entonces, solo las dos de Egipto, donde no podían entrar las personas de rango senatorial, no requerían un *tribunus laticlavius*, «con la banda ancha» que denotaba pertenencia al orden senatorial. Algunos servían solo durante unos pocos meses o un año, pero, como solo había veinte *vigintiviri* anualmente, muchos de ellos debieron de haberse incorporado a una legión nada más concluir su año como magistrados de rango menor. En el caso de Adriano no podía haber dudas: el primo de su padre, también sin hijos, que lo trataba entonces «como a un hijo propio», había pasado varios años como tribuno militar al menos en dos legiones distintas, en Siria y en el Rin. Seguramente habría insistido en que Adriano siguiera su ejemplo; además, se hallaba en condiciones de ofrecerle un cargo en su propio ejército. Aunque no disponemos todavía de testimonios fehacientes, podemos conjeturar razonablemente que Trajano ejerció, quizá, el gobierno de Panonia

durante esos años. En cualquier caso, Adriano se convirtió en ese momento en tribuno de la II Adiutrix, estacionada en Aquinco (Budapest), a orillas del Danubio. Era una de las cuatro legiones, por lo menos, presentes en Panonia e iba a desempeñar una función clave en la protección del Imperio contra los sármatas del otro lado del río.¹²

La II Adiutrix era una legión relativamente nueva, formada con marinos de la flota de Ravena durante las Guerras Civiles. Poco después de su creación fue enviada a Britania, donde había pasado quince años de campañas ininterrumpidas hasta ser transferida en el 86 al Danubio, inicialmente a la región de Mesia. Tres años después, finalizada la primera campaña de Domiciano en Panonia, se trasladó a Aquinco y levantó para su propio uso el primer fuerte legionario construido allí, hecho de madera. No hay duda de que, no mucho antes de que Adriano ocupara su cargo, acababa de participar en la segunda campaña panónica de Domiciano, la del año 92. Como *tribunus laticlavius*, Adriano era, en función de su rango, el segundo del comandante de la legión, el legado (cuya identidad desconocemos). Debió de alojarse en el interior del fuerte con un considerable aparato, en realidad con casa propia provista de numerosas habitaciones, y habría llevado consigo esclavos y libertos de su propio hogar romano.¹³

No es fácil decir cuáles eran sus obligaciones. Aunque fuese, en teoría, un segundo comandante, en la práctica se esperaría de él que aprendiera de los oficiales profesionales, los centuriones, en su mayoría hombres salidos de las filas, y de sus cinco compañeros de tribunado, todos ellos caballeros romanos. Los centuriones y los hombres de la legión habrían tenido mucho que decirle sobre las campañas contra los sármatas y sobre su etapa en Britania durante el largo mando de Agrícola. Algunos de ellos habrían participado en la gran Batalla del monte Graupio en el 83 y podrían haberle expuesto sus opiniones sobre los caledonios. Nos gustaría suponer que Adriano no fue uno de aquellos que «dedicaban su servicio a la búsqueda del placer, disfrutando del mayor número posible de permisos, para regresar con el título de tribuno pero sin haber aprendido nada». Más bien, a imitación de lo que había hecho el joven Agrícola treinta y cinco años antes, se habría propuesto «conocer la provincia, darse a conocer en el ejército y aprender de las personas experimentadas, seguir a los mejores, no aspirar a nada por ostentación, no negarse a nada por miedo y ser al mismo tiempo precavido y vigilante». Al igual que Agrícola, es probable que pasara algún tiempo con el gobernador, cuyo cuartel general se hallaba en Carnunto, sobre todo si quien ocupaba el cargo era su pariente Trajano.¹⁴

Adriano sería conocido más tarde por su capacidad para mezclarse sin problemas con gente de toda condición y por su afición a hablar con los ple-

beyos, por su asombrosa capacidad para recordar nombres, en especial de soldados y veteranos, y por su disposición a compartir la sencilla dieta de los soldados. Estas cualidades le resultaron, probablemente, muy útiles en su primer destino militar. Más tarde, siendo emperador, tuvo fama de ser «sumamente diestro con las armas y extraordinariamente experto en ciencia militar». Es probable que sentara las bases de su gran competencia en Aquinco durante los años 95 y 96. Al menos un contacto, hecho seguramente en el 95, iba a serle de gran importancia. Una inscripción procedente de allí recoge el nombre de un centurión de la II Adiutrix llamado M. Turbón. El nombre de Turbón es tan poco corriente que difícilmente puede tratarse de otro que Q. Marcio Turbón (Marcius se habría abreviado, por analogía, en el *praenomen* Marcus). Este hombre de la colonia dálmata de Epidauro (cerca de Dubrovnik) iba a servir a Adriano como prefecto de la Guardia durante más de quince años.¹⁵

El período de servicio concluyó el verano del 96 al cabo de no mucho más de un año con la II Adiutrix, quizá por haberse presentado un nuevo *tribunus laticlavius* para ocupar su puesto, lo que significaba a su vez la llegada de un nuevo gobernador que traía con él a su propio protegido en funciones de tribuno. Sea como fuere, Adriano no se apartó del ejército sino que obtuvo un nuevo nombramiento en una de las legiones de Mesia Inferior, la V Macedonica, instalada en Esco, en la confluencia entre el río del mismo nombre y el Danubio. No es posible identificar con total certeza al gobernador al que debió el nombramiento, pero es muy probable que se tratara de L. Julio Marino. Seguramente es el Julius Mar[] documentado como legado de Mesia Inferior el siguiente enero. Marino tenía una finca en la localidad sabina de Cures, pero muy bien podría ser originario del Este—se ha propuesto como lugar de procedencia la *colonia* de Berito (Beirut), en Siria—. En cualquier caso, conocía probablemente al joven Adriano, o bien se lo habían recomendado vivamente: un segundo tribunado militar era algo excepcional para un *laticlavius*.¹⁶

El 18 de septiembre del 96, no mucho después de la llegada de Adriano a Esco, ocurrió en Roma un suceso dramático. Es probable que las noticias no tardaran más de una semana en llegar al Danubio Inferior: el emperador había sido asesinado. Su sucesor—que no fue el primer candidato de los conspiradores—se había instalado ya y había sido reconocido por el Senado e, incluso, aclamado con entusiasmo por esa corporación. Se trataba de Marco Cocceyo Nerva. La memoria de Domiciano fue objeto de condena, sus estatuas de plata y oro se fundieron, su nombre fue borrado de los monumentos públicos. En Roma, la plebe reaccionó con indiferencia, pero los soldados no se sintieron, ni mucho menos, satisfechos. Algunos intentaron deificar a Do-

miciano, según informa Suetonio. Ciertos elementos del Ejército danubiano, probablemente de la provincia de Adriano, se amotinaron. El filósofo itinerante Dión de Prusa (Bursa) los devolvió a la sensatez, según un relato un tanto inverosímil recogido por Filóstrato. Cuando llegaron las noticias, Adriano llevaba probablemente solo unas pocas semanas con la V Macedonica—la *HA* fecha su nombramiento «al final mismo del reinado de Domiciano» («*extremis iam Domitiani temporibus*»).¹⁷

Domiciano había sido víctima de una conspiración palaciega fraguada en el seno de su propia familia, incluido su chambelán y otros libertos del palacio, además de la emperatriz; no se trató de una conjura senatorial, y mucho menos de los comandantes del ejército, aunque sí estuvieron implicados los prefectos de la Guardia. No obstante, sus relaciones con el Senado se habían ido deteriorando desde el 89, si no antes, y los juicios y ejecuciones de finales del 93 habían empeorado las cosas. En ese momento se proclamó la *libertas*, los desterrados regresaron y hubo un revuelo de ajustes de cuentas contra quienes habían servido al «tirano» como *delatores*. Sin embargo, la posición del nuevo emperador estaba lejos de ser segura. Nerva no era, ni mucho menos, un militar, y los soldados se sentían furiosos. Además, las finanzas del Estado se encontraron pronto en una situación calamitosa. Nerva se vio obligado a vender propiedades imperiales para recaudar fondos, y creó una comisión económica. Según era de esperar, ocuparía personalmente el consulado en el 97. Sin embargo, el nombre de su colega debió de haber causado sorpresa. Se trataba de L. Verginio Rufo, que había desempeñado un cometido importante en las Guerras Civiles del 68-69, retirándose luego prudentemente de la vida pública. Rufo tenía entonces ochenta y tres años. Podemos adivinar el motivo de aquella elección. Casi treinta años antes, los soldados habían ofrecido el trono a Rufo en más de una ocasión; la primera, tras la Batalla de Vesonción (Besançon), en junio del año 98, después de que su Ejército de Germania Superior hubiera descalabrado a los galos rebeldes de Julio Vín dex. El ofrecimiento se repitió poco después al conocerse la muerte de Nerón, y una vez más tras la de Otón, en abril de 69. Rufo había rehusado siempre. Es posible que Nerva quisiera enviar una señal a los comandantes del ejército: debían seguir aquel ejemplo tan sano.¹⁸

PRINCIPATUS ET LIBERTAS

El año 97 comenzó con malos auspicios. Mientras ensayaba su discurso de agradecimiento a Nerva por la concesión del consulado, el anciano Verginio Rufo se cayó y se rompió la cadera al inclinarse para recoger un libro pesado. Al accidente le siguió una larga enfermedad. Entretanto, Nerva apeló a otros hombres de edad avanzada. Su amigo Arrio Antonino, que en vez de felicitarle por su acceso al trono le había expresado su condolencia, obtuvo un segundo consulado. El primero lo había ejercido el año de los cuatro emperadores, el 69 d.C. Julio Frontino, anterior gobernador de Britania bajo Vespasiano, reapareció como encargado de los acueductos de Roma. Corelio Rufo, de casi ochenta años, viejo e impedido por una dolorosa afección de gota durante más de cuarenta años, fue nombrado encargado de la compra y parcelación de fincas públicas. Frontino, Corelio y Verginio eran amigos y patronos de Plinio, que había sido a su vez uno de los prefectos del erario militar en los últimos años de Domiciano. Plinio no ocupaba ningún cargo en ese momento y, según sus reflexiones, «una vez asesinado Domiciano, se presentó una estupenda oportunidad para atacar a los culpables, vengar a las víctimas y promover mis propios planes». A comienzos del 97, tras consultar a Corelio, lanzó un ataque contra Publicio Certo, uno de los encargados de la otra hacienda pública, el *Aerarium Saturni*. Certo había tenido un papel importante en la caída de Helvidio.¹

El ataque de Plinio contra Certo provocó una protesta general. En el Senado eran demasiados quienes se habían comprometido bajo Domiciano. Plinio fue llevado aparte y se le advirtió de que Certo tenía un amigo poderoso, «al mando entonces de un gran ejército en el Este, sobre el que circulaban serios rumores, aunque sin confirmar». Pero el importante discurso de Plinio triunfó en la Cámara. Cuando el anciano Fabricio Veyentón, uno de los consejeros que habían servido a Domiciano durante largo tiempo, intentó replicarle, no se le permitió explicarse. Certo no fue encausado, pero se le destituyó de su cargo en el tesoro público y se le negó el consulado que esperaba obtener.

La referencia de Plinio a la actitud amenazadora del innominado comandante del ejército del Este refleja la tensa situación en que se hallaba el propio Nerva. El emperador necesitaba desesperadamente el apoyo de los ejércitos. El

peligro del Este debía de referirse al ejército de Siria, y su comandante había hecho, sin duda, que el pueblo se preguntara si intentaría dar un golpe de Estado. Dicho comandante puede ser identificado como M. Cornelio Nigrino, de Liria, en la Tarraconense oriental, muy condecorado por Domiciano por sus servicios en el Danubio. Nerva actuó con rapidez y Nigrino fue destituido. Larcio Prisco, un senador joven que ocupaba el cargo de cuestor en Asia, fue nombrado de forma anómala comandante de la legión IV Scythica de Siria y gobernador en funciones de la provincia; también se sustituyó apresuradamente al legado de una de las restantes legiones siriacas, la XVI Flavia. Es evidente que Nigrino no causó problemas, pues se retiró a su hogar en Hispania. Los ejércitos germanos requerían también el nombramiento de comandantes leales. M. Ulpio Trajano, gobernador de la provincia de Germania Superior, con su cuartel general en Mogunciaco (Maguncia), había sido nombrado, probablemente, poco después de la llegada de Nerva al poder. Plinio adornaría pronto las circunstancias de su nombramiento al recordar un buen augurio. Cuando Trajano subía al Capitolio para ofrecer un sacrificio, según era costumbre al partir para ocupar el cargo, «algunos ciudadanos reunidos allí por otros motivos» exclamaron de pronto: «¡Emperador!», según diría Plinio unos cuatro años después, «En aquel momento se pensó que aclamaban a Júpiter».²

Verginio Rufo falleció, finalmente, durante el verano. El funeral público fue un acontecimiento grandioso, «un orgullo para el emperador y nuestros tiempos, para el foro y sus oradores», según informaba Plinio en una carta a un amigo de provincias. El discurso laudatorio se encargó a uno de los cónsules sufectos en ejercicio, Cornelio Tácito, «un orador sumamente elocuente cuyo homenaje fue el remate que coronó la buena fortuna de Verginio». Rufo había preparado un breve epitafio en verso para su propia tumba: «Aquí yace Rufo, que una vez derrotó a Vindex y reivindicó el poder imperial, no para sí sino para su país». En los años 68 y 69, Tácito se habría explayado, sin duda, mucho más sobre el papel de Rufo. El hecho de que las circunstancias del año 97 fueran asombrosamente similares a las del 68, tras la muerte de Nerón, con un soberano sin hijos y de edad avanzada, era, sin duda, algo evidente para todos. El encargo de pronunciar el elogio de Verginio Rufo inspiró, seguramente, al propio Tácito, al menos en parte, para escribir algo distinto: la biografía de Agrícola, una especie de compensación por el discurso necrológico que su ausencia había hecho imposible en el 93. Además, en el 93 no habría podido hablar con libertad. El silencio se había impuesto durante quince años, una parte importante de la vida de un hombre. En ese momento amanecía una nueva era: el César Nerva reconcilió algo que en otros tiempos parecía una combinación imposible: principado y libertad.³

En el momento de la publicación de la *Vida de Agrícola* se habían producido más sucesos espectaculares. En octubre del año 97, la Guardia Pretoriana se amotinó y sitió el palacio. Pedían venganza por el asesinato de Domiciano. Nerva fue presa del pánico y vomitó de miedo, pero todavía intentó resistir e invitó a los hombres a que le mataran a él. No fue una buena decisión. Se le obligó a entregar a los asesinos de Domiciano, que fueron linchados por la tropa, y el príncipe fue forzado por el prefecto de la Guardia, Casperio Eliano, a celebrar una solemne acción de gracias. La posición del emperador se estaba volviendo desesperada. A continuación se realizaron, seguramente, consultas secretas y urgentes. Entretanto llegaron noticias mejores del Danubio. El gobernador de Panonia había obtenido una victoria de menor importancia sobre las tribus germanas orientales. Nerva asumió el título de Germánico y marchó al templo de Júpiter Capitolino a depositar los laureles de la victoria. Luego—por inspiración divina, según diría Plinio—, pronunció una proclama: «Que la Buena Fortuna asista al Senado y al pueblo romano y a mí mismo: adopto a Marco Ulpio Trajano».⁴

Trajano, afirma Plinio, se mostró reticente y tuvo que ser persuadido para aceptar la adopción, que comportaba el título de César y la sucesión. Añadió el nombre de Nerva al suyo, junto con el título recién asumido de Germánico, y, poco después, se le concedió el *imperium* y la *tribunicia potestas*, pero continuó en el Rin. Una fuente tardía, el *Epitome de Caesaribus*, que utiliza las biografías perdidas de Nerva y Trajano escritas por Mario Máximo, recoge una observación breve pero llamativa sobre el acceso de Trajano al poder: se había apoderado de él (*imperium arripuerat*) con la ayuda de Licinio Sura. El propio Plinio insinúa algo muy distinto de una promoción inesperada. Según él, si Nerva hubiese actuado de otro modo, se habría mostrado arbitrario y tiránico; era evidente que Trajano habría acabado siendo emperador aunque Nerva no lo hubiese adoptado. El papel de Sura en todo esto no está claro; ni siquiera sabemos con certeza si se hallaba en Roma o, tal vez, gobernando una provincia cercana a la Germania Superior. En cualquier caso, Trajano disponía de otros apoyos, sobre todo el de dos importantes senadores en Roma, Julio Frontino y Julio Urso. Su «solicitud y vigilancia» en favor de los intereses de Trajano serían recompensadas por este con elevados honores. No obstante, para la mayoría de la gente debió de constituir una sorpresa. A pesar de su categoría y de la eminencia de su padre, Trajano era de cepa provincial. Tácito, que se hallaba en esos momentos concluyendo la biografía de su suegro, afirma, ciertamente, que Agrícola acostumbraba a vaticinar el acceso de Trajano al poder y rezaba por él—«lo escuché con mis propios oídos»—, lo cual habría sucedido, por lo menos, siete años antes del nombramiento. Podemos dudar de ello.⁵

La promoción del pariente de Adriano produjo una reacción comprensible en la provincia donde se hallaba estacionado. Adriano fue elegido para llevar las felicitaciones del Ejército de Mesia Inferior al nuevo César, que se encontraba en la comarca del Rin, no hay duda de que acudiría allí como uno más de la gran multitud de emisarios similares procedente de todo el Imperio. Antes de partir, debió de haber consultado a un astrólogo. En cualquier caso, lo único que añade la *Historia Augusta* (HA) sobre la estancia de Adriano en Mesia Inferior es que «cierto *mathematicus* confirmó lo que ya había predicho su tío abuelo Elio Adriano: que acabaría siendo emperador». ⁶

Al llegar Adriano a Germania, fue retenido para ejercer otro tribunado más, esta vez en la legión XXII Primigenia de Mogunciaco. Trajano dejó el mando de Germania Superior y se trasladó a la residencia del gobernador de Germania Inferior, la Colonia Agripinense (Colonia), asumiendo personalmente, por supuesto, la función de legado. Su sustituto en Mogunciaco fue Julio Serviano, cuñado de Adriano, cercano también a Trajano, y al influyente Julio Urso, pariente probablemente de Serviano. El tercer tribunado militar de Adriano no tiene paralelos, solo está atestiguado otro caso, unos veinticinco años después. Pero las circunstancias del año 97 eran muy especiales: Adriano, al fin y al cabo, era en ese momento el pariente masculino más próximo al heredero al trono. Sus relaciones con su nuevo jefe directo no fueron muy afortunadas. Al menos, la HA afirma que Serviano dio informes desfavorables a Trajano: Adriano despilfarraba el dinero y acumulaba deudas—es indudable que abundaba la gente deseosa de prestar a un joven tan bien situado como él—. Uno se pregunta cuáles eran las oportunidades de gastar dinero a orillas del Rin. Aguas arriba de Mogunciaco había un pequeño balneario, Aquae Mattiacae (Wiesbaden), que podía ofrecer algunas modestas posibilidades de darse a la buena vida. Sea como fuere, quince años más tarde, con motivo de una visita a los ejércitos del Rin siendo ya emperador, Adriano intentó decididamente erradicar el «lujo» de las bases militares. Quizá se había dedicado a comprar caballos y perros caros cediendo a su pasión por la caza, pues era la estación propicia del año. Además de disfrutar, habría tenido la oportunidad de ver por sí mismo el nuevo sistema fronterizo de fuertes y torres de vigilancia instalados por Domiciano en los territorios al otro lado del río, la fértil llanura bordeada por colinas boscosas en el norte y el este, y por el río Moenus (Meno) en el sur. Junio Avito, un compañero de tribunado de rango senatorial elogiado por Plinio (quien, probablemente, le había recomendado) por «su respeto hacia los elevados principios de Serviano», fue sin duda más grato a este que su joven cuñado, tan pagado de sí mismo. ⁷

Noticias llegadas de Roma a comienzos de febrero dieron a Adriano la

oportunidad de salir de allí: Nerva había muerto el 27 de enero y Trajano fue nombrado emperador al día siguiente. En el plazo de una semana llegó, probablemente, un correo a Mogunciaco. Adriano estaba decidido a informar personalmente a Trajano en Colonia. Serviano, por su parte, envió a su propio mensajero y, en otra señal de sus malas relaciones con Adriano, dejó fuera de servicio el carro utilizado por este, según informa la *HA*. Adriano no se dejó amedrentar, sigue diciendo el relato, y marchó a pie, recorriendo los 180 kilómetros, aproximadamente, antes que el hombre de Serviano. No es imposible que su carro se hubiese averiado, y también es bastante probable que se viese obligado a caminar parte del trayecto. Otra cosa es que Serviano hiciera que alguien manipulase el vehículo; y podemos sospechar que Adriano pudo haber encargado caballos para cubrir un buen trecho. La versión dada en la *HA* está tomada, seguramente, de la autobiografía de Adriano escrita cuarenta años después, cuando tenía motivos para mancillar la memoria de Serviano y, al mismo tiempo, exagerar su buena forma física de hombre joven.⁸

Adriano se quedó con Trajano—que decidió permanecer todavía en el Rin—y, en ese momento, gozó de «su favor». La primera medida de Trajano fue, sin duda, ordenar la apoteosis de Nerva y el sepelio de sus restos en el mausoleo de Augusto. Prometió al Senado por carta que «no condenaría a muerte ni desterraría a ningún hombre bueno». Consiguió colocar en puestos de influencia a personas de confianza que le apoyaban. Frontino y Urso fueron recompensados con un segundo consulado a comienzos del año. Dos amigos íntimos, Cornelio Palma y Sosio Seneción—este último, yerno de Frontino, se hallaba cerca de él por su puesto de gobernador de Bélgica—, fueron designados para el cargo de *consules ordinarii* para el año 99.⁹

El prefecto de la Guardia, Casperio Eliano, apareció, como correspondía, para ocupar su puesto al lado del nuevo soberano. Pero su papel en el motín del anterior mes de octubre no podía pasar inadvertido. Fue condenado a muerte, y se nombró como sucesor suyo a Attio Suburano, hombre que ya se encontraba a mano. Había estado sirviendo como procurador de Bélgica y, por tanto, como pagador de los ejércitos del Rin. Cuando Trajano le entregó su espada oficial, la desenvainó, la alzó y dijo a Suburano: «Si gobierno bien, úsala en mi favor; y si lo hago mal, empléala contra mí». Trajano había creado ya sus propias tropas de elite como contrapeso de los pretorianos, convirtiendo a los guardias montados del legado de la Baja Germania en la Guardia Imperial Montada, los *equites singulares Augusti*. Aquello equivalía a resucitar los guardaespaldas germanos de los emperadores de la dinastía julio-claudiana, los *corpore custodes*. Aquellos hombres eran en su mayoría bátavos (originarios de la moderna Holanda), como también lo eran los nuevos Guardias Montados



Fig. 1. Retrato de Trajano en una moneda del período del 104 al 114
(BMC III Trajano, n.º 853). Museo Británico.

de Trajano. También debió de haber llegado a Colonia el *ab epistulis*, el primer secretario imperial, Titinio Capitón, con un gran grupo de otros altos funcionarios. Capitón fue el primer hombre de rango ecuestre que ocupó aquel cargo, cubierto anteriormente por libertos imperiales. Había sido nombrado por Domiciano al final de su reinado y mantenido en el puesto por Nerva. El hecho de que también Trajano lo conservara fue una importante señal de continuidad entre el «despotismo» de Domiciano y la nueva aurora de libertad.¹⁰

Capitón tendría, probablemente, muchas cartas que redactar. Trajano debió de haberse visto anegado por la correspondencia. Por casualidad, se ha conservado la carta de Plinio al nuevo emperador: «Tu lealtad filial, sacratísimo emperador, te ha hecho desear suceder a tu padre lo más tarde posible, pero los dioses inmortales se han apresurado a poner en tus manos el gobierno de la República». No se conserva la respuesta, quizá fuera demasiado breve como para ser publicada. Plinio utilizó su amistad con Serviano para algo más concreto, la obtención de un privilegio personal, el *ius trium liberorum* (los derechos honoríficos de un padre de tres hijos), útil para su carrera: la paternidad, que Plinio no había logrado a pesar de dos matrimonios, permitía progresar con mayor rapidez. Trajano fue debidamente agradecido «por otorgarla

según el deseo de Julio Serviano, un hombre excelente y sumamente favorecido por ti».¹¹

El hecho de que Trajano permaneciera en la frontera septentrional debió de haber sido motivo para conjeturar que pretendía lanzar una campaña en Germania. Uno de quienes pudieron esperar o suponer tal resultado fue Cornelio Tácito. Su biografía de Agrícola estaba concluida, y el autor había saldado su deuda de *pietas* para con su suegro. Al mismo tiempo, aquella obra breve constituía una vigorosa declaración política en justificación de quienes, como su suegro y él mismo, y también, por supuesto, Trajano, habían proseguido sus carreras bajo el «despotismo» de Domiciano. Tácito se había mofado además de la «pretendida» victoria germana de Domiciano, en contraste con la auténtica gloria de las conquistas de Agrícola en Britania. Ahora, Tácito iniciaba una monografía sobre los germanos. Estaba bien preparado para la tarea, pues su propio padre había servido como procurador en Bélgica y las Germanias, y él mismo había comandado, muy probablemente, una legión en el Rin. Sea como fuere, utilizó, como es obvio, la bibliografía existente sobre Germania, por ejemplo un libro de Plinio el Viejo, como base para su propio tratado. La elección del tema pudo haberse debido, sencillamente, a que se trataba de un tópico, pues todas las miradas se centraban en el nuevo emperador. Tácito resume las relaciones de Roma con los germanos desde las invasiones de cimbrós y teutones a finales del siglo II a.C. hasta el 98 d.C. describiéndolas como «210 años de (supuestos) éxitos romanos» contra aquel pueblo, sobre el cual (en una expresión de descrédito de las guerras de Domiciano) «se habían celebrado» en los últimos tiempos «más triunfos que victorias ganadas».¹²

Si Tácito esperaba una nueva expedición en Germania, se habría sentido decepcionado. En vez de ello, Trajano marchó del Rin al otro lado del Danubio llevándose consigo a Julio Serviano, nombrado gobernador de Panonia, que tomó a su vez consigo a Junio Avito, protegido de Plinio, como *tribunus laticlavius*. Trajano, por su parte, inverna en Mesia a fin de hacerse una idea de los pueblos de la otra orilla del Danubio—sármatas y dacios—que en la década precedente y en años anteriores habían causado repetidos problemas a Roma. Plinio se explaya, como es debido, sobre el respeto mostrado a Trajano por los enemigos de Roma y la admiración de sus propios hombres por su participación activa en las maniobras. Trajano no marchó en definitiva a Italia hasta finales del año 99. Plinio diría: «Los ruegos de tu pueblo te están llamando de vuelta a casa». El *adventus* imperial fue, apropiadamente, modesto y sin pretensiones. Trajano desmontó del caballo para entrar en la ciudad a pie y avanzar entre las filas de los senadores, caballeros y plebe reunidos en medio del gozo general. Tras haber ofrecido un sacrificio en el Capitolio, el



Fig. 2. Plotina, emperatriz de Trajano (busto procedente de Roma, Museo Vaticano). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

grupo del emperador marchó al palacio, y Trajano «camino con la misma actitud de quien entra en una casa particular». Plotina contribuyó a la buena impresión causada volviendo sobre sus pasos para dirigirse al pueblo y decir: «Al entrar en este edificio soy la misma mujer que espero ser cuando lo deje».¹³

Adriano, que probablemente había regresado a Roma en el séquito imperial, gozaba todavía del favor de Trajano. Pronto surgiría un problema del que la *HA* nos informa debidamente, pero en un pasaje cuyo texto es defectuoso. Adriano tuvo problemas con «los *paedagogi* ['guardas o tutores'] de los efebos muy amados de Trajano». La frase se refiere claramente a los pajes de la casa imperial. La afición de Trajano por los muchachos—y por el vino—está atestiguada por Casio Dión. Trajano tenía, pues, sus Ganimedes, lo mismo que Domiciano, pero ello, añade Dión, no hacía ningún daño a nadie y, además, era capaz de aguantar la bebida. Resulta difícil evitar la conclusión de que Adriano había invadido las prerrogativas del emperador y se había excedido con los pajes. Su evidente pasión por un hermoso joven treinta años más tarde haría que su propia homosexualidad fuera universalmente conocida. Alguien llamado Galo intervino con seguridad en ayuda de Adriano, quien, sin embargo, seguía preocupado por la actitud del emperador hacia él, sigue diciendo la *HA*. A continuación se nos cuenta que Adriano recurrió a la consulta de las «suertes virgilianas» abriendo la *Eneida* al azar para obtener una profecía sobre su futuro; la respuesta fue, según se dice, un pasaje del libro VI que describe al rey Numa. Este suceso fue, quizá, una invención del autor de la *HA*, como también pudo haberlo sido el párrafo que va a continuación. En él se explica que el oráculo virgiliano pudo provenir, «según otros, de los versos sibilinos». De todos modos, aunque la historia fuese inventada, existe la posibilidad de que el responsable de su difusión fuera el propio Adriano. Hay signos claros de que, al llegar a emperador, fomentó deliberadamente las comparaciones entre él y Numa. La *HA* afirma además que, por aquellas fechas, supo también que llegaría a ser emperador por una respuesta oracular recibida en el templo de Júpiter (Zeus) Niceforio (en Antioquía). La *HA* cita como fuente de esta última historia la obra de un «platónico sirio» llamado Apolonio, personaje desconocido por lo demás. Si hay en todo ello algo más que la fantasía de la *HA*, el dato pertenecería también a fechas posteriores, al momento de la estancia del propio Adriano en Siria.¹⁴

Es más verosímil la siguiente información de la *HA*, donde se dice que Adriano recuperó una relación de amistad plena con Trajano por los buenos oficios de Licinio Sura. No hay duda de que Sura era uno de los amigos íntimos y consejeros más cercanos de Trajano, más próximo a él, quizá, que ningún otro. Es cierto que Julio Frontino fue, como es obvio, su asesor más im-

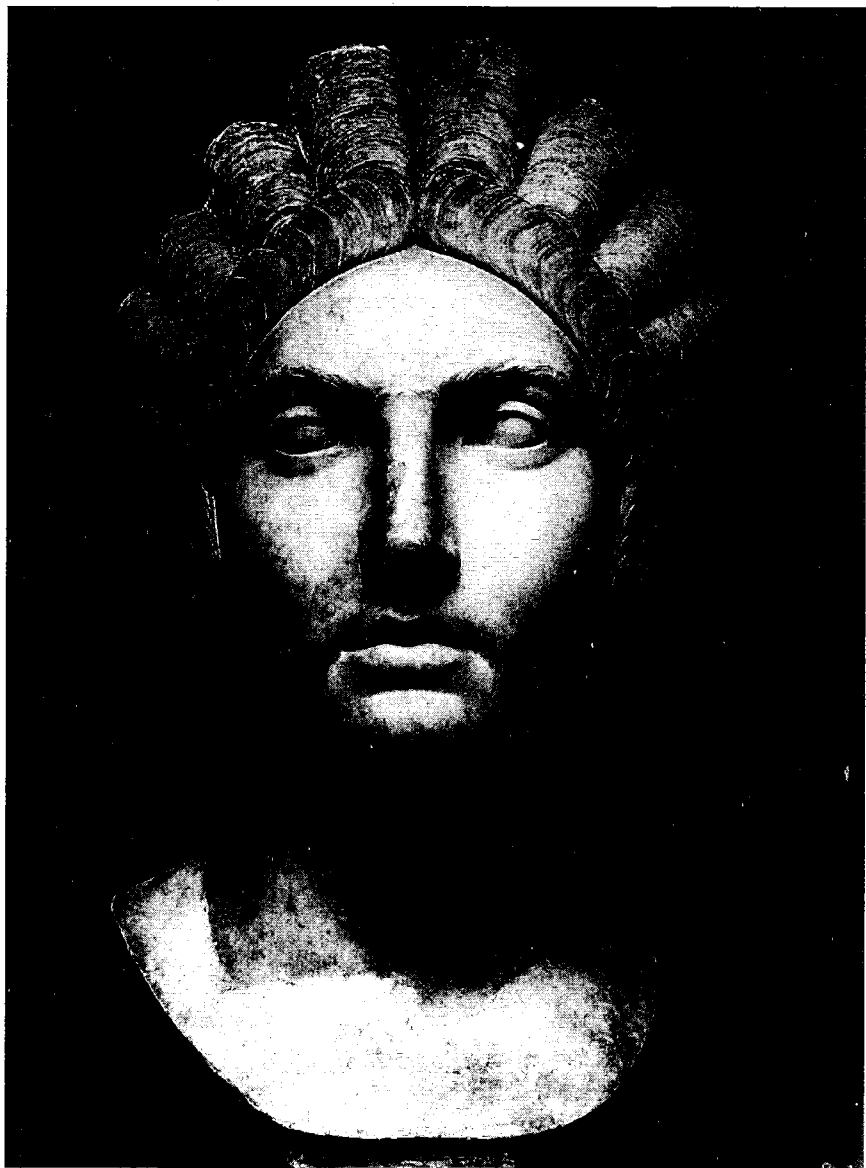


Fig. 3. Matidia, suegra de Adriano (busto procedente de Roma, Museo del Palazzo dei Conservatori). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.



Fig. 4. Sabina con los atributos de la diosa Ceres (estatua del Museo de Ostia). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

portante, pues compartió con él el consulado ordinario el año 100. Pero Fronto era un anciano, falleció pocos años después. Dión destaca a Sura por la «amistad y confianza» mutuas entre él y el emperador. El historiador añade que hubo algunas críticas celosas y hostiles que Trajano se esforzó por acallar presentándose a cenar en la mansión de Sura incluso sin ser invitado, prescindiendo de sus guardas y permitiendo ser afeitado por el barbero de su amigo. Al día siguiente dijo a sus otros amigos que habían menospreciado a aquél: «Si Sura hubiera querido realmente matarme, lo habría hecho ayer». Entre sus demás cargos, Sura actuó como redactor de discursos para el emperador. Adriano disfrutó también del apoyo de la emperatriz, y la asignación de la sobrina nieta de Trajano para esposa de Adriano se llevó a cabo a instancias suyas. Según Mario Máximo (así lo recoge la *HA*), el entusiasmo de Trajano por aquel casamiento no fue demasiado incondicional. Para Adriano se trataba, en realidad, de un significativo paso adelante. En aquel momento tenía veinticuatro años, y su prometida era unos diez años más joven, según se cree. La unión no fue, ni mucho menos, un matrimonio por amor, a pesar de que Adriano sentía un gran afecto por Matidia, su suegra, entonces viuda, a la que Trajano trataba como a una hija.¹⁵

La boda debió de haberse celebrado el año 100 d.C., poco antes de que Adriano ingresara en el Senado como cuestor a comienzos de diciembre del mismo año. Dado que al asumir esa primera magistratura senatorial se hallaba próximo a su veinticinco cumpleaños (el 24 de enero de 101), se encontraba en la edad normal para el desempeño del cargo. En otras palabras, su parentesco con Trajano no le había servido para progresar de manera acelerada; pero era, al menos, uno de los cuestores del emperador. Es posible, no obstante, que para entonces formara parte de uno de los dos colegios sacerdotales reservados a los senadores, los *VIIviri epulorum* y los *sodales Augustales*. La inscripción ateniense con el *cursus honorum* de Adriano, que incluye esos sacerdocios, los sitúa fuera del orden cronológico. Es razonable conjeturar que habría recibido esa distinción al convertirse en senador. Los *VIIviri*—cuyo número se elevaba a diez por aquellas fechas—eran el colegio de menor rango de los cuatro sacerdotales, menos prestigioso que el de los *pontifices*, los augures o los *XVviri*. A pesar de todo, estaba considerado como uno de los «cuatro grandes colegios», a los que solo podía esperar acceder una minoría de senadores; además, los sacerdotes del deificado Augusto no se hallaban muy por detrás en la estima pública.¹⁶

La admisión a los colegios sacerdotales, como la mayoría de otras distinciones, estaba controlada por el emperador. Cuando se creaba una vacante, los miembros en funciones podían presentar candidaturas, así, cuando Plinio lle-

gó por fin a ser augur, explicó a un amigo que había sido nominado reiteradamente por Frontino, y acabó ingresando como su sustituto al morir este. Dio la casualidad de que, precisamente el año 100, se creó una vacante en el colegio de los *VIIviri*, y no por fallecimiento, como solía ocurrir. Uno de sus miembros, Mario Prisco, nombrado recientemente procónsul de África, había sido expulsado de la corporación. Se le había juzgado en el Senado por extorsión, y los fiscales fueron Tácito y Plinio. En cualquier caso, otro *VIIvir*—L. Vibio Sabino, supuesto padre de la esposa de Adriano—había muerto el año anterior. Plinio se había dirigido personalmente a Trajano en beneficio propio: «El mayor tributo que se puede pagar a mi reputación es alguna señal de favor de un *princeps* tan excelente. Te ruego, por tanto, que aumentes los honores a los que he sido promovido por tu generosidad concediéndome un sacerdocio en el augurato o en el septemvirato, pues hay sendas vacantes en ambos órdenes». Plinio tuvo que esperar. El augurato fue a parar a algún otro, y el *VIIvir* elegido pudo haber sido Adriano.¹⁷

Podemos conjeturar con posibilidades de acierto que, entre los miembros supervivientes del colegio, Adriano tuvo el apoyo de Julio Cuadrato, el influyente hombre de Pérgamo que, según propusimos más arriba, pudo haber nominado a Adriano para el cargo de prefecto durante las fiestas latinas del año 94. La pertenencia a este colegio habría puesto a Adriano en contacto con sus compañeros *VIIviri*, por ejemplo, en los banquetes (*epulae*) que, según indica su título, debían celebrar en honor de Júpiter y los demás dioses (apenas sabemos algo más acerca de sus obligaciones). Aquellos hombres formaban un grupo impresionante que incluía, además de Cuadrato, a Atilio Agrícola, de Augusta Taurinorum (Turín), uno de los senadores con un gran futuro, que gozaba del favor de Trajano y era también, al igual que Adriano, un *sodalis Augustalis*, a Cilnio Próculo, de Arrecio (Arezzo), en Etruria, a Neracio Prisco, de Sepino, en el país samnita, cónsul el 97 y, luego, legado de Germania Inferior durante un período breve, y a Domicio Tulo, ya anciano para entonces, aquel narbonense inmensamente rico e influyente.¹⁸

Adriano, que no era todavía senador el año 100, no tuvo que asistir sentado al prolijo discurso de agradecimiento pronunciado por uno de los cónsules de aquel verano, el *Panegírico* de Plinio, aunque, como hijo de senador, tenía derecho a hacerlo. Si Trajano se vio obligado a oírlo personalmente, es posible que sus cálidos sentimientos hacia el efusivo orador sufrieran un leve menoscabo. En su forma escrita, el discurso habría requerido seis horas, y hasta la propia versión original pudo haber puesto a prueba la paciencia del emperador. Tanto si se hallaba presente cuando el cónsul Plinio pronunció la versión original ante el Senado como si no, Adriano debió de haber tenido la oportu-

nidad de oír un *Panegírico* revisado y ampliado leído por entregas en tres días consecutivos ante invitados y publicado posteriormente. El propósito de Plinio no se limitaba a rendir homenaje al emperador, sino que pretendía además mostrar a sus sucesores el camino que debían seguir. Una alocución del intelectual griego de Bitinia Dión de Prusa *Sobre el reinado*, pronunciada por aquellas fechas ante Trajano, debió de haber sido más del gusto de Adriano.¹⁹

Como cuestor del emperador, Adriano tenía la función de leer los discursos de Trajano en su ausencia. Llama un tanto la atención saber por la *HA* que «se rieron de él por su “acento” más bien rústico». Adriano reaccionó «prestando atención al estudio del latín hasta adquirir una competencia y una fluidez completas». Resulta difícil creer que en su breve estancia en Itálica, una década antes, hubiera adquirido acento «hispano». Es más probable que su dicción se viera afectada por el período desacostumbradamente largo pasado en el ejército y su relación con centuriones y soldados rasos. En cualquier caso, no hay duda de que había seguido dedicándose al griego más que al latín. Se sabe que asistió en algún momento a clases dadas por el sofista greco-siríaco Iseo, presente en Roma en torno al año 100. Plinio se sintió entusiasmado por aquel sofista de sesenta años que hablaba a la perfección el griego ático y encantaba a sus oyentes con unas improvisaciones brillantes. «Si no sientes impaciencia por conocerlo», decía a su corresponsal epistolar, «es que tienes realmente una voluntad de hierro y un corazón de piedra».²⁰

Adriano ocupó también otro cargo mencionado por la *HA* pero que no se enumera en la inscripción de Atenas: «conservador de las actas del Senado», en otras palabras, responsable de los informes oficiales de las reuniones de la Cámara. Aquel archivo era una valiosa fuente para los historiadores; Tácito, por ejemplo, sacó un buen partido de las *Acta Senatus*. No podemos saber si en el 101 rebuscaba ya en los archivos senatoriales para escribir sus *Historias* de los años 69 al 96. Por de pronto, es posible que por esas fechas estuviera gobernando una provincia.²¹

Las primeras obligaciones senatoriales de Adriano en Roma no habrían de durar más de unos pocos meses. El 25 de marzo del año 101, Trajano marchó a hacer la guerra al rey Decébalos de Dacia y se llevó consigo a Adriano, que seguía siendo su cuestor pero era también entonces miembro de su equipo, *comes Augusti*, según evidencia la inscripción de Atenas. En su función de *comes* sirvió al lado de Sura, Serviano y otros personajes destacados. Trajano había estado preparándose para la guerra durante más de dos años; ese fue, sin duda, el motivo principal de su visita a Mesia en el 98-99. Los dacios habían sido considerados una amenaza desde la época de Julio César, y la expansión del reino durante Decébalos había causado considerables problemas a Domiciano.

El desprestigio sufrido por Roma en sus guerras no había sido reparado. En aquel momento se hallaba preparada en el Danubio una fuerza de diez legiones junto con sesenta mil hombres de los regimientos de *auxilia* y otros destacamentos adicionales de los ejércitos de Britania y el Este. Trajano llevó a los pretorianos con un nuevo prefecto de la Guardia, Claudio Liviano, y a los Guardias Montados. La guerra iba durar dos campañas y concluiría con la rendición de los dacios.²²

La *HA* recoge de manera breve y trivial, como es propio en ella, la participación de Adriano: «Siguió a Trajano a la Guerra de Dacia y mantuvo con él un trato de bastante intimidad; de hecho, [Adriano] afirma que, por aquellas fechas, se dio también a beber vino para no desentonar de los hábitos de Trajano, por lo que este le recompensó espléndidamente». Es, por tanto, evidente que Adriano escribió algo en su autobiografía sobre este servicio. Pero, por lo que se dice a continuación, solo estuvo en el frente el primer año. Podemos deducir que acompañó a Trajano en condición de cuestor, según las viejas costumbres republicanas, y que, al finalizar su mandato, regresó a Roma para proseguir su carrera.²³

La *HA* explica a continuación que fue nombrado tribuno de la plebe y da como fecha los cónsules del año 105. Pero unas líneas después, el siguiente cargo de Adriano, la pretura, aparece datado en el consulado de «Suburano y Serviano», ambos cónsules por segunda vez. Debe de tratarse de una confusión entre Suburano y Sura. Este último desempeñó su segundo consulado como colega de Serviano el 102. Suburano, que había sido prefecto de la Guardia desde el 98, dejó este cargo y fue senador y cónsul sufecto el 101, y ocupó por segunda vez el consulado, como *ordinarius*, el 104. Pero también es posible que la *HA* o bien su fuente, Mario Máximo, se hicieran un lío con nombres y fechas. La solución más verosímil es que Adriano regresara a Roma a finales del otoño del año 101 para ocupar el cargo de tribuno de la plebe en el 102, iniciando el ejercicio de su cargo el 10 de diciembre del 101, según la antigua práctica relativa a los tribunos. De ser así, se había eludido el requisito normal de un intervalo de un año entre cargos impuesto por el *cursus honorum*: entre el final de la cuestura, el 4 de diciembre, y el comienzo del tribunado, el 10 del mismo mes, debió de haber transcurrido menos de una semana. Una exención de este tipo pudo haber sido, en tal caso, una modesta señal de favor por parte de Trajano, que permitió a su pariente ser tribuno un poco antes de cumplir los veintiséis años.²⁴

Si los acontecimientos hubieran seguido su curso normal, Serviano y Sura cónsules *ordinarii* el año 102, deberían haberse hallado en Roma; pero debido a la guerra ejercieron, quizá, su cargo *in absentia*. Hay que señalar que Servia-

no se había cambiado entretanto de nombre y se hacía llamar «L. Julius Ursus Servianus» en vez de «Ser. Julius Servianus». Es evidente que había heredado sus nuevos nombres del poderoso aliado de Trajano L. Julio Urso. Sura tuvo, al menos, un cometido personal en Dacia durante el 102 al haber sido enviado junto con Claudio Liviano, prefecto de la Guardia, a negociar con el rey de Dacia. Al final, Decébalos «tuvo miedo y no quiso reunirse con ellos». En cuanto a Serviano, formó también parte del equipo de Trajano, al menos en el año 101. Una carta dirigida a él por su amigo Plinio, ansioso por tener noticias, da a entender que se hallaba en el frente. En la primera campaña se había obtenido ya una victoria importante. El 102 se consiguieron más triunfos. El jefe tribal moro Lusio Quieto, que mandaba una fuerza compuesta por compatriotas suyos, y Laberio Máximo, gobernador de Mesia Inferior, aparecen destacados por sus éxitos en los escasos documentos históricos. Decébalos fue obligado a pedir la paz. Rindió «sus armas, máquinas e ingenieros, demolió fuertes, entregó a los desertores, se retiró del territorio capturado y se convirtió en aliado del pueblo romano. Trajano dejó guarniciones por toda Dacia, regresó a Roma para celebrar un triunfo y tomó el título de Dácico». Roma se anexionó grandes extensiones de tierra al norte del bajo Danubio, la Dacia suroccidental se incorporó a Mesia Superior y una franja de territorio mucho mayor en su flanco oriental se sumó a una provincia de Mesia Inferior muy ampliada.²⁵

En el curso de su servicio en el ejército, Adriano debió de haber tenido ocasión de establecer lazos con miembros del alto mando. Sosio Seneción, que desempeñó un cometido destacado, se menciona explícitamente diez años más tarde como amigo personal suyo, al igual que Claudio Liviano, prefecto de la Guardia, un licio de Sídimas. Q. Pompeyo Falcón, que sería más tarde yerno de Seneción, mandó en aquella guerra la legión V Macedonica y habría de ocupar puestos importantes bajo el mandato de Adriano. Podemos suponer que se conocieron el 101, si no antes. Adriano debió de haber conocido así mismo a otro legado de la legión, Julio Cuadrato Baso, de Pérgamo, comandante de la XI Claudia. Otros dos personajes importantes, Atilio Agrícola, gobernador de Panonia, y Cilnio Próculo, legado de Mesia Superior, fueron colegas suyos como *Vilviri*. Otra persona con quien debió de encontrarse fue Apolodoro de Damasco, arquitecto de Trajano, encargado de construir el puente que cruzaba el Danubio en Drobeta (Turnu Severin), al finalizar la primera campaña.²⁶

Se supone que Adriano tuvo algo que decir en su autobiografía sobre su tribunado de la plebe. «Afirma que durante esa magistratura se le pronunció un presagio según el cual recibiría el poder tribunicio perpetuo [prerrogativa del emperador], pues perdió las *paenulae*, unos mantos que solían llevar los tribunos de la plebe en caso de lluvia, pero que los emperadores no llevaban

nunca». Eso dice la *HA*. Pero, tal como lo narra, es difícil que ese breve relato sea auténtico. La *paenula* era la capa para la lluvia habitual en Roma, vestida por todos los romanos, incluido el emperador. En el mejor de los casos, la *HA* entendió mal o tergiversó algo que aparecía en su fuente. Es dudoso que Adriano tuviera alguna obligación seria que cumplir o que realizara algún esfuerzo por mostrarse activo en el Senado como tribuno de la plebe. Plinio menciona una intervención de un tribuno en el debate del año 97, cuando atacó a Publicio Certo. También describe con cierta prolijidad una sesión del Senado el año 105, cuando otro tribuno, Avidio Nigrino, tomó la iniciativa personal de denunciar el cobro de honorarios por algunos abogados. Adriano se sentiría probablemente contento de no destacar, aunque los tiempos fueran entonces diferentes de lo que lo habían sido cuarenta años antes, cuando Agrícola, en su condición de tribuno, pasó su año en una «inactividad callada», sabedor de que la *inertia* era la manera inteligente de comportarse. Merece la pena que nos detengamos en el hecho mismo de que Adriano fuese tribuno de la plebe. Significa que, a pesar de su parentesco con Trajano, no había sido elevado al patriciado. En realidad, la inscripción de Atenas no menciona que fuera candidato del emperador para ese puesto o para la pretura. Al parecer, Trajano deseaba que, de momento, su antiguo pupilo fuera tratado en cierto modo como un senador normal. No obstante, según se ha sostenido, se le permitió ser tribuno un año antes de lo establecido por las reglas.²⁷

La ausencia de Adriano de Roma durante la mayor parte del año 101 supuso, probablemente, la imposibilidad de asistir al proceso por extorsión emprendido por Plinio contra Cecilio Clásico, procónsul de la Bética. Seguramente se habría informado a través de corresponsales epistolares sobre un caso que afectaba a su provincia «patria». El 102-103, Plinio se vio involucrado en otro juicio similar contra un procónsul del Ponto-Bitinia, Julio Basso, esta vez por parte de la defensa. Es posible que esa clase de asuntos pudieran parecer dignos del Senado, pero Adriano no se habría llevado una impresión muy favorable de otras sesiones senatoriales. Plinio cuenta con cierta indignación cómo se descubrió que, en un escrutinio secreto, se habían garabateado bromas y obscenidades en las tablillas de votación.²⁸

A pesar de esas omisiones, el 104 Adriano se aseguró, como era de esperar, su elección como pretor para el año siguiente. Era un poco más joven que la edad prescrita de treinta años cumplidos «o por cumplir aquel año», pues el 24 de enero de 105 tendría veintinueve. Al parecer, se hizo algún intento de endurecer las normas. Uno de sus colegas en la pretura, Licinio Nepote, se comportó con una severidad a la antigua y llegó incluso a multar a un senador por no haber asistido a un juicio como jurado. En su calidad de presidente del tribu-

nal centumviral, Nepote advirtió más tarde a la acusación y a la defensa que aplicaría estrictamente las normas sobre aceptación de honorarios, la misma cuestión suscitada por el tribuno Nigrino el 105. Nepote intervino también al año siguiente en relación con otro juicio por extorsión celebrado nuevamente contra Vareno Rufo, procónsul de Bitinia. Uno de los pretores del año 106, Juvencio Celso, que sería más tarde un jurista famoso, atacó a Nepote «con violencia y prolijidad tachándolo de aspirante a reformador del Senado». No aparece documentado que Adriano desarrollara ninguna actividad de este tipo; el único dato atestiguado es que recibió de Trajano una importante suma de dinero para pagar los juegos que debía organizar como pretor, juegos que, finalmente, hubo de celebrar *in absentia*. En cualquier caso, los años en que Adriano desempeñó las antiguas magistraturas republicanas debieron de haberle dado cierta ocasión de familiarizarse con el derecho romano. Quizá llegó a presidir algún tribunal como pretor. De haber sido así, solo lo hizo, como mucho, durante cinco meses.²⁹

Adriano no vería acabar su año de servicio en Roma. Durante algún tiempo se había comprobado claramente que Decébalos incumplía las condiciones que se le habían impuesto el año 102—al menos, esa era la versión oficial romana—. Trajano se había estado preparando para una nueva campaña y sus medidas incluían el reclutamiento de dos nuevas legiones, la II Traiana y la XXX Ulpia Victrix. En mayo del año 105 se declaró la guerra contra Dacia. Trajano partió para el Danubio el 4 de junio y volvió a llevarse consigo a Adriano; esta vez le dio el mando de la legión I Minervia.³⁰

EL JOVEN GENERAL

Adriano conocía ya, probablemente, la legión I Minervia, cuyo mando asumió el verano del año 105. Había estado estacionada en Bonna (Bonn), a orillas del Rin, cerca de Colonia Agripinense (Colonia), donde había pasado la primera parte del año 98. También podría haberla conocido en la primera Guerra de Dacia, para la que había sido desplazada al Danubio. Concluida la guerra, la legión se había quedado allí para ser una de las catorce, más o menos, concentradas para la nueva campaña en Panonia y Mesia. La I Minervia era de creación relativamente reciente: había sido formada por Domiciano y recibió su nombre en honor de la divinidad favorita del soberano.¹

La ofensiva romana, cuidadosamente preparada—con la ventaja del enorme puente de piedra sobre el Danubio construido por Apolodoro—, no había comenzado aún cuando Decéballo lanzó un ataque preventivo. Consta que atacó a las fuerzas romanas en el sudoeste de Dacia, ocupada desde el 102 y anexionada a Mesia Superior. Al ser rechazado el ataque, Decéballo intentó que unos desertores romanos asesinaran a Trajano, pero también sin éxito. Entonces, el rey de Dacia se ofreció a parlamentar con el comandante romano de la zona norte del río, Pompeyo Longino, y lo tomó prisionero a traición. Decéballo pretendió negociar con aquel rehén de alta graduación para obligar a los romanos a evacuar el territorio recientemente conquistado. Trajano le dio una respuesta ambigua y Longino resolvió su dilema suicidándose. El hecho de que Trajano hubiera sido objeto de un intento de asesinato dio lugar a conjeturas sobre la sucesión. El emperador no tenía hijos y no había dado señales de estar dispuesto a adoptar uno, ya fuera su joven pariente Adriano o algún otro. Cinco años antes, Plinio había rogado a Júpiter en su *Panegírico* que otorgara «a Trajano un sucesor engendrado por él [...] pero si el destino se lo niega, aconséjale cuando elija y muéstrale a alguien digno de ser adoptado en tu templo del Capitolio». Las posibilidades de que le naciera un hijo eran para entonces remotas. Trajano apuntó, seguramente, en otra dirección tras el plan de Decéballo de asesinarlo. La *HA* nos informa de que «en cierta ocasión dijo a Neracio Prisco: “Si me ocurriera algo, te encomiendo las provincias”». En ese momento, Neracio Prisco era, al parecer, gobernador de Panonia. En otras pa-

labras, era uno de los hombres que participaban en la acción, aunque el principal centro del esfuerzo de guerra romano se hallara más lejos, aguas abajo del Danubio.²

Neracio Prisco llegaría a ser más famoso como jurista y—junto con Juvencio Celso, pretor al año siguiente—como jefe de la «escuela Proculiana», una de las dos principales tradiciones de interpretación del derecho romano surgidas en los primeros tiempos del principado. A pesar de su fama en el mundo de las leyes, la actuación de Prisco como gobernador de dos importantes provincias militares demuestra que jugaba bien en todas las posiciones. Además, su hermano Marcelo había gobernado Britania poco antes. Neracio Prisco podría haber sido un emperador ideal. Lo que no sabemos es si Trajano hablaba completamente en serio y si la verdadera intención de la «encomienda de las provincias» a Prisco «si le ocurría algo a él» era la de nombrar un sucesor. Otro relato conservado en un extracto de Casio Dión para el que no es posible conjeturar fecha alguna nos presenta a Trajano en un banquete pidiendo a sus amigos que le nombren a «diez personas capaces de ser emperadores»—*capax imperii*, tal como lo habría dicho Tácito—. «Tras un momento de pausa, añadió: “Solo necesito nueve nombres, pues ya tengo uno: Serviano”». El cuñado de Adriano gozaba, sin duda, de la alta estima de Trajano tal como lo había demostrado su segundo consulado con Sura el 102. Pero tampoco esta anécdota puede tomarse fácilmente como un indicio de las auténticas intenciones de Trajano. El emperador se encontraba fuerte y activo, no había cumplido aún cincuenta años y no necesitaba ni deseaba nombrar un sucesor.³

Las tortuosas transacciones en las que se jugó el destino de un oficial romano de alta graduación debieron de haber ocupado el resto de la estación de campaña del año 105. En cualquier caso, la ofensiva romana definitiva se lanzó en la primavera de 106. Las fuerzas dacias fueron rechazadas al interior tras una serie de batallas. Su capital, Sarmizegetusa, fue tomada y Decébalos se suicidó para evitar ser capturado. Un caballero romano llamado Claudio Máximo que llegó, por poco, demasiado tarde para apresar vivo al rey, le cortó la cabeza y se la llevó a Trajano en un lugar llamado Ranistoro. La cabeza fue enviada a Roma para ser arrojada por la escalinata Gemonia ('de los suspiros'), destino tradicional de los enemigos del pueblo romano. Su reino fue anexionado: a partir de ese momento Dacia sería una nueva provincia romana, la primera adquisición de ese tipo después de más de medio siglo. Para aumentar la sensación de una gloria y una expansión renovadas, aquel mismo año (106) se añadió al Imperio un nuevo territorio en el Este: el gobernador de Siria, Cornelio Palma, tomó pacíficamente el reino nabateo, al este del río Jor-

dán, en el Neguev, creando así la provincia de Arabia. No hay duda de que, tras la muerte de Decéballo, se habrían llevado a cabo en Dacia operaciones de limpieza, pero a finales del 106, una vez alcanzado el triunfo, unidades romanas se afanaban en levantar nuevos fuertes junto a las fronteras.⁴

La nueva provincia de Dacia, con una guarnición de al menos dos legiones, fue asignada a Julio Sabino. En Dacia había mucho que hacer. Si se trata del Sabino que recibió una carta de Plinio—en respuesta a la petición del propio Sabino de mantener correspondencia larga y frecuente—, su «vida en armas, los campamentos, los clarines y las trompetas, el sudor y el polvo y el calor del sol» difícilmente habrían podido ponerle en un estado de ánimo propicio para leer sobre las actividades triviales de Plinio, según comentaba este con modestia. La organización de la provincia recién conquistada era una empresa considerable. Según Eutropio, cronista del siglo iv, «fueron llevados allí incontables colonos de todo el mundo romano para cultivar los campos y habitar las ciudades [incluida una *colonia Ulpia Sarmizegethusa*, de nueva creación, que sustituiría en un lugar distinto a la antigua capital real], pues Dacia había quedado despojada de recursos humanos durante la larga guerra». Aparte de la pérdida de vidas, se habían capturado decenas de miles de prisioneros de guerra dacios para ser vendidos como esclavos o morir como gladiadores en los espectáculos celebrados el 107 para festejar la victoria.⁵

La HA se limita a ofrecer una breve descripción del papel personal representado por Adriano en la guerra: «En aquel tiempo, sus numerosas y excepcionales hazañas se hicieron, sin duda, famosas». La inscripción de Atenas añade que recibió de Trajano condecoraciones militares (*dona militaria*) por las dos guerras dacias. Solo podemos conjeturar qué fue lo que hizo realmente para ganarse aquellas condecoraciones en esta segunda ocasión. La parte principal corrió a cargo de Sura y Seneción, como en la primera guerra. Su recompensa fue otro consulado para ambos el año 107, el tercero en el caso de Sura, y el segundo en el de Seneción. Adriano, al parecer, obtuvo, no obstante, algo distinto: «Al habérsele dado como presente un diamante recibido de Nerva por Trajano, se sintió alentado a esperar la sucesión imperial». El «aliento» pudo haber sido una reacción subjetiva de Adriano. No hay garantías de que Trajano mencionara la sucesión al entregarle el obsequio.⁶

Una vez concluida la guerra, Adriano se quedó en el norte. La provincia de Panonia se dividió en ese momento en dos, la Superior y la Inferior, y Adriano fue nombrado gobernador de esta última, la menos extensa. Panonia Inferior conservó solo una legión, la II Adiutrix, y el gobernador fue, por tanto, al mismo tiempo su legado. El modelo de este planteamiento era Numidia, donde el legado de la III Augusta era también el gobernador provincial, en este caso,

solo *de facto*. Desde el 71, Judea había sido también un segundo ejemplo de provincia con una legión, y ahora se le sumaba la provincia de Arabia recién formada. Así, diez años después de su primer servicio en Aquinco, Adriano regresaba como jefe y es posible que ocupara el cargo justamente el 11 de junio del año 106 que, según conjeturas verosímiles, fue probablemente el día en que se dividió Panonia. En cualquier caso, se trata de un buen motivo para que el 11 de junio fuera considerado posteriormente durante varios siglos una importante fecha de aniversario en ambas Panonias. Adriano había sido promocionado tras haber ejercido apenas doce meses el cargo de legado de la I Minervia. Por tanto, cuando la Guerra de Dacia llegó a su fase decisiva, entre junio y los primeros días de agosto, no tenía ya una función en la primera línea del frente. De todos modos, es posible que se le asignara una tarea nueva e importante: la guarda del flanco occidental romano.⁷

Panonia Inferior tenía enfrente a los yáziges sármatas de la llanura húngara, un pueblo revoltoso que había luchado en varias ocasiones contra Roma. Aunque posiblemente apoyaron a los romanos contra los dacios, tuvieron que ser «reprimidos», al parecer, por Adriano. Quizá se tratara de una acción preventiva para asegurarse de que los sármatas se comportaban debidamente mientras se hallaba en pleno desarrollo la acometida final contra los dacios. La HA no nos brinda más detalles. No hay duda de que los problemas con los sármatas continuaron una vez concluida la Guerra de Dacia; según informa Casio Dión, Trajano se negó a devolverles territorios que habían perdido a manos de Decébalos. Tal vez intentaran hacerse con ellos en el verano del año 106 y fueron «reprimidos» por Adriano.⁸

Como primer gobernador de una provincia «nueva», estaba justificado que Adriano construyera un alojamiento apropiado para él y para un considerable grupo doméstico. Es posible que en ese momento se le uniera su esposa, Sabina, pero no hay duda de que dispuso de sirvientes personales de acuerdo con su rango. El palacio del gobernador, situado en una isla del Danubio, que sería más tarde el edificio más imponente de Aquinco, pudo haber sido encargado por Adriano. En realidad, dada su posterior reputación de arquitecto frustrado, es probable que lo diseñara él mismo. Su situación dominante frente a los sármatas, potencialmente hostiles, constituía de por sí una declaración de seguridad por parte de Roma.⁹

La HA nos ofrece otras dos observaciones lacónicas sobre el servicio de Adriano en Panonia Inferior: «Preservó la disciplina militar y acabó con los abusos de los procuradores». La tendencia a restablecer la disciplina en el ejército sería una de las claves de su línea de actuación en sus primeros años de reinado. En cuanto a su firmeza con los procuradores, contrasta de manera ins-

tructiva con el comportamiento mostrado treinta años antes por Agrícola en un gobierno comparable. Según había escrito Tácito hacía unos pocos años, su suegro se había abstenido de «enredarse en disputas (*contentione*) con los procuradores» siendo legado de Aquitania. No está claro a quién alude el término «procuradores» en el caso de Adriano; quizá se tratara de algunos libertos y del caballero romano de alto rango responsable de la recaudación de impuestos y del pago al ejército. El prudente gobernador se abstuvo de involucrarse en asuntos fiscales, responsabilidad del procurador, miembro del orden ecuestre. Si el procurador del emperador o sus ayudantes libertos se comportaron de forma opresiva o infringieron las prerrogativas del legado, Adriano pudo haber actuado confiando en el apoyo de Trajano. Como emperador, tomó personalmente medidas drásticas con mano férrea contra procuradores y gobernadores por igual.¹⁰

El gobierno de provincias con una guarnición se prestaba de manera especial al patronazgo. En ellas había comisiones para seis tribunos, un miembro del orden senatorial en la legión y, al menos, otros tantos para oficiales del orden ecuestre al mando de regimientos auxiliares. Los comandantes del ejército podían nombrar a sus amigos y protegidos, y recibirían de sus colegas del Senado cartas de recomendación para personas idóneas. Pompeyo Falcón, gobernador entonces de Judea, otra provincia con una legión, fue abordado por Plinio: «No te sentirás tan sorprendido por lo mucho que insisto en esta recomendación para un tribunado militar cuando conozcas quién es el hombre y cómo es». Cornelio Miniciano era «un ornato de mi distrito local». La petición de Plinio debió de haber sido rechazada por Falcón. Pocos años antes había tenido más éxito ante Neracio Marcelo, de quien había conseguido un tribunado en el Ejército de Britania para su joven y erudito amigo Suetonio Tranquilo (que luego se echó atrás). Plinio se carteaba con varias personas cercanas a Adriano, entre ellas Serviano y Sura, pero el propio Adriano no aparece en los nueve libros de correspondencia privada. En cualquier caso, un hombre de la «tierra de Plinio», P. Clodio Sura, de Brixia (Brescia), que sería nombrado por Adriano *curator* de Como cuando ya era emperador, había servido antes como tribuno ecuestre de la II Adiutrix. Podemos preguntarnos, al menos, si no fue, quizá, recomendado a Adriano por Plinio, pero se trata, por supuesto, de una pura conjetura. Otro hombre que sirvió bajo Adriano como tribuno ecuestre de la legión pudo haber sido M. Vettio Latrón, condecorado anteriormente por sus servicios en la primera Guerra Dacia como prefecto de la unidad de Pannonia. Latrón ascendió a tribuno de la II Adiutrix y obtuvo luego el mando de un regimiento de caballería en Dacia. A continuación ocuparía algunas procuraturas de menor categoría. Al cabo de más de veinte años, Adriano daría un

considerable impulso a la carrera de este hombre originario de la africana Turbón Mayor.¹¹

El nombramiento y la promoción de centuriones formaba también parte de las obligaciones del gobernador. No podemos estar seguros, por supuesto, de si Marcio Turbón—de quien se sabe que había pasado a ser amigo de confianza de Adriano—era ya centurión en la II Adiutrix. Quizá no sea casual que por las fechas en que Adriano regresó a Panonia Inferior, Turbón ascendiese un importante peldaño en el escalafón al convertirse en *praefectus vehiculorum*, encargado del servicio imperial de correos, el *cursus publicus*. Es de suponer que para entonces había sido ya centurión jefe de una legión, aunque no necesariamente, por supuesto, de la II Adiutrix. Pero, al menos, Turbón habría tenido el apoyo de Adriano.¹²

Una provincia imperial llevaba aparejada la expectativa del consulado. Adriano pudo haber esperado el prestigio de llegar a ser *ordinarius*, el cónsul que abría el año y le daba su nombre. Pero, una vez más, como le había ocurrido cuando no se le concedió el patriciado, hubo de contentarse con un premio menor. Los *consules ordinarii* del año 108, Ap. Annio Galo y M. Atilio Bradua, eran hombres de linaje consular, condición que faltaba a Adriano, y Bradua, al menos, era también patricio. Adriano obtuvo solo un consulado sufecto junto con M. Trebacio Prisco. Pero le llegó al cabo de solo dos años o menos de haber iniciado su servicio de gobernador, probablemente en mayo del 108, y no tenía más de treinta y dos. De ese modo había llegado casi diez años antes que la mayoría de los plebeyos al cargo al que seguían aspirando todos los senadores. La edad mínima republicana de cuarenta y dos años o más estaba todavía en vigor. Pero Augusto había permitido a los patricios y miembros de familias consulares obtener las *fascas* a la edad de treinta y uno. La HA atribuye el consulado de Adriano a su acertada actuación como gobernador. La verdad es que, a no ser que se cumpliese con el deber de forma completamente chapucera, el cargo se concedía casi automáticamente.¹³

Es posible que Adriano ejerciera su consulado *in absentia* y siguiera gobernando su provincia hasta entrado el 109. Su supuesto sucesor, Julio Máximo Manliano, aparece atestiguado por primera vez en Panonia en julio del 110, y fue cónsul el año 112. En cualquier caso, mientras Adriano ocupaba el consulado, «supo por Sura que iba a ser adoptado por Trajano, así que ya no fue menospreciado e ignorado por los amigos del emperador». Esta información se remonta probablemente a la autobiografía de Adriano y debe tratarse con cierta cautela. Sura murió poco después y fue honrado por Trajano con un funeral público y una estatua. Adriano estrechó nuevos lazos con Trajano, tanto si estaba ya en Roma para su consulado a comienzos de verano del año 108 como si

no apareció por allí hasta unos meses después, quizá inmediatamente antes de morir Sura (a menos que este le comunicara las intenciones de Trajano por carta). En ese momento, además, otros protegidos de Sura, como Minicio Natal de Barcino (Barcelona) debieron de considerar a Adriano como su patrón. Sura había escrito discursos para Trajano, función de la que entonces se encargó Adriano según informa la *HA*, sin mencionar a Sura como anterior redactor de los discursos imperiales. Sura y Adriano pudieron haber ayudado también al emperador a redactar su propia historia de las guerras dacias.¹⁴

Sura no fue la única persona distinguida que falleció por aquellas fechas. Domicio Tulo, uno de los hombres más ricos de Roma, murió a finales del 108 o principios del 109. Su testamento fue motivo de rumores: «No hablamos de otra cosa en la ciudad», escribía Plinio a un amigo. El anciano, «con todos sus miembros lisiados y deformados, incapaz de volverse en la cama o de limpiarse los dientes sin ayuda», había sido objeto de las atenciones de numerosos cazadores de herencias. Al final nombró principal heredera a su sobrina e hija adoptiva Domicia Lucila, y dejó legados para sus nietos y una nieta. «En realidad, todo el testamento es una prueba importante de su afecto por la familia y, por tanto, muy inesperado». Su viuda, que había sido duramente criticada por haberse casado con el anciano, heredó algunas hermosas villas y una cuantiosa suma de dinero.¹⁵

Algunos pasajes del testamento de Tulo se han conservado, al parecer, en piedra, en un gran monumento funerario de la Vía Apia. El testador fue identificado en época moderna con un tal Dasumio, de la familia cordobesa de Adriano. Un fragmento descubierto recientemente ha descartado este nombre. La inscripción, cuyo texto fue redactado entre mayo y agosto del 108, durante el consulado de Adriano, se puede atribuir, en cambio, a Domicio Tulo. Según se puso por escrito, el funeral debía ser supervisado por Julio Severino, amigo del testador, cuya hija Julia Paulina, sobrina de Adriano, era una de las beneficiarias. También lo fueron, entre muchos otros, aunque nombrados en un codicilo especial añadido al final, el emperador y Sosio Seneción. P. Calvisio Ruso, yerno de Tulo y marido de Lucila (no en primeras nupcias de esta, que ya tenía una nieta de un matrimonio anterior), adoptaría el nombre del testador. Aparece como cónsul para el año 109 bajo la esperable denominación de «P. Calvisius *Tullus*». Da la casualidad de que la viuda de Tulo se llamaba Dasumia Pola y era originaria de una familia cordobesa vinculada con la de Adriano. Según muestra la inscripción, el testador, originario a su vez del sur de las Galias, tenía lazos estrechos con la Bética. Su red familiar es un compendio de la alta sociedad romana de los primeros años del siglo II, en la que el emperador bético y su emperatriz narbonense no eran más que el vértice de

la elite colonial entonces dominante. Tras su matrimonio con un joven de otra familia de la Bética, la hija de Tulo Ruso y Lucila, en ese momento un bebé, que sería madre de Marco Aurelio. Dos años antes de la muerte de Domicio Tulo se había forjado otro vínculo en esta red aristocrática colonial. Julia Paulina, la sobrina de Adriano, se había casado con Pedanio Fusco Salinátor, vástago de una familia de Barcino (Barcelona) que había estado durante tres generaciones en lo más alto de la sociedad romana. El joven Fusco era discípulo y admirador de Plinio, quien felicitó a Serviano por elegir un yerno «que demostrará ser mejor de lo que podrían desear tus esperanzas más gratas; lo único que ha de hacer ahora es darte cuanto antes nietos como él». Es posible que Julia Paulina tuviera hijos poco después de casarse. Pero solo sobrevivió el nacido en abril del año 113, sobrino nieto de Adriano.¹⁶

Podemos preguntarnos hasta qué punto era consciente la sociedad romana de los orígenes provinciales de estas personas de alta condición. Para senadores como Plinio, procedente a su vez de un remotísimo rincón de Italia, era más importante el hecho de que el emperador fuera «uno de nosotros». Es cierto que le habían llovido adulaciones y que se le había animado constantemente a asumir el título de *Optimus*, el mejor de los emperadores; además, había concedido el rango de Augusta no solo a su esposa sino también a su hermana. No obstante, Trajano fue capaz de mantener su imagen de *civilis princeps*, un príncipe ciudadano. Sin duda, el hecho de que tuviese como sello propio una figura de Marsias, tomada posiblemente de la familia de su madre, los Marcios, no era una mera casualidad: para los romanos se trataba de un vigoroso símbolo de libertad. Aparte de eso, Trajano cultivaba gustoso la imagen de militar campechano, uno de aquellos romanos que «parecían estúpidos y eran considerados gente honrada». Mientras recorría en su carro triunfal las calles de Roma tenía a su lado, según cuenta Filóstrato, al sabio griego Díón de Prusa. «No tengo ni idea de qué estás hablando», dijo el emperador al sabio, «pero te quiero como a mí mismo». En cuanto a sus orígenes provinciales, había dado pasos para solucionar cualquier resto de resentimiento por parte de los senadores italianos rematando algo iniciado por Nerva, un plan público de beneficencia (*alimenta*) para niños pobres limitado a Italia y que obligaba a los senadores de las provincias a invertir al menos un tercio de su capital en tierra italiana.¹⁷

Además de todo esto, su popularidad estaba garantizada por las enormes riquezas conquistadas en Dacia, que permitieron llevar a cabo un programa de construcciones públicas a una escala no vista desde la época de Augusto, a pesar de las obras masivas emprendidas en Roma por la dinastía flaviana. La propia Roma comenzó en ese momento a disponer por primera vez de un auténtico centro urbano, el Forum Ulpium, que dejaba pequeños a los foros ya

existentes. Trajano construyó así mismo un nuevo puerto para la capital en sustitución del de Ostia. Adriano se interesó activamente por esta iniciativa. Pero en cierta ocasión, al interrumpir, según informa Dión, un debate entre Trajano y Apolodoro, su principal arquitecto, este le aconsejó cortésmente que se limitara a dibujar bodegones. Adriano nunca olvidó aquel desaire.¹⁸

Es de suponer que, tras un año o dos en Roma—no hay más pruebas de cuáles fueron sus ocupaciones en aquel período—, Adriano se sentiría inquieto. Quizá esperaba de Trajano un nombramiento consular, pero no se le ofreció ninguno, por no hablar de la adopción y las funciones de César. La ciudad debió de comenzar a parecerle carente de atractivos. No hay duda de que tenía a su disposición diversas maneras de entretenerse. Pero, tal vez, las cenas con mimos, payasos y jovencitos homosexuales puestos para divertir a los invitados aburrían a Adriano, si es que no le asqueaban, como le ocurría a Julio Genitor, el adusto amigo de Plinio. Estaban también los acontecimientos de carácter intelectual. Es posible que Tácito celebrara lecturas públicas de sus *Historias* sobre la época flaviana. Plinio reaccionó entusiasmado cuando se le invitó a leer partes de la obra y vaticinó que sería un libro inmortal. No sabemos con certeza si el autor innominado a quien se refiere Plinio en otra carta era Tácito; en ella dice que nunca había sido «más consciente de los poderes de la historia, de su dignidad, su majestad y su inspiración divina» que en una reciente lectura pública. El autor había dejado una parte para leerla otro día y, a continuación, le suplicaron que no siguiera. «Tal es la vergüenza que siente la gente al oír hablar de su conducta. El autor accedió», pero «el libro perdura y perdurará, y siempre será leído». La declaración se ajusta bien al relato del período flaviano ofrecido por Tácito. Otra cosa es que Adriano encontrara algo de gran interés en tal obra o en otras novedades literarias, como el poema de Caninio Rufo sobre las guerras de Dacia o las lecturas de Ticinio Capitón «sobre las muertes de hombres famosos» o los discursos públicos editados por Plinio. Probablemente pasaba el tiempo cazando, quizá con Trajano, una vez que el emperador había hecho de la caza una actividad aceptable para las elites. También pudo haberse dedicado a la construcción en su propia finca campestre, en Tibur (Tívoli), según podemos suponer. Sin embargo era evidente que deseaba algo distinto.¹⁹

Amigos suyos, sobre todo Sosio Seneción, y contemporáneos como Minicio Fundano, colega entonces de Adriano en el septemvirato, mantenían fuertes vínculos con Grecia. Él, sin embargo, no había estado nunca allí (hasta donde sabemos). Por las fechas en que Adriano ejerció el consulado, Plinio encontró una excusa para escribir a su joven amigo Valerio Máximo, que había sido nombrado para llevar a cabo una misión en la provincia de Aca-

ya como «*corrector* de las ciudades libres». Plinio le dijo que recordara que había sido

enviado [...] a la Grecia pura y genuina, donde según se cree tuvieron su origen la civilización y la literatura, y también la agricultura; y has sido enviado para poner en orden la constitución de las ciudades libres [...] para liberar a hombres que son hombres y libres en el sentido más pleno [...]. Respeta a los dioses que los fundaron [...] muéstrate considerado con su antigüedad, con sus hazañas heroicas y con las leyendas del pasado [...] ten siempre en cuenta que el lugar al que vas es Atenas; y el que gobiernas, Esparta.²⁰

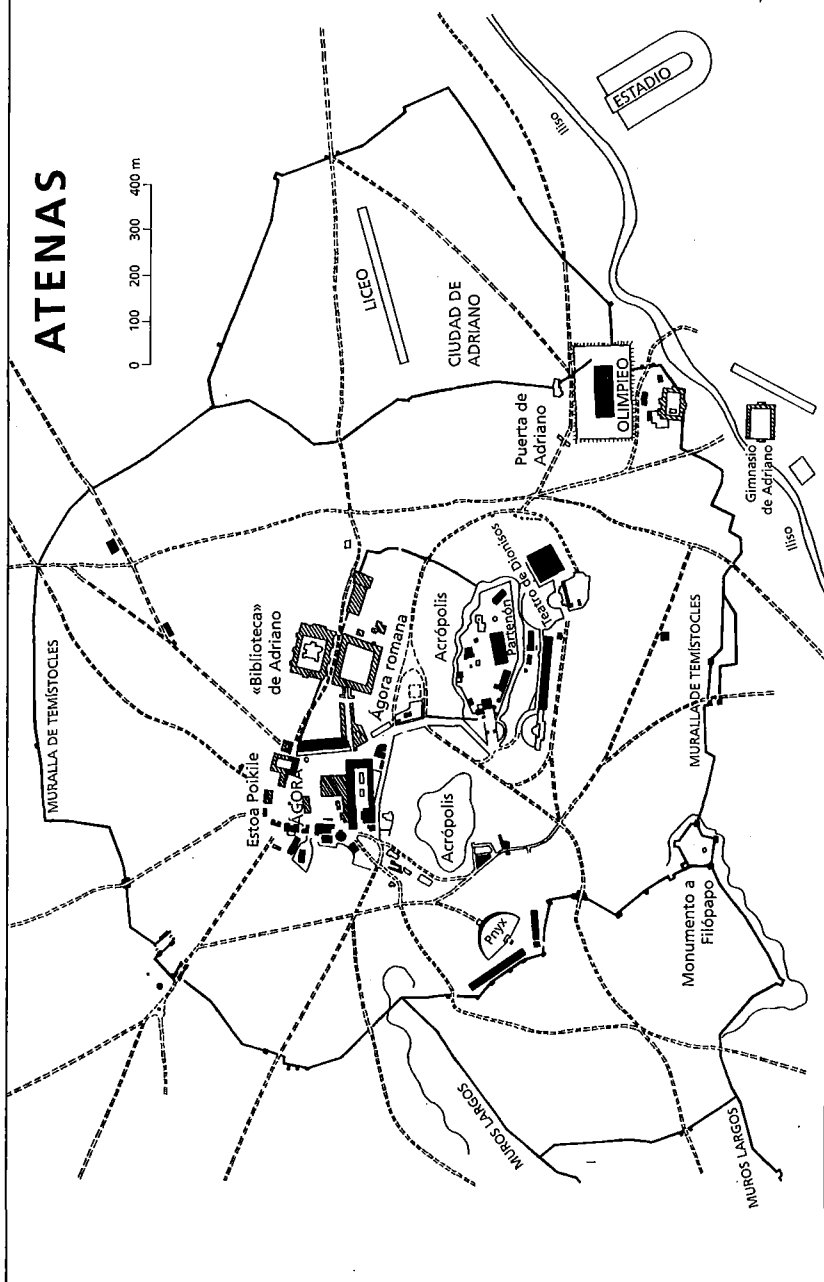
Adriano no habría necesitado el estímulo de Plinio, de quien no se sabe que llegara a estar nunca en Grecia, mientras que el destinatario de su sentencioso consejo, Quintilio Valerio Máximo, procedía de la colonia de Alejandría Tróade y, por tanto, estaba sin duda familiarizado con el mundo griego. Grecia era un imán para todos los romanos instruidos, y para un helenófilo como Adriano, el no tener un cargo le proporcionaba una oportunidad ideal para marchar por fin allí. Su presencia en Atenas no está atestiguada con seguridad hasta el año 112, pero es verosímil suponer que pidió permiso a Trajano algún tiempo antes para dejar Roma a fin de realizar una visita a Grecia. Quizá fue invitado, por ejemplo, a Atenas por uno de los cónsules sufectos del año 109, C. Julio Antíoco Epífanos Filópapo, el rey Filópapo. Aquel hombre residía en Atenas desde hacía largo tiempo pero debió de haber estado en Roma para ejercer su consulado. En cualquier caso, a partir del 109, el propio Trajano comenzó a volver la vista al Este. Para empezar, el Imperio parto se hallaba en plena agitación con dos y hasta, quizá, tres pretendientes rivales al trono. El nombramiento de Máximo para el cargo de *corrector* por parte de Trajano es solo un pequeño indicio de ello. Había planes para una nueva misión encargada a Plinio y que este asumiría el año 110: la de legado imperial con poderes consulares en sustitución del procónsul normal elegido anualmente para la provincia del Ponto-Bitinia. Su misión concreta consistiría en recomponer las finanzas de las ciudades. Las razones de Trajano para sentirse preocupado por la situación de aquella provincia tenían, quizá, repercusiones de mayor alcance. Sus pensamientos giraban ya en torno a la parte oriental del Imperio, y el hecho de que su pariente se instalara en la capital cultural del este helénico debió de haber sido una decisión muy conveniente para sus propósitos.²¹

ARCONTE EN ATENAS

La ruta a Atenas suponía viajar hacia el sur siguiendo la vía Apia, cruzar, luego, hasta Benevento y continuar a Brundisio (Brindisi). Desde el 109 o el 110 se estaban realizando importantes trabajos camineros para la construcción de una vía Nova Trajana hacia el gran puerto del sudeste. El hombre encargado del proyecto era Pompeyo Falcón, casado entonces con Sosia Pola, hija de Seneción, amigo de Adriano (y que no era, probablemente, la primera mujer de Falcón). Es de suponer que Adriano visitaría a Falcón durante el viaje. Solo podemos conjeturar si dispuso o no de mucha compañía para el trayecto. Probablemente se llevó consigo a Sabina y a un buen número de miembros de su servicio doméstico. Quizá se le unieran algunos amigos de su misma mentalidad. Pero de entre los amigos conocidos, Platorio Nepote y Emilio Papo, sus contemporáneos pertenecientes al orden senatorial, estaban ocupados probablemente en desarrollar su carrera y se hallaban un peldaño o dos por detrás de Adriano en el *cursus honorum*. Sus dos amigos del orden ecuestre estaban ejerciendo igualmente algún cargo: Claudio Liviano como prefecto de la Guardia—podemos suponer que su colega en ese momento era el antiguo tutor de Adriano, Acilio Attiano—, y Marcio Turbón como tribuno en la guarnición de Roma y, luego, como procurador de la principal escuela de entrenamiento de gladiadores. Adriano habría dispuesto, sin duda, por adelantado dónde iba a alojarse en sus etapas a lo largo del camino y durante su estancia en Atenas. Sosio Seneción se hallaba bien situado para aconsejarle y presentarle a otras personas; y, en la propia Atenas, Adriano contaba probablemente con un anfitrión que le había invitado.¹

Un destino normal después de Brundisio era Dirraquio (Dürres), en el Epiro, desde donde el viajero que fuera hacia el este podía tomar la vía Egnatia. Quienquiera que se dirigiese a Atenas se haría a la vela rumbo a un puerto más meridional, como Butroto, y luego bajaría costearo hacia el Golfo de Corinto. Hay buenas razones para suponer que Adriano marchó a Nicópolis, en la península que se encontraba frente a Accio, a la entrada del Golfo de Ambracia—la ciudad había sido fundada por Augusto en conmemoración de la victoria del año 31 a.C.—, donde se habría quedado algún tiempo. Nicópolis se

ATENAS



Mapa 2. Atenas.

había hecho famosa en tiempos de Trajano como hogar del filósofo Epicteto. Aquel frigio cojo había sido en otros tiempos esclavo en Roma, propiedad de Epafrodito, un liberto imperial. Era discípulo del estoico romano Musonio Rufo y fue desterrado, junto con otros filósofos, por un edicto de Domiciano, probablemente a consecuencia de los juicios y ejecuciones de senadores estoicos a finales del 93. Epicteto se instaló en Nicópolis, donde decidió quedarse a pesar de haber muerto Domiciano.

La ciudad se había convertido en un lugar de peregrinaje para quienes buscaban la verdad, que acudían a sentarse a los pies de Epicteto. La *HA* recoge el nombre de este como uno de los dos únicos filósofos con quienes Adriano mantuvo una relación de especial intimidad. Resulta difícil evitar la conclusión de que la amistad con Epicteto se formó en el primer viaje de Adriano a Atenas, en torno al año 110 o 111.²

Epicteto no escribió nada, pero uno de sus admiradores residente en Nicópolis aquellos años tomó abundantes notas de los discursos del maestro o de sus diálogos con diversos discípulos y visitantes, algunos de ellos personas eminentes; los apuntes no se publicaron hasta mucho más tarde. El autor o recopilador era un joven de la ciudad de Nicomedia de Bitinia (Izmit), L. Flavio Arriano, ciudadano romano del orden ecuestre. Adriano pudo haber estado, incluso, presente en algunas de las conversaciones de Nicópolis transcritas por él. Además, una alusión de paso hecha por Epicteto podría darnos una pista de dónde se alojó en Nicópolis—«en casa de Cuadrato», donde Epicteto pernoctaba, sin duda, de cuando en cuando. El nombre no es especialmente raro y quizá había algún notable local llamado así. Pero también podría haberse tratado de Julio Cuadrato, el cónsul del año 94 que, según dijimos, propuso tal vez a Adriano para ser su prefecto durante el Festival Latino y, quizá también, para su ingreso en el grupo de los *VII viri epulonium* en torno al año 100. Cuadrato era muy apreciado por Trajano. Había sido gobernador de Siria durante unos años y cónsul por segunda vez en condición de *ordinarius* el año 105, y en ese momento estaba finalizando un año como procónsul de Asia. Es incluso posible que estuviera pasando una temporada en Nicópolis en su viaje de vuelta de Asia a Roma. Epicteto comenta que «si un hombre que ha sido cónsul en dos ocasiones oye esto [la idea de que ninguna persona mala puede ser verdaderamente libre], estará de acuerdo si añades: “Pero eso no va contigo, pues tú eres un hombre sabio”». Es verdad que en los años de madurez de Trajano seguían vivas, al menos, siete personas que habían sido cónsules en dos ocasiones; Serviano, Laberio Máximo, Suburano, Cuadrato y su colega Julio Cándido, Seneción y Cornelio Palma.³

Epicteto era estoico, aunque hablaba con simpatía de los cínicos y, al igual

que ellos, no concedía ninguna importancia al linaje o al rango. Aparte de las observaciones sarcásticas dirigidas a un hombre que había sido cónsul en dos ocasiones (tanto si se hallaba presente como si no), hizo abundantes comentarios cortantes sobre otras personas eminentes. Un hombre destinado a recibir un alto cargo ecuestre—el de prefecto de la *annona*—fue tratado por Epicteto con un escepticismo justificable cuando afirmó carecer de ambiciones. El *corrector* Máximo, un epicúreo, fue acribillado a preguntas cuando «se hizo a la vela en invierno rumbo a Casíope [localidad de la isla de Corfú]» para visitar a Epicteto. La declaración de Máximo: «Ocupo el puesto de juez de los helenos», no impresionó a Epicteto. El gobernador-procurador del Epiro, la pequeña provincia a la que pertenecía Nicópolis, un hombre llamado probablemente Cn. Cornelio Pulcro, natural de Epidauro, en el Peloponeso, no despertó en él ninguna simpatía al quejarse de los insultos del pueblo por haber apoyado ostentosamente a un actor cómico. Se cita en repetidas ocasiones que Epicteto se explayaba sobre la futilidad de buscar la promoción del emperador. Es muy posible que aquellas actitudes le resultaran atrayentes a Adriano. Dos pasajes de la obra de Arriano titulada *Discursos de Epicteto* dan la impresión de haber estado dirigidos al propio Adriano. Epicteto decía que lo que importaba era ser hijo de Dios o ciudadano del universo. «¿Será suficiente el parentesco con César o con cualquier otra persona poderosa de Roma para que un hombre viva con seguridad, inmune al desprecio y sin temor a nada?». ¿Quién, sino Adriano, podía afirmar en aquel momento ser pariente del emperador? Pero hay otra observación más cercana aún a Adriano. Nadie puede pensar mal de sí, si se considera engendrado por Dios. «Pero si César te adopta, nadie será capaz de soportar tu engreimiento». Al margen de la anécdota contada por la *HA* sobre el conocimiento que habría tenido Adriano durante su consulado del año 108 de que iba a ser adoptado por Trajano—y que, aunque no se hubiera hecho pública, podía ser ampliamente conocida—, muchos debieron de haberlo visto como presunto heredero.⁴

Es posible que Epicteto y sus alumnos acabaran aburridos de quienes se ponían pesados con la Guerra de Dacia. Alguien se había quejado, sin duda, de que su anfitrión «hablaba todos los días de cómo luchó en Mesia [...] cómo trepó a la cresta de la colina, cómo comenzó a verse asediado una vez más». Epicteto desestima la guerra por considerar que estalló debido a la ignorancia, lo mismo que las guerras persas o las del Peloponeso, o que la Guerra de Troya. Todo estaba muy bien gracias a «la sólida paz que en estos tiempos parece proporcionarnos César; ya no hay guerras ni batallas ni bandolerismo rampante; podemos viajar por tierra a cualquier hora, podemos navegar de la salida a la puesta del sol». Sin embargo, el César no podía proporcionar «la paz

ante la fiebre, el naufragio, el fuego, el terremoto, el rayo [...] o el amor, la pena o la envidia». La verdadera paz solo viene de Dios.⁵

En su discurso sobre la providencia y los dones de la naturaleza, Epicteto tuvo ocasión de mencionar el pelo que crece en la cara. A primera vista, «¿puede haber algo más inútil que el pelo en un mentón?». Sin embargo, la barba es la manera natural de distinguir a los hombres de las mujeres: «Tendríamos que preservar los signos que nos ha dado Dios; no deberíamos eliminarlos y confundir los sexos». En la sociedad romana el afeitado había sido la norma desde hacía varios siglos, pero los griegos de mentalidad tradicionalista siguieron aferrados a sus barbas, tras un breve período en que Alejandro impuso la moda del afeitado. Dión de Prusa hace constar con satisfacción haber visto en Olbia, un remoto puesto de avanzada del helenismo a orillas del río Borístenes (Dniéper), en el Mar Negro, solo un hombre sin pelos en la barba. Lo hacía para congraciarse con los romanos, y sus conciudadanos lo miraban por encima del hombro. En sus tiempos de emperador, Adriano aparece comúnmente barbado, no con la barba flotante del filósofo, pero sí con la tradicional bien cuidada de los griegos. Es posible, por supuesto, que dejara de afeitarse algunos años antes. Pero podemos conjeturar de forma verosímil que su visita a Grecia a mitad de la treintena fue decisiva y le hizo desear tener el aspecto de un griego, al margen de si los comentarios de Epicteto influyeron o no directamente en él. La *HA* ofrece otra explicación para la barba de Adriano: se la dejó crecer «para ocultar manchas faciales».⁶

En sus tiempos de discípulo de Epicteto en Nicópolis, Arriano aprovechó, sin duda, la oportunidad de visitar las regiones circundantes. En sus otros escritos revela estar familiarizado con Ambracia y Anfiloquia y ofrece detalles sobre cómo navegar entre Acarnania, al sur de Nicópolis, y la isla de Léucade. Dada su pasión por la caza, es probable que Arriano dedicara también algún tiempo a esta actividad. Resulta por lo menos verosímil imaginar a Adriano acompañándole. Arriano estuvo también en Delfos. Es probable que, para cuando fue allí, hubiera terminado ya sus estudios con Epicteto. Una inscripción nos lo muestra como miembro del consejo asesor de un alto funcionario romano para la resolución de disputas sobre límites entre Delfos y sus vecinos. El funcionario era Avidio Nigrino, llegado, probablemente, a Grecia como legado imperial en misión especial poco después de su consulado en la primera mitad del año 110. Se ha sugerido que Nigrino habría sido nombrado después de que el corrector Máximo concluyera su período de servicio—el hecho de que Trajano considerase necesario enviar a una segunda persona en comisión especial se ha de entender como un signo de preocupación por la situación de Grecia—; es posible, incluso, que hubiera sustituido al procónsul anual nor-

mal, tal como acababa de hacer Plinio en el Ponto-Bitinia. Nigrino estaba especialmente bien preparado para la tarea. Su padre, de su mismo nombre, y su tío Avidio Quieto, seguían teniendo fuertes vínculos con Grecia y habían sido amigos de Plutarco.⁷

Sosio Seneción, amigo de Adriano y mayor que él, estaba también estrechamente relacionado con Plutarco. Lo había conocido probablemente muchos años antes, mientras desempeñaba el servicio de cuestor en Acaya. La amistad perduró y se consolidó en Roma. Plutarco dedicó a Seneción una de sus obras más fundamentales, los nueve libros de sus *Charlas de sobremesa*, en los que recuerda sus conversaciones en Grecia, en Atenas y Patras y en Quero-neá—la ciudad natal de Plutarco, en Beocia, donde Seneción había asistido a la boda del hijo de este—, así como en Roma. También dedicó a Seneción varios pares, al menos, de las *Vidas paralelas* de grandes griegos y romanos, otra obra importante en la que se hallaba trabajando todavía por aquellas fechas, al igual que su ensayo *Sobre el progreso en la virtud*. Otro amigo romano de Plutarco, a quien Adriano debió de conocer bien, fue Minicio Fundano de Ticino (Pavía), íntimo de Plinio y colega de Adriano en el septemvirato. Una gran parte de la vida de Plutarco tuvo como centro a Delfos, donde ocupó un cargo importante entre los sacerdotes de Apolo. Es bastante verosímil suponer que Adriano visitara Delfos camino de Atenas, pero es seguro que conoció a Plutarco durante esta estancia en Grecia, tanto si fue allí como en otro lugar.⁸

En Atenas, Adriano habría tenido, sin duda, numerosas oportunidades de asistir a cenas en las que se mantuvieron conversaciones literarias o filosóficas chispeantes como las que tanto encantaban a Seneción. Uno, al menos, de los invitados a una fiesta ateniense inmortalizado en las *Charlas de sobremesa*, el rey Filópapo, como lo llamaba Plutarco, se hallaba aún en Atenas. Su nombre completo era C. Julio Antíoco Epífanés Filópapo. Era nieto del último rey de la Comagene, Antíoco IV, depuesto por Vespasiano el año 72. Los hijos y este nieto de Antíoco (cuyo último nombre significa 'amante de su abuelo') seguían conservando el título real. Filópapo había fijado su residencia en Atenas, donde, tras obtener la ciudadanía, había desempeñado el cargo de arconte y se había convertido en un espléndido benefactor. Más aún, Filópapo había llegado a ser senador romano y hasta cónsul sufecto el año 109. La concesión de las *fasces* a aquel hombre en ese preciso momento había sido un bello gesto: era casi la fecha del tercer centenario de la Batalla de las Termópilas en la que su antepasado Antíoco el Grande había sido derrotado por el cónsul M. Acilio Glabrión. El cónsul Antíoco Epífanés representó una unión simbólica entre las elites occidentales y orientales. Es fácil que, según se ha propuesto, Adriano hubiera conocido a Filópapo en Roma el verano del año 109 y se le invitara a

residir en su casa de Atenas. Sea como fuere, habría sido difícil que un caballero romano de alto rango en visita a Atenas durante aquellos años no estableciera contacto con el rey. Su hermana Balbila aparece muchos años después como amiga íntima de Sabina, esposa de Adriano. Es casi seguro que, si no en el 109, su amistad comenzó, a más tardar, en torno al año 111, cuando Adriano fue por primera vez a Atenas acompañado, seguramente, de su mujer.⁹

Entre otras personas destacadas que recibieron probablemente a Adriano o lo conocieron se encuentra C. Julio Euricles Herculano, joven notable de Esparta, primo de Filópapo y Balbila. Plutarco dedicó a Herculano el ensayo titulado *Sobre el arte de elogiarse sin incurrir en desaprobación*. La mayor parte del escrito está dedicado a ejemplos tomados de la historia griega, pero hacia el final aparecen algunos consejos prácticos. Se debe evitar presumir del propio éxito, de cualesquiera «actos o palabras acogidos favorablemente por el gobernador». Tras asistir a banquetes dados por el gobernador, la gente debería abstenerse de repetir las «observaciones corteses dirigidas a uno por personas ilustres o de estirpe real». Podemos imaginarnos fácilmente a Herculano cenando con el legado imperial Nigrino—que también se hallaba ejerciendo sus funciones en Atenas—, y a Adriano entre otros invitados.¹⁰

Herculano, «descendiente de los Dióscuros en la trigésimo sexta generación» y miembro de una familia, los Euricleidas, que había dominado Esparta desde la época de Augusto, estaba emparentado no solo con el rey Filópapo sino también con la principal familia de Atenas, la de Ti. Claudio Ático Herodes. Ático afirmaba ser descendiente de Milcíades y Cimón, y hasta del legendario héroe Eaco. Su familia era inmensamente rica, pues Hiparco, padre de Ático, había logrado ocultar una gran parte de su fortuna cuando fue llevado a juicio por los Flavios. Ático «descubrió» el tesoro tras la subida de Nerva al trono y se le concedió quedarse con él, lo cual le permitió desempeñar el papel de benefactor a gran escala. Al parecer, había alcanzado el rango senatorial bajo Trajano. Pero ni Ático ni Herculano habían llegado a ser senadores romanos, a pesar de que sus familias disfrutaban de la ciudadanía romana desde el período de la dinastía julio-claudiana, como tampoco lo había sido ningún otro griego de la «antigua Grecia» (la provincia de Acaya y las «ciudades libres», como Atenas, que, al menos en teoría, eran enclaves dentro de la provincia). El cónsul «rey» Filópapo era solo ateniense honorario. Cierta número de griegos de Asia Menor había ingresado en el Senado y unos pocos habían ascendido, incluso, al consulado bajo los Flavios; Trajano, por su parte, había concedido algún alto mando a hombres como Cuadrato de Pérgamo y Cuadrato Baso. Es de suponer que atenienses y espartanos seguían manteniendo cierta reserva y rehusaban buscar el rango senatorial. Además, es probable que

su latín no fuera suficientemente bueno. Si Ático dispuso que su hijo, de once o doce años por aquel entonces, permaneciera en Roma en casa de Calvisio Tulo Ruso, yerno del viejo Domicio Tulo, fue, sin duda, para proporcionar al joven una buena base en este sentido.¹¹

Atenas le gustó a Adriano; de eso no cabe ninguna duda. Sus reiteradas visitas a la ciudad siendo emperador lo dejaron muy claro. Ver la Acrópolis y el Partenón, además de otros monumentos famosos, era de por sí una aspiración compartida por la mayoría de las personas cultas de la época. Adriano debió de sentirse especialmente impresionado por el inmenso templo de Zeus Olímpico, inaugurado por Pisístrato hacía más de seiscientos años pero no concluido nunca. Antíoco Epífanes, el rey seléucida cuyos nombres llevaba Filópapo, había gastado grandes sumas para impulsar la obra, pero todavía no se había rematado. Atenas, a su vez, sintió afecto por Adriano. Fue invitado a hacerse ciudadano ateniense y, cuando aceptó el ofrecimiento, se le nombró miembro del *demos* de Besa. El rey Filópapo estaba inscrito en el mismo *demos*, y es de suponer que intervino en la decisión. Adriano fue elegido luego *archon eponymus*, en otras palabras, ocuparía la antigua magistratura principal y el año ateniense llevaría su nombre. Su liberto, Flegonte de Tralles, que probablemente se hallaba ya con él, escribió más tarde una crónica en la que el arcontado de su patrón se sitúa en el año 112. Como el año ateniense terminaba y empezaba en verano, no sabemos con seguridad si su mandato comenzó el 111 o el 112. Sea como fuere, se trató de un gesto impresionante. «La *boulé* del Areópago, la *boulé* de los Seiscientos y del *démos* de los atenienses» honraban a «su *árchōn* Hadrianos» con una estatua en el teatro de Dionisos. Los atenienses se preocuparon por prologar esta sencilla inscripción de tres líneas grabada en el pedestal con siete líneas en latín que exponían la carrera de su arconte como senador romano. Algunos otros romanos de su rango habían aceptado aquel honor, pero solo habían sido unos pocos. Uno de ellos era un hombre llamado Trebelio Rufo de Tolosa (Toulouse), que al parecer se había instalado en Atenas abandonando la carrera senatorial. El gran Vibio Crispo, cónsul en tres ocasiones, había aceptado en tiempos de Domiciano la afiliación en el *demos* de Maratón y el arcontado, si bien *in absentia*. Y el propio Domiciano, cuya diosa madrina era la versión romana de Atenea, había accedido igualmente a ser arconte, aunque sin ir a Atenas.¹²

Un eminente senador que marchaba para ejercer su cargo de procónsul de Asia pudo haber pasado por Atenas en la primavera del año 112 o un año después, en su viaje de vuelta, y ser testigo de cómo cumplía con sus deberes el arconte romano. Aquel senador era Cornelio Tácito. Una vez acabadas sus *Historias*, Tácito podría haber iniciado sus investigaciones para una nueva

obra, no la segunda parte que había prometido, los reinados de Nerva y Trajano, sino los *Anales* de los emperadores de la dinastía julio-claudiana, de Tiberio a Nerón. Atenas se menciona solo brevemente en los libros conservados. Tácito relató la visita realizada el 18 d.C. por Germánico César, llegado de Nicópolis a la antigua ciudad aliada, donde los «griegos le recibieron con escogidísimos honores explayándose en su propia historia y literatura para que su adulación pareciera más digna». (También se describe la visita realizada poco después por Pisón, enemigo de César, que criticó duramente a los atenienses.) Adriano no era aún César, como Germánico, y es posible que los atenienses, encantados no obstante con un arconte tan eminente, no le adularan con tanto rebuscamiento. En cualquier caso, la posición de Sabina, esposa de Adriano, cuya distinción social era ya poco común, se hizo todavía más especial en el verano del año 112. Su abuela Marciana Augusta, hermana de Trajano, murió a finales de agosto y fue divinizada sin tardanza; aquel mismo día, su hija Matidia, madre de Sabina, fue nombrada Augusta. Sabina era así hija de una Augusta y nieta de una diosa.¹³

El año 112 había estado señalado ya en Roma por la inauguración solemne, el 1 de enero, de las colosales construcciones del nuevo Foro y la Basílica, además del mercado adyacente, realizadas por Trajano. Para mostrar la amplitud de la excavación requerida se erigiría una imponente columna, concluida y dedicada en mayo del año siguiente. La sencilla inscripción declaraba que la obra había sido pagada *ex manubiis*, 'del botín'. No hay manera de saber si la columna se hallaba ya decorada con relieves que conmemoraban visualmente las dos guerras dacias que habían hecho posible aquella construcción.¹⁴

Durante el año 113, los acontecimientos del Este tomaron un rumbo que dio a Trajano la oportunidad que, evidentemente, había estado esperando. Partia, el único rival serio de Roma, se había visto gravemente desgarrada durante algunos años entre tres reyes rivales, Pácoro, Vologeses y Cosroes. Aquello bastó para brindar una ocasión excelente de saldar antiguas cuentas. Había habido, incluso, una provocación más reciente. Poco tiempo antes, Plinio había informado a Trajano de la aparición en Nicomedia de un hombre llamado Calídromo; al parecer, era esclavo de Laberio Máximo y había sido capturado por Decébalos—probablemente el 101 o el 102—y enviado como regalo al rey Pácoro. Si lo que contaba Calídromo era cierto—Plinio, a su vez, envió a aquel hombre al emperador—, significaba que Decébalos había intentado conseguir el apoyo de los partos. Pácoro había sido rey durante largo tiempo, más de treinta años, pero en comparación con sus rivales, Vologeses y Cosroes, era una fuerza agotada. Cosroes, entonces el aspirante más poderoso al trono, dio en ese momento un paso que podía interpretarse como un quebrantamiento del

acuerdo alcanzado cincuenta años antes, por el que se había establecido que el rey de Armenia debía ser nombrado por Roma, aunque tendría que ser miembro de la casa real partia. Cosroes se limitó a deponer al titular, Axidares, hijo de Pácoro, y colocó a un sucesor, Partamasiris, hijo también de Pácoro, sin consultarlo con Trajano. Es posible que Axidares se resistiera y apelara a Roma. Se enviaron mensajes amenazadores y Trajano inició preparativos bélicos. De joven, mientras servía en Siria a las órdenes de su padre, cuarenta años antes, había tenido la oportunidad de combatir contra los partos; pero entonces se salvaguardó la paz. Ahora podía esperar alcanzar nueva gloria siguiendo los pasos de Alejandro Magno, con quien había sido comparado por sus aduladores. Se movilizaron tropas de refuerzo que se pusieron en marcha a escala masiva hacia las provincias fronterizas orientales bajando por el Danubio, atravesaron el Ponto-Bitinia y Galacia, y siguieron hacia el Éufrates. El propio emperador partió de Roma a finales de octubre junto con su corte, incluidas Plotina y Matidia, las dos augustas. El día de su *profectio*, escogido sin duda por su carácter propicio, fue el décimo sexto aniversario de su adopción por Nerva. Trajano marchó por la vía Apia y por su nueva carretera, la vía Trajana, concluida el año anterior, hasta Brundisio y, seguidamente, emprendió viaje a Atenas. La flota del Miseno a las órdenes de su nuevo prefecto, Marcio Turbón, y, sin duda, una gran flotilla de comerciantes transportarían al emperador, su equipo, su familia y su séquito.¹⁵

LA GUERRA CONTRA PARTIA

La estancia de Trajano en Atenas fue, sin duda, relativamente breve, lo justo para permitir al sexagenario emperador recuperarse tras el viaje por mar, tomar nuevas medidas y realizar más nombramientos. Le estaban esperando embajadores enviados por el rey Cosroes, que le «pidieron la paz y le ofrecieron presentes», informa Dión, «pues, al oír hablar de la partida de Trajano, el rey se sintió aterrado, ya que este tenía por costumbre cumplir sus amenazas. Así pues, se tragó su orgullo y le suplicó que no le hiciera la guerra. Le pidió, además, que se concediera Armenia a Partamisiris. Le escribía que había depuesto a Axidares porque no había resultado satisfactorio ni para los romanos ni para los partos». Trajano no dio ninguna respuesta oficial, ni por escrito ni de viva voz, a excepción de un ominoso comentario: «Las relaciones amistosas se deciden con hechos y no con palabras. Cuando llegue a Siria, emprenderé las acciones apropiadas».¹

Ya se habían tomado disposiciones sobre los principales mandos en el Este. Cuadrato Baso, que había gobernado Capadocia-Galacia durante varios años tras haber prestado un excelente servicio en las dos guerras dacias y en el gobierno de Judea, fue transferido en ese momento a Siria. Su sucesor en Capadocia fue M. Junio Homulo. No sabemos mucho sobre Homulo, excepto que había sido cónsul el 102, siendo ya, por tanto, bastante mayor por aquellas fechas, y había tomado la palabra en el Senado en los juicios de los dos procónsules de Ponto-Bitinia defendidos por Plinio, haciéndolo con «sutileza, agudeza y elegancia» en el segundo caso. Una anécdota recogida en la *HA* da a entender que el elocuente Homulo estaba en buena relación con el emperador: «Dijo a Trajano que Domiciano era, desde luego, una mala persona, pero que tenía buenos amigos, mientras que el soberano que confía la república a hombres de mala conducta es tanto más odiado, porque es mejor soportar a un hombre malo que a muchos». En cuanto al Ponto-Bitinia, Plinio, enviado especial de Trajano, había muerto para entonces—probablemente el año anterior, el 112, después de pasar menos de dos en el cargo—y había sido sustituido por otro legado consular, Cornuto Tertulo. La provincia era demasiado importante para los movimientos de tropas llegadas del Danubio al frente del Este como para encomendarla a un procónsul anual.²

La nueva provincia de Arabia continuó en manos de su primer gobernador, C. Claudio Severo, a pesar de hallarse en el cargo desde que Cornelio Palma había anexionado el reino nabateo el año 106 y haber sido elegido cónsul mientras ocupaba su puesto. Egipto tuvo un nuevo prefecto el 112 o el 113, M. Rutilio Lupo, que sucedió a Ser. Sulpicio Símil. En otras zonas más remotas hubo también gobernadores nuevos. Minicio Natal fue nombrado legado de Panonia Superior. Una de sus legiones, la I Adiutrix, partió para el Este, donde quedó al mando de Platorio Nepote, amigo y coetáneo de Adriano. Pompeyo Falcón, otro de sus amigos, fue enviado, posiblemente, a gobernar Mesia Inferior. No está claro quién era el gobernador de Mesia Superior y Dacia, la reciente adquisición. Tampoco se sabe con certeza si Claudio Liviano seguía siendo prefecto de la Guardia y estaba, por tanto, con el emperador. Se le menciona junto con Seneción, Emilio Papo, Platorio Nepote, Acilio Attiano y Turbón como uno de los amigos particulares de Adriano en el momento de la expedición contra los partos. Al ser griego, de Licia, Liviano habría sido un candidato apropiado para servir en el Este, pero no ocupaba ya ningún cargo al finalizar la guerra, momento en que Attiano servía como prefecto de la Guardia al lado de Trajano. Es probable que Liviano fuera sustituido pronto por Sulpicio Símil, quien ocupó supuestamente el lugar de Attiano en Roma cuando este marchó para unirse a Trajano en el Este.³

Una imponente constelación de hombres importantes acompañó, sin duda, al emperador en calidad de *comites*. Entre ellos iban, quizá, Cornelio Palma y Publio Celso, los dos hombres honrados hacía muy poco con un segundo consulado, el primero el 109, y el segundo aquel mismo año. Dión menciona que ambos habían sido distinguidos, además de Seneción, con estatuas públicas, «pues los apreciaba muy por encima de los demás». Los servicios de Seneción en las guerras de Dacia y el éxito de Palma en la anexión de Arabia están bien documentados. El motivo de la distinción otorgada a Celso no se conoce aún con claridad. El biógrafo de la *HA* nombra a los tres en relación con Adriano en aquel momento; a Seneción, como uno de sus amigos íntimos; a Palma y Celso, como enemigos suyos. De los otros hombres a quienes Trajano otorgó un segundo consulado, uno, Laberio Máximo, había caído en desgracia; tras haber desempeñado una función importante en la primera Guerra de Dacia, había resultado sospechoso de alta traición y se le había desterrado a una isla. No obstante, su yerno Brutio Presente recibió un destino con mando como legado de una de las legiones de Siria, la VI Ferrata, tras varios años de actividad pública, de la que se había retirado entre reproches afectuosos de Plinio. Laberio fue uno de los dos únicos senadores que, según se sabe, sufrieron destierro bajo Trajano; el otro fue el aristócrata de sangre azul Calpurnio

Craso, sospechoso ya de haber planeado un golpe contra Nerva y que, supuestamente, lo había vuelto a intentar bajo Trajano. También él fue confinado a una isla.⁴

Otros que recibirían mandos importantes fueron dos cónsules recientes, Julio Máximo Manliano, sucesor de Adriano como legado de Panonia Inferior, y Catilio Severo, amigo de Plinio y elegido recientemente colega de Adriano en el colegio de los *VII viri epulorum*. Catilio, un «colonial», aunque no del oeste —era originario de la *colonia* Apamea, en Bitinia—, se acababa de casar, según parece, con Dasumia Pola, la adinerada viuda de Domicio Tulo, un enlace ventajoso para él. Los Dasumios de Córdoba estaban emparentados con Adriano. De los demás comandantes, Lusio Quieto, el formidable jefe de clan norteafricano que había prestado insignes servicios contra los dacios, volvía a hallarse con Trajano al mando de sus auxiliares moros. En cuanto a Adriano, la influencia de Plotina le aseguró, según afirma la HA, un nombramiento en el equipo de Trajano como *legatus* «en el momento de la expedición a Partia», probablemente como *legatus Augusti pro praetore y comes* del emperador.⁵

El grupo del emperador debió de haber partido de Atenas bastante antes de finalizar el año. La ruta de Trajano, recogida sumariamente por Dión, le llevó a través de las provincias de Asia y Licia. De allí se embarcó rumbo al principal puerto de Siria, Seleucia de Pieria, cerca de la desembocadura del río Orontes, a donde llegó en diciembre según el cronista bizantino Juan Malalas. El mismo Malalas, cuya historia está centrada en Antioquía, señala la presencia de Adriano: Trajano «partió con una gran fuerza de soldados y senadores y puso vela al este. Entre los senadores se encontraba Adriano, pariente político suyo por su hermana». Trajano llegó de allí a Antioquía el 7 de enero del 114, pasando por el delicioso parque de la colonia de Dafne, también según Malalas. La información es bastante verosímil, si exceptuamos el detallado relato que le precede sobre una supuesta toma de Antioquía por los «persas», liberada por sus propios habitantes siguiendo indicaciones dadas por Trajano. Aunque el relato de Malalas contiene algunos detalles bastante convincentes, la presencia en él de fantasías de ese tipo hace peligroso preferirlo a otras fuentes. Pero la narración alternativa, y de calidad superior escrita por Arriano —la última parte de su *Historia de los partos*— solo se ha conservado en fragmentos; y tampoco se conserva completo Casio Dión, que utilizó la obra de Arriano. El resumen de Dión escrito por Xifilino, complementado con algunos extractos del texto completo de Dión, solo ofrece un esbozo. Así pues, la cronología de la guerra de Trajano es incierta en varios aspectos importantes.⁶

Durante la primera parte del año, mientras se reunían las fuerzas romanas, o, quizá, poco después de su desembarco en Siria, Trajano hizo una dedicación

a Zeus Casio, el dios de la montaña próxima a la desembocadura del Orontes, con una parte de los despojos de Dacia. La ofrenda iba acompañada de una inscripción en verso compuesta para él por Adriano—según Arriano, que la cita en parte, y de la *Antología Palatina*, en la que se ha conservado el texto completo—: «Trajano, descendiente de Eneas, hace una ofrenda a Zeus Casio—el soberano de la Tierra—del botín tomado a los getas». Si Zeus concedía otra victoria, se le prometían más despojos de los soberanos arsácidas de Partia. Se supone también que Trajano consultó al oráculo de Júpiter de Heliópolis (Ba'albek) para preguntarle si regresaría a Roma una vez concluida la guerra; la respuesta, dada en un complicado batiburrillo, fue negativa.⁷

Trajano tenía que enfrentarse a Armenia. Antioquía no era el lugar más prometedor para lanzar una expedición hacia allí. Es probable que el emperador decidiera evitar cruzar Anatolia en invierno, pero, en cualquier caso, en Antioquía se hallaba mejor situado para evaluar la situación e informarse sobre la posición del Imperio parto, en general, y de Mesopotamia, en particular. El pequeño reino de Osroene, situado al otro lado mismo del Éufrates, volvía a hallarse en manos de un soberano natural del país, Abgaro, que al parecer lo había comprado a Pácoro unos años antes, información que constituye la última huella del viejo rey en fuentes escritas, aunque en los años 115-116 se siguieron acuñando monedas suyas. «Al llegar Trajano a Antioquía, Abgaro le envió dones y un mensaje de amistad», informaba Dión, «pero no apareció en persona. Temía tanto a Trajano como a los partos e intentaba mantenerse neutral. Por ese motivo no acudiría a consultar con el emperador».⁸

El objetivo de Trajano el 114 era la ciudad de Satala, en el norte, aguas arriba del Éufrates, en Armenia Menor, que había formado parte del Imperio durante más de cincuenta años. Allí se reunieron los refuerzos llegados de las provincias danubianas. Se trataba de una larga marcha desde cualquier punto de vista—unos setecientos sesenta kilómetros a través de un territorio difícil—, y debió de haber costado siete semanas, por lo menos. De camino a Satala, Trajano obtuvo un éxito temprano: una fuerza romana dirigida por el propio emperador o por uno de sus principales comandantes cruzó el Éufrates más allá de Mitilene, se introdujo en territorio «enemigo» y capturó Arsamósata, a orillas del río Arsanias (Murat su), un afluente del Éufrates por el este. Arsamósata era una de las principales ciudades del reino de Armenia. Trajano estableció su corte en Satala, donde recibió dignatarios como un rajá indio: «Los sátrapas y príncipes acudieron a visitarle llevándole presentes, uno de los cuales fue un caballo que había sido adiestrado para obedecer; se arrodillaba sobre los bracillos y colocaba la cabeza bajo los pies de quien estuviera a su lado», informa el relato de Dión. Eutropio y Festo, dos cronistas del si-

glo iv, mencionan algunos de los reyes que le homenajearon: los soberanos de los iberos del Cáucaso, de los colcos, de los bosforanos y de los saurómatas. Amazasp, pariente del rey de los iberos, prestó servicio en las fuerzas romanas. Trajano nombró un nuevo soberano para los albanos, vecinos orientales de los iberos. También sabemos que Anquíalo, rey de los henioscos y los maquelones, y Juliano, rey de los apsilas, fueron confirmados por Trajano en sus pequeños reinos. La ceremonia de la «asignación de reinos»—*regna adsignata*—se conmemoró, como era preceptivo, en las monedas imperiales. En ellas aparecen tres hombres con túnicas cortas y pantalones de pie ante Trajano, que lleva su coraza y se sienta en un tribunal con el prefecto de la Guardia y un *lictor* a su lado. El emperador extiende la mano hacia el bárbaro, situado en segundo plano, que alza ambos brazos en señal de saludo.⁹

Sin embargo, Partamasiris, el nuevo parto nombrado para ocupar el trono de Armenia Mayor y cuya investidura había promovido Trajano mediante el *casus belli*, no hizo acto de presencia pero «escribió a Trajano atribuyéndose el título de rey». Al negarse el emperador a responder, volvió a escribirle sin utilizar el título real y pidiendo que se le enviara a Homulo, gobernador de Capadocia. Trajano envió en su lugar al hijo de Homulo, que servía a las órdenes de su padre como *tribuno laticlavo*. Luego, el emperador se desplazó desde Satala hacia el este, a Elegía, a donde llegó Partamasiris, que sería recibido por Trajano ante el tribunal imperial. El rey «saludó a Trajano, se quitó la corona y la puso a sus pies, esperando que le fuera devuelta. Pero las tropas reunidas en ese momento aclamaron a voces a Trajano como *imperator*», signo tradicional de victoria. Partamasiris, aterrado, lo consideró un insulto y una señal de la fatalidad que le amenazaba. Dio media vuelta como para huir, pero le rodearon; suplicó una audiencia privada con el emperador, pero fue rechazado. Furioso, abandonó el campamento, pero se le ordenó regresar al lado de Trajano, quien, delante del ejército, dijo al rey que expresara sus deseos de forma que todos pudieran oírlo. Partamasiris «declaró que no había acudido por haber sido derrotado sino por voluntad propia. Creía que no debía ser tratado injustamente, sino que debía recuperar su reino, como Tiridates lo había recibido de Nerón». Trajano replicó que «no entregaría Armenia a nadie, pues pertenecía a los romanos y tendría un gobernador romano. Los cortesanos armenios de Partamasiris fueron obligados a quedarse, pues desde ese momento eran súbditos de Roma. A él se le permitió regresar con sus compañeros partos y una escolta de la caballería romana. La humillación del rey parto de Armenia se representó en varias emisiones de monedas que llevan la leyenda *rex Part-hus*: el parto aparece acercándose a Trajano de rodillas y con las manos extendidas. Sin embargo, lo que ocurrió después fue una especie de borrón sobre la

reputación de Trajano: durante su viaje—probablemente mientras regresaba a Partia—, el depuesto monarca fue asesinado en circunstancias desconocidas.¹⁰

Quedaban algunos combates por librar. Brutio Presente, legado de la legión VI Ferrata, se encontró con una nevada de medio metro en las montañas al este del lago Van. Unos guías nativos proporcionaron a sus hombres raquetas para la nieve. Aquella experiencia debió de haberle resultado a Presente demasiado penosa, al menos, el siguiente puesto registrado en la inscripción que reseña su *cursus honorum* es el de *curator* de la vía Latina, posiblemente una especie de permiso retribuido. No obstante, antes de finalizar la guerra se hallaba ya de vuelta en el Este. La hazaña de las raquetas para la nieve aparece recogida en un fragmento de las *Parthica* de Arriano, obra que trataba con cierta extensión de la guerra de Trajano. Es posible que Arriano hubiera obtenido un destino como oficial de caballería y formara parte del Ejército de Armenia el año 114. A su vez, Lusio Quieto hizo así mismo campaña contra los mardos, al este del lago Van, según afirma una fuente reconocidamente tardía. También fueron «vencidos» varios reyes más; algunos de ellos se sometieron por decisión propia, lo que significaba que fueron tratados por Trajano como «amigos», y otros se entregaron sin librar batalla. Armenia Mayor fue organizada como provincia romana—o, más bien, pudo haber sido anexionada a Capadocia, de la que Galacia se separó en ese momento. Catilio Severo habría sido nombrado ya, posiblemente, legado de Capadocia-Armenia Mayor antes de concluir el año 114. Las fuentes hablan también de un procurador de Armenia Mayor llamado T. Haterio Nepote. La nueva conquista animó al senado a hacer realidad una antigua propuesta: Trajano recibiría oficialmente el título de *Optimus*, 'el mejor'. El emperador había hecho honores a su fama al marchar a pie con sus hombres durante toda la campaña, vadeando ríos con ellos y enviando, a veces deliberadamente, informes falsos sobre ataques inminentes del enemigo para que los soldados se mantuvieran en buenas condiciones.¹¹

Sin embargo, la guerra estaba lejos de concluir. La anexión de Armenia significaba que la siguiente sería Mesopotamia. Trajano y los ejércitos se desplazaron hacia el sur, y Nísibis y Batnas fueron tomadas rápidamente, lo que indujo al Senado a concederle por votación el título de Pártico. Trajano, sin embargo, no lo aceptó. Sabía demasiado bien que le esperaban muchos más combates. «Tras dejar guarniciones en lugares oportunos, marchó a Edesa, donde vio a Abgaro por primera vez». Abgaro no podía seguir manteniendo la neutralidad:

En parte por miedo a Trajano, y, en parte también, convencido por su hijo Arbandes, un hermoso joven que obtuvo el favor de aquel, acudió a encontrarse con el emperador en el camino, le presentó excusas y obtuvo su perdón, pues tenía un poderoso in-

tercesor en el muchacho. Así pues, trabó amistad con Trajano y lo agasajó en un banquete, durante el cual hizo que su hijo bailara una danza de los bárbaros.

Trajano se quedó prendado del efebo, que llevaba pendientes de oro: «Te culpo por no haber acudido a mi presencia y no haberte unido a mi expedición y compartido la dureza del trabajo; me encantaría arrancarte por eso uno de tus pendientes», dijo a Arbandes. Otros vasallos partos no fueron tan complacientes, sobre todo un tal Manno, y Mebarsapes, soberano de Ardiabene.¹²

Trajano regresó a Antioquía para pasar el invierno. Al comenzar el nuevo año se produjo un desastre: Antioquía sufrió un violento terremoto que causó la muerte a un gran número de habitantes; la víctima más destacada fue uno de los *consules ordinarii* del año 115, M. Pedón Vergiliano, que, al parecer, ejercía su cargo *in absentia*. El propio Trajano salió por una ventana con solo heridas leves, «guiado por cierto ser de estatura sobrehumana», según Dión. Como las réplicas del terremoto continuaron durante varios días, el emperador se instaló a la intemperie, en el hipódromo de la ciudad. Carecemos de cualquier información sobre cómo se las apañaron Plotina u otros miembros de la casa imperial, fuera de la mención específica de Malalas, quien dice que «Adriano, antes de iniciar su reinado, se hallaba con el emperador Trajano por estar emparentado con él por matrimonio cuando la gran ciudad de Antioquía sufrió la cólera de Dios—por aquellas fechas era senador—». Al hablar del terremoto, Malalas informa también sobre el martirio de Ignacio, obispo de Antioquía, que «había incurrido en la ira del emperador por haberle insultado». Según una tradición firmemente establecida en la Iglesia, Ignacio fue enviado a Roma para ser ejecutado. Ahora bien, mientras el resumen de Dión escrito por Xifilino nos ofrece un largo relato del desastre, Malalas, paradójicamente, es menos detallado sobre este dramático acontecimiento ocurrido en su ciudad natal, aunque nos proporciona una fecha precisa: el sábado 13 de diciembre, dos años después de la llegada de Trajano al Este. Sin embargo, el 13 de diciembre del 115 no fue sábado. Además, Pedón, el *consul ordinarius* del año 115 muerto en el terremoto, fue sustituido por un cónsul sufecto a principios de año, aunque su colega siguió en el cargo durante algún tiempo. Se han realizado alambicados intentos para defender la fecha dada por Malalas, pero generan dificultades innecesarias. Resulta más verosímil aceptar que Pedón seguía siendo cónsul cuando se produjo el terremoto, probablemente en enero del 115. Es bastante verosímil que Malalas inventara o supusiera la fecha del 13 de diciembre en la idea de que el terremoto tuvo lugar en torno a una semana antes del martirio de Ignacio, de quien sabía que había muerto en tiempos del emperador Trajano, conjeturando que había sido condenado en Antioquía

durante su estancia allí. La fiesta del santo se conmemoraba en Antioquía el 20 de diciembre.¹³

La guerra debía continuar; tras una larga descripción del terremoto, Dión-Xifilino prosigue afirmando que, «al comenzar la primavera, Trajano se apresuró a penetrar en territorio enemigo». El año 115 fue, al parecer, testigo de toda una serie de batallas. El emperador fue objeto de otras cuatro aclamaciones imperiales, por lo menos. El carácter escueto de las fuentes hace difícil saber con seguridad dónde combatieron las fuerzas romanas y en qué orden lo hicieron. Su primer objetivo fue Adiabene, el reino situado al otro lado del Tigris, «un distrito de Asiria frente a Nino [Nínive]». Durante el invierno se habían talado árboles en los bosques de los alrededores de Nísibis y se habían construido botes desmontables que fueron transportados en carros para construir un puente de pontones sobre el Tigris. Después de cruzar el río con la oposición del enemigo, los romanos conquistaron toda Adiabene, continúa Dión, quien añade que «las plazas de Arbela y Gaugamela, junto a las que Alejandro había derrotado a Darío, se hallan en este país». Es posible que Trajano hubiera pensado en ese contexto histórico. Sin embargo, todavía no se había producido el enfrentamiento con el rey de los partos, el equivalente al Darío persa. En otro extracto, perteneciente evidentemente al relato de esa acción, Dión atribuye a Lusio Quieto la toma de Síngara, en Mesopotamia, en la vertiente meridional de la cordillera que corre más allá del río Caboras. El dominio de Mebarsapes, soberano de Adiabene, se extendía, quizá, al oeste del Tigris hasta aquel punto avanzado.¹⁴

Es probable que tras haber dejado fuerzas importantes a orillas del Tigris con órdenes de avanzar hacia el sur, el propio Trajano regresara al oeste para dirigir un ejército aguas abajo del Éufrates con intención de atacar Ctesifonte, capital de los partos. En Dura Europos, antigua fundación macedónica, se erigió un arco triunfal en su honor. Doscientos años más tarde, el «tribunal de Trajano» se podía ver todavía en Osogardana, un punto inferior del curso del Éufrates. Durante la campaña, Trajano tenía que seguir atendiendo a los asuntos del Imperio. A finales del verano debió de haber requerido su atención un asunto del que, casualmente, hay documentación: ciertos tumultos producidos en la metrópoli egipcia de Alejandría. Habían vuelto a estallar disturbios entre la comunidad griega y la numerosa minoría judía. La animosidad entre las dos comunidades era muy antigua, y ambos bandos enviaban a menudo delegaciones a Roma para conseguir el respaldo imperial. Poco antes de su marcha de Italia, se había apelado en este sentido a Trajano, quien, según una versión griega de Alejandría conservada en papiro, había favorecido a los judíos. Los disturbios habían obligado al prefecto Rutilio Lupo a intervenir con-

tra estos. En un edicto del 13 de octubre del 115, Lupo aludía a una «batalla entre romanos y judíos». El prefecto pedía contención a los griegos y anunciaba que el emperador había enviado un «juez» para examinar el caso.¹⁵

Trajano había proyectado unir el Éufrates al Tigris mediante un canal para trasladar sus barcos al otro lado de la estrecha franja de tierra entre ambos ríos, pero se le aconsejó que no lo hiciera y optara, en cambio, por remolcarlos. «Luego cruzó el Tigris y entró en Ctesifonte, al parecer, sin encontrar resistencia. Cosroes había huido, pero Trajano se apoderó de una de sus hijas y del trono real. Era el momento de saborear el triunfo. Los partos habían derrotado a Craso y al triunviro Antonio, que habían sido vengados solo en parte por la victoria de Ventidio, el único romano en celebrar hasta entonces un triunfo de *Parthis*. Augusto había restablecido el prestigio de Roma y recuperado los estandartes perdidos, si bien por medio de la diplomacia y no de la guerra. Partia y Armenia, la manzana de la discordia, habían seguido causando problemas a Roma, y hasta entonces ningún ejército romano había llegado a la capital parta.¹⁶

«Tras haberse apoderado de Ctesifonte, fue aclamado *imperator* y se le confirmó el título de Pártico», informa Dión. Los *Fasti Ostienses* del año 116 proporcionan una fecha: el 20 o 21 de febrero «el emperador Trajano envió al Senado despachos con laureles, razón por la que se le dio el nombre de Pártico». Es muy defendible la hipótesis de que Trajano eligió deliberadamente el aniversario de su acceso al trono, el 28 de enero, para entrar en la capital enemiga, suponiendo que hubiera tiempo para enviar aquel mismo día partes que pudiesen llegar al Senado al cabo de tres semanas y media. El Senado votó nuevos honores a Trajano. Entretanto se celebraron durante tres días juegos circenses. La ceca imperial no reparó en gastos al proclamar «la conquista de Partia» (*Parthia capta*) y la sumisión de «Armenia y Mesopotamia al poder del Pueblo Romano». Iba a crearse una nueva provincia; Mesopotamia meridional, llamada Asorestán por sus soberanos iraníes; sería la provincia romana de Asiria. Trajano bajó por el Tigris y por el curso común de los dos ríos en una inmensa gabarra imperial adornada de oro y celebró «conferencias» a bordo, según recoge un fragmento de las *Parthica* de Arriano.¹⁷

Tras vencer a Atambelo, soberano del pequeño reino de Mesene, en la isla del Tigris (en la actual comarca de Basora), el emperador logró llegar al inicio del Golfo Pérsico. Al ver un barco que se hacía a la vela rumbo a la India, lamentó ser demasiado viejo para seguir las huellas de Alejandro hasta ese país. No obstante, escribió al Senado, quizá en los despachos mencionados en los *Fasti Ostienses* con fecha del 6 de mayo, diciendo que había llegado más lejos que Alejandro. Aquella pretensión podía sostenerse, desde luego, con el ar-

gumento sofisticado de que el punto de partida del emperador español había sido el río Betis. Trajano, sin embargo, se refería probablemente a su campaña en Armenia, y podía haber incluido en el mismo cálculo su conquista de Dacia. El Senado respondió que «debía tener el honor de celebrar triunfos sobre todos los pueblos que quisiera, pues, debido al gran número de los mencionados en sus frecuentes partes, los senadores no eran siempre capaces de entender ni tan siquiera pronunciar correctamente sus nombres». El interés de Trajano por Alejandro—que casi podría considerarse una obsesión—se puso aún más de manifiesto al ofrecer en Babilonia un sacrificio a la sombra del rey. Pero, a diferencia de Alejandro, Trajano no había logrado derrotar al Gran Rey en el campo de batalla.¹⁸

Estando en Babilonia, se informó al emperador de que durante su viaje de ida y vuelta al Golfo había estallado una rebelión en «todos los territorios antes conquistados». Más aún, a finales de la primavera o principios del verano, había comenzado un levantamiento masivo de los judíos en tres provincias romanas, la Cirenaica, Egipto y Chipre. En Armenia, Catilio Severo hubo de hacer frente a un parto llamado Vologeses, quien consiguió un armisticio antes de iniciarse la batalla. Trajano le ofreció una parte de Armenia a cambio de paz. Entretanto envió a dos generales, Máximo y Quieto, contra los insurrectos de Mesopotamia. Máximo, de rango consular y, quizá, gobernador de Mesopotamia, fue derrotado y muerto. Quieto, con su caballería mora, tuvo más éxito, y recuperó Nísibis, así como la ciudad de Edesa, que fue reducida a cenizas. La gran ciudad griega de Seleucia del Tigris, próxima a Ctesifonte, fue también saqueada por los comandantes legionarios Erucio Claro y Julio Alejandro. Trajano se dio perfecta cuenta de la imposibilidad de hacer realidad su sueño de igualar las conquistas de Alejandro. En Ctesifonte se celebró una gran ceremonia, y Partamaspatés, príncipe parto, hijo renegado de Cosroes, fue coronado rey por la gracia de Roma. El acontecimiento fue debidamente celebrado en acuñaciones imperiales, con monedas en las que el emperador coloca una diadema sobre la cabeza del vasallo arrodillado, con la leyenda «Rex Parthis datus», 'Rey dado a los partos'.¹⁹

La rebelión de la diáspora judía estaba alcanzando en ese momento proporciones alarmantes. En la Cirenaica, donde había habido durante varios siglos una numerosa población judía, los rebeldes, encabezados por un hombre llamado Andreas—identificable, quizá, con el Lukuas que, según Eusebio, había sido proclamado rey por los rebeldes judíos—, «estaban desbaratando», según Dión, «a romanos y griegos». Dión habla de horribles atrocidades cometidas supuestamente por los insurgentes y calcula en doscientos veinte mil la cifra de muertos. En la propia Cirene fueron arrasados varios templos y

otros edificios públicos, y hasta las carreteras que llevaban a la ciudad fueron «levantadas y destrozadas». Desde la Cirenaica, las huestes judías pasaron a Egipto, donde sus correligionarios se alzaron en su ayuda. En Chipre, a cuyo dirigente judío da Dión el nombre de Artemio, los insurgentes causaron aún más muertes que en la Cirenaica (la cifra aportada por Dión es de doscientos cuarenta mil). Salamina, su principal ciudad, fue saqueada. En el valle del Nilo, la cronología de la sublevación se puede calcular por los recibos de los impuestos recaudados de los judíos—aplicados por Vespasiano tras la destrucción del templo, el año 70—; ninguno lleva fecha posterior al 18 de mayo del 116. El prefecto Lupo no pudo hacer frente a la crisis; los judíos derrotaron a una legión, según atestigua un vívido informe contenido en una carta escrita sobre papiro. Hubo que movilizar a la población egipcia nativa, que luchó con un entusiasmo feroz, atenuado por el temor a los «impuros judíos», y obtuvieron una victoria a las afueras de Menfis. Trajano envió nuevas tropas mandadas por Marcio Turbón, prefecto de la flota del Miseno, que había acudido a Siria para la guerra. Turbón participó personalmente en la campaña de Egipto y la Cirenaica, en la que se dio muerte a «muchas decenas de miles de judíos». Una inscripción de Berito (Beirut) conmemora a uno de los oficiales del cuerpo expedicionario de Turbón, un ciudadano de la colonia, «enviado en la expedición a Chipre con un destacamento» como tribuno de la legión VII Claudia de Mesia Superior y condecorado por Trajano.²⁰

En Mesopotamia había también una numerosa comunidad judía que se remontaba a la época del exilio babilónico. Según Eusebio, «Trajano sospechaba que los judíos de aquel lugar atacarían igualmente [...] y ordenó a Lusio Quieto limpiar de ellos la provincia. Quieto reunió sus tropas y masacró a una gran multitud de judíos». Las fuentes no permiten conocer con claridad hasta qué punto los levantamientos de Cirenaica, Egipto y Chipre estuvieron coordinados con el estallido de la resistencia en Mesopotamia. Es posible que el rey de los partos incitara a los judíos cirenaicos—que, al parecer, tomaron la iniciativa—para crear un «segundo frente». El terremoto de Antioquía pudo haber tenido también algún efecto al ser interpretado por los judíos como una señal de inminente condena del poder imperial. Además, el hecho de que los judíos tuvieran un rey significa, seguramente, que abrigaban expectativas mesiánicas. En cualquier caso, la rebelión de la diáspora contribuyó notablemente a obligar a Trajano a abortar el plan de ampliación de sus conquistas.²¹

De vuelta al norte, Trajano se encargó personalmente del sitio de la ciudad de Hatra, construida en el desierto, que también se había liberado del yugo romano. Sus fuerzas consiguieron zavar una parte de la muralla, pero la ulterior carga de la caballería fue repelida. El propio emperador estuvo a punto de ser

herido cuando cabalgaba por delante de ella. A pesar de haberse «despojado del uniforme imperial para evitar ser reconocido», el enemigo lanzó sus flechas contra su figura majestuosa y mató a uno de sus *equites singulares*. El calor, las moscas y la fuerte incomodidad resultaron excesivos. «Así pues, Trajano se marchó y, poco después, su salud comenzó a deteriorarse».²²

Trajano seguía decidido a restablecer la situación y emprender otra expedición al interior de Mesopotamia. Pero hubo más noticias malas: en Dacia había estallado la guerra. El hombre elegido para ocuparse de la situación allí era Julio Cuadrato Baso, gobernador de Siria desde el comienzo de la expedición contra los partos. Trajano nombró como sucesor de Baso en Siria a Adriano, quien volvió a tener, por fin, un mando consular y verdaderas responsabilidades, aunque no hay muchas pruebas directas de lo que hizo como legado en Siria. Flegonte, su liberto literario, debía de hallarse con él, pues en uno de sus libros, *Sobre las maravillas*, recoge el caso de una mujer que cambió de sexo el año 116. El suceso ocurrió en la ciudad siria de Laodicea Marítima, y el propio Flegonte vio a la persona en cuestión. Amiano Marcelino menciona de paso otra historia según la cual Adriano recibió un vaticinio de las «fuentes parlantes de Castalia», en Dafne, a las afueras de Antioquía. Aunque el suceso se sitúa en el contexto de su anterior carrera, la noticia de la *HA* acerca de una respuesta similar en el santuario de Zeus Niceforio es de esta época pasada en Siria, si es que no se trata de una invención. Abundando en el tema, la *HA* informa de otros dos asuntos relativos a la situación de Adriano a finales del año 116 o principios del 117. Sus «enemigos» Palma y Celso despertaron sospechas de haber tramado un golpe, lo cual supuso «una garantía» de la futura adopción de Adriano, quien fue designado, además, para un segundo consulado por influencia de Plotina, el año 118, en calidad de *ordinarius*. Este hecho tuvo lugar, probablemente, en enero del 117, y «sirvió para hacer de su adopción un resultado previsto». Pero todavía fue mucho más sorprendente otra nominación para el consulado. Lusio Quieto, el moro, fue nombrado repentinamente senador, se le concedió un consulado suffecto—en algún momento del año 117—y se le nombró gobernador de Judea, probablemente con una legión adicional, dado su rango consular. Era evidente que Trajano deseaba estar seguro de que los judíos no seguirían en su país el ejemplo de la diáspora.²³

La idea de que Adriano se convirtiera en sucesor de Trajano encontró, sin duda, una amplia oposición que fue, probablemente, el origen de los «extendidos rumores» recogidos por la *HA*. Según aquellos rumores «había sobornado a los libertos de Trajano, había cultivado su amistad y había mantenido frecuentes relaciones sexuales con ellos cuando formaba parte del círculo íntimo de la corte». Pero Trajano seguía sin dar ningún paso más.

Muchos dicen [informa la *HA*] que pretendía morir sin sucesor, siguiendo el ejemplo de Alejandro de Macedonia. También dicen que su intención era aconsejar al Senado por carta de que, si le ocurría algo, los senadores deberían dar un *princeps* a la República romana, y añadía algunos nombres entre los que elegir al mejor hombre.

La enfermedad del emperador se agravaba. Trajano estaba convencido de haber sido envenenado. En realidad, según informa Dión—que recoge la noticia del supuesto envenenamiento—, había sufrido un ataque, se hallaba parcialmente paralizado y padecía hidropesía. A finales de julio o primeros de agosto del año 117, convencido probablemente por Plotina y su amada sobrina Matidia, emprendió el viaje de vuelta a Roma acompañado por las augustas y Arriano, prefecto de la Guardia. El séquito imperial tuvo que detenerse en Selinunte de Cilicia. Trajano estaba demasiado enfermo para continuar. Adriano se había quedado en Siria ocupando su lugar y a la espera de noticias.²⁴

EL NUEVO SOBERANO

Adriano recibió la «carta de adopción» el 9 de agosto del 117 en Siria. Desde ese momento era César. No se ha conservado información sobre si la noticia se hizo pública en Antioquía o en algún otro lugar ni sobre lo ocurrido aquel día o el siguiente. La noche del 10 al 11 de agosto, informa Dión, Adriano tuvo un sueño en el que «caía del cielo un fuego claro y brillante que le golpeaba en la garganta, primero en el lado izquierdo y luego en el derecho, pero que ni le asustó ni le causó daño alguno». Al día siguiente llegó otro parte que anunciaba la muerte de Trajano. Adriano consideraría el 11 de agosto como su *dies imperii*. La noticia fue comunicada enseguida a las tropas, que le aclamaron emperador según lo previsto. Se concedió un doble donativo, entregado, sin duda, a todas las legiones y a la Guardia, y no solo al Ejército sirio.¹

No era la primera vez que las legiones orientales habían alzado a un general al trono; hacía casi cincuenta años, Vespasiano debió el poder a los ejércitos de Siria, Judea y Egipto. Pero aquello había sido un golpe de Estado; además, tendrían que transcurrir seis meses hasta que las tropas del Danubio, que habían abrazado su causa, pudieron apoderarse de Roma. En el 97, antes de que se anunciara la adopción de Nerva, el gobernador de Siria se sintió, probablemente, tentado a apostar por la sucesión por la fuerza; pero los hombres de Trajano reprimieron rápidamente aquella amenaza. En agosto del 117, la situación no era, desde luego, tan desesperada como en el 69, pero sí mucho más peligrosa que en el 97. Trajano había muerto, y Adriano era desde hacía tiempo el heredero obvio. Pero, en el mejor de los casos, la adopción había sido realizada por un moribundo y orquestada por la emperatriz. Adriano podía recurrir, evidentemente, no solo a los ejércitos orientales sino también a los numerosos contingentes del Rin y el Danubio que todavía se hallaban en el Este. Pero las tropas se encontraban desmoralizadas y la muerte de Trajano fue como una señal para los enemigos de Roma de todos los rincones. El Imperio se hallaba en una situación de confusión que no se había visto desde el año de los Cuatro Emperadores y que podría haber derivado fácilmente en catástrofe.²

Además, Adriano tenía enemigos en Roma y otras partes. Una carta de Atiano le instó a actuar con rapidez y de forma implacable. En ella se daban los

nombres de tres personas. Si el prefecto de la urbe, Bebio Mácer, parecía oponerse a la confirmación del nombramiento de Adriano, debía ser asesinado; lo mismo ocurría con dos desterrados eminentes que languidecían en las islas donde habían sido exiliados, el antiguo mariscal descontento Laberio Máximo, que supuestamente había aspirado al trono, y Craso Frugi, conspirador contra Nerva y Trajano. No está ni mucho menos claro qué pudo haber hecho Mácer, pero la *HA* afirma que «existía la convicción generalizada de que Trajano había pretendido hacer sucesor suyo a Neracio Prisco y no a Adriano—cosa con la que estaban de acuerdo muchos de sus amigos—y le había dicho, de hecho: “si me ocurriera algo, te confío las provincias”». Circulaban así mismo otros rumores, como que «Trajano deseaba morir sin nombrar sucesor, como Alejandro, o que proyectaba escribir al Senado invitándole a elegir un príncipe para la República, en caso de morir, y añadía algunos nombres entre los que elegir al mejor hombre». Es posible que Attiano pensara que Mácer había recibido realmente una carta de ese tenor y podía avanzar en aquella dirección. La observación acerca de Neracio se remontaba, probablemente, a fechas muy anteriores. Neracio acabaría siendo conocido como jurista, pero había sido gobernador de Panonia en la época de las guerras de Dacia, fecha en la que era verosímil que Trajano hubiera realizado aquella declaración. En cierto momento, según Dión, Trajano dio incluso la impresión de haber pensado en Serviano, cuñado de Adriano, como potencial sucesor. «En un banquete invitó a sus amigos que le nombraran a diez personas capaces de tener el mando exclusivo [la expresión latina fue, seguramente, *capax imperii*], y luego, tras un momento de pausa, añadió: “Solo necesito nueve nombres, pues ya tengo uno: Serviano”».³

Sea como fuere, Adriano se negó a actuar contra los tres citados por Attiano. Para empezar, Brutio Presente, yerno de Laberio, ocupaba entonces el cargo de gobernador de Cilicia, y era el hombre de Adriano. Pero cuando Craso, descendiente de más de un gran linaje republicano, decidió marcharse de su isla sin autorización (al menos, eso se decía), fue muerto por un procurador. En cuanto a Bebio Mácer, a quien Plinio había honrado con pequeñas piezas de la producción literaria de su enciclopédico tío, no sabemos nada más de él. Es evidente que fue sustituido en cuanto Attiano llegó a Roma. El propio Mácer era historiador y escribió un relato sobre Augusto. Quizá volvió a dedicarse a la historiografía, como lo estaba haciendo por aquellas mismas fechas otro senador de su generación: Cornelio Tácito, dedicado a trabajar en sus *Anales* y que aludía sutilmente a situaciones paralelas de su época.⁴

A los pocos días, quizá a las pocas horas, de su aclamación, Adriano dio la orden de evacuar totalmente Mesopotamia, Asiria y Armenia Mayor. Lo cier-

to es que una gran parte del territorio recién conquistado había sido entregado por el propio Trajano. Pero, tal como narra los hechos la HA, Adriano «abandonó» todas las comarcas situadas más allá del Éufrates y el Tigris. Ello significaba la retirada inmediata de las tres nuevas provincias. Además, al comenzar el año siguiente había dispuesto ya la destitución de Partamaspates, el rey marioneta de los partos coronado por Trajano en Ctesifonte, y lo había colocado como soberano de Osroene. El resto podía dejarse para que Cosroes y su rival, Vologeses, lucharan por él. Adriano seguía así, según afirmaría, el ejemplo de Catón, quien declaró que «los macedonios debían obtener la libertad, pues no había posibilidad de protegerlos». La devoción de Adriano a la literatura latina antigua era bien conocida: «Prefería Catón a Cicerón, Ennio a Virgilio y Celio [Antípatro] a Salustio», observa más adelante la HA. Adriano debió de haber citado el discurso *De Macedonia liberanda*, del viejo censor, conservado aún en la Antigüedad tardía. De todos modos, no se trataba de un precedente convincente.⁵

El segundo paso, desesperadamente necesario, se decidió también enseguida. Lusio Quieto fue retirado de su nuevo cargo en Judea. Se sospechaba que «tenía designios respecto al trono», dice la HA. Aquellas aspiraciones parecían ridículas para el caudillo tribal moro, a pesar de la asombrosa promoción con que había sido favorecido por Trajano: el rango senatorial, un consulado y el mandato para proseguir, como gobernador de Judea, con su salvaje represión de la disidencia o la rebelión del pueblo judío. Quieto seguía siendo considerado un bárbaro; además, por aquellas fechas, debía de ser un anciano. Pero Adriano y él eran enemigos. El temor a que Quieto diera, quizá, su apoyo a un rival pudo haber parecido suficientemente grave en el verano del 117.⁶

Es de suponer que la carta de destitución fue llevada por el sucesor de Quieto, probablemente uno de los hombres que se hallaban con Adriano en Siria. No obstante, debió de haber un gobernador en funciones. Por aquellas fechas, más o menos, el procurador Claudio Paterno Clemenciano, natural de Recia, sustituyó a un legado innominado de Judea. Podía tratarse de Quieto, y la sustitución haber tenido lugar el 117. El gobernador caído en desgracia fue despojado de su «ejército particular», los moros de su tribu capitaneados por él en las guerras de Roma durante unos veinticinco años, que fueron devueltos a su lugar de origen. Este trato y la indignación causada por él entre sus paisanos provocó en Mauritania una sublevación abierta en cuestión de semanas. En Judea, la reacción fue, comprensiblemente, la contraria: la caída del carniceiro de la judería de Babilonia conduciría al menos a un judío a saludar a Adriano como liberador. Algo debió de haber dado pie a la creencia errónea de que se permitiría a los judíos reconstruir su Templo.⁷

Es difícil confirmar quién se encontraba físicamente en aquel momento con Adriano. Desconocemos, por ejemplo, la identidad de los oficiales del Ejército de Siria. Podemos conjeturar que uno de los *tribuni laticlavii* era el joven Haterio Nepote, cuyo padre había sido dos años antes procurador de Armenia Mayor. Haterio el Joven se hallaba, evidentemente, con Adriano cuando este regresó a Roma el verano siguiente. Otro que volvería a la ciudad con Adriano era M. Hosidio Geta, legado, quizá, de una de las legiones orientales el año 117. El único compañero en Antioquía registrado por su nombre en agosto del 117 es el agudo intelectual griego Valerio Eudemon: la *HA* lo califica como *consciis imperii*, un 'cómplice para la consecución del trono'. Al parecer, Eudemon fue enviado casi de inmediato a Egipto con el nombramiento de «procurador para la administración de Alejandría» (*ad dioecsin Alexandriae*), un puesto relativamente secundario pero que le podía permitir vigilar lo que ocurría allí. Aún es más importante el que Eudemon llegara, probablemente, con una carta de destitución para el prefecto Rutilio Lupo. El nuevo prefecto fue Q. Rammio Marcial, antiguo comandante de los *vigiles* de Roma. Debía de hallarse, seguramente, en el Este con Adriano, pues antes de finalizar agosto ya se encontraba ocupando su cargo en Egipto. Podemos conjeturar que Eudemon animó a Adriano a publicar un edicto que confirmaba los privilegios de filósofos, oradores, *grammatici* y doctores concedidos por Vespasiano y Tito. En cualquier caso, una carta de Antonino Pío conservada en el *Digesto* dice del edicto de Adriano que fue publicado «inmediatamente después de su acceso al poder».⁸

Tras haber tomado aquellas medidas urgentes, Adriano salió de Antioquía «para ver los restos de Trajano, llevados por Attiano, Plotina y Matidia», quienes probablemente viajaron a su encuentro desde Selinunte. «Tras juntarse con ellos, los embarcó para que fueran trasladados a Roma». Con las cenizas de Trajano, transportadas por la emperatriz viuda, acompañada de Matidia y Attiano—Sabina se quedó, probablemente, con su marido—, llegó la carta de Adriano dirigida al Senado, un documento «de una redacción muy cuidada». Adriano requería honores divinos para Trajano (cualquier otra cosa habría sido impensable) y pedía el perdón del Senado por no haber sometido a su consideración el asunto de su acceso al trono: la salutación llevada a cabo por los soldados había sido, sin duda, precipitada, pero no se podía dejar a la República sin emperador.⁹

Se ha descubierto un curioso efecto secundario de la muerte de Trajano. La ciudad de Selinunte no solo fue rebautizada con el nombre de Trajanópolis, sino que recibió además el *ius Italicum*, a pesar de no haber sido declarada colonia. Trajano fue el primer emperador muerto fuera de Italia. ¿Se consideró, tal vez, conveniente crear la ficción de que el lugar donde había expirado

formaba, de hecho, parte de Italia, o fue, en realidad, el propio Trajano quien supuestamente declaró que Selinunte poseía esa condición? En otras palabras, ¿se consideró importante que su último acto, la adopción de un sucesor, se llevara a cabo en suelo «italiano»?¹⁰

Los restos de otra persona que acababa de fallecer fueron dejados también en Selinunte. El 12 de agosto, pocos días después de la muerte de su señor, murió el mayordomo de Trajano, el liberto Fédimo. Solo tenía veintiocho años. Dadas las aficiones de Trajano, el sirviente encargado de los vinos del emperador debía de hallarse en estrecho contacto con su señor. Y como Trajano—según Dión—estaba convencido de haber sido envenenado, habría habido personas deseosas de interrogar a Fédimo. Quizá se suicidó presa del pánico o, simplemente, movido por la pena. No obstante, si hubiese hablado demasiado, Attiano lo habría eliminado. Los restos de Fédimo no serían enterrados en Roma hasta doce años después.¹¹

Por las fechas en que el barco navegaba hacia Italia, Adriano debía de ser consciente de las dimensiones de la crisis. Es posible que, al cabo de un siglo, Mario Máximo se elevara a la altura de un Tácito al resumir el estallido simultáneo de la sublevación y la invasión producida en todas las fronteras. El biógrafo de la *HA* se permitió, quizá, una cita directa de las ominosas frases de Máximo en un pasaje que se hace eco de los párrafos iniciales de las *Historias* de Tácito. «Las naciones conquistadas por Trajano se habían sublevado; los moros se dedicaban al saqueo; no era posible mantener a los britanos sometidos a Roma; Egipto estaba asolado por los levantamientos; finalmente, Libia y Palestina daban muestras de un espíritu levantisco». Las tres últimas regiones, Egipto, Cirenaica y Judea, eran parte del mismo problema: la rebelión judía, sumamente grave en la diáspora, pero que, según indicaba el nombramiento de Quieto, iba a estallar, o se esperaba que lo hiciera, también en su país de origen. Para entonces, Marcio Turbón había aplastado prácticamente a los rebeldes en Egipto y la Cirenaica, aunque continuaban algunos combates. En cualquier caso, Turbón, instalado en Egipto o en sus proximidades, con sus fuerzas navales y terrestres combinadas, pudo ser enviado en ese momento a ocuparse de un estallido de conflictos muy distinto más al oeste, en Mauritania.¹²

Pero Adriano no podía regresar a Roma todavía. Al otro lado del Danubio había surgido otra amenaza superior en gravedad a todas las demás. Cuadrato Baso, enviado allí por Trajano desde Siria para defender los nuevos territorios, la joya de la corona imperial, «murió en campaña en Dacia». Su pérdida, ocurrida en acción contra el enemigo—formado, según podemos suponer, por dacios libres y por los sármatas orientales y occidentales de la Dacia de Trajano—o, simplemente, por causas naturales, fue un duro golpe. Las guar-

niciones de Dacia y las provincias danubianas se hallaban escasas de personal: se había retirado a varias legiones y numerosos regimientos auxiliares para enviarlos a la expedición contra los partos. Así pues, «se enviaron por delante los ejércitos» del este «al Ilírico». Adriano les seguiría en cuanto pudiera dejar con seguridad Siria, donde todavía quedaban asuntos que resolver, uno de los cuales, y no el menor, era encontrar un sucesor para Cuadrato Baso. La elección de Adriano recayó en Avidio Nigrino, al menos eso es lo que podemos conjeturar. Nigrino se encontraba en Acaya como legado imperial en el momento de la estancia de Adriano en Grecia antes de la guerra, según parece probable, y era considerado, también probablemente, como amigo.¹³

A finales de septiembre, el nuevo emperador debió de haber conocido la respuesta del Senado a su carta; era efusiva y conciliatoria. Los honores votados para Trajano fueron más allá de su propia propuesta; y él mismo debía celebrar un triunfo y recibir la denominación de *Pater Patriae*. Adriano rechazó los honores destinados a su persona. En aquel momento se acuñaron en Roma diversas monedas una de las cuales mostraba a Trajano como emperador en el anverso y a Adriano con el nombre de «Hadrianus Traianus Caesar» en el reverso; la otra presentaba a Adriano como emperador, «Traianus Hadrianus», con los títulos de Trajano: «Optimus Germanicus Dacicus», y, en el reverso, la leyenda «Adoptio», con Trajano y Adriano dándose la mano y la denominación de este como *Pater Patriae*, además de otros títulos, y como hijo del deificado *Parthicus Traianus*. Es manifiesta la necesidad de proclamar la legitimidad de la sucesión.¹⁴

Para la mayoría de los habitantes del Imperio que no habían visto aún a Adriano, aquellas primeras acuñaciones habrían transmitido, en cualquier caso, una sorprendente novedad: el nuevo soberano llevaba barba. Después de muchos siglos, era el primer romano de alto rango que no se afeitaba. No es necesario suponer que Adriano se deshizo de pronto de sus navajas de afeitar

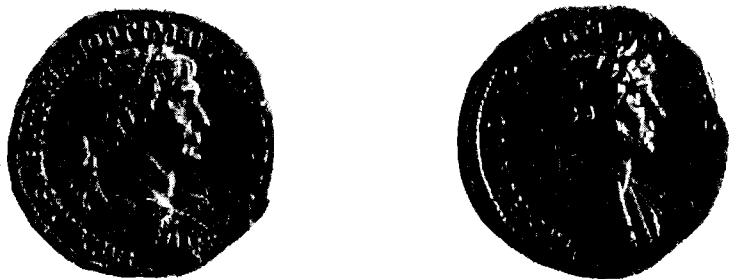


Fig. 5. Adriano como César: moneda de oro, pieza única de finales del verano del 117 (BMC III p. 124). Museo Británico.



Fig. 6. «Adopción» de Adriano conmemorada por las acuñaciones imperiales (BMC III Adriano, n.º 8). Museo Británico.

en el momento de ser aclamado emperador. Quizá había dejado de afeitarse siendo joven, lo que constituiría uno de aquellos rasgos de conducta que le valieron el apodo de *Graeculus*. O, tal vez, su barba griega de tipo tradicional era resultado de su hipotética visita a Epicteto unos años antes. En cualquier caso, la población masculina adulta del Imperio siguió su ejemplo al cabo de poco tiempo: las barbas se convirtieron en norma durante casi un siglo.¹⁵

La ceremonia oficial de apoteosis debería aguardar hasta que Adriano se hallara en Roma. Entretanto, Trajano podía ser llamado ya *Divus Traianus* de acuerdo con la votación del Senado. En el Este griego, se trataba, de todos modos, de un mero tecnicismo: los emperadores solían ser tratados como seres divinos ya en vida. Es indudable que los panegiristas se habrían puesto manos a la obra para aclamar la subida del nuevo soberano al trono en festejos celebrados por todo el Imperio. Se ha conservado casualmente una muestra sobre papiro, un extracto de un discurso pronunciado, al parecer, en una de las capitales nominales de Egipto. El orador imagina un mensaje divino:

He subido al cielo con Trajano en un carro tirado por un caballo blanco y vuelvo a tu lado, pueblo mío, yo, el dios Febo, a quien no desconoces, y proclamo ante a ti al nue-

vo rey Adriano. Que todas las cosas se sometían felizmente a él, tanto en razón de su virtud como por la bienaventurada fortuna de su divino padre. Ahora nos toca a nosotros ofrecer sacrificios de víctimas quemadas, beber de las fuentes, divertirnos con aceite del gimnasio; todas esas cosas que os proporciona el gobernador y que nacen de su lealtad hacia el emperador y de su amor por vosotros.

El autor pudo haber sido un tal Orión, cuyo *Panegírico* de Adriano se conservaba todavía en época bizantina. En cualquier caso, no hay duda de que el prefecto Rammio Marcial consideró deseable hacer algún uso de los fondos públicos en aquella provincia asolada.¹⁶

Marcial o sus asesores debieron de haber tenido una idea mejor. Las provincias orientales se habrían sentido, sin duda, especialmente impresionadas por el simbolismo del fénix, representado en las primeras monedas de Adriano. Es verdad que, según se suponía, aquella ave legendaria aparecía solo una vez cada quinientos años y, según informaciones, había sido vista en Egipto en el reinado de Tiberio, menos de un siglo antes. Tácito ofrece en sus *Anales* una digresión erudita acerca del tema, sobre cómo el fénix renacido trasladaba diligentemente las cenizas de su padre al templo del sol. El autor expresa sus dudas sobre la autenticidad de la manifestación en tiempos de Tiberio, pero añade solemnemente que «es indiscutible que el ave en cuestión se ve en Egipto de vez en cuando». Casualmente, Claudio había presentado un fénix solo algunos años antes para simbolizar y autenticar su nuevo *saeculum*. Nadie creyó en él. Es posible que Tácito se estuviera burlando discretamente de una afirmación reciente según la cual el fénix había sido avistado poco después del acceso de Adriano al trono. Sea como fuere, el ave real que moría en el fuego para renacer de sus cenizas era un símbolo poderoso que Adriano no habría desdeñado.¹⁷

Llegado el momento de dejar Siria para marchar a los Balcanes, Catilio Severo, tras llevar a sus hombres fuera de Armenia Mayor, se unió a Adriano en Antioquía y fue nombrado legado de Siria. Entre su acceso al trono y su partida hacia el norte, Adriano realizó en Siria otra acción más: cegó con una gran cantidad de piedras la fuente Castalia de Dafne. Las aguas proféticas le habían vaticinado su reinado; no quería que volvieran a hacer lo mismo con nadie más. Es probable que, según se ha sostenido, una inscripción procedente de Roma registre algunas etapas del viaje de Adriano hacia el norte y el oeste: lo que se conserva de la inscripción es un itinerario para los días 13-19 de octubre, desde Mopsucrenas, unos veinte kilómetros más allá de Tarso, y luego hacia el norte, a través del Tauro hacia el interior de Capadocia pasando por Tiana. Adriano se dirigió a Ancira, en Galacia, a donde llegó probablemente—si

siguió viajando a razón de 25 o 30 kilómetros diarios, según da a entender el itinerario—a finales de octubre. Debemos suponer que se hallaba con él un destacamento de la Guardia Pretoriana y los Guardias Montados, los «bátavos». El grueso de las fuerzas enviadas de regreso al Oeste había marchado por delante.¹⁸

En Ancira, Latinio Alejandro, descendiente de los reyes gálatas, donó a la ciudad los fondos necesarios para el alojamiento del «sumo emperador César Trajano Adriano Augusto durante su visita y la de sus sacros ejércitos», durante «todo un año». Ello significaría que algunas unidades habían llegado a Ancira bastante antes de la muerte de Trajano, acompañando, probablemente, a Cuadrato Baso en su marcha para contraatacar en Dacia. La generosidad de Alejandro fue recogida con agradecimiento en el pedestal de una estatua levantada para su hija Cleopatra.¹⁹

Es probable que Adriano se quedara unos días en Ancira, capital de la provincia de Galacia y nudo de las importantes rutas que atravesaban Anatolia, a fin de recuperarse un poco y ocuparse de los partes que se le habían enviado. En cualquier caso estuvo el tiempo suficiente para presenciar un «certamen místico» (*mystikós ágōn*) para el culto a Dionisos. Según quedó registrado más tarde en un decreto de la asociación de artistas participantes, el propio Adriano fue incluido en las ceremonias junto con el dios como un «néos Diónysos». En posteriores visitas a la mitad griega del Imperio, Adriano iba a ser objeto de incontables honores similares—y hasta de culto—y podría permanecer allí lo suficiente como para saborearlos. Pero en esta ocasión, asuntos desesperadamente urgentes le exigían apresurarse.²⁰

El 11 de noviembre se hallaba ya en el interior de Bitinia, a unas cinco jornadas al oeste de Ancira, en Juliópolis, una «plaza fronteriza» sobre la ruta de Nicea «atravesada por numeroso tráfico», según había escrito a Trajano unos años antes el gobernador del Ponto-Bitinia. Para «la pequeña ciudad» aquello era una pesada carga, y Plinio pidió a Trajano que apostara allí a un centurión (Trajano no accedió). No sabemos cómo logró atender Juliópolis a Adriano y al ejército, además de otros visitantes. Pero, casualmente, hay noticias de una delegación mandada por el «sínodo de los Néoi ('jóvenes')» de Pérgamo para felicitar a Adriano por su sucesión. El nuevo emperador dictó una pronta respuesta: «Juliópolis, 11 de noviembre. Al observar por vuestra carta y por vuestro representante Claudio Ciro la gran alegría que habéis manifestado por nuestra sucesión, lo considero un signo de vuestra excelencia». Una copia de la carta fue puntualmente grabada en Pérgamo en un lugar público. Adriano habría sido felicitado por delegaciones como aquella en todas las partes del reino por las que pasó. El emperador debió de haber pensado mucho en Pérga-

mo, patria de Cuadrato Baso. En algún momento de su viaje, Adriano decidió demostrar abiertamente sus respetos a aquel gran mariscal y ordenó que sus restos fueran devueltos a su ciudad con escolta militar para ser enterrados en una tumba pagada por el fisco imperial. Fue una especie de sucedáneo del funeral público, el *funus censorium*, reservado a los más importantes hijos de Roma.²¹

Entretanto, debieron de llegarle misivas de todas las partes del Imperio: de Attiano, en Roma; de Turbón, en Mauritania; pero, en especial, del Danubio. El hombre que se hallaba allí, con quien Adriano tenía prisa por mantener consultas, era Pompeyo Falcón, gobernador de Mesia Inferior. Falcón era un general experimentado que había mandado la legión V Macedonica en la primera Guerra Dacia y gobernado las provincias de Licia-Panfilia y Judea antes de ser cónsul el mismo año que Adriano, el 108. Había sido legado durante dos años, por lo menos, de la provincia de Mesia Inferior, en ese momento muy extensa, y debió de haber capitaneado la resistencia contra los roxolanos y los dacios libres junto con Cuadrato Baso. Podemos considerar a Falcón amigo personal de Adriano; para empezar, estaba casado con Sosia Pola, hija de Seneción. Pola había estado con Falcón en su provincia y le dio un hijo el 117 o el 118. Otro amigo (calificado así de manera explícita y reiterada en la *HA*), Platorio Nepote, que había mandado una legión en la guerra contra los partos, era en ese momento gobernador de Tracia. Se trataba de una provincia en la que Adriano iba a permanecer durante un tiempo. Sería bueno tener allí a Nepote.²²

Los movimientos de Adriano y su cronología en los seis meses siguientes solo pueden reconstruirse en sus líneas más generales. Lo que, en cambio, sí está claro es el resultado, que—en opinión de muchos—fue escandaloso y degradante para Roma. Se abandonaron grandes sectores de las conquistas de Trajano al norte del curso bajo del Danubio: las grandes llanuras de Oltenia y Múntenia, el flanco sudeste de los Cárpatos y Moldavia meridional, comarcas que habían sido anexionadas a Mesia Inferior tras la Primera Guerra Dacia, fueron devueltas a los sármatas roxolanos. Seguramente por consejo de Falcón, se dio orden de dismantelar, incluso, la superestructura del puente del Danubio aguas abajo de las Puertas de Hierro, construido por Apolodoro, el principal arquitecto de Trajano. Es probable que solo se tratara de una medida de urgencia tomada ante la amenaza real de un avance del enemigo hacia el oeste, al otro lado del río Aluto (Aluta u Olt) o, en el caso de los yáziges, hacia el sur, desde un punto situado entre la base de Berzovia y la colonia dacia de Trajano. Adriano no podía permitir por nada del mundo una invasión que cruzara el Danubio.²³

Resulta, quizá, comprensible que hasta alguien que debía de haber tenido un mejor conocimiento de la situación, el orador Cornelio Frontón, próximo a cumplir los veinte años en el momento de la subida de Adriano al trono, le acusara de entregar «Dacia». Pero es que aquella nueva retirada, llevada a cabo tan poco después de la evacuación de las nuevas provincias del Este, debió de haber provocado ira, resentimientos y reacciones exageradas. Se puede sostener con bastante verosimilitud que Adriano pensó en entregar la propia Dacia. Sus rivales y enemigos tenían ahora mejores motivos para intentar derrocarlo.²⁴

Se ha propuesto que invernó en Nicomedia o en Bizancio, combinando los placeres del Mar de Mármara con las ventajas estratégicas de la ruta imperial que corría hacia el oeste, la vía Egnatia. Pero es dudoso que, dada la urgencia de la crisis, se pudiera permitir el lujo de pasar más de unas pocas semanas en cualesquiera de las dos ciudades. Sin embargo, podemos conjeturar que abrió el año 118, como cónsul por segunda vez, en la ciudad que dos siglos después se convertiría en «la segunda Roma». Su colega consular, Pedanio Fusco, marido de su sobrina Julia, habría ejercido el cargo en Roma. Tanto si se quedó en Bizancio como si no a comienzos del 118 o más tarde, Adriano aceptó en algún momento un cargo honorífico en la ciudad para dos años seguidos. Tres semanas después, el 24 de enero, era el cumpleaños de Adriano. Tenía exactamente cuarenta y dos, la edad prescrita por la antigua *lex annalis* para el ejercicio del consulado. No tenía mucho que celebrar, aunque es indudable que le habrían llegado numerosos mensajes de lealtad. Tal vez la presencia de Platorio Nepote hizo posible algún tipo de festejo. No sabemos si Sabina se hallaba o no con él: aunque sus relaciones con Adriano eran ya, sin duda, frías y formales, habría de acompañarle en futuros viajes. Adriano siguió recibiendo —o contestando— mensajes de felicitación por su acceso al trono después del comienzo del año nuevo: se han conservado casualmente sus cartas de agradecimiento a Delfos y a la pequeña localidad de Astipalea, en las Cícladas. El 28 de enero, cuatro días después de su cumpleaños, se conmemoraba el trigésimo aniversario del acceso de Trajano al trono: otra nueva ocasión de celebraciones en todo el Imperio. Muchos admiradores del gran emperador debieron de haber realizado grandes esfuerzos para contenerse al pensar en lo que estaba haciendo su sucesor.²⁵

La presencia de Adriano en «Escitia» aquel invierno se puede deducir, probablemente, de un poemilla que le envió el poeta Floro unos años después: Adriano había tenido que «soportar las heladas escitas». El problema está en que «Escitia» y «escitas» eran palabras de significado elástico, en teoría se podría mantener que el poema dice que Adriano marchó bastante más allá de la desembocadura del Danubio y entró en la actual Ucrania. Es más probable

que Floro se refiera al territorio situado entre el Danubio y el Mar Negro, llamado más tarde Escitia Menor. Veinte años antes, Adriano había pasado unos meses como tribuno de la V Macedonica. Su antigua legión tenía en ese momento su base en Tresmis, un lugar relativamente bueno para supervisar la retirada de las guarniciones romanas, incluida la más septentrional de Piroboridava, a orillas del río Hieraso (Sereth), a unos 100 kilómetros al noroeste. En Tresmis, o quizá en una de las ciudades costeras—Tomi, Histria o Calátide—, pudo haber entablado negociaciones con el rey de los roxolanos. No está clara la situación de este pueblo bajo el régimen de Trajano. Quizá se le había permitido mantener un enclave en la zona transdanubiana de Mesia Inferior, cedida por Adriano en ese momento. La *HA* dice que «el rey se quejaba por la reducción de su subsidio».²⁶

En cualquier caso, se firmó la paz. El rey se convirtió en ciudadano romano y adoptó los nombres de P. Elio Rasparagano, y hemos de suponer que se le concedió la condición de «amigo del pueblo romano». A cambio de estas concesiones y favores, Adriano pudo haber recibido algo de Rasparagano: un espléndido caballo. Algunos meses más tarde, su montura de caza favorita era un animal llamado Borístenes, un «alano» en la flor de la edad. Se ha propuesto con bastante verosimilitud que se había criado entre los alanos, vecinos y emparentados con los roxolanos, en algún punto próximo al río Borístenes (Dniéper) y que Adriano lo compró por aquellas fechas. El caballo podría haber sido también, por supuesto, un regalo de los griegos de Tiras (en el estuario del Dniéster) o de Olbia (a orillas del Dniéper), o del rey de Bósforo (Crimea), clientes todos ellos de Roma, que habrían confirmado su lealtad en aquel momento.²⁷

Aunque la paz con los roxolanos se hubiera podido sellar antes de finalizado el invierno—cosa nada cierta—, los asuntos no se resolvieron con tanta facilidad con la otra rama de los sármatas, los yáziges, en el flanco occidental de la provincia de Dacia. Es posible que Adriano llegara a Dacia antes de actuar, y también que los informes sobre lo que estaban haciendo el gobernador de aquella provincia y el legado de Panonia Inferior sugirieron la necesidad de tomar medidas más drásticas. En cualquier caso, es probable que, en cuanto oyó que se había restablecido la paz en Mauritania, mandase buscar a Marcio Turbón. Era un amigo en quien podía confiar. Al menos, está atestiguado que antes de que Adriano partiera del Danubio camino de Roma, Turbón fue nombrado gobernador en funciones tanto de Dacia como de Panonia Inferior. Aunque no era senador, iba a mandar un ejército de varias legiones. Los senadores con cargos en las dos provincias—los dos gobernadores que perdieron sus puestos en favor de un antiguo centurión endurecido y los legados de las legiones—debieron de sentirse especialmente dolidos.²⁸

Más arriba hemos propuesto la hipótesis de que el hombre que había asumido el gobierno de Dacia tras la muerte de Cuadrato Baso era Avidio Nigrino. Su mandato en el cargo nos es conocido solo por una dedicatoria sin fecha mandada hacer por M. Calvencio Viátor, centurión de la IV Flavia e instructor (*exercitator*) de los guardias montados (*equites singulares*) de Nigrino en el cuartel legionario de Ápulo, en el norte de Dacia. Es improbable que Nigrino llegara a ser gobernador de Dacia hasta algunos años después de su consulado, en el 110, y tampoco pudo haber ocupado el cargo después del año 118, por la sencilla razón de que había fallecido ese mismo año.

La HA informa de que Nigrino conspiró para matar a Adriano, que Lusio Quieto y «muchos otros» fueron sus cómplices y que el emperador evitó el atentado contra su vida mientras ofrecía un sacrificio. La versión de Casio Dión, conservada solo en el resumen de Juan Xifilino, difiere ligeramente. El hecho de que sitúe la (supuesta) conspiración para el asesinato durante una cacería y no «mientras Adriano ofrecía un sacrificio» no constituye una verdadera discrepancia: las cacerías solían comenzar y concluir con un sacrificio. A diferencia de la HA, que expone como dato cierto que «Adriano eludió la emboscada de Nigrino», Dión trata todo el asunto como un montaje. Pero, incluso aunque él y sus «cómplices» hubieran sido víctimas de un montaje, Nigrino debió de haber tenido en la primera parte del año 118 alguna oportunidad de acabar con Adriano. Es probable, seguramente, que Adriano saliera a cazar con Nigrino y que ocurriera algo susceptible de ser amañado como un intento frustrado de asesinato, quizá solo *a posteriori*. De lo contrario, el infundio de la acusación contra él habría resultado demasiado absurdo. Nigrino tuvo que haber estado con Adriano. En cuanto a la ubicación de Lusio Quieto en aquel tiempo, la desconocemos por completo. Es poco probable que Adriano le obligara a quedarse en el séquito imperial. Su supuesta complicidad significaría, simplemente, que Nigrino estaba en contacto con él, según se dijo.²⁹

Si Nigrino conspiró para asesinar a Adriano—o si pudo ser acusado verosímilmente de haber conspirado—, sus auténticos motivos y los de sus supuestos cómplices en la conjura no se han de buscar muy lejos; les habría impulsado un profundo resentimiento por el abandono de las conquistas de Trajano. En el caso de Nigrino, la HA, tras exponer que «había preparado una emboscada contra Adriano mientras ofrecía un sacrificio, teniendo a Lusio y a muchos otros como cómplices», añade un curioso comentario: «a pesar de que Adriano le había designado como sucesor». Resulta apenas creíble que Adriano proyectara seriamente nombrar a Nigrino sucesor suyo unos meses después de su acceso al trono. ¿Interpretó, quizá, mal su fuente el biógrafo de la HA? No es difícil explicar cómo pudo haber entendido el término «sucesor»

en un sentido erróneo: dieciocho años después, Ceyonio Cómodo, yerno de Nigrino, se convertiría en hijo adoptivo y heredero de Adriano. Con un simple cambio en el orden de las palabras de la frase latina, cambio propuesto hace ya mucho tiempo, surge un significado muy distinto: Nigrino conspiró contra el emperador «*porque Adriano le había asignado también a él un sucesor*», es decir, al igual que a Lusio. En otras palabras, ambos debieron de actuar, según se supone, por sentirse heridos en su orgullo.³⁰

Según esta interpretación, el atentado contra la vida de Adriano se produjo inmediatamente después de la destitución de Nigrino y su sustitución por Marcio Turbón, tras haber ocupado el puesto de legado en Dacia solo unos meses. Nigrino y Lusio Quieto debieron de haberse sentido seguros de contar con el apoyo de círculos importantes. Sea como fuere, se permitió a Nigrino regresar a su hogar de Favencia (Faenza), en el norte de Italia, pero, una vez allí, fue asesinado. A Quieto lo mataron «durante un viaje». También fueron abatidos otros dos cabecillas, Cornelio Palma en la ciudad residencial de Bayas, y Publilio Celso en Tarracina, en el Lacio. Ambos habían gozado de una posición muy distinguida bajo Trajano, con segundos consulados y otros honores. Pero—según se afirmaba—se les conocía como antiguos enemigos de Adriano, caídos en desgracia durante algunos años y sospechosos, en realidad, de planear la toma del poder. Su caída en desgracia en las últimas fases de la guerra contra los partos había dado, al parecer, a Adriano la señal de que su adopción era un dato esperado.³¹

La orden de ejecutar a los cuatro antiguos cónsules por alta traición fue dada por el senado y aplicada por Attiano. Adriano afirmaría que no había querido su muerte y culpó de ella a este último. Aquel desdichado asunto arrojó una sombra sobre las relaciones de Adriano con el Senado. El relato de la *HA* refleja la versión oficial, destinada a demostrar que los cuatro actuaron por motivos personales y poco honorables. Quizá sea más verosímil postular que todos ellos se habían opuesto a las nuevas medidas tomadas por Adriano. Se puede dudar de que se tratara de una «conspiración» en la que participaron aquellos cuatro hombres, por no mencionar a los «muchos otros» de quienes habla la *HA*.³²

Lusio Quieto fue llorado, probablemente, por pocas personas; y de Publilio Celso no sabemos prácticamente nada, a pesar de su indudable categoría. Palma, sin embargo, había sido, sin duda, uno de los compañeros más íntimos de Trajano; fue cónsul por primera vez, y además en calidad de *ordinarius*, en el 99, teniendo como colega a Sosio Seneción, y debió de haber sido un favorito especial con el que Trajano estaba en deuda por algún motivo. Además se ganó un aprecio adicional como gobernador de Siria al anexionarse Arabia de forma incruenta.

Las informaciones sobre la carrera de Nigrino son escasas, pero las *Cartas* de Plinio nos transmiten alguna idea acerca de aquel hombre, serio y concienzudo. El año 105, siendo tribuno de la plebe, leyó ante el Senado «una declaración elocuente e importante» en la que denunciaba la aceptación—ilegal—de honorarios por parte de algunos abogados y pedía a Trajano que pusiera remedio a aquel mal. Volvió a mostrarse activo el año 106 como consejero de la acusación contra el procónsul de Bitinia defendido por Plinio, quien calificó uno de sus discursos de «conciso, impresionante y bien expuesto». Además, el padre de Nigrino y su tío Quieto fueron amigos íntimos de Plutarco. Ambos habían sido gobernadores de Acaya, cargo que también desempeñaría Nigrino, y ellos fueron las personas a quienes Plutarco dedicó su tratado *Sobre el amor fraterno*. Adriano debió de haber conocido «el escrito más admirado, quizá, de las obras filosóficas de Plutarco», dedicado a Quieto: *Sobre la demora de la venganza divina*. Quieto había sido además amigo íntimo del gran senador estoico Trásea, víctima de Nerón.³³

Más de uno debió de reflexionar sobre estas cuestiones cuando el sobrino de Quieto y sus tres «compañeros de conspiración» fueron condenados a muerte por el Senado, en especial aquellos que hubieron de votar a favor de la moción. Cornelio Tácito pudo haber sido uno de ellos, aunque su edad (por entonces rondaba los sesenta) debió de haberle eximido de asistir a las sesiones. Es posible detectar alusiones veladas a este asunto en sus *Anales*. Al comienzo de la obra hay observaciones curiosas sobre los cuatro supuestos rivales de Tiberio y su eliminación. En el último libro, cuando va a relatar el destino de Trásea y otros, el tono de Tácito se hace cansino. Aunque hablaba de hombres muertos por la patria en guerras libradas en el extranjero, él mismo se sentiría hastiado, y sus lectores apartarían la vista de «muertes de ciudadanos, tal vez honorables, pero deprimentes por su acumulación». En realidad, «la pasividad servil y el derramamiento de tanta sangre en plena paz fatigan el espíritu y lo abruma de pena. A quienes conocen estos asuntos, no les pediré excusas y sólo diré que no odio a quienes perecieron con tanta resignación».³⁴

Hay un personaje de menor importancia que, al parecer, salió bien librado de aquella triste situación: Calvencio Viátor, el oficial instructor de los guardias de Nigrino llegaría a ser más tarde comandante interino de los Guardias Montados del propio Adriano. Se ha sostenido que se le «dio el puesto porque había servido bien al emperador en lo relativo a su seguridad personal, delatando, obviamente, la conjura de Nigrino». La idea es ingeniosa, pero Viátor aparece documentado por primera vez al cargo de los *equites singulares Augusti* diez años más tarde. En realidad, todo cuanto se puede decir es que

Adriano no utilizó, evidentemente, en su contra el haber servido en otros tiempos a Avidio Nigrino. En este sentido, Quieto el Joven, primo de Nigrino, pudo continuar su carrera sin impedimentos y, al cabo de unos años, fue pro-cónsul de Asia.³⁵

En primavera, Adriano se encontraba en Panonia y sus Guardias Montados, los «bátavos», estaban con él. Dión habla de la impresión que causaban aquellos hombres: «Sus tropas estaban tan bien entrenadas, que la caballería de los “bátavos”, según se les llamaba, cruzó a nado el Danubio con todas sus armas. Al verlo, los bárbaros se sintieron aterrados ante los romanos y, volviendo a sus asuntos, recurrieron a Adriano para que arbitrara en sus disputas». La lápida de uno de los soldados que cruzó el río a nado se ufanaba de aquella hazaña: «Soy el hombre bien conocido en otros tiempos en tierras de Panonia, valiente y destacado entre un millar de bátavos: teniendo a Adriano por juez, conseguí atravesar a nado las aguas del profundo Danubio con todas mis armas». Y añadía otra proeza: «Disparé una flecha con mi arco y, mientras pendía en el aire e iba cayendo, le acerté y la partí con otra, ningún romano ni bárbaro, ni soldado con jabalina ni parto armado de arco pudo superarme jamás».³⁶

El Danubio vuelve a aparecer en una anécdota muy diferente sobre la estancia de Adriano en Panonia por aquellas fechas. Como siempre ocurría, el emperador era visitado por delegaciones donde quiera que se hallara. Un joven de una antigua y poderosa familia ateniense, Herodes Ático, tuvo que hablar en presencia de Adriano. El emperador debió de haber conocido al joven Herodes en Atenas seis años antes. Su padre, Ático, era con mucho el hombre más poderoso e influyente de aquella ciudad y uno de los más ricos del Imperio, a pesar de habérsele confiscado parte de la fortuna familiar. En ese momento, Herodes tenía diecisiete años escasos y la circunstancia fue excesiva para él: en medio del discurso se vino abajo. «Humillado, corrió hacia el Danubio como para lanzarse a sus aguas. Su ambición de convertirse en orador famoso era tan abrumadora que se sentenció a muerte por su fracaso». No hay duda de que el episodio debió de divertir a Adriano; al cabo de pocos años, tanto Herodes como su padre, Ático, gozarían del favor imperial.³⁷

Podemos suponer que, mientras se hallaba en Panonia, Adriano trató con el gobernador de la provincia Superior, Minicio Natal, hombre experimentado e influyente, había sido cónsul el 106 y se encontraba en Panonia desde el comienzo de la guerra contra los partos. Natal era, además, originario de Barcino (Barcelona) y protegido de Licinio Sura. Podemos considerarlo amigo y partidario del nuevo emperador.³⁸ Adriano permaneció en el territorio danubiano toda la primavera, hasta bien entrado el verano del 118. Todavía debían

de quedar por hacer muchas cosas. La exhibición de las proezas de los Guardias Montados que tanto había impresionado a «los bárbaros» induciéndoles a hacer de Adriano árbitro de sus disputas debió de haber sido una demostración de fuerza en vísperas de su marcha a Roma. No es seguro que hubiera finalizado ya la guerra contra los yáziges de la llanura húngara. El propio Adriano pudo haber intervenido personalmente en la campaña contra aquel pueblo, como lo había hecho, quizá, veinte años antes, siendo gobernador de Panonia Inferior. En aquel momento, el único de su reinado del que sabemos con certeza que estuvo en Panonia, fundó, posiblemente, una colonia en la provincia Inferior, en Mursa (Osijek). Fue la última establecida en tierras danubianas como ciudad nueva, otras fundaciones posteriores en la región eran *municipia* promovidos a un rango superior. No conocemos detalles sobre Mursa, ni si fue o no un asentamiento de tipo tradicional para legionarios veteranos.³⁹

Es igualmente posible que la impresión que causó en Adriano aquella estancia le hiciera decidirse a otorgar cartas de privilegio a varias comunidades más convirtiéndolas en *municipia*. Existían ya tres centros principales, sedes de los gobernadores de Panonia Superior e Inferior y de Mesia Superior: Carnunto, Aquinco y Viminacio. Los tres formaban comunidades distintas y aparte de las *canabae*, o asentamientos civiles enclavados cerca de los fuertes legionarios. Aunque la decisión se tomara, en principio, en ese momento, no fue aplicada de inmediato—al cabo de cuatro años, Aquinco seguía siendo solo un *vicus*. Además, varias comunidades del interior de Panonia accedieron a la categoría de *municipia* en tiempos de Adriano: Basiana y Cibalas, en el sur de la provincia Inferior, entre los ríos Sava y Danubio; Mogenciana, Municipium Iasorum, Sala y, quizá, Halicano y Mursela, en Panonia Superior. A diferencia de las tres primeras, estas últimas comunidades eran en esencia capitales—*civitates*—nativas. Se trataba, por supuesto, del territorio mejor conocido por Adriano de todas las provincias del occidente latino, pues había sido gobernador de Panonia Inferior diez años antes. Aun así, resulta muy llamativo el impulso dado con esas medidas a la «romanización». Ulpiano, una comunidad del interior de la Mesia Superior, obtuvo también rango municipal. Se trataba de una decisión claramente relacionada con las minas de plomo y plata (*metalla Ulpiana*) abiertas en tiempo de Trajano.⁴⁰

Los disturbios surgidos en otras partes del Imperio no se habían resuelto por completo. En Britania, la rebelión—probablemente en el remoto norte de la provincia—costaría muchas vidas romanas. Adriano decidió enviar allí como gobernador a Falcón. Una inscripción hallada en Tomi, en la costa del Mar Negro, conmemora el nombramiento. Falcón marchó directamente des-

de Mesia Inferior siguiendo el curso del Danubio, donde pudo consultar con Adriano antes de continuar hasta su nuevo destino a través de las Germanias.⁴¹

Es bastante probable que Falcón hubiera iniciado la nueva colonización de los territorios transdanubianos en colaboración con Marcio Turbón. La parte restante de Mesia Inferior, al norte del río, pasó a ser en ese momento una provincia aparte con el nombre de Dacia Inferior. No disponía de una legión, y fue asignada a un procurador del orden ecuestre en funciones de gobernador. La Dacia de Trajano recibió al principio la denominación de Dacia Superior, pero poco después, al cabo, quizá, de solo unos meses, sería subdividida: el corazón de la provincia, en Transilvania, se llamaría Dacia Superior, tendría como capital la *colonia Ulpia* (Sarmizegetusa) y contaría con una sola legión, la XIII Gemina, acantonada en Ápulo. En el futuro, el legado de la legión sería el gobernador, según el modelo de Panonia Inferior y algunas provincias más. Sin embargo, la parte más septentrional fue desgajada y, al igual que Dacia Inferior, se asignó a un procurador-gobernador con el nombre de Dacia Porolissensis (por su sede en Poroliso). En la Dacia de Trajano había habido únicamente una ciudad con carta de privilegio, la *colonia Ulpiana*, en la provincia Superior. No hay duda de que Napoca, en la Porolisense, y Drobeta, en la parte meridional de Dacia Superior, adquirieron la condición de *municipium* bajo Adriano. Malva, que antes se hallaba en Mesia y ahora pertenecía a Dacia Inferior, era ya, quizá, una colonia.⁴²

De momento no se establecieron gobernadores nuevos en las provincias recientemente demarcadas. La *HA* recoge, de manera confusa, una afirmación—repetida al cabo de unas pocas líneas con una ligera variante—sobre la disposición tomada por Adriano. En la primera versión, «estableció temporalmente a Marcio Turbón—después de su mandato en Mauritania—al cargo de Panonia y Dacia, condecorado con las insignias de la prefectura». En la segunda, Adriano «marchó a Roma tras haber confiado Dacia a Turbón, galardonado con el título de la prefectura de Egipto, para que pudiera tener más autoridad». Al extractar apresuradamente la *Vita Hadriani* de Mario Máximo, el biógrafo de la *HA* tergiversó algún dato. Turbón había estado en Egipto poco antes, pero como comandante de una fuerza expedicionaria (y seguía conservando, quizá, el rango de almirante de la flota del Miseno), y no como prefecto de esa provincia. No obstante, llegaría a ser prefecto de la Guardia: Adriano destituyó a Attiano y colocó a Turbón en su lugar. Es muy posible que aquel nombramiento se efectuara mientras Adriano seguía en el frente del Danubio. Quizá se le había informado ya de la indignación que siguió a la muerte de los cuatro consulares. Adriano necesitaba echar al culpa a Attiano, ejecutor de aquella fechoría.⁴³ La *HA* sitúa la decisión de Adriano un poco después, tras su vuelta a Roma:

Al no poder soportar más el poder de Attiano, prefecto suyo y antiguo tutor, intentó matarlo, pero se echó atrás porque todavía gravitaba sobre él la hostilidad provocada por la muerte de los cuatro consulares—es evidente que intentaba cargar la responsabilidad de la decisión de sus muertes sobre las espaldas de Attiano.

Al principio, Attiano se negó a dimitir. Fue «presionado», y Turbón le sustituyó.⁴⁴

Un altar levantado por un liberto suyo en una de las ciudades de Mesia Inferior, en algún punto de la costa del Mar Negro, indicaría la presencia allí del propio Turbón—además, el oferente, Capitón, da a su patrón el título de prefecto de la Guardia. Ello significa que Turbón había sido nombrado ya para ese cargo antes de dejar la región del Danubio, y que su actividad iba bastante más allá de las provincias que le habían sido confiadas explícitamente por Adriano, según la *HA*. Sea como fuere, un diploma militar confirma que era comandante general tanto de Panonia Inferior como de la Dacia Porolisense, y que los hombres de un ala de caballería de aquella provincia y de dos alas y una cohorte de esta servían a sus órdenes cuando recibió el privilegio de su baja en el destino. Por desgracia, el documento no aclara las fechas de la misión de Turbón: los hombres de aquellas unidades permanecieron olvidados durante algunos años, la *constitutio* no se hizo pública hasta el 10 de agosto del año 123, mucho después de que Turbón hubiera regresado a Roma.⁴⁵

Podemos imaginar que Turbón marchó a Mesia Inferior para supervisar la provincia mientras llegaba un sucesor de Pompeyo Falcón. El hombre elegido para esta tarea—un trabajo delicado, ya que una gran parte de Mesia Inferior acababa de ser abandonada para pasar a manos de los roxolanos o había sido asignada a la recién creada Dacia Inferior—fue, según parece claro, un favorito de Adriano, Ummidio Cuadrato, que ocupó el cargo de cónsul sufecto en mayo del 118, una más de una serie de sustituciones a fin de que Pedanio Fusco tuviera el honor de ser colega de Adriano. Si Cuadrato llegó a estar en Roma como cónsul, lo más probable es que concluyera su mandato *in absentia*. Aquel serio y joven aristócrata—elogiado y apreciado por Plinio al igual que Fusco—era también, según se ha conjeturado, yerno de Annio Vero, principal aliado de Adriano en el Senado y, para entonces, prefecto de Roma.⁴⁶

En junio, Adriano emprendió por fin, al parecer, el regreso a Roma, probablemente por tierra, marchando a Emona (Ljubljana) y cruzando luego los Alpes Julianos, siguiendo la costa hasta Arfino (Rimini), para bajar a continuación por la vía Flaminia. Probablemente tuvo un recuerdo para los yáziges, contra quienes había tenido que luchar por segunda vez. Veinte años más tarde se encontraba con él un cazador de aquel pueblo, un hombre llamado Más-

tor. «Había sido prisionero de guerra y Adriano lo había empleado como cazador por su fuerza y arrojo», informa Dión. Mástor había servido ya, sin duda, con anterioridad. Cuatro años después, al componer en las Galias el epitafio para su caballo, el propio Adriano mencionaría que había salido a la caza del oso en Panonia montando a Borístenes.⁴⁷

REGRESO A ROMA

Durante muchos meses, la ceca de Roma se había estado adelantando diligentemente al regreso de Adriano emitiendo monedas que llevaban la leyenda «Fort[una] Red[ux]». El emperador debió de hallarse ya en Italia a mediados de junio, a más tardar. El 9 de julio entró en la ciudad. Los Hermanos Arvales se reunieron puntualmente para ofrecer un sacrificio, tal como lo hacían en todas las ocasiones oficiales solemnes, y para celebrar su culto peculiar a la Dea Dia, aquel año habían celebrado ya siete sesiones. Al convertirse en emperador, el propio Adriano había sido cooptado, según la norma, como miembro de la hermandad. En cualquier caso, habría tenido que ir al Capitolio personalmente para dar gracias a Júpiter, tal como lo había hecho Trajano el año 99. Aun así, parece un tanto sorprendente que decidiera estar presente como uno más de los *fratres* cuando el *magister* Trebicio Deciano sacrificó en nombre del colegio sendos animales para las siete divinidades siguientes: Júpiter, Juno, Minerva, Salvación Pública, Marte Vengador, Victoria y Vesta, en agradecimiento por el «fausto advenimiento» de Adriano.¹

Ninguna fuente nos ofrece una descripción de su *adventus*; las monedas emitidas poco después muestran solo una representación simbólica: Roma, sentada sobre una coraza, sostiene un cetro en la izquierda y tiende la otra mano al emperador, de pie ante ella. Los magistrados, senadores y caballeros, oportunamente engalanados y en traje de fiesta—además de Sulpicio Símil con las cohortes de la Guardia que habían permanecido en Roma—, se hallarían sin duda presentes para saludar al príncipe cuando este y su séquito se aproximaran a la ciudad junto con los soldados de la escolta.²

Los cónsules habían sido nombrados recientemente y estaban en el cargo desde el 1 de julio. Adriano y su último colega, Ummidio Cuadrato, habían dejado las *fascas* a finales de junio, ambos, probablemente, *in absentia*—es posible que Cuadrato se hubiera marchado de Roma algún tiempo antes para sustituir a Pompeyo Falcón en Mesia Inferior. Uno de los dos nuevos cónsules, Sabinio Bárbaro, no se hallaba tampoco allí sino en Numidia (el año anterior había sido nombrado legado de la III Augusta). El otro cónsul sufecto, L. Pomponio Baso, un aristócrata bien relacionado, hizo, probablemente, los honores



Fig. 7. Regreso de Adriano el año 118: moneda con la inscripción «ADVENTUS AVG» (BMC III Adriano, n.º 1.120). Museo Británico.

a Adriano. Entre los presentes se hallaría así mismo el prefecto de la ciudad, Annio Vero, y también, sin duda, las damas imperiales, Plotina, la viuda, y Matidia, la joven augusta, suegra de Adriano y muy apreciada por este. La hermana de Adriano habría asistido igualmente a la recepción, y Serviano, su marido ya entrado en años, se habría visto obligado, con toda seguridad, a hacer acto de presencia. No es probable que Serviano se mostrara entusiasmado con el acceso del nuevo emperador al poder. Pero su hija Julia Paulina era sobrina de Adriano, y su yerno Fusco, colega suyo en el consulado al comienzo del año, su heredero forzoso—además, como emperador, Adriano trató a Serviano con un deliberado respeto.³

Diecinueve años antes, la ciudad había presenciado el primer *adventus* de Trajano como emperador, «esperado y ansiado desde hacía tanto tiempo», según la afectuosa descripción de Plinio: las calles estaban abarrotadas, se oían aclamaciones y gritos de júbilo por todas partes y la gente se mostró encantada cuando el emperador abrazó a los senadores, señaló individualmente a los principales caballeros para saludarles por su nombre y se movió entre la gente dejándose empujar por la muchedumbre. Adriano cultivaría la *civilitas*:

«Hizo todo a la manera de un ciudadano particular», dice la *HA* al hablar de su primera estancia en Roma; y en un comentario general sobre su comportamiento, recogido en un pasaje posterior, informa de que, «cuando conversaba incluso con la gente de la clase más humilde, actuaba en gran medida como un ciudadano corriente y censuraba a quienes—con la intención de preservar la destacada eminencia del príncipe—intentaban mostrarle su disgusto porque le agradaba la naturaleza humana». El año 118, las circunstancias eran muy diferentes. En cualquier caso, aquel comportamiento de *civilis princeps* respondía a la manera de ser de Adriano y a su propio interés.⁴

El número de miembros de la plebe presentes en el acto habría sido, sin duda, muy grande. Es verdad que en ausencia de Adriano se habían distribuido ya generosos obsequios: tres piezas de oro por cabeza. Aun así, eran de esperar más presentes, que, por otra parte, se consideraban convenientes: el estado de ánimo de la población seguía siendo inquietante tras la muerte de los cuatro consulares. En los *Anales*, que componía por aquellas fechas, Tácito calificaba el asesinato de Agripa Póstumo como «el *primer* crimen del nuevo principado», el de Tiberio. Al escribir estas palabras pensaba, seguramente, en Adriano, y seguramente no estaba solo en su temor a que le siguieran más y peores crímenes. Aunque Adriano no se percatara de ello al ver el comportamiento del Senado y el pueblo, Vero y Símilis, además de las augustas, le habrían expuesto, sin duda, con claridad cuál era la situación. «Para disipar los rumores que corrían sobre él dio al pueblo en persona (*praesens*) un doble *congiarium*», informa la *HA*. Es decir, que en este caso fueron seis *aurei* por cabeza. Una emisión de moneda acuñada aquel verano muestra a Adriano sentado en su silla oficial sobre una plataforma mientras un funcionario distribuye dinero; la leyenda de la moneda proclama la *liberalitas Aug.*, la generosidad del emperador, más que un *congiarium*, una simple munificencia.⁵

De todos modos, Adriano no emularía la tacañería de Tiberio. Aquella no fue más que la primera de una serie de medidas para comprar la buena voluntad dilapidada por la muerte de Nigrino y los otros. El dinero solo no sería suficiente para ganarse al Senado. Ese es, tal vez, el motivo de la asistencia de Adriano a los ritos de los arvaes a las pocas horas de su llegada, a pesar de que la mayoría de los hermanos no eran, ni mucho menos, gente distinguida o influyente. Tampoco eran numerosos y, en cualquier caso, había dos vacantes que cubrir. Casualmente, los registros de los Hermanos Arvaes muestran que solo en ese momento se entregaron cartas de Trajano con recomendaciones de personas para cubrir los huecos del colegio. Las cooptaciones se realizaron durante las semanas siguientes. Hosidio Geta y Haterio Nepote el Joven, los dos nuevos hermanos, habían estado probablemente en el Este y

habían formado parte del equipo de Adriano en su largo viaje de vuelta a Roma.⁶

Adriano debía presentarse ante la cámara. Es bastante probable que el cónsul Baso convocara una reunión al amanecer del día siguiente, 10 de julio, o, en cualquier caso, poco después del *adventus*. Quien había ordenado las ejecuciones era, desde luego, el Senado, lo cual empeoraba, sin duda, las cosas. Veinticinco años antes, según había recordado Tácito con amargura, «fueron *nuestras* manos las que llevaron a Elvidio a prisión, fue a *nosotros* a quienes avergonzó la visión de Máurico Rústico, y la sangre inocente de Seneción se derramó sobre *nosotros*»—nosotros, los senadores que tuvimos que votar la pena de muerte para las víctimas de Domiciano.⁷

Adriano afirmaría en su biografía que los cuatro habían sido muertos contra su voluntad, y echó la culpa a Attiano. Según Dión, Adriano «sentía tanto lo que se rumoreaba, que habló en defensa propia y declaró bajo juramento no haber ordenado sus muertes». Esta afirmación debió de ser una versión de lo declarado por Adriano ante el Senado en julio del año 118. La *HA* ofrece una ligera variante: «Se excusó ante los senadores por lo que se había hecho y juró que nunca castigaría a un senador, si no era de acuerdo con un voto del Senado». Es perfectamente verosímil que jurara dos veces: primero, que *no* había ordenado la muerte de los cuatro; y segundo, que no castigaría a ningún senador sin el voto del Senado. Este último juramento—atestado firmemente por primera vez en el caso de Nerva el año 96—se había convertido ya en algo tradicional. Pero su significado no podía pasar de ser simbólico. Aunque lo hubiera jurado ya inmediatamente después de convertirse en emperador, el anterior mes de agosto, no habría impedido las ejecuciones pues las había ordenado el Senado.⁸

En cuanto a Attiano, que había forzado a los senadores a imponer la pena de muerte, había sido destituido pero, en la práctica, no había caído en desgracia. Adriano lo hizo senador con rango consular y le dijo que no había un honor mayor que pudiera otorgarle. Tras su ennoblecimiento, es improbable que aquel hombre anciano asistiera al Senado. Quizá se retiró en silencio a alguna de sus fincas, en Preneste o en Elba, si es que no regresó a la Bética. Attiano tenía ya sucesor. Pero Turbón se hallaba todavía con los Ejércitos del Danubio. El otro prefecto, Símilis, era también anciano, estaba cansado y le incomodaba, quizá, la idea de servir a Adriano. Presentó su renuncia, que no fue aceptada de inmediato. Adriano se resistía, obviamente, a perderlo.⁹

Símilis, al igual que Turbón, había ascendido desde el cargo de centurión. Su sucesor, el culto Septicio Claro, amigo de Plinio, a quien este había dedicado los nueve libros de sus *Cartas*, era de un molde muy distinto. Según había es-

crito Plinio, Septicio le había instado a menudo a reunir y publicar aquellos escritos. No sabemos nada más sobre la anterior carrera de Septicio. En su juventud había estado, sin duda, en el servicio militar como oficial de caballería, y debió de haber sido designado en varias ocasiones para ocupar puestos de alto rango. No sería sorprendente que hubiera sido secretario imperial, *ab epistulis*. Sea como fuere, este puesto sería cubierto pronto por alguien nuevo promocionado desde el cargo de director de las bibliotecas imperiales. Se trataba de Suetonio Tranquilo, otro amigo de Plinio, más joven que él, que ya gozaba de fama como estudioso. Sus *Vidas de hombres famosos* habían sido publicadas al menos diez años antes y sus dos primeros nombramientos, en los puestos *a studiis* y *a bibliothecis*, los debía, sin duda, a la reputación que le había dado la obra. Adriano pensó, probablemente, que Suetonio y Septicio serían agradables, además de útiles, como miembros de su equipo. Suetonio se había embarcado ya quizá en una nueva obra literaria, *Las vidas de los césares*, que competirían con los *Anales* de Tácito. Pero los césares comenzarían con el dictador y con Augusto, que no habían sido tratados por Tácito. Suetonio dedicaría las primeras *Vidas* a Septicio Claro. También él se esforzó por ganarse el favor del emperador. Una acotación erudita introducida al comienzo de la *Vida* de Augusto para demostrar que el futuro emperador había recibido de niño el nombre adicional de Thurinus cita como prueba un pequeño busto de bronce (*imagiuncula*) del muchacho Octavio con una inscripción oxidada escrita en letras de hierro. «En otros tiempos fue posesión mía», añade, «pero se la doné al príncipe, que la ha colocado en su dormitorio entre los dioses del hogar (*Lares*)».¹⁰

Es uno de los muchos signos de la acendrada devoción de Adriano por Augusto. Cuando, en febrero del año 118, los Hermanos Arvales recibieron una comunicación escrita de Adriano, «las tablillas estaban selladas con un *signum* que llevaba grabada una cabeza de Augusto». En otras palabras, Adriano tenía un retrato del primer príncipe en su anillo de sellar. No es ninguna fantasía detectar de vez en cuando en el *Divus Augustus* de Suetonio algún sutil intento de justificar la renuncia de Adriano a la expansión. En realidad, Suetonio atribuye a Augusto una política puramente pacificadora de carácter sospechosamente adriánico. Es verdad que, al final de su reinado, Augusto se vio obligado a renunciar a la expansión. Pero antes de ese momento la había practicado durante varias décadas.¹¹ Aquel apoyo literario debió de contentar bastante a Adriano, pues es indudable que se vio obligado a dar una explicación pública de sus acciones. El abandono de las «numerosas provincias conseguidas por Trajano» no había sido bien recibido. No hay duda de que esta observación se refiere a los territorios situados más allá del bajo Danubio, así como a Armenia y Mesopotamia. En cualquier caso, el esfuerzo de Adriano por justificarse

no hizo sino empeorar las cosas. Quizá fue en ese momento cuando citó el discurso de Catón el Viejo sobre qué debía hacerse con Macedonia, lo cual debió de resultar bastante irritante para algunos de sus oyentes. Sin embargo, la *HA* comenta aquí que, «como simulaba que todas las medidas que resultaban impopulares se habían tomado de acuerdo con instrucciones secretas recibidas de Trajano, la reacción era aún más glacial».¹²

Como es característico en ella, la *HA* enlaza con este importante cambio de política una acción de menor importancia que afectó a la propia Roma y fue mal acogida: la demolición de un teatro levantado por Trajano en el Campo de Marte, también esto se justificó apelando a órdenes del anterior emperador. En realidad, Adriano tenía sus propios planes ambiciosos de construcción, en especial para el Campo de Marte. La plebe, cuyo favor estaba al parecer perdiendo, iba a beneficiarse pronto de un programa constructivo que rivalizaría incluso con el de Trajano. Además, había otras maneras de ganarse de inmediato al pueblo de Roma. De las monedas emitidas los años 118 y 119 podemos deducir una acción no mencionada por ninguna fuente literaria: una distribución suplementaria de grano.¹³ No obstante, en aquel momento se lanzaron varias medidas ideadas para conciliarse a todos los sectores de la sociedad. El otoño anterior Adriano había renunciado ya «a recibir de Italia la corona de oro [la tradicional aportación “voluntaria” ofrecida a un nuevo emperador] y había reducido las sumas pagadas por las provincias, al tiempo que intentaba hacerse popular mediante una exposición cuidadosamente formulada de los problemas de la hacienda pública». Ahora que se encontraba cara a cara frente a la opinión pública de la capital, decidió que era fundamental realizar grandes desembolsos, fuera cual fuese el estado de las finanzas imperiales.¹⁴

Mario Máximo, la fuente principal de la *HA*, debió de haber suministrado abundantes detalles, muchos de los cuales parecen haberse reproducido en la *vita Hadriani*. La primera medida—tomada «de inmediato»—consistió, probablemente, en una respuesta a algo que Adriano había constatado una y otra vez durante su viaje de ocho meses a través de las doce provincias y de la propia Italia. La requisa de transporte y alojamiento para quienes viajaban por asuntos oficiales imponía una carga insoportable a las comunidades locales. «Adriano organizó un servicio de transporte (*cursus*) con fondos del *fiscus*, para que los magistrados no se vieran abrumados por esa carga». No se trataba de un problema nuevo. El *cursus publicus* instituido por Augusto había causado continuas dificultades; y la solución de Adriano era, probablemente, poco más que una medida para la galería. Pero de momento calmaría las preocupaciones.¹⁵

Mucho más importante—y eficaz—fue una amnistía para los pagos fiscales atrasados. «Al no descuidar nada en su esfuerzo por hacerse popular, con-

donó a deudores particulares de la ciudad y de Italia una inmensa suma de dinero que debían al *fiscus*, e hizo lo mismo con algunos cuantiosos atrasos de las provincias. Para mayor garantía, los documentos fiscales (*syngrapha*) fueron quemados públicamente en el Foro de Trajano». Tal es la versión de la *vita*, confirmada y ampliada por otras fuentes. Dión informa así mismo de la medida y añade que el período afectado fue de quince años, es decir, del año 104 al 118 inclusive. La reacción fue sumamente favorable. En Roma, el Senado y el pueblo erigieron conjuntamente un monumento en el lugar donde se había llevado a cabo la quema ceremonial. En el pedestal se honraba a Adriano como «el primero y el único de los *principes* que, al condonar novecientos millones de sestercios debidos al *fiscus*, proporcionó seguridad mediante aquel acto generoso no solo a los ciudadanos de su tiempo sino también a sus descendientes». Una acuñación volvería a celebrar el hecho en su debido momento: «Nueve millones de HS de deudas pendientes canceladas», decía la leyenda; en las monedas aparece además un *lictor* que da fuego a una pila de registros de impuestos, observado por tres contribuyentes agradecidos. Se ha conservado



Fig. 8. Quema de las tablillas de deudas fiscales (relieve procedente de Roma, conservado actualmente en Chatsworth House, Derbyshire). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

incluso un excelente relieve que muestra a un grupo de soldados que pasan por delante de un pórtico cargando con los registros. Se trataba, quizá, de una parte del monumento del Foro Trajano, de donde también procedía la inscripción. El efusivo agradecimiento expresado en aquella dedicatoria era totalmente pertinente. Un análisis de la actividad económica del siglo II ha llegado a la conclusión de que la medida tomada por Adriano proporcionó un estímulo necesario con consecuencias benéficas a lo largo de muchos años. La gente se sintió estimulada a gastar, y así lo hizo.¹⁶

Aquel anuncio fue seguido de otros, es posible que Mario Máximo tuviera acceso a una colección de discursos pronunciados por Adriano ante el Senado e, incluso, ante el pueblo. No obstante, varias de aquellas medidas pudieron haberse dado a conocer en una única ocasión. La propiedad de las personas condenadas debería cederse no al «tesoro privado» (*fiscus privatus*) sino al público (*aerarium publicum*). Es posible que la *vita*, o su fuente, reprodujeran por un anacronismo el nombre del anterior departamento, pero el sentido y la intención son suficientemente claros. Se trataba de una respuesta a todos cuantos habían rezongado diciendo que el palacio iba a aprovecharse, quizá, de los cuatro consulares, a pesar de que Adriano negara ser responsable de sus muertes. Otra medida benefició directamente a un buen número de senadores individuales: aquellos cuyo nivel de bienes había descendido, sin culpa propia, por debajo del mínimo necesario para mantener su calidad de miembros del orden senatorial recibieron una subvención idónea de acuerdo con el número de hijos, algunos disfrutaron de aquella ayuda para el resto de sus vidas, informa la *vita*. La medida le valdría a Adriano el agradecimiento de los senadores menos importantes. También se dispusieron fondos para quienes ejercían alguna función, no solo para los amigos del emperador y para contribuir a sufragar sus gastos, pues la información se refiere a los juegos que los magistrados del pueblo romano se veían obligados a organizar y que constituía una obligación costosa. (Los *ludi praetorii* montados por el propio Adriano once años antes, se los había costado Trajano.) Varias mujeres, viudas, tal vez, o hijas de senadores distinguidos, recibieron también «ayuda económica para mantener su posición».¹⁷

Una medida instaurada por Trajano para reforzar los planes de ayuda infantil, los *alimenta*, fue una manera sutil de honrar la memoria de su padre adoptivo y reforzar su propia posición en Italia (la única en beneficiarse de ella). Adriano elevó a catorce años el límite de edad para los pagos en el caso de las muchachas (la edad matrimonial), y a dieciocho en el de los muchachos. Las monedas nos transmiten diligentemente el mensaje: Adriano aparece sentado en la *sella curulis* con el brazo derecho tendido hacia Italia, de pie frente a

él, con un niño en el brazo izquierdo y otro a su lado. En vez de una mención directa a los *alimenta*, la leyenda proclama «la libertad restablecida», haciéndose eco de la acogida dada por Plinio al proyecto original, «No hay duda de que es una gran cosa tener hijos con la esperanza de recibir *alimenta* y *congiantia*, y algo aún mayor que haya esperanza de libertad y seguridad».¹⁸

Los beneficios económicos del programa inaugural de Adriano fueron puestos concienzudamente de relieve por las acuñaciones de moneda. La inscripción de agradecimiento por la condonación fiscal, que haría sentirse *securos* a los miembros de aquella generación y de generaciones sucesivas, recuerda la *Securitas Augusti*. En los dos años siguientes, convencido, tal vez, de que sus medidas estaban ya dando frutos, Adriano pudo permitir que se le llamara restaurador (*restitutor*) e, incluso, «enriquecedor» (*locupletator*) del mundo.¹⁹

En otoño se le ofreció a Adriano un triunfo por las victorias sobre los partos, que fue rechazado de manera muy oportuna; además, él mismo había propuesto la divinización de Trajano. En ese momento, al hallarse Adriano de vuelta, se pudo llevar a cabo el rito de la apoteosis. No se han conservado detalles, a excepción de la noticia de que las cenizas del difunto emperador fueron depositadas en la base de su gran Columna, una distinción inusitada y contraria a la práctica romana. La tumba de Augusto en el Campo de Marte estaba ya, en cualquier caso, ocupada (se había hallado en ella espacio para los restos de Nerva). En cuanto al triunfo, se decidió celebrar uno póstumo—lo cual parece un tanto extravagante—en honor del propio Trajano (el tercero de los suyos). El Senado y el ejército desfilaron a lo largo de la vía triunfal portando una estatua del conquistador divinizado. ¿Se suponía que aquello mitigaría el resentimiento generado por la cesión de las conquistas de Trajano? La verdad era que la expedición contra los partos había tenido resultados catastróficos bastante antes del fallecimiento de Trajano. De todos modos, se celebraron juegos—que se repetirían anualmente, los *ludi Parthici*, cuya presidencia se asignaría regularmente a uno de los pretores. Las ceremonias del verano del año 118 debieron de ser la ocasión en que Adriano «ordenó que se vertiera bálsamo y azafrán por las gradas del teatro en honor de Trajano». También fue, sin duda, entonces cuando se llevó a efecto la decisión de erigir un templo al deificado Trajano. Y solo en ese momento pudo haberse resuelto adornar la Columna con un friso continuo conmemorativo de las guerras de Dacia, la decisión la habría tomado el propio Adriano.²⁰

Se votaron además «otros juegos circenses», el Senado propuso, quizá, celebrar así el primer aniversario del acceso de Adriano al trono el 11 de agosto, pero este «rechazó» la oferta, dice la *HA*. El emperador hizo, no obstante, una excepción con su cuadragésimo tercer cumpleaños, el 24 de enero del año 119.

Se organizó un espectáculo de gladiadores que duró seis días seguidos y en el que se sacrificaron un millar de animales salvajes. Dión añade el detalle de que entre ellos había cien leones y otras cien leonas, es decir, un espectáculo caro; pero Adriano era consciente de las necesidades del pueblo. *Panem et circenses*, 'pan y espectáculos de circo', eso era lo único que importaba al pueblo romano, soberano en otros tiempos, como comentaría escuetamente un satírico contemporáneo, Juvenal. Ya se había distribuido trigo, así que les tocaba la vez a los juegos. El propio Juvenal fingía indiferencia ante el entusiasmo de los *ludi*: «Que los presencie la gente joven»; él prefería quedarse en casa exponiendo su piel arrugada al sol de la primavera.²¹

En cuanto a Adriano, la HA, resumiendo su comportamiento como emperador, afirma que «solía asistir a los espectáculos de gladiadores». Dión añade una larga anécdota sobre este asunto. En cierta ocasión en que la multitud aullaba presenciando un combate entre gladiadores, el emperador ordenó a un heraldo que rechazara su petición dando la voz de «Silencio». Así era como se comportaba Domiciano, según sabían muy bien la multitud y el heraldo. Este, con mucho tacto, se limitó a alzar la mano sin pronunciar la palabra ordenada y el griterío cesó. «Su deseo se ha cumplido», respondió el heraldo. Adriano no se mostró irritado con aquel hombre, sino agradecido. Haber sido visto como un nuevo Domiciano habría supuesto un grave contratiempo.²²

Haterio Nepote el Viejo, un hombre que había servido en el Este como procurador de Armenia Mayor, aquella provincia de tan corta vida, había sido nombrado recientemente procurador del *ludus magnus*, encargado de entrenar gladiadores para las celebraciones imperiales. El asombroso ascenso de Haterio Nepote nos da una idea de la situación de Adriano en ese momento: necesitaba apoyarse en unos pocos hombres de confianza. Aunque no se le menciona en ninguna fuente escrita, Haterio era, sin duda, uno de ellos, y su hijo de igual nombre, que había emprendido ya una carrera senatorial, gozaba del favor de Adriano. En agosto del 119, el mayor de los Haterio era prefecto de Egipto, sin embargo, la inscripción procedente de su localidad natal, Fulginias, en Umbría, en la que se expone su carrera, enumera no menos de cinco puestos entre su servicio en Armenia Mayor, que no pudo haber comenzado antes del 114, y la prefectura en Egipto. Es posible que hubiera regresado a Roma desde Armenia para encargarse de los gladiadores antes del final de la guerra contra los partos o, a más tardar, el otoño anterior. Pero, entre el *ludus magnus* y Egipto, figuran otros cuatro cargos. Algunos de ellos, por ejemplo «las herencias imperiales» (*hereditates*) y los puestos *a censibus* y *a libellis*, debió de haberlos cubierto al mismo tiempo. Aun así, Haterio no debió de haber dedicado más de unos pocos meses a esas obligaciones, por más importantes que

fueran, en particular los *libelli*, peticiones dirigidas al emperador que le habrían llegado en avalancha al comienzo del reinado. Antes de marchar a Egipto, Haterio había servido también como prefecto de los *vigiles*, encargados de la seguridad nocturna de la capital y de la prevención de incendios. Es de suponer que, hasta la vuelta de Marcio Turbón, Haterio Nepote estuvo allí para actuar con dureza en caso de necesidad.²³

Poco más podemos espigar sobre las personas que ocuparon cargos en Roma en los años 118-119. Ya hemos mencionado a Septicio Claro, el otro nuevo prefecto de la Guardia, y a Suetonio, secretario *ab epistulis*. En cuanto a los altos mandos del ejército, las zonas especialmente delicadas estaban en manos seguras. Catilio Severo seguía teniendo el mando de Siria; Brutio Presente se hallaba en Capadocia; Ummidio Cuadrato acababa de ocupar Mesia Inferior; Minicio Natal siguió, probablemente, varios meses en Panonia Superior, aunque ya llevaba allí más de cinco años. Sin embargo, el mandato especial de Turbón en Dacia y Panonia Inferior había concluido, posiblemente, a comienzos del año 119, a más tardar. Es posible que Turbón y Natal recomendaran al hombre que tomó bajo su mando la mayor parte de la Dacia de Trajano, rebautizada en ese momento con el nombre de Dacia Superior. Sex. Julio Severo, un *novus homo* de la colonia de Ecuo, en Dalmacia, provincia natal de Turbón, obtuvo el puesto de legado al mando de una sola legión acuartelada en Dacia, la XIII Gemina, además de ocupar el de gobernador siguiendo el modelo de Panonia Inferior. Esta provincia se dejó, probablemente, en manos de L. Cornelio Latiniano, aunque su presencia en ella no se ha fechado con exactitud. Julio Severo aparece documentado por primera vez en Dacia el 20 de junio del año 120. Permanecería allí largo tiempo, pero es probable que hubiera ocupado ya el cargo el 119. Severo había estado al mando de la legión XIV Gemina en Panonia Superior. Tal vez no necesitó, por supuesto, la ayuda de los buenos oficios de Natal, su jefe, o de Turbón. Adriano pudo haber observado personalmente a Severo durante su estancia en Panonia, y es posible que le cayera bien; además, no hay que olvidar que el *cursus honorum* de Severo demuestra que había recibido un trato de favor desde el primer momento. Doce años después se le consideraría «el más importante de los principales generales de Adriano».²⁴

En Britania, los combates continuaban, según parece: Pompeyo Falcón luchaba contra los rebeldes del norte de la provincia. En Egipto, Rammio Marcial se enfrentaba a las repercusiones de la sublevación de los judíos. Meses atrás, en noviembre del 117, había recibido una petición de licencia del administrador del distrito (*strategus*) de Apolinópolis-Heptacomíade. «Debido a los ataques de los impuros judíos», decía el funcionario al prefecto, «casi todas

mis propiedades de los pueblos del nomo de Hermupolita y de la metrópoli requieren mi atención». Otros papiros hablan del daño causado por el levantamiento, y de la confiscación de bienes judíos. Más documentos procedentes de Egipto indican que Adriano publicó en los primeros meses de su reinado una orden que concedía una reducción de impuestos a los aparceros de tierras reales. En cuanto a las consecuencias del levantamiento judío, es probable que Adriano hubiera tenido que escuchar a su regreso a Roma acusaciones en uno, y otro sentido de delegaciones judías y griegas enviadas desde Alejandría. En cualquier caso, en fechas posteriores circuló un informe extraoficial—y probablemente ficticio—sobre tales audiencias.²⁵

Durante los dos años y nueve meses siguientes a su regreso, Adriano debió de haber reflexionado sobre los mejores medios para garantizar la estabilidad y seguridad del Imperio, y concibió, sin duda, el plan de inspeccionar personalmente todas las provincias. De momento, sin embargo, era mejor permanecer en Roma para imponer su autoridad en la capital. El propio Adriano volvería a ser cónsul por tercera vez el 119 y ejercería realmente las obligaciones tradicionales durante varios meses. Su primer colega fue Dasumio Rústico, pariente suyo en algún grado, aunque solo por adopción en la familia cordobesa de los Dasumios, emparentada con Adriano. De los cónsules sufectos, su amigo Platorio Nepote tuvo el honor de sustituir a Rústico y servir junto con el emperador. En realidad, Nepote debió de haber permanecido durante su consulado en su provincia de Tracia, de donde habría marchado directamente a su siguiente cargo de gobernador de Baja Germania.²⁶

Tras su tercer consulado, Adriano no volvió a ejercer nunca más el cargo, lo cual fue una decisión interesante: supuso un calculado contraste con el acaparamiento de las *fascas* practicado por la dinastía flaviana, y también, podríamos añadir, por Trajano, que había desempeñado cinco consulados siendo emperador. Como cónsul por tercera vez, Adriano ejerció el cargo hasta finales de abril y administró a menudo justicia en función del mismo, según informa la *HA* en un pasaje que enumera ejemplos de su actitud conciliatoria hacia el Senado. Mientras se hallaba en la ciudad o en sus proximidades, asistió siempre a las sesiones regulares (*senatus legitimus*) y acudió con frecuencia a las funciones oficiales de cónsules y pretores. A veces solía unirse a los cónsules en sus sesiones en calidad de jueces, añade Dión, y les hacía los honores en las carreras de caballos. Cuando presidía un proceso como *princeps* (es decir, no como cónsul), solía invitar a senadores y *equites* a unirse a él en su *consilium*, y solo pronunciaba su veredicto una vez que todos habían expuesto sus opiniones. Los *equites*, no obstante, no podían juzgar a los senadores. Adriano denunció a aquellos de sus predecesores que no habían mostrado suficiente

respeto al Senado. Los senadores más destacados eran invitados al palacio, «admitidos a la intimidad de su majestad imperial», según la formulación más bien pomposa de la HA. Dión dice que «tanto en Roma como fuera de ella, se rodeó siempre de los hombres más nobles y solía juntarse con ellos en los banquetes; era frecuente que llevara consigo en su vehículo a tres personas». Al mismo tiempo, aceptaba a menudo invitaciones de amigos a cenar—lo cual daba pie, según observa Dión, a todo tipo de polémicas—. Adriano acostumbraba a visitarlos varias veces al día si se hallaban enfermos—incluidos algunos que solo eran caballeros o libertos, subraya la HA—, les animaba con palabras afectuosas y siempre les devolvía las invitaciones a las cenas. «Lo hacía todo al estilo de un ciudadano particular», concluye la HA.²⁷

En un pasaje posterior ya citado se hace hincapié en que Adriano mostraba también esa actitud abierta con la gente corriente; «se portaba hasta con los más humildes de manera muy parecida a como lo haría un ciudadano común». Lo que se ha conservado del relato de Dión, citado ya en parte, tiene un tono similar al de la HA—es posible que Dión se inspirara en la misma fuente—. También él insiste en la colaboración de Adriano con el senado y en su evidente propósito de mostrarse como un *civilis princeps*. Dión observa que, en las recepciones, tanto si tenían lugar en el palacio como en el foro o en cualquier otro lugar, Adriano se «sentaba en una tribuna elevada, para que lo tratado fuera de dominio público». El emperador se esforzaba por evitar formalismos excesivos y, por tanto, volvía al palacio en litera, «para no exponer a nadie al fastidio de tener que acompañarle». Así también, «para ahorrar a la gente obligaciones penosas», no aceptaba visitas en los *dies religiosi* (en los que no había compromisos oficiales). Nadie debía dudar de que no era su deseo ser un déspota. Adriano dejó claro en frecuentes discursos pronunciados ante el Senado y el pueblo (*in contione*), dice la HA, que era su servidor: administraría la República a sabiendas de que el Estado pertenecía al pueblo y no era propiedad suya.²⁸

En el apartado dedicado a los primeros años de Adriano en Roma, la HA afirma que tras «haber sido cónsul por tercera vez, nombró a muchos más para un tercer consulado y concedió el honor de un segundo a un número inmenso». El autor entendió mal o exageró alguna información de su fuente. Solo dos hombres recibieron de Adriano un tercer consulado, uno menos que en tiempos de Trajano. Aquello, sin embargo, fue bastante, habida cuenta de que el propio Adriano no volvió a ocupar ya el consulado a partir del 119. Además, ningún otro, fuera de los emperadores o los césares, volvería a disfrutar de tal honor durante más de trescientos años. En cuanto a los segundos consulados, esta importante distinción, concedida a más de una docena de sena-

dores en el anterior reinado (algunos solo como cónsules sufectos), solo reca-
yó sobre cinco hombres en tiempos de Adriano. El primero fue Catilio Severo,
el año 120; le siguió Annio Vero el 121. Vero obtuvo un tercer consulado el 126,
y hubo tres repeticiones más el 128 y el 129. Eso es todo, aparte del mandato de
Serviano el año 134, designación pospuesta durante largo tiempo, lo que da a
entender que los pocos elegidos tenían una especial relevancia. Aquello signi-
ficaba, quizá, que Adriano no contaba con muchos amigos y aliados verdade-
ros en las altas esferas. Además, es posible que se mostrara reticente a dar alas
con semejante distinción a personas que podían concebir ambiciones peligro-
sas. El último *consul iterum* del reinado de Trajano había sido Publilio Celso,
el 113; y el anterior a él, su compañero de conspiración, Palma, el 109. Además,
Laberio Máximo, que había ejercido su segundo consulado como colega de
Trajano el año 103, seguía probablemente en el lugar de su exilio. Podía pen-
sarse que sus segundos consulados se les habían subido a la cabeza.²⁹

Es posible que, al comentar el año 109, Mario Máximo informara de la de-
signación de Catilio Severo añadiendo alguna observación sobre las medidas
de Adriano respecto al consulado transmitidas por la HA de manera exagera-
da. En cualquier caso, Adriano tenía una deuda especial con Catilio por su
crucial apoyo en agosto del 117 y en los meses siguientes. Ahora Catilio había
obtenido su recompensa; un segundo consulado al cabo de solo diez años del
primero. Catilio Severo procedía de una colonia provincial, pero, a diferencia
de tantos individuos de la nueva elite originarios de las provincias occidenta-
les, era oriental: había nacido en Apamea de Bitinia. Su carrera no fue, ni mu-
cho menos, distinguida en un primer momento, aunque tampoco era exacta-
mente un recién llegado y poseía algunas buenas cualidades sociales. Al menos
Plinio aceptó en cierta ocasión una invitación a cenar con él, a condición de
que la cena fuera breve y frugal y acompañada de una conversación filosófica
(moderada). Tras cubrir una larga serie de cargos, la carrera de Catilio se ace-
leró repentinamente, ayudada, según una conjetura verosímil, por un ventajo-
so matrimonio con Dasumia, la viuda del inmensamente rico Domicio Tulo.
También debió de haberle favorecido la amistad con Adriano. Su matrimonio
(sin duda en segundas nupcias) uniría en su debido momento a Catilio con
una poderosa red familiar en cuyo centro se hallaba el prefecto de la ciudad,
Annio Vero. No tiene nada de casual que el otro cónsul del año 120 fuera un
yerno de Vero, Aurelio Antonino. El propio Vero obtendría su segundo consu-
lado al año siguiente. Aquello se había convertido en un espaldarazo habitual
para los prefectos de la ciudad, a pesar de haberle sido negado a Vero, prede-
cesor de Bebio Mácer, destituido bruscamente en septiembre del año 117 por
ser peligrosamente poco digno de fiar. Lo notable en el caso de Vero es que el

126, cinco años después de su segundo consulado, fue él y no Serviano quien obtuvo las terceras *fascēs*. Serviano fue tratado por Adriano con un respeto ostentoso, pero quienes gozaron de la confianza de Adriano fueron Vero y su parentela.³⁰

El 119, Adriano debió de haber hecho ya planes para dejar la capital; eso es al menos lo que se ha deducido de algunas monedas acuñadas aquel año con la leyenda «Fort[una] red[ux]». El destino previsto eran las provincias orientales, según dan a entender otras acuñaciones. El Hércules de Gades era un posible indicio de que España formaba parte del proyecto, pero Britania constituía un motivo de evidente preocupación: unos sestercios muestran la provincia personificada con escudo y lanza sentada sobre una roca. El mensaje preciso que se pretendía transmitir con aquella compungida Britania no está del todo claro. En otras monedas se proclamaba la victoria con la imagen de la propia diosa y otras relacionadas con ella: Marte Vengador, la Paz Augusta, Júpiter Triunfante, Roma Victoriosa. La ceca de Alejandría adoptó el tema en sus acuñaciones del año egipcio, que comenzó a finales de agosto del 119: el escudo de la diosa Nike lleva las palabras «Victoria a César». Probablemente significaban una participación personal de Adriano, lo que también es aplicable a una moneda salida de la ceca de Roma que aclamaba la *virtus Augusti*, la virtud viril personal del soberano. Lo que subyace en realidad bajo todo esto es otra cuestión. Se ha sugerido que podía tratarse del aplastamiento de la sublevación británica; pero quizá sea más probable el restablecimiento del orden en el Danubio; el fin de la misión especial de Turbón significaría que las cosas marchaban con normalidad por aquellas tierras. Además, Adriano había tomado, de hecho, parte en lo que podría calificarse de guerra contra los sármatas. En cualquier caso, Britania reaparece en la acuñación del año 120. Existe la posibilidad de que la rebelión no hubiera concluido todavía—y que Adriano hubiese acariciado la idea de ocuparse de ella personalmente.³¹

En vez de marchar a las provincias, Adriano se contentó de momento con un viaje a Campania, lo que Tiberio llamaba una *peregrinatio suburbana*, según informa Tácito, cuando marchó allí en vez de ir a las Galias en el momento de la gran sublevación. Quizá el historiador era consciente de la existencia de un paralelismo con Adriano, que se iba a Campania en vez de aplastar personalmente a los britanos rebeldes. En los *Anales* afloran una y otra vez ecos evidentes de Adriano, en especial en los libros dedicados a Tiberio. Debemos reiterar que Tácito pudo muy bien haber escrito la mayor parte de los *Anales* después de que Adriano fuera emperador—al fin y al cabo, en el 119 tenía poco más de sesenta años—. Una segunda visita imperial a Campania aparece tratada con más detalle en el libro IV de los *Anales*, en la sección correspondien-

te al año 26. En ella se hace hincapié en ciertas predicciones astrológicas—que resultaron ser correctas—según las cuales Tiberio ya no regresaría jamás. El propio Tiberio era experto y adicto a la astrología. También lo era Adriano, según lo ilustra repetidamente la *HA*, que reproduce a Mario Máximo. Se puede conjeturar legítimamente que, el año 119, los astrólogos estuvieron muy ocupados con este tipo de predicciones. De haber sido así, Adriano, mejor informado que los expertos en esta y en otras ramas de la erudición y la ciencia, los habría ignorado sin más.³²

La elección de Campania para una salida breve es significativa en otros aspectos. La región, o al menos Neápolis (Nápoles), conservaba con amor su identidad helénica; allí, al menos, Adriano podía satisfacer su pasión por lo griego. La *HA* no nos ofrece muchos detalles: «Apoyó a todas las localidades [de Campania] realizando favores y dando muestras de generosidad, con lo que se ganó la amistad de todas las personas prominentes». Varias inscripciones del año 121 registran, al parecer, la finalización de obras públicas puestas en marcha con motivo de su visita. En un pasaje posterior se menciona brevemente algo más concreto: Adriano ocupó el cargo de demarca de Nápoles, aunque no se da fecha alguna. Podría tratarse, por supuesto, de un cargo honorífico *in absentia*, desempeñado en cualquier momento de su reinado. Pero, de la misma manera que había servido como arconte en Atenas siete u ocho años antes, no es improbable que honrara a los griegos de Campania ocupando la principal magistratura de Neápolis, al menos durante una o dos semanas.³³

En cualquier caso, los griegos habrían de estar presentes en los pensamientos de Adriano donde quiera que se encontrara, ningún emperador podía poner freno al flujo constante de embajadas y peticiones enviadas por ciudades e individuos particulares de todo el Imperio, pero nadie era tan perseverante e insistente como los del Mediterráneo oriental. El año anterior, por ejemplo, Adriano había remitido a Delfos dos respuestas distintas, casualmente conservadas, lo que representa una mera fracción de los miles de cartas de ese tipo probablemente enviadas. El 119 escribió, por segunda vez, al consejo y el pueblo de Afrodisias de Caria, ciudad aliada de Roma desde hacía siglos. Adriano había confirmado ya su «libertad y autonomía». Ahora tenía que asegurarles que también estaban exentos del pago de impuestos por la compra de clavos, para lo cual había escrito al procurador Claudio Agripino, quien debía dar órdenes al recaudador del impuesto sobre los clavos de que no se acercara a Afrodisias.³⁴

Cartas como aquella no debían de exigir un gran esfuerzo a Adriano y su secretario *ab epistulis*, ni causarles excesivo trastorno. El asunto podría haber sido tratado, por supuesto, con libertos o empleados esclavos que redacta-

ran la respuesta siguiendo normas establecidas una vez leído al emperador el correo entrante y decidida la respuesta. A pesar de ello, es probable que Adriano se ocupase personalmente de una gran parte de la correspondencia. Era proverbial su capacidad para «escribir, dictar, escuchar y conversar con amigos al mismo tiempo». También poseía una memoria fenomenal, podía citar extensos pasajes de libros que acababa de leer (hasta de los desconocidos por la mayoría de la gente) y nunca olvidaba un nombre, incluidos los veteranos a quienes había licenciado del ejército.³⁵

El verano del año 119, su atención estuvo ocupada por un asunto más sustancial que afectaba a los hijos de los soldados muertos en servicio y de los veteranos. Resulta agradable pensar que el nuevo secretario *ab epistulis*, Suetonio, pudo haber desempeñado alguna modesta función en la redacción de la carta de Adriano expuesta en la fortaleza de las legiones egipcias III Cyrenaica y XXII Deiotariana el 4 de agosto del año 119. Al parecer, le había llegado una petición del prefecto Rammio Marcial. (Poco después de recibir la respuesta, Rammio sería sustituido por Haterio Nepote.)

Soy muy consciente, mi querido Rammio, de que se ha negado acceso a la propiedad paterna a los vástagos de quienes cumplen el servicio militar. Ahora bien, no parece que se trate de una crueldad: esos mismos hombres han actuado en contra de la disciplina militar [los soldados tenían prohibido casarse]. Sin embargo, me hace muy dichoso poder interpretar con mayor humanidad la norma más bien estricta impuesta por los emperadores que me precedieron.

Hasta el final de la carta no se alude en concreto a los veteranos; y la interpretación precisa de lo que significaba el cambio no es del todo clara. Se trataba de una medida bastante modesta: los hijos ilegítimos no podían llegar a ser herederos principales—como si fueran legítimos—; no obstante, se les concedía un derecho sobre la propiedad de sus padres. Los beneficiarios serían quienes no tuvieran competencia en otros hermanos nacidos en la legalidad o en tíos. Dos años después se revisaría drásticamente la *disciplina militaris*, denominada en este documento, según la versión griega, *stratiōtikē didachē*. De momento, era deseable aplacar a los soldados, sobre todo teniendo en cuenta los recientes combates y el número considerable de bajas. «Deberás dar conocimiento público a este favor que otorgo a soldados y veteranos», concluía la carta, «no para que me aprecien, sino para que se sirvan de él si actúan equivocadamente». Si la palabra traducida por «apreciar» significa realmente eso (se ha propuesto otra alternativa), Adriano estaba siendo insincero. En cualquier caso, la norma no se habría limitado a Egipto, sino que se aplicaría a to-

dos los soldados y legionarios veteranos por una aparente paradoja: los hijos de los veteranos de los cuerpos auxiliares, no ciudadanos, se hallaban en una posición más favorable.³⁶

El mismo verano del año 119, Adriano recibió otra demanda de Macedonia. Terencio Genciano, hijo de Escauriano, mariscal de Trajano, de servicio allí con poderes especiales y título de *censitor*, había escrito para preguntar cuáles eran los castigos apropiados para el delito de desplazar mojones. La respuesta de Adriano, redactada el 17 de agosto, establece que la pena habrá de depender del rango del culpable; si se trata de personas de prestigio, es evidente que lo habrán hecho para adueñarse de terrenos ajenos, y deberán ser desterradas por mucho tiempo, si todavía son jóvenes. Los siervos habrán de ser castigados únicamente a dos años de trabajos forzados; y si solo han robado los mojones o los han desplazado por ignorancia, bastará con unos latigazos.³⁷

El año estuvo marcado por la muerte de dos personas destacadas. Un filósofo estoico entrado en años, Éufrates de Tiro, pidió y obtuvo el permiso de Adriano para quitarse la vida. El emperador le «permitió beber cicuta en consideración a su edad extrema y a su dolencia», informaba Dión. Éufrates había vivido, sin duda, muchos años—Plinio se había encontrado con él en Siria por primera vez mientras servía como tribuno militar, casi cuarenta años antes, y se había «esforzado por ganarse su afecto»—. Éufrates había residido en Roma durante décadas. Poco antes del acceso al trono de Trajano, Plinio dijo a un amigo que «si los estudios liberales han florecido alguna vez en nuestra ciudad, este es el momento de su máxima floración; me basta con nombrar al filósofo Éufrates». Plinio se explayaba hablando de los encantos de aquel sabio de elevada estatura, barba blanca y vida absolutamente intachable. Un siglo después, Filóstrato denunciaría a Éufrates por haber adulado a los poderosos y por acumular una enorme fortuna como resultado de sus adulaciones. Este hecho no habría dañado necesariamente su prestigio ante la opinión de Plinio, quien sentía el debido respeto por el dinero y era también un diestro adulator. Adriano tenía cierta querencia por los filósofos; se decía que Epicteto, otro sobreviviente anciano y, quizá, vivo aún en su retiro de Nicópolis, había sido amigo suyo. Sin embargo, no queda constancia de que fuera una de las personas poderosas cautivadas, como Plinio, por los sutiles argumentos y el razonamiento y lenguaje profundos de Éufrates, eco de la sublimidad y riqueza de Platón. Otros filósofos más jóvenes rivalizaban en Roma por atraer la atención del público, entre ellos Favorino, un notable ejemplar procedente de la ciudad gala de Arelate (Arlés), que en su debido momento tendría tratos con Adriano.³⁸

La segunda muerte afectó de manera más directa al emperador, quien la sintió vivamente. Su «amadísima suegra»—así la llamaba—, la sobrina de Tra-

jano y, por tanto, prima suya por adopción, Matidia Augusta, falleció en diciembre del 119. Adriano pronunció un discurso fúnebre en el que le atribuía una sarta de cualidades. Según dijo, se sentía abrumado e infeliz, conservaba todavía fresca en su mente la angustiosa imagen de Matidia en su última enfermedad y no era capaz de hacer justicia a todas sus virtudes. Pero elogió su mezcla de dulzura y gravedad, su castidad aunada a una gran belleza, su ternura, su modestia, su amabilidad con todos y su lealtad a la familia. No se puede dudar de la sinceridad de Adriano en este discurso, cuyo texto fue grabado en Tibur (Tívoli). Matidia había fallecido, quizá, en aquella localidad balneario de moda. Es probable que la familia poseyera allí desde hacía tiempo una residencia campestre que Adriano iba a favorecer y ampliar enormemente.³⁹

Matidia había enviudado de joven y vivía en la corte, donde Trajano la trató como a una hija. Cuando su madre, Marciana, fue declarada «diva», ella fue honrada con el nombre o título de Augusta». Aunque falten pruebas directas, parece probable que Adriano siguió luego el precedente sentado por Trajano y concedió a Sabina el título de Augusta. Sin embargo, aunque habló de «mi Sabina» en el discurso fúnebre pronunciado en honor de su madre, la emperatriz de Adriano ocuparía casi siempre un segundo plano. La viuda Plotina, madre entonces de Adriano por el acto de adopción, seguía aún viva y era probablemente una mujer influyente, a pesar de que tras los primeros meses del reinado había dejado de aparecer en las monedas imperiales, en las que Matidia había estado representada de forma destacada. Hubo también acuñaciones en las que se proclamó la deificación de Matidia. La *HA* recoge en una sola frase, como última noticia de su relato más o menos cronológico sobre los dos primeros años de Adriano, la concesión de «honores especiales a su suegra» por parte del emperador, «con juegos de gladiadores y otras ceremonias». En un pasaje posterior que resume los espectáculos patrocinados por él y su actividad constructiva en Roma se añade la afirmación de que, «después de ofrecer otros enormes deleites, regaló al pueblo especias en honor de su suegra». La fecha ha quedado, casualmente, documentada: el 23 de diciembre del año 119, el *magister* de los Hermanos Arvales señaló la *consecratio Matidiaae Aug.* con dos libras de perfume y cincuenta de incienso, en nombre del colegio.⁴⁰

Se han conservado así mismo registros de los arvales para el año 120, aunque no ofrecen información sobre sucesos extraordinarios. Como era normal, y según se hizo en todo el Imperio, el 3 de enero los arvales se reunieron en el Capitolio para pronunciar votos por la salud y seguridad (*salus*) del emperador, se encontraban presentes siete de los doce hermanos, pues se hallaban ausentes los otros cinco, además de Adriano, el decimotercero supernumerario. Cuatro días después, cuando el *magister* anunció el habitual sacrificio anual

del 27 de mayo a la Dea Dia con oraciones para Adriano y toda su casa, para el pueblo romano y para sí mismos, los *fratres* presentes en el pórtico del templo de la Concordia fueron solo cinco. El 7 de febrero se habían reunido para elegir a un nuevo miembro. El viejo Bittio Prisco había fallecido y Adriano propuso a un tal Manlio Carbón. Su carta fue abierta por el *magister* tras pronunciar unas plegarias solemnes. Las *Acta* describen el sello del emperador, como lo habían hecho con la carta de Trajano recibida al año anterior. El sello de Trajano era una figura mitológica, Marsias, símbolo de libertad asociado a la familia de su madre, los Marcios. Adriano, según hemos mencionado anteriormente, tenía como sello la cabeza de Augusto, una elección nada casual. Hubo, quizá, muchos que, como Tácito, vieron a Adriano como otro Tiberio, y hasta como un Nerón o un Domiciano. Al margen de si era o no consciente de opiniones tan subversivas, Adriano daría pronto muestras inconfundibles de desear atenerse al modelo del primer príncipe. Tal como hemos indicado, su secretario *ab epistulis*, ocupado con la escritura de sus *Vitae Caesarum*, parece haber estado al tanto del pensamiento de Adriano: el *Divus Augustus* de Suetonio se puede leer como una interpretación adriánica de la política augústea, como una recomposición de la historia.⁴¹

La decisión de Adriano de permanecer en Roma todo el 120 hasta entrada la primavera del 121, en contra, tal vez, de sus propias inclinaciones, no resulta sorprendente. Según una hipótesis, lo hizo simplemente para asegurarse de que su posición fuera incuestionable. Dicho de otra manera, su decisión permitiría a Roma beneficiarse de la presencia imperial, al fin y al cabo, Trajano había dejado la capital para siempre a comienzos del otoño del año 113, y en los cuatro años siguientes no se había visto en Roma a ningún miembro de la familia imperial, y a ningún emperador durante casi cinco. Pero, tanto en la capital como de viaje, no faltaba el trabajo. Se han conservado tres de sus respuestas a peticiones de los griegos durante esos años. La *Gerusia* de Éfeso, una corporación de ancianos encargada de proteger el santuario de Artemis, manteniendo las tradiciones de Éfeso y administrando los fondos ligados a los cultos, había tenido dificultades para recuperar cierto dinero. El procónsul de Asia para el año 119-120, Mettius Modesto, falló a favor de la *Gerusia*, pero sus miembros enviaron, aun así, un embajador a Adriano. El emperador se limitó a declarar que aprobaba la decisión de Modesto y envió una copia de la resolución de la corporación al nuevo procónsul Cornelio Prisco, «quien nombrará a alguien para recaudar en futuros casos los fondos debidos».⁴²

Una respuesta del año 121, citada posteriormente en un informe sobre cierta disputa por una propiedad en Tebtunis, Egipto, demuestra que los casos que se le enviaban para resolver podían llegar a exasperarle. Adriano había res-

pondido ya con anterioridad, pero se volvió a apelar a él. «El otro día, sin ir más lejos, respondí que mi decisión os sería de ayuda; pienso, además, que Filotera, al ser una mujer de buena posición y de la que tengo un conocimiento sumamente favorable, no os va a causar ninguna injusticia, sobre todo porque sabe que la propiedad injusta carece de validez». Al llegar a ese punto se manifiesta la impaciencia de Adriano: «pero pretendéis cargarme con asuntos que no están en discusión».⁴³

El tercer caso fue un asunto que Adriano habría considerado, de todos modos, de mayor interés y lo habría tratado con simpatía, si los solicitantes hubieran apelado a él directamente. En cualquier caso, difícilmente podía negarse a considerarlo, pues los demandantes, la escuela de filosofía epicúrea de Atenas, habían conseguido la mediación de la emperatriz viuda. Su carta a Adriano, con la respuesta de este, ambas en latín, junto con la de Plotina dirigida a la escuela y escrita en griego, fueron grabadas en placas de mármol del Pentélico. «Sabéis muy bien el interés que siento por los seguidores de Epicuro, mi señor», comenzaba Plotina. La dirección de la escuela se traspasaba mediante testamento de su titular. Pero daba la casualidad de que la sucesión había quedado restringida a ciudadanos romanos, lo que, a primera vista, era una situación sorprendente; al fin y al cabo, Atenas era una ciudad libre. Es de suponer que habría habido buenos motivos para dictar aquella norma. El director de entonces, un tal Popilio Teótimo, había pensado como sucesor suyo en un individuo que no poseía esa ciudadanía, o al menos quería ser libre para elegir a una persona así y redactar su testamento en griego. Adriano accedió a todos los detalles: el propio Teótimo y los futuros directores de los epicúreos tendrían libertad para elegir sucesor, al margen de su ciudadanía.

Plotina envió la correspondencia acompañada de una efusiva carta adjunta: «Plotina a todos sus amigos. Salud. Tenemos lo que tanto ansiábamos conseguir». La escuela podía ser presidida por un heleno o por un romano. «Esta estupenda concesión nos crea una deuda de agradecimiento con quien es, en realidad, benefactor y protector de toda cultura y, por tanto, un emperador sumamente merecedor de reverencia y muy querido para mí en todos los sentidos, como guardián excelente y como hijo leal». Plotina hacía hincapié, a continuación, en que no se debía abusar del privilegio y en que el sucesor escogido debía ser la mejor persona, y no simplemente alguien que le cayera bien al titular. Aunque resulte difícil definir sus auténticas convicciones, es probable que la filosofía del «huerto» tuviera algún atractivo para el propio Adriano. Según la *HA*, dos de sus amigos fueron filósofos; uno, el anciano Epicteto, un estoico (de tendencia cínica), a quien probablemente había conocido bastante antes; el otro, un tal Heliodoro. Hay problemas sobre la identi-

dad de este segundo, pero parece al menos muy probable que fuera un epicúreo mencionado cuatro años después en otro documento ateniense de esta escuela, tras una nueva carta enviada por Adriano. Pero el emperador no conoció, quizá, a Heliodoro el epicúreo hasta su llegada a Atenas el 124. Es evidente que Plotina misma era devota del Huerto. Su griego «está plagado de sustantivos terminados en “-ma”, característicos del estilo del propio Epicuro». ⁴⁴

En las «*sententiae* de Adriano», una antología para escolares que contiene una docena de sus respuestas a solicitantes acompañada de una traducción al griego, se ha conservado otra carta enviada supuestamente por el emperador a Plotina. Varias de las misivas nos muestran a Adriano ocupándose de problemas familiares, como corresponde a un manual de escuela. La última nos lo presenta recordando con seriedad a un hijo el deber de honrar a su madre. «Si no reconoces a esta mujer como tu madre, yo no te reconoceré como ciudadano romano», concluye, y añade algunos detalles sobre el terrible castigo previsto para los parricidas. En una de las versiones se adjunta sin más una carta de Adriano a Plotina como para ilustrar la piedad filial del emperador. Se trata de una invitación a una cena el día de su cumpleaños. De ser auténtica, solo podía referirse al 24 de enero del 120 o 121. (Adriano había celebrado los grandes juegos ese mismo día del año 119.) El emperador saluda a su «excelente y queridísima madre»:

De la misma manera que tú diriges a los dioses muchas oraciones por mí, así también les rezo yo mucho por ti. Tu piedad y dignidad pueden conseguirlo todo. Pero me siento contento, por Hércules, de que todo cuanto hago te agrade y obtenga tus elogios. Sabes, madre, que hoy es mi cumpleaños y deberíamos cenar juntos. Por tanto, si lo deseas, ven con tiempo después del baño con mis hermanas, pues Sabina se ha marchado a la villa, aunque ha enviado un regalo. Asegúrate de llegar temprano para que podamos festejar juntos.

Solo la referencia a Sabina—aparte de la inclusión de la carta en las *sententiae* adriánicas—identifica a Adriano como autor del mensaje y, por deducción, a su madre adoptiva como destinataria. No podemos ir más allá de las meras conjeturas respecto a la manera en que se transmitió una carta privada como esta, si es que es auténtica, es posible que su transmisión se deba a Flegonte, el liberto de Adriano, un escritor prolífico; o, tal vez, Suetonio, el secretario *ab epistulis*, aprovechó la oportunidad de sacar una copia y la incluyó en alguno de sus numerosos ensayos. (Se sabe con seguridad que se sirvió de varias cartas estrictamente privadas escritas por Augusto.) La referencia a unas «hermanas» ha sido interpretada como un signo de que el escrito es una obra de ficción, pues solo

existen testimonios firmes de la existencia de una única hermana, Paulina, esposa de Serviano. Pero si Paulina, la madre auténtica de Adriano, enviudada muy pronto, se casó de nuevo, el emperador pudo haber tenido hermanastras. Por lo demás, el término «hermanas» podía referirse a Paulina la joven y Matidia, cuñada de Adriano, en pleno vigor por aquellas fechas (y que vivió cuarenta años más). La devoción personal de Adriano hacia la mayoría de las mujeres de su familia era, sin duda, suficientemente genuina, aunque no abarcara ya a su esposa—su retiro en «la villa», quizá en Tibur, y su ausencia de la fiesta de cumpleaños podrían entenderse como un signo de la autenticidad de la carta. Podríamos conjeturar, incluso, que si el hecho se produjo el 24 de enero del 120, Sabina guardaba aún luto por Matidia, su madre.⁴⁵

Al margen de los sentimientos personales de Adriano, eran importantes los honores públicos tributados a la madre de Sabina. El funeral y la consagración de Matidia a finales del año 119 fueron seguidos por la construcción de un importante templo en una parte prominente del Campo de Marte, adyacente a las *Saepta Julia*. Era la primera vez que se erigía un templo dedicado exclusivamente a una *Diva*; además, estaba flanqueado por sendas basílicas que llevaban el nombre de la propia Matidia y de su madre, Marciana. Por otra parte, se seguía trabajando en las obras del gran templo de Trajano, entre el foro de este mismo emperador y la vía Lata.⁴⁶

Aquellas construcciones eran solo una pequeña parte de lo que Adriano había puesto en marcha durante su primera estancia en Roma. El programa de construcciones monumentales de Trajano, que había transformado el centro de la ciudad, se había rematado en gran parte para el 114. Eran muchas las consideraciones favorables a la reanudación de la actividad constructiva. Se trataba del medio tradicional al que recurrían los soberanos para ganarse el favor y el agradecimiento de su pueblo. Los proyectos grandiosos podían proporcionar empleo a miles de personas, no solo humildes jornaleros, sino también artesanos y empresarios, además, podían beneficiarse de ellos miembros de la elite dirigente. Los tejares que suministraban las enormes cantidades de materiales requeridos se hallaban en torno a Roma, en terrenos propiedad de esas personas, cuyos nombres aparecen estampados en los ladrillos. Un caso notable es el de Rutilio Lupo, más tarde prefecto de Egipto; otro, el de Platorio Nepote, amigo de Adriano. A su vez, la familia de Domicia Lucila, la nuera de Anio Vero, no había dejado de enriquecerse durante más de medio siglo gracias a los proyectos constructivos de Nerón, los Flavios y Trajano.⁴⁷

Se necesitaban nuevos edificios para las personas recién divinizadas. Pero también hacían falta reparaciones y restauraciones. En particular, el Campo de Marte, adornado con grandes monumentos bajo Augusto y los Flavios, cons-

tituía un objeto de atención muy apropiado; además, seguía estando expuesto a inundaciones y se había emprendido una gran obra para consolidar los muros de canalización del Tíber. Adriano optó por un planteamiento que podríamos calificar de ostentosamente modesto. El biógrafo de la *HA* pone de relieve que, «aunque se le debe la construcción de un sinnúmero de edificios en todas partes, nunca hizo que se inscribiera en ellos su nombre, a excepción del templo de su padre Trajano». Esta afirmación exagera un tanto el comediimiento de Adriano, pero vale, sin duda, para la espléndida reconstrucción del Panteón, próximo al templo de Matidia. El Panteón «restaurado» fue, en realidad, una estructura completamente nueva, mucho mayor que el original, y una obra de inteligencia arquitectónica sin parangón. Sin embargo, la inscripción colocada en él siguió atribuyendo el mérito al hombre que edificó el templo original, M. Agripa, tres veces cónsul y yerno de Augusto. Los *Saepta Julia* y los cercanos baños de Agripa se consignan así mismo como construcciones consagradas por Adriano bajo los nombres de sus iniciadores.⁴⁸

Los trabajos de restauración realizados tanto en Roma como en otros lugares, sirvieron a Adriano para reavivar la memoria de Augusto y vincularse a su nombre. El carácter augústeo del Campo de Marte, en el norte de la ciudad, señalado en particular por el mausoleo de Augusto y el *Ara Pacis*, fue mantenido respetuosamente pero quedó realzado gracias al programa de renovaciones de Adriano. También se realizaron algunas obras en el Foro de Augusto. Además de todas estas consideraciones, es indudable que semejante actividad sintonizaba notablemente con el carácter de Adriano. La arquitectura era una de sus pasiones, y el emperador tenía un plan especial propio. Los primeros meses del año 121, a más tardar, debió de haberse decidido a emprender una extensa gira por las provincias occidentales. El Senado y el pueblo no debían tener motivos de resentimiento al pensar que con su marcha descuidaba o desdénaba la Ciudad Eterna. Al contrario, Adriano demostraría al mundo que su devoción por Roma no iba a la zaga de la de ningún otro. Según la tradición, Rómulo había fundado la ciudad el 21 de abril, día en que se trazaron los sagrados límites, el *pomerium*. Casualidad o no, ese día, fecha del nacimiento de la ciudad, se celebraba un antiguo festival, los Parilia. Monedas acuñadas el 121 proclamaban una novedad: «En el año ochocientos setenta y cuatro se han instituido juegos de circo para los Parilia en el aniversario de la ciudad». El *natalis urbis* iba a ser una fiesta mayor. Además, Roma misma tendría su propio templo, compartido con la divina antecesora del pueblo romano. Una nueva coincidencia fue que el 21 de abril se celebraba el nacimiento del segundo rey de Roma, Numa Pompilio. Hay signos de que a Adriano le gustaba ser comparado con Numa, el sucesor pacífico del guerrero Rómulo. En cuanto al *pome-*

rium, solo se amplió, según la tradición, cuando se extendieron las fronteras de la República. Trajano no había ordenado una ampliación, aunque podría haberlo hecho con buenas razones tras la anexión de Dacia y Arabia. El 121, Adriano había restaurado solemnemente la anterior demarcación del *pomerium* colocando varios mojones con inscripciones. Era una señal clara de que el Imperio iba a mantenerse dentro de los límites existentes; el emperador haría poco después que aquellos límites fueran más claros y perceptibles de lo que lo habían sido hasta entonces.⁴⁹

El templo se levantaría en un recinto amplio al este del foro, dominando la vía Sacra sobre una gran plataforma, y se extendería justo detrás del arco de Tito, con sus relieves que glorificaban el saqueo de Jerusalén, para llegar casi al Coliseo, el gran anfiteatro flaviano. El nuevo templo quedaría realzado por sus cuatro lados, y al acoger a dos diosas, Roma y Venus, miraría en dos direcciones, con veinte columnas en cada uno de sus lados largos. Su construcción iba a requerir varios años; el propio inicio de las obras tendría que aguardar a la realización de prolijos preparativos. Para empezar, había que desplazar el Coloso de Nerón a fin de dejar sitio a los cimientos del templo. El biógrafo de la HA, que escribía de forma descuidada y precipitada, se olvidó de mencionar el proyecto más ambicioso de Adriano, pero transmitió un detalle. Decriano, el arquitecto, movió el Coloso—de más de 30 metros de altura—con la ayuda de veinticuatro elefantes suministrados por el emperador. El Coloso se había adaptado tras la caída de Nerón y, en vez de a su odiado creador, representaba al dios Sol. Luego, prosigue la HA, Adriano encargó a Apolodoro, el principal arquitecto de Trajano, que hiciera una estatua similar de la diosa Luna.⁵⁰

No se sabe si Apolodoro respondió a la petición. Él y Adriano no mantenían, según se decía, buenas relaciones desde que el arquitecto ofendió al joven futuro emperador con un comentario sarcástico cuando trabajaba para Trajano en la remodelación de Roma. Dión afirma que Apolodoro había sido desterrado tras la subida de Adriano al trono, y que aún le ocurrieron cosas peores. Esta alarmante segunda parte se haría realidad algunos años después, una vez concluido el nuevo templo. La historia forma parte de un modelo expositivo que tiene su contrapartida en una serie de anécdotas de la HA sobre el trato celoso y vengativo dado por Adriano a sus amigos en los últimos años de su vida. Aquí nos bastará con observar que Dión cuenta la historia de Apolodoro como ilustración de la intensa ambición de Adriano por sobresalir en cualquier arte y ciencia. No podemos dudar de esa característica, pues la HA ofrece una lista de sus múltiples talentos, y los celos que sentía de los especialistas en cualquier materia. Bastará con señalar que Dión creía que el diseño del templo era del propio Adriano, cosa bastante verosímil.⁵¹

Sin embargo, en el momento de la proclamación del nuevo festival de los Parilia para el 21 de abril, el templo no había salido todavía de la mesa de dibujo. Es probable que Adriano pensara que, de momento, había hecho por Roma cuanto había podido: monedas del año 121 proclamaban una nueva Edad de Oro, «Saec[ulum] aur[eum]». La leyenda de la moneda estaba personificada por la figura de Eón, cuyo nombre significa 'eternidad', simbolizada también por el Sol y la Luna. Ahora Adriano podía dirigir su atención a las provincias y las fronteras; además, había que reeducar al ejército para que llevara a cabo su nuevo cometido.⁵²

A LA FRONTERA GERMÁNICA

Adriano marchó a las provincias poco después, probablemente, del nuevo festival de los Parilia. La fecha exacta es objeto de conjetura. Ni siquiera las monedas anuncian una *Profectio Augusti*. En cualquier caso, la ausencia de Adriano de Italia durante el 121 está indicada por inscripciones de ese año que le dan el título de procónsul, práctica iniciada por Trajano como muestra de cierto tipo de republicanismo o tradicionalismo. Su destino, no obstante, no se presta a dudas: «Luego, partió para las provincias de la Galia», declara enfáticamente el biógrafo de la HA. Allí prosiguió su campaña de popularidad desplegada en Roma durante los tres años anteriores: «Socorrió generosamente a todas [las provincias o comunidades de la Galia]».¹

Sin embargo, ese «luego» no es muy útil para la cronología: la frase anterior se refiere a los honores póstumos dedicados a Matidia, concedidos a finales del 119. En el apartado se silencia la actividad de Adriano en Roma en los años 120 y 121 y no se dice tampoco nada más sobre las provincias de la Galia—la idea de que navegó de Ostia a Massilia (Marsella) y subió a continuación por el valle del Ródano, no pasa de ser una suposición bien fundada. En cualquier caso, las monedas conmemorativas acuñadas doce años después, además de indicar su llegada a las Galias dedican a Adriano el apelativo de «restaurador» (*restitutor*). La personificación de la Galia, arrodillada ante el emperador, aparece vestida con un ropaje largo, un *chitōn*, prenda común en todo el Mediterráneo, y no con el manto celta, el *sagum*. La mayoría de las monedas con la leyenda «restitutor» la muestran con el cuerno de la abundancia y tocada con una corona mural; algunas la presentan con casco, y en otras porta lanza y espada; en una presenta una rama de olivo al emperador. «De allí—de las Galias—pasó a Germania», prosigue el biógrafo, que inicia seguidamente una prolíja exposición del nuevo plan de Adriano para el ejército.²

No hay duda de que su auténtica meta era Germania y Britania. Adriano deseaba organizar personalmente las provincias noroccidentales y tenía planes para las fronteras. Al año siguiente, al regresar de Britania, pasaría unos meses en las Galias. No hay, pues, motivos particulares para suponer que pasó el invierno en Lugduno (Lyon) y esperó a la primavera del 122 para continuar ha-



Fig. 9. Adriano en marcha: la galera imperial (*BMC III Adriano*, n.º 1.295).
Museo Británico.

cia el norte, hasta el Rin. Veinte años antes, siendo joven, había pasado un invierno en Mogunciaco (Maguncia) y, luego, en la Colonia Agripinense (Colonia). Es posible que el 121-122 internara en la frontera. Se podría sostener que esta hipótesis está apoyada por una referencia de Dión donde se dice que soportó «las nieves germánicas».

Había mucho que inspeccionar; sus planes incluían, al parecer, no solo las dos provincias germánicas, sino también Recia y el Nórico, las pequeñas provincias del Danubio superior. Es bastante probable que tuviera ya pensado terminar con una visita a Hispania y a las provincias del norte de África—un reconocimiento de la parte latina restante del Imperio—, completando así la realizada el 118. Podía sentirse seguro de que, en su ausencia, Roma se hallaba en manos seguras. De los dos prefectos de la Guardia, su amigo Turbón permanecería en la capital: solo así se garantizaría el orden. El prefecto de la ciudad, cuya tarea era también la salvaguarda de la paz, podría mantener al Senado en calma. Esta segunda persona era Annio Vero, cónsul por segunda vez aquel año, un hombre tranquilo y firme cuya red de alianzas matrimoniales reforzaba, sin duda, su influencia; además, era de origen hispano y tenía algún parentesco con Adriano. Su familia crecía: cinco días después de los Parilia,

nació un nieto de Vero a quien se impusieron los nombres de este. Aquel niño sería el futuro Marco Aurelio.³

Adriano llevaba, sin duda, un séquito numeroso. Septicio Claro, prefecto de la Guardia, al mando de algunos pretorianos, se hallaba desde luego con él. Se esperaba que aquel hombre de aficiones literarias fuera un grato compañero de viaje, al igual que Suetonio Tranquilo, el secretario primero, que, según podemos suponer, aceptó gustoso la oportunidad de conocer la región del Rin. Al fin y al cabo, aunque ya había concluido, probablemente, sus *Vidas* de César y Augusto, dedicadas a Septicio, estaría trabajando en ese momento en las siguientes entregas, y varios de los césares siguientes habrían intervenido en Germania y Britania. También la emperatriz formaba parte de la comitiva, al menos la HA informa de su presencia en Britania el año siguiente junto con los dos altos funcionarios mencionados. Las fuentes literarias o epigráficas no han conservado con seguridad ningún otro nombre. Pero una inscripción de Olimpia da a M. Atilio Bradua el calificativo de *comes* de Adriano. Bradua, coetáneo, probablemente, del emperador, había sido gobernador de una de las provincias germánicas y, luego, de Britania, en la parte final del reinado de Trajano. En aquella gira habría sido un asesor idóneo. Solo podemos conjeturar otros posibles miembros del grupo. Los hermanos Neracio marcharon, quizá, hacia el noroeste con Adriano: Prisco había sido gobernador de Germania Inferior veinticinco años antes; y Marcelo, de Britania, unos años atrás. Adriano pudo haberse llevado consigo a uno de sus cuestores. Es más probable que al menos uno se quedara en Roma para leer en alto sus cartas al Senado. No obstante, se permitió a un cuestor viajar con otro rumbo. Minicio Natal el Joven acompañó a Cartago a su padre, el nuevo procónsul de África, para servir allí como legado.⁴

Mogunciaco (Maguncia), con el fuerte de la legión XXII Primigenia, residencia del gobernador de Germania Superior, tiene bastantes posibilidades de haber sido la base desde donde Adriano pudo emprender su inspección de la frontera. Es posible, desde luego, que prefiriera quedarse en la Colonia Agripinense con su amigo Platorio Nepote, gobernador en ese momento de Germania Inferior. Pero estaba previsto que, al concluir aquella parte de su gira, Adriano marchara a esa provincia, desde donde cruzaría luego a Britania. Desde Mogunciaco podía haberse desplazado con facilidad al interior de las tierras situadas al este del Rin, los *Agri Decumates*, para inspeccionar las instalaciones fronterizas. El *limes*, fijado por primera vez al norte del Meno por Domiciano hacía casi cuarenta años, tras su guerra contra los catos, había incluido una llanura fértil, el Wetterau, frente a Mogunciaco. Al principio, la frontera había sido poco más que una franja de tierra desbrozada, con una serie de torres de señales a lo largo. Trajano había ordenado que algunos de los regimientos de

auxiliares se desplazaran desde el interior hasta el propio *limes*. Tácito no estaba dispuesto a contar entre los pueblos de Germania a los agricultores de los «Agri decumates» ('Campos sujetos a diezmo')—habían sido reclutados entre los aventureros indigentes de la Galia y se asentaron en una zona que fue tierra de nadie. En aquel momento, «una vez trazado el *limes* y tras haber desplazado las guarniciones hacia el interior, se habían convertido en una avanzada del Imperio y formaban parte de la provincia».

De hecho, la frontera de Roma se proyectaba en ese punto de forma irregular: el objetivo era, seguramente, tener a los catos al alcance de la mano al otro lado del Taunus y el Vogelsberg. El feraz Wetterau, salpicado ya de granjas establecidas por los descendientes de aquellos aventureros de procedencia diversa, podía suministrar tropas. Más al sur, la línea de fuertes corría siguiendo el Meno, que formaba frontera a lo largo de unos 48 kilómetros. Luego, el *limes* atravesaba las colinas boscosas del Odenwald hasta el valle del río Nícer (Neckar), por donde continuaba nada menos que hasta Grinario (Köngen) dominando un amplio panorama de las cuencas del Neckar y el Lauter. En ese punto, la dirección giraba hacia el este, o más bien hacia el nordeste, para encontrarse con la frontera entre Germania Superior y Recia, justo al otro lado de Lorch. Desde allí avanzaba otros 160 kilómetros, curvándose gradualmente hacia el sudeste para alcanzar el Danubio en Abusina (Eining), a unos pocos kilómetros al oeste de Castra Regina (Ratisbona).⁵

Aunque la red de torres de vigilancia y fuertes establecidos en tiempos de Domiciano y Trajano era ya una frontera de eficacia reconocida y no se percibían signos de amenaza militar por parte de los germanos libres, Adriano introdujo un cambio sorprendente. El límite del Imperio se habría de marcar con una empalizada ininterrumpida formada por postes altos de roble partidos por la mitad, con la cara plana hacia el exterior y reforzados con maderos transversales. El plan suponía una importante actividad para los Ejércitos de Germania Superior y Recia. Había que talar miles de árboles, transportarlos hasta la frontera y levantarlos con cuidado. Probablemente se tardó algunos años en completar toda la línea. La *HA* no menciona la empalizada en su relato de la visita de Adriano a Germania, dedicado únicamente a la reforma de la disciplina militar impuesta por el emperador. En cambio, unas pocas páginas más adelante, afirma de manera general que «en aquel momento, y a menudo también en otros, deslindó los territorios de los bárbaros en muchos lugares, donde no están separados por ríos sino mediante *limites*, con unos postes altos introducidos en el suelo y unidos unos a otros formando una especie de muralla». Es inevitable deducir que quien ordenó la erección de la empalizada fue Adriano, aunque no se haya demostrado que ninguna de sus secciones per-

tenezca a su reinado. También es objeto de conjetura la altura del vallado fronterizo imperial, que podría haber alcanzado los tres metros.⁶

Como barrera militar, la empalizada poseía, sin duda, un valor limitado. Otra cosa es su significado simbólico. Para los bárbaros, delimitaba el Imperio con mayor claridad que antes. La idea que los romanos se hacían de ella era, quizá, de importancia igual o, incluso, mayor. Fue, sin duda, el medio del que se sirvió Adriano para dejar claro que la política expansionista había llegado realmente a su culminación. De ese modo se enterraba inequívocamente la ideología de un «Imperio sin fronteras», inmortalizada por Virgilio mediante la promesa divina de un *imperium sine fine*, sin final en el tiempo o en el espacio. Para todos los admiradores de las medidas expansionistas de Trajano aún vivos constituía una señal clara de que el Imperio quedaba definido con precisión: hasta allí y ni un paso más. Tácito, al escribir por aquellas fechas su historia de Tiberio, se queja en relación con este asunto.

Nadie debe comparar mis *Anales* con la obra de quienes relataron las antiguas hazañas del pueblo romano. Ellos pudieron hablar de grandes guerras, conquistas de ciudades, reyes vencidos o prisioneros [...] mi tarea, en cambio, es angosta y sin gloria. La paz se mantuvo inalterada—o apenas perturbada—, la vida política de la ciudad languidecía y el príncipe no mostraba interés por extender el Imperio.

El comentario final, cuatro palabras cargadas de desdén, «*princeps proferendi imperii incuriosus*», podía haberse aplicado fácilmente tanto a Tiberio como a Adriano. Al llegar al reinado de Claudio, Tácito recordaría cómo este amonestó al gran Corbulón, que planeaba colocar guarniciones romanas al otro lado del bajo Rin. «Los antiguos generales romanos eran personas afortunadas», fue el lacónico comentario de Corbulón. En vez de desplazar hacia adelante los límites del Imperio, puso a sus hombres a cavar un canal de treinta y siete kilómetros entre el Mosa y el Rin. Aquello mantuvo a las tropas ocupadas.⁷

Aparte de cualquier otro fin práctico o simbólico que pudiera tener como línea fronteriza, la empalizada de Adriano era también un medio de mantener a los soldados activos y en forma. El emperador tenía además entre manos un plan para convertir los fuertes y torres de señales hechos de madera en construcciones de piedra, proyecto iniciado ya durante el reinado de Trajano. El biógrafo de la HA dedica un espacio considerable a las medidas de Adriano para restablecer la disciplina militar. En realidad, se trata del único tema mencionado en relación con su estancia en Germania en aquellas fechas. «Aunque ansiaba la paz más que la guerra, entrenaba a los soldados como si esta fuera inminente». Su lema era dar ejemplo, más que órdenes, «e inculcarles el modelo de su propia

resistencia». Adriano llevó vida militar con los hombres, «comiendo gustoso a la intemperie la ración del campamento, tocino y queso con vino áspero».⁸

Sus modelos, explica el biógrafo, eran «Escipión Emiliano, Metelo y su propio padre, Trajano». Es totalmente probable que su fuente, Mario Máximo, tomara de la autobiografía de Adriano estos nombres y todo el apartado correspondiente al plan para restablecer la disciplina. Hay todo tipo de razones para suponer que Adriano habría trazado un cuadro así de su propia conducta; además, la cita de modelos republicanos respondía totalmente a su forma de ser, de la misma manera que había apelado a Catón para justificar su abandono de las nuevas provincias. Escipión se había hecho famoso como el hombre que destruyó Cartago, pero lo que sirvió de modelo a Adriano fue su comportamiento en su última campaña, la de Numancia. El gran general, al oír que el Ejército de Hispania era víctima de la pereza, la discordia y el lujo, se presentó acompañado de una pequeña escolta; sabía muy bien que nunca podría vencer al enemigo mientras no sometiera antes a sus propios hombres a una disciplina estricta. A su llegada expulsó del campamento a todos los comerciantes, prostitutas y adivinos, vendió todas las carretas y sus contenidos superfluos y limitó los utensilios de cocina a un espetón, una cazuela de latón y un vaso. La comida se redujo a platos cocidos con sencillez y asados, se prohibieron las camas y el general dio ejemplo durmiendo en paja. A continuación se impuso un riguroso programa de instrucción, se construían a diario campamentos nuevos, se excavaban trincheras profundas y se levantaban rampas elevadas, al día siguiente se demolían las construcciones y se rellenaban los fosos. En cuanto a Metelo, fue el cónsul del 109 a.C. que cambió las tornas en la guerra contra Yugurta (aunque al final fue Mario quien acabó llevándose el mérito de la victoria). También él tuvo que encargarse de un ejército débil y nada belicoso, incapaz de soportar el peligro o las penalidades, ajeno a cualquier disciplina o contención. Metelo no entró en combate hasta haber obligado a sus hombres a someterse a la antigua disciplina, la *disciplina maiorum*. Impidió que se vendiera pan o comida cocinada dentro del campamento, expulsó a los comerciantes, prohibió a los soldados tener un esclavo o un animal de carga en el campamento o en las marchas y «puso un límite estricto a otras prácticas similares».⁹

Adriano utilizó el palo y la zanahoria «concediendo recompensas a muchos y honores a unos pocos para conseguir que estuvieran a la altura de las condiciones más duras impuestas por él, pues, de hecho, se encargó personalmente de la disciplina del ejército que, después del César Octaviano, había ido decayendo debido a la negligencia de emperadores anteriores»—la frase *incuria superiorum principum* incluye una crítica a Trajano, a pesar de la afirmación de Adriano de que también su padre adoptivo era uno de sus modelos,



Fig. 10. Adriano en Occidente: «DISCIPLIN. AVG» (BMC III Adriano, n.º 1.484).
Museo Británico.

como Escipión y Metelo. Resulta significativa la invocación de «César Octaviano»: Adriano no tardaría en realizar un intenso esfuerzo por presentarse como un nuevo Augusto. Tras esa introducción, el biógrafo expone una serie de medidas concretas. Se regularon los servicios de los cuarteles generales (*officia*) y las cuentas. Nadie podía ausentarse del campamento sin la debida autorización. Los oficiales debían ganarse la aprobación por un comportamiento justo, y no por su popularidad. Adriano animó a los hombres con su ejemplo haciendo marchas de hasta treinta y dos kilómetros con armadura. Luego, a la manera de Escipión, llegó la purga: se demolieron comedores, pórticos, galerías cubiertas y jardines ornamentales. Aquella medida afectaría sobre todo a los oficiales, a quienes en concreto se prohibió también aceptar regalos de sus hombres. Es probable que se vetaran los uniformes de fantasía. Esto no se afirma explícitamente, pero el biógrafo informa a renglón seguido de que el propio Adriano solía vestirse con la mayor modestia, con un tahalí sin dorados y un broche sin joyas para su manto, y solo se permitió a regañadientes una empuñadura de marfil para su espada. En general, «eliminó cualquier lujo en todo a la vez que introducía mejoras en armas y equipamiento».¹⁰

Siguiendo una tradición muy asentada acerca de lo que constituía un

buen comportamiento en un general, procuraba visitar a los soldados enfermos. Su dictamen de que, en contra de la antigua usanza, nadie debía servir en el campamento a una edad menor de la requerida por el esfuerzo exigido recuerda una ley atribuida a Gayo Graco y dictada con idéntica finalidad. Adriano era, seguramente, consciente de ello. Añadió además que debía haber también un límite de edad superior, aunque no se especifica cuáles eran esos límites. Sus criterios para el nombramiento de centuriones y para las *militiae* de caballería fueron expuestos, al menos en términos generales: «No solía conceder el sarmiento [el emblema del grado de centurión] a nadie que no fuera de cuerpo robusto y buena reputación, y tampoco acostumbraba a nombrar tribuno a nadie que no tuviera barba, es decir, que no fuera de edad suficiente para asumir los poderes del tribunado con prudencia y madurez». (La «barba» es un recuerdo tácito de que el abandono del afeitado por parte de Adriano se había convertido ya en norma.) El biógrafo añade que el emperador «procuraba familiarizarse siempre con sus soldados y conocer sus unidades». En pasajes posteriores se informa de que «solía regalar caballos, mulas, uniforme, gastos y equipo completo a quienes nombraba para algún cargo», mientras que su capacidad de recordar los nombres de los veteranos licenciados por él se aduce como un ejemplo de su fenomenal memoria.¹¹

En esta sección dedicada a la estancia en Germania se registran otras medidas prácticas. «Solía elegir personalmente el emplazamiento de los fuertes», otra característica tradicional de los buenos generales, atribuida, por ejemplo, por Tácito a Agrícola como gobernador de Britania. Al mismo tiempo nos recuerda que por aquellas fechas se crearon nuevos fuertes. Finalmente, «se esforzó también con empeño en familiarizarse con los almacenes militares para poder subsanar cualquier posible deficiencia concreta. Pero más que ningún otro emperador, procuró no comprar ni mantener en ningún momento nada que no fuera útil».¹²

Los pasajes conservados del libro 69 de Casio Dión contienen una versión bastante menos detallada pero similar, en términos generales, de las «reformas militares» de Adriano. Dión debió de haberla tomado directamente de la autobiografía. Lo mismo que en la *HA*, aparece situada al comienzo de una sección que trata de las giras por las provincias, confirmando la impresión de que, de hecho, sus medidas se dieron a conocer por primera vez en Germania. Adriano «inspeccionó todas las guarniciones y fuertes. Trasladó algunos a lugares más adecuados, clausuró otros y estableció varios nuevos». Se vuelve a insistir en la «inspección personal» de Adriano «y en la investigación no solo de los aspectos militares habituales, armas, máquinas, zanjas, terraplenes y empalizadas, sino también de los asuntos privados de los soldados rasos y los oficiales,

sus vidas, sus viviendas y sus hábitos. Se suprimieron los lujos. Los hombres recibieron instrucción para todo tipo de combate; algunos obtuvieron honores; otros se ganaron reprimendas, y Adriano les mostró personalmente cómo se debía hacer todo, sentando ejemplo por medio de su vida austera y su renuncia a los carros de dos o cuatro ruedas, yendo a todas partes a pie o a caballo con la cabeza descubierta tanto entre las nieves de Germania como en el calor de Egipto». (La mención de Egipto muestra que Dión resumía toda la serie de viajes realizados: Adriano no visitó Egipto hasta casi diez años después de haber ido a Germania.) El resultado, según Dión, fue que, «incluso hoy» —es decir, cien años más tarde—, «las normas establecidas por él son el fundamento del servicio militar». El autor del *Epitome de Caesaribus* expresa a finales del siglo iv la misma opinión: a excepción de algunos cambios introducidos por Constantino, todavía seguían vigentes los *officia militiae* de Adriano. Vegetio, autor romano tardío de un tratado militar, comienza afirmando que entre sus fuentes sobre disciplina militar se hallan las «ordenanzas (*constitutiones*) de Augusto, Trajano y Adriano», y enumera, en concreto, la realización de marchas regulares de 16 kilómetros con toda la armadura tres veces al mes por parte de la infantería. La caballería debía recorrer una distancia similar practicando maniobras de persecución y retirada. Por lo demás, aparte de algunas innovaciones en las tácticas de caballería documentadas por Arriano en su tratado sobre el tema y de un cambio en el escalafón de los oficiales de esa misma arma, deducido de algunas inscripciones, esos son todos los testimonios existentes sobre las reformas introducidas por Adriano en el ejército. La tónica fue, sin duda, la insistencia en la práctica regular de instrucción y maniobras, además de la disciplina.¹³

Las cuestiones militares no fueron la única preocupación de Adriano, aun cuando las provincias donde se encontraba en ese momento estuvieran dominadas por el ejército. Adriano estuvo en el Nórico en alguna de sus etapas. En realidad, las monedas conmemorativas de la última parte de su reinado dan noticia no solo del ejército de esta provincia y del de Recia, sino, muy en concreto, de su *adventus* y, también, de las minas nóricas. Las monedas del *adventus* muestran al Nórico personificado, con la cabeza descubierta, vestido con una túnica corta y portando manto y estandarte (*vexillum*) militares. Adriano pudo haber dado, por supuesto, un rodeo y haber ido de Panonia al Nórico el año 118, pero parece verosímil suponer que visitó tanto Recia como el Nórico durante los años 121 o 122. Al menos, las monedas que ilustran su inspección del *exercitus Noricus* muestran a Adriano acompañado de un oficial de alto rango, seguramente el prefecto de la Guardia. Septicio Claro se hallaba con él el 121-122. El año 118 no llevó consigo, probablemente, ningún prefecto.¹⁴

No hay duda de que Adriano prestó cierta atención al Nórico, el reino de Nórico, como todavía se llamaba. Dos comunidades, Ovilava (Wels) y Cecio (St. Pölten) habían obtenido de Adriano la condición de poblaciones con carta de derechos, *municipium*. Es dudoso que hubiera tenido tiempo para ir al distrito meridional de las minas de hierro al que aluden los *metalla* de las monedas conmemorativas. En el teatro de Viruno (Klagenfurt), la localidad donde tenía su residencia el gobernador del Nórico y a la que Adriano acudió, seguramente, durante su estancia en esta provincia, se erigió una estatua del emperador. La principal ciudad rética, Augusta Vindelicorum (Augsburgo), ascendió de categoría bajo Adriano y pasó a ser un *municipium*. ¿Podría haber sido el propio emperador en persona quien le otorgó esa condición más elevada? Recia no está incluida en la serie numismática de los *adventus*, pero hay una moneda de su *exercitus*—la moneda no muestra a ningún prefecto de la Guardia al lado de Adriano, quien pronuncia su arenga montado a caballo. Da la casualidad de que el gobernador en funciones del Nórico por aquellas fechas, Claudio Paterno Clemenciano, era natural de Abudiaco (Epfbach), localidad de Recia—su ciudadanía romana se remontaba, probablemente, al momento de la anexión, conseguida por primera vez por Tiberio, hijo adoptivo de Augusto, que en ese momento era todavía un Claudio. Paterno pudo haber prestado algún servicio útil a Adriano unos años antes. Su primer puesto administrativo había sido el de procurador económico de Judea, y en cuanto tal había servido también como gobernador temporal de dicha provincia en sustitución del legado—posiblemente tras la destitución sumaria de Lusio Quieto en agosto del 117—. Censorio Níger, el hombre que sucedió a Paterno, era también del Nórico, de Flavia Solva (Leibnitz), en el sur de la provincia.¹⁵

Hay un simple indicio de que Arriano, el amigo griego de Adriano, se hallaba, quizá, con él. En una de sus obras, Arriano declara haber visto la confluencia del Inn y el Danubio cerca del fuerte que acabaría por ser conocido como Batava Castra (Passau), en las fronteras entre Recia y el Nórico. Arriano pudo haber estado allí, por supuesto, en un momento anterior de su carrera, quizá como oficial de caballería, antes de convertirse en senador. No obstante, resulta atrayente suponer que, durante su gira por el occidente celta, el emperador llevó, quizá, en su séquito al menos a un intelectual griego.¹⁶

Entre las actividades realizadas, no se descuidó tomar alguna medida cívica más modesta en la región. Al sur del Meno se creó una nueva *civitas* para los auderienses y se fundó una pequeña localidad (en Dieburg) como centro de aquel pueblo. Es posible que fuera este el momento en que comenzaron a existir las dos comunidades de la otra orilla del Meno, los taunenses, con su centro en Nida (Heddernheim, Frankfurt) y los mattiacos, cuya capital se hallaba en

Aquae (Wiesbaden). El único signo claro de la actividad llevada a cabo en este terreno de Adriano en Germania Inferior es más evidente: un asentamiento del territorio de los *canninefates*, próximo a un fuerte de la flotilla del Rin (*classis Germanica*) en el canal de Corbulón, adoptó el nombre de Foro de Adriano (Voorburg). Ello podría darnos una clave de sus desplazamientos e indicar que descendió siguiendo el curso del Rin hasta la costa del Mar del Norte, lo que le habría dado la oportunidad de visitar a los bátavos que ocupaban la isla del Rin, *insula Batavorum*, y entre quienes se reclutaban la mayoría de sus guardias montados. Los bátavos, «los más destacados por su valentía» entre todos los pueblos germanos, según había escrito Tácito, conservaron su antiguo privilegio de la exención de impuestos a cambio del servicio militar, a pesar de su importante sublevación de los años 69-70. Es también posible que fuera Adriano quien concedió el rango de *municipium* a la *civitas* de los tungros (Tungeren).¹⁷

La gira de Adriano por las provincias del Danubio Superior y el Rin concluyó en Germania Inferior. Quizá aprovechó la oportunidad de visitar también Bélgica. En la *Vida* de Calígula escrita por Suetonio, donde trata del lugar de nacimiento de este emperador y cita meticulosamente una afirmación de Plinio el Viejo según el cual había venido al mundo en el *vicus* de Ambitarvio, en territorio de Tréveris, aguas arriba de Confluentes (Coblenza), podemos espiar una alusión velada a que el cortejo imperial marchó siguiendo el Mosa. Suetonio no menciona haber estado allí personalmente ni haber inspeccionado los altares que, según dice, habían sido erigidos en aquel lugar «por el alumbramiento de un hijo de Agripina», tal como informa Plinio. Pero en páginas posteriores de *Los doce césares* hay otros dos indicios ligeramente más concluyentes de que Suetonio aprovechó su presencia en Renania. En la *Vida* de Claudio informa de que, al otro lado del Rin, había varios canales mandados excavar por Druso, padre del emperador, y que «aún hoy se siguen llamando canales drusinos». (Tácito solo conocía un canal de Druso.) Luego, hace constar que el futuro emperador Tito había servido como tribuno militar tanto en Germania como en Britania, alcanzando una gran fama, «según lo evidencian sus estatuas, todavía visibles en esas provincias». Se trata de una magra cosecha, desde luego; pero Suetonio tendía a citar libros o manuscritos vistos por él, más que lugares u objetos. En cuanto a Adriano, se reunió, en cualquier caso, con un antiguo amigo. Es de suponer que el gobernador de Germania Inferior, Platorio Nepote, se encontraba allí desde poco después de su consulado del año 119. En la última fase de su gira, si no antes, Adriano se habría hospedado con Nepote en el palacio del gobernador en Colonia Agripinense (Colonia), analizando sus planes para la siguiente etapa. Nepote iba a acompañarle a Britania sustituyendo a Pompeyo Falcón como gobernador.¹⁸

El recorrido de Adriano por las provincias germánicas se conmemoraría más de una década después en acuñaciones imperiales. La figura de Germania había sido una característica común de las monedas durante la juventud de Adriano, en especial en las emisiones de *Germania capta* de la década del año 80, con una figura cautiva que conmemoraba las victorias de Domiciano. También Trajano presentó a Germania en sus primeras monedas, pero ya no desmelenada y sumisa, en actitud de derrota, sino sedente, erguida y segura. La Germania adriánica aparece de pie, portando una larga lanza en una mano y sosteniendo en la otra su característico escudo hexagonal. Va vestida con una túnica larga, ajustada y sin mangas, que deja al descubierto un hombro y un pecho. El retrato responde exactamente a la descripción que da Tácito de la vestimenta de las mujeres germanas—«que no difiere en nada de la de los hombres, excepto en que el traje de las mujeres no suele tener mangas; llevan desnudos brazos y hombros, y descubierta una parte del pecho»—. En algunos casos, Germania viste el manto céltico (*sagum*). La única emisión de moneda del Ejército germano es similar a la de varios otros ejércitos: muestra a Adriano a caballo arengando a tres soldados.¹⁹



Fig. 11. Adriano en Germania «EXERCITVS GERMANICVS» (BMC III Adriano III, n.º 1.679). Museo Británico.

EL MURO DE ADRIANO

Tras haber transformado a los soldados de arriba abajo como lo habría hecho un rey, se dirigió a Britania, donde corrigió muchas cosas y levantó una muralla de 130 kilómetros—fue el primero en hacerlo—para separar a los bárbaros de los romanos.

Así relata el biógrafo de la *HA* el viaje del año 122.¹ Britania había sido incluida, sin duda, en el programa de Adriano muchos meses antes de que el emperador llegara a la isla. Solo la *HA* registra explícitamente tanto la visita como su principal resultado, la construcción de una muralla «para separar a los bárbaros de los romanos». También recoge algunas anécdotas en el contexto del viaje británico y, más adelante, cita la alusión del poeta Floro al «paseo» del emperador «entre los britanos». Pero hay también pruebas documentales de la estancia de Adriano en Britania. Monedas posteriores conmemoran la propia provincia, el *adventus Aug. Britanniae*, y representan al emperador arengando al *exercitus Britannicus*. Otras monedas con la leyenda «exped[itio] Aug[usti]» se pueden referir también a su empresa en Britania. Dos inscripciones nombran específicamente la «expedición británica». Una honra a T. Poncio Sabino, un oficial que tomó tres mil hombres de refuerzo de la legión VII Gemina de Hispania y de las dos legiones de Germania Superior para una *expeditio Britannica* que solo puede ser la de Adriano. La otra documenta que M. Menio Agripa fue «escogido por el divino Adriano y enviado a la expedición británica» como tribuno de la primera cohorte de hispanos. Finalmente, un documento recién descubierto en uno de los fuertes fronterizos indica que alguien estacionado allí esperaba presentar una solicitud al emperador cuando llegase a inspeccionar o inaugurar su nueva muralla.²

Al iniciarse el reinado habían surgido en la provincia problemas a los que la *HA* se refiere escuetamente con la observación de que «no era posible someter a los britanos al dominio de Roma». Adriano había enviado a Pompeyo Falcón a Britania desde Mesia Inferior y es de suponer que este había restablecido la situación, pero solo después de que los romanos sufrieran graves pérdidas. La figura de Britania en monedas datables en los años 119-120 solo puede aludir a estos combates. Al cabo de poco más de cuarenta años, el orador



Fig. 12. Adriano en marcha: moneda «EXPED. AVG.» (BMC III Adriano, n.º 1.313).
Museo Británico.

Cornelio Frontón se refirió de pasada al gran número de soldados muertos por los britanos en tiempos del emperador Adriano. Según una idea común, toda la legión Novena, la IX Hispana, había sido borrada del mapa.³ La última noticia fechada de la Novena en Britania nos la muestra construyendo un fuerte en Eburaco (York) el año 108. Sin embargo, han salido a la luz otros testimonios que hacen pensar que la legión habría sobrevivido: resulta difícil datar el servicio de varios oficiales en ella antes de la década del 120. Quizá se hallaba interviniendo lejos de Eburaco, en Luguvalio (Carlisle) o en sus proximidades; además, una parte de la misma pudo haber sido transferida a Noviomago (Nimega), en Germania Inferior.⁴

Sea cual fuere la verdad sobre la ubicación de la IX Hispana el año 122, Adriano decidió llevar a cabo un cambio importante. Otra legión, la VI Victrix, debería desplazarse desde Germania Inferior, desde su base en Vétera (Xanten), junto al Rin, para unirse a la guarnición de Britania. Aquella legión formaba parte del ejército mandado por Platorio Nepote, amigo de Adriano. En ese momento Nepote iba a suceder a Falcón en Britania. El traspaso de poderes se había realizado como mucho el 17 de julio del año 122. Es probable que Adriano atravesara el Canal con Nepote y la Sexta Legión el mes de junio. Los

destacamentos mandados por Poncio Sabino habían ido, tal vez, por delante. El comandante de la Sexta era, evidentemente, P. Tulio Varrón, natural de Tarquinios, en Etruria. El hermano de Varrón, adoptado en la familia hispana de los Dasumios, había sido colega de Adriano en el consulado el año 119. Varrón había mandado ya una legión, la XII Fulminata, en Capadocia. Por casualidad, conocemos el nombre del tribuno senatorial de la Sexta Legión en esas fechas. Al cabo de más de cincuenta años, M. Poncio Leliano fue honrado con una estatua en el Foro Trajano. En el pedestal se enumera su larga carrera, a partir del puesto de «tribuno militar de la legión VI Victrix, con la que pasó de Germania a Britania».⁵

Falcón y sus oficiales y los procuradores imperiales debieron de haber realizado de antemano enormes esfuerzos logísticos previos a la visita imperial. Había que aposentar a más de cinco mil hombres de la VI Victrix y a los tres mil legionarios de Hispania y Germania Superior. Un destacamento de la Guardia Pretoriana, junto con los Guardias Montados y todo el cortejo imperial, requería igualmente alojamiento en una serie de probables lugares de etapa a lo largo de la provincia. También se hallaban allí la emperatriz Sabina, el prefecto de la Guardia Septicio Claro y el primer secretario Suetonio Tranquilo con otros funcionarios y cortesanos de diversas categorías. No hay registro cierto de los senadores que acompañaron a Adriano como *comites* en aquella gira por occidente, pero se pueden proponer dos nombres: Neracio Marcelo y Atilio Brauda. Marcelo había sido gobernador de Britania veinte años antes, cuando nombró a Suetonio para un tribunado militar por recomendación de Plinio. Suetonio, sin embargo, había renunciado al cargo antes de tomar posesión de él. Neracio es la persona con mayores posibilidades de ser el Marcelo descrito como amigo íntimo de Adriano. En cuanto a Bradua, era exactamente coetáneo del emperador, había sido también gobernador de Britania en la última parte del reinado de Trajano y se sabe que fue *comes* de Adriano durante un tiempo.

La presencia de Sabina parecía, sin duda, aconsejable. Por de pronto, aunque ella y Adriano se odiaran ya mutuamente—o más bien por ello—, de haberla dejado en Roma, podría haber constituido una amenaza, el foco de una posible intriga. Aunque Marcio Turbón y el resto de la Guardia permanecían en la capital con el sólido Annio Vero como prefecto de la ciudad para sujetar con mano firme al Senado y la plebe, un intento de golpe de Estado seguía pareciendo, quizá, una posibilidad real.⁶

La HA afirma que Adriano «corrigió muchos abusos en Britania» y «resolvió allí algunos asuntos». No está atestiguada de manera explícita su presencia en ningún lugar concreto de la isla, fuera de la línea del muro. Tampoco

co sabemos dónde embarcó: un puerto posible es Gesoriaco (Boulogne), la base principal de la *classis Britannica*, pero es perfectamente posible que partiera de la desembocadura del Rin, subiera costeando hasta el Humber y navegara rumbo a Eburaco, o que marchara, en realidad, directamente hasta el Tyne. El cambio de nombre del asentamiento de Voorburg como Foro de Adriano podría parecer un indicio de su presencia cerca de la desembocadura del Rin. Pero, fuera cual fuese el puerto del que partió, podemos imaginar que él y Nepote llegaron primero a Londinio (Londres), sede del Gobierno, para alojarse en el palacio del legado a orillas del Támesis, donde podrían haber dejado a Sabina y otros miembros de su grupo, como Suetonio. Desde allí, la emperatriz y su séquito prefirieron, quizá, trasladarse a otro lugar, por ejemplo a Aquae Sulis (Bath), el principal balneario de la provincia.⁷

Suetonio dejaría algún que otro indicio de las observaciones personales realizadas durante su visita. Después de cuarenta años de la muerte de Tito, todavía se podían ver numerosas estatuas de aquel emperador tanto en Britania como en Germania, según informaba en *Divus Titus*. No hay duda de que seguiría afluyendo correspondencia abundante de todas partes del Imperio. Durante la estancia de Adriano en Germania o Britania debió de haber llegado, por ejemplo, una carta del procónsul de Asia, Licinio Silvano Graniano: el consejo provincial había intentado persuadirle para que hiciera algo con los cristianos. Graniano pedía a Adriano unas directrices; pero, para el momento de su redacción, la respuesta llegó a manos de un nuevo procónsul, Minicio Fundano. Como secretario *ab epistulis*, Suetonio debía ocuparse de un cúmulo de cartas de todo tipo. Pero, en aquel caso, se encontraba casualmente en una posición insólitamente buena para ofrecer a Adriano algún consejo, pues hacía poco más de diez años se hallaba con Plinio en el Ponto cuando este escribió su famosa solicitud a Trajano acerca de los cristianos.

Un texto de la carta de Adriano a Minicio Fundano llegó pronto a manos cristianas y fue citado por Justino en su *Apología*. No hay por qué dudar de que Fundano era procónsul en Asia el 122-123 ni de que Adriano le escribió sobre el trato a los cristianos tras una petición de Graniano. También es verosímil que el consejo provincial hubiera intentado persuadir a este último para que emprendiera algún tipo de purga contra la nueva religión. Según había dejado claro Trajano en su respuesta a Plinio, la postura imperial no era esa. Fundano, que había sido amigo de Plinio, había leído, probablemente, la correspondencia. Otra cosa es si Adriano hizo algo más que reiterar la postura adoptada por Trajano. La versión de Justino, conservada únicamente en una traducción griega realizada por Eusebio para su *Historia eclesiástica*, nos presenta a Adriano siguiendo de algún modo los pasos de la lacónica declaración de Trajano.



Fig. 13. Cabeza de Adriano hallada en el río Támesis en Londres. Museo Británico.

No solo insiste en que las causas contra los cristianos se han de atener a los procedimientos normales, sino que establece que, antes de condenarlos, se debe demostrar que son culpables de delitos concretos, lo cual significaría que «solo el nombre» no era ya suficiente para una declaración de culpabilidad. El emperador amenazaba, además, con graves castigos en caso de acusación falsa. Parece como si los cristianos hubieran «adaptado» su rescripto: otro testimonio indica que no hubo cambios en la práctica seguida por Plinio y confirmada por Trajano.⁸

Un documento expedido para un veterano del Ejército de Britania podría arrojar cierta luz sobre las actividades de Adriano poco después de su llegada a la provincia. El 17 de julio del año 122 otorgó los privilegios habituales a

los soldados de caballería e infantería que han estado sirviendo en las trece *alae* y las treinta y siete cohortes [siguen los nombres de los cincuenta regimientos] que se encuentran en Britania bajo el mando de Aulo Platorio Nepote y que han sido licenciados honorablemente por Pompeyo Falcón [...] concediéndoles a ellos, sus hijos y descendientes la ciudadanía y el derecho de matrimonio legal con la mujer que tenían en el momento de otorgárseles la ciudadanía o, si alguno de ellos no estaba casado, con la esposa con la que contraigan matrimonio posteriormente (a condición de que solo tomen una).

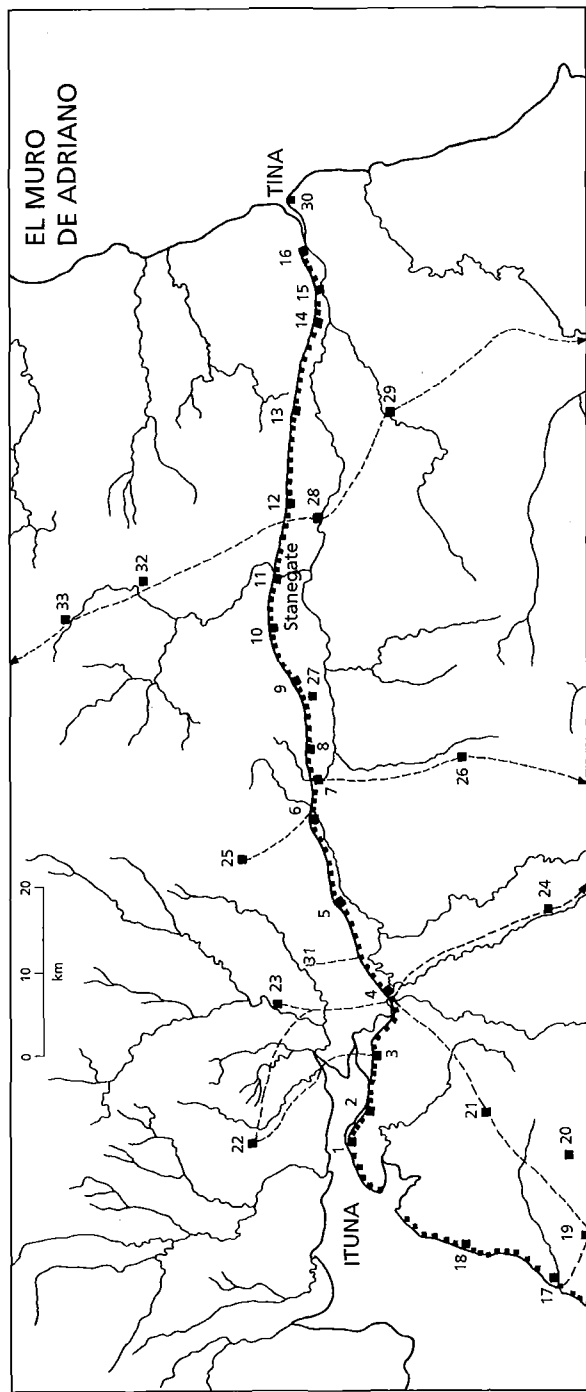
La fórmula era entonces convencional y no se requería la presencia del emperador. Pero, conociendo la afición de Adriano a dirigirse a las tropas, su presencia en Britania en aquel verano y, en especial, el insólito número de unidades a las que se concedieron aquellos privilegios simultáneamente, podemos sospechar que debió de haberse organizado alguna ceremonia especial. Era muy poco habitual que en esa clase de documentos se mencionara por su nombre a dos gobernadores, el saliente y el entrante. ¿Había aplazado Falcón la recompensa porque Adriano deseaba tomar parte en su concesión?

Los veteranos que acababan de recibir el privilegio debían procurarse copias autenticadas de la disposición si querían aparecer en un registro permanente grabado en bronce. Se ha encontrado una copia de ese otorgamiento de julio del año 122. El destinatario se llamaba Gemelo, suboficial del *ala I Pan-noniorum Tampiana*, mandada por Fabio Sabino. Gemelo había regresado a su Panonia natal. Muchos de los veteranos del año 122 se habrían asentado en Britania. El reclutamiento local, que las medidas de Adriano tendían a fomentar, tuvo, seguramente, como consecuencia que la mayoría de los veteranos de unidades estacionadas en Britania se quedaran en la provincia una vez licenciados. No sabemos nada más sobre Fabio Sabino, el prefecto del *ala Tampia-*

na. Pero tenemos, al menos, los nombres de otros dos oficiales con mando en los regimientos auxiliares de Britania de ese momento. Ya hemos mencionado a uno de ellos, Menio Agripa, que volverá a aparecer más adelante. Agripa, magnate local de Camerino, en Piceno, iba a servir cuatro años en el fuerte recién construido de Alauna (Maryport), en la costa de Solway; más tarde regresaría a Britania como prefecto de la flota y, luego, como procurador de la provincia. El regimiento de hispanos, reclutado hacía poco por Agripa para complementar la guarnición, no aparece en la lista de diplomas. El otro oficial conocido, Q. Bayeno Blasiano, de Tergeste (Trieste), ocupaba su primer destino como prefecto de la segunda cohorte de astures, la número 24 de la lista del diploma. Blasiano iba a realizar una larga y distinguida carrera que incluyó igualmente la prefectura de la flota de Britania.⁹

Al margen de sus demás etapas en Britania, no se puede dudar de que Adriano visitó la «frontera». Como había hecho en Germania, decidió señalar los límites de la provincia mediante una barrera artificial. Hemos de suponer que antes de su llegada se habrían llevado a cabo amplios preparativos. Es posible que el propio Adriano decidiera de antemano que la obra de la frontera britana debía ser un muro de piedra, con puestos de guardia a distancias regulares de una milla romana (1.480 m) y dos torres entre puestos, y no, como en Germania, una simple empalizada. El motivo fundamental debió de haber sido la falta de bosques idóneos para suministrar los postes para el vallado. Una vez que se consideró necesario construir la nueva frontera de piedra, había posibilidades de realizar algo a escala grandiosa.¹⁰

Adriano tenía todo tipo de razones para estar bien informado sobre Britania septentrional. No es descabellado mencionar que uno de sus primeros recuerdos debió de haber sido algún conocimiento de la conquista—aparentemente definitiva—de la parte más septentrional de la isla por Agrícola. Adriano tenía ya siete años cuando los romanos obtuvieron sobre los caledonios la gran victoria del monte Graupio. Pasados poco más de diez años, Adriano inició su servicio militar en Germania, pero lo hizo en una legión, la II Adiutrix, trasladada allí desde Britania no mucho antes. Numerosos soldados y centuriones con quienes prestó servicio a mediados de la década del 90 tendrían cosas que contar sobre sus quince años de campañas en Britania. Cuando Adriano regresó a Roma el 99, tras haber desempeñado sus tres tribunados militares, es posible que asistiera a alguna lectura pública del tributo ofrecido a Agrícola por Cornelio Tácito, yerno del general y el orador más destacado de Roma. Pocos años después comenzó a hacerse pública en Roma la primera gran obra de Tácito que narraba la historia de la ciudad bajo la dinastía flavia. Aquella obra incluía una extensa exposición de las guerras de



1. Bowness (*Maia*), 2. Drumburgh (*Congavata*), 3. Burgh-by-Sands (*Aballava*), 4. Stanwix (*Pettriana? o Uxellodunum*), 5. Castlesteads (*Camboglanna*), 6. Birdoswald (*Banna*), 7. Carvoran (*Magnis*), 8. Great Chesters (*Aesica*), 9. Housesteads (*Vercovicium*), 10. Carrawburgh (*Brocolitia*), 11. Chesters (*Cilurnum*), 12. Halton Chesters (*Onnum*), 13. Rudehester (*Vindovala*), 14. Benwell (*Condercum*), 15. Newcastle (*Pons Aelius*), 16. Wallsend (*Segedunum*), 17. Maryport (*Alauna*), 18. Beekfoot, 19. Papcastle, 20. Caermore, 21. Old Carlisle, 22. Birrens (*Blatobulgium*), 23. Netherby (*Castra Exploratorium*), 24. Od Penrith (*Voreda*), 25. Bewcastle (*Fanum Cocidii*), 26. Whitley Castle, 27. Chesterholm (*Vindolanda*), 28. Corbridge (*Coria*), 29. Ebchester (*Vindomora*), 30. South Shields (*later Arbæta*), 31. Carlisle (*Luguvalium*), 32. Risingham (*Habitancum*), 33. High Rochester (*Bremenium*).

Mapa 3. El Muro de Adriano.

Britania, y una acerba acusación contra Domiciano por haber entregado lo que Agrícola ganó para Roma. Es probable que aquello no impresionara a Adriano y, desde luego, no había tenido ningún efecto sobre Trajano. En torno a la fecha de la aparición de la primera parte de las *Historias*, el gran emperador, disfrutando plenamente de su segundo triunfo en Dacia y entregado a soportar la posibilidad de emprender nuevas aventuras en el Este, accedió a una nueva retirada de las fuerzas romanas del norte de Britania al sur del istmo de Forth Clyde. Allí, «si lo permitían el valor del ejército y la gloria del nombre de Roma», había escrito Tácito, «se establecería un límite dentro de Britania» entre los estuarios de Clota (Firth of Clyde) y Bodotria (Firth of Forth). La línea de pleamar de ambos lados estaba separada por un estrechamiento de tierra y «el enemigo podía ser rechazado como si se le relegara a una isla distinta». Los fuertes de Agrícola entre los mencionados estuarios y la mayor parte del terreno que quedaba entre ellos y la línea Tina-Ituna (Tyne-Solway) en el sur habían sido evacuados el año 105, a más tardar. Es de suponer que Neracio Marcelo, el hombre encargado, probablemente, de llevar a cabo la retirada, no se había arrepentido de ello.¹¹

En cualquier caso, durante la mayor parte del reinado de Trajano, la primera línea del Imperio romano en Britania volvía a hallarse donde había estado cuarenta años antes. Es verdad que Roma había seguido ejerciendo, al parecer, su autoridad sobre las tierras situadas al otro lado: durante los primeros años de Trajano, Haterio Nepote, prefecto entonces de la caballería, había realizado un censo de los *Brittones Anavioneses*, el pueblo del valle de Anava (Annan), en el lado septentrional del estuario de Solway. Una de las consecuencias del censo fue, quizá, el alistamiento forzoso de jóvenes britanos para servir como guardas de frontera en Germania Superior. Algunos podrían haber sido originarios de la actual Escocia meridional; otros, de los Pennines, sobre todo de los brigantes, el «pueblo más numeroso de Britania», según la descripción de Tácito. Las tierras de los brigantes ocupaban las dos vertientes de la cordillera central de la provincia británica y se extendían de uno a otro mar. En las proximidades de Cataractonio (Catterick), lugar de una importante base de aprovisionamiento militar cerca del punto donde se bifurcaba la gran vía del Norte, una ruta occidental que cruzaba los páramos y llegaba hasta Luguvalio (Carlisle), Venucio, dirigente de los brigantes, había librado una última batalla contra Roma más de cincuenta años antes. Los gobernadores de los Flavios habían ocupado y guarnecido todo el territorio de los brigantes y Agrícola había llevado el ejército hasta el remoto norte.¹²

No hay duda de que los causantes de los problemas surgidos en el momento del acceso de Adriano al trono, reprimidos por Falcón pero solo después de

que los romanos hubieran sufrido fuertes pérdidas, fueron los brigantes, con el apoyo de los pueblos del otro lado del estuario de Solway. Podemos suponer que lo que incitó a los brigantes a la rebelión fue la recluta de sus jóvenes, ridiculizados por los oficiales romanos con el apelativo de *Brittunculi*, 'los britanillos', menospreciados y tratados con mayor dureza que los soldados procedentes del otro lado del mar, los *transmarini*.¹³

El año 122, la sexta legión fue enviada, al parecer, al norte. En realidad, una parte del equipo del cuartel general marchó, quizá, directamente a Eburaco para hacerse cargo de la fortaleza construida por la IX Hispana. El resto navegó hasta el Tyne. A su llegada, la legión dedicó dos sencillos altares, uno a Neptuno, adornado con un relieve del tridente del dios del mar y un delfín enroscado en torno a él, y el otro a Océano, con un ancla de barco. Alejandro Magno había ofrecido en otros tiempos un sacrificio a las mismas divinidades en el lejano Oriente, a orillas del río Hidaspes (un brazo del Indo). Arriano, amigo de Adriano, describiría aquella escena. Según otra versión, Alejandro ofreció el sacrificio tras hacerse a la vela hacia el océano más allá de la desembocadura del gran río. En cualquier caso, aquel acto había señalado el final de su cam-



Fig. 14. Divinidad fluvial, ¿quizá el río Tyne? (BMC III Adriano, n.º 123).
Museo Británico.

pañía en la India. Ahora, al cabo de casi cuatrocientos cincuenta años, el emperador imitaba conscientemente, según podemos suponer, al gran conquistador, a quien Trajano había deseado emular con tanto afán. ¿No era acaso Adriano, el primer soberano del mundo que había llegado a aquel remoto límite, un equivalente occidental de Alejandro en el Indo? Se ha advertido incluso una alusión a la presencia de Adriano en este lugar en la acuñación imperial que muestra a Océano y a un dios fluvial identificado con el Tyne (a pesar de la terminación femenina de Tina). Los legionarios construyeron un puente junto a la capilla en la que se erigieron los altares. Se le dio el nombre de Pons Aelius, 'el puente de Adriano', y debía señalar uno de los extremos de la nueva frontera. En primer lugar, se colocaron en el Tyne estribos de pilastras macizas calzadas con hierro sobre las que se construyeron entrepaños de piedra; cada uno de los estribos estaba provisto de tajamares a favor y en contra de la corriente, para el flujo de las mareas. Encima se tendió el puente propiamente dicho con una calzada de cinco metros y medio de ancho, colocado probablemente sobre arcos de madera por segmentos.¹⁴

El hecho de que el puente llevara su nombre es, sin duda, signo de que Adriano estuvo allí durante su construcción y de que, en realidad, intervino personalmente en su diseño. Al fin y al cabo, la arquitectura era una de sus grandes pasiones. En aquel lugar, cerca del puente Eliano, se iniciaron las obras de la nueva barrera fronteriza. La defensa iba a ser una muralla de piedra maciza de 3 metros de ancho y 4,2 de alto hasta el adarve, dotado seguramente de almenas. En la cara norte se excavaría un gran foso de nueve metros de ancho y 2,7 de profundidad. A intervalos de kilómetro y medio en dirección oeste a partir del puente se adosaría al muro un pequeño fuerte o puesto de guardia—un «castillo miliar»—, y entre cada dos castillos miliares se levantarían dos torres—«torretas»—para señales. Aquellas estructuras se construirían en primer lugar; y, a continuación, se edificarían trescientos pasos de paño de muralla para unirlos.¹⁵

El propio Adriano habría aprobado la construcción de un monumento memorial en el extremo este de la frontera. Se han conservado dos fragmentos de una inscripción reutilizados en una iglesia de la orilla meridional del Tyne. Sus dimensiones hacen pensar que el texto original medía casi dos metros de anchura y tenía unos dos y medio de altura. Pudo haberse colocado en el pedestal de una pieza estatuaría monumental, quizá con la representación de Adriano y la provincia de Britania recién protegida. Los nombres de Adriano iban, al principio, precedidos por el marbete «...omnium fil[ius]», que podría significar 'hijo de todos los [divinizados]'—entre sus antepasados se contaban en ese momento Nerva y Trajano, ambos *divi*, por no hablar de su



Fig. 15. Océano: conmemoración del paso de Adriano a Britania (BMC III Adriano, n.º 129), Museo Británico.

suegra Matidia. Pero también se puede restablecer un superlativo: [*principum*] *omnium fid[issimus]*, ‘el más fiel de todos los [príncipes]’. En las siguientes líneas aparecen las palabras *necessitate* y, luego, [*conser*]vati divino *praecepto*: es evidente que se apelaba a la necesidad y a un «mandato divino». Del fragmento inferior se ha conservado lo siguiente: «diffusis[...] provinc[ia...] Britannia ad[...] utrumque O[ceani litus?...] exercitus pr[ovinciae...] sub cur[a...]». Se proclama «la dispersión»—seguramente del enemigo o los bárbaros—y, a continuación, tal vez, el restablecimiento de la seguridad de Britania y la erección de una barrera entre «las dos orillas del océano por el ejército de la provincia bajo la supervisión» de Platorio Nepote. Esta interpretación es, por lo menos, verosímil: el texto representa, probablemente, una parte de un discurso de Adriano pronunciado ante las tropas a orillas del Tyne—la inscripción pudo ser, por supuesto, restaurada y corregida en tiempos de Severo o Caracalla.¹⁶

El muro propiamente dicho se revistió de piedras talladas y estaba formado por un núcleo de arcilla y piedras sueltas. Al parecer, solo se usó mortero en los castillos miliare, quizá para poder continuar con los trabajos de construc-

ción incluso en invierno. (Julio Frontino había recomendado limitar la construcción de acueductos al período de abril a octubre debido a los efectos de los hielos en el mortero.) La obra final tendría un revoco de yeso encalado; el enlucido se marcaría con llagas para dar la apariencia de un aparejo regular de sillares; brillaría a la luz del sol y se vería a una distancia de varios kilómetros. Al margen de los cálculos realizados en época moderna sobre la organización de los trabajos de construcción, el tiempo requerido para concluir la obra completa y el orden de iniciación de los diversos elementos del sistema, es razonable pensar que se remató, al menos, un sector a modo de muestra para someterla a la inspección y la aprobación del emperador. El ejército—y no solo el Ejército romano—era muy capaz de realizar obras de construcción con rapidez. Diodoro nos habla de cómo Dionisio I, tirano de Siracusa, concluyó su gran ciudadela siracusana de Euríalo y una muralla de unos cinco kilómetros de longitud en menos de tres semanas con una mano de obra de sesenta mil hombres ayudados por seis mil yuntas de bueyes. Según la tradición, el mismo Dionisio fue el fundador de Hadria, la ciudad italiana de donde pretendían proceder los antepasados de Adriano. El emperador sabía, seguramente, que Dioniso había fundado Hadria, pues lo había escrito su liberto Flegonte. Seguramente esta es otra Hadria, o Atria, distinta a la fundada por Dionisio en el delta del Po. Y, sin duda, conocía también el relato de aquel proyecto constructivo de Siracusa, que batió todas las marcas.¹⁷

Las defensas levantadas por Dionisio debían de resultarle aún más familiares a Pompeyo Falcón, cuya familia era originaria de Sicilia. Se pueden evocar igualmente otras fuentes de inspiración. Se ha aludido a posibles relatos de viajeros a China, cosa difícilmente probable. Adriano había estado en Grecia diez años antes. En Atenas habría visto los restos de los Muros Largos que unían la ciudad con su puerto del Pireo, una doble muralla de unos tres kilómetros de longitud con torres internas y puertas fortificadas. Se puede invocar con mayor posibilidad de acierto la historia antigua de Grecia: los griegos habían llevado a cabo obras importantes en las Termópilas y el Istmo para mantener a raya a los bárbaros. Pero, fuera cual fuese el origen de la idea de Adriano para la construcción de aquella barrera, está suficientemente claro qué deseaba conseguir. El propósito oficial era, sin duda, el anunciado en el monumento levantado a orillas del Tyne, donde se apelaba a la necesidad, el mandato celeste, la dispersión de los bárbaros y la protección de Britania. La versión dada por la *HA*, «separar a romanos y bárbaros», podría estar tomada de la autobiografía a través de Mario Máximo. Aunque no se exprese en ninguna parte, se puede deducir no obstante otro motivo: con la construcción de aquella barrera monumental, Adriano volvía a indicar, como en Germania,

que había concluido la época expansionista. La promesa hecha por Júpiter a Eneas de dar a sus descendientes un «imperio sin fin» en el tiempo o el espacio, *imperium sine fine*, según la versión de Virgilio, había experimentado una notable adaptación. El Imperio duraría, sin duda, para siempre, pero en ese momento tenía un límite espacial preciso y tangible.¹⁸

Aquel viajero inquieto y curioso no se habría quedado muchas semanas a orillas del Tyne mientras los legionarios construían el puente Eliano y comenzaban el muro. Seguramente quiso inspeccionar personalmente toda la línea fronteriza. Por lo menos se habría previsto un viaje al estuario de Solway con la participación del emperador, su amigo Nepote, quizá algunos *comites* (como Marcelo y Bradua), guardias pretorianos y miembros de la Guardia Montada que avanzarían hacia el oeste *per lineam valli*, como se diría más tarde. El emperador habría realizado, sin duda, la primera parte del viaje en barco, subiendo por el Tyne hasta Coria (Corbridge), donde la gran vía del Norte procedente de Eburaco cruzaba el río. No obstante, en apoyo de la idea de que marchó a pie estudiando cada una de las partes de la nueva línea fronteriza, se podría invocar la observación del poeta Floro sobre el «paseo» de Adriano «entre los britanos». Además, aunque el muro marcaría el límite del Imperio, se dio algún tipo de protección a las tierras situadas al otro lado. Se iban a establecer varios puestos septentrionales de avanzada, dos de ellos en la ruta de Coria al norte, en Habitanco (Risingham) y Bremenio (High Rochester). Más al norte, en la misma vía septentrional, podría haber merecido la pena visitar Trimontio (Newstead), abandonada unos diecisiete años antes. Es fácil imaginar al vigoroso emperador ascendiendo al triple pico de los Eildon Hills para inspeccionar el valle del Tweed. Otro punto de inspección probable para Adriano era el lugar en que el muro debía atravesar otro río, el North Tyne. Allí, en Cilurno (Chesters), el batallón denominado con orgullo *ala Augusta ob virtutem appellata* ('llamado Augusto por su valor') dedicó un altar a «la disciplina del emperador Adriano».¹⁹

La preocupación por restablecer la disciplina, puesta ya de manifiesto en Germania, se institucionalizaría desde entonces como parte de la religión del ejército. La *Disciplina* aparece también en las acuñaciones imperiales (véase la fig. 10). En las tablillas escritas encontradas en Vindolanda se pueden hallar testimonios suficientes de tratos comerciales de los soldados, algunos de ellos, tal vez, un tanto turbios, y otros realizados poco antes de la visita de Adriano. Todo ello podría dar a entender la necesidad de tomar medidas severas en el Ejército de Britania, como se había hecho en el de las Germanias. A lo largo de la línea del muro se han encontrado otras dedicatorias a la Disciplina del emperador en las que no se nombra a Adriano. El joven Poncio Leliano, tribuno

senatorial de la legión VI Victrix, no olvidó nunca aquella lección. Cuarenta años después, aquel «hombre eminente, observante de la disciplina de la vieja escuela», *comes* en Siria del emperador Lucio Vero, desgarraría con sus dedos las corazas de los soldados—ornamentales pero ineficaces para la defensa—y ordenaría acuchillar las sillas de montar acolchadas.²⁰

Podemos imaginar que algunos de los hombres más viejos de los Guardias Montados—los bátavos—pudieron haber servido en la frontera británica. La Novena Cohorte de bátavos, y al menos una parte de la Tercera, habían estado estacionados en Vindolanda durante algunos meses hasta su traslado al Danubio veinte años antes de la llegada de Adriano a Britania. Vindolanda, ocupada por primera vez en la década del año 80, se encuentra sobre la vía este-oeste que iba de Coria a Luguvalio—el Stanegate—, en un pequeño valle resguardado a kilómetro y medio, aproximadamente, al sur de los Whin Sill, los riscos de basalto orientados al norte por donde iba a correr el muro. Vindolanda, según podrían haber explicado a Adriano sus Guardias Montados bátavos que habían prestado servicio allí, habría sido una base ideal desde la cual inspeccionar la parte central de la nueva frontera. De cualquier modo, los restos encontrados allí, que datan exactamente del período en que se inició el muro, parecen haber sido construidos, sin duda, para alojar a personas de alto



Fig. 16. Vista de Vindolanda con la línea del Muro de Adriano al fondo.
Dr. D. J. Woollicroft.

rango. Un edificio de tamaño poco habitual y construcción sólida, con un suelo de *opus signinum* y unas paredes enlucidas con escayola pintada, habrían constituido un acomodo adecuado para el visitante imperial. Además, da la impresión de que alguien instalado allí estuvo esperando poder entregar una petición al emperador. Uno de los documentos de Vindolanda fechado por su contexto en este período es un informe de tres páginas que registra una distribución de grano. En el dorso de las hojas segunda y tercera, un hombre desconocido—probablemente el empleado que escribió la nota—redactó una apelación apasionada. En ella protestaba por haber sido azotado—hasta sangrar—sin merecerlo: era un *transmarinus*, una persona «del otro lado del mar», y además inocente—la primera palabra implica claramente que la flagelación de britanos era un hecho normal. No había podido apelar al prefecto, «retenido por su mala salud». Ahora, escribe, «imploro a vuestra Majestad que no permita a un hombre venido del otro lado del mar y, además, inocente sufrir de esta manera». Adriano era conocido por mostrarse accesible a los demandantes y preocuparse por los soldados rasos. Sin embargo, es bastante dudoso que leyera aquella carta. Al menos, el borrador se encontró en un espacio que se ha identificado como los aposentos de un centurión en un acuartelamiento de Vindolanda. Probablemente lo habría confiscado el mismo centurión que azotó al redactor de la nota. Suponiendo que la apelación llegara a Adriano, es posible que no se sintiera impresionado, si el demandante era, de hecho, el mismo empleado encargado de la contabilidad: algunas partidas de la distribución de grano parecen sumamente irregulares.²¹

Mirando al norte desde las laderas al este de Vindolanda, donde la carretera de Coria se acercaba al fuerte, el visitante imperial habría podido ver contra el horizonte la parte central y más elevada de la línea elegida para su muro, donde correría por la cima de los riscos. Y habría podido comentar, tal como lo hizo otro visitante mil cuatrocientos años más tarde: «He visto, ciertamente, cómo se extiende sobre las elevadas cimas y abruptas pendientes de las colinas, alzándose y cayendo como una maravilla». El emperador habría tenido también tiempo para algún entretenimiento, por lo menos para una partida de caza. Flavio Cerial, prefecto de la Novena Cohorte de los bátavos en Vindolanda veinte años antes, había escrito a su amigo Brocco: «Si me aprecias, hermano, mándame, por favor, algunas redes de caza». Es evidente que, a juzgar por el ensayo de Arriano sobre este asunto, la caza con red había dejado de estar de moda para aquellas fechas. Ahora se utilizaban galgos celtas, *vertragi*, para cazar liebres. Es probable que en la frontera britana Adriano se dedicara a la caza mayor, a la captura del jabalí. El cazador imperial no habría tenido dificultades para conseguir los ingredientes de su pastel de carne favorito, el *tetrafarmacum*,

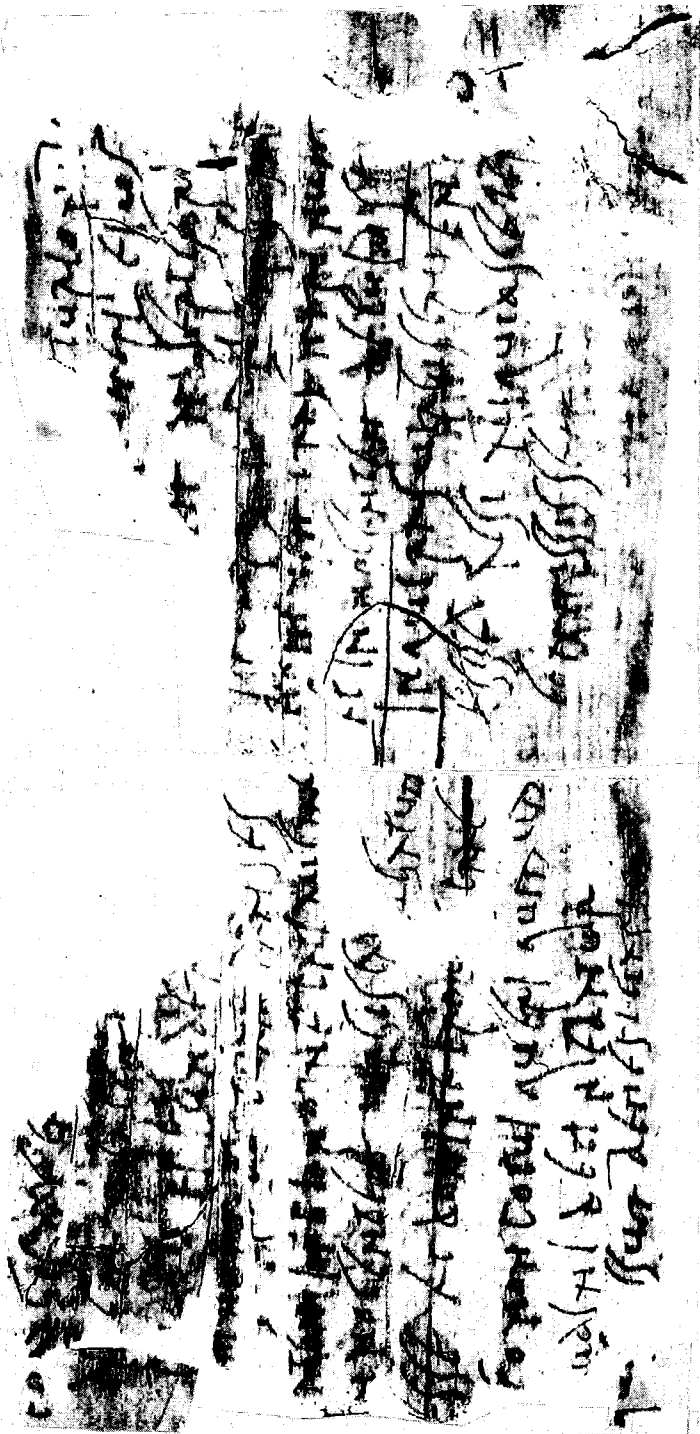
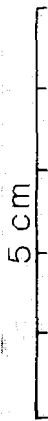


Fig. 17. Borrador de carta de petición a «Su majestad» (las palabras «tuam maies / [t]atem imploro» aparece en las líneas 4-5), hallado en Vindolanda. Museo Británico. Vindolanda Trust (fotografía de Alison Rutherford).



Fig. 18. Vista aérea del Muro de Adriano, con el castillo miliar de Cawfield (n.º 42), arriba a la derecha. Al sur del muro corre la línea del llamado *Vallum*.

Profesor G. D. B. Jones.

que incluía carne de ese animal. Un altar erigido en los Pennines septentrionales documenta la satisfacción de una promesa realizada por un oficial de caballería que «había cobrado un jabalí extraordinario que muchos de sus predecesores no habían logrado cazar». El territorio al norte del muro pudo haber resultado también atractivo para Adriano: Cocidio, el dios celta local, estaba identificado no solo con Marte, el dios romano de la guerra, sino también con Silvano, el de los animales salvajes y los cazadores. Uno de los fuertes de avanzada al norte de la sección occidental del muro estaba situado, según parece, en el principal santuario de Cocidio, el Fanum Cocidii (Bewcastle).²²

El sistema fronterizo se extendía no solo entre las dos «orillas del océano», según decía la inscripción colocada en el Este. Los fortines y torres continuaban unas cuarenta millas romanas (sesenta kilómetros, aproximadamente) a lo largo de la costa occidental. También aquello debió de haber atraído la atención de Adriano. Podemos considerar probable una visita a Maryport, a donde había

sido enviado Menio Agripa. Aquel hombre era uno de los favoritos de Adriano, quien más tarde se alojaría con él en su casa de Camerino, en el Piceno.²³

No hay duda de que Pompeyo Falcón habría pensado en qué otras cosas podría desear ver Adriano en la provincia más remota de Roma. Adelantándose a su llegada se habrían emprendido obras de construcción y mejora de carreteras. Poco antes se hallaban en mal estado al menos algunos tramos del sistema al norte de Cataractonio (Catterick). Octavio, un centurión estacionado probablemente en algún punto próximo a Vindolanda, había escrito a Cándido, un colega de aquel fuerte, pidiéndole información sobre lo ocurrido con una carga de carro que se le debería haber enviado desde Cataractonio. «La habría recogido yo mismo», comentaba, «de no ser porque no quiero agotar a los animales mientras las carreteras se hallan en malas condiciones». Se han conservado tres miliarios britanos que podrían atestiguar los trabajos preparatorios ordenados por Falcón en los caminos. El año 120, se había comenzado a reparar la antigua vía que enlazaba con la colonia de Lindo (Lincoln), según muestra el miliario 2 (3,2 km) al este de Ratas (Leicester). Al año siguiente se estaba trabajando en un tramo apartado de Snowdonia, al oeste de Canovio (Caerhun)—Falcón conocería, sin duda, la tendencia de Adriano a ascender a los montes y habría podido ordenar la realización de mejoras por si el emperador decidía subir al pico más alto de la provincia. Un tercer miliario, no fechado con exactitud, a 4 millas de Lancaster (6,5 kilómetros), podría dar a entender que se esperaba que Adriano regresara al sur bajando por el oeste de la isla.²⁴

Algunas actividades llevadas a cabo en la parte meridional de la provincia, que para entonces tenía un carácter predominantemente civil, se han atribuido con bastante verosimilitud a la iniciativa de Adriano. Ocho años después de su visita, la *civitas Cornoviorum* erigió una inscripción monumental sobre la entrada principal al foro recién terminado de su principal localidad, Viroconio (Wroxeter). La remodelación del lugar debió de haber sido iniciada por el emperador en una visita fugaz. Otras localidades britanas pudieron experimentar un desarrollo sustancial en los años posteriores al 122. Se ha sugerido, además, que Adriano fue el inspirador de un plan a gran escala de construcción de canales y recuperación de tierras en Fenland. Su preocupación por ampliar el cultivo de terrenos marginales está bien atestiguada en otras partes del Imperio.²⁵

Es imposible decir cuánto duró la estancia de Adriano en Britania, aunque sí podemos afirmar que no invercó allí. No obstante, tarde o temprano hubo de dejar aquella creación suya, la obra fronteriza más compleja y costosa de todas las realizadas por Roma. El biógrafo de la HA sitúa un suceso sorprendente inmediatamente después de la mención del viaje a Britania y la erección del

muro. Adriano «sustituyó a Septicio Claro, prefecto de la Guardia, y a Suetonio Tranquilo, director de la cancillería, además de a muchos otros, pues, en sus relaciones con su esposa, Sabina, se habían comportado durante aquel tiempo con mayor familiaridad que la exigida por la etiqueta de la corte». Es evidente que se había dejado a Suetonio y Septicio con la emperatriz. Pero la naturaleza exacta de su falta seguirá siendo un misterio. ¿A qué clase de incorrección se alude? ¿Había iniciado Sabina alguna relación con uno o más de aquellos hombres? ¿O debemos conjeturar que Suetonio había sido el culpable del delito al ofrecer una lectura de su obra *Sobre prostitutas famosas* o exponer, quizá, los frutos obtenidos de sus investigaciones sobre la vida privada de Tiberio en Capri, destinadas a un próximo volumen de sus *Césares*? Todo ello no pasan de ser, sin embargo, conjeturas poco fundadas: el misterio se mantiene. Para empezar, el texto presenta una ligera inseguridad. La frase: «en las relaciones [de ambos] con su esposa, Sabina», traduce las palabras latinas «apud Sabinam uxorem in usu eius», pero las tres últimas palabras están corregidas. Los manuscritos decían *uniussu eius*, enmendado en uno de ellos por *iniussu eius*, que podría querer decir ‘sin su consentimiento’, es decir, el del emperador o, incluso, el de la emperatriz. El biógrafo de la HA añade el siguiente comentario: «De haber sido un ciudadano particular, habría repudiado también a su esposa, según solía decir él mismo, por su carácter malhumorado y difícil». El *Epítome de Caesaribus*, que como la HA se basa, evidentemente, en la desaparecida *Vita Hadriani* escrita por Mario Máximo, contiene un pasaje que podríamos calificar de respuesta de Sabina: «Solía alardear en público de haber tomado las medidas oportunas para asegurarse de que no quedaría embarazada de él, pues su descendencia sería un mal para la raza humana».²⁶

Por su parte, la HA continúa exponiendo cómo Adriano «solía indagar no solo lo que ocurría en su hogar, sino también en el de sus amigos; recurriendo a agentes de intendencia (*frumentarii*), solía sacar a la luz todos sus secretos, y sus amigos no se daban cuenta de que el emperador conocía sus vidas privadas hasta que se lo indicaba él mismo». A continuación se nos ofrece un ejemplo. Cierta hombre solicitó ser licenciado. Adriano había interceptado una carta en la que la mujer del solicitante le reprochaba no querer regresar a casa por su afición a los «placeres» y los baños. Entonces, Adriano censuró al hombre por sus vicios. «¡Cómo!», le respondió el sorprendido oficial, «¿también se te ha quejado a ti mi mujer?».²⁷

Sea como fuere, parece bastante claro que el emperador había recibido informaciones secretas de sus *frumentarii*—y de sus altos funcionarios—sobre el comportamiento de su esposa. Adriano no fue, seguramente, el responsable de la creación de este cuerpo de personas como una especie de «policía secre-

ta»—sus cuarteles de Roma, los *castra peregrina*, existían ya en tiempos de Trajano. Pero quizá los utilizara con propósitos políticos y hasta particulares de un modo desconocido por aquel. En cualquier caso, la naturaleza verdadera de la falta cometida por Septicio, Suetonio y los «muchos otros» mantenidos en el anonimato es oscura. Las infracciones contra el protocolo de la corte—¿en una velada literaria demasiado informal a orillas del Támesis o en Aquae Sulis?—fue, sin duda, un mero pretexto. Quizá Septicio y Suetonio fueron, sencillamente, considerados incompetentes, a menos que hubieran estado intrigando contra Adriano. Suetonio, que había dedicado ya a Septicio la primera entrega de sus *Vitae Caesarum*, tendría que concluir su obra como jubilado.²⁸

No conocemos al sucesor de Septicio, pero si hemos de tomar al pie de la letra las palabras del biógrafo de la HA, no hay duda de que él, Suetonio y las demás personas despedidas fueron sustituidas. Sin embargo, no es posible identificar a ningún nuevo colega de Marcio Turbón. Aunque se trate, por supuesto, de un argumento basado únicamente en el silencio, es posible que Turbón ejerciera en solitario su cargo de prefecto de la Guardia hasta casi el final del reinado. El sustituto de Suetonio como principal secretario *ab epistulis* no se nombró,



Fig. 19. Adriano en Britania: «BRITANNIA» (BMC III Adriano, n.º 1.723).
Museo Británico.



Fig. 20. Adriano y el Ejército de Britania: «EXER. BRITANNICVS» (BMC III Adriano, n.º 1.672). Museo Británico.

quizá, de inmediato. Adriano encontraría al hombre adecuado en el lugar a donde iba a ir a continuación: en el sur de las Galias, camino de Hispania.²⁹

Britania era la única provincia que había aparecido ya en las monedas imperiales antes de ser visitada por Adriano. La provincia personificada ha sido descrita como «Britania sometida», una figura abatida, sentada con el codo derecho apoyado en la rodilla, sosteniéndose la cabeza y con el pie derecho sobre unas rocas. Otros prefieren verla como un personaje no doliente sino vigilante. Aparece con ropajes nativos, con una túnica corta y bombachos, botas y un manto amplio con una orla en la parte baja; en el costado izquierdo tiene un escudo con bloca. Lleva el pelo apartado del rostro y echado hacia atrás en rizados densos y ondulantes. En cualquier caso, la acuñación conmemoraba la guerra emprendida por Pompeyo Falcón y rematada formalmente por la *expeditio* de Adriano. Al cabo de doce o más años, Britania vuelve a aparecer en otras acuñaciones que recuerdan las giras de Adriano por las provincias. En la emisión provincial, Britania se parece a su anterior personificación, con lanza y escudo. Pero la emisión realizada con motivo del *adventus* muestra una Britania puramente civil que da la bienvenida a Adriano y lleva un ropaje largo, con un manto que le cubre en parte la cabeza. Hay dos

versiones de la acuñación con la leyenda «Exercitus Britannicus». En una (véase fig. 20) se muestra a Adriano a caballo arengando a cinco soldados, uno de los cuales porta un *vexillum* ('bandera'), y otros tres sendos estandartes. En la otra, el emperador está de pie sobre un estrado dirigiéndose a tres soldados, uno con el águila imperial, otro con *vexillum* y escudo, y el tercero con un estandarte.³⁰

UN NUEVO AUGUSTO

«Tras haber resuelto los asuntos de Britania pasó a la Galia», informa el biógrafo de la HA. Pero la meta era Hispania. Se había proyectado realizar una inspección general y se habían enviado ya, sin duda, citaciones a toda la península para celebrar en la primavera una asamblea especial en Tarraco (Tarragona). La ruta más obvia de Adriano le llevaría hasta Lugduno (Lyón), para bajar por el valle del Ródano y continuar, luego, a lo largo del litoral por la vía Domicia hasta los Pirineos pasando por Narbo Martius (Narbona). Es bastante probable que el emperador tuviera la intención de desviarse hacia el sudoeste, hasta Aquitania.¹

Un despacho «inquietante» que le llegó tras haber cruzado el canal acortó, quizá, su itinerario. En Alejandría se habían producido disturbios por motivos religiosos. Solo habían transcurrido cinco años desde que Marcio Turbón acabara con el sangriento enfrentamiento entre griegos y judíos en aquella ciudad. Esta vez no estaban implicados los judíos y tampoco los griegos, sino más bien los egipcios naturales del país. Su toro sagrado, Apis, había sido identificado, por fin, nuevamente, lo que provocó una violenta rivalidad. Monedas de Alejandría acuñadas aquel año egipcio, entre el 29 de agosto del 121 y el 28 del mismo mes del 122, proclamaban el feliz acontecimiento. Pero el dios Ptah, en cuyo templo de Menfis se guardaba el toro, no aparece en las monedas hasta el año siguiente, lo que podía indicar cierto retraso y algunas disputas. En cualquier caso, el prefecto de Egipto, Haterio Nepote, instó, quizá, al emperador a realizar una visita por temor a que estallara algún serio enfrentamiento. En vez de ello, Adriano consiguió restablecer el orden mediante una carta redactada en tono firme. «De ese modo», comenta Casio Dión, «una palabra de un emperador puede tener mayor efecto que el empleo de la fuerza». Es posible que Adriano se tomara cierto tiempo para analizar la cuestión con sus consejeros. Para ello pudo haberse dirigido en el sur de las Galias a una persona con una preparación ideal, L. Julio Vestino. Sea como fuere, podemos conjeturar con verosimilitud que Vestino había pasado a ser el nuevo secretario jefe *ab epistulis*. Su anterior puesto había sido exactamente el ocupado por Suetonio antes de acceder al

secretariado: director de las bibliotecas imperiales, *a bibliothecis*, y secretario de cultura, *a studiis*. La ocupación de Vestino antes de su cargo en Roma había sido muy significativa para el problema surgido en torno a Apis: «Sumo Sacerdote», *archiereus*, de Alejandría y Egipto; en otras palabras, funcionario responsable de la administración de los templos. Aunque era un culto representante de las letras griegas, Vestino era galo, vástago de una distinguida familia de Vienna (Vienne), cerca de Lugduno. Es perfectamente posible que hubiera sido nombrado ya *ab epistulis* inmediatamente después de la destitución de Suetonio y que se hubiera unido a Adriano en la Galia para hacerse cargo de sus obligaciones.²

Al margen de si Vestino ocupó o no el lugar de Suetonio como secretario, no disponemos, sencillamente, de información sobre la sustitución de Septicio, el prefecto de la Guardia depuesto. Adriano debía tener a su lado un prefecto, se supone que el fiel Turbón, colega de Septicio, continuaba en Roma. Solo podemos ofrecer una conjetura. Q. Rammio Marcial, prefecto de Egipto del 117 al 119, habría sido un candidato adecuado: era bastante frecuente que los titulares de este puesto pasaran a la prefectura de la Guardia. Además, Rammio, al igual que Vestino, podría haber estado fácilmente disponible. En cualquier caso, su nombre, nada común, aparece en el sur de las Galias, y existen testimonios de la presencia de un liberto de Q. Rammio en Narbo (Narbona), que era, quizá, la patria de Marcial, quien pudo haberse hecho cargo de sus obligaciones casi de inmediato.³

Una misiva menos deprimente que el despacho llegado de Egipto y que Adriano recibió también, probablemente, en las Galias por aquellas fechas fue un poemita jocosos enviado por Floro, un escritor entrado en años. El poeta se burlaba de la pasión ya evidente de Adriano por los viajes:

ego nolo Caesar esse
 ambulare per Britannos

 Scythicas pati pruinas.

Falta, al parecer, un tercer verso, pues la respuesta escrita apresuradamente por Adriano es una cuarteta:

ego nolo Florus esse
 ambulare per tabernas
 latitare por popinas,
 culices pati rotundos.

No quiero ser César, / pasear entre britanos //..... y soportar las escarchas de Escitia. // No quiero ser Floro, / pasear por las posadas, / esconderme en las tabernas / y soportar gordos mosquitos.

Si, como parece lógico, Floro se refería a los viajes de Adriano en orden inverso, al haber sido el último la visita a Britania y el primero el del delta del Danubio—«Escitia»—, realizado en los años 117-118, el verso perdido debió de tratar de la gira por la frontera del Rin y el Danubio superior en 121. Podríamos restablecer las palabras «latitare per Sugambros» o «per Batavos», o el nombre de algún otro pueblo de la región; quizá, simplemente, «Germanos».⁴

Anneo Floro fue un hombre de fortuna desigual. Había nacido en África y, tras llegar a Roma en su juventud, participó en el certamen poético de los *ludi* capitolinos de Domiciano. Su intervención fue aclamada por el público, pero se le negó el premio porque, según dijo más tarde el propio Floro, el emperador no quería que África ganara la «gran corona de Júpiter». El poeta, decepcionado, se puso a viajar y marchó a Sicilia, Creta, las Cícladas, Rodas y Egipto; luego, volvió a Italia, se dirigió al norte y entró en las Galias después de atravesar los Alpes, para instalarse finalmente en Tarraco, donde abrió una escuela. La ciudad le pareció atractiva: la gente era honrada, sobria y pacífica, les costaba aceptar a los forasteros pero, cuando lo hacían, eran unos anfitriones juiciosos. El clima era especialmente templado—una especie de primavera durante todo el año—, y la tierra fértil. A comienzos del reinado de Trajano, un grupo de viejos conocidos que regresaban de Roma a la Bética pasó a verle en Tarraco y le convenció para que regresara a la capital, «donde se recitan tus versos».⁵

Adriano debió de haber tratado a Floro personalmente. Quizá conocía y valoraba su poesía, que no era siempre tan trivial como los versos citados más arriba. Los poemas de Floro podían hablar de vino y rosas, de grabar el nombre de su amada en los frutales plantados por él. Pero había acabado perdiendo su ilusión por las mujeres: «Toda mujer esconde en el pecho un veneno peligroso: las palabras de sus labios son dulces, pero su corazón hiere». También se mostraba suspicaz frente a las costumbres extranjeras (*sperne mores transmarinos*). De haberlos leído, Adriano habría preferido el primero y no el segundo de estos dos poemas.⁶

Floro abandonó la poesía para dedicarse a la historia y escribió un breve relato, apto para escolares, sobre la expansión de Roma hasta la época de Augusto con comentarios acerca de la *inertia* imperial bajo los últimos emperadores, hasta la época de Trajano, en que Roma rejuveneció. A primera vista, esta opinión sugiere cierto entusiasmo por la conquista. Pero Adriano se ha-

bría sentido encantado con algunos de los comentarios de Floro, como por ejemplo: «Es más difícil conservar nuevas provincias que crearlas». El nuevo emperador podría haber citado con justicia esta observación al hacer frente al legado de la guerra de Trajano con los partos. La última campaña narrada por Floro en detalle es la conquista final del noroeste de Hispania por Augusto, que se enteró del sometimiento de las plazas fuertes de Cantabria por sus legados mientras «pasaba el invierno en Tarraco, en la costa». La obrita concluye con un canto a la paz augústea; la última frase recuerda que se había discutido si se debía llamar Rómulo al nuevo fundador del Imperio—pero, según Floro, pareció más apropiado darle el nombre de Augusto.⁷

Adriano «pasó el invierno en Tarraco», escribe el biógrafo de la HA, quien comienza mencionando en una sola frase una acción de Adriano en las Galias y la erección de una basílica «de notable arquitectura» en Nemauso (Nîmes) en honor de Plotina, la emperatriz viuda, cuya familia procedía, al parecer, de esa ciudad. En este pasaje no se afirma explícitamente que Plotina hubiera fallecido, pero, en el *Epitome* de Casio Dión, su muerte y la reacción de Adriano van a renglón seguido de la información sobre el duelo del emperador por su caballo favorito, Borístenes, honrado con una tumba y un epitafio en verso compuesto por él mismo. En Apta (Apt), no lejos de Nemauso, se halló en el siglo XVI una lápida con un epitafio exactamente de esas características. El biógrafo de la HA encontró, probablemente, la misma historia en Mario Máximo, pero solo alude a ella en una sección posterior que resume el carácter de Adriano: «Amaba tanto a los perros y los caballos que les construyó tumbas», aunque, de momento, no ha salido a la luz detalle alguno sobre los perros de Adriano.⁸

Apta, en la carretera principal que ascendía del Ródano al Durance hasta llegar a los Alpes Cocios (Alpi Cozie) y Turín, era, sin duda, el escenario para una partida de caza. Aunque la ciudad se hallaba a orillas de un río, su territorio era montañoso, en especial por el norte, donde se extendía hasta las estribaciones de los Alpes. En aquella localidad pequeña y próspera, colonia desde tiempos de César, Adriano habría encontrado compañía grata para salir de caza según lo atestiguan dos dedicatorias a Silvano, dios de los cazadores, hallados en la propia Apta y tres más en el antiguo poblado fortificado de Saint-Saturnin, situado en las cercanías.⁹

Borístenes murió en el otoño o a comienzos del invierno del 122 en algún lugar de la comarca. Adriano escribió apresuradamente aquel mismo día los versos, que no constituyen, desde luego, una obra maestra (por lo que muchos sostienen que no son auténticos) pero merecen una cita—al menos en prosa—: «Borístenes, el alano, el caballo de caza de César, solía volar por llanuras

y pantanos, por colinas y espesuras, a la caza de jabalíes de Panonia, pero ningún verraco de colmillos espumantes se atrevió a dañarlo cuando lo perseguía ni a mojar la punta de su cola con la saliva de sus fauces (como suele suceder); sin embargo, yace en este terreno, joven y sin tacha, con los miembros intactos, tras haberse encontrado con su destino». Se dice que cuando Bucéfalo, el famoso caballo de Alejandro, murió en la India, el gran conquistador fundó una ciudad en aquel lugar. Adriano se mostraría inclinado a este tipo de gestos—en la provincia de Asia, una nueva ciudad habría de conmemorar una carcería afortunada. Era difícil que la Galia narbonense, intensamente romanizada, necesitara una nueva fundación.¹⁰

En cuanto a la conmemoración de Plotina, no es posible que se ordenara erigir la basílica de Nemauso (Nîmes) antes de comenzar el año 123. En cualquier caso, algunas baldosas estampadas en los tejares de su propiedad existentes cerca de Roma y fechadas por los cónsules de ese año llevan su nombre como si todavía siguiera viva. Al margen de dónde se hallaba Adriano al enterarse de la muerte de quien tanto le había apoyado—y que era su madre adoptiva—, no hay duda de que acudió personalmente a Nemauso. El emperador no pudo disponer de más tiempo que el necesario para elegir un emplazamiento, trazar los planos y conceder unos recursos económicos. La construcción requirió probablemente varios años. Una inscripción procedente de Nemauso menciona a un *exactor*, un supervisor, de «los trabajos de mármol y cantería de la basílica». Dión dice que, «al morir Plotina, gracias a la cual había obtenido el trono, la honró de manera excepcional vistiéndose de luto durante nueve días, construyéndole un templo y componiendo algunos himnos que trataban de ella». No está claro si el «templo» es, en realidad, la basílica de Nemauso. Plotina fue divinizada en su debido momento, quizá tras el regreso de Adriano a Roma, casi tres años después. Otro compendiador ofrece una cita algo más extensa: «Al morir Plotina, Adriano la elogió diciendo: “Me pidió muchas cosas, pero nunca le negué nada”, queriendo significar con esas palabras que sus peticiones “eran tales que no resultaba difícil satisfacerlas ni daban motivo a negárselas”».¹¹

Nemauso habría merecido, sin duda, en cualquier caso una visita de Adriano. Era patria de senadores desde hacía varias generaciones; el primero había sido el cáustico orador Cn. Domicio Afro, cónsul bajo Calígula y personaje famoso en la Roma de la dinastía de los Claudio-Nerón. Adriano habría conocido bien a uno de sus hijos por adopción, Domicio Tulo, aquel hombre inmensamente rico, como compañero suyo del colegio de los *VII viri epulonum*. Además, la nieta de Tulo, Domicia Lucila, era nuera de Annio Vero, el prefecto de la ciudad nombrado por Adriano. Faustina, hija de Vero, estaba casada con

otro hombre eminente de Nemauso, T. Aurelio Fulvo. Aunque esas familias de la nueva elite tuvieran poco contacto personal con su lugar de origen, podemos suponer que seguían poseyendo fincas allí. Adriano dispondría de numerosas posibilidades de alojamiento. Vienna (Vienne), Arelate (Arlés), Vasió (Vaison) y otras ciudades de la Narbonense podían ufanarse de tener ciudadanos con asiento en el Senado romano—y anteriormente pudieron haber tenido aún más. Una inscripción del valle del Ródano en honor de un tal Q. Valerio Macedón, magnate de Vienna, explica que «el deificado Adriano le ofreció la banda ancha [del rango senatorial] con la cuestura y le permitió renunciar a aquel honor».¹²

Llegado el momento de marchar a Hispania, la ruta de Adriano le habría llevado, sin duda, por la antigua vía Domicia. Podemos suponer que visitó Narbo Martius (Narbona), la colonia original, fundada el 118 a.C. como «bastión del Imperio contra los pueblos bárbaros» (en frase de Cicerón) y capital de la provincia. Ya hemos mencionado la posibilidad de que el emperador contara con un nuevo prefecto de la Guardia (Rammio Marcial) originario de la colonia. A diferencia de las antiguas ciudades de origen galo, como Vienna y Nemauso, no se sabe que hubieran salido todavía senadores de Narbona. Adriano elevó en este momento a aquel rango a uno de sus ciudadanos más destacados, L. Emilio Arcano, que había desempeñado tres mandatos como tribuno ecuestre de la legión, el tercero en la II Augusta del Ejército de Britania. A diferencia de Valerio Macedón, Arcano no renunció a «ingresar por elección en el *amplissimus ordo*». Adriano habría conocido a Arcano en Britania y quizá cayó en la cuenta, si es que no se lo recordó el propio Arcano, de que el padre de aquel hombre había sido amigo del poeta Marcial.¹³

En cualquier caso, Marcial debió de haber estado presente en los pensamientos de Adriano mientras se acercaba a Tarraco (Tarragona). Uno de sus mejores poemas, dedicado a su paisano Liciniano, celebra una visita de su amigo a Bílbilis, pero no para pasar el invierno: llegadas las nieves de diciembre y el áspero cierzo, Liciniano se marchó a «las soleadas tierras de Tarraco» y pasó el tiempo cazando. Aquellos versos debieron de haber atraído a Adriano, quien seguramente los conocería; la persona a quien estaban dedicados era, como Adriano, un protegido de Licinio Sura, mencionado al final del poema. En la vía que bajaba a Tarraco, Adriano pudo haber visto numerosas inscripciones y, sin duda, estatuas de aquel gran hombre. Aunque era probablemente originario de la colonia de Celsa, una localidad del interior venida entonces a menos, es evidente que Sura tenía propiedades e influencia en Barcino, que se encontraba en la ruta de Adriano. Un antepasado de Sura había sido conmemorado también en Tarraco por medio de un arco sobre la carretera que lle-

vaba a la ciudad. Adriano se habría detenido seguramente con anterioridad en Barcino, ciudad natal de Pedanio Fusco, marido de su sobrina Julia. Fusco habría sido por entonces un posible heredero de Adriano, si se hubiera pensado en esa eventualidad. De hecho, es probable que la pareja viajara con el emperador.¹⁴

No hay duda de que Adriano había estado ya en Tarraco, hacía, quizá, más de treinta años, en su viaje de ida y vuelta a Itálica cuando era un muchacho, pues marchó probablemente por tierra, como el grupo de personas de la Bética que visitaron a Floro en Tarraco. Es posible que el emperador estuviera bien informado acerca de la historia de la ciudad, la fundación romana más antigua de Hispania, creada por los hermanos Escipión el 218 a.C., al comienzo de las guerras púnicas—se conservan unas macizas murallas construidas por ellos. El hijo del hermano menor, el futuro Escipión Africano, fundó Itálica doce años después. Tarraco había sido su cuartel general del 211 al 206 a.C. Allí había convocado, en el 211 y 210, a representantes de los aliados hispanos de Roma. Es perfectamente posible que Adriano tuviera presente aquel distante precedente histórico cuando planeó su propio *conventus* de todos los «Hispani». No se puede dudar de que pensaba también en Augusto, que había invernado en Tarraco hacía casi exactamente ciento cincuenta años. La primera información dada por el biógrafo de la HA sobre la estancia de Adriano en Tarraco es que «reconstruyó el templo de Augusto con su propio dinero».¹⁵

Daba la casualidad de que Tácito había relatado su construcción original en el primer libro de los *Anales*, situándola en el año 15: «[Tiberio] dio su aprobación a la demanda de los hispanos que se dispusieron a erigir un templo a Augusto en la colonia de Tarraco, lo que constituyó un ejemplo para todas las provincias». La planta de Tarraco estaba organizada en dos secciones divididas por un gran circo. Sobre dos terrazas del sector nordeste de la ciudad se hallaban los principales edificios públicos, incluidos dos foros y el templo de Augusto, además de la zona reservada para las reuniones del consejo de la provincia de Hispania Citerior, encargado de la administración del culto imperial. Suponemos que aquel fue el escenario del *conventus* de Adriano.¹⁶

La presencia de Adriano en Tarraco en el 150 aniversario de la primera vez en que un emperador recibió el nombre de Augusto (16 de enero del 27 a.C.) coincidió, al parecer, con una importante medida política. Las monedas imperiales de esas fechas abrevian de manera drástica los títulos de Adriano. En vez de aparecer como «Imp. Caesar Traianus Hadrianus Aug.», no tardaron en presentarlo simplemente como «Hadrianus Augustus». El mensaje transmitido por aquella leyenda es suficientemente claro: el emperador deseaba ser visto como un nuevo Augusto. Aquella idea había estado sin duda en su mente

desde hacía algún tiempo. No puede ser una mera casualidad lo que llevó a Suetonio a escribir en su recién publicada *Vida del divino Augusto* que el primer emperador «había estado muy lejos de desear aumentar el Imperio u obtener la gloria en la guerra», afirmación que su propio relato parece contradecir en un pasaje posterior. Tácito, en cambio, que no mantuvo contactos con Adriano—ni sintió simpatía por él—desde el primer momento, pero era consciente de sus aspiraciones a que se le considerara un Augusto *redivivus*, parece insinuar de manera subversiva en los *Anales* la posibilidad de hallar en Tiberio un paralelo más adecuado.¹⁷

Sea como fuere, y al margen de los simbolismos que puedan atribuirse a la estancia de Adriano en Tarraco a comienzos del 123, la gran asamblea fue el principal acontecimiento. El emperador debió de haberse pronunciado sobre muchos asuntos, pero solo se ha conservado información acerca de uno de ellos: la proclamación de una leva, un *dilectus*. La aportación de soldados por parte de Hispania no era ninguna novedad. Los regimientos auxiliares de astures, bracaraugustanos, celtíberos, várdulos y vascones, así como de otros *hispani* no determinados, atestiguan la continuidad de las tradiciones marciales de la península durante el principado. Adriano pensaba, probablemente, en el servicio en las legiones. Hispania solo había tenido una en su territorio, la VII Gemina, en Legio (León), en el noroeste, durante más de dos generaciones. Mil hombres de la VII Gemina acababan de ser enviados a Britania, donde probablemente deberían quedarse para siempre, asignados a las legiones británicas, lo que supuso, sin duda, un traslado inoportuno. En ese momento, la VII Gemina requería un complemento. Además, Adriano podría haber planeado ya una intervención al otro lado del estrecho, en Mauritania. Este proyecto requeriría también el envío de tropas desde Hispania.¹⁸

En cualquier caso, la reacción fue desfavorable. «Los “itálicos” se opusieron con un discurso cargado de humor; y los demás, con toda seriedad»; Adriano «deliberó sobre el asunto con circunspección y habilidad», dice el biógrafo de la HA, que cita a Mario Máximo. La información nos deja sin conocer el resultado, pero parece posible que se realizara una leva y que siguiera llevándose a cabo de manera regular durante unos buenos cuarenta años. La identidad de los *Italici* constituye otro de los misterios. A no ser que el autor haya escrito con descuido—o que el texto esté corrompido—, la palabra *Italicis* no puede referirse a los representantes de la ciudad de origen de Adriano, a quienes se debería denominar propiamente *Italicensibus*. De todos modos, la frase sugiere que había una diferencia entre hispanos de ascendencia italiana y nativos con derecho de ciudadanía, lo cual es, en realidad, perfectamente verosímil, pues, a fin de cuentas, existían palabras distintas para ambas categorías: *His-*

panienses para los descendientes de emigrantes, e *Hispani* para los naturales del país. Pero esto no hace que el relato resulte plenamente inteligible. ¿Por qué los ítalo-hispanos habrían de protestar con «humor», y los otros de forma apasionada? En todo caso sería de esperar que los primeros protestaran con mucha mayor vehemencia, pues para entonces los italianos propiamente dichos estaban prácticamente exentos del servicio militar, mientras que los provinciales coloniales o romanizados suministraban a las legiones occidentales el grueso de los reclutas. La respuesta puede ser, quizá, que todos los hispanos dieran por supuesto que las legiones iban a recibir principalmente sus reclutas de las *coloniae* situadas en las provincias fronterizas. En tal caso, los *Italici* habrían comentado en tono de humor la dificultad de que aquella leva pudiera afectarles a ellos.¹⁹

Es posible que, mientras se celebraba la asamblea—«en ese momento», escribe el biógrafo de la HA, lo que podría querer decir: «mientras [Adriano] se hallaba en Tarraco»—,

se enfrentó a un gran peligro del que salió muy airoso. Mientras paseaba por unos jardines, un esclavo de su anfitrión se precipitó furioso sobre él con una espada. Adriano lo sujetó y se lo entregó a los sirvientes que corrían a su encuentro. Una vez sabido que el esclavo estaba loco, lo entregó a los médicos para que lo trataran y él no se alteró lo más mínimo.

Podemos imaginar que el anfitrión innominado de Adriano era, quizá, C. Calpurnio Flaco, antiguo sumo sacerdote del culto provincial al emperador, corresponsal de Plinio y padre de un senador. Como era de esperar, los provinciales hicieron cuanto pudieron por honrar a Adriano. El recinto del templo de Augusto rebosaría pronto de estatuas suyas. Algunos años más tarde, el consejo de la provincia encargó a un sumo sacerdote «dorar las estatuas» de Adriano—probablemente eran de bronce y habían comenzado a cubrirse de cardenillo.²⁰

Los movimientos de Adriano tras la conclusión de la asamblea hispana solo pueden ser objeto de conjetura. Pero las posteriores monedas del emperador conmemoran el *exercitus Hispanicus* y presentan a Adriano en trance de arengar a las tropas y la imagen clara de un águila de la legión. Por tanto, es natural deducir que visitó la única base legionaria, la de la VII Gemina, situada en Legio (León). La ruta desde Tarraco le habría llevado por Ilerda (Lérida), donde César había obtenido una victoria en la guerra civil del año 49 a.C., Celsa y Cesaraugusta (Zaragoza). De allí podía haber continuado su camino pasando por Numancia (cerca de Soria) y Clunia. Pero, si según se ha sostenido,

marchó deliberadamente siguiendo las huellas de Augusto, es más probable la ruta que remontaba el curso del Ebro, pasaba por Calagurris (Calahorra, patria de Quintiliano) y continuaba en dirección oeste hasta Segisama (Sasamón), donde el propio Augusto había establecido su campamento en la guerra cántabra antes de retirarse a Tarraco para invernar. De allí, Adriano pudo haber seguido viaje hasta León. Es posible que hubiera estado ya allí mucho antes, cuando Trajano se hallaba al mando de la VII Gemina. También podemos imaginar una visita a Astúrica (Astorga), sede del procurador y del *iuridicus*, a sólo unos kilómetros al oeste de León. El *iuridicus*, Ti. Claudio Cuartino, llevaba allí, al parecer, varios años. La inscripción fragmentaria de su *cursus honorum* grabada en el pedestal de una estatua procedente de Ostia, junto con otra de Lugduno (Lyon), muestra que había cubierto dos destinos especiales «por orden de Adriano». El primero consistió, probablemente, en «realizar una leva»; el segundo le llevaría lejos de Hispania.²¹

En general, se ha negado que Adriano visitara las otras dos provincias hispanas, Lusitania y Bética. Las posteriores monedas conmemorativas festejaban únicamente a Hispania, a Adriano como «restaurador» de toda la península y su *adventus* a aquel territorio. No se muestran las tres provincias por separado sino, simplemente, una elegante figura de Hispania con una espiga de trigo, una rama de olivo y un conejo para simbolizar los productos naturales ibéricos. Lo único seguro es que evitó de forma patente su ciudad originaria de Itálica, según atestigua expresamente Casio Dión: es probable que sus «compatriotas» le hubieran estado esperando y quizá habrían preparado una petición para que se elevara el rango de su localidad. Sin embargo, tuvieron que presentar la petición por escrito; Adriano les respondió en un discurso pronunciado ante el Senado. Sea como fuere, no hay motivos para suponer que no viajó al sur de León por la carretera principal que, cruzando la meseta por Salmantica (Salamanca) y Norba (Cáceres), iba a Emérita (Mérida) y desde allí a Córduba (Córdoba) bajando por el valle del Betis (Guadalquivir). Quizá sea demasiado proponer que pudo haber continuado descendiendo por el gran río hasta Híspalis (Sevilla). Aquello habría agravado tanto más el desaire a Itálica, situada en la orilla opuesta a solo unos kilómetros de allí. Adriano tenía muchos amigos en otras ciudades de la Bética. Además, es posible que deseara visitar Gades (Cádiz), patria de su madre. En cuanto a Itálica, aunque se negara a aparecer personalmente en ella, Adriano dio dinero a manos llenas a su ciudad de origen, que fue reconstruida espléndidamente y dotada de edificios públicos desproporcionados para la importancia de la localidad—el nuevo anfiteatro, por ejemplo, sería uno de los mayores de todo el Imperio.²²

Aunque el itinerario de Adriano sea muy incierto, la HA parece encami-

narlo hacia el sur en su compendiadísimo resumen. Tras el episodio del esclavo loco de Tarraco, la biografía parece volver a un asunto anterior, la construcción de fronteras artificiales, con el pasaje citado en relación con el *limes* de Germania Superior—en él se dice que, donde no había ríos que hicieran de línea divisoria, apartó a los bárbaros con grandes postes «a manera de empalizada». Es posible que este pasaje se halle fuera de lugar y deba ir justo antes de la descripción de la visita a Britania y la construcción del muro. Sin embargo, la siguiente frase habla no solo de otro asunto concerniente a Germania —«nombró un rey de los germanos»—, sino que añade que «acabó con los levantamientos de los moros y se ganó el agradecimiento público del Senado».

Es posible que, en la fuente de la *HA*, las observaciones sobre fortificaciones fronterizas—la empalizada germánica—estuvieran expresamente vinculadas al nombramiento de un rey germano, quizá el de los catos, situados justo al otro lado del nuevo *limes* del Wetterau, o el de los hermundurios de Turingia. De hecho, no hay ninguna razón que impidiera a Adriano tomar ambas medidas por carta desde el sur de Hispania. En otras palabras, es posible que la erección de la empalizada germana no se decidiese hasta después del inicio de la construcción del muro en Britania.²³

La eliminación de los *motus Maurorum* es un asunto distinto. Es, sin duda, probable que Adriano acudiera a Mauritania en persona, de lo contrario, el «agradecimiento» votado por el Senado parecería fuera de lugar. Resulta imposible saber con certeza si los disturbios fueron un rebrote de los conflictos solventados por Marcio Turbón cinco años antes, provocados, según se suponía, por la caída y muerte de Lusio Quieto, aquel gran personaje mauritano. En cualquier caso, esta vez Adriano no estaba lejos sino que se encontraba a mano allí mismo y no hay razón para negar su intervención personal. Si hubiera actuado a través de sus subordinados, la *HA* habría sido perfectamente capaz de decirlo (como lo haría con los éxitos militares de Antonino Pío). Además, la mención de las fronteras artificiales inmediatamente antes de los «disturbios moros» permiten conjeturar que Adriano ordenó a los gobernadores de las dos provincias mauritanas prestar también atención a este asunto. Es muy probable que pretendiera realizar una inspección personal de las provincias norteafricanas y, en particular, de la frontera.²⁴

El biógrafo de la *HA*, decidido a compendiar su fuente, ha condensado de forma drástica los movimientos de Adriano. Es evidente que el emperador recibió informes que le llevaron a acortar la siguiente etapa de su gira; su presencia en el Este era fundamental: «En ese preciso momento se estaba gestando una guerra contra los partos». Adriano mandó llamar al *iuridicus* de Hispania Citerior, a quien se dio órdenes de reunir destacamentos de dos legiones

orientales y desplazarse a la frontera del Éufrates. Él le seguiría a continuación. Cuando le llegaron las noticias del otro lado del Imperio, se hallaba, con toda probabilidad, en Mauritania, esto es, al menos, lo que se deduce del orden de los sucesos narrados en la *HA*. El hipotético paso del sur de Hispania a Mauritania el 123 iba a ser el último contacto personal de Adriano con las provincias más occidentales del Imperio. El nuevo Augusto tenía más que hacer en el Este.²⁵

REGRESO AL ESTE

El paso de Adriano del extremo occidental al oriental del Mediterráneo durante el año 123 ha sido calificado como la etapa peor documentada de todos sus viajes, al menos por lo que respecta a su principal fuente, la biografía de la HA. Tras mencionar el agradecimiento del Senado por la eliminación de los disturbios en Mauritania, el biógrafo da un salto brusco: «En ese mismo momento se estaba gestando una guerra contra los partos que fue impedida por una intervención personal (*conloquium*) de Adriano». En otras palabras, el emperador negoció con los partos, probablemente a orillas del Éufrates. No se dice nada sobre cómo llegó allí. Todo apunta a un viaje por mar siguiendo la costa norteafricana para arribar luego a Seleucia de Pieria, el puerto de Antioquía en Siria. El barco que aparece en las monedas de Alejandría del año 123-124 podría aludir a este viaje.¹

Por más urgente que fuera aquel asunto, no hay por qué concluir que Adriano navegó directamente a Siria. Se pueden postular algunos altos en su viaje y proponer dos o tres etapas. No tenemos por qué pensar que se dedicaron únicamente al descanso y el esparcimiento. Sería mucho suponer que Adriano llegó a la frontera de Numidia. En un primer momento pudo haber proyectado, quizá, realizar esa visita—el año 123 se habían emprendido obras importantes en la ruta principal que iba de Cartago a Tebeste. Pero el emperador pudo muy bien haber llamado a su presencia al comandante de la legión III Augusta, Metilio Secundo, para mantener una conversación con él y darle órdenes de proyectar una nueva línea fronteriza fortificada.²

Podemos apelar a un fragmento de una fuente perdida en apoyo de la presencia de Adriano en suelo de África por estas fechas. Su liberto Flegonte dedicó al reinado de Adriano sus dos últimos libros, el 15 y el 16, de su obra histórica, *Las Olimpiadas*. Aunque solo se han conservado algunos extractos aislados, dan a entender que el relato de Flegonte sobre aquellos años seguía el itinerario imperial. El propio Flegonte debía de formar parte del séquito imperial junto con el liberto Alcibiades de Nisa, chambelán (*a cubiculo*) de Adriano, al que iba a dedicar la obra. El libro 15 cubría al parecer los años 117-125; Flegonte aludía en él a «Furnita, una ciudad de África cuyos habitantes se lla-

man furnitanos». Esto significaría que Adriano tuvo alguna relación con una localidad de este nombre antes de su principal visita a África el 128, relación sobre la que se trataría en el libro 16. Había dos lugares llamados Fornos, o más bien Furno: Furno Menor, a poca distancia al oeste de Cartago, en el valle de Bagradas, en la ruta principal a Membresa, y Furno Mayor, a unos cien kilómetros al sudoeste de Cartago, en el camino a Tebeste y la frontera con Numidia. Podría parecer más verosímil que Adriano pasara unos días en Furno Menor, cerca de Cartago. Sin embargo, Furno Menor no obtuvo su diploma de *municipio* hasta el siglo siguiente. Furno Mayor gozaba de ese rango en la década del 180 y, quizá, lo había obtenido de Adriano durante su fugaz visita. Un número considerable de otras ciudades romanas del norte de África recibieron, sin duda, privilegios de Adriano, pero es preferible atribuir estas medidas a una visita posterior. Furno Mayor, por ejemplo, pudo haber sido la sede de la hipotética reunión entre Adriano y el legado Metilio Secundo.³

Nos es desconocida la identidad del procónsul que recibió a Adriano en Cartago. Pudo haberse tratado perfectamente de Atilio Brauda, que había sido cónsul el mismo año que Adriano y había desempeñado el cargo de gobernador de Britania en tiempos de Trajano. A juzgar por la inscripción que recoge su carrera, Bradua acompañó, al parecer, a Adriano en sus viajes. Es posible que se uniera por primera vez al grupo imperial en esta etapa. Pero también pudo haber estado con Adriano los dos años anteriores y haberse quedado en Cartago para ejercer el proconsulado.⁴

Otra etapa verosímil de la ruta hacia el Este es la Cirenaica. La provincia —o semiprovincia, pues era administrada juntamente con Creta— había quedado considerablemente arrasada en la sublevación judía de unos años antes. Las medidas tomadas por Adriano se habían puesto ya en práctica: una inscripción del año 119 hallada en Cirene recoge su orden de restaurar «baños con pórticos y juegos de pelota y otros edificios adyacentes destruidos e incendiados durante los disturbios judíos». Al cabo de más de veinte años, los cireneos tuvieron ocasión de grabar en un lugar público—probablemente el Cesáreo—varias decisiones imperiales referentes a su ciudad. Uno de esos textos ha sido identificado como una alocución pronunciada por Adriano ante el pueblo reunido (y no una carta enviada por él). La inscripción fragmentaria alude a la donación de fondos para la instrucción de jóvenes de buena familia, los efebos, el tipo de patrocinio exactamente característico de Adriano. El emperador daría más tarde muestras de una especial benevolencia para con la antigua colonia doria, que tenía para entonces más de siete siglos de existencia y se sentía orgullosa de su condición de metrópoli de los helenos del norte de África. Aparte de este dato, las monedas imperiales llaman a Adriano «restaurador de

Libia», donde sabemos que fundó una nueva ciudad. Hadrianópolis, que llevaba el nombre del emperador, se convirtió en el sexto miembro de la anterior Pentápolis (rebautizada entonces como Hexápolis). Estaba situada en la costa, entre Arsínoe o Tauquira (Tukrah) y Berenice (Bengasi), y el suministro de agua le llegaba de una fuente de la «ceja del Gebel» (como llamarían sus posteriores habitantes a las laderas bajas de la Montaña Verde que se alza sobre la fértil llanura). La finalidad de la fundación de Hadrianópolis fue, probablemente, proporcionar un nuevo hogar a los numerosos griegos que lo habían perdido todo en la sublevación judía. Al margen de si Adriano puso pie en la Cirenaica en aquel momento, sería seguramente consciente de la extrema hostilidad de los griegos cirenaicos hacia los judíos, que sin duda le afectó.⁵

Podemos suponer que el grupo imperial navegaría hasta Creta desde Apolonia (Marsa Sousa), el puerto Cirene. Debemos reconocer que la prueba citada en apoyo de una estancia de Adriano en la isla no es adecuada. Pero, por lo menos, es perfectamente verosímil que, de camino a Siria, más que avanzar costearo el litoral de Libia y Egipto, tocara Creta y pusiera, luego, rumbo al norte. Así mismo es también muy posible una visita a Chipre. Podemos observar que, el año 123, el procónsul de la isla era Calpurnio Flaco, un hispano hijo del hombre que se ha propuesto como anfitrión de Adriano en Tarraco. El «explorador de todo tipo de curiosidades» no debió de pasar por alto la oportunidad de ver las dos grandes islas del Mediterráneo oriental. Contra la visita a Creta y Chipre se puede aducir que la amenaza de la guerra contra los partos era demasiado importante y Adriano necesitaba poner rumbo al Este con la mayor rapidez posible. No obstante, era, sin duda, necesario hacer algún que otro alto en el camino—y el emperador podía tomar, además, medidas para enfrentarse a aquella emergencia—. Claudio Cuartino había marchado, seguramente, por delante para reunir efectivos de la legión II Trajana de Judea y de la III Cirenaica de Egipto y llevar seguidamente aquella fuerza al Éufrates a la espera de Adriano.⁶

Podemos conjeturar con verosimilitud que el emperador se hallaba en la capital de Siria en junio del año 123. Por más confuso e incompetente que pueda ser, Juan Malalas, el cronista bizantino temprano, parece haber contado con mucha información sobre Antioquía y notifica que Adriano fundó un «festival de las fuentes» que se habría de celebrar cada 23 de junio. Su función era, evidentemente, señalar el final de las obras de diversas dotaciones. Tras el terremoto sufrido ocho años antes, debieron ser necesarias numerosas reconstrucciones. Malalas cita los baños públicos y un acueducto para Antioquía, y en Dafne «un teatro de las fuentes» y un santuario para las ninfas. Los «Baños de Adriano» seguían existiendo un siglo después. Además, la enciclopedia bi-

zantina conocida con el nombre de *Suda* informa sobre la construcción de un «elegantísimo templo de Trajano» en Antioquía por orden de Adriano para señalar la apoteosis de su predecesor. Adriano habría ordenado iniciar las obras antes de marchar de Siria en el otoño del 117. Seis años parecen un plazo suficiente para la terminación del edificio. Honrar al conquistador—a pesar de que su última campaña concluyera casi en desastre y que Adriano hubiera abandonado las nuevas provincias—parecía un acto oportuno en un momento en que estaba a punto de celebrarse un encuentro con el soberano parto. Seguramente no es casual que las acuñaciones alejandrinas del año egipcio de 123-124 volvieran a conmemorar a Trajano.⁷

Adriano debió de haber avanzado hasta la frontera para el *colloquium*; aquellos encuentros diplomáticos tenían lugar tradicionalmente a orillas del Éufrates, y cada uno de los bandos cruzaba por turno a la otra orilla para celebrar una cena. El Ejército sirio, que se encontraba allí, debía de contar con abundantes fuerzas, además de los miembros de la Guardia, los Guardas Montados y Cuartino con su destacamento. Es probable que también enviara tropas el Ejército de Capadocia. No se especifica quién se hallaba en el bando parto. Se supone que se trataba del rey; pero, ¿qué rey? Seguía habiendo dos soberanos y debemos conjeturar que quien se presentó fue Cosroes. En cualquier caso, era él quien había negociado con Adriano hacía cinco años, poco antes de desaparecer para siempre de escena dejando a su rival Vologeses como vencedor indiscutible (durante un tiempo). Adriano se había reconciliado con Cosroes el 117 al deponer a Partamaspates, su hijo rebelde, a quien Trajano había instalado en Ctesifonte como una marioneta de Roma. De todos modos, le había concedido un premio de consolación al acomodarlo en el principado temporalmente vacante de Osroene, constituido en torno a Edesa (Urfa), el fértil rincón noroccidental de Mesopotamia. Según documentos de Edesa, Partamaspates reinó conjuntamente con Yalud durante casi cuatro años, del 118 al 122, y luego solo durante diez meses más. Ahora, la dinastía abgárida había sido repuesta en Edesa en la persona de Manno (Ma'nu VII bar Izates). No sabemos qué ocurrió con Partamaspates. Es posible que la presencia constante de aquel hijo repudiado junto a sus fronteras fuera la razón de que Cosroes amenazara con una guerra. De ser así, Adriano resolvió el problema cediendo. Sin embargo, no se dice nada sobre otro motivo de discrepancia, aunque es seguro que se planteó la cuestión: la hija de Cosroes seguía de momento en poder de los romanos, al igual que el trono del Estado de los partos. Ambos habían sido tomados por Trajano y continuaban retenidos como bazas para una negociación.⁸

La «cumbre» a orillas del Éufrates parece haber quedado reflejada en las monedas imperiales que, con la leyenda «expeditio Aug.», siguieron anunciando

do durante algún tiempo que Adriano se hallaba en campaña. Debemos suponer que la expresión aludía a las visitas a Britania, Mauritania y la frontera oriental. Las monedas muestran por esas fechas al dios Jano, una clara indicación de que estaban finalizando las actividades bélicas de Adriano. Cuando se cerraban las puertas del templo de Jano—las «puertas de la guerra»—, reinaba la paz en todo el Imperio. Es poco probable que Adriano delegara en algún otro la celebración de esa ceremonia y nuestras escasas fuentes no mencionan a nadie más. El historiador Orosio, del siglo v, que tenía especiales motivos para interesarse por aquel rito pagano, se quejaba de no poder recordar que se hubiera dicho nada sobre su celebración entre la apertura de las puertas por Vespasiano y Tito (probablemente en el 72) y por Gordiano III (el año 242).⁹

En cualquier caso, Adriano se quedó en la frontera. No hay duda de que nueve años antes, al comenzar la guerra, había acompañado a Trajano y el ejército hasta el interior de Armenia. Ahora podía inspeccionar la parte norte del *limes* oriental en la provincia de Capadocia. Si, según parece probable, el gobernador de la provincia era en ese momento su amigo Brutio Presente, Adriano tendría garantizada una grata compañía durante su inspección de las guarniciones del valle alto del Éufrates y las calurosas tierras de Anatolia, principalmente las fortalezas de las dos legiones: Mitilene, donde se hallaba la XII Fulminata, y Satala, al norte del río Lico, en Armenia inferior, guarnicionada en ese momento por la XV Apollinaris. Es probable que, el año 114, Adriano hubiera sido testigo en Satala de la recepción ofrecida por Trajano al rey de los heníocos y marchara con él hacia el Este hasta Elegía, donde se realizó la anexión de Armenia Mayor como provincia romana. «Adriano permitió a los armenios tener un rey», informa escuetamente la *HA*, sin decir nada más.¹⁰

Es improbable que el emperador fuera a Elegía en esta ocasión. Tal vez, un enviado armenio le presentó sus respetos en Satala. Nos podemos preguntar, de hecho, si recorrió toda la línea fronteriza del Éufrates. Es muy posible que dejara la difícil ruta del río después de Mitilene y continuara en dirección noroeste hasta Sebastía (Sivas), y al norte hasta Neocesarea, en el valle del Lico. Neocesarea y Nicópolis, situadas bastante al este sobre la ruta de Satala, recibieron nombres adicionales en su honor: Hadrianópolis y Hadriane, respectivamente, lo cual no es una prueba de su presencia allí. Sin embargo, Neocesarea aparecía probablemente mencionada en el libro 15 de *Las Olimpiadas* de Flegonte, lo que constituye un indicio de que formó parte de su itinerario antes del año 125. Otra localidad de la región comenzó a llamarse también Hadrianópolis; se trata de Amasia, en el valle del río Iris, a unos 110 kilómetros al oeste de Neocesarea. Tampoco en este caso está demostrado que la hubiera visitado ni en ese momento ni más tarde. Es posible que, a pesar de su afición.

por el turismo literario, el hecho de que Amasia fuese el lugar de nacimiento del geógrafo Estrabón no le dijera nada a Adriano, pues es difícil que alguien hubiera leído su extensa *Geografía*, al menos hasta la época bizantina.¹¹

Unos años después, Arriano envió varios informes a Adriano siendo gobernador de Capadocia. Su *Periplus* o *Circunnavegación del Ponto Euxino* tiene un comienzo bastante brusco: «Llegamos a Trapezunte [Trebisonda/Trebson], una ciudad griega, según dice Jenofonte, situada a orillas del mar y colonia de los ciudadanos de Sínopo. Y allí, en el punto exacto desde donde lo hizo Jenofonte—y también tú—, contemplamos a nuestros pies con agrado el mar, el Euxino». Adriano debía de conocer el famoso momento de la *Anábasis* en que la vanguardia de los Diez Mil llegó a lo alto de la ruta que atraviesa los montes Teques—el paso de Zigana, a más de dos mil metros de altitud. «Entonces estalló un gran grito». Jenofonte y la retaguardia supusieron que se trataba de un ataque enemigo; se adelantó a toda prisa con la caballería y comprendió lo que gritaban sus hombres: «Thálatta, thálatta!», '¡El mar, el mar!'; Jenofonte y los suyos tuvieron que abrirse paso luchando para bajar hasta la costa, donde sus paisanos griegos de Trapezunte «los recibieron amablemente» y les proporcionaron bueyes, cebada y vino; ellos ofrecieron sacrificios «a Zeus por su liberación, a Heracles para que les guiara, y a los demás dioses tal como habían prometido».¹²

Arriano insinúa que Adriano siguió aquel ejemplo y continúa informando de que «los altares siguen en pie, pero son de piedra tosca y, por tanto, las inscripciones no tienen trazos suficientemente nítidos; además, hay errores en la inscripción (*epígramma*) griega». El cantero había sido, evidentemente, un «bárbaro», un no griego. Arriano hizo que se volvieran a labrar los altares y se escribieran letras claras sobre piedra blanca. La inscripción griega—la otra estaba, probablemente, en latín—pudo haber sido muy bien un epigrama en verso compuesto por Adriano. Arriano pasa luego a explicar el templo «de sillares cuadrados, una obra bastante notable»; sin embargo, la estatua del propio Adriano guardaba un parecido escaso y era poco adecuada en otros aspectos, a pesar de estar colocada en un hermoso emplazamiento, con una mano apuntando al mar. Arriano pidió que fuera sustituida, «pues el lugar merece un memorial eterno». Es probable que la estatua se diseñara con la intención de apuntar hacia el nuevo puerto cuya construcción había ordenado Adriano y al que Arriano se refiere más adelante en su *Periplus*. La estatua de Hernes no era tampoco digna del santuario y de su ubicación. Arriano pidió a Adriano que le enviara igualmente otra escultura para sustituirla que «debería tener cinco pies de altura [1,5 m, aproximadamente]; y también una de Filecio (Apolo) de cuatro pies [1,20 m]».¹³

De la expresión de Arriano parece deducirse que Adriano solo avanzó hacia el este hasta el asentamiento siguiente a Trapezunte, el puerto de Hiso, a poco más de treinta y dos kilómetros por la costa, donde había una guarnición formada por una cohorte de infantería. Nada permite sugerir lo contrario en la descripción que hace Arriano de las comarcas más distantes. El autor se refiere en varios lugares a los soberanos nativos; de algunos de ellos se afirma en concreto que «recibieron de ti [de Adriano] la dignidad real», aunque no es, sin duda, necesario que los cuatro la obtuvieran en el momento de la estancia del emperador en Trapezunte. Al escribir su *Periplus* unos años después, Arriano recoge como un suceso reciente la muerte de un cliente de Roma de mayor relevancia, el rey del Bósforo Cimerio, Crimea. El monarca era Cotis, cuyo reinado se puede datar entre los años 123/124-131/132. Era descendiente de Asandro, el soberano impuesto por Julio César, casado con Dínamis, nieta de Mitrídates el Grande. Más tarde se habían vuelto a forjar vínculos con los reyes de Tracia y el Ponto; ninguno de aquellos Estados clientelares existía ya, pero el reino del Bósforo pervivió hasta entrado el siglo III d.C. Sus soberanos, ciudadanos romanos desde el tiempo de Tiberio, llevaban con orgullo los títulos de «amigo de Roma y amigo de César». Parece claro que Cotis fue reconocido formalmente por Adriano en aquel momento. Flegonte anotó en su libro 15 de *Las Olimpiadas* que «Adriano ordenó entregar una diadema a Cotis, rey del Bósforo, y puso algunas ciudades bajo su mando, entre ellas la de Quersón». Quersón o, más bien, Quersoneso Táurico, era una ciudad griega de Crimea que había gozado durante un tiempo de la condición de ciudad independiente. Su traspaso al reino, así como el de otras *póleis* griegas, estaba destinado a garantizar su seguridad. No hay duda de que fue bien recibido por Cotis; además, las buenas relaciones con el reino del Bósforo eran importantes. De hecho, garantizaban que la orilla septentrional del Mar Negro formara parte del Imperio a todos los efectos. Tomando como analogía la India británica, se trataba de un «Estado principesco» bajo soberanía indirecta.¹⁴

La meta de Adriano después de Trapezunte fue la provincia vecina del Ponto-Bitinia. En su descripción resumida de la aproximación a Trapezunte desde el oeste costeanado el Mar Negro, Arriano añade lo siguiente: «Pero estoy contándote algo que ya conoces». Es evidente que, en el momento en que escribía, a comienzos de la década del 130, Arriano sabía que Adriano había realizado ya aquella navegación. Podemos deducir que se detuvo en puertos como Amiso, Sínope, Amástride y Heraclea Póntica. De haberlo decidido así, Adriano podría haber llevado consigo, probablemente, como lectura un ejemplar de una obra latina recientemente publicada: el décimo y último libro de las *Cartas* de Plinio Segundo. Plinio había sido gobernador del Ponto-Bitinia

hacía poco más de una década. Tras haber preparado personalmente para su publicación los nueve primeros libros de sus cartas, los había dedicado a Septicio Claro. Es posible que Septicio editara el libro 10, las cartas enviadas a Trajano y recibidas de él, correspondientes casi todas ellas a los dos años en que Plinio ocupó el cargo de gobernador. También es posible que, de no haberlas editado Septicio, su editor fuera Suetonio quien, de hecho, pudo haber intervenido en su composición, pues formaba parte, evidentemente, del equipo de Plinio en la provincia. En cualquier caso, es bastante probable que Adriano hubiera visto la colección.¹⁵

Plinio había dedicado a la mitad pónica de la doble provincia bastante menos tiempo que a Bitinia: la muerte interrumpió su mandato antes de concluir su segundo año como legado. La primera carta del Ponto se refiere a Sínope, donde recomendó la construcción de un nuevo acueducto. Trajano había accedido al plan, con tal de que pudiera pagarlo. Las otras dos únicas ciudades pónicas nombradas por Plinio son Amiso y Amástride; esta última se describe como «una ciudad elegante y ornamental que cuenta, entre sus características notables, con una calle muy hermosa y muy larga», pero el río que la atravesaba en toda su longitud era «en realidad una cloaca apestosa». Plinio proponía cubrirlo. En el momento de la primera visita de un emperador a la región había también allí asuntos que Adriano podía inspeccionar o que las autoridades podían plantear. Es de suponer también que Adriano leyó en algún momento las dos cartas que preceden a la que habla de Amastris: una solicitud para que se concediera a Suetonio, protegido de Plinio, los privilegios de los padres de tres hijos y la larga consulta sobre los cristianos. En la zona del Ponto eran muy numerosos—Sínope tenía obispo—, pero no hay duda de que se esforzaban por no hacerse notar. Al fin y al cabo, Plinio había ejecutado a unos cuantos; Trajano había aprobado aquella actitud para con los miembros fanáticos de la secta, aunque prohibió específicamente tratar de descubrirlos y ordenó ignorar las denuncias anónimas contra ella.¹⁶

Más al oeste, Heraclea organizó competiciones atléticas para efebos y hombres en honor de Adriano; es muy posible que se celebraran antes de una visita suya o como respuesta a su presencia. Al llegar a Bitinia propiamente dicha, el emperador se encontró en suelo conocido, pues seis años antes había ido allí por tierra procedente de Siria a través de Capadocia y Galacia pocos meses después de su ascenso al trono y quizá se quedó durante algún tiempo en Nicomedia, si no en Bizancio. En cualquier caso, parece sumamente probable que inviernara en Nicomedia en aquella ocasión. Hay que tener en cuenta que Nicomedia (Izmit), a la que solo la vecina Nicea (Iznik) disputaba la primacía de Bitinia, era la patria de Arriano. Resulta atractivo conjeturar que este, con

quien Adriano compartía tantos intereses, fuera ahora su anfitrión, como pudo haberlo sido el 117. En cualquier caso, Nicomedia es la única ciudad del Imperio conmemorada en las monedas imperiales, aparte de Alejandría; en ellas se aclama a Adriano como su «restaurador». La ciudad, al igual que Nicea, había quedado dañada por un terremoto poco antes de su visita. Ambas localidades fueron reconstruidas con generosas donaciones de Adriano, según anotan explícitamente cronistas posteriores. Las inscripciones en su honor sobre las puertas de Nicea nos brindan un ejemplo concreto de ese programa. Los donativos imperiales a Bitinia serían conmemorados en acuñaciones de monedas que registran su llegada y le llaman «restaurador» de la provincia.¹⁷

El terremoto pudo hacer que algunos de los proyectos de construcción, bastante numerosos, sobre los que Plinio había llamado la atención de Trajano acabaran teniendo poco más que un interés académico; es el caso, por ejemplo, del acueducto inacabado de Nicomedia; o, en Nicea, el del teatro a medio construir y el de la reconstrucción mal planeada del gimnasio. Adriano no habría podido reprimir, quizá, un estremecimiento de haber conocido las lacónicas observaciones de Trajano en respuesta a Plinio: «A esos grieguitos —*Graeculi*—les gustan los gimnasios». Al fin y al cabo, de joven, había tenido que soportar el apodo de *Graeculus*. No hay duda de que reaccionaría más favorablemente que Trajano a los comentarios iniciales y finales de una de las cartas en que Plinio proponía un plan grandioso para unir por medio de un canal el lago Sofón, a veintinueve kilómetros al noroeste de Nicomedia, con el Mar de Mármara. «Al observar tu fortuna y tu magnanimidad, me parece sumamente oportuno darte a conocer ciertos proyectos merecedores de tu nombre inmortal y tu gloria—y que aúnan la belleza y el beneficio público—», comenzaba. Tras esbozar el plan, Plinio informaba a Trajano de que uno de los reyes de Bitinia (el último de los cuales había legado su reino a Roma casi doscientos años antes) había iniciado la construcción de un canal. Pero, o bien había muerto, o sencillamente la había abandonado desesperado: «Sin embargo, ese mismo hecho me inspira y hasta me inflama—me deberás permitir que ambicione ampliar tu gloria—con el deseo de que des remate a algo que los reyes se limitaron a comenzar». *Peragi a te, quae tantum coeperant reges*: la frase podría haber sido un lema para Adriano en el Oriente griego.¹⁸

Podemos conjeturar posibles visitas a otras ciudades de Bitinia, por ejemplo a Bitinio-Claudiópolis (Bolu). Según informó Plinio, sus habitantes habían «construido—o más bien excavado—unos baños públicos gigantescos en una cavidad debajo de la montaña». El escritor manifestaba sus dudas sobre la financiación del proyecto, y es probable que los trabajos no hubieran concluido todavía. Aquella ciudad adoptaría así mismo el nombre de Hadriana, pero

también lo hicieron varias docenas más. Hay, sin embargo, otro dato más importante: Bitinio era la localidad natal de Antínoo, el joven que acabaría siendo el objeto de la pasión de Adriano. Más en concreto, Antínoo era un muchacho del campo, de las tierras altas boscosas de la comarca de Bitinio, y su hogar se hallaba en un lugar llamado Mantinio, próximo a la antigua frontera entre Bitinia y Paflagonia. Las fuentes no dicen nada sobre cómo y cuándo lo conoció Adriano. La mayoría de sus numerosísimos retratos son idealizados y representan a un muchacho de unos quince años, aunque uno, al menos, parece ser el de un joven que ronda los veinte. Esto permitiría deducir que había estado con Adriano un total de siete años—en otras palabras, desde el otoño del 123 o la primavera del 124 hasta su muerte en octubre del 130. No es muy probable que Adriano hubiera ido a Claudiópolis a finales del 117, en su viaje de Ancira al Danubio. En cualquier caso, Antínoo era, sin duda, demasiado joven en ese momento—y Adriano tenía demasiadas preocupaciones—como para que se hubiera producido algún encuentro significativo. De todos modos, parece verosímil que el emperador lo viera por primera vez en Claudiópolis, a menos que supongamos que Antínoo había estado, por ejemplo, en Heraclea participando en las competiciones atléticas para efebos. No obstante, fuera cual fuese el momento en que Antínoo se unió a Adriano—el año 123-124 o más tarde—, su presencia pública con el emperador no se menciona en ningún lugar antes de la gira por Egipto del 130. Aun así, el séquito imperial era, indudablemente, muy numeroso en aquellos viajes: aparte de la escolta militar y varios funcionarios—incluido el primer secretario—, con el equipo correspondiente, debían de formar parte de él la corte personal de Adriano compuesta por libertos y esclavos y diversos especialistas. El *Epitome de Caesaribus*, que depende quizá de Mario Máximo—y generaliza, tal vez, a partir de un episodio particular—se refiere a su «columna de compañeros», *agmen comitantium*, en sus giras por las provincias. Y añade que había organizado al estilo militar un equipo de «constructores, canteros, arquitectos y todo tipo de especialistas en levantar muros o adornar edificios». Difícilmente habría podido ser más claro el contraste con Trajano, cuya reticencia a enviar arquitectos o ingenieros militares a su gobernador Plinio se atestigua en varias ocasiones. Otro tipo de especialistas del grupo del emperador debieron de ser los cazadores. Antínoo pudo haber sido aceptado en el equipo imperial destinado a esa función.¹⁹

Una de las ciudades de Bitinia que debió de haber sido favorecida con una visita fue Apamea, no solo por ser una colonia romana, sino también por la poderosa razón de que su ciudadano más eminente, Catilio Severo, era amigo y antiguo compañero de armas del emperador. Se trataba del hombre a quien

Adriano había encomendado la provincia de Siria al acceder al trono. Es evidente que Catilio había realizado bien su trabajo, pues se le había honrado con un segundo consulado el año 120. Parece muy posible que Catilio considerara deseable embarcarse para viajar a su patria con el fin de dar la bienvenida a Adriano en persona. Catilio estaba así mismo vinculado a Nicea—y tenía, sin duda, propiedades en esa ciudad—y quizá recibió también allí al emperador. Adriano pudo haberse alojado en Nicea con otras familias romanas, como los Casios, antepasados del historiador Casio Dión, dueños de una finca situada en un emplazamiento atractivo en la ribera norte del lago Ascanio, entre Nicea y el Mar de Mármara.²⁰

También podemos postular una visita a Prusa ad Olympon (Bursa), que toma su epíteto de la gran montaña que se alza detrás de la ciudad, llamada así por el nombre de la sede de los dioses en Grecia, la madre patria. La vista desde aquel pico imponente (el Ulu Dag) pudo haber sido motivo suficiente para atraer a Adriano, dada su conocida tendencia a escalar montañas. El famoso orador Dión de Prusa, a quien debió de haber conocido, había muerto ya para entonces, pero sus actividades constructivas en su localidad natal, que le habían llevado a recurrir al gobernador Plinio, atrajeron, quizá, la curiosidad de Adriano. Además, se dice de este que había tenido un amigo íntimo llamado Polieno, cuya ciudad natal era probablemente Prusa. En cualquier caso, un destacado bitinio de igual nombre había estado en Roma el 106-107 y se personó ante el Senado en la causa contra el procónsul Vareno Rufo. Unos años después, Plinio tuvo que ocuparse de un problema en Prusa. La casa de un tal Claudio Polieno, legada al emperador Claudio más de cincuenta años antes y, por tanto, propiedad imperial, se hallaba en ruinas. Claudio Polieno había pretendido que se erigiera en ella un santuario dedicado a Claudio, pero nada de eso se había llevado a cabo y Plinio propuso destinar el lugar a unos baños públicos, con una sala y columnatas dedicadas a Trajano. Es muy probable que el edificio se hallara todavía en estado ruinoso—la respuesta de Trajano había sido bastante reticente—. Adriano tenía allí algo que inspeccionar.²¹

Habría sido natural que el emperador viajara directamente de Bitinia hasta la provincia contigua de Asia, donde está bien documentada su presencia en el verano del 124, pasando desde Cízico, en el norte, hasta un punto tan alejado en el sur como Éfeso. Sin embargo, una fuente de naturaleza poco habitual, escrita por una persona que acompañaba a Adriano en sus viajes por aquellas comarcas, el sofista y profesor de Retórica Polemón, insinúa que, antes de entrar en Asia, Adriano cruzó el Mar de Mármara hasta Tracia. Polemón cuenta cómo acompañó «en cierta ocasión en sus viajes al mayor de los emperadores». El episodio escogido para su descripción tuvo lugar durante una cacería

en la provincia de Asia, en el curso del viaje iniciado cuando «partimos de Tracia hacia Asia con soldados y carruajes que escoltaban al emperador». A excepción del viaje realizado el 124, no parece haber ningún otro que encaje en esa ruta. El relato de Polemón aparece en su *De Physiognomia*, obra dedicada al descubrimiento del carácter a partir de los rasgos faciales—conservada solo en traducción árabe—; como es comprensible, no todos los topónimos mencionados son reconocibles a primera vista. «Tracia», por ejemplo—en árabe *Traqa*—, es una corrección de la lectura *Braqa* del manuscrito. La ruta, sin embargo, se puede reconstruir satisfactoriamente: de Tracia, Adriano marchó a la provincia de Asia, para seguir luego a Jonia, Sardes y algunas comarcas de Lidia y Frigia; desde el continente fue a Rodas por mar y a través de las islas, y de allí se embarcó para Atenas.²²

Antonio Polemón tenía unos diez años menos que Adriano y era una de las personalidades más destacadas del mundo griego. Su familia procedía de Laodicea, a orillas del río Licos, en la frontera entre Frigia y Caria, y él mismo había nacido en aquella localidad y seguía manteniendo vínculos con ella. Sin embargo, estaba asociado de manera especial a la fastuosa ciudad costera de Esmirna. Su antepasado Zenón, conocido como un diestro orador, se había hecho súbitamente famoso al dirigir la defensa de Laodicea contra una invasión parta el año 41 a.C. Polemón, hijo de Zenón, había sido nombrado por el triunviro Antonio soberano de un vestigio del reino del Ponto y había fundado una dinastía que reinó hasta que Nerón integró el reino en la provincia de Capadocia. Entretanto, la familia había establecido lazos con las monarquías de Tracia y el Bósforo de Crimea. Así, el gran sofista de Esmirna era pariente lejano del recién entronizado Cotis—quien, de hecho, fue tan atolondrado como para inscribirse como alumno de Polemón, que le sonsacó unos honorarios de diez talentos. Es bastante posible que se hubiera unido a Adriano en este viaje precisamente en el Ponto oriental, donde sus antepasados habían gobernado en otros tiempos y donde él seguía teniendo, probablemente, algunas posesiones. Polemón pudo haber continuado en el grupo imperial durante el viaje al oeste a lo largo de la costa, aunque parece improbable que invernara en Bitinia. En cualquier caso, es fácil ver por qué Tracia, una tierra donde su familia había reinado también en otros tiempos, podía haber sido un lugar idóneo para juntarse con Adriano.²³

Filóstrato, el biógrafo de los sofistas, tenía mucho que contar acerca de Polemón y explica claramente el tipo de personalidad destacada que era, sobre todo en Esmirna, donde «benefició a la ciudad con la apertura de su escuela». Polemón atrajo alumnos «selectos y auténticamente helenos de otros continentes e islas», desempeñó un cometido importante en el Gobierno de la ciu-

dad creando armonía interna en una comunidad anteriormente dominada por las facciones y actuó como embajador de Esmirna ante la corte. «Adriano, en cualquier caso, había favorecido hasta entonces a Éfeso, pero Polemón le indujo a apoyar la causa de Esmirna» y consiguió para ella unas generosas dádivas—aquel viaje fue, sin duda, la ocasión de ganarse el favor de Adriano. Sin embargo, no debemos tomar demasiado al pie de la letra ese cambio de actitud en el emperador, que habría dejado de beneficiar a Éfeso para hacerlo con Esmirna—si hubo algo de eso, tardaría varios años en hacerse realidad.²⁴

Aquel intelectual griego seguro de sí podía parecer un arrogante: «Trataba a las ciudades como a inferiores suyos; a los emperadores, como si no estuvieran por encima de él; y a los dioses, como a sus iguales», comenta Filóstrato. Trajano, que no era conocido precisamente por mantener unas relaciones estrechas con los intelectuales, había favorecido a los descendientes de las casas reales del Este, como Julio Cuadrato Baso, su gran mariscal. Aunque carecía de los atributos de Cuadrato, Polemón—de linaje regio, además de sofista—obtuvo de Trajano, según Filóstrato, el notable privilegio de «poder viajar libremente por tierra y mar». Adriano amplió aquel derecho a sus descendientes. Al parecer significaba que podía utilizar los servicios del sistema de postas imperiales, el *cursus publicus*, lo mismo que un mandatario romano en el ejercicio de sus deberes. Es posible que su uso no fuera muy del estilo de Polemón, pero el privilegio le permitía, probablemente, exigir alojamiento en cualquier lugar a donde fuese, lo cual podía resultar caro. «Suscitó críticas porque, cuando viajaba, lo hacía seguido por una larga reata de animales de carga, además de muchos caballos, sirvientes y perros de caza de diferentes razas. Él mismo solía ir montado en un carruaje frigio o celta con bridas ribeteadas de plata». Así era aquel intelectual aristócrata griego que se unió al séquito de Adriano, con quien compartía la pasión por los caballos, los perros y la caza.²⁵

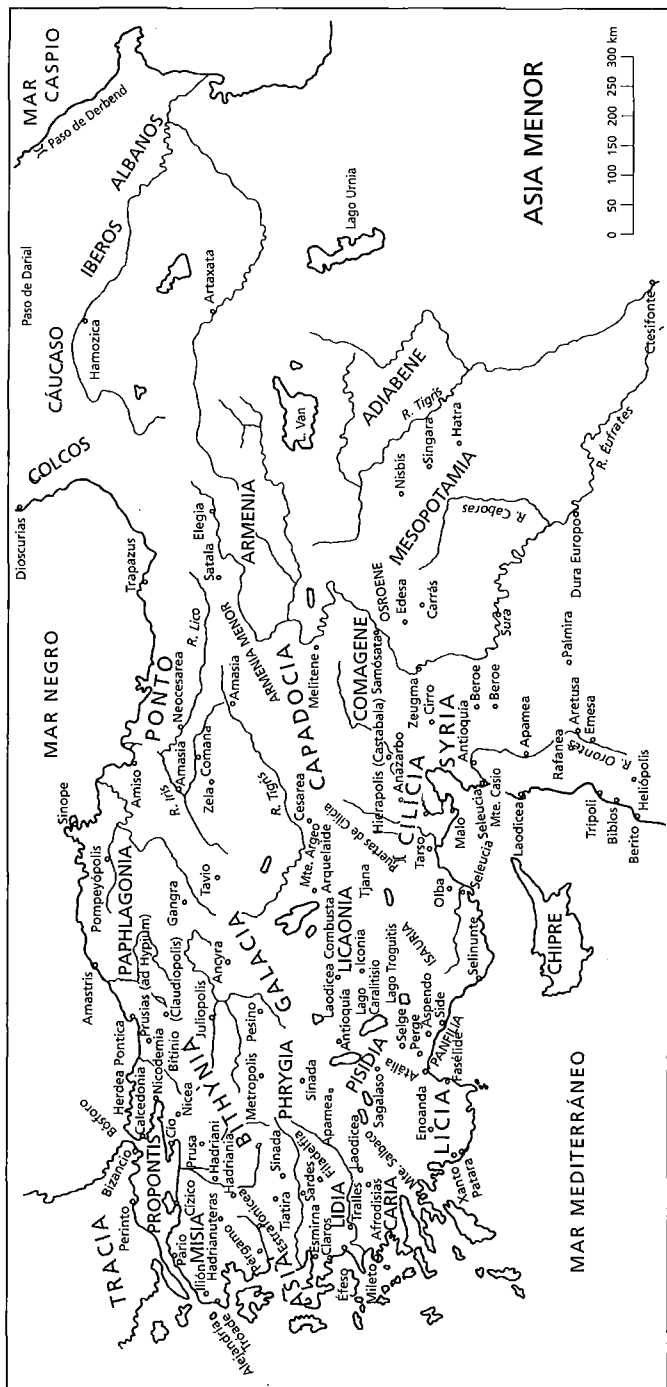
Las actividades de Adriano en su visita a Tracia no pasan de ser objeto de conjetura. Las medallas conmemorativas, acuñadas en fechas posteriores de su reinado, no nos proporcionan ninguna pista; la personificación de la provincia, representada en una emisión por una figura masculina pero, en los demás casos, simplemente, por una mujer revestida de una capa con una túnica corta y sin atributos distintivos, aparece saludando al emperador; la leyenda informa sobre la llegada imperial. Otra emisión conmemoraba al ejército de la provincia (compuesto solo por unos pocos regimientos auxiliares y ninguna legión). El cambio de nombre de Oresta (una ciudad refundada por Trajano) por el de Hadrianópolis (Adrianople) pudo haberse producido en aquellas fechas. Por lo demás es difícil que eludiera una visita a Perinto, sede del gobernador, aunque la erección de una estatua a Adriano en aquella localidad el año

126 no constituye por sí misma una prueba de su presencia. El año 124 llegó allí un nuevo legado, Tineyo Rufo, que quizá fue establecido en su cargo por el propio emperador en persona. Pocos años después Tineyo sería designado para un destino especialmente difícil, la provincia de Judea. La gira de Adriano por Tracia debió de haber concluido junto a la ruta que, más allá de Perinto, atravesaba la colonia claudiana de Apros para entrar en el Quersoneso tracio. Se trataba de un distrito poco corriente, pues había sido dominio imperial desde tiempos de Augusto y era administrado por un procurador imperial. Adriano convirtió en *municipium* una de las ciudades de la península, Cela, rango anómalo e inesperado en un distrito de lengua griega. Es posible que la localidad tuviera un componente latino importante. En el año 124 podemos señalar también en Tracia una fuerte actividad en la construcción vial. Por otra parte, el rey del Bósforo, recién instalado en su reino, tenía que ganarse el trono: una inscripción de mayo o junio del 124 registra su victoria sobre los escitas de Crimea, lo que supuso la realización de operaciones navales. Adriano pudo haber considerado prudente permanecer cerca. Se ha postulado que en su gira marchó más al norte, hasta el Danubio, pero parece improbable. Es evidente que había dejado el Ejército del bajo Danubio en manos seguras al trasladar a su amigo Brutio Presente de Capadocia al gobierno de Mesia Inferior. A continuación pudo pasar a Asia con Antonio Polemón, junto con sus «soldados, vehículos» y un variopinto acompañamiento.²⁶

UN VERANO EN ASIA

A comienzos del 124 había llegado ya el momento de dejar Tracia y navegar de vuelta a Asia, en este caso a la provincia romana llamada con ese nombre. El primer destino debió de haber sido Cízico. Lo primero en aparecer a la vista de Adriano habría sido la isla de Proconeso y, tras ella, el pico de la península de Cízico, sobre el que se alzaba el gran templo de Zeus. La «noble ciudad», en expresión de Floro, con su ciudadela y su puerto, sus murallas y torres de mármol, era la «gloria de Asia». Cízico había ejercido un especial atractivo sobre los romanos. Un amigo senador del poeta Propercio residió en ella durante muchos años; había sido también el lugar natal de una princesa de la familia de Polemón, Antonia Trifena, hija del rey del Ponto; y Licio Muciano, aquel amante de los placeres, marchó al parecer allí tras perder el favor de Claudio—le encantaban de manera especial las ostras de Cízico. Pero el reciente terremoto había asolado la ciudad, lo mismo que Nicea y Nicomedia. Cízico necesitaba ayuda, y sus habitantes habían apelado ya, sin duda, al emperador.¹

Entre las personas que aguardaban la llegada de Adriano y su cortejo a la entrada de la provincia se hallarían no solo algunos notables de la ciudad y del consejo provincial sino también el procónsul Pompeyo Falcón, amigo de Adriano, a punto ya de concluir su año de mandato. Pola, la esposa de Falcón, no se encontraría, sin embargo, con él, pues había fallecido en la provincia dejando a este viudo y con un hijo pequeño. A Adriano le bastaba con remediar la destrucción causada por el terremoto para recibir expresiones efusivas de agradecimiento. Pero Cízico le ofreció una oportunidad de hacer algo más. El enorme templo de Zeus, iniciado trescientos años antes por los reyes de Pérgamo—Apolónide, la esposa del rey Atalo I, era de Cízico—, era un edificio que se había de completar. Aquello constituía un reto para Adriano. No necesitaba haber leído la urgente solicitud dirigida a Trajano por Plinio «para rematar lo que los reyes se habían limitado a iniciar». La tarea acometida en Cízico a consecuencia de su visita iba a conocerse como una de las siete maravillas del mundo, «el mayor y más bello de todos los templos», escribiría Dión—y, finalmente, no llegaría a terminarse en vida de Adriano.²



Mapa 4. Asia Menor.

En su estado inacabado, el templo era ya lo bastante espléndido como para atraer la atención de Plinio el Viejo: sus bloques de mármol estaban adornados con filetes de oro. Adriano se mostró espléndido concediendo fondos, pero también contribuyó toda la provincia, pues en aquel momento se concedió a Cízico el codiciado rango de *neocorus*, Guardiania del Templo del culto imperial, igualando así en categoría a Pérgamo, Éfeso, Esmirna y Sardes. El propio Adriano compartiría el templo con Zeus—su estatua colosal iba a colocarse en el frontón. El edificio concluido se alzaba sobre tres niveles, produciendo un efecto de conjunto denominado laberíntico por las naves subterráneas abovedadas donde, al parecer, se celebraban misterios. El diámetro de las sesenta enormes columnas del santuario (*cella*) superaba con mucho los 2 metros y su altura era de más de 21.³

Es evidente que Cízico consiguió otras señales de favor imperial, además de esa gran empresa. La ciudad adoptó el nombre de Hadriana y comenzó a celebrar competiciones atléticas denominadas Hadriania; es además probable que un templo de Deméter atestiguado por primera vez en las monedas de la ciudad acuñadas durante el reinado de Adriano, le debiera al menos su finalización. Las ciudades vecinas de Apolonia y Miletópolis se beneficiaron también de la presencia de Adriano en la zona, pues ambas le llamaron, como mínimo, «salvador y fundador». No obstante, por más interesante que le resultara el proyecto de Cízico, es difícil que Adriano hubiera permanecido allí más de unas pocas semanas. Le aguardaban otras partes del «país de las quinientas ciudades», como se llamaba—con cierta exageración—a la provincia de Asia. Su itinerario parece haberle llevado a lo largo de la costa hacia el oeste para cruzar el río Gránico, lo que le permitió inspeccionar el lugar de la primera gran victoria de Alejandro, y seguir hasta Pario, donde César había fundado una colonia. En cualquier caso, Pario adoptó el nombre de Hadriana, y Adriano aparece con la denominación de «fundador», *conditor coloniae*. Siguiendo los pasos de Alejandro después de Gránico, Adriano se dirigió a Troya. Allí, donde la pequeña ciudad de Ilíon se enorgullecía de su condición de patria de los antepasados troyanos de Roma, inspeccionó la tumba ruinosa que, según se decía, era la de Áyax, el héroe aqueo, y ordenó su reconstrucción. Un poco más adelante, bajando hacia la costa, se encontraba la localidad de Alejandría de Tróade, fundada por los sucesores de Alejandro y reconstituída como colonia romana. Aquella ciudad honraría a Adriano como *restitutor*, aunque sus principales favores tardarían varios años en hacerse realidad.⁴

La siguiente etapa del viaje estaría dedicada al interior boscoso y montañoso y a la caza. Según informa el biógrafo de la HA, «fundó en cierto lugar

una ciudad, Hadrianuteras, por haber realizado allí una cacería afortunada y haber matado una osa en algún momento». Hadrianuteras (Balikesir), en la fértil llanura de Misia, conmemoraría a su fundador con monedas de bronce en las que aparece el emperador a caballo con la cabeza de su presa en el reverso. La *HA* explica el suceso como el antojo de un autócrata; sin embargo, aquella parte de Misia se prestaba a ese tipo de acciones. Más adelante fundaría otras dos nuevas ciudades en las fértiles llanuras enmarcadas por bosques primigenios: Hadriania (Balat), entre los ríos Macesto y Rindaco, y Hadriani (Orhaneli), a los pies del Olimpo.⁵

El curioso episodio descrito por Polemón en su obra *De physiognomia* pudo haber ocurrido en algún lugar de las montañas de Misia. El autor quiere demostrar que los ojos pequeños y hundidos son señal de un carácter malicioso. «En cierta ocasión encontré a un hombre de *Qwrnyn*—el nombre en su versión árabe ha sido objeto de diferentes enmiendas, pero se refiere probablemente a algún lugar de Misia—con unos ojos así y otras características faciales amenazadoras,

un tipo insolente y groseramente desvergonzado, uno de esos que incitan a crear problemas a las autoridades, de esos a quienes la gente rehúye, que odian a las personas leales, son audaces para llevar a cabo acciones deshonrosas y no cesan nunca de hacer daño a sus propios camaradas, en fin, personas borrachas y dominadas por una furia incontrolable.

Tras presentar el escenario describiendo cómo acompañaba «al mayor de los emperadores de Tracia a Asia» y esbozando brevemente el itinerario, el autor vuelve a su tema. «Una vez llegados a Asia, me alojé en casa de aquel hombre», desconociendo, probablemente, cuál era su verdadero carácter; quizá Polemón no había estudiado aún fisiognomía.

Allí se hallaba él con sus cómplices armados en torno al emperador—y, en absoluto, con la intención de honrarle o porque se sintiera bien dispuesto hacia él—. Al contrario, aguardaba una oportunidad para causarle daño y llevar a cabo sus malignos designios, que no le daban tregua. Además, tenía consigo a sus compañeros de maldad, de quienes era jefe y señor. Tal era entonces nuestra situación: el emperador se hallaba ocupado en sus preparativos, disponiéndose activamente para salir de caza, de modo que no tuvimos oportunidad de hablar con él. Mis amigos y yo estábamos sentados e intercambiando opiniones sobre el emperador, hablando de la situación tan incómoda en que se encontraba, tan lejos de la vida placentera que, según la gente, disfrutaba. Continuando con nuestra conversación, mencionamos también a aquel hombre

y todos expresaron su asombro ante su descaro. En medio de aquella conversación, alguien los sobresaltó saliendo de entre los árboles:

Era aquel tipo malvado de quien habíamos estado hablando: se había acercado sigiloso para escuchar a escondidas. «Todo eso no ha podido referirse a nadie más que a mí», dijo. «A ti nos referíamos», respondí yo, «y manifestábamos nuestro asombro por tus modales. ¡Dínoslo ya! ¡Cuéntanos cómo te has echado encima semejante carga y cómo puedes soportar tales tensiones en tu alma!». La consecuencia de aquello fue un súbito estallido. El hombre admitió llevar en su interior un demonio responsable de los malos deseos de su alma, y se echó a llorar: «¡Ay de mí; estoy destruido!». ⁶

Es difícil calificar este curioso relato de prueba de una conspiración contra la vida de Adriano; tampoco responde, ni mucho menos, a un supuesto atentado de Lusio Quieto para matar al emperador a finales del año 117, como se ha llegado a afirmar en alguna ocasión. Más bien parece un intento del arrogante Polemón de desacreditar a alguien que demostró ser un anfitrión de mal carácter y escasa cortesía—y, quizá, borracho—, obligado a darle hospitalidad. Apenas podemos tomarnos en serio que aquella persona y sus compañeros llegaran a constituir una amenaza al encontrarse armados en torno a Adriano en un momento en que un grupo de cazadores bien equipados se preparaba para salir a realizar una batida. En cualquier caso, se dijo que Nigrino había conspirado para asesinar a Adriano durante una cacería o en un sacrificio ofrecido antes de salir a cazar. Por otra parte, el año anterior, un esclavo perturbado había atacado a Adriano en Tarraco, y aquel mismo otoño, en Atenas, se comprobaría que se habían prohibido los cuchillos, portados normalmente en las ceremonias religiosas. ⁷

Podríamos añadir que Polemón aprovechó la oportunidad de retratar en la misma obra a otra persona que no le gustaba, su rival Favorino—a quien tampoco nombra—, describiéndolo de forma muy poco halagüeña. Adriano, en cambio, es objeto de elogio por sus ojos brillantes, signo de un carácter puro y sin tacha (el único ejemplo de esas dotes en toda la obra *De physiognomia*). Según la descripción que se hace de ellos, los ojos de Adriano poseían las características exactas de un verdadero «heleno y jonio» tal como las definiría Adamancio, un escritor posterior: «lánguidos, brillantes, penetrantes y llenos de luz». ⁸

Desde Hadrianuteras, la ruta de Adriano le llevó, al parecer, hacia el sur, hasta el río Macesto, y, pasada su cuenca, al valle alto del Caico, donde se detuvo en Estratonicea. Es evidente que volvió a ceder a su pasión por la caza—y que otorgó al lugar el rango de ciudad y el nombre de Hadrianópolis: pocos

años después, los habitantes de la ciudad le honraron como su fundador con el nombre de Zeus Cazador (*Cynegesi*). Una carta de Adriano escrita desde Roma cuatro años más tarde en respuesta a una petición de Estratonicea ha permitido deducir que, durante aquella visita, se alojó en casa de un tal Ti. Claudio Sócrates—y que el edificio fue consagrado a continuación, aunque la carta no dice nada de estos asuntos y trata únicamente de la necesidad de repararlo.⁹

De momento no existe ningún documento explícito sobre la presencia de Adriano en Pérgamo, pero no es posible que, hallándose en esa parte de Asia, no visitara la antigua ciudad real. En realidad, pudo haber estado allí antes de marchar a cazar a Misia. Fuera cual fuese la ruta seguida por Adriano, debió de haber vuelto sobre sus pasos al menos en una parte del viaje que le llevó por el valle del Caico. Como en esta ocasión el plan general consistió, por lo visto, en recorrer la parte norte de la provincia, parece lógico que sus actividades cinegéticas en las montañas de Misia fueran su primera actividad. En Pérgamo, una importante metrópoli que superaba con creces los cien mil habitantes, tenía mucho que ver y admirar, en especial sus famosos santuarios de Zeus y Atenea, Asclepio y Sérapis, además del de Trajano. En la acrópolis, junto a la ciudadela o palacio de los reyes, donde es de suponer que se alojó Adriano, se alzaba el colosal altar de Zeus y Atenea adornado con relieves conmemorativos de la victoria del rey Eumenes II sobre las hordas bárbaras de los celtas tres siglos atrás. El templo de Trajano iba a ser aún mayor. Había sido concebido, evidentemente, como templo de Trajano y Zeus Filio, el dios de la amistad. ¿Reflejaba aquella titularidad los estrechos vínculos existentes entre Trajano y Julio Cuadrato y Cuadrato Baso, naturales de Pérgamo? En cualquier caso, el plan experimentó un cambio. El gran santuario se transformaría en un templo dedicado conjuntamente a Trajano y Adriano, cuyas estatuas colosales sedentes, muy superiores al tamaño real, se colocarían a ambos lados de la *cella* interior. No quedaba sitio para Zeus Filio. Como el enorme edificio había sido construido con mármol blanco brillante, su apariencia eclipsaría a los demás de la acrópolis, de piedra gris o rosa.¹⁰

Pérgamo había tenido ya en fechas tempranas un templo dedicado a la diosa Roma y había participado de manera destacada en el culto imperial desde sus comienzos—el autor del *Apocalipsis* tenía motivos para decir a la Iglesia de Pérgamo: «Habitas donde tiene su trono Satanás». En aquel momento, la ciudad gozaba del rango superior de ser «guardiana del doble templo». En Pérgamo se ampliaron o construyeron santuarios para otras divinidades. El templo de Asclepio, de más de quinientos años de antigüedad, iba a convertirse en un amplio complejo al que acudían a buscar remedio los enfermos adi-

nerados y pertenecientes a la elite culta. Adriano sería honrado en él como «un dios sumamente manifestado, un nuevo Asclepio». El epíteto de «sumamente manifestado» se puede interpretar como una confirmación de que Adriano había aparecido realmente en persona en la ciudad.¹¹

Además de visitar la biblioteca real del templo de Atenea, famosa en otros tiempos por sus doscientos mil libros—de pergamino, el material fabricado en Pérgamo como sucedáneo del papiro—, Adriano habría encontrado a personas cultivadas y eminentes que le recibieron en sus casas. Cuadrato Baso, cuyo monumento habría contemplado, era solo uno más de una corporación ya numerosa de destacados dignatarios residentes en aquella ciudad. Probablemente no fue casual que se nombrara cónsul al año siguiente a un miembro de una familia de Pérgamo. Se trataba de L. Cuspicio Camerino, posible descendiente (a juzgar por sus nombres) de una familia de comerciantes italianos asentada en la ciudad desde hacía muchas generaciones. Rufino, hijo de Camerino, «ennoblecido» así por la promoción de su padre, llegaría a ser cónsul *ordinarius* en los primeros años del siguiente reinado. Las grandiosas donaciones de Cuspicio Rufino transformarían el gran santuario de Asclepio y darían testimonio de la considerable riqueza de aquella familia.¹²

Un beneficiario indirecto de la visita de Adriano fue, según se puede deducir, el joven arquitecto Elio Nicón, que habría prosperado gracias al ambicioso programa constructivo. Su nombre de Elio indica la concesión de la ciudadanía por Adriano. Galeno, hijo de Nicón, nacido cinco años después de su visita, no debió de haber conocido al emperador, sin embargo, resulta extraño que, en sus voluminosos escritos, el gran médico se refiera a él solo en raras ocasiones y que la mención más larga sea una anécdota poco amable. Podemos conjeturar legítimamente que Nicón u otros miembros de la familia de Galeno—o antiguos amigos—le habían transmitido recuerdos desfavorables de Adriano y solían relatar una determinada historia, pues el incidente en cuestión tuvo lugar en Pérgamo.

Según se cuenta, el emperador Adriano hirió en cierta ocasión en el ojo a uno de sus criados con una pluma. Al descubrir que el hombre había perdido la vista de aquel ojo a consecuencia del golpe, le llamó a su presencia y le invitó a pedir un obsequio. Pero el hombre se mantuvo callado. Adriano repitió el ofrecimiento y, entonces, el hombre le dijo que todo cuanto quería era volver a tener su ojo.

Los detalles suministrados por Galeno son irritantemente escasos, pero al menos nos muestran a Adriano no dictando sino escribiendo con su propia mano—y haciéndolo, quizá, con una pluma con punta de hierro, y no con un

punzón, si el incidente ocurrió en Pérgamo, donde escribiría con tinta sobre pergamino. De todos modos, es imposible adivinar si el escrito era oficial o privado. Por otra parte, aunque Galeno da a entender que Adriano hirió a su sirviente—un esclavo, sin duda—en un estallido de cólera, podía muy bien haberse tratado de un accidente.¹³

Desde la acrópolis de Pérgamo, Adriano pudo haber contemplado la costa y el golfo de Mitilene, más allá de la llanura del Caico. Aunque un gran número de inscripciones atestiguan el leal agradecimiento de la isla de Lesbos, y en especial de Mitilene, su principal ciudad, no pueden demostrar por sí solas que el emperador llegara a visitarlas. El título de «Liberador» (*Eleutherius*), con el que se le veneró en Mitilene, sugiere que quizá concedió a esta localidad el rango de «ciudad libre». Es más probable que la siguiente etapa de su viaje le llevara de nuevo hacia el interior, a Sardes—su presencia allí está atestiguada, al menos, por la traducción árabe de la obra *De physiognomia* de Polemón, un texto reconocidamente corregido. Parece razonable proponer que marchó por la vía que recorría el valle del Caico y giró hacia el sur en Germa, deteniéndose en Tiatira (Akhisar) como parada intermedia. Thyatira y Nacrasa, situada un poco al este de la vía principal, presentan testimonios de devoción pública y privada a Adriano por los beneficios recibidos de él. Hay indicios de que pudo haber realizado un largo desvío al este. La ciudad de Saftas, situada entre la cuenca alta del río Hermo y su afluente, el Hilo, acuñó monedas pensadas, seguramente, para conmemorar su visita. El anverso muestra un busto de Adriano; y el reverso, la ciudad personificada dando la mano al emperador. Las indicaciones dadas en el *De physiognomia* de Polemón de que Adriano viajó de Tracia a Jonia visitando Frigia y Lidia, incluida la ciudad de Sardes, abogan por un desvío en esa dirección. La localidad de Saftas, en Lidia, era conocida en la región como «tierra quemada», *katakekauménē*, y se caracterizaba por los restos de volcanes apagados. Frigia noroccidental formaba también parte de la «tierra quemada». Es posible que Adriano marchara directamente hasta las fuentes del Hermo para ascender al monte frigio de Díndimo. Si llegó hasta un punto tan alejado tierra adentro, es posible que se acercara a Sardes desde el este, tras recorrer el valle del Hermo.¹⁴

La antigua capital lidia a orillas del río Pactolo, una ciudad mucho más antigua que Pérgamo, pero de menor categoría en aquellas fechas, seguía produciendo personalidades notables; la más importante, Ti. Julio Celso Polemiano, había sido uno de los primeros griegos en acceder al consulado, el año 92. Pero Polemiano había fallecido ya para entonces y, en cualquier caso, había trasladado sus afectos a Éfeso. Uno de los notables de Sardes en aquel momento, Julio Pardalas, caballero romano, se hallaba sin duda ausente el 124, pues acaba-

ba de ocupar un alto cargo en Egipto. De Sardes era también Menemaco, destinatario del ensayo de Plutarco titulado *Preceptos de gestión política*, concebido para mostrar a los griegos las realidades y limitaciones de la vida pública bajo el gobierno romano. Tras algunas reflexiones preliminares, Plutarco entra en materia:

Ahora, sin embargo—cuando entre los asuntos de las ciudades no se incluye la dirección de la guerra, el derrocamiento de un tirano o la conclusión de alianzas—, ¿qué puestos quedan para una carrera conspicua y brillante?: los pleitos públicos, y las embajadas ante el emperador.

Tras aducir más ejemplos de la historia tanto griega como romana, Plutarco admite que el tipo de actividad a la que todavía puede dedicarse el estadista griego, como la desempeñada por él mismo en su ciudad natal—la supervisión de los edificios públicos—puede parecer ridícula o trivial, pero no debería ser menospreciada.

En cualquier caso, Menemaco debería recordar no solo lo que solía decirse Pericles a sí mismo—«Cuidado, gobiernas a personas libres, gobiernas a griegos, a ciudadanos atenienses»—, sino también otro consejo: «Tú que gobiernas como un mandatario te hallas bajo el poder de procónsules y procuradores imperiales que no son “los lanceros de la llanura”; tampoco tu ciudad es aquella antigua Sardes ni posee el afamado poderío de los lidios». Al cumplir con sus deberes, Menemaco tendría que acordarse de «mirar el calzado de los magistrados romanos por encima de tu cabeza [...]. Muchos han experimentado “el terrible castigo, el hacha que hiende el cuello”, como el sufrido por tu compatriota Pardalas y sus seguidores cuando olvidaron los límites de su posición». Pardalas, se nos dirá más adelante—padre quizá del alto funcionario Julio Pardalas—había provocado casi la destrucción de Sardes «al involucrarla en la rebelión y la guerra» (desconocemos las circunstancias del caso).

Según Plutarco, los griegos que participaban en la vida pública debían evitar dar motivos de queja a los «gobernantes» y procurar tener amigos en puestos elevados, «pues los romanos ansían siempre promocionar los intereses de sus amigos». Conseguir favores para la propia ciudad es mucho más valioso que las procuraturas y los Gobiernos provinciales, fuente de sustanciosos beneficios. El estadista griego debería mostrarse obediente a Roma, pero no servil: «Quienes solicitan la decisión del soberano para cualquier decreto, reunión de la asamblea, concesión de privilegio o medida administrativa le obligan a comportarse como un dueño más de lo que él mismo desea».¹⁵

Plutarco había escrito esas palabras unos veinticinco años antes. Es casi se-

guro que aquel anciano autor había muerto ya para entonces—pero Adriano le había conocido y apreciado; en efecto, había sido él quien erigió una estatua en Delfos para conmemorar el acceso de Adriano al trono, y éste le había recompensado con algún rango oficial. Podemos imaginar, por tanto, que habría leído el ensayo y que, en cualquier caso, conocía perfectamente los sentimientos expresados en él. Le resultaba imposible poner remedio a la rivalidad entre las ciudades griegas ejemplificada de manera extrema por la impaciencia de Polemón, su compañero de viaje, por llevar a Adriano a Esmirna. Es indudable que no consiguió atenuar a corto plazo el envilecimiento de los griegos ante el poder soberano. En su debido momento desarrollaría un plan para inculcarles cierto sentimiento de orgullo por el helenismo. Mientras tanto, podemos señalar que, bajo su mandato, los griegos continuaron su expansión en todos los niveles de la elite gobernante romana. La asombrosa carrera de Cuadrato Baso, el gran magnate de Pérgamo, había mostrado, sin duda, que un griego podía ejercer el alto mando en las guerras de Roma. También seguía siendo posible progresar en un plano más modesto. Por aquellas mismas fechas, Adriano nombró un nuevo legado para la legión III Augusta que actuaría de hecho como gobernador de Numidia. Se trataba de Julio Mayor, originario de Nisa de Asia, descendiente del rey del Ponto, antepasado de Polemón. El hecho de que los griegos pudieran ocupar cargos no solo en el este, sino también en el remoto oeste latino, era un signo real de que los tiempos estaban cambiando. No mucho después, un joven de Pérgamo, Claudio Cárax, se hallaría al mando de las legiones de Britania.¹⁶

Sardes podía ufanarse en tiempos de Adriano de un poeta de cierta calidad, un hombre llamado Estratón. No hay pruebas directas de que Adriano se reuniera con él o conociera su obra, pero el tema casi exclusivo de los versos de Estratón pudo haberle resultado atrayente al visitante imperial. Se han conservado casi un centenar de sus epigramas: en su «corazón no había lugar para el amor a las mujeres»; se sentía «arder con una inextinguible llama de amor a los muchachos».¹⁷

La ciudad tenía un especial interés histórico y cumbres a las que ascender: el fuerte persa, colgado en el roquedo situado sobre el gran templo de Deméter, combinaba ambos atractivos. Hay una inscripción en honor de Adriano procedente de Troceta, en el monte Tmolos, en la que se nombra al procónsul Falcón, pero, probablemente, es de fecha anterior a la llegada de Adriano, pues podemos dar por seguro que el año de mandato de Falcón concluyó en la primavera del 124. Su sucesor, Peduceo Priscino, era, sin duda, quien ocupaba el cargo en aquel momento. Una dedicatoria a Adriano y Sabina en la ladera noroccidental del monte Tmolos, frente a la carretera de Esmirna, po-

dría hacer pensar en la presencia del emperador, y en que también Sabina estuvo allí.¹⁸

En cualquier caso, el grupo del emperador tomó a continuación, seguramente, la dirección de Esmirna. Al hallarse Polemón en compañía de Adriano, las expectativas de esta ciudad debieron de ser altas. Se había desembolsado oportunamente una suma colosal de dinero—diez millones de dracmas—para la construcción de un mercado de grano y un gimnasio mayor que cualquier otro de la provincia, así como para el templo de Zeus que se alzaba encima del Golfo. Se consiguieron preciosas columnas de mármol—de las canteras imperiales—, no solo de la cercana Sínnada de Frigia, sino también las rojas de Numidia, muy apreciadas, así como las de pórfido de Egipto; el encargado de administrar los fondos fue Polemón en persona. Se concedió a Esmirna un segundo encargo de Guardiania del Templo (una vez obtenida la oportuna aprobación del Senado romano): el nuevo culto imperial tenía como objeto, por supuesto, al propio Adriano. Se formó un coro de veinticuatro voces para cantar un himno al dios Adriano, y la ciudad, agradecida, se llamó Hadriana, como era de esperar. En una carta oficial escrita aquel año y conservada en forma fragmentaria, en la que se menciona la creación del coro, se comentan también los «felicísimos tiempos del emperador Adriano, en los que el mundo entero ofrece sacrificios y oraciones para que viva para siempre y reine victorioso» (en Esmirna se grabó en piedra una copia de la carta). Otra inscripción enumeraba los donativos de individuos y grupos «y lo que hemos obtenido de nuestro señor el emperador César Adriano a través de Antonio Polemón» (sigue un listado).¹⁹

Polemón podía pretender haberse ganado al emperador Adriano para que favoreciera más a Esmirna que a Éfeso. Sin embargo, en esta fase al menos, era evidente la prioridad de esta última ciudad, al margen del segundo título de Guardiania del Templo: la visita allí iba a ser la culminación de la gira por la provincia de Asia. Además, Éfeso había sido muy favorecida por Augusto, lo cual constituía un motivo añadido para que el «nuevo Augusto» se sintiera atraído por aquella ciudad que proclamaba ser «la primera y máxima metrópoli de Asia». La llegada se haría por mar, según se puede deducir de una inscripción conservada en Éritras, en la costa situada frente a Quíos. La ciudad creó, de hecho, un «Festival de la arribada adriánica» (*Hadriáneia Epibatēria*) para conmemorar su desembarco en aquel punto. Adriano pudo haberse hecho a la vela en el Golfo de Esmirna, rodear el Promontorio Negro y atravesar el Estrecho de Quíos. Éritras, que carecía ya de cualquier importancia especial, había sido, no obstante, uno de los doce miembros originales de la Liga Jonia y podía contemplar tras de sí una ilustre historia. La Liga Jonia resultaba sin

duda atrayente para Adriano, que iba a ser honrado con el apelativo de «paniónios». Éritras compartía también con varios otros lugares de Jonia, principalmente Esmirna y Quíos, la pretensión de ser la cuna de Homero. Es difícil que aquel dato impresionara a Adriano, pues rechazaba a Homero y prefería a Antímaco de Colofón, y él mismo escribió una obra titulada *Catachannae*, 'popurri', en imitación de aquel poeta «cuyo nombre, incluso, era ampliamente desconocido», según afirma Dión. Sin embargo, Platón había admirado a Antímaco y Quintiliano había elogiado su «brío, gravedad y estilo nada vulgar», a pesar de que Plutarco pensaba que su fuerza y su vigor eran, más bien, forzados. Es posible que a Adriano le gustara el poema «Ártemis» de Antímaco, probablemente una composición en honor de la virgen cazadora.²⁰

Solo podemos conjeturar cuál fue el siguiente punto al que arribó la flotilla imperial después de Éritras; un puerto bastante probable es el de Teos, así como el de Nocio, que había sido en otros tiempos base naval ateniense y escenario de la famosa derrota de Atenas del 407 a.C. Nocio era el puerto de la ciudad de Colofón, que todavía reivindicaba una función directiva en la Liga Jonia y podía haber abrigado esperanzas de recibir una visita, en honor de Antímaco (aunque también pretendía ser patria de Homero). Fuera como fuese, resulta difícil negar a Adriano una escapada al famoso oráculo de Apolo en Claro, también en territorio de Colofón y no lejos de la costa. En cualquier caso, una inscripción gigantesca grabada en el santuario—que empequeñece a la mayoría de las numerosísimas dedicatorias escritas con elegante caligrafía—proclama los dones recibidos de él. Da la casualidad de que Tácito—que probablemente había visitado personalmente el oráculo diez años antes, siendo procónsul de Asia—se hallaba escribiendo por aquellas fechas un relato sobre la consulta realizada al Apolo de Claro por un famoso romano—Germánico César, sobre su malhadada misión en Oriente. Tras la obligada parada en Ilión, Germánico marchó a Colofón para recurrir al oráculo. Tácito observa que «allí no hay una mujer [para dar las respuestas], como en Delfos». Un sacerdote, elegido entre ciertas familias (la mayoría de ellas de Mileto) solía escuchar las preguntas, bajaba a una cueva, bebía el agua de una fuente secreta y respondía en verso a partir de cualquier cosa que se le ocurriera—casi todos los sacerdotes eran analfabetos, comenta Tácito con acritud.²¹

Contamos con una prueba sólida de la presencia de Adriano en Éfeso. El 29 de agosto del 124, el emperador tuvo ocasión de escribir a los «magistrados, el consejo y el pueblo de los termesios», es decir, a la pequeña localidad de Enoanda, en el norte de Licia, dando su aprobación para que se organizara un certamen musical. Los termesios habían enviado tres delegados a Adriano. La carta llevada consigo de regreso concluye con la expresión «desde Éfeso».

La duración de la estancia de Adriano en Éfeso y sus actividades precisas en aquella primera visita—si realizó alguna excursión a Samos, al otro lado de la bahía, o a Magnesia, a orillas del Meandro, unos pocos kilómetros tierra adentro—son cuestiones basadas sobre todo en conjeturas. Además, dado que Éfeso iba a ser honrada, excepcionalmente, con una segunda visita al cabo de cinco años, es difícil decir qué acciones de la generosidad imperial corresponden al año 124 y cuáles al 129.²²

Una característica señalada de Éfeso, que la distinguía de sus rivales entre las principales ciudades de Asia, era el gran número de residentes romanos de origen italiano. Aquella gran ciudad comercial se encontraba en el extremo occidental de una importante ruta que llegaba del Éufrates, y aunque su puerto de la desembocadura del Caistro se encenagaba constantemente, seguía resultando atrayente para los inmigrantes. Ciertas familias de expatriados italianos, como los Gavios, ocupaban en aquel momento un lugar eminente: Gavio Baso había sido prefecto de la *classis Pontica* cuando Plinio ocupaba el cargo de gobernador del Ponto-Bitinia doce años antes. Su hermano Balbo y su hijo Máximo habían iniciado ya sus carreras en el orden ecuestre—Máximo llegaría a los puestos más altos. Es cierto que las principales familias de Éfeso hubieron de esperar varias generaciones hasta que uno de sus miembros alcanzó la dignidad más elevada de la carrera senatorial, el consulado. Entre los griegos del Senado, las preferencias seguían siendo para los grandes de linaje real, como Cuadrato Baso de Pérgamo o Celso Polemiano de Sardes. Sin embargo, Celso había elegido Éfeso como residencia propia y Adriano habría podido admirar la hermosa biblioteca que el hijo de Celso estaba construyendo en la ciudad en memoria de su padre.²³

Quizá fue en aquel momento cuando Adriano eligió para su equipo a un nuevo miembro. T. Petronio Prisco, que había servido como procurador en la provincia de Asia, fue honrado en Éfeso con una estatua de mármol al ser promocionado para el cargo de secretario de Adriano para las demandas, *a libellis*. No hay duda de que las solicitudes afluirían con regularidad y que un emperador itinerante era susceptible de ser abordado por los provinciales dondequiera que fuese. Dión nos cuenta cómo «en cierta ocasión, al abordarle una mujer cuando iba de paso en un viaje, [el emperador] le dijo de buenas a primeras: “No tengo tiempo”; pero luego, al gritarle ella: “¡Pues deja de ser emperador!”, se volvió y le permitió hablar». Se cuentan historias muy parecidas de varios soberanos griegos, pero la anécdota de Dión tiene, a pesar de todo, posibilidades de ser auténtica.²⁴

Éfeso, al igual que Pérgamo y Esmirna, obtendría de Adriano una segunda prerrogativa de Guardiania del Templo, pero no en el momento de su primera visita. Entretanto, el emperador recibió los efusivos honores de costum-

bre. Una inscripción recuerda cómo, «siendo gimnasiarca T. Flavio Potamón y hallándose en la ciudad el señor emperador Trajano Adriano Sebasto, los efesos cantaron un himno» en honor a este, que «lo escuchó con agrado». A la ceremonia en el teatro—donde Pablo se había enfrentado en cierta ocasión a la cólera de los orfebres y a los gritos reiterados de «Grande es la Diana de los efesios»—le siguieron, como correspondía, los ritos celebrados en el famoso templo de Ártemis, justo a las afueras de la ciudad.²⁵

Adriano navegó de Éfeso a Rodas. El biógrafo de la *HA* ha conservado un minúsculo recuerdo de ese viaje: «Navegó hasta Acaya pasando por Asia y las islas». Rodas se menciona en concreto en el relato de Polemón y la visita está confirmada por cartas de Adriano escritas algunos años después. En ellas recomendaba a dos hombres con quienes navegó «de Éfeso a Rodas», Erasto y Filocirio. Las monedas acuñadas en Alejandría por aquellas fechas ilustraban debidamente la actividad del emperador con «una galera imperial de vela cuadrada, otra vela pequeña en el bauprés y un gallardete». El propio Adriano debió de haber navegado a bordo de un barco de guerra imperial; Erasto, Filocirio y otros capitanes mercantes debieron de transportar a miembros de menor categoría del séquito, además de los suministros necesarios. Apenas hubo tiempo para realizar paradas significativas durante el viaje por más que Mileto, la última ciudad importante que todavía no había visto a Adriano, hubiera esperado una visita. Los milesios tendrían que esperar. Cos, sin embargo, habría sido una escala idónea, e incluso, puestos a ello, Halicarnaso, donde el turista imperial habría apreciado el famoso Mausoleo o Cnido.²⁶

En cuanto a Rodas, Juan Malalas, el primitivo cronista bizantino, recoge una curiosa historia según la cual Adriano ordenó la reconstrucción del Coloso, derribado por un terremoto hacía ya trescientos años, por lo menos. Malalas pretende, incluso, haber tenido noticias de la inscripción que conmemoraba aquella enorme empresa. El equipo de arquitectos, ingenieros y artesanos que, según el *Epitome*, llevaba consigo Adriano en sus recorridos por el Imperio, se hallaría probablemente disperso en aquel momento en otros proyectos constructivos al sur de Cízico. Malalas afirma que la inscripción hablaba de un donativo imperial de «tres *centenaria* (¿tres millones de sestercios?)» para pagar máquinas, sogas y artesanos. Dejando de lado el Coloso—aunque debemos admitir que un proyecto como aquel habría resultado atractivo para Adriano—, Rodas tenía suficientes cosas para interesarle. La isla había sido aliada de Roma durante casi trescientos años y seguía disfrutando todavía de su condición; sus vínculos con la capital eran, por tal motivo, más estrechos y profundos que los de la mayoría de las demás comunidades griegas. Podemos imaginar que Adriano visitó la casa donde había vivido durante seis años un famoso romano: Ti-

berio, el hijastro de Augusto, en un exilio autoimpuesto por rencor. Pero, aunque Rodas contaba con un sacerdote de la diosa Roma y festivales que llevaban los elocuentes nombres de Romanos y Cesáreos, se ha detectado allí cierta oposición a la cultura romana. Los ciudadanos romanos no eran numerosos, y no había espectáculos de gladiadores (Dión de Prusa había elogiado a los rodios una generación antes por no celebrarlos). Tácito—quien, sin duda, se hallaba escribiendo aún sus *Anales*—consideraba a Tiberio y Adriano almas emparentadas: ambos eran filohelenos y estaban interesados por asuntos intelectuales (entre ellos la astrología), y ambos tenían también un carácter complejo y tortuoso. Adriano, cuya política se asemejaba, al menos en ciertos aspectos a la del sucesor de Augusto (sobre todo en su empeño en evitar la expansión del Imperio), encontró, quizá, allí muchas cosas de interés. Tal vez conociera el epigrama de Apolónides en el que se recordaba un auspicio favorable—un águila—, manifestado en Rodas «cuando [Tiberio Claudio] Nerón residió en la isla del Sol», y se llamaba «futuro Zeus» al hijastro de Augusto.²⁷

Seguramente hubo que buscar tiempo para tratar asuntos del Imperio. Durante las largas temporadas en que Adriano se ausentó de Roma, el centro del Imperio debía desplazarse con él. Había que prestar una atención constante a los nombramientos para todos los puestos en cualquier nivel. Aquel fue, más o menos, el momento en que Bruttio Presente fue trasladado de Capadocia a Mesia en sustitución del excelente Ummidio Cuadrato. No sabemos gran cosa sobre los gobernadores de otras provincias. El año 124, Platorio Nepote seguía ocupado aún con el gigantesco Muro de Britania, que estaba causando problemas y requirió varias modificaciones sobre la idea original. Adriano se mantenía, sin duda, informado a través de su amigo. En cuanto a las altas personalidades de rango ecuestre, Haterio Nepote, que había sido prefecto de Egipto desde el 120, fue sustituido probablemente el 124. Su sucesor nos es desconocido (una rareza para aquella provincia tan bien documentada). En la propia Roma, Annio Vero hubo de dejar la prefectura de la ciudad tras siete años de un mandato que había merecido claramente un juicio aprobatorio; Marcio Turbón se encontraba también allí al mando de la Guardia. No hay constancia de un segundo prefecto al lado de Adriano, pero es indudable que algunos miembros de la Guardia mandados, quizá, por un tribuno debían de hallarse con el emperador.²⁸

De todos modos, Rodas no pudo haberle detenido mucho tiempo. Adriano se hizo a la vela de allí a Atenas pasando, sin duda, por las Cícladas, según lo atestiguan tanto la *HA* como Polemón, y es improbable que partiera mucho después de mediados de septiembre. El emperador pretendía hallarse en Atenas para los misterios eleusinos, que comenzaban el mes de boedromion.²⁹

UN AÑO EN GRECIA

Hacía unos once años que Adriano había dejado Atenas para participar en la expedición de Trajano contra el reino de Partia. No sabemos prácticamente nada acerca de cómo pasó aquel tiempo en Grecia. Es natural suponer que habría aprovechado la oportunidad de visitar, al menos, unas pocas ciudades más, aparte de Atenas, donde había sido arconte. Esta vez, como emperador, sus posibilidades eran bastante mayores y viajaría extensamente por el Peloponeso y Grecia central. Pero lo primero fue la iniciación en los misterios. Adriano pudo haber pasado, en realidad, por la iniciación preliminar en los misterios menores—según la norma prescrita—en Agras en su época de arconte; pero, de haber sido así, no se ha conservado ningún testimonio de ello. En cualquier caso, las fuentes sugieren que ya era emperador cuando fue iniciado en ambos grados. En este momento, gracias probablemente a una dispensa que le eximía de realizar los ritos de Agras, pudo alcanzar el primer grado y convertirse en un *mystēs*. Las ceremonias duraban una semana entera y comenzaban con el viaje de los jóvenes, los efebos, que marchaban a recoger los objetos sagrados de Eleusis. Solían ir armados. El año 124 se les obligó a renunciar a sus armas, según dice la *HA*: «Durante su estancia en Acaya dicen que se tomaron precauciones para que nadie apareciera armado en presencia de Adriano, a pesar de que muchos acostumbraban a llevar cuchillos en las ceremonias religiosas». Eran las repercusiones de algún suceso reciente.¹

Podemos suponer que los demás ritos siguieron las pautas normales, con una asamblea de la que estaban excluidos asesinos y bárbaros, un baño ritual en el mar, con sacrificios a Deméter y Kore, y, finalmente, la gran procesión de los adoradores, que recorrían los veintidós kilómetros de Atenas a Eleusis portando cintas de color azafrán y coronas de mirto y que concluía de noche, a la luz de las antorchas. Adriano «realizó los ritos eleusinos siguiendo el ejemplo de Hércules y Filipo», dice la *HA*. Un poema de doce versos compuesto por la sacerdotisa, la *hierófantis*, a quien correspondió el honor de hacer al emperador miembro del culto, alude también a Hércules. Según el poema no había iniciado a los Dioscuros ni a Asclepio o a Heracles sino a «Hadriano, el señor del ancho mundo que derramó riquezas sin fin sobre todas las ciudades, y en



Mapa 5. Grecia y Macedonia.

especial sobre la de Cécrope». No está claro por qué se mencionan en la *HA* los precedentes de Hércules y Filipo de Macedonia. El caso de Hércules se puede entender, pues su papel en los misterios estaba bien acreditado. Otro asunto es el de Filipo de Macedonia, enemigo de Atenas—además, no hay más pruebas de que fuera siquiera iniciado en Eleusis—. No obstante, la casa real de Macedonia pretendía descender de Hércules, por lo que es posible que, de todos modos, Filipo llegara a ser iniciado. Por otra parte, estaba considerado como un adalid del panhelenismo. Es bastante probable que la referencia al «ejemplo de Hércules y Filipo» estuviera tomada en última instancia de la autobio-

grafía de Adriano, quien debía de saber muy bien que también Augusto había celebrado los ritos de iniciación. Quizá pensara que los atenienses preferirían que se les recordaran ejemplos griegos auténticos de grandes personajes de fuera de Atenas que habían acudido para ser iniciados. Curiosamente, el nombre de Filipo ha sido corregido por el de Filópapo, el nieto del último rey clientelar de la Comagene, C. Julio Antíoco Filópapo y que, a pesar de haber sido senador y cónsul el año siguiente a Adriano, el 109, había vivido muchos años en Atenas. Balbila, hermana de Filópapo, aparece unos años más tarde como amiga íntima de la emperatriz Sabina. Sin embargo, parece improbable que, por más que Filópapo hubiera sido amigo íntimo suyo, Adriano lo citara a una con Hércules.²

Ninguna de las fuentes dice nada sobre dónde se alojó el emperador durante su estancia en Atenas. Herodes Ático, el joven aristócrata ateniense a quien Adriano había conocido seis años antes en Panonia como un inseguro joven delegado de su ciudad, fue objeto de especiales favores en esta ocasión. Se le había otorgado el rango de senador y estaba iniciando su carrera senatorial con el cargo de cuestor imperial—el rango más honroso posible; *inter amicos*, entre los amigos de Adriano, añade una inscripción referente a Herodes. Su padre, Ático, había sido elegido entretanto para el Senado con el rango de antiguo pretor. No hay duda de que, durante la estancia de Adriano en Grecia, ambos habrían estado siempre muy cerca de él para servirle. Es posible que actuaran como anfitriones del emperador, cuyos planes para la ciudad habrían sido elaborados, en parte al menos, en conversaciones con ellos. Unos años antes, los atenienses habían pedido formalmente a Adriano «que reformara sus leyes». Para entonces, la «ciudad libre» era muy dependiente de Roma. La persona que emprendió el oportuno análisis de las antiguas leyes de Dracón y Solón fue un ateniense, probablemente un hombre llamado Annio Pitodoro, a quien una inscripción de su tiempo da el título de *nomothétēs*. Una de las consecuencias fue la reducción del número de miembros del Consejo de seiscientos a quinientos, la cifra existente bajo la administración de Clístenes. Clístenes había introducido las diez *phylae*, o tribus, denominadas según los antiguos héroes áticos, pero ahora había dos más; y todavía se añadió otra que llevó el nombre de Adriano y ocupó en las listas la posición central, el séptimo lugar. Otras reformas tuvieron repercusiones económicas, sobre todo una medida para regular el precio del aceite de oliva de producción local, que se hacía eco de una famosa ley de Solón. Una nueva desgravación fiscal otorgada a los vendedores de pescado pudo haberse concebido para garantizar el suministro en las fechas de celebración de los misterios. En la propia Eleusis, Adriano hizo construir un puente sobre el río Cefiso. A aquellas

medidas les seguirían pronto otras: la *HA* dice en concreto, como la *hierófantis*, que Adriano «otorgó muchos favores a los atenienses». Lo cierto es que iba a pasar un tiempo considerable en la ciudad, que debió de haber sido su base principal durante aquella estancia. Preferimos dejar para más adelante el análisis de su principal programa constructivo.³

En el otoño del 124, Adriano emprendió una extensa gira por el Pelopone-so. Su presencia por aquellas fechas en una serie de ciudades famosas está bien atestiguada, aunque el orden exacto de las visitas no sea muy seguro en todos los casos. Además de la lista de inscripciones, algunas de ellas fechadas, contamos con el precioso testimonio de Pausanias en la *Guía de Grecia* escrita por este una generación más tarde. Pausanias se refiere una y otra vez a los resultados de la visita de Adriano, en particular a templos y otros monumentos restaurados por iniciativa suya y a su costa. La primera etapa de Adriano fue Mégara, la vecina occidental y antigua enemiga de Atenas. Entre ambas ciudades continuaban todavía las malas relaciones, que habían llegado a su peor momento en el siglo v a.C. Filóstrato cuenta cómo un contemporáneo de Adriano, el sofista Marco de Bizancio (colonia de Mégara), convenció a los megarenses para que modificaran su actitud hostil hacia Atenas. Los megarenses accedieron, al menos, a admitir en sus casas a los atenienses y sus familiares. En Mégara, al igual que en Atenas, se creó una nueva *phylē*, en su caso la cuarta, denominada Hadriánide. Inscripciones megarenses de finales de la década del 130 honran a Adriano como su «fundador, legislador, benefactor y promotor». Es evidente que había llevado a cabo ciertas reformas y ordenado realizar trabajos de construcción. Sabina fue honrada también en Mégara como una «nueva Deméter», por lo que podemos conjeturar que había acompañado a su marido. Pausanias alude en concreto a la reconstrucción del antiguo templo de ladrillo de Apolo con piedra blanca, sin duda la «piedra de concha» que, según su comentario, es una peculiaridad de Mégara. También menciona la carretera de Mégara a Corinto, que anteriormente solo era transitable a pie, pero que fue ensanchada por Adriano para permitir el paso de carruajes en ambos sentidos. Una inscripción fechada el año siguiente, el 125, formó parte, probablemente, del primer miliario de dicha vía. De hecho, es posible que Adriano publicara un edicto que ordenaba realizar mejoras viarias en toda Acaya y Macedonia por aquellas fechas. Pero en Mégara, según Pausanias, Adriano experimentó, a pesar de sus notables esfuerzos, «el único fracaso de sus planes para Grecia: ni siquiera él pudo lograr que los megarenses prosperaran».⁴

Desde Mégara, el grupo del emperador continuó hasta Epidauro a través del Istmo. La ciudad le erigió una estatua el 124, le llamó «su salvador y benefactor» y, a partir de aquel año, inició una nueva era en el calendario local. No

se han conservado detalles referentes a sus favores. Un miembro destacado de una familia local, Cn. Cornelio Pulcro, que había sido procurador del Epiro hacía, por lo menos, diez años y se hallaba, evidentemente, retirado del servicio imperial desde entonces, aceptaría pronto el nombramiento de *iuridicus* en Egipto. Podemos deducir que aquel instruido personaje atrajo en ese momento la atención de Adriano. Los antepasados de Pulcro habían obtenido ya la ciudadanía romana en tiempos de Augusto. Él mismo había servido como heladarca, presidente del Consejo de los Aqueos—una asociación de ciudades del Peloponeso más que un consejo provincial de tipo normal. En realidad, había en Grecia varias organizaciones federales rivales, y es evidente que Adriano se mostró indeciso durante un tiempo respecto a cuál debía promocionar y proteger. Pulcro había sido amigo de Plutarco, quien le dedicó su ensayo titulado *Cómo aprovecharse de los propios enemigos*. Según dijo a Plutarco, había leído con aprecio los *Preceptos de gestión política*.⁵

Una inscripción de Trecén, la siguiente ciudad hacia el sur, honraba a un benefactor local que, entre otros servicios prestados a la ciudad, había hecho transitables sus caminos para carruajes con motivo de «la implorada visita del máximo emperador». Todo indica que se trata de Adriano, en especial si se tiene en cuenta que la pequeña localidad de Hermíone, al sur de Trecén, erigió una estatua en honor de Sabina. Es verosímil suponer que el grupo imperial llegó a Argos pasando por Trecén y Hermíone. En el santuario dedicado a Hera, a unos tres kilómetros de Micenas, Pausanias vio «un altar en el que aparecía representado en plata el matrimonio legendario de Heracles y Hebe; además, el emperador Adriano había dedicado un pavo real de oro y piedras preciosas, pues se piensa que los pavos son aves consagradas a Hera». Pausanias anotó también que el Hereo guardaba todavía una corona de oro y el ropaje púrpura dedicado allí por Nerón en su famosa visita del año 67. El interés de Nerón por esta parte de Grecia se centraba sobre todo en los juegos, en los que compitió (ganando todos los primeros premios). Adriano no descuidó este aspecto de la vida griega, aunque no se sintiera personalmente inclinado a participar. Pausanias menciona la carrera de «efebos en el estadio de Nemea». El espectáculo había dejado de celebrarse, añade, «pero el emperador lo restituyó en Argos para los juegos de invierno de Nemea». Parece ser que, en años posteriores, dichos juegos se celebraron allí el 30 de diciembre; es razonable deducir que Adriano asistió a ellos y, de hecho, los presidió ese mismo día de finales del 124. Apenas es necesario comentar que la recuperación de una carrera ecuestre para muchachos por iniciativa de Adriano encaja admirablemente en lo que conocemos sobre sus gustos. Los demás asuntos de su programa solo pueden ser objeto de conjetura. Seguramente visitó Micenas y Ti-

rinto. Parece bastante probable que, para señalar su visita, se celebrara una reunión del Consejo de los Aqueos, cuya sede se hallaba en Argos, aunque no hubiera una fecha regular para hacerlo. Otros frutos de su visita fueron un nuevo acueducto y la restauración del teatro.⁶

De Argos a Mantinea, donde la presencia de Adriano aparece atestiguada por tres menciones distintas en la descripción de la ciudad dada por Pausanias, había solo un breve trayecto hacia el interior de Arcadia. La orden de recuperar el nombre original de la ciudad fue uno de los resultados de su visita, recibido de manera especialmente favorable. Según Pausanias, Mantinea se había llamado Antigonia durante diez generaciones, en realidad desde el 222 a.C., en honor de Antígono II Dosón, soberano entonces de Macedonia. La ciudad era el lugar del último reposo de un famoso estadista griego y general de la época clásica, Epaminondas el tebano, el primero en quebrar el poderío de Esparta y liberar a los mesenios. Epaminondas, a quien se solía considerar el máximo patriota panhelénico, fue sepultado en el lugar donde murió en la batalla librada el 362 a.C., a 6 kilómetros de Mantinea, en el camino que llevaba a Palanteo.

Sobre la tumba se alzaba un poste con un escudo en el que aparecía grabada una serpiente para indicar que Epaminondas pertenecía al pueblo surgido del diente del dragón. En el monumento hay inscripciones sobre piedra, una de ellas antigua y con un texto en dialecto beocio; otra está dedicada por el emperador Adriano y fue compuesta por él mismo.

Uno de los rasgos característicos de Adriano era el de honrar de esa manera a grandes personajes del pasado. Pausanias no menciona que Epaminondas fue enterrado junto a un joven del que había sido amante, Cafisodoro, caído también en Mantinea. Plutarco había recordado este hecho en su ensayo *Sobre el amor*. En Mantinea, Adriano ordenó también construir al borde de la montaña próxima al estadio un nuevo templo a Posidón Señor de los Caballos, principal divinidad de la ciudad. «Nombré inspectores encargados de vigilar a los obreros para garantizar que nadie mirase al interior del antiguo santuario o moviera una sola piedra de sus ruinas, ordenándoles que edificaran el nuevo templo alrededor de él».⁷

La existencia previa de otra razón muy especial para que Adriano se interesara por Mantinea solo puede ser objeto de conjetura. Se suponía que la ciudad era la metrópoli de Bitinio, lugar natal de Antínoo (aunque lo cierto es que Antínoo procedía de una pequeña comunidad del territorio de Bitinio llamada, en realidad, Mantinio). Es perfectamente verosímil que Adriano hubie-

ra conocido ya a Antínoo el año anterior, durante su gira por Bitinia, y lo hubiera incluido en su séquito, y que, desde el 123 hasta su muerte en Egipto, siete años después, acompañara constantemente al emperador. Sea como fuere, los habitantes de Mantinea honrarían más tarde a Antínoo con especial fervor. Su propio nombre recordaba una leyenda de la ciudad que debía de ser conocida en su patria bitinia. Mantinea había sido fundada originalmente en otro lugar, pero, en respuesta a la orden de un oráculo, Antínoe, hija del rey Cefeo, llevó a sus habitantes a un nuevo emplazamiento guiada por un dragón, por lo que era venerada como fundadora de la ciudad.⁸

De Mantinea, el itinerario llevó a Adriano a Esparta, con una parada en Tegea de camino a esa ciudad. Tegea, al igual que Epidauro, había revisado su calendario para iniciar una nueva era a partir de la fecha de su llegada, y una inscripción que le llama «salvador y fundador» permite suponer que el emperador le concedió algunos beneficios durante su visita. El anfitrión de Adriano en Esparta en enero del 125 fue, casi con seguridad, el jefe de la familia de los Euricleidas, dominante en la ciudad desde la época de la Batalla de Accio. Al combatir en el bando vencedor—a diferencia de la mayoría de los griegos—y llevar a cabo un decidido intento para capturar a Marco Antonio en su huida, el primer Euricles, que pretendía descender de los Dioscuros, se ganó el favor para sí y para los espartanos. A pesar de haber tenido más tarde problemas con Augusto, consiguió legar a su hijo Lacón su posición de preeminencia en Esparta y en Grecia en general. El euricleida de aquel momento, cuyo nombre completo era C. Julio Euricles Herculano L. Vibulio Pío, «trigésimo sexto descendiente de los Dioscuros», tenía lazos familiares con Claudio Ático y era primo de Filópapo. Herculano había sido nombrado senador romano, primero como cuestor de la provincia de Acaya y, luego, como tribuno de la plebe, pretor y legado de un procónsul de la Bética. Es posible que, cuando Adriano llegó a Esparta, acabara de regresar de aquel mandato de un año como ayudante del procónsul de la provincia originaria del emperador. Si Herculano había pasado ya aquel año en la Bética, habría visitado seguramente Itálica y podría haber entretenido al emperador con cotilleos sobre sus conciudadanos. Otra cosa es que Adriano lo considerara una persona simpática. Plutarco había dedicado a Herculano su ensayo sobre *Cómo elogiarse uno mismo sin incurrir en desaprobación*, lo que podría darnos algún indicio acerca de su personalidad. Además, tenía, evidentemente, algunos vínculos estrechos con un amigo de Adriano, Pompeyo Falcón, quien quizá había heredado la amistad de su suegro Sosio Seneción. Aquello podría haber prestigiado a Herculano ante el emperador.⁹

Esparta se benefició directamente del interés de Adriano. La ciudad recibió como regalo la isla de Caudo, frente a la costa de Creta, y el puerto de

Corona, en el Golfo de Mesenia, dos valiosas fuentes de ingresos. En Esparta se ha encontrado todo un conjunto de altares en honor de Adriano como «salvador, fundador y benefactor». Se ha propuesto atribuirle otro beneficio de carácter práctico, un nuevo acueducto. Esparta seguía siendo un nombre evocador, y el «mito» espartano era todavía poderoso. Sobre todo, la antigua *agōgē*, el sistema de formación de muchachos y jóvenes atribuido a Licurgo, seguía aún muy vigente y era motivo de admiración o, al menos, de curiosidad. Se sabía que los turistas romanos disfrutaban con los ritos de Ártemis Ortia, en los que los jóvenes espartanos debían soportar ser azotados durante una hora. Claudio Ático, el gran magnate ateniense, había pasado algún tiempo en Esparta durante su juventud y soportado aquel entrenamiento. Al parecer, Adriano se refirió con aprobación a «las prácticas laconias» en su discurso a los habitantes de Cirene pronunciado dos años antes.¹⁰

La presencia de Adriano en otros dos lugares del Peloponeso, Olimpia y Corinto, se puede situar provisionalmente a comienzos del año 125. Es cierto que faltan pruebas directas de una visita a Olimpia. Tampoco está claro qué ruta pudo haber tomado para ir allí desde Esparta, suponiendo que lo hiciera. Podría haberse dirigido, sencillamente, hacia el noroeste por la ruta más directa, pasando por Megalópolis. En una inscripción procedente de Licosura, cerca de esa ciudad, los megalopolitanos le honraban como «salvador y benefactor del mundo y fundador de su ciudad». Ello indica, sin duda, la concesión de algún favor directo, aunque no necesariamente como resultado de una visita. También podía haber entrado en Mesenia, hacia el oeste, cruzando el monte Taigeto, hasta llegar a Pilo, subiendo luego por la costa occidental. Su presencia en la pequeña localidad de Abia, en el Golfo de Mesenia, donde esta región limitaba con Laconia, no está demostrada, sin embargo, por la estatua erigida allí en su honor «en cumplimiento del decreto de los aqueos» que le daba el título de «*Boulaïos*», 'Señor (o Dios) del Consejo'. Pero, tal vez, sirva al menos para reforzar la hipótesis de que había asistido a una reunión del Consejo Aqueo mientras se hallaba en Argos. El Consejo mandó erigirle también estatuas en la propia Olimpia. Una inscripción descubierta allí documenta el ofrecimiento de un sacrificio el día de su aniversario, poco después de una referencia fragmentaria a Zeus Apobaterio, «Zeus el de la arribada segura». ¿Atracó, quizá, en el puerto más cercano, Feyá, el 26 de enero del 125, el día que cumplía cuarenta y nueve años? Sin embargo, Pausanias no ofrece información alguna acerca de edificios o favores concedidos allí por Adriano. Algunas monedas acuñadas en la Élide durante su reinado reproducen la famosa estatua de Zeus Olímpico obra de Fidias. Se ha interpretado como un recuerdo de su visita, en concreto para insinuar que Adriano habría pagado la restauración

de la enorme imagen del dios hecha de oro y marfil, que para entonces tenía más de quinientos años. De todos modos, Zeus Olímpico iba a ser objeto muy en breve de una especial atención por parte de Adriano. Resulta difícil creer que no aprovechara la oportunidad de visitar la propia Olimpia.¹¹

Si Adriano se acercó a Olimpia desde el sudeste—o, en cualquier caso, si estuvo en algún lugar próximo—, habría deseado visitar Escilunte, donde Jenofonte había vivido en otros tiempos en un cómodo exilio tras regresar con los Diez Mil. Pausanias informa de que «en Escilunte abundan los jabalíes y ciervos para cazar», una ocasión ideal para que Adriano practicara la afición que le apasionaba. En aquel lugar se hallaba también el santuario y templo construido por Jenofonte a Ártemis Efesia y, muy cerca, un monumento con un retrato en piedra que, según dijo a Pausanias la gente del lugar, era la tumba de Jenofonte. Dada la predilección de Adriano por rendir homenaje a las sepulturas de hombres famosos, aquel monumento debió de haber actuado sobre él como un imán.¹²

Es de suponer que luego Adriano partió de Olimpia hacia el Este cruzando el norte del Peloponeso hasta llegar a Corinto. Es posible que los romanos filohelenos se sintieran incómodos en aquella ciudad borrada del mapa por el cónsul Mummio el 146 a.C. y que dejó de existir durante un siglo hasta que César la reconstruyó como colonia romana. Cuando el propio Adriano regresó brevemente a Itálica a la edad de quince años, debió de haber tenido conocimiento de la existencia del botín de Corinto, regalado por Mummio a la ciudad, que era entonces el asentamiento romano más occidental. Desde entonces, Corinto había sido residencia del gobernador romano de Grecia, el procónsul de Acaya, y una isla latina en el centro del país junto con la otra colonia de Patras. Sin embargo, los corintios, calificados todavía por Pausanias como «colonos enviados por Roma», estaban para entonces totalmente helenizados, según dijo el filósofo o sofista Favorino a un público reunido allí no mucho después de la visita de Adriano. El emperador debió de haber visto en la biblioteca de la ciudad la estatua de bronce de aquel extraordinario personaje. En cualquier caso, Pausanias deja constancia de los favores realizados allí por Adriano: un acueducto y unos baños. Pero añade que los baños más conocidos de Corinto—abundantes en la ciudad—habían sido donados por Euricles el espartano y fueron construidos con el bello mármol laconio jaspeado de verde.¹³

Adriano estuvo de vuelta en Atenas a más tardar en marzo del 125. La *HA* informa sobre su presencia en el gran festival de las Dionisias como *agōnothētēs*, es decir, 'presidente de los festejos'. Dión añade que «llevó traje ateniense para la ocasión y cumplió brillantemente con sus deberes». La vida cultural de

Atenas atrajo también la atención de Adriano en otros aspectos. Cuatro años antes, los epicúreos habían conseguido el apoyo de Plotina para obtener un privilegio: el derecho del director de la escuela a nombrar su sucesor, aunque se tratara de alguien sin la ciudadanía romana. En marzo del 125, mientras se hallaba en Atenas, Adriano confirmó su anterior respuesta por escrito y su carta volvió a ser grabada en mármol. La carta va seguida de un documento que comienza con el nombre de Heliodoro (en dativo) quien, fuera o no el nuevo director de la escuela, era, evidentemente, epicúreo. La *HA* informa de la amistad de Adriano con dos hombres—solo dos—calificados de filósofos, uno de ellos el famoso Epicteto, a quien había conocido probablemente mucho antes en Nicópolis, de camino a Atenas, donde sería nombrado arconte. El otro nombre es el de Heliodoro. Es probable que se trate del epicúreo mencionado en la inscripción del año 125. Pero existe también la posibilidad de que el filósofo Heliodoro no fuera otro que C. Avidio Heliodoro, un sirio de Cirro, a quien Adriano había conocido con mucha probabilidad diez años antes en Siria. Los nombres romanos de Heliodoro sugieren que habría obtenido la ciudadanía gracias a los buenos oficios de Avidio Nigrino, quizá cuando este ocupó el cargo de comisionado imperial en Grecia. Sea como fuere, Avidio Heliodoro aparece pocos años después en un puesto importante muy próximo a Adriano.¹⁴

El emperador pudo haber mantenido en esta ocasión contacto con otro filósofo de Atenas, Segundo, el «filósofo silencioso», profesor de Herodes. Una leyenda comentaba un encuentro entre Adriano y Segundo, que desafió los esfuerzos del emperador por hacerle quebrantar su voto de silencio y solo dio respuestas por escrito a las preguntas del emperador. Aquel episodio acabó teniendo versiones en árabe, siríaco, armenio y etiópico, además de en griego, todas ficticias, sin duda, pero que podrían haber conservado unos pocos detalles auténticos. En la versión árabe se nombra a «Salán, primo del rey». Se ha propuesto con verosimilitud que se trataba ni más ni menos que de Pedanio Fusco Salinator, marido de Julia Paulina, sobrina de Adriano. Fusco Salinator, colega de Adriano en el consulado en su primer año completo como emperador, debió de haber sido en opinión de algunos un probable heredero al trono. Es bastante posible que Fusco y Julia formaran parte del grupo imperial, si es que aún vivían. No hay noticias de Fusco después de su consulado compartido con Adriano el año 118. En el relato sobre Segundo se dice también que Adriano perdió la paciencia y ordenó a un tribuno militar que hiciera hablar al filósofo. El oficial observó con sensatez que sería más fácil hacer hablar a leones o panteras que a un filósofo. Entre las personas que componían el séquito de Adriano se hallaría un tribuno al mando de un destacamento de la Guardia

Pretoriana—suponiendo que solo hubiera un prefecto, Marcio Turbón, que se había quedado en Roma—o el comandante de los Guardias Montados.¹⁵

Eusebio, el historiador de la Iglesia, afirma que dos cristianos, Cuadrato y Arístides, este último ateniense, pronunciaron ante Adriano un discurso en defensa de su fe; su visita a Atenas del 124-125 habría sido, sin duda, una buena oportunidad para intentar conseguir un público o, al menos, para entregar una versión escrita al emperador. La consulta realizada desde Asia dos años antes sobre la represión de los cristianos, que había motivado una respuesta de Adriano al procónsul Graniano, indica que estos habían podido sentir la necesidad de dar tal paso. Pero quizá fuera más probable que aquellos hombres envasen sus *Apologías* al sucesor de Adriano.¹⁶

La estancia del emperador señaló el comienzo de un colosal programa de obras arquitectónicas. Hacía casi setecientos años, el tirano Pisístrato había iniciado la construcción de un enorme templo a Zeus Olímpico en el extremo sudeste de la ciudad, cerca del río Iliso. Al cabo de cuatrocientos años, el rey seléucida Antíoco IV Epífanes había dado un nuevo impulso a la obra contratando a un arquitecto romano llamado Cosucio. Pero los trabajos habían cesado el 164 a.C. al morir Antíoco, que había dejado a medio construir el santuario de mármol. En tiempos de Augusto, «todos los reyes clientelares planearon», según Suetonio, «dar remate conjuntamente el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, iniciado en tiempos antiguos pero nunca concluido; compartirían los costes y lo dedicarían al *Genius* [de Augusto]». Al margen de lo que pueda pensarse sobre la nueva dedicación, el plan de exaltar así a Atenas habría obtenido, sin duda, la aprobación de Augusto. Pero, una vez más, el proyecto no se llevó a cabo; y, en cualquier caso, las relaciones entre el primer príncipe y Atenas se agriaron al final de su reinado. Habrían de pasar muchas décadas hasta que la ciudad recuperó el favor imperial. En este momento, Adriano emprendió la fase final de la construcción, la erección de un vasto recinto en torno al templo.¹⁷

Por aquellas fechas dio comienzo otra obra pública: la dotación de un nuevo acueducto que llevaría agua del monte Parnes. Era la primera vez, desde la época de Pisístrato, que alguien llevaba agua a la ciudad desde una fuente exterior. El proyecto era ambicioso; suponía la excavación de túneles y la construcción de un gran depósito en el monte Licabeto y se remataba con una fuente de obra en el punto más elevado del Ágora. Habrían de pasar quince años hasta la finalización de los trabajos. Adriano iba a tomar en Atenas otras importantes iniciativas arquitectónicas y conceder a la ciudad más privilegios destacados. Resulta difícil determinar cuándo se les dio comienzo y cuánto duraron las obras, pero uno de los primeros en ponerse en marcha fue una absoluta nove-



Fig. 21. Adriano, restaurador de Acaya (*BMC III Adriano*, n.º 1.783).
Museo Británico.

dad conocida con nombres diversos como «la Estoa» o la «biblioteca de Adriano». El nuevo conjunto constructivo recordaría por su aspecto al Foro o al templo romano de la Paz en Roma y se situaría justo al norte del Ágora romana donada a Atenas por César y Augusto. No hay duda de que Adriano tenía ya pensado regresar, inspeccionar el progreso de los trabajos y dedicar los edificios una vez concluidos. También habría sido deseo suyo volver a los misterios para ser iniciado en el grado superior. Sin embargo, en la primavera del 125 había llegado el momento de emprender el viaje de vuelta a Roma aprovechando de paso la oportunidad de visitar otros lugares de Grecia central y occidental. Hacía cuatro años que el emperador había salido de la capital.¹⁸

La ruta tomada se dirigía hacia el noroeste y entraba en Beocia más allá del monte Citerón. En Tespias, bajo el monte Helicón, hogar de las nueve Musas, «el dios venerado de manera especial había sido siempre Eros», según dice Pausanias. Allí, en «una de las montañas más fértiles de Grecia», Adriano salió de caza y mató un oso, como el año anterior en Misia. A pocos kilómetros de Tespias se encontró una inscripción con ocho versos en griego compuestos por Adriano. El emperador había ofrecido la piel del oso a Eros, a quien llamaba «hijo arquero de Cipris la de la dulce lengua (Afrodita), que mora en

Tespias del Helicón en el florido jardín de Narciso». A cambio, pedía al dios que «le insuflara con moderación la gracia de la celeste Afrodita». En su *Banquete*, Jenofonte pone en boca de Sócrates la explicación de que Afrodita Urania era la diosa valedora del amor espiritual, opuesto al amor físico—podemos pensar que, en aquel contexto, se consideraría, sin duda, la patrona del amor entre un hombre y un joven, entre Adriano y su querido Antínoo, aunque no podemos probarlo.¹⁹

Tespias era el escenario del ensayo de Plutarco *Sobre el amor*. Está escrito en forma de conversación entre Autóbulo, hijo de Plutarco, y su amigo Flaviano y otros amigos en el santuario de las Musas, en el Helicón, durante el festival de las Erotidias, celebrado cada cinco años. Autóbulo cuenta a su amigo una historia oída a su padre Plutarco acerca de una discusión mantenida en un festival anterior sobre un bello joven llamado Baco. Una viuda rica de nombre Ismenodora se había enamorado de él, irritando así sobremanera a los admiradores de Baco. Protógenes, un amigo originario de Tarso, había sido especialmente violento en sus ataques a Ismenodora. El matrimonio era, quizá, una necesidad para producir hijos, «pero el amor genuino no tiene nada que ver con el mundo de las mujeres». El verdadero amor, insistía, es una fuerte pasión por un espíritu joven y de talento; solo el amor a los muchachos es el auténtico. «Lo veréis en las escuelas de filosofía o, quizá, en los gimnasios... buscando jóvenes, a quienes anima con una llamada clara y noble a ir tras la virtud». En el momento oportuno interviene el propio Plutarco, y no para defender el amor matrimonial, ni mucho menos. Al margen de otras cosas, el ensayo de Plutarco es solo uno de los innumerables ejemplos de la literatura y el arte helénicos que tratan del amor homosexual, y en particular del existente entre un hombre mayor y un joven bello, como algo completamente normal e, incluso, loable y superior al amor entre hombres y mujeres. Acabamos de mencionar el *Banquete* de Jenofonte, con el elogio de Sócrates a la Afrodita celeste. Aunque las influencias griegas tuvieron sus efectos, las actitudes romanas seguían siendo mucho más conservadoras.²⁰

El filohelenismo de Adriano incluía también, indudablemente, el «amor griego». En la mitad helénica de su imperio debió de haberse sentido más libre. Sigue siendo muy incierto si tenía ya a Antínoo con él. A pesar de que la única ocasión posible que tuvo de visitar Bitinio parece haber sido la del año 124, las fuentes no mencionan explícitamente al joven como acompañante suyo hasta la visita a Egipto el año 130. Sea como fuere, dado que los emperadores viajaban con un enorme séquito, una escolta militar, funcionarios y ministros de la corte y esclavos y libertos de palacio, podría haberse encontrado un lugar discreto para Antínoo. Podemos establecer una comparación con el

testimonio de una lápida procedente de Roma que recuerda a un joven de diecisiete años llamado L. Mario Vital. Vital, «versado en literatura», convenció a sus padres de que debía aprender un *artefici[um]*—no se especifica qué tipo de arte u oficio—y «marchó de la ciudad en el *praetorium* de Adriano Augusto César. Los hados envidiosos le arrancaron de su arte mientras estudiaba». Quizá se había unido al gran equipo de artistas y artesanos que Adriano llevaba consigo en sus viajes, según el *Epitome*.²¹

Otro lugar de Beocia visitado por Adriano fue, quizá, Lebadea, famosa por su oráculo de Trofonio. En cualquier caso, Trofonio parece haber tenido más adelante algún significado especial para el emperador. Tal vez se pueda dudar de que consultara realmente al oráculo en persona, pues, según Pausanias, ello suponía vivir varios días en un edificio consagrado «a la Buena Fortuna y al Buen Espíritu» para acabar, después de una serie de ritos, en una estructura parecida a un horno al que se entraba por una escala ligera y estrecha. «Cuando un hombre vuelve de Trofonio», recordaba Pausanias, «sigue estando poseído por el terror y apenas se reconoce a sí mismo»—y no hablaba de oídas sino por *experiencia propia*—. Aquello podía ser demasiado para un emperador.²²

En Coronea de Beocia, la presencia de Adriano dejó rastros de carácter más prosaico y práctico. Varias de sus cartas se refieren a la construcción de diques para controlar los ríos Cefiso y Hercine en su confluencia antes de desembocar en el lago Copaide. «La construcción comenzará lo antes posible», dijo a los arcontes, el consejo y el *dēmos* de Coronea en una carta del año 125, para impedir que los ríos inundaran la mayor parte de las tierras laborables. Adriano proporcionaría los fondos requeridos, sesenta y cinco mil denarios, según le habían dicho los expertos, quizá, miembros de su equipo de especialistas. Una carta del mismo año, conservada en estado muy fragmentario, se refiere al suministro de «vino para los soldados [que viajan] conmigo». La obra habría de necesitar mucho tiempo e incluiría otro río, el Fálaro. Los diez años siguientes se enviaron más cartas en las que se aludía también a disputas entre Coronea y sus vecinas, Tisbe y Orcómeno.²³

Es posible que la inspección personal de los problemas de las inundaciones llevaran a Adriano a la orilla septentrional del lago Copaide. En cualquier caso, Pausanias recoge dos noticias que sugieren su presencia en el norte del lago. En la pequeña Abas, en Focea, donde los templos incendiados seiscientos años antes por los soldados de Jerjes se habían dejado en ruinas, había todavía un gran santuario y, «junto a él, otro pequeño dedicado a Apolo, construido por el emperador Adriano». En la cercana Hiámpolis, destruida también por los hombres de Jerjes y, de nuevo, por Filippo II de Macedonia, Adriano «construyó una columnata» llamada Estoa Adrianea.²⁴

Es posible que en ese momento le esperara todavía la etapa más importante de su viaje del año 125: Delfos. Si llegó desde Abas, habría pasado al pie del monte Parnaso. Adriano había escrito ya a comienzos del año «a la ciudad de los delfios» anunciando su decisión respecto al número de delegados que debía tener cada Estado miembro en el antiguo Consejo de la Anficciónia. Augusto había favorecido considerablemente los derechos de voto de su nueva ciudad de Nicópolis, cercana a Accio, y Nerón había introducido más cambios. En ese momento, según revela la carta de Adriano, una comisión rogatoria había recomendado al Senado de Roma recomponer la constitución de sus miembros. El emperador se refiere a la propuesta de aumentar su número y establecer un nuevo equilibrio. En particular, los votos de más con que contaban los tesalios «debían transferirse a atenienses, lacedemonios y otras ciudades, de modo que el Consejo (*synédrión*) fuera una corporación común de todos los helenos». Sobre otros asuntos concernientes a los gastos para extranjeros (visitantes) y a una disputa entre los tesalios y Delfos, «decidiré en Delfos». Adriano había nombrado, además, a un tal «Claudio Timócrates para que recoja y me envíe todos los decretos de los anficciones contradictorios entre sí o con el derecho común [es decir, romano], a fin de poder realizar una investigación». La insistencia en convertir a los anficciones en «un Consejo común de todos los helenos» da a entender que, en esta fase, planeaba hacer de Delfos el principal centro panhelénico desde el que reavivar la conciencia de la identidad de los griegos.²⁵

Plutarco, a quien sin duda había conocido y admirado, debía de haber fallecido para entonces, aunque había vivido lo suficiente como para ver a Adriano emperador y había sido honrado por él con un título oficial. Varias de las obras de Plutarco estaban dedicadas a Delfos y su oráculo, y él mismo había participado de forma muy activa y destacada en el Consejo Anficciónico como uno de los dos sacerdotes permanentes de Apolo. Había sido funcionario ejecutivo de los anficciones cuando votaron honrar a Adriano con una estatua con motivo de su acceso al poder. En uno de sus ensayos o diálogos sobre Delfos, Plutarco reconocía que el oráculo tenía que responder entonces a preguntas más triviales que en los grandes días del pasado, por lo que las respuestas solían darse en prosa. «Me siento perfectamente feliz con la situación imperante ahora y me parece bien», dice uno de los interlocutores de *Los oráculos de Delfos*; «las preguntas planteadas al oráculo se limitan a ser un reflejo de las circunstancias: una paz y una tranquilidad profundas» Aunque es probable que Plutarco hubiera escrito el diálogo casi veinte años antes, Adriano habría sentido cierta satisfacción si hubiera leído de nuevo aquellas palabras antes de su visita. Es indudable que se sintió obligado a proponer una cuestión

a la propia sacerdotisa: «¿Dónde nació Homero, y quiénes fueron sus padres?». (Tal vez se había sentido irritado el verano anterior en su gira por las ciudades jonias de Asia, con sus pretensiones enfrentadas de ser la cuna de Homero.) La sacerdotisa hizo un esfuerzo especial en su honor y compuso cuatro hexámetros: Homero había nacido en Ítaca y era hijo de Telémaco y Policasta.²⁶

Pausanias no dice nada de los edificios levantados por Adriano en Delfos, pero una inscripción de un *frumentarius* de la legión I Itálica hallada allí muestra que se habían dejado soldados en aquel lugar para supervisar «las obras emprendidas bajo el señor César Trajano Adriano Sebasto». Adriano mantuvo durante un tiempo un interés activo por el gran centro religioso. Avanzado el año escribiría a Delfos desde Tibur (Tívoli) y ocuparía también allí un cargo, aunque *in absentia*. El emperador fue honrado en Delfos por «los helenos que se reúnen en Platea», que seguían celebrando todavía su liberación de los persas el 479 a.C. sacrificando con regularidad a Zeus Liberador. Le llamaban «emperador Adriano, el salvador que ha sanado y alimentado a su Hélade». En cuanto a los delfios, votaron que los días de la visita de Adriano fueran declarados fiestas religiosas para el futuro.²⁷

Hay pruebas sólidas de que, en algún momento, Adriano estuvo mucho más al norte, en el valle de Tempe y en Macedonia, pero esto pudo haber ocurrido algunos años después. En esta ocasión, su ruta le llevaría hacia el oeste, casi seguramente por mar, desde el Golfo de Corinto pasando por Cefalonia e Ítaca hasta Nicópolis, en el Epiro. Se sabe con certeza que había estado allí de camino para ocupar el cargo de arconte en Atenas. Fue probablemente entonces cuando conoció a Epicteto. Si el anciano seguía aún vivo, Adriano habría deseado volver a verle. Es más probable que el emperador solo hubiera podido presentar sus respetos a la tumba del filósofo. Había llegado el momento de seguir viaje, y su etapa final en Grecia le llevó al puerto de Dirraquio subiendo por la costa. Entre los miembros del grupo, *inter amicos*, se hallaba probablemente su cuestor, el ateniense Herodes Ático.²⁸

PATER PATRIAE

Una carta de un emperador a la ciudad de Heraclea Lincéstide, en Macedonia, escrita en Dirraquio (Dürres, en Albania) el 20 de mayo de un año desconocido, se ha atribuido con verosimilitud a Adriano, interpretándola como una señal de que, en ese momento del 125, se hallaba de vuelta a Italia. El asunto de la carta era el coste de la construcción de caminos y su autor, que se supone era un emperador, dice a los habitantes de la ciudad: «He expuesto en un edicto general cómo se han de pavimentar las carreteras». Y se dan instrucciones precisas sobre la distribución de los costes. El «edicto general» había estado motivado, sin duda, por una consulta. Para los ciudadanos de Heraclea Lincéstide, cuyo territorio atravesaba la vía Egnatia, se trataba de un asunto serio. Adriano pudo muy bien haber publicado aquel edicto durante su estancia en Grecia. Pausanias da noticia de la atención prestada personalmente por el emperador a la ruta Mégara-Corinto, y varios miliarios del norte de Grecia de los años 124 y 125 son un posible reflejo de un proyecto más general de obras viales.¹

Si Adriano se hallaba realmente en Dirraquio a finales de mayo del 125, lo normal habría sido que se embarcara desde allí rumbo a Brundisio (Brindisi). Pero, según la *HA*, el emperador navegó hasta Sicilia. Todo lo que se cuenta de esta visita es que ascendió al monte Etna para ver la salida del sol que, «según se decía, se asemejaba a un arco iris». Las últimas monedas le llaman *restitutor Siciliae*, y registran también su *adventus* a la isla, pero no hay ninguna huella clara de las medidas que pudo haber tomado allí. Las monedas del *adventus* no muestran a Adriano con toga sino con un ropaje militar modificado. Sicilia sostiene dos espigas en la mano y tras su cabeza aparece el *triskelēs*, la insignia de la isla de los tres ángulos. Teniendo en cuenta la dirección de donde venía, atracó, probablemente, en Siracusa, ciudad que no habría pasado por alto ningún turista con algún interés por la historia, tanto si se trataba de un particular como de un emperador. Podemos conjeturar que se detuvo en Centúripas, en el lado sudoccidental del Etna, en casa de su amigo Pompeyo Falcón, cuya familia procedía de allí. En cualquier caso, no iba a ser su única estancia en la isla. Otro antiguo amigo de Adriano con quien probablemente se encontró en esta ocasión fue el procurador de Sicilia, M. Vettio Latrón, que había sido tri-



Fig. 22. Adriano restaurador de Italia (BMC III Adriano, n.º 1.825). Museo Británico.

buno de la II Adiutrix veinte años antes, cuando Adriano era comandante de la legión por su cargo de gobernador de Panonia Inferior. Desde entonces, había realizado una carrera muy lenta. En ese momento fue promocionado al cargo de procurador gobernador de los Alpes Cocios.²

La obra de la literatura latina más conocida de las dedicadas a Sicilia era la denuncia de Cicerón contra el gobernador Verres, nunca pronunciada por entero, pero puesto por escrito en un documento enormemente largo. La aversión de Adriano hacia Cicerón está bien testimoniada—prefería a Catón el Viejo y el estilo más sencillo de los años centrales de la República a la compleja retórica de Cicerón. Pero es probable que en su juventud hubiera tenido que leer las *Orationes Verrinae*. Es una graciosa coincidencia que por las fechas de su visita a Sicilia, o poco antes, fuera cónsul un hombre llamado Verres. No sabemos nada más acerca de él y no hay garantías de que fuera descendiente del propretor delinciente de los años 73-71 a.C., de hecho, podría haber sido un siciliano con un antepasado que había obtenido la ciudadanía por mediación de aquel infame gobernador (sin duda, a cambio de algún pago en efectivo). Sea como fuere, podemos imaginar la promoción de Verres como una pequeña broma a expensas de la memoria de Cicerón.³

La ruta de Adriano de vuelta a Roma desde el sur de Italia solo puede ser

objeto de conjetura. Es posible que marchara por mar de Sicilia a Puteoli u Ostia. Parece improbable que cruzara el Estrecho de Mesina para ir por tierra pasando por Bruttio (Calabria) y siguiendo a lo largo de la costa occidental. Quizá se hizo a la mar hasta Tarento, la antigua colonia espartana dueña en otros tiempos del Mar Jonio, para encontrar la vía Apia y entrar en el Samnio marchando hacia el norte. En cualquier caso, no habría utilizado la nueva vía Trajana, todavía en construcción la última vez que Adriano estuvo en aquella comarca, el año 112, con su amigo Falcón como encargado del proyecto. Fuera cual fuese el camino recorrido, todas las ciudades en las que entró habrían celebrado una ceremonia de saludo y se le habrían presentado peticiones. Algunas señales de su actividad en la región se pueden remontar a este viaje, por ejemplo el nombramiento de un *curator* para las obras públicas en Venusia. En Eclano tuvo algo más que ofrecer. Un ciudadano de esta localidad, C. Egio Ambíbulo, gozaba de gran aprecio e iba a ser cónsul *ordinarius* al año siguiente. Adriano concedió a la ciudad el rango de colonia, probablemente como un favor a Ambíbulo. Dos años antes, Adriano había hecho una aportación juntamente con los terratenientes locales para mejorar la vía Apia entre Eclano y Benevento.

En Benevento había algo nuevo y extraordinario que ver. El año 114, el Senado había votado la erección de un arco triunfal en la ciudad en honor de Trajano. Aunque la inscripción llevaba aún la fecha original, como si Trajano viviera todavía cuando se levantó el monumento, la representación destacada de Adriano al menos en una escena evidencia que el diseño fue cuidadosamente modificado. El arco celebra a Trajano como conquistador de Dacia y restaurador de Italia mediante el sistema de los *alimenta*. Adriano aparece representado cerca de él y es la única figura esculpida a su misma escala, es decir, como heredero electo, lo que difícilmente podía reflejar su auténtica posición en el año 114, pues todavía seguía siendo ambigua.

De Benevento pudo haber continuado a través del país de los samnitas, en los Apeninos centrales, más que marchar por la vía Apia hasta la Bahía de Nápoles, ciudad que había visitado el 119. Es bastante probable que hiciera una parada en Sepino, patria de la influyente familia de los Neracios. Flegonte, liberto de Adriano, aludió en sus *Olimpiadas* a un lugar llamado «Tervetia», desconocido por lo demás, que el geógrafo bizantino Estéfano sitúa «en Sicilia». Es posible que Flegonte, cuya obra reflejaba en su última parte el itinerario de Adriano, se refiriera en realidad a Tervento, en el norte del Samnio. De haber sido así, el viaje de vuelta a Roma habría dado un rodeo, pero eso significaría que el emperador inspeccionó, tal vez, una parte de Italia que no nos consta que hubiera visitado en otro momento. Seguidamente entró, quizá, en Roma desde el este deteniéndose en Tibur de camino.⁴

Se habían elevado plegarias públicas pidiendo su regreso sano y salvo; se acuñaron monedas en las que se mostraba al Genio del pueblo romano y al del Senado sacrificando conjuntamente, con la leyenda «v[ota] s[uscepta] pro red[itu]». Podemos suponer que su entrada en la ciudad tuvo carácter festivo. Esta vez Adriano se sentía, probablemente, contento de regresar, aunque fuera tan solo para poder inspeccionar el progreso de los numerosos e imponentes proyectos constructivos acometidos. Todavía habían de transcurrir algunos años más hasta la conclusión del nuevo gran templo de Roma y Venus. Pero la reconstrucción del Panteón se había rematado ya en toda su magnificencia. Otras obras de renovación en aquella parte de Roma se terminarían pronto. Se había levantado así mismo un enorme templo nuevo a los «divinos Trajano y Plotina». La HA destaca el «templo a su padre Trajano» como «la única de las innumerables obras construidas por él en la que grabó su nombre». La parte conservada del texto evidencia que Adriano añadió el nombre de Plotina y dedicó el templo *parentibus sui[s]*, 'a sus padres'. La estructura era, sin duda, grandiosa y ocupaba un lugar prominente entre la Columna de Trajano y la vía Lata, con unos quince metros de altura. Además de inspeccionar los trabajos de construcción, es posible que Adriano celebrara una ceremonia en otro templo, el de Jano, cerrando las Puertas de la Guerra en señal de que el mundo se hallaba en esos momentos en paz. El acto no está atestiguado directamente en ninguna parte, pero, como era de esperar, el dios aparece por esas fechas en las monedas imperiales.⁵

Adriano no había emprendido trabajos de construcción únicamente en la ciudad de Roma. Su refugio campestre de Tibur (Tívoli) se había transformado en un gran palacio. Adriano estuvo allí en la segunda mitad de agosto o a comienzos de septiembre, a más tardar, pues una carta suya a los anfictiones y a Delfos fue escrita en ese momento «desde su casa de Tibur». Tibur había sido favorecido ya por las clases altas en la última época de la República. Su situación en las colinas sabinas, a menos de 30 kilómetros de la ciudad, le proporcionaba aire fresco, en especial en las épocas del año en que Roma padecía un calor bochornoso. Había en aquel lugar bosquecillos y huertos, el río Anio se precipitaba allí en cascadas y, en la llanura que se extendía a sus pies, brotaban fuentes de aguas termales sulfurosas. Es probable que la familia de Adriano poseyera allí una residencia campestre desde hacía varias generaciones. Aquel «nido de notables hispanos», como se le ha llamado acertadamente, estaba ya cómodamente establecido en tiempos de la dinastía flavia. Estacio dedicó más de cien hexámetros (aunque la composición del poema le costó solo un día) a la suntuosa «villa Tiburtina» de Manilio Volpisco, a quien se puede atribuir origen hispano. La villa era un refugio fresco, construido a ambas ori-

llas del Anio, adornado con obras de arte y un parque boscoso. Su dueño en aquel momento era hijo o nieto del patrón de Estacio. Otra familia con villa en Tibur era la de Minicio Natal, de Barcino (Barcelona). Natal el Viejo, cónsul el año 106, había sido gobernador de Panonia Superior en los últimos tiempos de Trajano, y el Joven, cuestor de Adriano el 121, pero se le había permitido unirse a su padre, entonces procónsul, en África. Los decuriones de Tibur habían aportado fondos para erigir una estatua a Natal el Viejo tras su regreso de África. Natal era cuidador del gran templo de Hércules de la localidad y había aceptado ocupar en Tibur el cargo de *quinquennalis* (gobernador local, equivalente a un censor). Desconocemos si Adriano mantenía relaciones estrechas con los Minicios o los Manilios. Pero otro hispano, Emilio Papo, de Siaro, en la Bética, aparece nombrado en la *HA* como uno de los tres amigos íntimos de Adriano en el momento de la guerra contra los partos. Una lápida hallada cerca de Tibur fue erigida por Papo y su mujer, Cucia Prisca, en memoria de uno de sus hijos, muerto al comienzo de su carrera senatorial. No sabemos nada sobre la carrera del propio Papo, pero otro de sus hijos había realizado ya importantes progresos y pronto estaría al mando de una legión en Britania.⁶

Resulta bastante raro que la villa imperial no se encontrara en las colinas, donde el aire era mejor, sino en las tierras más llanas, a los pies de la localidad. Es posible que Adriano prefiriera más espacio del que habría permitido la posición claramente más favorable de las zonas altas. La villa original, situada en el lado nordeste del terreno, heredada quizá de su padre, había sido ya objeto de alguna ampliación: entre las nuevas construcciones aparecía un gran patio y un salón del trono, dos conjuntos de baños, un teatro y un estadio. Por aquellas fechas se iniciaron nuevas obras, probablemente bajo la dirección del propio arquitecto imperial. La *HA* se refiere a esta última fase del desarrollo del palacio:

Completó la construcción de su villa Tiburtina de forma maravillosa y dio a las diversas dependencias nombres celeberrimos de provincias y lugares, llamándolas, por ejemplo, Liceo, Academia, Pritaneo, Canope, Pecile y Tempe. Y para que nada faltara tenía hasta un Hades.

El Canope recibió, quizá, su nombre más tarde—Adriano no marchó a Egipto hasta el año 130—, pero, en cualquier caso, ese tipo de composición era una característica convencional de las grandes residencias campestres. El largo pórtico del lado sur del palacio en torno a un estanque, con una construcción absidial de media cúpula en un extremo, coincide por sus dimensiones con el Euripo del Canope de Alejandría. En cuanto a los demás nombres, conceden especial importancia a Grecia y, en particular, a Atenas.⁷

Pero los dueños de propiedades en Tibur no eran solo senadores. El anciano satírico Juvenal tenía allí una finquita. Lo que no sabemos es si consiguió atraer la atención—y el patrocinio—de Adriano. Aunque, al parecer, lo intentó. Su séptima *Sátira* comienza con una referencia directa al emperador: «La única esperanza para las artes está puesta en César [...] solo él se da cuenta de la desdicha de las Musas en estos tiempos [...]. ¡Manos a la obra, muchachos! El emperador os observa y estimula, su benevolencia busca un objeto al que aplicarse». Los tiempos de los grandes patronos, como Mecenas, habían pasado. «En cuanto a vosotros, historiadores, ¿acaso es más fecundo vuestro esfuerzo? [...]. Rebasáis cualquier límite y llegáis todos a las mil páginas, que resultan una pesadez por la gran cantidad de papiro; eso es lo que manda el enorme número de asuntos tratados y la ley de ese tipo de obras; pero, ¿qué frutos obtenéis?». Resulta difícil no sospechar una referencia a Cornelio Tácito, fatigándose en sus *Anales*. Aparte de Floro, cuyo intercambio de ripios con Adriano había sido citado por la *HA*, solo aparece atestiguado como amigo suyo otro poeta. Apuleyo recuerda que el emperador «honró la tumba de su amigo, el poeta Voconio, con un verso a modo de epitafio: “Fuiste licenciado en tus poemas, pero de alma casta”». Podría tratarse de Voconio Víctor, amigo de Marcial, que tuvo como favorito a un hermoso muchacho, Testilo, tema de uno de sus epigramas. Otro poema de Marcial, escrito en tiempos de Nerva, expresa un maligno regocijo ante el próximo matrimonio de Víctor y pronostica que deberá modificar sus prácticas sexuales—su «ama» y su «madre prohibirán» a Víctor sus anteriores costumbres y le dirán: «¡Es tu mujer, no un muchacho!». Marcial aconsejaba a Víctor que se entrenara con una profesional de la Suburra: «Te hará un hombre, pues una virgen no es buena profesora».⁸

Los salones literarios de la época estaban más interesados en debatir nimiedades pedantes sobre los usos lingüísticos de los clásicos que la poesía o la prosa del momento. El famoso intercambio relatado por la *HA* entre Adriano y el sofista Favorino de Arelate (Arlés) se produjo, probablemente, durante esos años. A pesar de ser galo de nacimiento, este notable personaje estaba completamente helenizado, y los practicantes de lo que más tarde se denominaría «Segunda Sofística» lo consideraban uno de los principales intelectuales griegos. Filóstrato, el biógrafo de los sofistas, cuenta de Favorino que, a pesar de aparecer descrito como hermafrodita, imberbe y de voz aguda, «era, no obstante, tan ardiente en el amor que, de hecho, fue llevado a los tribunales por un hombre de rango consular que le acusó de adulterio». Y cita la observación el propio Favorino, quien decía, «en el estilo ambiguo de un oráculo, que en la historia de su vida se daban las tres paradojas siguientes: era galo,

pero vivía como un heleno; era eunuco, pero había sido juzgado por adulterio; se había peleado con un emperador, pero todavía estaba vivo». Filóstrato no habla, en realidad, de una pelea propiamente dicha. Sí dice, en cambio, que Favorino intentó conseguir quedar eximido del oficio de sumo sacerdote del culto imperial en su Galia natal aduciendo que era filósofo. Antes de que la petición fuera sometida a examen, Adriano había hecho saber que la rechazaría. Los filósofos estaban, en realidad, eximidos de obligaciones públicas tan costosas, pero el emperador no le consideraba un filósofo. Cuando Favorino se enteró, informó a Adriano de que su maestro Dión (de Prusa) se le había aparecido en sueños y le había dicho que era su deber ejercer el sacerdocio. Al parecer, el pueblo de Atenas reaccionó ante las noticias de que Favorino había caído en desgracia demoliendo la estatua del sofista, «como si se tratara del enemigo más acérrimo del emperador».⁹

Casio Dión ofrece una versión más breve de la misma historia, para ilustrar los «celos de Adriano hacia quienes destacaban en cualquier sentido», y afirma realmente que el emperador «hundió a Favorino». No obstante, continúa diciendo que le perdonó; y también Filóstrato hace hincapié en que «si bien Favorino cayó en desgracia ante el emperador, no sufrió ningún daño». Adriano «solía aliviarse de las responsabilidades del Imperio dedicando sus pensamientos a filósofos y sofistas», comenta Casio Dión, y el trato que dio a Favorino fue únicamente «para divertirse». Resulta bastante curioso que Favorino escribiera una obra titulada *Sobre el exilio*. Una copia en papiro publicada por primera vez en 1931 sugiere que Favorino fue realmente desterrado y escribió desde el exilio en la isla de Quíos. Sea como fuere, resulta difícil que la causa de la pelea, no explicada propiamente por Filóstrato ni por Dión, fuera el asunto de la solicitud de exención. El motivo se habría de buscar, quizá, en la acusación de adulterio, al fin y al cabo, Favorino había tenido un asunto con la mujer de un antiguo cónsul, que podría haber presionado a Adriano para que castigara al delincuente. No obstante podemos sospechar que aquel hecho le obligó a tomar postura entre Polemón, rival acérrimo de Favorino, y Herodes Ático, amigo suyo, y quizá se produjo en un momento posterior de su reinado.¹⁰

En cuanto al intercambio de opiniones del que habla la *HA*, tampoco parece de tanto fuste como para provocar el destierro de Favorino. Hubo cierta disputa sobre usos léxicos, como las reproducidas con tanto primor por Aulo Gelio unas décadas más tarde en sus *Noches Áticas*—Favorino aparece en estos recuerdos literarios como figura destacada, junto con el orador Frontón. El biógrafo de la *HA* presenta la historia como ilustración de una afirmación general sobre Adriano.

Aunque se expresaba con gran facilidad tanto en prosa como en verso y era muy competente en todas las artes, su actitud ante los profesores que le enseñaban era burlona, despectiva y humillante. A menudo rivalizaba con ellos y con los filósofos publicando libros y poemas para replicar a los suyos.

Y, a continuación, viene la anécdota.

En el caso de Favorino, en cierta ocasión en que cedió a las críticas de Adriano contra una expresión utilizada por él, sus amigos le reprocharon diciéndole que no debería haberse echado atrás ante Adriano por una palabra empleada por autores de fama. La respuesta de Favorino provocó sus risas: «Vuestro consejo, queridos, está fuera de lugar. Debéis permitirme que le considere más erudito, pues tiene a sus órdenes treinta legiones».¹¹

Aquella agudeza debió de haber llegado a oídos de Adriano, a quien habría sabido mal verse en ridículo. Pero resulta difícil creer que su respuesta consistiera en enviar a Favorino al destierro. Sus relaciones seguirán siendo un enigma—de hecho, la *HA* insiste en la página siguiente en que

si bien estaba muy dispuesto a criticar a músicos, actores de tragedias y comedias, gramáticos, retóricos y abogados, honró y enriqueció a todos los profesores, aunque a veces los torturaba con sus preguntas. Y aunque fue responsable de que muchos salieran de su presencia angustiados, solía decir que le sabía mal ver a alguien preocupado.

El biógrafo continúa diciendo que «mantuvo buenas relaciones con los filósofos Epicteto y Heliodoro y, por no mencionar nombres concretos, con gramáticos, retóricos, músicos, geómetras, pintores y astrólogos, pero, sobre todo, según afirman muchos, con Favorino».¹²

En una obra romana tardía sobre gramáticos escrita por Carisio, quien cita al propio emperador como autor de dos libros de *Sermones* sobre asuntos gramaticales, se ha conservado una anécdota similar. Adriano mantuvo una discusión con Terencio Escauro, el gramático más sutil de la época, según Gelio, además de profesor, siendo ya viejo, del propio Adriano, según informa la *HA* en una *vita* posterior. En un debate criticó a Escauro por un asunto de métrica sobre el que pidió una segunda opinión; en otro, rebatió sus argumentos respecto a una cuestión de léxico latino—acerca del uso de la palabra *obiter*—citando a varias autoridades, incluido Laberio, el escritor de mimos, y otros autores tempranos y, finalmente, una carta de Augusto en la que el príncipe había reprobado a Tiberio por evitar aquel término. Es cierto, añadía Adriano, que Augusto no pasaba de ser un aficionado. Da la casualidad de que

Escauro aparece retratado por Gelio debatiendo precisamente una palabra acuñada por el poeta Laberio. Una gran parte de las *Noches Áticas* está dedicada a discusiones prolijas y a veces acaloradas sobre el uso apropiado de las palabras. El orador Frontón pudo discutir largo y tendido sobre el significado correcto de *praeter propter*. Entre otras intervenciones reseñadas en la obra, Favorino aparece reprendiendo duramente a un joven por utilizar palabras caídas en desuso. En una estampa más se da gallardamente por vencido ante Frontón sobre la cuestión de si el griego o el latín tenían más palabras para describir el color. La discusión de la que informa la *HA* se puede entender muy bien en este contexto. En cuanto al exilio de Favorino, el verdadero motivo fue, quizá, la acusación de adulterio, sobre todo si el senador cornudo era una persona influyente.¹³

El año 126 comenzó con el consulado de Annio Vero y Egio Ambíbulo. Vero ocupaba el cargo por tercera vez, igualando así la puntuación del emperador. El honor era realmente raro y debía poner de relieve la alta estima de que gozaba aquel hombre. Es posible que Serviano, cuñado de Adriano, que había desempeñado su primer consulado el año 90 y obtuvo un segundo de Trajano el 102, esperara un tercero. Según parece, reconoció en un poemilla que Vero le había superado: se había creído el principal competidor en «el juego de la campana de cristal», al parecer una referencia burlona al juego de la política, pero, decía, «he sido batido no en una ocasión sino a menudo por Vero, mi patrón, tres veces cónsul». En aquel momento, Vero había dejado la prefectura de Roma, ocupada probablemente por él desde el 117 y en la que le sucedió Lolio Paulino, vástago de la aristocracia julio-claudiana. La proximidad de Adriano a los Annio Vero aparece ilustrada también por la atención que prestó al nieto de Vero. El joven padre de Marco, también un M. Annio Vero, había fallecido y el muchacho había sido adoptado por su abuelo. Adriano, «bajo cuya supervisión directa había sido educado», informa el biógrafo de Marco de la *HA*, le llamaba *Verissimus*, 'Ciertísimo', tras la muerte de su padre.¹⁴

La finalización de un importante proyecto constructivo, la restauración del templo de los divinos Vespasiano y Tito, fue motivo de festejos el año 126. Los *Fasti Ostienses* documentan la celebración de juegos circenses por Adriano para señalar la dedicación del templo; el texto fragmentario con la cifra MDCCCXXXV se refiere, evidentemente, a 1.835 parejas de gladiadores. Por lo que respecta a Adriano dicha fuente está lamentablemente limitada a los años 126-128, además de otro pasaje que menciona unos juegos bastante menos suntuosos en abril y mayo de otro año incierto. No obstante, informa también de que Adriano ocupó por segunda vez el cargo de *duumvir* en Ostia el año 126. Ello no significaba necesariamente que cumpliera con sus obligaciones en

persona, aunque pudo muy bien haber hecho acto de presencia en una o dos ocasiones, pues en ese momento se estaban llevando a cabo en Ostia trabajos de restauración y embellecimiento por iniciativa suya. También se beneficiaron igualmente de su atención otros lugares vecinos a Roma. En el Lacio, Lavinio y Lanuvio recibieron asignaciones de tierras y Adriano pagó obras de reconstrucción en Gabios, considerada proverbialmente desde hacía tiempo una pequeña localidad muy deteriorada. Las tres poblaciones formaban parte de la historia legendaria más antigua de Roma. Ese era también el caso de Veyes, la ciudad etrusca y rival implacable del otro lado del Tíber, donde también intervino Adriano. Sus favores a Etruria en general quedaron demostrados por su aceptación del cargo de «pretor de las quince ciudades» de la antigua Liga Etrusca. Más al sur, Formias obtuvo el rango de colonia y el emperador nombró un *curator* para Tarracina (Terracina).¹⁵

Adriano encontró tiempo para otra actividad al acceder a ser *magister* de los Hermanos Arvales el año 126. El verano del 118, con motivo de su primer regreso a Roma, había participado en sus ritos el día mismo de su entrada en la ciudad, pues, como era de esperar, había sido cooptado como miembro de ese y de todos los demás colegios sacerdotales. En este momento aceptó su turno para la presidencia, lo que suponía realizar las ceremonias en el bosquecillo de la Dea Dia el 19 de mayo e invitar al colegio al palacio para ofrecer sacrificios y cenar. En su cargo de *magister* pagó también la erección de algún edificio para los hermanos, quizá un santuario—en la propia Roma, y no en el sagrado bosque de la diosa a orillas del Tíber, entre Roma y Ostia, lugar principal de reunión de los arvales. La inscripción, fragmentaria, conmemora su acción para dar «testimonio de una generosidad desacostumbrada en Roma» (*[ut documentum esset Romae inso[litae munificentiae]*).¹⁶

El hecho de que se hallara de vuelta en Italia y concediera allí sus favores no significaba, por supuesto, que no pudiese dedicar ninguna atención al resto del Imperio, en especial a los griegos. Durante el año 126 tuvo ocasión de escribir una carta al *Koinón* ('Consejo') de los aqueos. Se han encontrado copias de ella en Atenas y Olimpia. Aunque aprobaba la buena voluntad demostrada por habersele votado nuevos honores, Adriano deseaba claramente que se mostrasen comedidos. A principios del 127 llegó un embajador de Estratonicea de Lidia, donde Adriano había estado tres años antes. Era una de las numerosas ciudades que en ese momento se llamaban Hadrianópolis, y la carta se dirige, como es de esperar, a los arcontes, el consejo y el pueblo bajo esa denominación. En realidad, les llegaron no menos de tres misivas distintas. En una carta escrita desde Roma el 11 de febrero, Adriano confirmaba haber leído el decreto de agradecimiento al embajador Claudio Cándido Juliano.

Otra carta, también de Roma, pero sin fecha, añadía que Adriano había tomado nota de la expresión de gratitud de la ciudad al procónsul Avidio Quieto por los beneficios otorgados durante su año en el cargo (125-126). Finalmente, el 1 de marzo, y también desde Roma, Adriano atendió a la petición y aprobó la demanda de la ciudad de recaudar impuestos en su territorio rural y su deseo de vender o reparar una casa propiedad de un terrateniente absentista: «Al parecer, estáis pidiendo algo que es, sin más, justo y necesario para una ciudad recientemente fundada». Adriano había creado ya, probablemente, un secretariado especial para su correspondencia con los griegos. Valerio Eudemon, su inteligente amigo, presente a su lado en agosto del 117 y que había desempeñado luego un alto cargo en Alejandría de Egipto, seguido por la dirección de las bibliotecas imperiales de Roma, fue nombrado a continuación para el puesto de *ab epistulis Graecis*.¹⁷

El hecho de que Adriano escribiera a los estratonicensenses desde Roma da a entender que pasaba los inviernos en la capital, probablemente en el palacio de Domiciano. En cualquier caso, a partir del 126, se estaban llevando a cabo también trabajos de reforma en dicho palacio, al parecer, con el objeto de hacer aquella imponente mole más confortable en invierno—se sabe con seguridad que Nerva y Trajano habían evitado vivir en él. En el interior se instaló un sistema de hipocausto en la Sala de Banquetes de Júpiter. La evidente finalidad de los cambios realizados en el exterior, en el lado que daba al Foro, fue hacer que el palacio pareciera más cercano al pueblo. También se emprendieron modificaciones en otra importante residencia imperial, el palacio de los Horti Sallustiani, en el extremo nordeste de Roma. El «parque de Salustio», propiedad en otros tiempos del sobrino nieto del historiador, había pasado a manos imperiales al fallecer su dueño y había sido objeto de los favores de Vespasiano y Nerva.¹⁸

Al cabo de menos de dos años de su regreso de Grecia, Adriano volvía a sentirse inquieto. Era demasiado pronto para emprender otra gira por las provincias, pero, según revela un precioso fragmento de los *Fasti Ostienses*, Adriano dejó Roma el 3 de marzo del 127 para marchar a *Italiam circum*[]. La parte que falta de la segunda palabra debe de ser [*padanam*], es decir, el valle del río Padus (Po). El emperador iba a estar fuera cinco meses. Es, probablemente, inútil que intentemos adivinar su itinerario en este viaje. No obstante, se pueden recoger algunos indicios dispersos de inscripciones en lugares que pudo haber visitado. Trébula Mutuesca, a unos 72 km al nordeste de Roma, en la vía Salaria, era la cuna de Laberia Crispina, esposa de su amigo Brutio Presente, en cuya casa le habría gustado, sin duda, alojarse. Al final de su reinado, Adriano asignó a la ciudad un *curator*. Equícolos, al este de Trébula, agradeció al empe-

rador dos años más tarde la restauración de algunos de sus edificios públicos; se sabe también que Adriano hizo otro intento, esta vez con éxito, de drenar el lago Fucino, proyecto iniciado por Claudio y reanudado por Trajano. Hay otra razón para suponer con bastante verosimilitud que Adriano pudo haber viajado por la vía Salaria y no por la Flaminia, pues ello le habría dado la posibilidad de hacer un desvío a Adria del Piceno, la ciudad situada junto a la costa del Adriático de donde decían proceder los Elios de Itálica. La *HA* informa de que era uno de los lugares donde ocupó una magistratura local. Aquella visita habría respondido a su manera de ser. La munificencia de Adriano está acreditada más al norte en esa misma costa, precisamente el año 127, con la restauración del templo de Cupra, la antigua diosa de la tierra picentina próxima a la ciudad que llevaba su nombre, Cupra Marítima.¹⁹

La restauración por Adriano de un acueducto en Cíngulo, en el norte del Piceno, no es en sí misma prueba de su presencia allí. Pero, casualmente, Menio Agripa, un oficial ecuestre que había estado en Britania con él el año 122 y era un hombre importante originario de aquella ciudad, afirma orgulloso en una inscripción haber sido anfitrión del emperador. Posiblemente había llegado ya el momento de que Agripa regresara de su destino de cuatro años en el estuario del Solway para disfrutar de un permiso en casa antes de marcharse a cumplir su tercera *militia* como prefecto de caballería en Mesia Inferior—en cualquier caso, no habría tenido problemas para estar de vuelta en Cíngulo el verano del 127—. Como alternativa, Adriano pudo haberse alojado en su casa en su viaje de regreso. Hay otras dos señales de la actividad de Adriano en el Piceno. Es posible que pagara la restauración del teatro de Firmo; además, nombró un *curator* para el puerto de Ancona.²⁰

En la región del Po propiamente dicha, objeto principal de su viaje, hay unos cuantos lugares que habría tenido algún motivo para visitar. Favencia (Faenza), en la vía Emilia, resulta difícil de comprobar. Era la patria de Avidio Nigrino, el hombre condenado a muerte nueve años antes por supuesta conjura. Sin embargo, Adriano acababa de referirse aprobatoriamente a Quieto, primo de Nigrino, en una de sus cartas a los estratonicensés. Se ha conservado también una carta de Adriano al propio Quieto en Ezeros de Frigia, en el gigantesco templo de Zeus, junto con otros documentos que regulaban las tierras del santuario. Quieto había hecho pública la «sagrada decisión» con una referencia respetuosa a las «preocupaciones del máximo emperador» y a cómo «unía la justicia con la filantropía según su cuidado al tomar decisiones». Pocos años después, Adriano otorgaría los favores más señalados al hijastro de Nigrino y yerno de Ceyonio Cómodo, que se hallaba entonces en las primeras etapas de su carrera senatorial. Es posible que el año 127 consiguiera enterrar el

hacha de guerra con los Avidios. Bastante al norte de Favencia, al noroeste de Patavio (Padua), se encontraba Vicesia (Vicenza), cuna de su amada suegra Matidia. Aquel vínculo pudo haber sido también motivo para una visita. En los extremos occidental y oriental de la vasta planicie entre los Alpes y el Po había otros dos lugares por los que, según podemos imaginar, Adriano podría haber mostrado algún interés. Como había recibido en el puesto de *curator* a un hombre llamado Clodio Sura que había sido oficial ecuestre de una legión encomendada anteriormente al mando de Adriano, la II Adiutrix; es posible que el emperador le recordara. Los Cesernios, una familia de Aquilea, gozaban, sin duda, de alta estima: dos hermanos jóvenes, ambos senadores, iban a acompañar en breve al emperador en sus próximas giras provinciales, y un pariente de más edad aparece sirviendo como oficial de la Guardia, también en compañía de Adriano, en ultramar. Otro hombre de Aquilea, Publicio Marcelo, cónsul el año 120, había sido ya gobernador de Germania Superior y pronto marcharía a desempeñar otro importante mandato en Siria. No lejos de Aquilea se hallaba Concordia, donde al parecer tenían propiedades la sobrina de Adriano y su marido Pedanio Fusco. Una visita allí pudo haber sido también una decisión pertinente, tanto si la pareja vivía aún como si no.²¹

Al margen de cuáles fueran los detalles, la gira concluyó en pleno verano: el 1 de agosto, los *Fasti Ostienses* registran el regreso del emperador a Roma. Era el momento preciso para una nueva celebración: el décimo aniversario de su acceso al trono caía el 11 de agosto. Casualmente, la misma inscripción indica que «los juegos votivos del decenio», organizados para señalar aquel acontecimiento, no se celebraron hasta el 19 de octubre. Tuvieron una duración de diez días y en el programa se incluyeron treinta *pyrrhicae*, danzas militares, en el Circo Máximo. La *HA* menciona que Adriano ofrecía «a menudo» esa clase de representaciones. Es posible que sufriera por entonces alguna enfermedad grave. Así se ha deducido, al menos, del especial hincapié que hacen las monedas de los años 127-129 en la salud del emperador, *salus Augusti*. El *Epitome de Caesaribus* afirma que Adriano «había padecido durante mucho tiempo» la dolencia de la que iba a morir el año 138. Sospechamos que Adriano se retiró rápidamente a Tibur en vez de pasar agosto bajo el calor sofocante de Roma. Por otra parte, quizá necesitara, simplemente, recuperarse de algún accidente; la *HA* informa de que, en cierta ocasión, «mientras cazaba, se rompió la clavícula y una costilla», pero no menciona ni la fecha ni el lugar. Podría haber sido el 127 en Italia.²²

El resultado más importante de la gira por Italia fue anunciado, probablemente, el otoño o invierno del 127: un cambio significativo en el gobierno del país. Italia iba a dividirse en cuatro regiones, cada una de las cuales se pondría

bajo un legado imperial de rango consular. Italia Transpadana era uno de aquellos distritos; otro incluía a Etruria. Roma y una extensa circunferencia en torno a la capital quedarían, sin duda, excluidas. La *HA* alude brevemente a la medida en tres pasajes distintos; Apiano la menciona una vez de pasada. Una única inscripción recoge el nombre de los hombres que ocuparon aquellos puestos: L. Vitrasio Flaminio, cónsul el 122 y, luego, *curator* del Tíber el 124, como muy pronto. Flaminio aparece descrito como *leg. pr. pr.* de Italia Transpadana y de la provincia de Mesia Superior. En otras palabras, un distrito de Italia era tratado como una provincia. Es de suponer que Adriano debatió su plan con su *consilium* ('el Consejo Privado') antes de ponerlo en práctica y se aseguró de su aprobación. Pero la medida no resultó popular y el sistema fue abolido por su sucesor, Antonino, que había sido uno de los nuevos dignatarios. La *HA* informa, en la biografía de Antonino, de que «fue elegido por Adriano como uno de los cuatro consulares a quienes se confió Italia, para gobernar la parte donde era dueño de más propiedades». En la biografía de Adriano solo aparece una frase lacónica: «Estableció cuatro consulares como *iudices* de toda Italia». Marco Aurelio restableció más tarde el sistema «siguiendo el ejemplo de Adriano por el que había dado a varios consulares la orden de administrar justicia». No obstante, la versión restablecida fue de menor rango: los funcionarios de Marco Aurelio fueron solo antiguos pretores con el título de *iuridicus*, y sus deberes se limitaron a los tribunales. El uso del término *iudices* por parte de la *HA* en la biografía de Adriano ha hecho pensar erróneamente que los cuatro mandatarios de rango consular eran, igualmente, jueces territoriales. Pero en ese pasaje, la palabra *iudices* se utilizó en su sentido posterior de «gobernadores».²³

La referencia de Apiano al sistema adriánico es un excursus de su relato sobre la sublevación italiana del 91 a.C.: «Al parecer, en aquel tiempo había pretores con autoridad consular que gobernaban diversas partes de Italia; el emperador Adriano restableció la costumbre mucho más tarde, pero no le sobrevivió por mucho tiempo». Esta afirmación nos lleva a preguntarnos si Adriano habría citado un precedente antiguo para justificar su reforma. Desde el punto de vista del Senado, se trataba de una infracción a su derecho de supervisión sobre Italia. Este derecho había sido expresado en un discurso pronunciado por Nerón con motivo de su acceso al trono: «El Senado habrá de retener sus antiguas prerrogativas. Italia y las provincias públicas deberán presentarse ante los tribunales de los cónsules». Así lo formuló, en cualquier caso, Tácito—¿escribió esas palabras sabedor de que Italia acababa de ser retirada de los *antiqua munia* del Senado y de los *consulum tribunalibus*?—. Sea como fuere, Italia era tratada ahora como las provincias. Es verdad que, en las series

de monedas conmemorativas que recordaron más tarde las giras provinciales, Italia aparecía también con el cuerno de la abundancia y con un cetro, quizá para indicar su especial posición.²⁴

La iniciativa de Adriano contaba con algunos posibles precedentes más recientes que el del año 91 a.C., al menos para la Transpadana. Según cierta hipótesis, un senador llamado Julio Próculo había sido legado de la *regio Transpadana* en tiempos de Trajano. Pero esa persona pudo haber sido uno de los legados de Adriano. Quizá sea más interesante el hecho de que la Transpadana había sido tratada como una provincia bajo Augusto. En su obra *Sobre los retóricos*, Suetonio recoge la protesta del orador Albucio Silón en cierta ocasión en que el eminente L. Pisón actuaba como juez en Mediolano (Milán): «¡Es como si se nos hubiera reducido de nuevo a la condición de provincial!». Suetonio lo había escrito probablemente bastantes años antes. Una publicación suya más reciente, su *Vida* de Augusto, tenía sin duda en ese momento mayor significado. En ella informaba con bastante detalle sobre cómo el pueblo y el Senado otorgaron agradecidos al primer príncipe el título de *pater patriae*, 'Padre de la Patria'. «Hubo una unanimidad repentina y amplísima». Primero, el pueblo romano le envió una delegación a Ancio, pero Augusto rechazó el honor. Luego, al entrar en la ciudad, se repitió el intento. Finalmente, en el Senado, Valerio Mesala Corvino, el máximo orador del momento, pronunció un discurso:

«Que todo os vaya bien a ti y a tu casa, César Augusto. Con estas palabras creemos rogar por la perpetua prosperidad y felicidad de la República. El Senado, con el consentimiento del pueblo romano, te saluda como Padre de la Patria». Augusto, con lágrimas en los ojos, respondió: «Una vez que veo cumplido todo aquello por lo que he rogado, ¿qué otra cosa puedo pedir a los dioses inmortales sino que me permitan conservar vuestra buena voluntad hasta el fin de mi vida?». ²⁵

Aquel honor se le otorgó a Augusto tardíamente, el 2 a.C., veinticinco años después de haber «restablecido la República». Tiberio se negó en redondo a aceptarlo. Pero otros emperadores posteriores se habían sentido dispuestos a asumir el título más o menos enseguida. Adriano prescindió de él durante mucho tiempo y, de hecho, lo rechazó en dos ocasiones en que le fue ofrecido, pensando, sin duda, en la tardía aceptación de Augusto. Ahora consideró que había llegado el momento adecuado. Ya hemos recalcado la admiración de Adriano por el primer príncipe y los esfuerzos realizados por él durante los años inmediatamente anteriores para presentarse como un segundo Augusto. En la Antigüedad tardía se citaba una alocución de Adriano en la que pedía a

los padres conscriptos—«y siento un afán especial por obtener vuestro consentimiento», insistía—que se le permitiera colocar un escudo de plata en honor a Augusto en la casa del Senado, cerca de la estatua del emperador. Quizá sea demasiado suponer que en ese momento, en su imitación de Augusto, llegó a hacer, incluso, que una delegación del pueblo romano acudiera a Ancio a presentarle un ruego, como en el año 12 a.C., aunque Adriano tenía, realmente, una residencia allí, su palacio favorito según Filóstrato, donde guardaba una colección de cartas del milagrero Apolonio de Tiana. También es dudoso que el máximo orador de su tiempo pronunciara, como el año 12 a.C., un discurso en el Senado. En cualquier caso, no está claro a quién podía corresponder tal honor a finales del 127 o en el 128. Treinta años antes, Tácito había sido aclamado por su amigo Plinio con ese título; pero, de haber seguido aún con vida, estaría demasiado viejo y amargado como para hacer una aparición pública de esas características. Cornelio Frontón, la estrella del siguiente reinado, era aún excesivamente novato. Quizá le hiciera los honores Annio Vero, el único hombre, aparte del propio emperador, que había ejercido tres consulados. En cualquier caso, el apelativo de *pater patriae* pasó a ser un componente habitual de los títulos imperiales en el 128, a más tardar.²⁶

Adriano se interesaba vivamente por la familia de Annio Vero, uno de sus consejeros de mayor confianza, ligado a él por parentesco. Según hemos mencionado ya, el nieto de Vero, Verissimus, «había sido educado bajo la vigilancia de Adriano» (literalmente «en el regazo de Adriano») y había ingresado formalmente en el orden ecuestre a la edad de solo cinco años. El 128, cuando el muchacho tenía siete años, Adriano le hizo miembro de los Salios, un antiguo grupo sacerdotal reservado a los patricios. Dión subraya también la disposición favorable de Adriano hacia Marco y escribe, de hecho, que era «por su parentesco». No está claro de qué relación precisa se trataba. Es bastante probable que los Annio Vero, procedentes de Ucubi (Espejo), en la Bética, cerca de Córdoba, tuvieran lazos con los Elios y los Ulpios de Itálica. Sea como fuere, la influencia y el respeto de que gozaba Vero se vieron reforzados por la enorme riqueza de la familia. Al haber sido cónsul en tres ocasiones, Vero, que había cumplido para entonces los sesenta y no ocupaba ya ningún cargo, tenía una categoría superior a la de cualesquiera de sus pares. Sus yernos Aurelio Antonino y Umidio Cuadrato, también de rango consular, se hallaban entre los senadores más respetados. Su hijo Libón, aún vivo, fue cónsul *ordinarius* el 128.²⁷

Es verdad que Adriano tenía unos parientes más cercanos: su hermana Domicia Paulina y el marido de esta, Julio Serviano, casi octogenarios. Según hemos indicado ya, no es seguro que su hija Julia Paulina y su yerno Pedanio Fusco Salinátor vivieran todavía—solo existe una vaga posibilidad de que Fus-

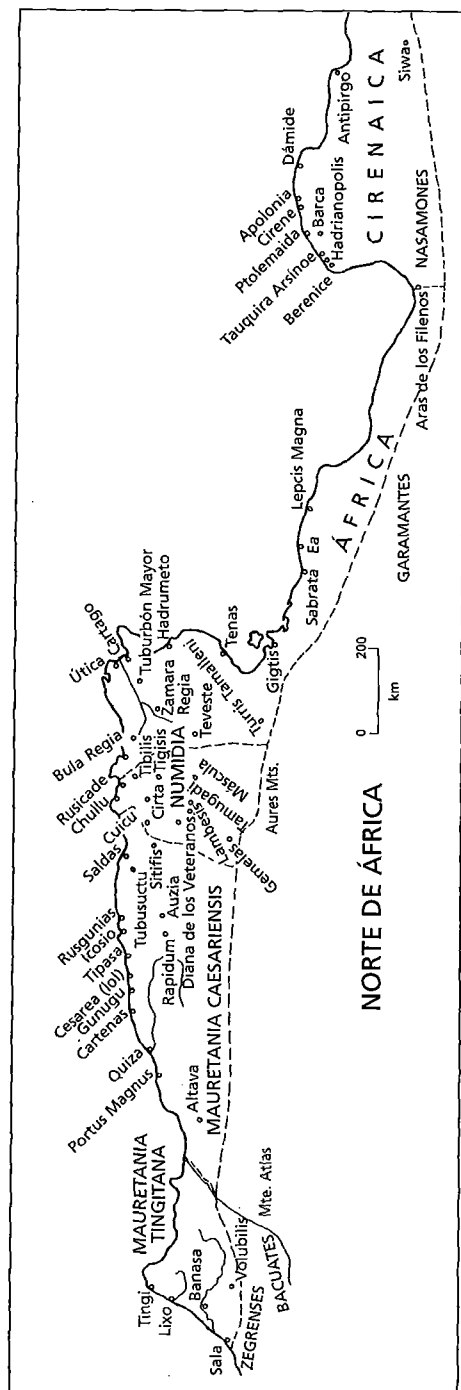
co fuera «Salán, el primo del rey» residente en Atenas del que habla el diálogo imaginario entre Adriano y Secundo, el filósofo silencioso. De todos modos, su hijo, sobrino o nieto de Adriano, les sobrevivió. Era solo un niño, no mucho mayor que Marco, si el dato de Dión sobre su edad es correcto; otra fuente recoge una información distinta que situaba el nacimiento del pequeño Fusco en torno al 113, no muchos años después del matrimonio de sus padres. En este caso, le había llegado el tiempo de tomar la *toga virilis* y sería pronto un personaje con quien habría que contar, listo para entrar en la vida pública al cabo de unos tres o cuatro años.²⁸

Durante esos años en Italia, Adriano habría vigilado estrechamente las provincias. Su amigo Platorio Nepote se hallaba ya, sin duda, de vuelta en Roma y le habría informado de los progresos realizados en las grandes obras de la frontera. La *HA* sugiere, incluso, que Adriano pensó en su amigo como posible sucesor. No sabemos quién sucedió a Nepote en Britania, pero, fuera quien fuese, tuvo problemas. El plan original hubo de ser modificado; se construyeron nuevos fuertes incrustados en el propio muro y, luego, se cavó un gran foso de fondo plano con unos montículos de tierra corridos a cada lado (el llamado *vallum*, o 'parapeto') a todo lo largo de la cara sur del muro. La finalización del plan completo requeriría un año o dos más. Sex. Julio Severo, el hombre que había pasado nada menos que siete años como gobernador de Dacia Superior garantizando allí el buen funcionamiento de la nueva administración, se hallaba de vuelta en Roma a finales del 127 para ejercer el consulado, pero fue enviado casi de inmediato a la misma región con el cargo de gobernador de Mesia inferior. Era evidente que Adriano valoraba a aquel hombre más que a cualesquiera de los demás comandantes de su ejército. De Mesia Inferior pasaría a Britania. En cuanto a las otras provincias, Adriano estaba a punto de volver a inspeccionar muchas de ellas personalmente.²⁹

ÁFRICA

En su biografía de Augusto, escrita hacía poco, Suetonio había dedicado un párrafo al trato dado a las provincias por el primer emperador, «y creo que no hay ninguna en la que no pusiera los pies excepto, por supuesto, África y Cerdeña». Un viaje proyectado para el año 36 a.C. fue cancelado debido únicamente a unas graves tormentas. Aquello era para Adriano una razón suficiente para ir a África, no visitada, en realidad, nunca por ninguno de sus predecesores. Se ha dicho que, cuando partió de Roma el 121, Adriano tenía previsto realizar una gira completa por Occidente. Sin embargo, la inspección a fondo de las provincias del norte de África hubo de quedar aparcada cuando los conflictos con que amenazaban los partos requirieron su presencia en el otro extremo del Imperio. La inmensa fertilidad de África hacía de ella una «joya de la corona imperial». Había mucho que ver, tanto en la región principal, urbanizada y próspera, como en la frontera, donde ya se estaba construyendo un nuevo *limes*. La elite colonial de la provincia proconsular había necesitado unas pocas generaciones más que las de sus iguales de la Narbonense e Hispania para alcanzar los puestos más elevados—el «primer cónsul de África», un tal Pactumeyo, de Cirta de Numidia (Constantina), había ocupado el cargo el año 80. Pero ahora, al cabo de casi cincuenta años, los africanos situados en puestos elevados, descendientes tanto de inmigrantes italianos como de nativos con derecho de ciudadanía, senadores y caballeros, eran multitud. La literatura latina había recibido también una transfusión de sangre nueva de aquella región. Suetonio procedía de Hippo Regius (Hipona/Annaba), y un joven de Cirta, que en ese momento se hallaba próximo a ser pretor, M. Cornelio Frontón, sería aclamado más tarde (con no poca exageración) como un segundo Cicerón. A Adriano no le faltaría compañía culta en esta parte de Occidente. La antigua historia del norte de África, la tierra del máximo rival de Roma, presentaba, tal vez, un especial atractivo.¹

La visita a África debió de haber durado varios meses y, tras un breve regreso a Italia, le seguiría una segunda gira por el Este. Como en todos los casos de desplazamiento de un emperador, Adriano iba acompañado por un considerable séquito. La emperatriz aparece en compañía de Adriano en Egipto



Mapa 6. Norte de África.

dos años después. Pero quizá se le uniera exclusivamente para el viaje al Este. Durante la estancia del emperador en África solo aparece mencionado un único nombre de las clases superiores: un joven senador originario de Aquileia, T. Cesernio Quinciano, hijo de un procurador de alto rango, fue *comes* de Adriano *per Siciliam Afric[am] Mauret[aniam]*. El padre de Quinciano había sido gobernador de la Mauritania Cesariense el año 107, y Quinciano había estado probablemente allí con él, aunque en aquel momento no fuera más que un niño. Era difícil, por tanto, poder considerarlo un «experto» en Mauritania. El grupo estaba integrado también, probablemente, por varios senadores más, junto con algunos altos funcionarios, como el secretario *ab epistulis*, que seguía siendo, quizá, L. Julio Vestino, el hipotético sustituto de Suetonio. Entre la servidumbre habría también esclavos y libertos del personal de palacio y un destacamento de la Guardia Pretoriana. Hay una vaga mención a que el comandante en funciones de los Guardias Montados, los *equites singulares Augusti*, se hallaba al lado de Adriano cuando este arengó a las tropas en la frontera el mes de julio.

Se ha propuesto, además, la hipótesis de que Arriano, el amigo de Adriano, se hallaba con este. En su tratado sobre la caza, escrito en Atenas al cabo de quince o más años, Arriano describe en un pasaje pormenorizado la habilidad con que los númidas corrían tras los onagros del desierto. Después de parafrasear la descripción de Jenofonte sobre los esfuerzos del joven Ciro para capturar esos animales, observa que en sus días «niños númidas de ocho años montando a pelo y sin bridas son capaces de adelantarse a los onagros del desierto y traerlos vivos y atados de un ronzal». La viveza del relato hace que parezca contado por un testigo.²

La inscripción de Quinciano es la única prueba de que Adriano volvió a visitar Sicilia al cabo de solo tres años de su última y breve estancia. Como sabemos que la vez anterior había ascendido al Etna, parece bastante probable que esta vez visitara el extremo occidental de la isla que, en cualquier caso, se hallaba en la dirección correcta de la ruta a África. Sicilia, sin embargo, tenía una importancia secundaria. La meta era África, y en primera instancia, probablemente, Cartago, sede del procónsul. No sabemos quién ocupaba el cargo a principios del verano del 128. Pero los otros tres gobernadores que le recibieron en el norte de África están atestiguados con mayor o menor seguridad, y todos ellos habían sido nombrados recientemente. Numidia y la legión III Augusta habían estado durante los dos o tres últimos años al mando de un griego de Tralles, en la provincia de Asia, Sex. Julio Mayor. Al llegar Adriano, acababa de traspasar el cargo a Q. Fabio Catulino, probablemente un hispano. De los dos gobernadores de rango ecuestre de Mauritania, el procurador de la

Cesariense era Vettio Latrón, antiguo amigo de Adriano, que había sido hasta entonces gobernador de los Alpes Cocios. La promoción de un hombre de trayectoria tan modesta hasta el mando de la importante provincia Cesariense parece bastante extraordinaria. La explicación se ha de buscar, sin duda, en los vínculos de Latrón con el emperador, que se remontaban a fechas antiguas, en la legión II Adiutrix. Latrón, por su parte, era de origen africano, de Tuburbón Mayor. Entre el 129 y el 132, la Tingitana estuvo gobernada, sin lugar a dudas, por M. Gavio Máximo, nombrado con bastante probabilidad el 128. El domicilio «oficial» de Máximo era la propia Roma, pero su familia se hallaba instalada desde hacía tiempo en Éfeso. Más adelante, a finales del reinado, ascendería a la prefectura de la Guardia.³

Al llegar a este punto, la sección narrativa de la biografía de la HA comienza a abreviarse de forma drástica y ofrece pocos detalles, fuera de la afirmación de que Adriano «cruzó a África [no se menciona la etapa en Sicilia] y otorgó muchos favores a las provincias africanas». Más adelante se añaden otros dos datos: primero, que «llamó a numerosas ciudades "Hadrianópolis", por ejemplo, incluso, a Cartago»; y, segundo, que, «cuando llegó a África, llovió por primera vez en cinco años, y por ese motivo se hizo popular entre los africanos». Abundan las pruebas de que Adriano concedió en África varios tipos de *beneficia*, principalmente el otorgamiento de privilegios a agricultores que cultivaban tierras marginales. El nuevo nombre de «Hadrianópolis» para Cartago no parece haber dejado ningún otro testimonio documental. En cualquier caso, supone una estancia de algunas semanas y la concesión de ciertos favores. La construcción del gran acueducto tendido desde la montaña de Zaghouan, a 56 kilómetros del sur de la ciudad en línea recta, pero con un trazado tortuoso a lo largo de un total de 132 km, es de este período y pudo haberse beneficiado de las subvenciones imperiales. En cuanto a la lluvia tras cinco años de sequía, podemos recordar que es precisamente el tiempo transcurrido desde su hipotética visita fugaz de camino al Este desde España.⁴

En la distribución de favores por Adriano, hay, sin duda, signos de que sus propósitos estuvieron influidos por cierto sentido histórico. Una de las beneficiadas fue Útica, la ciudad más antigua de África, residencia del gobernador durante la República—Cartago había sido borrada del mapa a finales de la Tercera Guerra Púnica, el año 146 a.C., y no se refundó hasta después de la victoria de César en la guerra civil, un siglo más tarde—. Posteriormente, Útica sería recordada sobre todo como escenario del suicidio de Catón el Joven al fracasar la causa republicana. Podemos suponer también que Adriano habría recordado un episodio de la primera guerra civil de Roma. Casi doscientos años antes de su visita, el 82 a.C., un gobernador romano había muerto abra-

sado en su propio *praetorium* de Útica, incendiado por unos colonos romanos hostiles. Aquel hombre se llamaba C. Fabio *Adriano*—aunque no era, por supuesto, antepasado del emperador sino, casualmente, uno de los únicos dos romanos de ese nombre que aparecen con anterioridad en documentos históricos—. Podemos imaginar perfectamente que Adriano, obligado a leer a Cicerón en sus años de escolar, había caído en la cuenta del comentario sobre *ille Hadrianus*, cuya *avaritia* no podían tolerar los ciudadanos romanos. También Tito Livio había dedicado un espacio al merecido fin del cruel y avaricioso propretor en el libro 86 de su gran *Historia*.⁵

Útica, *municipium* desde hacía tiempo (a partir del 36 a.C.), recibió en ese momento el título de colonia. Sus habitantes habían solicitado el cambio por considerar que el rango de colonia era de más prestigio. La demanda de los uticenses a Adriano fue anotada por Aulo Gelio en un ensayo breve sobre las palabras *municeps* y *municipium*. Gelio cita el discurso «Sobre los italicenses», los habitantes del lugar de origen del emperador, pronunciado por Adriano ante el Senado. Adriano se explayó «con gran erudición» hablando del tema y «se mostró sorprendido porque sus conciudadanos y los de algunos otros antiguos *municipia*, entre los cuales nombra a los uticenses, aspiraban a adquirir la condición de colonia a pesar de que podían disfrutar de sus propias leyes y costumbres». Adriano afirmaba además que Preneste, en cambio, había solicitado a Tiberio volver de colonia a *municipium*, demanda a la que Tiberio accedió como un favor. El asunto estaba suficientemente claro: los anteriores *municipia* habían adquirido, sin más, la ciudadanía romana al tiempo que conservaban sus antiguas instituciones; a las *coloniae*, en cambio, se les otorgaba un privilegio constitucional de carácter general. Adriano podría haber mencionado un caso de África en el que se había mantenido el antiguo principio: Leptis Magna se convirtió en *municipium* bajo Vespasiano y conservó, al mismo tiempo, sus principales magistrados púnicos, los sufetes. Sin embargo, también Leptis había ascendido de categoría y se había convertido en colonia titular con Trajano: los sufetes habían sido sustituidos por *duoviri*. Sin embargo, Adriano debía de saber perfectamente que, a diferencia de los antiguos *municipia* italianos y un minúsculo grupo de los provinciales (como Itálica y Útica), los de las provincias solo gozaban de la condición jurídica latina. Las colonias, en cambio, eran plenamente romanas, y las localidades provinciales romanas que carecían de este título se sentían en desventaja. No está claro cuándo habló Adriano en el Senado sobre la petición de Itálica. Es probable que fuera durante sus tres años de estancia en Italia, del 125 al 128, y que la demanda de Útica llegara también a Roma en esas fechas. Adriano accedió en algún momento a ejercer (*in absentia*) el cargo de *quinquennalis* de Ítaca.⁶

En cuanto a la condición latina, Adriano dio un paso importante. El disfrute del derecho latino—*Latium* o *ius Latii*—significaba que, cada año, los hombres electos para un cargo en los *municipia* provinciales y sus familias adquirirían la ciudadanía romana plena. Esto trajo consigo una difusión constante, aunque limitada, del rango de ciudadano entre las clases altas del occidente latino. Adriano estableció una forma ampliada, el *Latium maius*, en función del cual se convertían en *cives Romani* no solo los magistrados y sus familias, sino también todos los concejales—hasta un número de cien—. Suponiendo que ese «derecho latino superior» se otorgara entonces ampliamente, el efecto habría sido un rápido aumento de los ciudadanos romanos. Sin embargo, no disponemos de más detalles fuera de una única inscripción de Gigtis, en África, que solicitó en tiempos de Antonino la condición latina ampliada. Este hecho da a entender que la concesión no era automática ni universal para todos los *municipia* latinos.⁷

Otras cuatro ciudades de la provincia proconsular obtuvieron igualmente la condición de colonia: Bula Regia, Zama Regia, Lares y Tenas. Bula había sido *municipium* durante una generación; las demás fueron promocionadas, quizá, directamente del rango de *civitas peregrina* (es decir, no romana) al de colonia. El favor concedido a Bula y Zama, cuyos nombres recordaban con orgullo que habían sido en otros tiempos residencias reales en el antiguo reino de Numidia, indica una vez más la sensibilidad de Adriano hacia el pasado. Lares y Tenas ocupaban también algún pequeño lugar en la historia: Mario había tomado el *oppidum* de Lares, en la ruta principal de Cartago a Tebeste, durante la Guerra de Yugurta; el puerto de Tenas, en la costa sur de Hadrumeto, había caído en manos de César poco después de su desembarco en África. También recibieron favores otras dos anteriores colonias: Utina, fundación augústea a 32 kilómetros al sudoeste de Cartago, y la cercana Colonia Canopitana: ambas documentaron la *indulgentia* de Adriano. Su territorio fue ampliado, probablemente, a expensas de Cartago, a la que, en el momento de su refundación, se había concedido un término extenso y que podía reducirse por tanto sin problemas.⁸

Diez comunidades indígenas pasaron en ese momento a ser *municipia* (deberíamos añadir que diez por lo menos, pues quizá fueron más). Todas menos dos se hallaban en los valles fértiles de los dos grandes ríos de la provincia, el Bagradas y el Miliana, o cerca de ellos. Mactaris (Maktar), en el alto Tell, al sudoeste de Zama Regia, era el centro de una importante región cerealista. La otra excepción fue Turrus Tamalleni, un oasis a 80 kilómetros al sur de Capsa, en la zona fronteriza. De las ocho nuevas localidades con carta de privilegio situadas más al norte, debemos destacar una, Tuburbón Mayor, sometida durante mucho tiempo a la influencia de la Cartago romana. Tuburbón era tam-

bién la patria de Vettio Latrón. Es fácil suponer que el antiguo oficial de Adriano intervino para que se otorgara la promoción.

Otros romanos de alto rango naturales de África pudieron haber aprovechado perfectamente la oportunidad de hacerle los honores y procurarse ascensos para sí mismos, cuando no para sus conciudadanos, tanto si habían sido invitados a unirse a Adriano en calidad de *comites* del emperador como si no. Resultan especialmente llamativas las carreras de dos jóvenes africanos. Es evidente que Q. Lolio Úrbico, segundo hijo de un terrateniente de Castillo de los Tiditanos, dependencia de Cirta, había atraído la atención de Adriano. Úrbico había sido tribuno de la legión de Maguncia, la XXII Primigenia, quizá en tiempos de la visita del emperador a Germania el 121-122. Tras ejercer la cuestura, había pasado un año como legado de un procónsul de Asia, posiblemente Pompeyo Falcón. Gozó de la situación de favor de ser «recomendado de César» en sus dos puestos siguientes: tribuno de la plebe y pretor, un logro nada desdeñable para un *novus homo*. Adriano habría visitado, seguramente, Cirta y la próspera región de su entorno. Podríamos citar una minúscula indicación de su presencia en Tibilis, localidad vecina a Cirta: un hijo de la principal familia del lugar, los Antistios, nacido por aquellas fechas, recibió el raro *cognomen* de Adventus. ¿Coincidió, tal vez, el nacimiento de Q. Antistio Advento, que realizaría una brillante carrera bajo Marco Aurelio, con la llegada de Adriano? El otro joven africano que se benefició del favor de Adriano fue P. Salvio Juliano, nacido, al parecer, en Hadrumeto (Sousse). Juliano era incluso más joven que Lolio Úrbico y sus dotes se manifestaban en un terreno distinto: el derecho romano. Al cabo de dos o tres años, Juliano recibiría, como cuestor de Adriano, un mandato especial para codificar el «edicto del pretor».⁹

Extensas zonas de la provincia de África eran tierras de la corona, propiedad imperial supervisada por procuradores del *patrimonium*. Una gran parte había pasado a manos de los emperadores por confiscación, sobre todo bajo Nerón, que había condenado a muerte a seis hombres, propietarios ellos solos de «media provincia», según afirmaba Plinio el Viejo. Las tierras de la corona repartidas por todo el Imperio constituían una importante fuente de ingresos imperiales y para el suministro de víveres, sobre todo en África. El sistema de cultivo suponía el arriendo de extensas parcelas de terreno a aparceros jefes, *conductores*. Estos subarrendaban a los campesinos, que trabajaban realmente el campo y para quienes eran los verdaderos terratenientes, pues se les pagaba la renta en especie. De todos modos, se podía apelar al emperador a través de sus procuradores, sobre todo si el aparcerero acababa siendo un explotador. Dos inscripciones procedentes de fincas imperiales del valle de Bagradas citan una «ley de Adriano», *lex Hadriana*, que establecía las nuevas normas para

el arriendo de tierras. Una «declaración de los procuradores» comienza con una referencia a la «preocupación incansable de nuestro César ejercida constantemente en beneficio de la humanidad». De hecho, Adriano dio continuidad a una medida tomada por Trajano al final de su reinado por la que se extendía a las fincas imperiales un sistema vigente ya en África: quienes cultivaran tierras baldías marginales quedaban exentos del pago de rentas durante varios años si plantaban vides, higueras y olivos, y adquirirían un derecho provisional sobre tierras no asignadas en el reparto original por centurias. Esta medida había sido desarrollada por la *lex Manciana*, una medida instituida probablemente por un terrateniente particular llamado Mancian o, quizá, por un procónsul del mismo nombre. La nueva exención de Adriano—vigente, quizá, en las fincas imperiales de todo el Imperio, y no solo de África—instauró una aplicación ampliada y más detallada de esta normativa. Quienes ocuparan terrenos asignados por centurias y plantaran en ellos vides y olivos, adquirirían derechos de posesión y herencia.¹⁰

Podemos conjeturar que la gira por la zona urbanizada y el interior, agrícola y rico, se prolongó hasta dos meses. A finales de junio, a más tardar, Adriano se hallaba ya en el distrito militar, Numidia, donde los procónsules habían dejado de ejercer una autoridad efectiva desde hacía casi un siglo. El legado de la única legión del norte de África, la III Augusta, era en la práctica legado imperial de Numidia. Fabio Catulino, que ocupaba el cargo desde hacía poco, se había estado preparando cuidadosamente para la visita, en especial entrenando a las tropas para que pudieran impresionar al emperador. También había dedicado un par de altares en nombre de la legión: uno a Júpiter Óptimo Máximo, Señor de las tormentas divinas, y otro a los «Vientos, que tienen el poder de producir condiciones atmosféricas beneficiosas» (*ventis bonarum tempestatum potentibus*). Se trataba de una oportuna acción de gracias por las lluvias de primavera que habían coincidido con el desembarco de Adriano en África tras cinco años de sequía. La III Augusta había sido destinada a una nueva base, Lambesis, a unos cien kilómetros al suroeste de su anterior puesto de Amédara, y se estaba trabajando en las obras de la nueva fortaleza. También se trabajaba en la construcción de la nueva barrera fronteriza, 240 kilómetros más al sur, al otro lado del monte Aurasio (las montañas de Aurès). En África habría sido, sin duda, absurdo intentar levantar un *limes* artificial ininterrumpido, como el de piedra de Britania, y el de madera de Germania Superior y Recia. En África no se podía disponer ni de los materiales ni de la mano de obra para delimitar en su totalidad la enorme distancia del Atlántico a las fronteras de Egipto. Tampoco era necesaria una barrera continua a todo lo largo del país. La frontera del desierto se podía controlar cortando las rutas que atra-

vesaban los oasis. En cualquier caso, se construyeron varios tramos largos cuya concepción muestra un gran parecido con la del muro de Britania.¹¹

Al sur del fuerte avanzado de Gemelas, recién creado, corría una barrera de unos 60 kilómetros que protegía una zona de densos palmerales. Tenía la forma de un muro de más de dos metros de espesor construido con adobes secados al sol, con una puerta a cada milla romana y una torre a medio camino entre dos puertas. Estaba flanqueado por un foso continuo cruzado por pasos únicamente frente a las puertas. A unos 50 kilómetros al norte, al este de las montañas de Hodna, se levantó otro muro continuo de unos 45 kilómetros de longitud hecho de piedra o de material apilado cuya anchura variaba entre 1,5 y 4 metros, flanqueado igualmente por un foso. Las torres parecen haber estado situadas a intervalos irregulares, unas detrás del «muro» y otras empotradas en él. También aquí se abrieron, al parecer, puertas y pequeños fortines, además de las torres, al menos en algunos sectores. Se ha sostenido la existencia de un tercer sector de unos 70 kilómetros de longitud a bastante distancia de Lambesis hacia el sur, más allá de la base Ad Majores (construido el año 105 por el legado Minicio Natal). Pero los restos identificados como foso de ese *limes* podrían formar parte, simplemente, de la ruta fronteriza que corría de este a oeste. Pasado el límite provincial, en la Mauritania Cesariense, otra barrera corrida de unos 140 kilómetros de longitud parece haber cercado casi por completo una parte importante de las montañas de Hodna. También allí había un muro, con foso, torres y fortines.¹²

El testimonio claro de la existencia de puntos de cruce a distancias regulares en el sector de Gemelas demuestra que el sistema se ideó para controlar el acceso al Imperio. La migración estacional de pueblos del desierto seminómadas o trashumantes continuaría, pero estrechamente vigilada por el ejército. La agricultura, sobre todo el olivar, podía florecer a partir de ese momento en el lado romano de la frontera. Es cierto que quizá quedan aún por descubrir más tramos del *limes*, pero parece ser que, para una gran parte de la zona fronteriza, en particular la Mauritania Tingitana y la parte occidental de la Cesariense, se consideraba suficiente mantener la paz mediante calzadas, patrullas y torres de vigilancia, sin necesidad de construir una barrera continua.¹³

Varios fragmentos extensos de una larga inscripción de Lambesis ilustran, afortunadamente, la gira de Adriano por algunas de las bases militares. Su visita fue conmemorada mediante la erección de una enorme columna. La basa llevaba escrito el texto de las arengas pronunciadas por él a tres regimientos auxiliares y a los centuriones veteranos y jinetes de la legión. Los soldados habían realizado ejercicios y maniobras ante el emperador. En la segunda mitad de junio, Adriano habló ante la *cohors* II Hispaniorum.

Os ha bastado un solo día para rematar lo que otros habrían prolongado durante varios: habéis levantado un muro, una construcción penosa destinada a cuarteles permanentes de invierno, en un tiempo no muy superior al requerido para un terraplén de tepes—y hay que tener en cuenta que, en este tipo de obra, los tepes se cortan en tamaños normalizados, son fáciles de transportar y manejar y se pueden colocar sin dificultad. Habéis realizado la construcción con piedras grandes, pesadas y, además, desiguales que nadie es capaz de transportar, levantar o tender sin sentir sus irregularidades. Habéis cavado un dique en línea recta en una gravera dura y accidentada y lo habéis alisado nivelándolo. Cuando la obra recibió la aprobación, entrasteis en el campamento a buena marcha, recibisteis vuestra comida y armamento y seguisteis a la caballería, que había salido por delante, aclamándola con grandes voces a su vuelta.

A continuación se realizaron maniobras, que fueron, evidentemente, objeto de aprobación.

Felicitó a mi legado, Catulino, por haber organizado para vuestra unidad este ejercicio que ha adoptado la forma de un combate real. Catulino os ha entrenado tan bien que puedo felicitaros igualmente a vosotros. Vuestro prefecto, Corneliano, ha realizado también su trabajo a mi entera satisfacción.

No obstante, Adriano añadió algunas palabras de crítica a la sección de caballería de la cohorte. «No apruebo las tácticas de orden abierto», y aquí citaba a una autoridad en ciencia militar cuyo nombre se ha perdido en una laguna del texto. «Los soldados de caballería deberían salir al descubierto y ser más precavidos en la persecución; si no vigilan por dónde marchan y no pueden controlar su caballo a voluntad, se exponen a caer en trampas ocultas».¹⁴

Estas palabras constituyen una hermosa ilustración de lo que dice Dión sobre Adriano y el ejército—que inspeccionaba e investigaba todo personalmente, armas, máquinas, trincheras, terraplenes y empalizadas y la instrucción de los soldados para todo tipo de combate, y que condecoraba a unos y reprobaba a otros, además de enseñarles qué debían hacer. El comentario introductorio a la gira por la frontera germana del biógrafo de la HA: «aunque ansiaba más la paz que la guerra, entrenaba a los soldados como si esta fuera inminente», aparece también ampliamente confirmado. Fabio Catulino y, sin duda, todos los comandantes del ejército habían recibido las órdenes correspondientes: la *exercitatio* de la *cohors II Hispaniorum* se parecía al combate real, era una *verae dimicationis imago*. Tras la muerte de Adriano, Cornelio Frontón pudo mostrarse sarcástico respecto a estas medidas: «Después del emperador Trajano, los ejércitos no observaban prácticamente ninguna disciplina. Adriano se mostró bastante activo reuniendo a sus amigos y pronun-

ciando elocuentes discursos ante el ejército y, en general, practicando tácticas de guerra», pero abandonó las conquistas de Trajano y se limitó a recorrer el Imperio. Otros comentarios hirientes de Frontón sobre cómo se consentía al ejército utilizar «armas de mimbre» en vez de espadas y escudos solo se referían en concreto a Asia. Pero Frontón escribía más de veinticinco años después de la muerte de Adriano. Difícilmente se puede acusar al emperador de la decadencia de la *militaris disciplina* en el Ejército de Siria objeto de los lamentos de Frontón en la década del 160.¹⁵

«Tras haber inspeccionado sus ejercicios, el emperador César Trajano Adriano Augusto arengó a su legión III Augusta con las palabras escritas más abajo el día de las calendas de julio, siendo cónsules Torcuato, por segunda vez, y Libón». Se han conservado algunos pasajes de sus observaciones dirigidas *ad pilos*, «a los centuriones veteranos», y a la caballería legionaria. El legado le había hablado de los problemas particulares de la legión:

Falta una cohorte por haber sido enviada al turno anual de servicio en el *officium* del procónsul; hace dos años, cedisteis otra cohorte y cuatro hombres de cada centuria para reforzar a vuestros camaradas de la Tercera; habéis dividido muchos puestos de avanzada muy dispersos en el terreno; y, hasta donde yo sé, no solo habéis cambiado de base en dos ocasiones sino que habéis construido una nueva fortaleza.

(Con la expresión «a vuestros camaradas de la Tercera», Adriano se refería o bien a la legión III Gallica del Ejército de Siria, o a la III Cyrenaica, estacionada también en el Este.) En vista de esas especiales circunstancias, dice Adriano, «os habría excusado si la legión hubiera dejado de ejercitarse desde hace tiempo, pero no habéis cedido». Al contrario, continuó diciendo sin duda—aquí el texto tiene una laguna—, los legionarios se habían portado excelentemente. Los centuriones veteranos dieron muestras de sus dos cualidades habituales; una de ellas, la agilidad, aparece mencionada expresamente, pero un vacío en la piedra obliga a conjeturar cuál era la otra. La caballería legionaria, compuesta solo por 120 hombres, fue objeto de calurosos elogios.

Los ejercicios militares tienen, en cierto modo, sus propias reglas: si se añade o quita algo de ellas, el ejercicio resulta menos útil o demasiado difícil. Habéis realizado el ejercicio más complicado de los ya difíciles de por sí: lanzar la jabalina portando la coraza [...]. También aplaudo vuestro temple.¹⁶

Seis días después, en las nonas de julio (séptimo día del mes), Adriano se encontraba en Zarai, más allá de la localidad de Diana de los Veteranos (Zana),

en la ruta a la Mauritania Cesariense, donde pasó revista a una cohorte; pero no se ha conservado su nombre y solo dos palabras y media de su discurso. Entre el 8 y el 14 de julio el emperador inspeccionó otras dos unidades, el Ala I Pannoniorum y la *cohors* VI Commagenorum. Adriano dijo a los panonios:

Habéis realizado todo según las ordenanzas: habéis cubierto el campo de instrucción con vuestras maniobras, habéis lanzado las jabalinas con elegancia a pesar de que las utilizadas son cortas y rígidas, y habéis montado a caballo tanto ayer como hoy con agilidad y rapidez. Si algo hubiese faltado, habría deseado que se hiciera; de haber destacado en algo, lo habría mencionado, pero me habéis agradado por igual en todo el ejercicio. Mi legado, el ilustrísimo (*vir clarissimus*) Catulino, pone el mismo cuidado en todas las tareas de su cargo, y vuestro prefecto [...] [falta el nombre] parece cuidar de vosotros con atención. ¡Aceptad un obsequio!

En este punto siguen unas pocas palabras que se han resistido durante mucho tiempo a cualquier interpretación, hasta que se propuso la hipótesis de que no constituían una frase final de la arenga del emperador a los panonios, sino su orden dada a un oficial que se hallaba a su lado, una vez concluido el discurso: «Viátor, ¡marchad ahora al trote al campo de entrenamiento de los comagenos!». La frase sugiere que Adriano había hablado espontáneamente, y no leyendo de un texto preparado, y que las arengas a las tropas fueron recogidas cuidadosamente por un estenógrafo del equipo del legado Catulino. En cuanto a Viátor, se ha afirmado que se trataba del centurión M. Calvencio Viátor. En cualquier caso, dos años después, Viátor se hallaba al lado de Adriano en Arabia como comandante en funciones de los Guardias Montados. Diez años antes había estado al mando de los guardias a caballo del gobernador de Dacia, Avidio Nigrino. Algún autor ha llegado, incluso, a concluir que su ascenso a un puesto al lado del emperador fue una recompensa por los servicios prestados al revelar los planes de traición de su jefe. También se ha conjeturado que Arriano se encontraba en el estrado mientras Adriano hablaba a las tropas. En cualquier caso, no es, tal vez, casual que la obra del propio Arriano sobre táctica militar, escrita ocho años después, parezca hacerse eco directamente de algunas de las observaciones del emperador a los hispanos y los comagenos.¹⁷

La sección de caballería de la *cohors* VI Commagenorum realizó también sus ejercicios de forma satisfactoria para el emperador. «A los jinetes de una cohorte les resulta difícil causar buena impresión, sobre todo tras una exhibición de una ala de soldados de caballería», comenzó diciendo Adriano. Los soldados de caballería de cohortes compuestas solo en parte por jinetes esta-

ban peor pagados y tenían una categoría inferior que los regimientos de caballería propiamente dichos. Adriano aludió a este asunto muy en concreto. «Los hombres de las *alae* disponen de más espacio en su terreno de instrucción y de más lanzadores de jabalina, su conversión a la derecha se hace en formación cerrada, su ataque cántabro es más apretado, sus buenos caballos y equipamiento están a la altura de su paga». El elogio siguiente muestra que Adriano se daba cuenta en ese preciso momento del calor abrasador del sol africano: «Habéis disipado la incomodidad que me producía el calor al realizar con energía lo que teníais que llevar a cabo, habéis lanzado las piedras de vuestras hondas y disparado vuestras flechas y habéis montado con brío en todos los casos». Una vez más, se volvió a hacer mención expresa de Catulino para elogiarle: sus méritos son tanto más evidentes «porque tiene hombres como vosotros bajo su mando». No es de extrañar que Catulino procurara que se grabasen en piedra las palabras del emperador. Dieciocho meses más tarde recibió su recompensa, el consulado del año 130 como *ordinarius*, distinción de la que no disfrutó, hasta donde sabemos, ninguno de sus predecesores con mando en Numidia.¹⁸

Podemos suponer, por tanto, que, a mediados de julio, concluida la inspección del ejército, Adriano pasó de Numidia a la Mauritania Cesariense. Aparte de las monedas conmemorativas en las que Mauritania aparece en tres acuñaciones distintas, no se puede decir gran cosa de su visita, excepto que dos ciudades del litoral fueron promovidas a un rango superior. Tipasa, a medio camino entre Cesarea, la capital, e Icosio (Argel), se convirtió en colonia; y Coba, situada también entre dos colonias, Igilgili y Saldas (Bujía), pasó a ser *municipium*. No sabemos con certeza si la visita se extendió de la Cesariense a la Tingitana. La huella más alejada de su viaje por Occidente se ha descubierto en la pequeña localidad de Quiza (Pont du Chélif), en la ruta a Portus Magnus (Bettioua), en la Cesariense. En cualquier caso, aquel año se erigió un arco en su honor en Quiza. Es posible que Adriano decidiera navegar de vuelta a Italia desde Portus Magnus.¹⁹

La gira se recordaría más tarde profusamente en las monedas imperiales. Tres emisiones conmemoraban a la propia África, la llegada de Adriano a ella y su obra de «restaurador» de la provincia. África se representa personificada de diversas maneras. En la serie provincial aparece reclinada sobre el suelo, vestida con túnica larga y manto—aunque en algunas monedas lleva el pecho descubierto—y un tocado de piel de elefante. Varias monedas aluden a la fertilidad de África mostrando una gran cesta llena de frutas y espigas. Una la representa apoyada en la cesta de frutas, con la mano derecha reposando sobre un león. Las monedas del *restitutor* y algunas del *adventus* muestran a África de pie

frente al emperador, sosteniendo en la mano unas espigas. No hay ninguna acuñación especial para el Ejército de África, pero una de las del *adventus* tiene connotaciones marciales. África viste una túnica de estilo militar y porta una bandera (*vexillum*). La visita a Mauritania fue conmemorada por monedas que muestran a la provincia personificada sola y por otras que representan el *adventus* de Adriano, así como por una emisión dedicada al *exercitus Mauretanicus*. Mauritania aparece en traje militar con botas cortas y sosteniendo una o más jabalinas y tiene a su lado un caballo. En algunas monedas con el motivo del *adventus* aparece de pie frente a Adriano, con un altar entre ambos dispuesto para el sacrificio de un toro y lleva el mismo tocado de piel de elefante que África; un tipo de moneda la presenta también en traje civil, túnica larga y manto y sosteniendo espigas de trigo. La emisión del *exercitus* muestra a Adriano a caballo con la mano derecha en alto arengando a tres soldados.²⁰

En cuanto se anunció el regreso de Adriano, el Senado procuró responder de manera apropiada. Una inscripción hallada en Labicos, en el Lacio, informa de que un senador llamado P. Cluvio Máximo Paulino, antiguo pretor, había sido «legado enviado por el Senado ante el emperador Adriano a su regreso de África». Es de suponer que hubo más senadores designados para aquella tarea, de hecho, es probable que el envío de legados para recibir a un emperador de vuelta a Italia fuera una práctica normal del Senado. El modelo fue la delegación que había dado la bienvenida a Augusto en Campania el 19 a.C. con motivo de su regreso del Este. Adriano no iba a permanecer demasiado tiempo en Italia tras su vuelta en el verano del 128. En realidad, apenas pudo haberse quedado mucho más de dos meses, tiempo suficiente para inspeccionar los numerosos proyectos de construcción en marcha tanto en Roma como en Tibur y asegurarse personalmente de que la capital se hallaba en manos seguras. Adriano debió de haber expuesto claramente a las personas decisivas, ante todo y sobre todo a Marcio Turbón, prefecto de la Guardia, que no iba a regresar en varios años. Su primera meta era Grecia, donde sus planes estaban concretándose por aquellas fechas. De allí iría de nuevo a Asia, esta vez para inspeccionar la parte sur, a Capadocia y Siria y, luego, pasando por Arabia y Judea, a Egipto. El viaje requeriría por lo menos tres años.²¹

HADRIANUS OLYMPIUS

En septiembre del 128, cinco años después de su iniciación en el primer grado, Adriano volvió a participar en los misterios de Eleusis. Una vez más se sumó a los *mystae* para el baño ritual en el mar, los tres días de ayuno y la procesión desde Atenas encabezada por la estatua de Iaco. En esta ocasión pudo cruzar el señorial puente nuevo sobre el Cefiso mandado construir por el *mystes* imperial. Adriano aguardaría en el *telestērion*, junto con la muchedumbre, el momento culminante del ritual en que se encendía un gran fuego y el hierofante gritaba: «¡La señora ha dado a luz un niño sagrado!», y mostraba a los iniciados el gran misterio, una espiga cortada en silencio. En eso consistían todos los ritos secretos, según afirmaba, al menos, un cristiano dos generaciones después. Sea como fuere, el simbolismo de la muerte y el renacimiento es suficientemente claro. Quienes estaban dispuestos a conmoverse se sentirían afectados. Adriano, que a partir de ese momento era un *epóptēs*, alguien que había visto el misterio, podía muy bien haber experimentado la sensación de renacer a una nueva vida. Tal es la conclusión que puede extraerse de una notable emisión de moneda, unos *cistophori* acuñados en Asia Menor. Adriano aparece de pie, con una gavilla en la derecha y la leyenda «Hadrianus Aug[ustus] p[ater] p[atriae]», seguida de las letras «ren». Su significado solo puede ser el de «renatus», ‘renacido’; las espigas denotan los misterios de Deméter. En el reverso, aparece retratado el modelo romano de Adriano con la sencilla leyenda de «Imp. Caesar Augustus». El primer príncipe fue el único emperador iniciado antes de él; y también había anunciado aquel hecho en los *cistophori* asiáticos con un reverso que representaba unas espigas.¹

Adriano habría acudido, como siempre, con un numeroso séquito: la emperatriz, amigos y cortesanos, escolta militar y sirvientes domésticos. Pedanio Fusco, sobrino nieto de Adriano, un adolescente en ese momento, formaba, quizá, parte del grupo. Sus padres, de quienes no volvemos a tener noticia desde el consulado de Fusco padre el año 118, habían muerto ya, probablemente. La gente debía de considerar al muchacho presunto heredero. Un coetáneo de Fusco, Antínoo, el amado del emperador, se hallaría seguramente también en el séquito, aunque ninguna fuente atestigua su presencia. El cúmulo de testi-



Fig. 23. Adriano renacido tras su iniciación en Eleusis en el grado superior (BMC III Adriano, n.º 1.094). Museo Británico.

monios posteriores que parecen asociar a Antínoo con Eleusis hace, al menos, verosímil que fuera iniciado con Adriano. Una cuestión desconcertante, pues carece de precedentes o paralelos, es la de saber hasta qué punto era pública la presencia de Antínoo. Adriano estaba disfrutando entonces más que nunca de su papel de restaurador del helenismo. ¿Por qué no suponer que se sintiera ufano y feliz de mostrar a Antínoo a su lado y verse como el amante helénico tradicional de un hermoso joven, un *erastēs*, con Antínoo como su *erēmenos*?

De entre los compañeros más convencionales del príncipe, los *comites Augusti*, solo está explícitamente atestiguada la presencia de Cesernio Estaciano, hermano menor de Quinciano, que había acompañado al emperador en Sicilia y el norte de África. No hay duda de que también se hallarían a su servicio otros senadores, por ejemplo el antiguo cuestor de Adriano, el joven Minicio Natal—en cualquier caso, se encontraba en Grecia el verano siguiente, cuando ganó la carrera de carros para el tiro de cuatro caballos en la 227 Olimpiada. L. Estacio Macedón, pariente de los Cesernios, miembros del orden ecuestre, natural también de Aquilea y tribuno de la Guardia, se hallaba probablemente al mando de una parte de la escolta militar, un destacamento de pretorianos. Se sabe que el centurión Calvencio Viátor, cuya presencia al lado de Adriano hemos detectado en Lambesis, sería comandante en funciones de la Guardia Montada al año siguiente en Arabia y formaba ya parte del cortejo. Valerio Eudemon, aquel amigo de Adriano caracterizado por su inteligencia, había dejado ya, quizá, su puesto de secretario *ab epistulis Graecis*. Su nombramiento siguiente fue el de procurador económico responsable de una extensa franja del sur de Asia Menor, de Licia-Panfilia a Paflagonia. Es probable

que Adriano nombrara en ese momento a un nuevo secretario griego, su amigo filósofo Heliodoro el epicúreo. En cualquier caso, aunque el secretario y el filósofo no fueran la misma persona, Avidio Heliodoro, cuyo lugar de nacimiento era Cirro de Siria, se hallaba con Adriano en Egipto dos años después.³

El nombramiento de Heliodoro provocó un comentario sarcástico de un intelectual rival, Dionisio de Mileto, llamado también con nombres romanos T. Claudio Flaviano: «César te puede dar dinero y cargos, pero no puede hacer de ti un orador». Dionisio era discípulo de Iseo, a cuyas conferencias había asistido también Adriano. La observación pudo haber estado motivada por los celos. Tal vez Dionisio esperaba para sí el puesto de secretario. Filóstrato cuenta que Dionisio se llevaba igualmente mal—«desde su primera juventud»—con otro de los secretarios de Adriano, Caninio Céler. Se suponía que las dotes retóricas de Céler eran mediocres. Pero, quizá, Adriano no buscaba el brillo retórico y Heliodoro podía ofrecerle, probablemente, otras cualidades. Una importante era que, si había que tratar en Siria algún asunto importante, un hombre de Cirro—vinculado, tal vez, incluso a la casa real de Comagene—podía resultar especialmente útil. En cuanto a Dionisio, Dión afirma que Adriano sospechaba de él, como de otros grandes talentos. No obstante, según revela también Filóstrato, Dionisio recibió de Adriano el rango de caballero, procuradurías y el nombramiento como miembro del Museo de Alejandría.⁴

Solo sabemos de dos lugares visitados por Adriano los años 128-129: Atenas (junto con Eleusis) y Esparta. Su anfitrión en Atenas fue, probablemente, Ático, en ese momento senador romano con perspectivas no muy lejanas de obtener un consulado. Sin embargo, es posible que Ático se encontrara lejos de su hogar en alguna misión oficial. Podría haber obtenido una provincia como gobernador. Se ha propuesto, incluso, que había sido nombrado legado de Dacia Superior el año anterior, lo que parece bastante inverosímil para un hombre de quien no se sabe que tuviera ninguna experiencia militar. El gobernador saliente, Sex. Julio Severo, modelo perfecto de *vir militaris* romano, había gobernado la provincia más de siete años, del 119 o 120 hasta su consulado a finales del 127. Tanto si Ático se encontraba en Atenas como si no, es probable que su hijo Herodes hubiera regresado nuevamente de Roma. Tras haber sido cuestor de Adriano, había desempeñado el cargo de arconte en Atenas, seguido, probablemente, de otra estancia en Roma como tribuno de la plebe. Podemos suponer que Herodes se habría asegurado de hallarse en su ciudad cuando el emperador volviera a fijar allí su residencia. Otra casa capaz, sin duda, de albergar a los huéspedes imperiales era la del rey Filópapo, cuyo enorme monumento funerario se alzaba sobre la colina de las Musas. El nieto del último rey de Comagene había fallecido hacía tiempo, pero su hermana Ju-

lia Balbila seguía viva y sana. Era amiga íntima de Sabina y, probablemente, acompañó al séquito de los emperadores de Atenas al Este—dos años más tarde la encontramos con ellos en Egipto.⁵

Hay documentación explícita de una segunda estancia en Esparta. En el intervalo transcurrido desde su primera visita a comienzos del 125, Adriano había aceptado *in absentia* el cargo de magistrado epónimo, llamado allí *patrónomos*. El emperador había otorgado ya favores a los espartanos y es posible que en ese momento autorizara a la ciudad la compra de trigo egipcio, reservado en exclusiva a la propia Roma en situaciones normales. Un espartano eminente ocupaba por esas fechas el puesto de «encargado del grano de Egipto». La presencia misma del emperador y su séquito habría provocado problemas logísticos allí y en cualquier parte.⁶

Era pertinente—y, seguramente, nada casual—que Atenas y Esparta fueran en ese momento las primeras ciudades entre los helenos de la Grecia propiamente dicha en colocar a ciudadanos suyos en el Senado romano. Algunos griegos de Asia habían dado ya ese paso una generación antes. Es posible que los atenienses y los espartanos se mostraran reticentes y se sintieran preocupados al considerarse fuera de lugar en la curia romana, o que simplemente fueran demasiado orgullosos. Adriano consiguió persuadir, quizá, a los cabezas de las familias dirigentes de Atenas y Esparta de que podían aceptar la condición de senadores sin sufrir ningún desdoro. Claudio Ático, el principal ateniense, había obtenido el rango de ex pretor, y en pocos años ocuparía el consulado. Su homólogo espartano, Julio Euricleo Herculano, era, probablemente, bastante más joven, lo que explica, sin duda, por qué realizó una carrera más o menos normal, comenzando como cuestor en su provincia natal de Acaya y pasando por los cargos de tribuno de la plebe y pretor en Roma. A estos puestos les siguió un año como legado del procónsul de la Bética. La legación en la Bética estuvo seguida por otro puesto de comandante de una legión III, evidentemente la III Gallica, en la provincia de Siria. Aunque Euricles, antepasado de Herculano, había luchado en Accio, no se sabe que las generaciones intermedias realizaran prácticamente ningún servicio de armas. Pero los espartanos eran por tradición los griegos más marciales. Resulta atrayente conjeturar la posibilidad de que Adriano ofreciera a Herculano el mando de una legión en el momento de su segunda visita a Esparta. Un corolario de esta hipótesis podría ser que Herculano viajó con el emperador el año 129 y ocupó su mandato en Siria a la llegada del grupo imperial.⁷

Para Adriano, la visita a Esparta fue, sin duda, algo más que un acto sentimental. Sus planes para los griegos, que estaban cristalizando en ese momento, se centraban, desde luego, en Atenas. Pero era perfectamente natural en él

que tratara con especial sensibilidad a la ciudad que había compartido con los atenienses la hegemonía dual seiscientos años antes. En cualquier caso, esa actitud sería bien recibida en la Atenas de su tiempo. Ático afirmaba ser descendiente de Milcíades y de Cimón, el gran defensor de la cooperación entre Atenas y Esparta, y él mismo había pasado algún tiempo en esta ciudad en su juventud. Ahora los helenos, con Adriano a la cabeza como ateniense adoptivo, estaban recreando y reconstituyendo activamente su glorioso pasado, sobre todo la época de las Guerras Médicas. Cuando el Gran Rey invadió Grecia, los helenos se habían mantenido unidos (con pocas excepciones) en «la liga contra el miedo». Su victoria en Platea, cuyo sexto centenario se había celebrado recientemente, seguía conmemorándose en tiempo de Adriano. Atenas había intentado proseguir la cruzada y liberar a los griegos de Asia, pero Esparta se había desentendido. Al cabo de tres décadas, frente a una creciente oposición, Pericles había sometido a la asamblea un decreto «para invitar a todos los helenos, donde quiera que viviesen, en Europa o Asia, en una *pólis* pequeña o grande, a que enviaran delegados a Atenas para deliberar sobre los santuarios helénicos destruidos por los bárbaros y los sacrificios debidos a los dioses». Se habían enviado veinte atenienses de edad madura para instar a sus compatriotas griegos a asistir a la reunión «y tomar parte en las resoluciones sobre la paz y el bien común de la Hélade». Pero no se obtuvo ningún resultado debido a la oposición espartana y, en cambio, comenzaron décadas de acerbos conflictos entre helenos.⁸

No se puede dudar de que Adriano y su séquito, con Ático y Euricles Herculano al frente, reflexionaron conscientemente sobre aquellos acontecimientos. La literatura de la época se centra hasta la obsesión en el pueblo y las hazañas de los siglos v y iv a.C. Es posible que todo fuera una farsa, pero, al menos para los miembros de la elite, se trataba de una pantomima que les producía una enorme satisfacción. Adriano, al parecer, había tenido en un primer momento la intención de hacer de los anfictiones de Delfos el instrumento de su regeneración de la Hélade. En su carta escrita tres años y medio antes a los delfios había recomendado algunos cambios en la composición de los afiliados, refiriéndose explícitamente a una propuesta para incluir a los espartanos, «de modo que el *synédrión* ['consejo'] fuera común a todos los helenos». Pero el plan no cuajó, debido quizá a la oposición de Esparta. Los espartanos enviaron en algún momento una embajada para reunirse con Adriano en Nicópolis, bien cuando partía para Sicilia, el 125, o bien a su llegada a Grecia, en el verano del 128. Quizá estaban deseosos de explicar su postura sobre asuntos panhelénicos.⁹

Fueran cuales fuesen los detalles, Adriano estaba dispuesto en ese momento a hacer realidad un plan nuevo y mucho más ambicioso. Al fin y al cabo, el

«*synédrión* de todos los helenos» en Delfos no habría sido, ni siquiera en su forma reconstituida, más que una asamblea de las *póleis* de la madre patria. Sin embargo, los helenos se hallaban dispersos por tierras lejanas, más allá de las fronteras de la antigua Hélade. Durante su segunda estancia en Grecia como emperador, se evidenció que Adriano había concebido un programa nuevo y grandioso. Crearía una república helénica que incluyera a todas aquellas *póleis* que pudiesen demostrar sus orígenes auténticamente griegos. En otras palabras, Adriano estaba llevando a la práctica el abortado programa de Pericles. Crearía un Panhelenio, una asociación de todos los helenos, con centro en Atenas. Los cimientos ya estaban—literalmente—puestos: el gran templo de Zeus Olímpico, el Olimpieo, estaba recibiendo los toques finales. En torno a él se estaba levantando un recinto majestuoso. Los delegados de los helenos se reunirían en su *témenos* sagrado.¹⁰

El gran templo de Zeus era solo un elemento del programa constructivo de Adriano en Atenas. El emperador inició también la erección de otros dos templos, uno para Hera y otro para Zeus Panhelenio, así como un santuario para todos los dioses, un Panteón. Además, en el lado norte del ágora romana iba a levantarse una grandiosa estructura denominada a menudo «Biblioteca» de Adriano, conocida también como Estoa de Adriano y definida incluso, de manera anacrónica, como «el principal edificio de la universidad de Atenas». Aunque disponía de una sección donde se guardaban libros, mencionada por Pausanias, y a pesar de que se pueden identificar dos auditorios, este autor no da ninguna indicación respecto a sus funciones y hace hincapié en particular en sus cien columnas de mármol frigio. La planta del edificio recuerda, en realidad, al Foro de la Paz de Roma, levantado por Vespasiano. También formaron, quizá, parte del programa otras importantes obras públicas en zonas cercanas. Además de las obras realizadas en la ciudad vieja—en la ladera norte de la Acrópolis—, se produjo un notable desarrollo en la zona del Olimpieo, junto al Iliso. En la orilla opuesta del río, mirando desde el gran templo de Zeus, iba a levantarse un gimnasio adornado con cien columnas de mármol de Numidia. Esta parte de Atenas en torno al Olimpieo fue reorganizada formalmente como un nuevo demo, «el pueblo de Adriano».¹¹

Un joven senador de Cirta, Pactumeyo Clemente, que iba a alcanzar una fama moderada como jurista, ocupaba por aquellas fechas un lugar especial como «legado de Adriano en Atenas, Tespias y Platea y Tesalia». No se nos dan pistas sobre la naturaleza de sus obligaciones, pero podemos suponer que tuvo cierto cometido en los preparativos para la convocatoria de la asamblea helénica.¹²

Plutarco, el único en documentar el decreto del Congreso de Pericles, deja

también constancia del hecho de que el estadista ateniense era conocido con el nombre de Olímpico. Adriano, el nuevo Pericles—y que, además, estaba acabando el templo de Zeus Olímpico—asumió ese mismo calificativo. No ha quedado constancia del procedimiento o ceremonia que dio lugar a aquella medida—¿fue propuesta, tal vez, formalmente en la asamblea ateniense? En cualquier caso, a partir del 129, Adriano recibió comúnmente ese apelativo en toda la zona griega del Imperio: *Hadrianos Sebastos Olympios*, o, incluso, *Hadrianos Sebastos Zeus Olympios*, pues algunos de aquellos griegos hiperbólicos o aduladores no tardaron en identificarlo con Zeus Olímpico.¹³

Convocar una asamblea inaugural de una corporación como aquella requería varios años de intensa planificación. Había que redactar listas de estos candidatos reales o potenciales, existentes por centenares en toda la mitad oriental del Imperio y fuera de ella. Los restos de la época, tanto literarios como materiales—monedas, inscripciones y estatuaría locales—, dan la impresión de que una de las principales preocupaciones de bastantes ciudades era demostrar la antigüedad y autenticidad de sus orígenes helénicos. Se echó mano de Homero y la mitología griega con notable ingenio para demostrar que habían sido fundadas por Perseo u otras figuras, a veces poco conocidas, por no decir inventadas, de la época heroica. Aquellas pretensiones requerirían ser comprobadas en algunos casos.¹⁴

El hecho de que Adriano se hallara de camino a las fronteras orientales encajaba a la perfección en su programa panhelénico. El Imperio persa no existía ya, pero había un equivalente contemporáneo, una potencia iraní con ciertas pretensiones de haber ocupado su lugar. Por aquellas fechas se enviaron invitaciones a gobernantes y reyes clientelares al otro lado del Éufrates para que asistiesen a una nueva reunión el año 129. Quizá se invitó a otro *colloquium* al rey parto Cosroes, cuya posición como Gran Rey se hallaba en cuestión no menos de lo que lo había estado durante veinticinco años, pero es evidente que a Adriano le resultaba más oportuno tratar con él que con Vologeses, su rival. En cualquier caso, para endulzarle la situación, Adriano hizo regresar a su país a la hija del rey, cautiva en Roma los doce años anteriores o, incluso, más. También ofreció a Cosroes la devolución del trono real de los arsácidas, la *sella regia*.¹⁵

Los asuntos del Estado romano llegaban, como siempre, a manos de Adriano donde quiera que se hallase. A comienzos de marzo del 129 hubo de dar una opinión sobre un asunto de derecho hereditario. La consulta derivaba de las pretensiones del tesoro público sobre la finca de un tal Rústico. Adriano envió por escrito al Senado una propuesta que fue presentada por los cónsules ante la cámara. Juvencio Celso, que ocupaba el cargo por segunda vez, era un des-

tacado jurista, uno de los tres nombrados en particular por la HA, junto con Neracio Prisco y Salvio Juliano, como miembros del *consilium* imperial. Prisco había fallecido, probablemente, para entonces. Quien ostentaba las *fascas*, también por segunda vez, a una con Celso a comienzos del año, era su hermano Marcelo, sustituido ya por un cónsul sufecto en el momento de la llegada de la carta de Adriano. El 14 de marzo se aplicó debidamente el decreto del Senado, el *SC Juventianum*. Salvio Juliano, el tercero y menor de los tres juristas, un joven brillante que todavía no era senador, formaba quizá parte del séquito de Adriano en ese momento.¹⁶

De todos modos, Celso se uniría pronto al grupo del emperador, pues iba a ocupar el cargo de procónsul de Asia en la primavera. Al igual que todos los procónsules de esta provincia, Celso tenía derecho a nombrar tres legados. Pero, en esta ocasión, uno de ellos pudo habérselo elegido el emperador. Según revela su correspondiente inscripción, Ca. Julio Severo de Ancira, «descendiente de reyes y tetrarcas» entre los que se contaban Atalo de Pérgamo, De-yótaro y Amintas, fue «legado en Asia de acuerdo con una carta y codicilos del divino Adriano»; el nombramiento se puede situar, más o menos, por aquellas fechas. Esta eminente personalidad, «el primero de los griegos»—título que también otros podían reclamar—, no había formado parte del Senado en tiempos de Trajano, lo que resulta bastante sorprendente si tenemos en cuenta sus numerosos parientes que habían gozado de aquel rango. Es evidente que Adriano le había convencido para que aceptara la condición de romano, como Claudio Ático, de Atenas, o Euricles Herculano, de Esparta. Severo había ingresado en el Senado como antiguo tribuno y había desempeñado una pretura. Ahora, Adriano le iba a encargar alguna tarea de responsabilidad comenzando por Asia—pronto le seguirían otros puestos—. Debemos postular, en efecto, la presencia constante de un selecto puñado de senadores al lado del emperador. Aquellas personas formarían su *consilium* durante el viaje.¹⁷

El programa para las provincias del Este era apretado y es difícil que Adriano partiera de Grecia después de marzo. Erasto y Filocirio, los dos capitanes de barco efesios que le habían conducido a él y a su séquito de Éfeso a Rodas cinco años antes, fueron contratados de nuevo para transportar una parte del cortejo imperial, según revelan las cartas de Adriano en su favor. Adriano escribió a los magistrados y al consejo de los efesios pidiéndoles que se nombrara consejeros a ambos y especificando que iba a visitarles «desde Eleusis». Los efesios podían felicitarse de que Adriano decidiera ir por segunda vez a su ciudad y no, por ejemplo, a una de sus grandes rivales, Pérgamo o Esmirna. Lo cierto es que el motivo era simplemente logístico. El itinerario de aquel año era, en realidad, una continuación del viaje del 124. Esta vez, Adria-

no quería inspeccionar la parte sur de la provincia de Asia y hacer un desvío hasta Licia. Éfeso se beneficiaría de las circunstancias.¹⁸

En una inscripción del 129, «el consejo y el pueblo de los efesios» honraba a Adriano—ya con el nombre de Olympios—para expresar su agradecimiento a su «fundador y salvador» por varios favores. En primer lugar citaban sus «insuperables donativos a Ártemis»: la diosa obtuvo en ese momento el derecho a aceptar herencias. Siguen a continuación varias medidas prácticas: se permitió a la ciudad importar cereal de Egipto—la misma concesión obtenida por Esparta—; Adriano había emprendido, además, un plan para hacer más navegables los puertos drenándolos e impidiendo futuros encenagamientos mediante el desvío del río Caistro. Es posible que la solicitud de permiso para comprar cereal en Egipto se hubiera presentado el año anterior, pues la ciudad era consciente, por su reciente experiencia, de que la presencia imperial durante varias semanas o, incluso, meses, creaba graves problemas de aprovisionamiento. Una carta conservada parcialmente, grabada en piedra en Éfeso, podría ser la respuesta cautelosa de Adriano. Comienza con una referencia a «la grandeza de vuestra [...] ciudad y a sus numerosos habitantes». La prioridad debía corresponder a «la ciudad soberana»; pero, una vez aprovisionada Roma, las demás ciudades podían también beneficiarse, «con tal de que el Nilo fluya con el caudal acostumbrado, de acuerdo con nuestras oraciones, y los egipcios cultiven trigo abundante, se os tendrá también en cuenta a vosotros entre los primeros, después de mi ciudad ancestral». Éfeso se preocupó así mismo de honrar con una estatua al prefecto de Egipto, T. Flavio Ticiano.¹⁹

Las solicitudes de ese tipo de concesiones eran, probablemente, frecuentes, pero las especiales circunstancias de los viajes de Adriano, acompañado de un numeroso cortejo, darían motivos particulares a las ciudades que se encontraban en su ruta para intentar obtener esa clase de ayuda. La organización del itinerario del emperador debía de ser un asunto de planificación intensa y cuidadosa. Unos ocho meses antes de su llegada a Egipto, en el verano del 130, se estaban realizando ya preparativos en Oxirrínco, localidad situada aguas arriba del Nilo, a fin de acopiar provisiones en previsión de la visita. En Tralles, otra ciudad de Asia en la ruta que corría al este de Éfeso, se autorizó igualmente la compra de trigo egipcio. Los trallenses y ciudadanos romanos residentes demostraron su agradecimiento al adinerado A. Fabricio Prisciano Carmosino, que pagó los doscientos mil litros cuya compra había permitido Adriano.²⁰

Éfeso fue la primera ciudad visitada por el emperador tras asumir el título de Olympios, que a partir del 129 aparece normalmente entre sus títulos en toda la mitad griega del Imperio. Otra emisión efesia de *cistophori*, que ya ha-

bían conmemorado la iniciación de Adriano en Eleusis y su «renacimiento», proclamó en ese momento la nueva distinción. Adriano aparece en el anverso con la leyenda «Hadrianus Augustus cos. III p.p.», mientras que en el reverso, a modo de continuación de esos títulos, se leen las palabras «Iovis Olympius», forma latina arcaica del *Zeús Olýmpios*, que tenía un templo antiguo en Éfeso. El dios aparece en su trono en postura sedente con un cetro en la mano izquierda, mientras su diestra extendida sostiene una imagen de la Ártemis efesia. No hay duda de que se pretende una identificación entre el emperador y Zeus Olímpico. Éfeso, sin embargo, no obtuvo un segundo neocorato—el título de Guardiania del Templo—del culto imperial. El honor no podía aplazarse por mucho tiempo, pues se estaba construyendo un templo al divino Adriano. En resumen, aunque Esmirna ocupara todavía una posición ventajosa en algunos aspectos, Éfeso fue elevada a nuevas alturas gracias a aquella visita.²¹

Después de Éfeso le llegó el turno de recibir a Adriano a otra gran ciudad del Asia occidental, Mileto, la ciudad madre de docenas de colonias griegas. Si el emperador viajaba por tierra, debió de haber realizado una parada en Priene y en el venerable santuario de los «panonios», que se alzaba cerca de allí. Aparte de la propia Mileto, a pocas millas de distancia, en Dídima, se encontraba el gran templo de Apolo de los milesios con su oráculo. El día de la visita de Adriano al templo se habría de conmemorar como sagrado y el emperador sería honrado como «Olímpico, salvador y fundador». Una de las personas que pudo haber recibido a Adriano fue el sofista Dionisio, natural de Mileto.²²

La reconstrucción del itinerario imperial se hace excepcionalmente difícil en esta fase. El 27 de junio del 129, Adriano se hallaba ya, evidentemente, a cierta distancia en el interior, en Laodicea del Lico, y pocas semanas más tarde se encontraba aún más al norte, en Frigia. Podemos suponer que había salido de Éfeso por la gran ruta oriental que seguía el valle del Meandro. Se pueden conjeturar con seguridad paradas en Tralles, patria de su secretario Flegonte, y en la cercana Nisa, de donde procedía su chambelán Alcibíades. Nisa era también la residencia de un senador en alza, Sex. Julio Mayor, originario también de Tralles, cuyos nombres latinos encubren su ascendencia griega—compartía antepasado con Antonio Polemón en la persona de Pitodoro de Tralles, cuya hija había sido esposa de dos reyes. Mayor había sido muy beneficiado en su carrera: había sido ya gobernador de Numidia y desempeñado el consulado y pronto gobernaría una de las Mesias. En cualquier caso, hay sólidos indicios de que, el 129, Adriano marchó aún más al sur y visitó Licia. En Pátara, el gobernador Mettío Modesto levantó un espléndido arco que se puede asociar a la llegada de Adriano. Varios miembros de la familia de Modesto aparecen nombrados junto con el gobernador, por lo que podemos suponer que se hallaban

con él en la provincia. El período del cargo de Modesto estaba finalizando en ese momento: es evidente que se unió al séquito imperial y dejó Licia en compañía de Adriano—llevándose consigo a un poeta, Peón de Side, en Panfilia.²³

A finales de junio, Adriano se hallaba en los límites de Caria, en Laodicea del Lico, según se recoge en su carta «al consejo y el pueblo de Astipalea». «He recibido vuestra embajada mediante la cual me dabais la bienvenida en el momento mismo de mi llegada a Caria, y Petronio Heracón me hizo entrega de vuestra carta». La respuesta de Adriano está fechada «cinco días antes de las calendas»—falta el nombre del mes, pero se puede restablecer como el de julio. Es de esperar que Antonio Polemón, quien al fin y al cabo era natural de Laodicea, aunque hubiera elegido Esmirna como residencia, se hallara a disposición del emperador en esta fase del viaje. La presencia de Estacio Macedón, tribuno de la Guardia y pariente de los hermanos Cesernio, aparece atestiguada en la vecina Colosos, donde dedicó una estatua a Adriano. Es posible que una parte del séquito o de la escolta se alojara en esa ciudad, otros habrían podido quedarse en Hierápolis. Se puede plantear la hipótesis de una visita al famoso Plutonium, con sus fuentes sulfurosas; además, Hierápolis era, al fin y al cabo, la cuna de Epicteto.²⁴

El 23 de julio, después de un mes, más o menos, Adriano se hallaba en Frigia de Apámea, la antigua Celenas, donde los reyes persas habían tenido en otros tiempos un parque de caza. Allí, aquel día del 129, Adriano recibió una embajada, según una inscripción conocida desde hace tiempo pero no publicada todavía. La inscripción se refiere, al parecer, a los panfilios, quienes, quizá, esperaban una visita. De ser así, tuvieron, probablemente, que aguardar. De entrada, es posible que Adriano pensara en ir de caza. Parece claro que, en algún momento—y el viaje del año 129 resulta más verosímil que otro anterior—, el emperador y Antínoo cazaron juntos un jabalí. Había también otros asuntos de los que ocuparse en la zona. Adriano hizo restaurar la tumba de Alcibiades en alguna fecha de su reinado (una de sus ocupaciones favoritas era renovar el recuerdo de muertos famosos). Eso no implica necesariamente su presencia en persona, pero de haber sido así, ningún otro momento fue más oportuno para una visita. El viaje habría supuesto un desvío al norte de Apamea, pues el lugar donde fue asesinado y enterrado Alcibiades, el pueblo de Melisa, se encontraba en Frigia septentrional. Alcibiades, el chambelán de Adriano, pudo haber sido quien propuso la visita debido a su nombre. No obstante, había también otra buena razón para una escapada al norte: inspeccionar las canteras de mármol frigio próximas a Sínada y Docimio. Al margen de otras consideraciones, Adriano había decidido donar cien columnas de mármol frigio para el embellecimiento de uno de sus grandes edificios recién cons-

truidos en Atenas. Una vez en la zona de las canteras, Melissa no se hallaba muy lejos. Quizá le acompañaba Julio Severo, pues aparece atestiguado con su cargo oficial en esta parte de la provincia, en Dorileo. La visita de Adriano a Frigia está avalada por dos acuñaciones de moneda que documentan su llegada (*adventui Aug. Phrygiae*) y lo llaman «restaurador» de la región (*restitutori Phrygiae*), que, en realidad, no era una provincia pero había sido antiguamente un reino. La propia Frigia aparece vistiendo el gorro tradicional de su pueblo, una túnica corta con un manto por encima y pantalones, y en una mano lleva un cayado de pastor curvado.²⁵

Al margen de si Adriano realizó o no este ligero desvío en el verano del 129, su ruta desde Frigia corría por el este. Es de suponer que marchó a Antioquía de Pisidia, la colonia de más éxito fundada por Augusto en el sur de Asia Menor. De allí se desplazó, probablemente, siguiendo el camino de Augusto, la vía de Sebaste, para llegar a Iconio pasando por Pappa-Tiberiópolis. Pero la existencia de otra ciudad llamada Hadrianópolis bastante al norte de Sebaste da a entender que pudo haberse desviado de la ruta principal. Además, abundaban en la zona las propiedades imperiales—pertenecientes a la provincia de Galacia—. Quizá mereciera la pena inspeccionarlas. Pasado Iconio, el grupo imperial habría avanzado hasta Capadocia. Resulta sumamente verosímil una estancia en Arquelaide, capital en otros tiempos del reino hitita. Su nombre anterior había sido Garsaura, y el último rey de Capadocia la había refundado y le había dado su nombre; para entonces era colonia romana desde hacía muchas décadas. No puede ser casual que, precisamente el 129, el gobernador de Capadocia hiciera «reconstruir los santuarios dedicados a Adriano» en Arquelaide a expensas de los sacerdotes; los *Ilviri* y el cuestor de la colonia supervisaron las obras. En cuanto al gobernador, se trataba de Rosiano Gémino, coetáneo de Adriano, que había sido cuestor de Plinio hacía casi treinta años. Pactumeyo Clemente, yerno de Rosiano, había atraído ya la atención de Adriano y probablemente desempeñaba una misión especial en Grecia por esas mismas fechas.²⁶

La sección narrativa de la biografía de la *HA*, más condensada cada vez al llegar a ese momento, y a punto de interrumpirse abruptamente—por un período de unos seis años—tras mencionar con brevedad un suceso ocurrido el otoño del 130 en Egipto, informa casualmente de la estancia en Capadocia. Una referencia a la «gira por Asia» de Adriano, que «consagró templos a su propia persona», va seguida de la frase: «luego recibió esclavos de los capadocios para rendir servicios *castris*». Esta última palabra se ha solido traducir por «en el campamento» o «en el ejército». Parece un tanto desconcertante. La expresión tiene más sentido si se recuerda que *castra* se refiere también a la casa

del *imperator*. En otras palabras, los esclavos en cuestión se incorporarían a la *familia Caesaris*. Capadocia había sido desde muy atrás una gran exportadora de esclavos, y era famosa, por ejemplo, por sus Estados-tempos como el de Comana, con miles de *hieroduli*, criados en calidad de siervos, de la diosa Ma. El poeta Horacio se burló en cierta ocasión del rey de los capadocios, señor de tantos esclavos pero, a pesar de ello, falto de dinero. Tras convertirse en provincia romana, el país siguió suministrando esclavos a Roma. Los esclavos capadocios gozaban de una gran reputación como panaderos. Es posible que las necesidades de la corte que viajaba con Adriano estuvieran mejor atendidas desde ese momento. Quizá se aprovechó también la oportunidad de mejorar su movilidad haciendo acopio de otro renombrado producto de Capadocia, los caballos.²⁷

Las demás actividades de Adriano en Capadocia durante ese tiempo son pura conjetura. Sus acuñaciones conmemoraron más tarde tanto a la provincia como a su guarnición. En la emisión del *exercitus Cappadocius*, Adriano aparece montado a caballo arengando a las tropas, cosa que probablemente hizo el año 129 y había hecho ya, sin duda, el 123. La provincia personificada en la otra acuñación se muestra de pie, vestida con una túnica militar corta, una *chlámys* hecha de piel de animal por encima, y botas altas de caza. Sobre su cabeza hay una corona con torrecillas; en la mano izquierda porta una bandera (*vexillum*), y en la derecha una montaña. Podría ser el monte Argeo, a los pies del cual se extendía Cesarea, la antigua capital real de Arquelao, cuyas monedas llevaban un motivo idéntico. La corona con torrecillas alude, según se ha propuesto, a las ciudades griegas o helenizadas de la provincia. Es posible que una de ellas, Arca, pasara a ser entonces colonia romana. De haber sido así, tal promoción habría estado muy en la línea de la práctica imperial en otros lugares: las provincias fronterizas del norte y el oeste del Imperio fueron contando gradualmente con ciudades de ese rango que igualaban en número a las legiones de sus guarniciones. De ese modo, con una colonia por legión, las necesidades de reclutamiento de las unidades compuestas por ciudadanos se cubrían con habitantes del lugar. Arca se hallaba próxima a la fortaleza de legionarios de Melitene.²⁸

La HA, la única fuente de que disponemos, no especifica dónde celebró Adriano su segunda reunión con los príncipes orientales. Se ha supuesto a menudo que lo hizo en Satala, pero no hay razón para suponer que en esta ocasión se alejara tanto hacia el norte. Otras opciones son las de Melitene, la fortaleza de la XII Fulminata, o Samósata, la antigua capital real de Comagene y en ese momento parte de la provincia de Siria. Es posible determinar qué soberanos clientelares asistieron a la reunión basándonos, en parte, en la HA

y, en parte, en ciertas indicaciones proporcionadas por Arriano, quien nombra a cuatro reyezuelos reconocidos por Adriano que pudieron haber recibido de él insignias reales en esta ocasión, si no en el 123: Malasas de los lazos, Rezmegas de los abaszos, Espadagas de los sanigas y Estaquenfilax los zilcos. Anquíalo, soberano de los heníocos y los maquelones, y Juliano de los apsilas, clientes de Roma que llevaban muchos años a su servicio y habían sido reconocidos por Trajano quince años antes, acudieron, quizá, igualmente a presentarle sus respetos. Parece probable que fuera también allí el rey de Armenia (cuyo nombre no se conoce con certeza), pero no hay duda de que no lo hizo el rey de los partos. Vologeses III, que se había deshecho por fin de Cosroes, tenía otras cosas en que pensar—además, Adriano retenía el trono real prometido a Cosroes. En realidad, podía haber también ya otro rival para entretener y debilitar a Vologeses. En cualquier caso, Manno, o Ma'un, soberano de Osroene, colindante con la Siria romana, pero al otro lado del Éufrates, no habría tenido ninguna dificultad en asistir personalmente a la reunión. Otros potentados más distantes enviaron embajadores. Mitrídates de Mesene, cliente de Roma a orillas del Golfo Pérsico, fue uno de ellos. Finalmente, un pasaje posterior de la *HA* dice que los «reyes de los bactrianos» mandaron legados a Adriano. La frase podría referirse a Kanishka, el gran soberano de los kushan, que había comenzado a reinar en la distante región de Oxo (según una cronología aún controvertida).²⁹

La *HA* hace hincapié en la inasistencia de dos personajes notables: los soberanos de los reinos del Cáucaso, los iberos (Georgia) y los albanos (Azerbaiyán), «que desdeñaron acudir a verle». El segundo de ellos no se nombra, pero el rey de los iberos es un personaje conocido, Farasmanes II. La *HA* alude en concreto tres veces al comportamiento de Farasmanes con Adriano. «Cuando algunos reyes acudieron a presentarse ante Adriano», dice el primer pasaje, «este se comportó de tal manera que quienes no habían querido ir lo lamentaron, en especial Farasmanes». Más adelante, se afirma que

mostró una grandísima deferencia hacia muchos reyes, pero a la mayoría de ellos les compró la paz; fue despreciado por más de uno, pero a muchos les hizo enormes favores—aunque a ninguno mayores que al rey de los iberos, a quien obsequió con un elefante y una «cohorte» de cincuenta hombres, aparte de otros magníficos dones.

Farasmanes le devolvió los favores más adelante, pero en ese momento las relaciones entre Roma e Iberia se habían deteriorado gravemente, según nos informa Dión. Finalmente, en la biografía del sucesor de Adriano, la *HA* informa de que Farasmanes se mostró más respetuoso con Antonino que con Adriano.³⁰

El hostil comentario de la HA cuando dice que Adriano «compró la paz» a los soberanos orientales tiene un eco en el *Epitome de Caesaribus*, que depende, sin duda, de la misma fuente, *La vida de Adriano* de Mario Máximo. «Tras obtener la paz de muchos reyes mediante regalos secretos, solía ufanarse públicamente de haber conseguido más en tiempo de paz que otros haciendo la guerra». El juicio recuerda el relato de Tácito sobre cómo Tiberio hizo volver a Germánico de Germania el 16 d.C. Se suponía que Tiberio había dicho a su hijo adoptivo que Augusto le había enviado a él a Germania en seis ocasiones y «había logrado más mediante la diplomacia que por la fuerza» (*plura consilio quam vi perfecisse*).³¹

No hay duda de que Adriano recibió en Siria, como en otras provincias, delegaciones de los consejos provinciales, que habrían tenido la oportunidad de exponer sus puntos de vista sobre el comportamiento de los funcionarios romanos. Al parecer, hubo algunas críticas. En cualquier caso, la HA hace una nueva observación poco amistosa sobre la gira de Adriano por Asia Menor el 129: «Al recorrer las provincias, aplicó castigos a procuradores y gobernadores en función de su comportamiento. Su severidad llegó a tanto que se creyó que había instigado personalmente a los acusadores». No se ofrecen nombres ni detalles. Solo nos queda la posibilidad de conjeturar que, por ejemplo, un gobernador saliente de Siria de Cilicia pudo haber sido acusado de conducta inmoral en el ejercicio del cargo, y que uno o más procuradores económicos fueron condenados por corrupción. Es difícil que Trebio Sergiano, legado de Galacia en el momento en que Adriano pasó por la provincia, fuera uno de ellos—fue nombrado cónsul *ordinarius* el 132—, y Rosiano Gémino siguió disfrutando del favor imperial. Siria tuvo, probablemente, por esas fechas un nuevo gobernador, Publicio Marcelo, natural de Aquilea, un antiguo cónsul bastante entrado en años (había obtenido las *fascies* el año 120). Parece ser que en el momento de la visita de Adriano se realizó también un nuevo nombramiento de comandantes para dos de las legiones: el de C. Julio Severo, de Ancira, para la IV Scythica, y el de Euricles Herculano, de Esparta, para la III Gallica.³²

Antioquía del Orontes, la mayor ciudad de la región, había comenzado a acuñar moneda adelantándose a la llegada de Adriano—cuando el séquito imperial se estableciera allí, haría falta realizar un buen número de pequeños cambios adicionales. Las monedas proclamaban el rango de Antioquía como metrópolis, ciudad madre, de Siria. La HA afirma que Adriano pensaba, en realidad, rebajar esa categoría y tenía, incluso, planes para dividir la provincia siriaca «para que no se llamara a Antioquía metrópolis de tantas ciudades». Es evidente que el autor—o su fuente, Mario Máximo—interpretó mal o distorsionó de forma deliberada los verdaderos actos de Adriano. Siria fue dividida,

en realidad, en dos por Septimio Severo casi setenta años más tarde, después de que la provincia hubiera apoyado a su rival, Nigro, en la guerra civil de los años 193-194 (Severo penalizó también a la propia Antioquía). Lo ocurrido el 129-130 fue algo muy distinto. El título de metrópolis provincial se había reservado celosamente hasta entonces para una única ciudad en Siria y en otras provincias. La «norma» se relajó con Adriano. Otras tres ciudades: Tiro, Damasco y Samósata, «capitales» cada una de ellas de otras tantas regiones, obtuvieron igualmente aquel título. Mario Máximo supuso, tal vez, que la medida de Adriano había estado motivada por una animadversión similar a la que, según sabía él, abrigó Severo hacia Antioquía. Sin embargo, los favores de Adriano a esta ciudad están bien testimoniados. Aunque ninguna emisión posterior conmemoró las visitas de Adriano a Siria, se acuñaron monedas en las que se representaba —aunque sin nombrarlo— el espíritu guardián (*Týchē*) de Antioquía.³³

La aparición de las «rivales» de Antioquía como nuevas *mētropóleis* está atestiguada en la numismática de Damasco y Samósata. En cuanto a Tiro—que ya se había llamado *mētropolis* en un sentido diferente, como ciudad madre de las colonias fenicias de todo el Mediterráneo—, la enciclopedia bizantina *Suda* recoge casualmente una noticia sobre un tal Paulo de Tiro, «*rhētōr* en tiempos de Filón de Biblos. Bajo el emperador Adriano, marchó en embajada e hizo de Tiro una *mētropolis*». El hombre relacionado con Paulo en este pasaje recordó por esas mismas fechas al pueblo de Tiro y otras antiguas ciudades de Fenicia su legado histórico. Filón de Biblos fue autor—o más bien, según afirmaba él mismo, traductor al griego—de *La historia fenicia* de Sancuniatón, quien la escribió supuestamente antes de la Guerra de Troya. Filón compuso así mismo varias obras más, incluida una sobre *La selección y compra de libros*, y otras sobre *Ciudades y hombres famosos nacidos en ellas* y *El reinado de Adriano*.³⁴

Filón tenía un mecenas romano, el senador Herennio Severo, correspondiente epistolar de Plinio en otros tiempos, calificado por este de «muy erudito». Filón presentó a Herennio a su alumno Hermipo de Berito (Beirut), autor de un libro sobre sueños. La *Suda* deja constancia de que «Herennio fue cónsul cuando Filón tenía setenta y ocho años», y da como fecha la 220 Olimpiada, equivalente a los años 101-104. Difícilmente puede tratarse de una fecha exacta: Filón habría sido prácticamente centenario en el momento de escribir sobre el reinado de Adriano. Si se pudiera corregir la cifra «220» por «270», equivalente a los años 129-132, una fecha verosímil para el consulado de Herennio sería, precisamente, la del 129. Dos cónsules sufectos de ese año, Severo y Arriano, el patrón de Filón y Flavio Arriano, el amigo de Adriano, habrían sido, en tal caso, personas muy eruditas.³⁵

En cuanto a Paulo de Tiro, nos es conocido por otra fuente: uno de los panfletos de propaganda subversiva salidos de Alejandría de Egipto y conocidos con el título confuso de *Actas de los mártires paganos*. Estos escritos pretenden ser un registro de las vistas de las disputas entre griegos y judíos ante varios emperadores. Su tema constante es la supuesta orientación pro judía de Roma, con el corolario de la victimización de algunos griegos eminentes de Alejandría. Un papiro de Oxirrincó que describe un examen de testigos ante Trajano, enumera entre los delegados de los griegos a «Paulo de Tiro, que ofreció sus servicios de abogado a los alejandrinos». Paulo pudo haberse presentado defendiendo a los alejandrinos en una segunda ocasión ante el propio Adriano el año 119. Nos es imposible saber, por supuesto, si aquel hombre tuvo oportunidad de exponer sus opiniones antisemitas como embajador de los tirios ante el emperador el 129. Pero es bastante probable que Adriano conociera también al sabio de Biblos; y seguramente habría examinado su producción literaria—y la *Historia Fenicia* muestra cierta hostilidad hacia los judíos.³⁶

Paulo habría sido bien acogido, sin duda, por un miembro prominente del séquito imperial. Julia Balbila, la amiga del alma de la emperatriz, era nieta, por parte de madre, del famoso astrólogo Claudio Balbilo. Mucho tiempo antes, Balbilo había representado también a los griegos de Alejandría contra los judíos de aquella ciudad en una vista ante Claudio César. Bajo Nerón llegó a ser prefecto de Egipto. Las opiniones de la nieta de Balbilo sobre los judíos son, por supuesto, mera conjetura. No obstante, resulta significativo observar que su padre, Antíoco, príncipe de Comagene, se había comprometido con una princesa judía, Drusila, la bella hija de Herodes Agripa. El compromiso no se llevó a efecto: el novio se mostró reacio a convertirse a la religión de Drusila, lo que le habría supuesto ser circuncidado. Además, el padre de Balbila, al igual que su abuelo, el rey Antíoco de Comagene, y su hermano, el cónsul romano y ateniense honorario Filópapo, habían llevado con orgullo los nombres de «rey Antíoco Epífanés».³⁷

Ya hemos visto en Atenas la influencia que tuvo en las ideas de Adriano el primer y más famoso portador de ese nombre, Antíoco IV Epífanés de Siria. Aquel rey había sido, al fin y al cabo, quien había reiniciado la construcción del Olimpieo y dado pasos importantes hacia su remate. Y, al igual que Adriano, había promocionado también el culto a Zeus Olímpico. Hay otros aspectos diversos del carácter y la política de aquel excéntrico monarca que encuentran un eco en Adriano, quien aparece casi como una imagen especular suya. En sus largos años como rehén, el príncipe Seléucida había llegado a sentir una ferviente admiración por las formas de vida romanas. Su comportamiento en Antioquía, donde se mezclaba con el pueblo llano como un aspirante a *civilis*

princeps, recuerda el de Adriano, *plebis iactantissimus amator*. Antíoco fue también, al menos en sus últimos años—y a pesar de su apoyo a Zeus Olímpico—, un devoto del epicureísmo.³⁸

Fuera cual fuese la influencia que pudieron haber ejercido en Adriano esas características de Antíoco Epifanes—y, si tenemos en cuenta el largo tiempo pasado por el emperador en Antioquía, es indudable que habría tenido amplias posibilidades de conocerlas—, aquel rey era recordado en especial por sus medidas contra los judíos, que provocaron la sublevación de los Macabeos. En la Antigüedad se debatió considerablemente sobre las circunstancias y el curso de los acontecimientos que desembocaron en la aparición de un estado judío independiente. Pero hay un dato incontrovertible: el templo de Jerusalén fue profanado por la «abominación de la desolación». En el patio del templo se erigió un altar a Zeus Olímpico y la circuncisión fue rigurosamente prohibida bajo pena de muerte. A este ataque a la religión judaica le había precedido, por cierto, una activa helenización de la clase dirigente judía. Sus miembros habían «solicitado al rey que les permitiera construir un gimnasio en Jerusalén. Y una vez que se lo concedió, ellos ocultaron la circuncisión de sus partes pudendas para ser griegos incluso desnudos», según dice Josefo parafraseando el libro I de los Macabeos y explicando con todo detalle un aspecto importante de lo ocurrido.³⁹

Tanto si Antíoco ordenó realmente tomar estas medidas extremas «en un intento de acabar con su superstición e introducir las prácticas griegas para mejorar a aquella gente repulsiva», según dice Tácito en sus *Historias*, como si no, es posible que Adriano creyera esa versión. En aquel tiempo hubo, sin duda, algunos judíos en Judea que intentaron anular los efectos de la circuncisión mediante un procedimiento llamado *epíspasmos*, con el fin indudable de poder ejercitarse en los gimnasios griegos sin atraer comentarios adversos. No hay duda de que Adriano hizo planes para Judea durante su gira. En particular, había decidido reconstruir Jerusalén, dejada en ruinas después de su destrucción por Tito el año 70, y crear en su lugar una colonia romana. La HA, que no informa de ello, afirma en cambio, inmediatamente después de su exposición de la nueva política para las *mētropóleis* griegas de Siria, que «en aquel tiempo los judíos se lanzaron también a una guerra porque se les había prohibido mutilarse los genitales».⁴⁰

Este lenguaje duro y hostil reproduce, probablemente, la formulación de un edicto imperial. En griego, la palabra utilizada fue, probablemente, *kata-témnein*—una variante deliberada del término normal, *peritémnein*—. Da la circunstancia de que, para denominar la circuncisión, un judío renegado, Pablo de Tarso, había elegido explícitamente en su *Carta a los filipenses* la expre-

sión *katatomē*, 'mutilación', en vez de *peritomē*. En su epístola a los gálatas, Pablo había ido aún más lejos: «los agitadores» que insistían en la circuncisión harían mejor «cortándose a sí mismos», es decir, castrándose. En realidad, la nueva prohibición de Adriano—de carácter universal, y no limitada únicamente a los judíos—impuso a la circuncisión la misma pena que a la castración: la muerte. La práctica había sido prohibida ya por Domiciano y Nerva. Adriano sometió la castración a la ley del asesinato: la *lex Cornelia de sicariis et veneficis*. No nos queda más remedio que suponer que no era consciente de cuál iba a ser la reacción y que se le había hecho creer que la oposición judía a la helenización se había evaporado. En realidad, había indicios de que así era. Séforis, en Galilea, predominantemente judía en tiempos de la primera sublevación—aunque se puso del lado romano—, adoptó por aquellas fechas un nuevo nombre, Diocesarea, la primera parte del cual alude a Zeus, y la segunda al emperador.⁴¹

En su breve informe sobre el frustrado intento de Antíoco de civilizar a los judíos, Tácito añade que una guerra contra los partos había impedido al rey aplicar aquellas medidas. Adriano, que, con toda probabilidad, proclamó sus nuevas directrices desde la capital de Antíoco, podía sentirse seguro de no correr ningún peligro por ese lado. Vologeses tenía ya problemas con un nuevo rival. Se puede poner en duda si necesitó buscar un precedente o una inspiración en los seléucidas. Tampoco es necesario apelar a la hipotética influencia de antisemitas como Paulo de Tiro y su círculo. Podemos descartar así mismo el grupo pequeño, aunque no insignificante, de senadores de ascendencia judía cuyas familias habían abandonado desde hacía tiempo su religión ancestral, hombres como Julio Alejandro Bereniciano, que pronto sería procónsul de Asia, o Julio Alejandro Juliano, legado de Arabia pocos años antes. Aunque algunos judíos, al menos, habían contemplado a Adriano bajo una luz favorable al comienzo de su reinado, la principal razón era, sin duda, que se había desprendido del odiado Lusio Quieto. Sin embargo, es probable que sus verdaderos sentimientos sobre los judíos no hubieran dejado de ser hostiles desde la época de su levantamiento, el año 116. Los estragos y la destrucción provocada por ellos en la Cirenaica, Egipto y Chipre, por no mencionar su ayuda a los partos en Mesopotamia, habrían dejado una impresión duradera en el pensamiento de Adriano.⁴²

No hace falta suponer que Adriano se quedó en Antioquía todo el invierno del año 129-130. Pudo haber ido y venido, regresando siempre allí, pero no poseemos información segura sobre otros lugares que quizá visitó en Siria—si exceptuamos una ascensión al monte Casio y un viaje a Palmira. La primera pudo haberla llevado a cabo al final de su estancia en el norte de Siria—

la HA la menciona inmediatamente después de la prohibición de la circuncisión. La montaña se alzaba en la orilla sur del río Orontes, cerca de su desembocadura, frente al puerto de Seleucia de Pieria. Adriano la subió de madrugada para ver la salida del sol. Había estallado una tormenta. En el momento de ofrecer un sacrificio en la cima, los cielos se abrieron y un rayo cayó sobre la víctima sacrificial y el sirviente. Adriano salió indemne y, sin duda, lo tomó por un buen augurio, quizá como una confirmación del sueño que había tenido hacía trece años. La noche anterior a ser emperador, relata Dión, había soñado que un rayo caído de un cielo sin nubes le había alcanzado, primero, en el lado derecho de la garganta y, luego, en el izquierdo, pero no había sentido miedo ni había sufrido heridas. El relato se contaba, probablemente, en su autobiografía.⁴³

Hay solo un indicio de una posible visita de Adriano a Berito (Beirut), que, en definitiva, era la única comunidad latina de la región y, en cualquier caso, hasta ese momento, la única colonia de tipo tradicional, es decir, un asentamiento para legionarios veteranos. Al tener planes propios para realizar otra fundación semejante, puede ser que Adriano deseara de manera especial inspeccionar la *colonia Julia Augusta Felix*. De todos modos, el jurista Ulpiano cuenta que había tenido oportunidad de referirse a Berito en un discurso en el que la llamaba *Augustana colonia* (no está claro qué se sugiere con ese término). Es probable que Heliópolis (Baalbek), situada en el interior pero formando aún parte del territorio de Berito, atrajera al turista imperial con su famoso templo. No hay pruebas directas de su presencia allí, pero un dignatario local con una espléndida retahíla de nombres «coloniales», M. Licinio Pemplena Potito Urbano, recibió de Adriano «el caballo público», es decir, el rango de caballero romano.⁴⁴

Si Berito seguía siendo una isla latina en un mundo que para entonces hablaba mayoritariamente griego, la otra ciudad siria visitada por Adriano era prácticamente el único lugar donde todavía se utilizaba públicamente la lengua nativa, una forma del arameo. Palmira, la gran ciudad del comercio con los oasis, se hallaba, en realidad, técnicamente fuera del Imperio y era un estado clientelar, aunque sometido desde hacía tiempo a una estrecha vigilancia por parte de los gobernadores de Siria. La presencia de Adriano en Palmira está firmemente atestiguada por una inscripción en palmireno y griego en honor a un ciudadano eminente, Males, «llamado también Agripa». Al ocupar algún cargo «durante la estancia del divino Adriano en la ciudad, proporcionó aceite de oliva a los visitantes y a los palmirenos y contribuyó a la acogida de los soldados». Discos numismáticos con el retrato de Sabina hallados en Palmira inducen a pensar con bastante seguridad en la presencia allí de la empe-

ratriz junto con Adriano. Al margen del turismo, Palmira era un factor clave en las relaciones de Roma con los estados de sus fronteras orientales. La ciudad libre se había enriquecido comerciando con Partia y, a través de Partia, con el lejano Oriente. Algunos de sus ciudadanos se hallaban al servicio del rey de Mesena, todavía estado cliente de Roma, en el arranque del Golfo Pérsico. No mucho después de la visita de Adriano, un palmireno dedicó, de hecho, un templo a «los Augustos» en la ciudad parta de Vologesias.⁴⁵

Una vez que el grupo imperial salió de Siria, la siguiente etapa del itinerario de Adriano le llevó, probablemente, a Arabia, antes de ir a Judea. El anterior reino nabateo, anexionado pacíficamente hacía poco más de veinte años pero que todavía se seguía llamando «la nueva provincia», estaba guarnecido por una legión acuartelada en Bostra cuyo comandante era al mismo tiempo gobernador provincial. Es posible que en aquel momento Adriano colocara en el cargo a una nueva persona, el joven Haterio Nepote, uno de sus favoritos. El anterior mandatario, Aninio Sextio Florentino, había muerto en su puesto y fue enterrado en Petra en una tumba espléndida. La presencia de Adriano en Bostra no está atestiguada directamente, pero sabemos con certeza que estuvo en Gerasa, también en el norte de la provincia. Sus Guardias Montados habían estado acuartelados allí durante el invierno. Ocho miembros de una de las *turmae* dedicaron un altar a Deania «en Antioquía del Cisorroes, llamada también Gerasa, la ciudad santa, inviolada y autónoma», para el bienestar de Adriano. El nombre de su comandante interino, *praepositus*, es M. Calvencio Viátor, centurión de la legión V Macedonica. Viátor había estado, probablemente, con Adriano al mando de la escolta de los *equites singulares Augusti* al menos desde la gira por África del año 128. Para conmemorar la llegada a Gerasa, Viátor erigió un arco ceremonial coronado por una estatua triunfal. Adriano celebró allí audiencia y formó tribunal. Varias estatuas más conmemoraron su visita.⁴⁶

Petra, más lejos al sur, era la *mētrópolis* de la provincia. La ciudad de color «rosa rojizo» adoptó en ese momento el nombre de «Hadriane». Es bastante probable que Adriano continuara al sur de Gerasa, pasando por Filadelfia (Ammán), siguiendo la vía Trajana y bajando por la orilla este del Mar Muerto. Dos emisiones de monedas, una del tipo *adventus* y otra del tipo *restitutor*, recordarían posteriormente la visita. La provincia personificada se representa vestida con túnica larga (*chitōn*) y capa. En las monedas del tipo *restitutor* aparece un dromedario entre Arabia y Adriano.⁴⁷

Dos series numismáticas conmemorarían también la visita de Adriano a Judea; en una se muestra, simplemente, la provincia personificada; la otra documenta explícitamente la llegada de Adriano. La figura de Judea es muy pa-

recida en ambas: una mujer con velo y en traje normal grecorromano aparece de pie frente al emperador. Le acompañan tres niños, dato excepcional en esta serie de monedas provinciales. Dos de ellos aparecen ofreciendo palmas a Adriano, mientras que el tercero se aferra a la túnica de su madre. En la emisión provincial, Judea aparece ofreciendo un sacrificio; la víctima, un toro, yace al lado del altar con la llama. No hay nada en ella que sugiera alguna diferencia entre Judea y las demás provincias representadas en aquellas monedas. La mayoría de las acuñaciones del *adventus* muestran un altar con un toro sacrificial. La única característica insólita es que la serie sencilla de la provincia tiene también el altar y muestra, además, a los niños, que podrían aludir a la fundación de la nueva colonia de Jerusalén. Por lo demás, el carácter absolutamente griego de Judea en esas monedas transmite la impresión de que se había convertido en una provincia helenizada, como cualquier otra del Este. La transformación de la Séforis galilea en Diocesarea, ocurrida evidentemente en esas fechas, habría parecido el presagio de un abandono general del judaísmo.⁴⁸

El relato más verosímil de la fundación de Jerusalén es el compendio de la *Historia* de Casio Dión escrito por el monje bizantino Juan Xifilino: «En Jeru-



Fig. 24. Llegada de Adriano a Judea (BMC III Adriano, n.º 1.655). Museo Británico.

salén fundó una ciudad donde se hallaba la que había sido arrasada y la llamó Elia Capitolina; y en el lugar del Templo de Dios construyó otro templo para Júpiter». La breve exposición continúa enseguida con una descripción de la guerra provocada por aquella acción, no de inmediato, sino cuando Adriano salió de la región, «pues los judíos consideraban una atrocidad el asentamiento de pueblos extranjeros en su ciudad y la instauración en ella de ritos ajenos». Un estudio de las monedas ha demostrado con seguridad que la fundación se llevó a cabo el 130, en el curso de la visita de Adriano. Es posible que hubiera estado meditando la medida durante algún tiempo. De hecho, se conservan historias curiosas tanto en fuentes rabínicas como cristianas sobre una promesa realizada en algún momento por Adriano a los judíos según la cual les permitiría reconstruir su templo en Jerusalén. Esta idea se remontaba, quizá, a ciertos malentendidos surgidos en el momento de la destitución y posterior ejecución de Lusio Quieto por Adriano, que le granjearon al emperador cierta popularidad entre los judíos.⁴⁹

En realidad, podríamos decir que el año 130 Adriano se encontraba en vena de fundar ciudades: parece ser bastante seguro que había hecho planes para la creación de una nueva *pólis* griega en Egipto. El emperador había fundado ya Hadrianuteras en la zona norte de la provincia de Asia, en Misia, una comarca con escasos centros urbanos. En la Cirenaica había creado una nueva ciudad que llevaba igualmente su nombre, destinada a reasentar refugiados desplazados en la sublevación judía. También había fundado nuevas *coloniae* en África y Panonia. Pero, en el este griego, las colonias romanas eran pocas y distantes unas de otras, y desde tiempos de Augusto no se había creado ninguna para veteranos. Quizá influyera en él su visita a Antioquía de Pisidia y otras fundaciones augústeas, incluida Berito. Hemos de tener en cuenta, además, el dato de que Judea contaba con una guarnición de dos legiones, al menos desde el final del reinado de Trajano, lo cual hacía que pareciera, tal vez, razonable la creación de una segunda colonia que, junto con Cesarea, pudiese suministrar reclutas ciudadanos. La nueva Jerusalén de Adriano se salía, quizá, de lo corriente al ser una colonia próxima a una base legionaria, pues la X Fretensis estuvo estacionada durante más de sesenta años en la Jerusalén en ruinas o cerca de ella. Sin embargo, en Bostra y, desde luego, en otras provincias del este, era bastante normal que las legiones tuvieran su base en ciudades o en sus alrededores.⁵⁰

Es casi innecesario poner de relieve los nombres elegidos para la nueva fundación: Elia, por Adriano, y Capitolina, por Júpiter, un dios que era, por supuesto, el equivalente romano del Zeus Olímpico. Además, desde la destrucción de su templo, los judíos habían sido obligados a pagar sus tributos a

Júpiter Capitolino a modo de impuesto judaico. Ahora, Júpiter estaba sustituyendo de hecho a Yavé. Desconocemos totalmente la fase alcanzada por la reconstrucción de Jerusalén en el momento de la llegada de Adriano, al margen de que, en los años anteriores, se habían realizado importantes obras en la red vial de la provincia. La finalidad de estos trabajos pudo haber sido muy bien la de facilitar el transporte de materiales de construcción. Podemos suponer que se llevó a cabo alguna ceremonia fundacional con la participación de Adriano, como el trazado de un surco en torno al perímetro del solar de la nueva ciudad. Las monedas de la ciudad recién fundada, acuñadas a los dos años de la visita de Adriano, muestran a este guiando personalmente el arado. También debió de hallarse presente el gobernador de la provincia, Q. Tineyo Rufo. No sabemos si acababa de ser nombrado o si llevaba ya allí uno o dos años. Rufo había gobernado antes Tracia, probablemente en tiempos de la visita realizada por Adriano el 124, y había sido elegido cónsul el 127.⁵¹

Dión afirma explícitamente que Adriano «marchó de Judea a Egipto, llegando primero a Pelusio, mientras que la HA, a pesar de mencionar la provocación de los judíos por la prohibición de la circuncisión, no dice directamente nada de una visita a Judea. En cambio, según su versión, Adriano «atravesó Arabia y llegó a Pelusio». La versión de Dión parece ser la correcta, pues hay testimonios independientes que prueban la presencia de Adriano en Gaza, parte entonces de la provincia de Judea, el verano del 130. Se puede dar por supuesto que visitó algunas otras plazas de la provincia. Cesarea, residencia del gobernador y colonia romana desde hacía sesenta años, fue, probablemente, su base. La ciudad se hizo con un templo en su honor—un Adrianeo—, y también hubo otro en Tiberíades, «un templo muy grande» según se dijo doscientos años después. Es igualmente verosímil que visitara otras zonas. Las historias talmúdicas sobre sus conversaciones con judíos, incluso con rabinos, son sin duda imaginarias en gran parte, pero habría sido muy propio del carácter de Adriano entrar en debate con algunos personajes locales de importancia. Así, Adriano—«¡que se pudran sus huesos!», como se añade en casi todas las referencias a él en la literatura rabínica—aparece retratado en el Talmud preguntando al rabino Yoshua b. Hanania, sobre el sabat, Moisés y el dios de los judíos. Una anécdota presenta a Adriano—«¡que se pudran sus huesos!»—haciendo preguntas a un campesino centenario a quien encontró plantando una higuera.⁵²

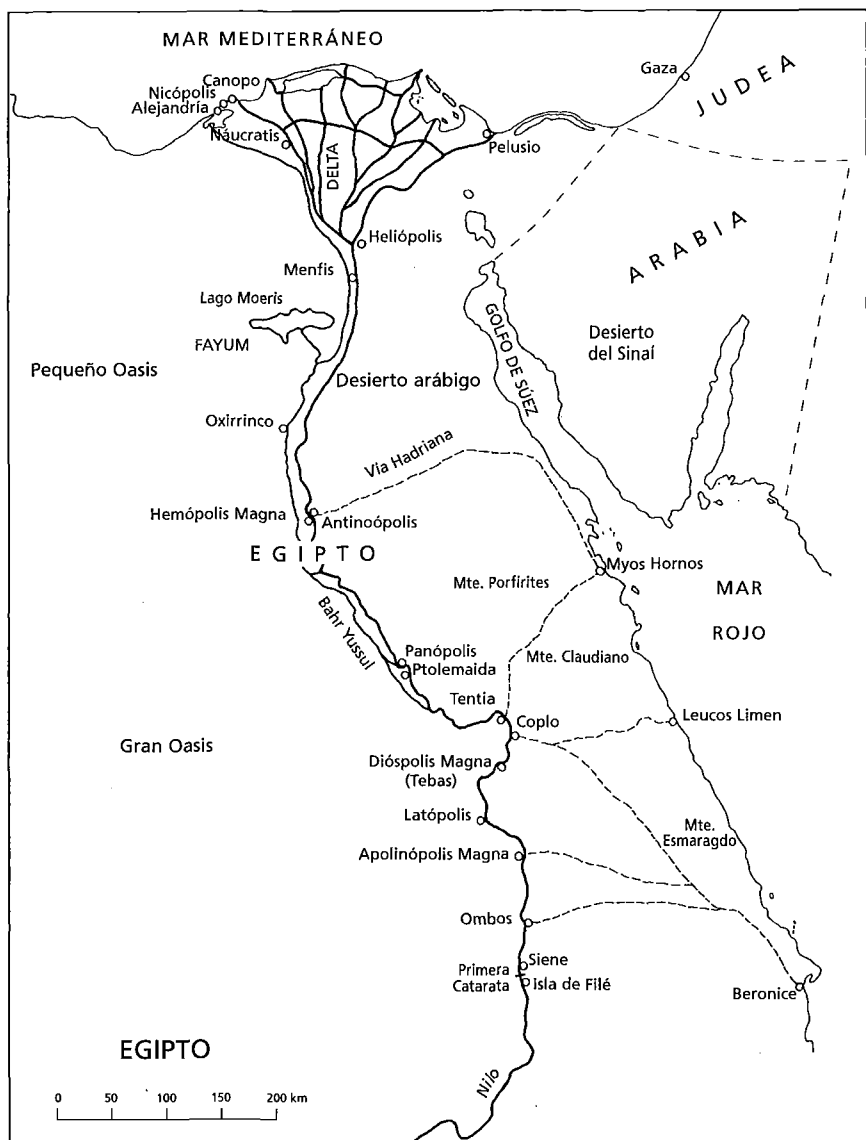
No se puede excluir, en cualquier caso, una etapa en Gaza. Adriano habría entrado en Egipto desde esta localidad siguiendo la costa. Gaza comenzó a fechar sus monedas con una nueva era iniciada a la llegada de Adriano, que podría situarse con precisión en julio. También se creó en esa ciudad un «festival

adriánico». Es posible que el autor de la *HA*, cuyo itinerario lleva a Adriano de Arabia a Egipto, se hiciera simplemente un lío. Pero también pudo ser que el emperador se desviase a Petra en la fase final de su viaje a Egipto y no en el curso de su gira por Arabia a comienzos de año. Fuera como fuese, Adriano entró en Egipto a finales de julio o principios de agosto del 130.⁵³

MUERTE EN EL NILO

«¿Quién no conoce la clase de monstruos que venera el loco Egipto (*qualia demens Aegyptos portenta colat*)?». No mucho antes de que Adriano llegara al país, o quizá mientras se hallaba en él, Juvenal compuso una sátira feroz sobre un incidente ocurrido en el Alto Egipto. Cerca de Copto había sucedido algo atroz «recientemente, en el consulado de Junco», es decir, en otoño del 127. Durante una fiesta religiosa, las comunidades vecinas de Ombos y Tentira habían llegado a las manos—veneraban deidades rivales—, pasando luego a un tumulto sangriento que concluyó en canibalismo. Juvenal se encarga de recalcar que había estado en Egipto: «Egipto es, sin duda, salvaje, pero su chusma bárbara no cede en nada en voluptuosidad, según observé yo mismo, a la famosa Canopo». Resulta difícil no preguntarse si el viejo poeta no decidió escribir aquel truculento relato de viaje precisamente porque Adriano se hallaba en Egipto o de camino allí. Desde que el emperador partió de Roma el 128, se sabía, probablemente, que se dirigía a aquel país—Epifanio, el escritor del siglo iv, reconocidamente confuso, afirmó incluso que todo el viaje se redujo a ir a Egipto y fue emprendido por motivos de salud.¹

Adriano llegó por tierra, desde Gaza, por lo que podemos suponer que, al cruzar la frontera provincial con Judea en Rinocolura, fue recibido por su virrey, el prefecto Flavio Ticiano. Los nombres de Ticiano son tan poco llamativos que resulta imposible deducir sus orígenes, excepto que era, probablemente, provincial y ciudadano tan solo de segunda generación, si es que no era hijo de un liberto imperial. Sin embargo, tenía a sus espaldas una sólida carrera que incluía servicios en Asia Menor, Roma y las Galias; además, había sido ya prefecto cuatro años y medio. Podemos preguntarnos cómo se suponía que debía comportarse un prefecto en presencia del emperador. Por su condición de virrey, el prefecto tenía que ejercer muchas de las funciones del faraón; pero en ese momento el faraón se encontraba allí en persona. Aparte de Octaviano en el año 30 a.C., cuando aún no era Augusto, y de Vespasiano, que fue a Egipto poco después de su proclamación, ningún otro predecesor de Adriano había estado nunca allí. En cualquier caso, Ticiano obtuvo la aprobación de Adriano; continuaría en el cargo tres años más.²



Mapa 7. Egipto.

El primer testimonio de la presencia de Adriano en Egipto procede de Pelusio, donde restauró la tumba de Pompeyo Magno. De aquella acción informan no solo Dión y la *HA*, sino también, con cierto detalle, Apiano, natural de Alejandría. Al final de su relato del asesinato de Pompeyo el 48 a.C., Apiano añade que le cortaron la cabeza y la guardaron para César, y que su cuerpo fue enterrado en una modesta tumba a la orilla del mar. La tumba se cubrió de arena con el paso del tiempo, y las estatuas de Pompeyo, erigidas por sus familiares, quedaron desfiguradas y, luego, fueron trasladadas al «reducto interior del templo. Pero en mis tiempos, el emperador romano Adriano las buscó y encontró durante su visita a Egipto, retiró la arena de la tumba, volvió a darle notoriedad y erigió nuevamente las estatuas de Pompeyo». Apiano menciona también que «alguien» había compuesto para la tumba un epigrama que dice:

¡QUÉ POBRE TUMBA PARA ALGUIEN TAN PROVISTO DE SANTUARIOS!

Curiosamente, Apiano no parece saber que el autor del verso fue Adriano, según informan oportunamente la *Antología Palatina*, que lo incluye como suyo, y Dión, que dice: «Después fue a Egipto a través de Judea y ofreció un sacrificio a Pompeyo, sobre quien se dice que pronunció este verso [...] y reconstruyó la tumba que se hallaba en ruinas». La aparente ignorancia de Apiano podría ser auténtica: probablemente había leído el epigrama, que, quizá, no llevaba nombre de autor. La *HA*, que no lo menciona, dice simplemente que Adriano «reconstruyó el *tumulus* de Pompeyo con mayor esplendor (*magnificentius*)». La acción fue muy característica de Adriano: la restauración de tumbas y, en algunos casos, la composición de versos para ellas son actos atestiguados en relación con el héroe homérico Áyax, con Epaminondas y con Alcibíades, entre otros. En esta ocasión, honró la memoria de un gran romano que, según dijo Apiano en otro lugar, había «destruido Jerusalén, la mayor ciudad de los judíos y, para ellos, santísima». El que Adriano hiciera aquello poco después de haber emprendido la sustitución de la «ciudad santísima» por una fundación totalmente no judía fue, tal vez, una mera coincidencia debida a su itinerario. Los habitantes judíos de Judea, agitados ya por el resentimiento, habrían reaccionado con cierta acritud. Adriano, sin embargo, no iba a encontrar una hostilidad semejante en Egipto. Los sucesos de los años 116-117 habían borrado efectivamente del país la presencia judía.³

La entrada de Adriano en Alejandría había sido conmemorada ya en las monedas de la ciudad dedicadas a su decimocuarto aniversario, que concluía el 28 de agosto del 130—el año nuevo egipcio comenzaba el 1 de Tot, que equivalía al 29 de agosto romano—. El emperador aparece representado sobre una

quadriga con la personificación de Alejandría de pie para saludarle. Una versión acuñada algunos años después lo muestra también sobre una *quadriga* tirada por cuatro elefantes. Al margen de si llegó realmente en un carruaje tirado por elefantes, se puede suponer al menos que la fecha no fue posterior al mes de agosto del 130. La intención de Adriano era, sin duda, inspeccionar toda la provincia, lo que significaba navegar aguas arriba del Nilo hasta el Alto Egipto, llegando de hecho a la Primera Catarata y la frontera meridional del Imperio, situada justo detrás de ella, en Filé. Podemos deducir también de manera segura que llegó con planes de crear una cuarta *pólis* griega con todos sus requisitos además de las ya existentes de Náucratis, Alejandría y Tolemaida, reforzando así el helenismo en Egipto. No hay duda de que tenía una idea general de dónde debía establecerse aquella ciudad, pero quizá deseaba elegir el lugar personalmente. Sin embargo, el viaje por el gran río solo podía iniciarse una vez concluida la crecida del Nilo: según un antiguo tabú religioso, bien conocido por los romanos, el soberano de Egipto no debía navegar por el Nilo en la temporadas de las inundaciones.⁴

Las monedas alejandrinas del decimoquinto aniversario—así como de algunos años posteriores—siguieron representando el *adventus* imperial. En ellas se muestra a Adriano recibiendo el saludo de la ciudad personificada, que en un caso le besa la mano y en otro le ofrece espigas de trigo; el emperador aparece igualmente ofreciendo un sacrificio. También se retrata en repetidas ocasiones a Sabina de pie y ofreciendo un sacrificio o sentada en un trono. Una emisión del decimoséptimo aniversario (132-133) muestra al dios Serapis saludando al emperador. Además, su templo aparece representado por dos columnas acanaladas que sostienen un frontón sobre el que se posa un águila. Dentro del templo se muestra al emperador con un cetro en la mano izquierda y tocando con la derecha un templete con el rótulo *Hadrianon*; en la otra cara se retrata a Serapis, con la diestra levantada para saludar y portando un cetro en la izquierda. Adriano y Serapis compartían, pues, un templo, que debió de ser el imponente santuario de Alejandría que dominaba la silueta de la ciudad con su enorme plataforma a la que se accedía por cien o más gradas. De ese modo se conmemoraba simbólicamente la reconciliación entre Roma y los griegos de Alejandría, quienes habían considerado durante generaciones a los emperadores romanos protectores tendenciosos de la gran comunidad judía de su ciudad; una imagen de Serapis había acompañado a sus enviados como talismán en la vista de la causa celebrada en Roma. Ahora, sin embargo, la comunidad judía había desaparecido. Además de las dos divinidades principales, las monedas alejandrinas de esos años muestran una gran diversidad de distintos dioses tanto griegos—Zeus, Ártemis, Atenea, los Dioscuros—como

egipcios—Harpócrates y el Nilo—, y también personificaciones de la Justicia (*Dikaíosýnē*) y la Piedad (*Eusébeia*).⁵

Las monedas imperiales acuñadas en Roma conmemorarían poco después a la mayor parte de las provincias y regiones visitadas por Adriano; Egipto no sería una excepción y, de hecho, fue objeto de un tratamiento especialmente frecuente. El país aparece como figura femenina reclinada en el suelo, apoyada en un gran cesto lleno de espigas y frutas. Viste una túnica larga y un manto y sostiene en la derecha un sistro, el instrumento musical nacional, atributo especial de la diosa Isis. Tiene enfrente un ibis. Excepcionalmente, se conmemoran no solo la figura de la provincia, sino también la ciudad de Alejandría y el dios Nilo—Alejandría es la única ciudad, aparte de Nicomedia, honrada por esta serie de monedas—. El Nilo aparece como un anciano de larga barba con una guirnalda de juncos y acompañado de un hipopótamo, un cocodrilo y niños, que eran, evidentemente, la representación simbólica de los seis codos de crecida del río de los que dependía la prodigiosa fertilidad de Egipto. El dios aparecía normalmente en todas las emisiones de Alejandría; no lo hace en los aniversarios decimocuarto y decimoquinto de Adriano, lo que ha llevado a concluir que las crecidas del Nilo de los años 130 y 131 fueron decepcionantemente escasas.⁶

Alejandría se representa en las monedas de varias guisas, tanto de pie como reclinada, con un brazo sobre una cesta de fruta, de forma bastante similar a la



Fig. 25. Egipto (BMC III Adriano, n.º 1.703). Museo Británico.

figura de Egipto. También aparece en monedas que conmemoran específicamente la llegada imperial, *adventui Aug. Alexandriae*. En algunas de las piezas se retrata a la propia ciudad personificada; en otras no aparece en absoluto. En cambio, se muestra a Adriano dando la mano a Serapis; tras el emperador se representa Sabina de pie y, en correspondencia con ella, a Isis al lado de Serapis. La reconciliación de Roma con los griegos de Alejandría se vuelve a proclamar una vez más.⁷

Antes de que las aguas del Nilo bajaran lo bastante como para iniciar el gran viaje río arriba, Adriano y su cortejo tuvieron muchas cosas que hacer o, simplemente, ver en Alejandría y el Delta. Es de suponer que habría autorizado tiempo atrás la realización de gastos para la reconstrucción después del levantamiento judío. Así lo afirma Jerónimo en su *Crónica* para el primer año de Adriano, aunque su testimonio no es muy valioso: «Adriano restauró Alejandría, que había sido destruida por los judíos». Algunos de los templos mostrados en las monedas alejandrinas de los aniversarios decimoctavo y decimonoveno (133-135), por ejemplo los del Nilo e Isis, fueron, quizá, nuevas construcciones iniciadas durante su visita; en cualquier caso, uno de los barrios de la ciudad, que pudo ser también de nueva construcción, iba a llevar el nombre de Adriano. Un destino habitual de los visitantes de importancia era la Sema, el recinto adjunto a los palacios reales donde se hallaban las tumbas de Alejandro Magno y los Ptolomeos. El cuerpo momificado de Alejandro había sido colocado por Ptolomeo I en una tumba de oro, sustituida más tarde por otra de cristal. Octaviano había observado el cuerpo detenidamente el año 30 a.C. y hasta lo había tocado, quebrándole una parte de la nariz, según informa Dión. Las fuentes no registran de manera explícita la inspección realizada por Adriano.⁸

Unido también al complejo palaciego se hallaba otro edificio que sin duda visitó Adriano, la «casa de las Musas», el *Mouséion*, según una denominación mejor que el latinizado «Museum», que induce a error. Podría considerarse una Academia Real de Artes y Ciencias. Disponía de «un paseo público, una exedra con asientos y una gran casa con un comedor común para los eruditos (*philolôgoi*) miembros del Museo», según la descripción dada por Estrabón un siglo antes. Aquella institución de Ptolomeo II vinculada a la espléndida biblioteca real—cuyo abastecimiento se había visto favorecido, como es natural, por la producción de papiro egipcio—era el orgullo de Alejandría. La condición de miembro del Museo, que implicaba el derecho a la comida gratuita, era un privilegio altamente apreciado por intelectuales no solo de la propia Alejandría. Se sabe que Adriano lo concedió a varias personas de fuera, entre ellos su amigo Antonio Polemón y Dionisio de Mileto. Tal como lo contaba Fi-

lóstrato al hablar de la nominación de Dionisio, «fue incluido entre quienes recibían comidas gratis en el Museo—por Museo me refiero al comedor de Egipto al que son invitados los hombres más distinguidos de todo el mundo—». Es posible que Dionisio formara parte del séquito imperial, por lo que habría tenido la oportunidad de disfrutar efectivamente del privilegio. La institución era supervisada por un procurador de nombramiento imperial. Entre los anteriores titulares conocidos se hallaban el filósofo Queremón y su discípulo Dionisio, ambos alejandrinos, el astrólogo Claudio Balbilo, más tarde prefecto de Egipto y abuelo de Balbila—amiga de Sabina y miembro del grupo imperial—, y Julio Vestino, el intelectual galo nombrado luego secretario *ab epistulis* de Adriano.⁹

La *HA* se refiere a la presencia de Adriano en el Museo con una sola frase breve pero reveladora—no recogida ya en la sección narrativa de la *vita*—: «En el Museo de Alejandría planteó numerosas preguntas a los profesores y, tras haberlas expuesto, les dio respuesta él mismo». Era algo muy propio de aquel soberano versado en muchas disciplinas que se ufanaba de ser capaz de superar a los especialistas en sus propios terrenos. No se da el nombre de ninguno de aquellos «profesores», pero algunos *litterati* alejandrinos y de otras procedencias, entre ellos Páncrates, nombrado miembro, probablemente, durante la estancia de Adriano, aparecen a su lado en el curso de los meses siguientes; otros dos son el *rhetor* Numenio y el poeta alejandrino Dionisio «Periegeta». Entre los poetas del séquito imperial hay que incluir, probablemente, a los libertos de Adriano Mesomedes y Flegonte de Tralles, cronista imperial, además de Peón de Side, relacionado con el chambelán Alcibíades, otro liberto destacado del emperador que debía de hallarse igualmente allí. Debemos volver a mencionar así mismo a la amiga íntima de Sabina, Julia Balbila, que no tardaría en revelarse como una consumada poeta, quizá no la única que formaba parte entonces del grupo imperial. Y, finalmente, aunque no fuera en absoluto la persona menos importante, hemos de considerar también propiamente como hombre de letras a Avidio Heliodoro, el secretario *ab epistulis*, presente en Alejandría con su mujer.¹⁰

La visita al centro intelectual de Alejandría debió de haber constituido un placer para algunos de los miembros del cortejo de Adriano. En cuanto a Antínoo, podemos suponer que le resultarían más atractivas otras actividades, sobre todo la caza. En cualquier caso, uno de los relieves—los tondos—que adornaron en otros tiempos un monumento adriánico de Roma permitiría deducir que estuvo con Adriano en una cacería que dejó también sus huellas en documentos literarios. En efecto, Antínoo ha sido identificado en los ocho tondos, o en casi todos ellos. En uno, que cronológicamente debe de ser el úl-

timo, más o menos, se puede ver que acompañó a Adriano en su caza del león. El león era una «fiera regia». La HA menciona de hecho que Adriano mató en cierta ocasión un león; el suceso aparece representado en un medallón. Además de este dato, el escrito *Deipnosophistas*, obra de principios del siglo III compuesta de Ateneo, natural de la ciudad egipcia de Náucratis, en forma de diálogo mantenido el año 192, recoge otros detalles. Según un relato narrado allí, «una enorme criatura había asolado durante largo tiempo toda Libia [es decir, la Cirenaica], muchas de cuyas comarcas acabaron siendo inhabitables a causa de aquel león».¹¹

El relato de Ateneo sirve para explicar la obra de un poeta egipcio llamado Páncrates, que había compuesto un poema sobre la caza, del que aquel cita unos pocos versos. El episodio, ocurrido en el desierto occidental, se conoció mejor cuando se hallaron nuevos fragmentos en papiro del poema de Páncrates. Uno de ellos cuenta cómo se reunió el grupo—incluido Antínoo a caballo—al comienzo de la expedición. Un largo fragmento comienza describiendo a Antínoo sobre su cabalgadura a la espera del mortífero león, con una jabalina con punta de acero en la mano. Sin embargo, quien golpeó primero lanzando la suya de punta de bronce, pero limitándose deliberadamente a herir al animal, fue Adriano,

pues deseaba comprobar la puntería del bello Antínoo, hijo del matador de Argos [Hermes]. La bestia, herida, se enfurecía más y más y, en su furia, restregaba el suelo con las garras [...] arremetió contra ambos, azotándose con la cola las ancas y los costados [...] con destellos de un terrible fuego en sus ojos, echando espumarajos por sus fauces voraces, rechinando los dientes y erizando el pelo de su poderosa cabeza y su enmarañado cuello [...]. Cargó contra el glorioso dios [Adriano] y contra Antínoo, cual antiguo Tifeo contra Zeus, matador de gigantes.

Los demás versos, muy deteriorados, parecen referirse al león que ataca al caballo de Antínoo pero recibe en el cuello un lanzazo, asestado, evidentemente, por Adriano—que habría salvado así al joven—, y, yacente en el polvo, es pisoteado por los cascos de la montura de Antínoo.¹²

El tondo romano muestra a Adriano y un joven acompañante, uno al lado del otro y cada cual con un pie sobre el león muerto. Si la figura que aparece a la derecha de Adriano es realmente Antínoo, su representación es muy diferente de la del cúmulo de los demás retratos conservados. En este relieve de caza no tiene unos rizos exuberantes sino, en realidad, un corte de pelo de estilo militar, lleva patillas y muestra en las mejillas los primeros signos de una barba. En otras palabras, ya no era un adolescente, un efebo, sino un hombre joven, pro-

blemente de unos veinte años. Resulta muy difícil creer que Páncrates escribiera este poema sobre la caza inmediatamente después de los hechos; más bien lo habría hecho varios meses más tarde, una vez ocurridos ciertos sucesos nuevos y dramáticos. No obstante, parece verosímil que Adriano conoció a Páncrates no mucho después de la cacería, no como poeta sino en otra función.¹³

La aventura del desierto habría durado—según podemos conjeturar—una o dos semanas de septiembre del 130. A partir de entonces es posible re-



Fig. 26. Adriano y la caza del león, arco de Constantino, Roma (tondo de un monumento venatorio adriánico reutilizado en el arco de Constantino). La figura de la izquierda cuyo pie izquierdo reposa sobre la cabeza del león, ha sido identificada como Antínoo, nos lo muestra tal como era poco antes de su muerte. A su lado aparece Adriano, con el pie derecho sobre la cabeza del león (su cabeza fue tallada de nuevo para que se asemejara a la de Constantino).

Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

construir con bastante seguridad en rasgos generales los movimientos de Adriano durante los dos meses siguientes. Su presencia en unos pocos lugares en fechas concretas está sólidamente demostrada y se puede presuponer con seguridad en otros, aunque la cronología resulte menos clara. Podemos conjeturar, por ejemplo, que estuvo en el centro de recreo de Canopo, localidad calificada por Juvenal de «famosa por su voluptuosidad», situada a 24 kilómetros al este de Alejandría. La ciudad contaba, por cierto, con un gran templo dedicado a Serapis conocido por sus oráculos y curas en sueños, lo cual podría haber tenido cierto atractivo. Pero Canopo era célebre sobre todo por

las muchedumbres de juerguistas que bajan desde Alejandría por el canal a las fiestas públicas. Noche y día hay en los barcos multitudes de gente que toca la flauta y baila sin freno y, en realidad, con extrema licenciosidad, tanto hombres como mujeres; los habitantes del propio Canopo tienen a lo largo del canal establecimientos muy apropiados para este tipo de diversión y entretenimiento.

Así lo describe el geógrafo Estrabón. Un pasaje de la *HA* permite deducir que Adriano estuvo en Canopo y conservó buenos recuerdos de la ciudad. Entre los sectores conocidos con nombres de lugares famosos, su gran villa de Tibur tenía uno llamada Canopo, el único recordatorio de Egipto mencionado por el biógrafo. Aquella localidad fue, muy probablemente, el punto de partida del gran viaje aguas arriba del Nilo. Hacia poco más de cien años, Germánico César había salido de esa ciudad, «fundada supuestamente por los espartanos en memoria de Canopo, timonel de Menelao, sepultado allí», para navegar río arriba hasta Tebas y, de allí, a Elefantina y Siene, «puerta en otros tiempos del Imperio Romano», según cuenta Tácito en los *Anales*.¹⁴

Debemos suponer que, de camino a Canopo o, quizá, más bien en una visita especial, Adriano visitó Nicópolis, donde se hallaba acuartelada la guarnición de una legión de Egipto. La fortaleza, cercana a Alejandría, había albergado durante mucho tiempo dos legiones, y durante un período, a comienzos del principado, la provincia tenía, de hecho, una tercera. Al parecer seguía habiendo dos en Nicópolis, una de las cuales, la XXII Deiotariana, había tenido su base en Egipto durante su siglo y medio de existencia. En cambio, la legión asociada a ella, la II Traiana, creada treinta años atrás, acababa de llegar al país uno o dos años antes. Lucio Macedón, tribuno de la Guardia Pretoriana, que acompañaba a Adriano como comandante de su escolta, fue prefecto al mando de la II Traiana tras ser promovido al rango de *primuspilus iterum*, 'centurión jefe por segunda vez'; quizá lo nombrara el propio Adriano.¹⁵

El emperador pudo haber navegado en un barco especialmente construido para ese fin, pero habría sido escoltado por navíos de la *classis Alexandrina*. Da la casualidad de que un comandante de la flota de tiempos de Adriano, L. Valerio Próculo, originario, probablemente, de Málaga (Málaga), en la Bética, se refiere a su cargo como «prefecto de la flota alejandrina y de la patrulla fluvial (*potamophylacia*)», como para poner de relieve una obligación adicional. Es probable que ocupara el cargo en el momento del viaje de Adriano por el Nilo, que debió de haber comenzado en el brazo de Canopo. La primera parada aguas arriba debió de haber sido Náucratis, el asentamiento griego más antiguo de Egipto. Su historia más temprana se remontaba a casi ochocientos años, cuando fue fundada por los milesios como establecimiento comercial en el siglo VII a.C. El faraón Amasis había propiciado la ampliación de la ciudad en el siglo siguiente. Para la creación de la nueva *pólis* se habían unido al menos doce ciudades dorias, eolias y jonias. Adriano, que aguardaba ansioso la inauguración de su Panhelenio, para el que faltaban en ese momento menos de dos años, debió de haber considerado atractiva aquella fundación «panhelénica». Además, la *pólis* que el propio Adriano iba a fundar en Egipto recibiría una Constitución basada en la de Náucratis.¹⁶

El siguiente lugar hacia el sur de donde tenemos testimonio de algún tipo de presencia de Adriano es Heliópolis, según el nombre que le daban los griegos. En origen había sido ciudad de un dios sol local, Atón, identificado pronto con Ra y, luego, con Horus y venerado allí como Ra-Horajty. Su famoso templo, la Casa de Ra, había tenido una escuela sacerdotal visitada por Heródoto. Se suponía que Platón y el matemático Eudoxo de Cnido habían estudiado en ella. Según escribió Estrabón, la ciudad se hallaba completamente abandonada en su tiempo. El poblado de los «sacerdotes que estudiaban filosofía y astronomía» había desaparecido, pero seguía habiendo sacerdotes «que realizaban los sacrificios y explicaban a los extranjeros los ritos sagrados». Por lo demás, un papiro ofrece «un extracto de los encantamientos del libro santo hallado en el templo de Heliópolis, llamado el libro de Hermes, escrito en lenguaje egipcio y traducido al griego».¹⁷

Era evidente que Adriano, debido a su insaciable curiosidad y, quizá, por algún otro motivo, deseaba conocer algo de aquella sabiduría secreta. Otro papiro, el gran «papiro mágico», actualmente en París, habla de un «hechizo de atracción» que «atrae a personas incontrolables [...] es excelente para provocar enfermedades y posee un gran poder de destrucción, envía bellos sueños y hace realidad revelaciones maravillosas ensoñadas». El texto afirma luego que Adriano fue testigo de una demostración.

Pácrates, profeta de Heliópolis, revelando el poder de su magia divina, se la demostró al emperador: atrajo en una hora, hizo enfermar a alguien en dos, mató en siete y envió sueños al propio emperador. De ese modo, el profeta demostró toda la verdad de sus poderes mágicos. El emperador, maravillado por el profeta, ordenó que recibiera doble paga.

El «profeta Pácrates» era, sin lugar a dudas, un personaje real y bien conocido. Una generación más tarde, el satírico Luciano creó un retrato caricaturesco en su ensayo *Philopseudes*, 'El amante de las mentiras'. Un tal Éucrates cuenta cómo navegaba Nilo arriba y encontró por casualidad a «un hombre de Menfis, uno de los escribas del templo (*hierogrammateis*), persona notablemente sabia que conocía todas las doctrinas de los egipcios». Se suponía que había «vivido en el subsuelo durante veintitrés años aprendiendo magia de Isis». Otro de los personajes del relato de Luciano reconoce de pronto por la descripción «a su propio maestro, Páncrates, un hombre santo de cabeza rapada, vestido de lino blanco y que hablaba griego con acento, alto, de nariz aplastada, labios gruesos y piernas delgadas». La cabeza rapada, la ropa de lino blanco y las piernas enjutas eran los rasgos típicos del sacerdote ascético egipcio. En ese momento, Luciano se lanza al reino de la fantasía y presenta a Páncrates montando sobre cocodrilos y enseñando luego a su discípulo muchos de sus conjuros, aunque no todos; el resultado fue que Éucrates acabó siendo el prototipo del aprendiz de brujo.¹⁸

Resulta bastante notable que el mismo personaje que conoció a Adriano como «profeta» reaparezca, al parecer, como el poeta Páncrates, cuya loa a la caza del león hemos citado anteriormente y que se ganaría todavía más la aprobación de Adriano. La pequeña diferencia entre el «Pácrates» del papiro mágico y el «Páncrates» de Luciano y Ateneo no supone ninguna dificultad. La primera forma es una adaptación del nombre puramente egipcio, que sonaba más o menos igual; la segunda, una versión «corregida» más helénica. Aunque el hombre hablara griego con acento, según afirmaba Luciano, no hay razón para que no haya sido capaz de escribir versos aceptables en esa lengua. Casualmente, Ateneo cita otra obra de Páncrates, *Bocchoreis*, para ilustrar el uso de un objeto llamado *kondy*, un globo mágico «del que surgen para aparecer en la tierra milagros de magia y signos propicios enviados por los dioses». Este dato vincula directamente al poeta con la práctica de la magia. Podemos imaginar que su poema sobre la caza le habría valido una audiencia con el emperador en la que este le invitó a hacer una demostración de sus poderes mágicos. Es evidente que Adriano pudo haber buscado también primero al «profeta»—por la razón que fuese, pero, sobre todo, quizá, si se sentía

preocupado por su propia salud—, y aquel encuentro llevó, tal vez, luego a la composición del poema.¹⁹

En realidad, Adriano podía haber tenido otros motivos para buscar la iluminación en Heliópolis. La ciudad era, según la tradición, el hogar del Fénix, el ave legendaria avistada supuestamente en el momento de su acceso al trono, marcando de ese modo el inicio de una nueva era. Había opiniones muy distintas sobre la duración de la vida del Fénix. Una la fijaba en 1.460 años, el intervalo del llamado «ciclo estoico». Sothis era el nombre egipcio de Sirio, el astro perro. El orto helíaco de Sirio coincidía, supuestamente, con el día del año nuevo egipcio, el 1 de Tot (29 de agosto), pero esa coincidencia solo se daba, en realidad, cada 1.460 años. Según Censorino, autor del siglo III, se había producido, precisamente, el año 139. Adriano debió de haber estado bien informado sobre aquel suceso inminente. De hecho, la proclamación de la aparición del Fénix podía interpretarse, por ejemplo, como una mera señal precursora de lo que pronto iba a ocurrir. La construcción de un enorme templo de Roma y Venus y la creación de un festival en honor del aniversario de Roma, el 21 de abril, dan a entender igualmente que sus intenciones eran preparar con mucha antelación las mentes de la gente para el próximo noveno centenario de la fundación de Roma en el año 148.²⁰

Delante de Adriano y su séquito, a solo unos kilómetros aguas arriba de Heliópolis, se encontraban algunas de las principales atracciones turísticas de Egipto: Menfis, la capital original de los faraones, con tres mil años de antigüedad, las pirámides, la gran Esfinge y el Laberinto. No se han conservado rastros seguros de la presencia de Adriano en esos lugares. La existencia en Menfis de un templo dedicado a Adriano no significa necesariamente que hubiera estado allí en persona en el momento de su fundación—y, en cualquier caso, es probable que el templo se hallase allí desde muy poco después de su acceso al trono; muchos lugares de todos los tamaños tenían, probablemente, un templo como aquel. Menfis había atraído, de todos modos, la atención del emperador ocho años antes, inmediatamente después de su partida de Britania, cuando recibió información urgente sobre los disturbios surgidos en relación con el dios Apis, el toro sagrado identificado unas veces como el hijo de Ptah o de Osiris y otras, en realidad, como el propio Osiris. Hemos de suponer que Adriano examinó el animal, causa de tantos conflictos. Los toros eran enterrados ritualmente en el gran Serapeo de Menfis, santuario del Serapis egipcio original—Osiris-Apis u Osor-Hapi—en el que se había inspirado Ptolomeo I para su nueva divinidad greco-egipcia. Si Adriano se sentía preocupado por su salud, es posible que quisiera visitar también el templo menfita de Imhotep, identificado por los griegos con Asclepio. Sus sacerdotes eran famosos

por sus dotes mágicas y alquímicas. Debemos recordar que Luciano había asociado a Pácrates/Pánocrates con Menfis y no con Heliópolis. No hay razón para que no pudiera haber ejercido de *hierogrammatéus* en Menfis; de hecho, su «demostración» ante Adriano pudo haber tenido lugar aquí y no en Heliópolis, citada, quizá, en el papiro sencillamente como su lugar de origen.²¹

Aunque Adriano no dejó huella de su presencia en las pirámides, hay testimonios convincentes de que una mujer de alto rango que formaba parte de su séquito estuvo allí y ascendió a lo alto de la gran pirámide de Keops, sobre la cual grabó un poema de seis versos en hexámetros latinos:

He visto las pirámides sin ti, dulcísimo hermano, derramando aquí tristes lágrimas y grabando mi lamento lo mejor que he podido en recuerdo de mi pena. Que el nombre de Décimo Genciano, sacerdote (*pontifex*) y compañero en tus triunfos, oh Trajano, además de censor y cónsul en un espacio de seis lustros [es decir, antes de haber cumplido los treinta años] destaque en la alta pirámide.

El hombre conmemorado era D. Terencio Genciano, hijo de Terencio Escauriano, mariscal de Trajano. Genciano había servido en la guerra contra los partos, y al comienzo del reinado de Adriano había sido gobernador de Macedonia, donde ordenó realizar un censo. Luego, ejerció el consulado—a una edad excepcionalmente prematura—pero ya no desempeñó ningún otro cargo. La HA informa de que era una de las personas odiadas por Adriano con especial virulencia, pues «podía ver que el Senado le apreciaba». Genciano había sido, al parecer, uno de los posibles candidatos «al puesto de emperador». Su hermana, llamada probablemente Terencia, estaba casada con un senador de nombre Loliano Avito, procónsul de Asia del 128 al 129. Es bastante verosímil que ella y, quizá también, su marido se hubieran unido al cortejo imperial en Éfeso el año 129. Es difícil encontrar una ocasión que permitiera ir allí a personas de rango senatorial—pues normalmente les estaba prohibida la entrada en Egipto—, a no ser que formaran parte del séquito del emperador. Terencia habría sido una compañera idónea para Sabina, tenía inclinaciones literarias, como Julia Balbila. Parece bastante probable que hubiera recibido recientemente la noticia de la muerte de su hermano.²²

Al sudoeste de Menfis, en torno al lago Moeris y a lo largo del canal que llevaba al Nilo desde su orilla meridional, se agrupaba un conjunto de comunidades florecientes con fuerte presencia griega. Era la región donde Ptolomeo II había asentado a los «6.475 clerucos [colonos]» cuyos descendientes siguieron refiriéndose a sí mismos con aquella denominación. Se sabe que dos de esas comunidades, Berenice, a orillas del lago Moeris, y Arsínoe, junto al canal,

poseían instituciones que llevaban el nombre de Adriano, una finca (*ousía*) en la primera, y un templo en la segunda. No ha salido a la luz ninguna prueba de una visita realizada por Adriano, pero se trataba de una zona donde, seguramente, reclutó pobladores para su proyecto de nueva *pólis*.²³

A unos 225 kilómetros al sur de Menfis se hallaba Oxirrincó, que—al igual, sin duda, que muchos otros lugares del valle del Nilo—había realizado ya preparativos para la visita de Adriano el anterior mes de diciembre, momento en que se almacenaron grandes cantidades de alimentos, por ejemplo 200 *artabae* (unos 7.600 litros) de cebada, 3.000 fardos de heno, 372 cochiniillos, 55 *artabae* de dátiles y 2.000 ovejas, además de aceitunas y aceite y «siete cestas de granza». Según da a entender otro fragmento de papiro, es evidente que a finales de mayo se recogieron suministros adicionales de cebada. Oxirrincó contó más tarde con unos «baños adriánicos». No obstante, solo nos es posible conjeturar si el emperador los utilizó durante su visita o donó los fondos para su construcción. Ni siquiera está claro que Adriano se detuviera en Oxirrincó a la ida o la vuelta de su viaje—o en ambas ocasiones—. Aunque no fuese una ciudad griega, Oxirrincó era una capital de *nomo* (distrito) bastante helenizada, donde la literatura griega contaba, al parecer, con abundantes lectores a juzgar por los testimonios de los numerosos papiros literarios hallados allí. En cualquier caso, debió de haber sido lo bastante grande como para alimentar no solo al séquito inmediato de Adriano sino, quizá, a un número de hasta cinco mil personas, que pudieron ser atendidas al menos durante unos días con las provisiones almacenadas en ella. Podemos mencionar aún otro asunto: es evidente que Oxirrincó había desempeñado un papel destacado en la resistencia contra la sublevación judía de los años 116-117—al menos, la victoria sobre los judíos se seguía celebrando allí casi un siglo más tarde.²⁴

La flotilla imperial llegó a Hermópolis, a unos 96 kilómetros aguas arriba de Oxirrincó, en la segunda mitad de octubre. Hermópolis era la ciudad del Hermes egipcio, el dios Tot, intérprete de todos los secretos. El 22 de octubre se celebraba la fiesta del Nilo, y dos días después se conmemoraba la muerte de Osiris, ahogado en el río; en cualquier caso, el 24 de octubre era para los griegos el día de su aniversario. Y Antínoo se ahogó, quizá, aquel mismo día.²⁵

Casio Dión, la *HA* y Aurelio Víctor narran el suceso con bastante brevedad. Dión—natural igualmente de Bitinia—comienza así:

Antínoo era de Bitinio, ciudad bitinia a la que damos también el nombre de Claudiópolis, y se había convertido en el efebo (*paidikós*) favorito de Adriano; murió en Egipto al caerse al Nilo, según escribe Adriano, o de acuerdo con lo ocurrido verdadera-

mente, por haber sido ofrecido en sacrificio. En efecto, tal como he dicho, Adriano era un gran entusiasta de las artes de la indagación y recurría a todo tipo de adivinaciones y encantamientos. Así pues, Adriano honró a Antínoo—debido a su amor por él o porque este se había prestado libremente a morir, pues se requería entregar una vida de forma voluntaria para conseguir lo que Adriano pretendía—fundando una ciudad en el lugar donde sufrió su destino y poniéndole su nombre. También le erigió estatuas o, más bien, imágenes sagradas por casi todo el mundo. Finalmente, declaró haber visto una estrella que identificó con Antínoo y escuchó con agrado los relatos ficticios urdidos por sus compañeros, quienes decían que la estrella se había formado a partir del alma de Antínoo, apareciendo luego por vez primera. Adriano fue ridiculizado a consecuencia de ello, sobre todo porque, cuando murió su hermana Paulina, no le concedió de inmediato ningún honor.

Esta observación ha llevado a deducir que Paulina había fallecido recientemente—y, además, en Alejandría—; en otras palabras, que viajaba con el cortejo imperial. Su esposo, Serviano, que ya había cumplido los ochenta, era, seguramente, demasiado anciano para haber realizado aquel viaje con Adriano. Todavía vivió unos pocos años.²⁶

La *HA* es aún más breve; su relato cierra la primera sección narrativa larga, que solo vuelve a reanudarse después de más de cinco años con una descripción de la crisis sucesoria de los meses finales.

Mientras navegaban por el Nilo perdió a su amado Antínoo, por quien lloró como una mujer. Sobre Antínoo corren varias versiones. Algunos dicen que se ofreció en sacrificio en beneficio de Adriano; otros aluden a lo que podía hacer pensar tanto la belleza de Antínoo como la sensualidad del emperador. En cualquier caso, los griegos lo divinizaron por deseo de Adriano y afirmaron que por medio de él se habían pronunciado oráculos que, según se supone, fueron compuestos por el propio Adriano.

Se puede apreciar que la *HA* condensó su fuente de forma drástica.

El relato de Aurelio Víctor depende, probablemente, en última instancia de la misma *Vita Hadriani* escrita por Mario Máximo y perdida en la que se basa también en gran parte la *HA*. La sección dedicada por Víctor al reinado de Adriano suma en total menos de trescientas palabras, de las que una cuarta parte, por lo menos, está dedicada a Antínoo.

La entrega de Adriano al lujo y la lascivia provocó rumores hostiles sobre su libertinaje con varones adultos y su ardiente pasión por su famoso sirviente Antínoo; también se rumoreó que ese fue el único motivo de la fundación de una ciudad con el nombre de Antínoo y de que Adriano erigiera estatuas al efebo. Algunos sostienen que el suce-

so ocurrió, en realidad, por piedad o religión; según ellos, la razón habría sido que Adriano deseaba prolongar su vida y que, al pedir un mago un voluntario que ocupara su lugar, todos se echaron atrás, mientras que Antínoo se ofreció a hacerlo, lo que explicaría los honores antes mencionados dedicados a él. Dejaremos la cuestión sin decidir, aunque, en caracteres incontinentes, consideramos sospechosa la asociación entre personas de edades dispares.²⁷

Si Adriano no hubiera dedicado honores tan notables a Antínoo—asunto que requerirá un análisis detallado—, nunca habrían circulado los rumores hostiles sobre su muerte. Dada la situación, Adriano se vio obligado a insistir por escrito—Dión debe de referirse a su autobiografía—en que el fallecimiento de Antínoo había sido accidental. Hay otro hecho que sugiere un intento de acallar el rumor de que su muerte fue voluntaria. El *collegium* de adoradores de Diana y Antínoo de Lanuvio, cerca de Roma, creado seis años más tarde (ver fig. 32), se ocupaba del enterramiento de sus miembros, pero excluía explícitamente de tal derecho a los suicidas. Otra prueba circunstancial hace que la muerte voluntaria parezca probable. En concreto, aunque se le identificara con varios dioses griegos, en especial Hermes, Dioniso y Pan, o se le representara como a ellos, Antínoo divinizado se fusionó explícitamente con Osiris en la ciudad que llevó su nombre. Resulta difícil considerar como una mera coincidencia que su muerte se hubiera producido, si no en el aniversario mismo del ahogamiento de Osiris, en una fecha muy próxima. Además, existía en Egipto una antigua práctica por la que las personas ahogadas en el Nilo recibían honores divinos. Heródoto la conocía ya en el siglo v a.C., y Tertuliano vuelve a mencionarla al cabo de más de seiscientos años—en los testimonios documentales egipcios se recogen numerosos casos. Antínoo habría oído hablar, seguramente, de ello. Por otra parte, la idea de entregar la propia vida para salvar la de otra persona era bastante familiar tanto entre los griegos como entre los romanos. El término empleado por la HA al referirse a Antínoo—*devotum*—recuerda con precisión la *devotio* romana, cuyo ejemplo más famoso fue el de los Decios, padre e hijo, que, según se suponía, habían cumplido una promesa de dar sus vidas para salvar a su país.²⁸

Dión sostiene con firmeza—«lo ocurrido verdaderamente»—que la muerte de Antínoo fue, de hecho, un sacrificio, y alude oscuramente a las «adivinations y encantamientos» de Adriano. Víctor se refiere de manera explícita a unos «magos» (*magi*) que pidieron un sustituto para morir en lugar de Adriano a fin de prolongar su vida. El relato del papiro «del profeta Pácrates» nos proporciona una prueba de que Adriano consultó a un «mago» como el mencionado, aunque no se nos den detalles de las preguntas planteadas. Resulta

alarmante pensar que un miembro del séquito imperial, Julia Balbila, pudo haber puesto las semillas de la idea según la cual Adriano podía alargar su vida de ese modo. Según una historia, su abuelo materno, el astrólogo Balbilo, había aconsejado en cierta ocasión a Nerón que hiciera algo similar. Como Suetonio había contado hacía poco, Nerón se había sentido muy trastornado por la aparición durante varios días seguidos de un cometa que, supuestamente, le auguraba algún mal. Balbilo le había aconsejado apartar la cólera del cielo haciendo morir a una persona ilustre. Tácito ofrece una versión más breve sin nombrar a Balbilo, pero dando como fecha el 64 d.C.²⁹

Hay otra pequeña prueba circunstancial que examinaremos en su debido momento y que podría arrojar luz sobre el estado de ánimo de Adriano. Quizá sea inútil entregarse a especulaciones cuando solo un autor de novelas históricas puede descubrir la verdad. Una vía media consistiría en suponer que Antínoo se ahogó en un acto espontáneo a sabiendas de que Adriano estaba preocupado por su salud y creyendo—o porque se le había dicho—que se requería un «sacrificio». Es bastante probable que hubiera llegado, en cualquier caso, a desear la muerte. Parece claro que había estado algún tiempo con Adriano—aunque faltan una vez más fuentes que lo demuestren de manera inequívoca—, y en ese momento alcanzaba la edad en que—para los griegos—no era ya sostenible por tradición mantener una relación honorable con un hombre mayor de edad. Es muy posible que le pareciera vergonzoso y degradante seguir siendo el amante masculino del emperador una vez alcanzada la edad adulta. Sin embargo, quizá se dio cuenta, con cierta consternación, de que Adriano deseaba mantener aquel vínculo—al fin y al cabo, Víctor acusa a Adriano de su «libertinaje con varones adultos». No solo una gran novelista sino también uno de los principales helenistas de nuestra época han llegado a la misma conclusión: que la situación de Antínoo se había vuelto insostenible y buscó una vía de escape.³⁰

En cualquier caso, parece ser que la fecha en que Adriano «fundó» formalmente la «ciudad de Antínoo» en la orilla derecha del Nilo, frente a Hermópolis y cerca del lugar de su muerte, fue el 30 de octubre. Sin embargo, quedaba mucho por hacer: el reclutamiento de los pobladores y la planificación y construcción de la ciudad llevarían varios años. El propio «papeleo»—en particular, la redacción de una Constitución—requeriría algunos meses, y es probable que Adriano postergara esos asuntos hasta su regreso a Alejandría. También sería necesario dar forma a las repercusiones religiosas del suceso para Egipto y para los griegos. De momento hay que señalar que la ciudad fue fundada, más o menos, a media distancia de los dos principales centros de helenismo fuera del Delta: la Heptanomía, con los descendientes de los 6.457 «cle-

rucos», y Ptolemaida, en el sur. En otras palabras, el punto aproximado donde había planeado situar una nueva ciudad, que un primer momento pensó llamar, sin duda, Hadrianópolis. Al parecer, el lugar donde surgió Antinoópolis se denominaba anteriormente Bes, o había tenido, al menos, un santuario del dios egipcio de ese nombre, una hermosa coincidencia, pues Adriano pertenecía al demo ateniense de Besa.³¹

No hay duda de que el viaje aguas arriba del Nilo siguió su curso. Quedaban por delante Ptolemaida, Tebas de Egipto y Filé. Adriano estuvo, seguramente, cerca de Tebas del 18 al 21 de noviembre, fechas en que se hallaba viajando hacia al norte. Pero desconocemos totalmente si había llegado a Filé, la isla del Nilo consagrada a Isis, más allá de la Primera Catarata y del último puesto de guarnición romana visitado por Germánico, entre Elefantina y Siene. En la isla de Filé había un edificio denominado Puerta de Adriano en el que aparecía representado el emperador ofreciendo un sacrificio a Isis y Osiris; pero esto no es necesariamente un signo de su presencia allí.³²

En cualquier caso, el 18 de noviembre Adriano se encontraba en Tebas, y antes del amanecer del día siguiente acudió a experimentar, como correspondía, lo que ningún visitante del Alto Egipto podía pasar por alto: la estatua cantante de Memnón. La colosal figura rota tallada en piedra, que representaba en realidad al faraón Amenofis o Amenhotep III, recibía de los griegos el nombre de «Memnón» por el aliado etíope de los troyanos, hijo de la diosa de la aurora. La estatua era una de las dos figuras sedentes del faraón; tenía más de dieciocho metros de altura y había sido erigida mil quinientos años antes para proteger el Valle de las Tumbas. La situada más al norte había perdido su mitad superior debido a un terremoto unos ciento cincuenta años antes. Los restos de la escultura producían un curioso fenómeno: al amanecer, a medida que los rayos del Sol calentaban la piedra, emitía una especie de canto, «como la vibración de una cuerda rota de lira o arpa», según la descripción de Pausanias. La audición del canto de Memnón inducía a muchos a anotar su experiencia grabando en verso, si eran capaces de hacerlo, sus nombres y la fecha de su visita en las piernas de la estatua. El prefecto Ticiano había estado allí el 126 durante su primer año en el cargo y había dejado su «firma», tal como era de esperar. Julia Balbila, la amiga de Sabina, inmortalizó la visita de Adriano, Sabina y la suya propia en no menos de cuatro poemas que sumaban más de cuarenta versos.³³

La visita del 19 de noviembre resultó un tanto embarazosa. Memnón no cantó para Adriano y su cortejo. Al día siguiente, Balbila y Sabina regresaron, y esa vez el coloso actuó como era debido. Poco después apareció Adriano, y también fue favorecido con su sonido. El 21 de noviembre, Balbila y Sabina reali-

zaron una tercera visita, y Memnón volvió a cantar para ellas. En su primer poema, Balbila afirma ingeniosamente: «Ayer, Memnón recibiste a tu esposa en silencio para que Sabina regresara, pues te encanta la bella forma de la reina». Luego, tras haber vuelto—el día 20—, cantó como correspondía, «no fuera a ser que el rey se enojase, pues has estado reteniendo mucho tiempo a su legítima y reverenciada esposa». Según Balbila, «el señor Adriano dio las gracias en voz alta a Memnón y dejó para la posteridad una inscripción en la que declaraba cuántas cosas había visto y oído, y todos comprobaron claramente que los dioses le aman». No se ha conservado resto alguno de una inscripción escrita por Adriano.

Balbila se nos muestra como una mujer muy culta al saludar a Memnón como «hijo de la Aurora y el venerable Titono o Amenot, un rey de Egipto, según dicen los sacerdotes conocedores de las leyendas de los antiguos». Pero no sabía que un terremoto había destrozado la estatua—el dato nos lo proporciona Estrabón, que estuvo allí poco después del suceso ocurrido el 26 a.C.—, y repite la creencia extendida de que el impío rey persa Cambises, que también «mató al divino Apis», la había dañado deliberadamente. No obstante, dice Balbila,

no creo que esta estatua tuya pereciera por ello; siento en su interior un alma que sigue siendo inmortal. En efecto, mis padres y abuelos, el sabio Balbilo y el rey Antíoco, fueron gente piadosa; Balbilo, padre de mi madre, que era reina, y el rey Antíoco, padre de mi padre. De su linaje he recibido sangre noble y esto es lo que yo, Balbila la piadosa, he escrito.

En su último poema, el más breve, Balbila informa: «He venido aquí con la encantadora reina Sabina». La autora escribió todos sus versos en dialecto eólico, es decir, en la misma forma de griego empleada por Safo, la gran poetisa de Lesbos, setecientos años antes. El modo en que Balbila se refiere a Sabina, junto con su imitación de la famosa poeta de Lesbos, plantea la cuestión de si había, en realidad, una relación lésbica entre ambas mujeres y si Balbila era la «respuesta al Antínoo de Adriano».³⁴

Otros dos poemas grabados sobre el coloso son obra, probablemente, de sendos miembros del séquito de Adriano. Ambos son muy breves: «En vano unos destructores han asolado tu cuerpo, pues todavía, oh Memnón, sigues emitiendo sonos según he oído yo, Mettio». Peón de Side escribió lo siguiente: «Yo, Peón de Side, sabía ya que podías hablar, oh Memnón, pero ahora lo he experimentado en persona». Es verosímil suponer que el mencionado Mettio fuera el senador consular Mettio Modesto, miembro de una familia de la Ga-

lia Arelatense, cuyo padre, Mettío Rufo, había sido prefecto de Egipto cuarenta años antes. Modesto había sido gobernador de Licia-Panfilia, y su hijo o sobrino había ocupado el mismo cargo hasta el año anterior—en realidad, este Mettío debía de ser Modesto el Joven. Sin embargo, da la impresión de que el poeta Peón, procedente de una ciudad del este de la provincia de la que fueron gobernadores ambos Mettíos, iba con su patrón el año 129 formando parte del séquito imperial y que ambos habían estado en Siria, Arabia, Judea y Egipto. Peón aparece más tarde como amigo del joven Alcibiades de Nisa, hijo del chambelán de Adriano. Un tercer posible miembro del grupo imperial fue un senador llamado Herennio Fausto—como los senadores tenían prohibido por norma entrar en Egipto, resulta difícil saber cuándo pudo haber estado allí un hombre que ya había sido cónsul el año 121, de no haber sido en compañía de Adriano en el 130. Fausto no intentó dejar ningún poema y tampoco escribir en griego. En cambio, grabó siete líneas en latín en las que registró sus nombres (ocho en total) y su *cursus honorum*, seguidos de las palabras «He oído a Memnón» (*Memnon[em audivi]*), y quizá la fecha, en cuyo caso, la abrevió de forma drástica en *C. et A. co[s]* (los cónsules del año 130 fueron Catulino y Apro).³⁵

Pocos días después de la última visita de Sabina y Balbila a Memnón, el 27 de noviembre, el mes egipcio de Choyak, que comenzaba ese día y concluía el 26 de diciembre, fue rebautizado con el nombre de Hadrianos. No está claro si el motivo del cambio fue algún acontecimiento particular, aunque sabemos que el 27 de noviembre era el día del nacimiento de Antínoo. Ciertos testimonios un tanto inciertos dan a entender que Adriano se hallaba en Oxirrínco el 29 y el 30 de noviembre, y en Tebtunis, unos ochenta kilómetros aguas abajo del Nilo, el 1 de diciembre. Es bastante razonable suponer que antes de concluir el año 130 regresó a Alejandría, donde permaneció varios meses.³⁶

No resulta difícil inferir cómo ocupó Adriano su tiempo en Alejandría en esta segunda estancia. La conmemoración de su difunto favorito celebrada en esta ciudad fue, seguramente, compleja. Su liberto personal, Mesomedes, compuso un himno, y el *rhétor* Numenio una *consolatio* en prosa. Mesomedes disfrutó de un salario oficial—reducido por el sucesor de Adriano—, lo que hace pensar que su obra fue objeto de aprobación. El poema no se ha conservado, a no ser que un texto fragmentario de un himno a Antínoo encontrado en Curio, en la isla de Chipre, sea una parte del mismo. Páncrates, el poeta sacerdote, creó su obra sobre la caza del león, a la que añadió un toque personal que le valió el favor de Adriano: «Mientras Adriano estaba en Alejandría, le mostró el loto rosado como una gran maravilla y declaró que debía llamarse Antínoo, pues había brotado de la tierra al recibir esta la sangre del

león moro al que había dado muerte Adriano». Páncrates introdujo oportunamente en su poema algunos versos sobre el loto, y «Adriano, encantado con la originalidad y novedad de su idea, le otorgó el favor de comer gratis en el Museo». En cuanto a la producción de Numenio, es posible que desarrollara la inspiración de Páncrates y escribiera una tirada de paralelismos en alabanza del loto rosado que había recibido aquel nuevo nombre. En cualquier caso, en un papiro procedente de Tebtunis, en la Heptanomía, se ha conservado en parte una obra en prosa sobre este tema. El escrito contiene una antología de varias composiciones, entre ellas una pieza sobre el Fénix y otra sobre Hércules y los misterios eleusinos. La parte más larga de las conservadas está dedicada al loto de Antínoo, con paralelos con otras flores denominadas por el nombre de otros jóvenes hermosos (y una muchacha) muertos prematuramente: Narciso, Jacinto, Cipariso, Croco, Dafne e Hilas (este último era el muchacho amado por Hércules). El autor recalca que todas las flores aludidas son de color pálido, a diferencia de la de Antínoo, como si el rojo rosáceo del loto simbolizara su alegría ante la muerte deseada por él.³⁷

Otro poeta ofreció en ese momento una composición mucho más sutil. Dionisio de Alejandría, hijo, quizá, del anterior director del Museo del mismo nombre, escribió una *Guía del mundo habitado* en casi mil doscientos hexámetros. El Periegeta, según se le conoce por el título griego del poema, camufló hábilmente algunos detalles sobre su propia persona en dos acrósticos, es decir, mensajes transmitidos por las primeras letras de versos sucesivos. El primero describe la obra como «poema épico de Dionisio (uno) de los (habitantes) de este lado de Faros» (*épē Dionysiou toû entòs Phárou*), lo que significa que se identifica como Dionisio Alejandrita, residente cerca del famoso faro. En el segundo acróstico se refiere al «dios Hermes en tiempos de Adriano», una manera, quizá, de aludir a Antínoo. En cualquier caso, un poema que contenía una vuelta al mundo debería haber resultado atrayente para el gran viajero imperial. Dionisio consigue estructurar el poema de una manera calculada para ganarse la aprobación del emperador, comenzando, por ejemplo, por el sur de Hispania. Gades (Cádiz), patria de la madre de Adriano, aparece justo al comienzo, seguida de cerca por una mención a Canopo, y vuelve a reaparecer en varias ocasiones. Adria, el Adriático, ocupa también un lugar destacado, como haciéndose eco del nombre del emperador. En cuatro pasajes se hace especial hincapié en algún nombre particular repitiéndolo en versos sucesivos: Cartago, el río Tíber, Ilión (Troya), y el río Rebas. La relevancia concedida a los tres primeros es suficientemente comprensible, pero el pasaje resaltado dedicado al desconocido Rebas resulta desconcertante a primera vista. La respuesta debe de ser que el río se hallaba en Bitinia; llamar a aquella corriente de me-

nor importancia «la más bella que recorre la Tierra», repitiendo además su nombre, era una inteligente manera de elogiar la patria de Antínoo.³⁸

El proceso de apoteosis de Antínoo se desarrolló, sin duda, con rapidez. En cualquier caso, una inscripción procedente de Heraclea Póntica, en la costa del Mar Negro, parece indicar que el año 130 se cambió el nombre de la Asociación de Actores de Roma por el de «Sacro *Synodos...* Adriánico-Antinoano». Las ciudades griegas necesitaron pocos estímulos para instituir un culto a la nueva divinidad. Como era de esperar, Antínoo fue objeto de una especial veneración en Bitinio, su lugar de origen, y en Mantinea de Arcadia, ciudad madre de Bitinio. Existen testimonios de la celebración de festivales y de diversos tipos de instituciones religiosas, sobre todo en las zonas de lengua griega del Imperio. En Nápoles, por ejemplo, la *phratría* ('hermandad') de los Eunóstidas cambió de nombre y se le añadió el apelativo de Antinoítas. Es posible que existiera la creencia de que Eunosto, el héroe Beocio, había marchado voluntariamente a la muerte.³⁹

Como base para la constitución de la nueva ciudad de Antinoópolis, Adriano eligió la de Náucratis, la *pólis* griega más antigua de Egipto, y no la de Ptolemaida o la de Alejandría—esta gran ciudad habría sido un modelo inadecuado, pues sus conquistadores romanos la habían despojado de una característica esencial de las *póleis*: el consejo (*boulē*)—. Es fácil ver por qué un emperador con tal amor por la antigüedad prefirió la antigua Náucratis a la relativamente reciente Ptolemaida. Las pruebas de que disponemos dan a entender que los pobladores provenían de los «6.575 clerucos» de la Heptanomía y de Ptolemaida; algunos de aquellos hombres habrían sido, probablemente, veteranos del ejército. Para animar a los colonos a apuntarse se recurrió a varios privilegios sorprendentes que situarían a Antinoópolis en una envidiable categoría propia; en especial resultaban muy atractivas la exención del impuesto de capitación (*laographía*), la de las tasas sobre artículos en tránsito (*enkýklion*)—ampliando al principio en cierta medida aquellas exenciones a parientes de los nuevos ciudadanos que se habían quedado en su lugar de origen—y la del desempeño obligatorio de servicios públicos (liturgias) fuera de la propia Antinoópolis. También está atestiguado que los antinoítas disfrutaban del derecho a que los procesos en que se vieran envueltos se juzgaran en Antinoópolis, a la creación de un sistema «alimentario»—un programa de ayuda a la infancia—y a la distribución gratuita de grano siguiendo el modelo de la *frumentatio* de Roma. A primera vista, el objetivo era crear un «bastión de helenismo en Egipto Medio». Sin embargo, otro privilegio impone modificar esta opinión: a los antinoítas de ambos sexos se les concedió un derecho del que no disfrutaban los naucratis: el del matrimonio con egipcios natura-

les del país, la *epigamía*. Esto significaba que personas no griegas podían llegar a ser ciudadanos de la nueva fundación y adquirir, así, aquellos notables beneficios. Debemos deducir que Adriano consideró el privilegio como un medio de difundir el helenismo o, dicho de otro modo, no consideraba que la identidad helénica tuviera un fundamento racial.⁴⁰

Antinoópolis se convirtió, al parecer, en el centro administrativo de la Heptanomía. A fin de reforzar su posición económica, se construyó una nueva vía que llevó el nombre del emperador para unirla con la ruta de la costa del Mar Rojo que corría hacia el sur hasta Myos Hormos, Monte Claudiano y Berenice, «provista de numerosos lugares donde aprovisionarse de agua, posadas y puestos de guardia». Una inscripción informa sobre la conclusión de la obra en febrero del 137. La medida no tuvo, por lo visto, éxito, pues la nueva ruta no podía competir con la más corta que cruzaba el desierto de Myos Hormos y Leucos Limen a Copto. Otro privilegio, la celebración regular de juegos, los Antinoeos, supuso, sin duda, un duradero beneficio económico para la ciudad.⁴¹

Dos tipos de testimonios muy distintos ilustran el carácter griego y egipcio de Antinoópolis. Una serie de papiros de diverso contenido referentes a sus ciudadanos registra la pertenencia de estos a ciertas subdivisiones particulares de la ciudad, las tribus y los demos. Las tribus eran diez, como en Atenas bajo el régimen de Clístenes; y cada una de las existentes en Antinoópolis contaba, probablemente, con cinco demos o parroquias. Conocemos los nombres de las diez tribus y de unos cuarenta y dos demos. Es indudable que la elección de los nombres fue cosa de Adriano. La mayoría de las tribus llevan los nombres del emperador y otros miembros de su familia: los de su abuelo y padre adoptivos, Nerouanios y Traianios, su nombre familiar, Ailieus, su nombre propio, Hadrianios, el de su hermana, Paulinios, o los de su suegra y su esposa, Matidios y Sabinius. Existe también el nombre tribal de Sebasteios, por el del primer príncipe, Oseirantinoeios, por Osiris-Antínoo, y el de Athenaeus, por Atenea y su ciudad.

Los demos de cada una de las tribus debían resultar especialmente apropiados: los de la tribu de Nerva llevan nombres que significan 'fundador de la familia' y 'abuelo', y aluden a la Paz y a Vesta; los tres conocidos para la tribu Traianios significan 'fundador', 'victorioso' y 'militar', mientras que entre los demos de la Hadrianeios aparecen los nombres de Zenios, por Zeus, y Olympios y Capitolieus, referido también a Zeus y Júpiter. Los otros dos de la Hadrianeios, Sosikosmios, 'salvador del universo', y Mousagetaios, 'director de las Musas', nos ofrecen una interesante reflexión sobre cómo se veía Adriano a sí mismo. Entre los demos de la Matidios aparecen el de Demetrieus, por Deméter, y el de Thesmophorios, ambos en alusión a los misterios de Eleusis, y los de Markianios y Plotinios, en recuerdo de la madre y la suegra de Matidia,

mientras que Kalliktenios, 'madre de hijos hermosos', alude a Sabina. En cuanto a la tribu de Sabina, sus demos son los de Heraieus, en correspondencia con el Zenios de la tribu de Adriano, Gamelieus, 'el matrimonio', y Harmonieus. Aunque es posible que este último signifique simplemente 'armonía' y haga propaganda de la concordia matrimonial, es probable que se refiera a Armonía, la esposa del rey Cadmo de la leyenda tebana. Se supone que la pareja vivió hasta una edad avanzada bendecida por el cielo y, a continuación, se le otorgó una juventud eterna en los Campos Elíseos. La asociación con Tebas resulta verosímil si se tiene en cuenta otro nombre de demo de la tribu Sabinios, Trophonieus, referido, al parecer, al héroe cuyo oráculo se hallaba en Lebadea de Beocia. Pero también es posible sostener que dicho nombre, así como el del quinto demos de la Sabinios, Phytaloeus, tiene alguna asociación con Eleusis, lo cual, en realidad, también aparece implícito en el nombre de Gamelieus. En cuanto a la hermana de Adriano, la tribu que lleva su nombre tiene demos que recalcan su relación con el emperador: Homogonios y Philadelphios, y la vinculan con Isis (Isideios) y Cibeles (Megalesios). De ese modo se compensaba, quizá, que Adriano no hubiera honrado a Paulina inmediatamente después de su fallecimiento, según relata Dión.

Los cuatro nombres de demo conocidos de la tribu Oseirantinoeios aluden a héroes de Arcadia (Kleitorios y Parrhasios) y Bitinia (Bithyneius) y al dios Hermes. En cuando a los demos de la Athenaeus, se refieren al héroe ateniense Erictonio, a Maratón, a Salamina y a Artemision, lugares famosos por las victorias de las guerras médicas, y a Eleusis. Los misterios eleusinos, recordados en varios demos de la tribu Sabinios, determinaron también, al parecer, tres nombres de los demos de la Sebasteios. Los dos primeros, Kaisareios y Apollonieus, se limitan a honrar el nombre de César y el de Apolo, el dios patrono de Augusto. Pero los otros tres, Asklepheus, Herakleios y Dioskoureios, honran precisamente a las deidades que habían sido iniciadas en los misterios antes de su apoteosis.⁴²

Según hemos visto anteriormente por los nombres de las tribus, Antínoo se fusionó en Atinoópolis con Osiris. Un documento notable escrito únicamente en egipcio ayuda a explicarlo con más detalle. El gran obelisco que se halla actualmente en el Pincio, en Roma, debió de haber sido llevado a la capital en algún momento desde la ciudad de Antínoo. Las cuatro caras del obelisco están cubiertas de relieves con jeroglíficos, lo que hace de él una de las últimas muestras, extensa y de gran calidad, escrita en el antiguo sistema gráfico egipcio. No hay duda de que el propio Adriano pasó mucho tiempo, junto con sacerdotes egipcios expertos en aquella antigua tradición, componiendo lo que aparece escrito en el obelisco.

En la cara este, Osirantínoo dirige una oración a Ra-Horajty, «dios supremo, que oye el grito de dioses y hombres, de los iluminados y de los muertos». El suplicante pide a Ra-Horajty que recompense a «quien ha instituido [Adriano] para todos los hombres una norma de adoración en los templos... el amado de Hapy y todos los dioses, el señor de las diademas—¡que viva sano y salvo, que viva para siempre como Ra, con una edad de oro nueva y rejuvenecida!—». Esta última frase se hace eco de la afirmación de Aurelio Víctor de que Antínoo habría muerto para poder prolongar la vida de Adriano. En las oraciones del nuevo dios se incluye también a la emperatriz: «La gran señora real amada por él [Adriano], Sabina, que vive sana y salva, la Augusta cuya vida es eterna». La cara oeste conmemora la divinización de Antínoo:

El dios Osiris-Antínoo, el justificado, se ha convertido en un joven de rostro perfecto [...], su corazón se alegra tras haber recibido una orden de los dioses en el momento de su muerte. En su honor se repiten como un misterio todos los rituales de las horas de Osiris junto con cada una de sus ceremonias [...]. Señor de Hermópolis [Tot], señor de la palabra de dios, ¡rejuvenece su espíritu!

En el lado norte del obelisco se alude a la ciudad de Antinoópolis, haciendo referencia específica a los juegos que se van a celebrar allí:

el lugar de competición de esta ciudad de Egipto que lleva su nombre para los fuertes [atletas] del país, para los equipos de remeros y corredores de todo el país y para todos los naturales del lugar de las santas escrituras donde Tot está presente y que reciben premios y coronas sobre sus cabezas [...]. En sus altares se ofrecen sacrificios a diario.

En esta cara se elogian también, además de los juegos, los oráculos y las curas concedidas en sueños por el nuevo dios.

Durante mucho tiempo se pensó que una parte de lo escrito en el cuarto lado, la cara sur, del obelisco, indicaba que Antínoo no habría sido enterrado en su ciudad de Egipto sino en Roma o, tal vez, en Tibur. Actualmente se ha reconocido que, en definitiva, su cuerpo fue sepultado en Antinoópolis. El obelisco no estaba destinado a ser una especie de complejo monumento funerario, sino a formar parte del templo de Osiris-Antínoo en la nueva ciudad, el único lugar donde el dios Antínoo era venerado bajo esa forma. «El dios allí presente descansa en este lugar, que pertenece al Señor de la Prosperidad, [al soberano] de Roma». Además,

hubo un lugar que recibió su nombre. El tropel de griegos de los dos países [el Alto y el Bajo Egipto] y los que se hallan en los templos de Egipto vienen aquí de sus lugares

y se les entrega tierra de cultivo para hacer sus vidas inmensamente buenas. En ese lugar se halla un templo de este dios a quien se llama allí Osiris-Antínoo, el justificado; está construido con buena piedra blanca y rodeado de estatuas de los dioses [...] y de numerosas columnas hechas como se solían hacer para nuestros antepasados y también como las que hacen los griegos. Todos los dioses y diosas le darán el aliento de la vida para que respire eternamente rejuvenecido.⁴³

Así fue concebido el culto greco-egipcio a aquel nuevo dios, asunto al que Adriano debió de haber dedicado en Alejandría muchos días de los primeros meses del año 131, trabajando con algunos de los *hierogrammateis* más eruditos del país. Las monedas alejandrinas del decimoquinto año de Adriano siguieron representando al emperador saludado por la ciudad, que le ofrece espigas de trigo y le besa la mano. Pero otras emisiones muestran a Adriano a bordo de un barco y con una leyenda que habla de su partida. No hay indicaciones del momento del año y está por saber si dejó Egipto en la primavera, tras una estancia de siete u ocho meses. No obstante, en marzo o abril del 131 se celebraron por vez primera en Antinoópolis unos nuevos juegos, llamados los «Grandes Antinoeos» (*Megála Antinoéia*). Su ejecución se «atuvo a las disposiciones (*táxeis*) del divino Adriano». El emperador había planeado, pues, en detalle las disposiciones relativas a los juegos. Quizá los presidió en persona, lo que habría supuesto otro viaje aguas arriba del Nilo. En cualquier caso, asistió también probablemente a otro nuevo festival en Alejandría, «el certamen Adriánico Filadelfio»—el adjetivo *philadélphios*, que significa ‘amada por su hermano’, se refiere a Paulina, su hermana—. Se trataba de un nuevo gesto, comparable al del nombre de «Paulinios» dado a una tribu antinoíta, para contrarrestar las murmuraciones sarcásticas cuando su nula respuesta a la muerte de Paulina se comparó con los notorios honores rendidos a su favorito.

Si Adriano regresó efectivamente a Antinoópolis para inaugurar los primeros juegos, quizá aprovechó la ocasión para ir al sur de Filé—sobre todo si los sucesos del otoño anterior se lo habían impedido entonces. Y si llegó tan al sur, es posible que realizara el sacrificio tradicional llevado a cabo en primavera por el soberano de Egipto para garantizar los beneficios del río y una crecida adecuada de sus aguas.⁴⁴

A pesar de tantas preocupaciones, Adriano no habría podido desentenderse de los asuntos del Imperio. Un nuevo nombramiento para un cargo realizado por esas fechas fue el de su amigo Arriano, designado sucesor de Rosiano Gémino en el puesto de legado de Capadocia—Arriano es otra de las personas que pudo haber formado parte del séquito imperial en los años 130-131. El traslado de Sexto Julio Severo de Mesia Inferior a Britania debió de haber tenido

también lugar el año 131. En otro plano, uno de sus jóvenes acompañantes, el brillante jurista Salvio Juliano, pasó a ser cuestor imperial. Su nombramiento se hizo efectivo a partir del 5 de diciembre del 130, pues los cuestores ocupaban tradicionalmente el cargo ese día. Juliano regresó, probablemente, a Roma en cuanto las condiciones de navegación fueron propicias, y se le asignó el encargo especial de codificar el edicto del pretor. La presencia de Juliano en Egipto está atestiguada por una prueba recogida de sus propios escritos; en ellos dice haber visto allí a una mujer de Alejandría que tuvo un parto múltiple del que sobrevivieron todos los recién nacidos. La mujer llamaría más tarde la atención de Adriano en Roma, pues el quinto niño nació, al parecer, cuarenta días después de los otros cuatro. El caso era importante para fijar la duración máxima del embarazo. Otro nacimiento ocurrido en Alejandría por aquel tiempo se produjo en el círculo inmediato del emperador: Avidio Heliodoro, secretario *ab epistulis*, había tenido un hijo. Cuarenta y cuatro años después, aquel hijo, Avidio Casio, sería reconocido brevemente en Alejandría como emperador. En el séquito de Adriano se produjo al menos un cambio por las fechas en que Adriano marchó de Egipto. Cesernio Quinciano, que había estado con Adriano en su viaje por el norte de África el 128 y cuyo hermano menor, Estaciano, había ido al Este acompañando al emperador el 129-130, y quizá a



Fig. 27. Adriano con el pie sobre un cocodrilo (BMC III Adriano, n.º 1.617).
Museo Británico.

Egipto, regresó en ese momento de Roma, donde había sido entretanto tribuno y pretor, para ocupar el lugar de *comes per Orientem* del emperador. Es posible que Estaciano dejara, a su vez, la compañía de Adriano para continuar su *cursus honorum* en la capital.⁴⁵

No sabemos con claridad si la salud de Adriano mejoró con su estancia en Egipto. El reverso de una moneda acuñada en la ceca de Roma en emisiones de bronce y plata proporciona, quizá, un indicio de que así fue. La moneda muestra a Adriano de pie, en traje militar, con el pie izquierdo sobre un cocodrilo. Las implicaciones del gesto no son inmediatamente claras. Se ha sostenido que Adriano aparece como el dios Horus y, por tanto, como «rey de Egipto», vencedor de las fuerzas del mal. Pero también se ha señalado que, según una práctica antigua y normal en Egipto, las personas enfermas o aquejadas de alguna dolencia se identificaban con Horus; y los demonios que les causaban el mal, con «escorpiones, cocodrilos y serpientes». La identificación, acompañada de hechizos, garantizaba la curación al paciente que había asumido la identidad del dios.⁴⁶

ATENAS Y JERUSALÉN

Adriano marchó de Egipto a Siria, navegando, probablemente, a lo largo de la costa desde Alejandría hasta Seleucia de Pieria, el puerto de Antioquía, con algunas etapas durante el viaje para pernoctar. En una de ellas, Tineyo Rufo, gobernador de Judea, pudo informarle de la mala calidad de las armas que los judíos estaban obligados a fabricar para el ejército de ocupación. Adriano habría insistido en que se debían rechazar los productos defectuosos. Según observaba la *HA* en la sección dedicada a las medidas militares tomadas por el emperador, «se esforzó por familiarizarse con los pertrechos del ejército [...] y nunca intentó comprar o mantener nada inservible». Seguramente no se dio cuenta de que los artesanos judíos entregaban deliberadamente armas que no cumplían con las normas. Los objetos rechazados se reservaban para ser reelaborados y utilizados en el momento oportuno. Aquellas piezas—podemos suponer que Dión, que narra el caso, se refería a puntas de flecha y lanzas y espadas—se almacenaron, sin duda, en la extensa red de escondrijos secretos, cuevas unidas por túneles subterráneos, donde se planeaba activamente la sublevación. La hostilidad hacia Roma entre la población judía iba en aumento: la prohibición de circuncidarse y la reconstrucción de la ciudad santa como colonia romana fueron sus principales factores. El estímulo oficial a los griegos de Judea para que participaran en el culto a Antínoo no pudo menos de exacerbar la situación (se ha encontrado en Cesarea una estatua del joven divinizado).¹

A la luz de la afirmación de Dión de que, tras haber estado en Egipto, Adriano se encontraba «de nuevo» en Siria; debemos suponer, al menos, una breve estancia del emperador en Antioquía o en algún otro lugar del país. Pero la meta inmediata era, probablemente, Cilicia. Adriano había estado ya antes en esta provincia, inmediatamente después de su acceso al trono y de camino hacia el Danubio, en otoño del 117. Pero en sus posteriores giras por la región, los años 123 y 129, la había bordeado, probablemente, pasando por el norte del Tauro. Las monedas conmemorativas que proclaman el *adventui Aug. Ciliciae* corroboran que realizó una visita formal a la provincia en algún momento de su reinado. Adriano aparece vistiendo túnica corta y manto, su «uniforme de viaje», y recibiendo el saludo de Cilicia. La provincia lleva una túnica y capa

largas y está tocada con un casco con penacho como el de la diosa Atenea; sostiene, además, en la mano un *vexillum* militar. No hay duda de que algunas de las ciudades de Cilicia habrían presentado su solicitud para unirse al Panheleño. La alusión a Atenea podría dar a entender que sus credenciales superaron en algunos casos la inspección.²

Cilicia había sido una de las primeras provincias orientales de Roma, pero sus fronteras se habían reajustado de manera radical. Bajo la Administración de Augusto había dejado de existir como entidad aparte y no fue restablecida hasta el 72 d.C. por decisión de Vespasiano. Las partes que habían permanecido entretanto bajo soberanía romana habían sido anexionadas a Siria y estaban representadas también en el consejo provincial sirio. Aquella situación se mantuvo durante las seis décadas siguientes. Ahora, Cilicia obtuvo de Adriano, al menos, un *koinón* propio con su correspondiente centro—el templo provincial del culto imperial—en Tarso, metrópolis de Cilicia y en ese momento, además, *neocorus*, Guardiania del Templo. Por otra parte, se permitió a Tarso celebrar unas «Olimpiadas Adriánicas». El nuevo *koinón*, los *Hadriana Olympia* y el culto recién instituido al «héroe Antínoo» quedaron reflejados en las monedas de la ciudad de Tarso de la década del 130.³

Tarso era, de hecho, una ciudad «nada insignificante». El geógrafo Estrabón había escrito más de un siglo antes sobre el «entusiasmo de su población por la filosofía y toda la *paidéia* griega, y había llegado, incluso, a compararla con Alejandría como centro intelectual, aunque, a diferencia de «esta, todos sus eruditos son naturales de la ciudad y no hay extranjeros dispuestos a residir en ella». De Tarso habían salido varios filósofos de fama, en su mayoría estoicos, y tenía todo tipo de escuelas propias de retórica. En realidad, concluía Estrabón, «ningún lugar se halla en situación tan buena como Roma para dar fe de la multitud de hombres procedentes de esa ciudad, pues está llena de tarsenses y alejandrinos». Tarso había sido una localidad revoltosa: Augusto se había visto obligado a nombrar a uno de sus filósofos, Atenodoro, para que gobernara la ciudad con poderes de autócrata. Más recientemente, en vísperas de la guerra contra los partos, Dión de Prusa había reprobado a los oligarcas tarsenses por su pendenciera rivalidad con otras ciudades, sus malas relaciones con los gobernadores romanos y el trato peligrosamente opresivo dado a la clase trabajadora, los «tejedores de lino».⁴

Las rivalidades continuaron. Tarso pasó a llamarse Hadriane—y no menos de otras seis ciudades cilicias adoptaron así mismo el nombre de Adriano, es de suponer que con su permiso: Mopsuestia, Adana, Cefirio, Germanicópolis, Diocesarea y Olba—. Anazarbo, una de las que disputaban a Tarso la primacía en Cilicia, y quizá también Flaviópolis, ciudades ambas del interior, si-

tuadas en el valle del río Píramo, obtuvieron permiso para celebrar festivales de carácter olímpico. Las *Hadriana Olympia*. Al fin y al cabo, las competiciones atléticas griegas eran un medio de primera importancia para fomentar el helenismo. Varias ciudades cilicias llevaban ya tiempo propagando activamente su origen griego: Tarso sostenía que era argiva; Olba había sido fundada supuestamente por el héroe Áyax, hijo de Teucro, y Mopsuestia, por el vidente Mopso, ambas inmediatamente después de la Guerra de Troya. Podemos suponer que Adriano visitaría algunas de estas localidades. Aparte de ello, es probable que en ese momento se recompusieran los límites provinciales y se ampliara Cilicia a expensas de Galacia, para incluir toda Isauria y Licaonia. Al menos, en el reinado siguiente aparecen de manera regular estas «tres *eparchiae*», no denominadas así anteriormente.⁵

Es posible que, el 131, Adriano nombrara un nuevo gobernador, T. Vibio Varo, cuyo mandato comenzó, en cualquier caso, por aquellas fechas. Se ha conservado casualmente un rescripto imperial a «Vibio Varo, legado de la provincia de Cilicia». Se trata de una de las cuatro cartas formuladas de manera similar y citadas en el *Digesto* que ilustran estupendamente un rasgo característico de Adriano. Las otras van dirigidas a Junio Rufino, procónsul de Macedonia, a «Gabinio» (probablemente Gavio) Máximo, gobernador-procurador de Mauritania Tingitana, y a Valerio Vero (de una provincia desconocida). Todas abordan la cuestión de cómo tratar los testimonios—Adriano insiste en que las pruebas verbales se han de preferir con mucho a las declaraciones por escrito. Quien mejor puede decidir la fiabilidad de los testigos es el propio gobernador: «Estáis en mejores condiciones que nadie para determinar qué crédito se ha de dar a los testigos, cuáles son su rango y su reputación, quiénes parecen hablar con franqueza y si su declaración o sus respuestas son premeditadas, convincentes o espontáneas». En la carta a Rufino, Adriano observa: «Tengo por costumbre entrevistar a los testigos personalmente».⁶

La siguiente escala de Adriano fue, sin duda, Panfilia, la vecina occidental de Cilicia. Al parecer, el año 129 no visitó esa mitad de Licia-Panfilia. Dado que el poeta Peón formaba parte, por lo visto, del séquito imperial en Egipto, podemos conjeturar que convenció a Adriano para que hiciera un alto en Sida, su ciudad natal. También merecían una visita algunas ciudades vecinas como Apendo, a orillas del río Eurimedonte, donde Cimón y la Liga Delia habían obtenido una gran victoria sobre los persas seiscientos años antes, Perga y Atalía. Las dos últimas podían alardear de unos imponentes arcos levantados en honor de Adriano. El de Perga fue erigido por Plancia Magna, hija de senador, nacida en una familia de colonos italianos vinculada por matrimonio con Julio Severo, de Ancira. Plancia lo había adornado con estatuas de cuatro empe-

ratrices, Plotina, Sabina y la madre y la abuela de esta, además de las de Nerva, Trajano y Adriano. Un hermano de Plancia, que había sido gobernador de Cilicia y cónsul, poseía, al parecer, una villa en Tibur, no lejos de la del emperador. Aquellas personas habrían sido, pues, anfitriones idóneos para Adriano.⁷

Más al oeste, en Faselis, sobre la frontera disputada en otros tiempos entre Licia y Panfilia, está definitivamente atestiguado, en cualquier caso, un alto en el viaje. La ubicación de la localidad situada sobre una pequeña península, a los pies de las empinadas pendientes cubiertas de pinos que se prolongan hasta el monte Solima, es impresionante. Faselis había tenido mala fama como guarida de piratas, aunque Cicerón habló en su favor: si había sido tomada por aquella gente era debido a su emplazamiento—contaba con tres puertos distintos—, pero sus habitantes eran realmente «licios, *Graeci homines*». Faselis era, de hecho, una ciudad griega, fundada por los rodios, y había sido miembro de la Liga Delia. En honor de la visita de Adriano se había construido en la parte sur una espléndida puerta nueva. Además, la propia Faselis, una mujer llamada Tíndaris y Coridala y Acaliso, vecinas de Faselis, le erigieron estatuas como «salvador del universo y de su país «con motivo de su arribada». Sufena Vero, gobernador de Licia-Panfilia, que había ocupado el cargo coincidiendo con la visita de Adriano a Licia, el 129, como sucesor del joven Mettío Modesto y se hallaba probablemente presente, pudo haber sido designado para el consulado en ese momento. Su colega iba a ser Claudio Ático, el millonario ateniense, que se convertiría así en el primer cónsul natural de Grecia propiamente dicha.⁸

Los movimientos de Adriano tras su estancia en Faselis son puramente hipotéticos. Probablemente reanudó su viaje por mar, pero, al parecer, no había acabado aún su recorrido por Asia Menor. Parece verosímil una tercera visita a Éfeso. Con la conclusión de su templo de Adriano, la ciudad había obtenido por fin el segundo título de Guardiania del Templo que tanto había deseado para colocarse a la altura de Esmirna. Un posible indicio de la presencia del séquito imperial es un pedestal de escultura hallado en Éfeso en honor de un joven de rango senatorial. Presenta una larga serie de nombres. Se han conservado al menos diez, entre ellos los de «Pedanio Fusco Salinátor». Podría tratarse del sobrino nieto de Adriano. En cualquier caso, la persona objeto de aquel honor iba acompañada por un lictor, un tal Flavio Baso, signo de su rango excepcional, a pesar de haber desempeñado únicamente el cargo presenatorial de *monetalis* (*IIIvir a.a.a.f.f.*). Es posible que los efesios pusieran también algo de su parte para demostrar su entusiasmo por el culto al nuevo dios, Antínoo. Sea como fuere, unos años más tarde se erigió una escultura que parece identificar a Antínoo con Androclo, el legendario fundador de Éfeso, hijo del

rey Codro de Atenas—el héroe se representa en el acto de matar un jabalí. Es posible que Adriano y Antínoo hubieran salido dos años antes a cazar jabalíes por los alrededores de Éfeso.⁹

Adriano había fundado hacía siete años una nueva ciudad en Misia, al norte de la provincia de Asia, y le había dado un nombre que recordaba el éxito de su cacería del jabalí en aquella comarca: Hadrianuteras. Otras dos nuevas ciudades de la región, Hadriani y Hadriania, llevaban igualmente su nombre. Según una hipótesis frecuente, su creación se debió también a su viaje del 124. Pero una inscripción de finales del siglo II indica que la fundación de Hadriani tuvo lugar varios años después del 124, en el período del 128 al 132. Es posible que ambas ciudades fueran creadas formalmente el año 131. Si Adriano llegó tan al norte, cerca de la frontera con Bitinia, es natural preguntarse si no habría continuado una etapa más y vuelto a visitar Bitinio, patria de Antínoo. Se trata, no obstante, de una mera conjetura, lo mismo que la posibilidad de que regresara a Cízico para inspeccionar la marcha del colosal templo de Zeus. Cabe, al menos, que lo hiciera. Como es evidente, se sentía atraído por Cízico y accedió en dos ocasiones a desempeñar allí un cargo local. Esta pudo haber sido su última visita a la gran provincia de Asia. Lo que hizo por ella como *restitutor*, su llegada allí y la propia provincia personificada fueron conmemorados un poco más tarde en las monedas imperiales. La figura de Asia aparece vestida con una túnica larga y manto, lleva una corona mural para significar sus numerosas ciudades, una podadera en la mano izquierda y un remo en la derecha y posa el pie derecho sobre la proa de un barco.¹⁰

Si aceptamos esta hipótesis, su ruta a Atenas pudo haberle llevado esta vez por el norte, cruzando en barco el Egeo septentrional hasta arribar a la costa de Macedonia, quizá en Tesalónica. No hay duda de que en algún momento se hallaba en esta provincia, tal como lo demuestran algunas monedas que conmemoran su *adventus*, y otras que lo llaman *restitutor Macedoniae*. La provincia aparece retratada con una túnica corta y botas y un tocado macedonio; porta un látigo en la izquierda y una pátera en la derecha. Pero también es cierto que el emperador pudo haber recorrido Macedonia más tarde, al regresar por fin a Roma.¹¹

Adriano iba a invernar ahora en Atenas por tercera vez como emperador. Seguramente aprovechó la oportunidad de participar de nuevo en los misterios a principios de otoño; una carta fragmentaria dirigida a él por los delfios al año siguiente alude, probablemente, a este hecho. La gran inauguración solemne del Panhelenio estaba prevista, evidentemente, para marzo o abril. Entretanto no faltarían motivos de entretenimiento: la supervisión de numerosos proyectos constructivos puestos ya en marcha por él y el comienzo de un nuevo gimnasio, por lo menos. En una carta escrita el 132 a los atenienses,

Adriano anunciaba formalmente la concesión de un donativo que podía aludir a él: «Sabad que aprovecho cualquier oportunidad de favorecer tanto a la ciudad públicamente como a cada uno de los atenienses. A vuestros muchos les ofrezco», y aquí se interrumpe el texto.¹²

Los favores concedidos por Adriano a Atenas y a los atenienses fueron realmente asombrosos. En expresión de la sacerdotisa de los misterios, la «ciudad de Cécrope» fue favorecida por él más que el resto de las de Grecia. Pausanias escribe así mismo que «la generosidad del emperador Adriano con sus súbditos recayó sobre todo en Atenas». Casio Dión da cuenta de su generosidad en un pasaje referente a su estancia: «Concedió a los atenienses grandes sumas de dinero, un subsidio anual de grano y toda la isla de Cefalenia». El subsidio de grano no tenía equivalente fuera de Roma, y de Antinoópolis, en ese momento. En cuanto a Cefalenia, es posible que Dión exagere un poco, pues, al parecer, Atenas no obtuvo la totalidad de esa gran isla. Probablemente se le concedieron importantes extensiones de terreno, lo que supondría una aportación de ingresos para las arcas de la ciudad. Otra medida mencionada por Dión en el mismo pasaje es quizá también aplicable a Atenas: «Entre las numerosas leyes promulgadas por él hubo una por la que no se recaudarían en beneficio suyo impuestos de ningún senador (*bouleutēs*), ni personalmente ni a través de un tercero». La medida pudo haber sido un intento de realzar la dignidad de la *boulē* ateniense, al hacer que se aplicara a sus miembros la misma norma que a los senadores de Roma.¹³

La HA menciona en un contexto sin fecha un gasto particular caracterizado por su esplendor: «Organizó una *venatio* (cacería de fieras salvajes) en Atenas, en el estadio, con mil animales». Es muy probable que Adriano diera los pasos previos para esa exhibición durante su estancia en África el año 128, pues la mayor parte de los animales en cuestión debió de haberse llevado de allí. Los griegos no estaban acostumbrados a «entretenimientos» de tales dimensiones; una inscripción conservada en Éfeso recuerda, por ejemplo, como digna de especial mención una donación de fieras para un espectáculo de cinco días seguidos en el que solo intervinieron veinticinco animales. A ese ritmo, la *venatio* de Adriano en Atenas podría haber durado doscientos días.¹⁴

Aquel invierno, Adriano recibió probablemente en Atenas varios despachos de Arriano, recién nombrado legado de Capadocia, un comunicado oficial en latín y un informe más personal en griego en forma de carta. La versión griega se ha conservado con el título de *Circunnavegación del Mar Negro*. Comienza con la llegada de Arriano a Trapezunte (Trebisonda) desde el sur, «tras haber visto el Ponto Euxino desde el lugar en que lo contemplasteis Jenofonte y tú». Arriano habla de las estatuas poco satisfactorias de Adriano y Hermes y

pide al emperador que le envíe otras para sustituirlas, así como una escultura de Fílesio, el dios local; luego, continúa describiendo su gira de cinco días por las instalaciones militares romanas a lo largo de la costa, hasta llegar al límite extremo de la frontera imperial, en Dioscuriade-Sebastópolis. Uno de los lugares en que se detuvo se llamaba Atenas, «pues hay también una localidad con ese nombre en el Ponto Euxino y un templo dedicado a Atenea, del que, evidentemente, toma su nombre». En Apsaro, al este de Trapezunte, habla de una guarnición especialmente numerosa con no menos de cinco cohortes, lo que podría dar a entender que se esperaba algún conflicto—quizá como reacción ante una actitud poco cooperativa de Farasmanes, rey de los iberos, el año 129. Arriano menciona en varios pasajes haber obligado a las unidades a realizar maniobras militares y observa que el fuerte situado a orillas del río Fasis (Rioni) había sido reconstruido con ladrillo en vez de tierra y madera. Ambos asuntos estaban muy en sintonía con los criterios de Adriano para el ejército. Otros detalles que, sin duda, resultaron atractivos al emperador fueron la descripción de Amiso como «*pólis* helénica y colonia de los atenienses» y la de la estatua de la diosa Rea en un santuario junto al río Fasis, sentada en su trono «como la esculpida por Fidias en el *Metróion* de Atenas». Las localidades miembros del Panhelenio situadas fuera de Grecia propiamente dicha serían conocidas como *apóikoi póleis*, «ciudades coloniales». Arriano enumera también oportunamente a los reyes clientelares vecinos de menor importancia y menciona a los que habían sido impuestos por el propio Adriano.¹⁵

A este informe sobre su rápida gira, Arriano añade una sección en la que describe el resto del Mar Negro. Al llegar a Crimea, alude al reciente fallecimiento del rey Cotis II del Bósforo, ocurrido el 131-132, cuyo acceso al trono ocho años antes había sido recordado por Flegonte. Hacia el final de la carta, Arriano se detiene largamente en la «isla de Aquiles», frente a la desembocadura del Danubio, confundiendo, en realidad, el «*Drómos* de Aquiles», frente a la costa noroeste de Crimea, con la isla de Leuke, junto a la desembocadura del Danubio. Arriano habla de las numerosas dedicatorias al héroe. «Eso es lo que he sabido sobre la isla de Aquiles», concluye, «tanto por quienes han estado allí como por quienes han oído explicaciones ajenas». Y añade el siguiente comentario personal:

Es fácil creer en este [culto a Aquiles], pues, en mi opinión, si hay alguien que sea un héroe, ha de ser Aquiles debido a su nobleza, belleza y energía de carácter y, sobre todo, porque dejó esta vida siendo joven y fue celebrado en la poesía de Homero—y también por haber sido un amante (*erotikós*) y una persona entregada a su compañero (*philétairos*), hasta el punto de estar dispuesto a morir por sus amados (*paidikoís*).

Resulta tentador deducir que Arriano pensó estas observaciones como una delicada alusión a la muerte y consagración de Antínoo, aunque el paralelismo entre las parejas de Aquiles y Patroclo y Adriano y Antínoo no sea muy riguroso.¹⁶

No nos ha llegado ninguna respuesta de Adriano. La única carta suya conservada dirigida a Arriano es un rescripto oficial, un documento breve y prosaico que trata de la retención de pruebas en casos en que estuviera implicado el fisco imperial—y que, por supuesto, pudo haber sido escrita a Arriano cuando era procónsul de la Bética o gobernador de alguna otra provincia.¹⁷

No está documentado que Adriano volviera a presidir los juegos en honor de Dionisos en marzo del 132 vestido con el traje del país, como lo había hecho siete años antes. Sin embargo, se iba a celebrar toda una serie de festejos. Uno de los momentos clave fue la dedicación formal del enorme santuario de Zeus Olímpico y la estatua crisoelefantina del dios que, según escribe Pausanias, «superaba en tamaño a todas las demás, excepto a las de los colosos de Rodas y Roma». En cuanto al entorno del edificio,

antes de entrar al templo, hay dos estatuas de Adriano en mármol de Tasio y otras dos de piedra de Egipto [probablemente pórfido]. Frente a las columnas se encuentran las figuras de bronce llamadas por los atenienses las «colonias» (*apóikoi póleis*)... el total del recinto tiene un perímetro de 800 metros lleno de estatuas. Cada una de las ciudades dedicó un retrato del emperador Adriano, pero los atenienses superaron a los demás levantándole una notable estatua colosal en la trasera del templo.

Tanto Dión como la *HA* se refieren a la dedicación, aunque el biógrafo la sitúa equivocadamente en el contexto de su estancia del 128-129. Dión añade, al menos, el detalle de que el emperador colocó en el templo «una serpiente llevada de la India». El motivo de aquel hecho es, evidentemente, la asociación del héroe legendario ateniense Erictonio con las serpientes—a veces se le representa incluso como una de ellas—. Por lo demás, Erictonio estaba especialmente asociado a Atenea y, según observa Pausanias en otro pasaje, la serpiente que se hallaba junto a la gran estatua de Atenea en el Partenón «podría ser Erictonio».¹⁸

Pausanias menciona también los demás edificios de Adriano en Atenas. En «el santuario común de todos los dioses», es decir, en un Panteón, se grabó una lista de «todos los templos construidos por él a los dioses y de los que mejoró con mobiliario y dedicaciones, además de todos sus donativos a las ciudades griegas, así como a algunas ciudades bárbaras cuando se lo pidieron». Había así mismo

un santuario de Zeus Panhelenio y otro de Hera [...] pero su logro más magnífico es el de las Cien Columnas de mármol de Frigia, con muros contruidos exactamente igual que las columnas, y pabellones de tejados dorados y alabastro decorados con esculturas y pinturas, donde se guardaban también libros.

Debía de tratarse de la «Biblioteca de Adriano», próxima al Ágora Romana. Pausanias menciona, finalmente, el gimnasio, «que tenía también cien columnas de la cantera de Libia», es decir, de mármol de Numidia procedente de *Simitthu*.¹⁹

No existe, al parecer, ninguna descripción antigua de la inauguración del Panhelenio. Es difícil no concluir que la dedicación del templo a Zeus Olímpico y la fundación de la organización panhelénica se celebraron en una misma ocasión. En su obra *Vidas de los sofistas*, Filóstrato cuenta cómo Polemón fue invitado a pronunciar un discurso en el sacrificio ofrecido con motivo de la consagración el templo, «concluido tras un intervalo de, por lo menos, 560 años». Polemón

fijó la atención, según solía, en los pensamientos que se iban formando en su mente y, luego, comenzó a perorar y pronunció un discurso largo y admirable desde la base del templo. Como preludio a su alocución, declaró que su iniciativa [la del Emperador] no se había producido sin una inspiración divina.

Algunos han interpretado como una especie de rechazo el hecho de que en aquella ocasión se invitara a hablar a Polemón y no a Herodes. Pero Polemón era mayor y, además, el padre de Herodes acababa de recibir los honores del consulado y quizá ejercía el cargo por esas mismas fechas como primer cónsul natural de Grecia propiamente dicha, señal suficiente de que la familia había sido muy honrada.²⁰

El *témenos* del Olímpico pudo haber servido como lugar de reunión del Panhelenio. No está claro si los delegados, *synédroi*, de las ciudades miembro se congregaron para la inauguración. En cualquier caso, la organización quedó instituida. Al frente de ella habría un presidente con el título de arconte; el primero conocido fue Cn. Cornelio Pulcro, de Epidauro, que desempeñaba también el cargo de «sumo sacerdote del Panhelenio de Adriano». Los cinco años siguientes se reservaron para la preparación del primer festival. Hay constancia documental de miembros de Acaya, Macedonia, Tracia, Asia y Creta-Cirene—pero todavía no se han descubierto testimonios de las ciudades griegas occidentales como Massilia (Marsella), Neápolis (Nápoles) y Tarento, de las de Sicilia o de las provincias orientales del Ponto-Bitinia, Licia-Panfília,

Cilicia, Siria y Egipto, por no hablar de otras más lejanas—. Amiso, por ejemplo, una ciudad de Capadocia, presentó, seguramente, su solicitud. En realidad, es muy posible que algunas ciudades de esas provincias estuvieran representadas. Ni siquiera las grandes ciudades helénicas de Asia, como Éfeso y Esmirna, aparecen registradas como miembros, lo cual refleja, seguramente, el carácter azaroso de las pruebas documentales.²¹

Una vez completado, el Panhelenio debía reunirse cada cuatro años para celebrar los *Panhellenia*. En Atenas se habrían realizado también unos nuevos juegos olímpicos y panateneos. Finalmente se instituyó, aunque quizá solo después de la muerte de Adriano, el festival de los *Hadriania*. De ese modo, Atenas tendría, en realidad, cada año un gran festival, asegurándose así anualmente una afluencia de competidores, no solo atletas, sino también poetas, músicos y oradores, y de espectadores de todo el mundo helénico. Atenas, adornada entonces con edificios públicos de un esplendor sin igual, era de hecho una nueva capital para la parte griega del Imperio. No es de extrañar que Adriano fuera el único emperador honrado con una estatua en el Partenón; al menos, Pausanias no vio allí ninguna otra.²²

En cuanto a la casi totalidad de las provincias visitadas por el emperador, Acaya fue conmemorada en las monedas poco después de su estancia en ella; en su caso solo existe una variedad numismática que presenta a Adriano como restaurador, *restitutor*, de Acaya. La provincia personificada, vestida con túnica larga y manto, se arrodilla ante el emperador. Entre ella y Adriano aparece una gran ánfora de cuya boca sale una palma. Se ha identificado con un recipiente «panatenaico» como los fabricados en los siglos v y iv a.C., lo que constituye un simbolismo suficientemente claro—Adriano esperaba devolver a la Hélade la grandeza del lejano pasado. Cerca del Olímpico se construyó un arco o puerta de unos dieciocho metros de altura y más de trece de anchura—su arquitectura es una especie de híbrido entre el arco triunfal romano y la puerta de ciudad griega. Lleva una inscripción en cada lado. En el que mira a la ciudad antigua se lee: «Esta es Atenas, la antigua ciudad de Teseo»; el otro proclama: «Esta es la ciudad de Adriano, no de Teseo». En la «Puerta de Adriano» no se menciona nombre de constructor. Quizá fuera el tributo del Panhelenio a su fundador. La parte de la ciudad donde se levantaba el Olímpico quedó constituida como un nuevo demo llamado Nueva Atenas Adriánica, perteneciente a la tribu Hadrianis. Es posible que, antes de dejar Atenas, Adriano pidiera que el demo cambiara su nombre por el de Antinoeis.²³

Hacia el final de la primavera Adriano pensó, seguramente, que había llegado ya el momento de regresar a Roma. Había estado ausente durante casi cuatro años. Pero, tanto si se hallaba de camino como si todavía seguía en Atenas,



Fig. 28. Puerta de Adriano en Atenas. Dra. Susan Walker.

le llegaron noticias que le obligaron a permanecer en el Este: el Ejército romano de Judea había sido atacado por fuerzas rebeldes que le causaron unas terribles bajas. Aquella sublevación se había iniciado, al parecer, de forma gradual: «Al principio, los romanos no prestaron atención a los judíos», informa Dión. El desencadenante debió de ser algo a lo que Dión se refiere como un presagio que previno al pueblo de Judea «antes de la guerra» de la desolación que se avecinaba. «En efecto, la tumba de Salomón, contemplada con veneración por los judíos, se hizo añicos por sí sola y se derrumbó». Es posible que la verdadera causa fueran los trabajos de construcción emprendidos para convertir a Jerusalén en Elia Capitolina. En cualquier caso, el legado Tineyo Rufo trató, probablemente, los primeros síntomas como un simple estallido de bandidaje y tomó medidas para restablecer el orden. Sin embargo, según informa Dión, los insurrectos

no se atrevieron a enfrentarse abiertamente a los romanos sino que ocuparon posiciones ventajosas en el país y las reforzaron con pasadizos y muros a fin de disponer de lugares de refugio cuando se vieran muy presionados y poder comunicarse entre ellos bajo tierra sin que los observaran; además, perforaron esos pasajes subterráneos desde arriba a ciertos intervalos para permitir el paso de aire y luz.²⁴

El destino de aquellas bases subterráneas no fue solo dar cobijo a la población civil y almacenar armas, incluidas las «rechazadas», fabricadas en origen para Roma. Algunas de ellas se hallaban estratégicamente situadas para lanzar ataques por sorpresa. Según se ha señalado, sus numerosas entradas «podían utilizarse como portillos de escape pero también como puertas de asalto». Es evidente que los ataques iniciales tuvieron un gran éxito. A pesar de contar con una guarnición de dos legiones y una docena más de regimientos auxiliares, la situación se le fue pronto a Tineyo Rufo de las manos. Publicio Marcelo, gobernador de Siria, llevó refuerzos del norte, entre ellos la legión III Gallica, y dejó a Julio Severo, legado de la IV Scythica, como gobernador en funciones. De Egipto llegó, al parecer, la legión XXII Deiotariana, que, al parecer, fue borrada del mapa. Al menos, desapareció de la lista del Ejército romano; de hecho, a partir del año 119, no hay rastros de su existencia. Es, por supuesto, posible que la XXII Deiotariana fuera, en realidad, la segunda legión de Judea de años anteriores. Durante los quince precedentes, las legiones de Siria, Arabia, Judea y Egipto habían cambiado de base en varias ocasiones. De ser así, habría estado acantonada en la parte norte de la provincia, en Caparcotna, en Galilea, donde tendría más tarde sus cuarteles la VI Ferrata.²⁵

Ni Dión ni ninguna otra fuente menciona la destrucción de una legión

entera. Pero Frontón, que escribía treinta años después, se refirió el menos «al gran número de soldados romanos muertos por los judíos y los britanos en tiempos de Adriano». Tras enumerar las pérdidas judías, Dión añade así mismo al final de su relato—que, a pesar de su brevedad, es, no obstante, el más detallado de los que han llegado hasta nosotros—: «En esta guerra perecieron también muchos en el lado romano». Después de observar, al comienzo del pasaje, que se había prestado poca atención a los primeros signos de conflicto, continúa recalcando que existía desde hacía ya tiempo una verdadera crisis.

Sin embargo, pronto se vio conmocionada toda Judea, y los judíos de todas partes se mostraban inquietos, se congregaban y daban pruebas de una gran hostilidad hacia los romanos, en parte mediante acciones secretas y, en parte, abiertamente; también se les unieron muchos más de otros pueblos movidos por el ansia de obtener algún provecho; en realidad, podía casi decirse que el mundo entero se vio conmocionado por aquel asunto.²⁶

La afirmación de que «los judíos de todas partes» se mostraban hostiles con los romanos resulta sorprendente. Solo puede tratarse de una referencia a los de la diáspora. Ahora bien, la población de la Cirenaica, Egipto y Chipre había sido eficazmente erradicada los años 116-117, así que Dión debió de referirse a los de otras provincias, tal vez Siria y Arabia, en concreto, y también, posiblemente, Anatolia. En cuanto a los «muchos de otras razas» que se unieron a los rebeldes, podía tratarse de una alusión a los no judíos de la propia Judea, así como a los descontentos de Arabia, por ejemplo. Fuera como fuese, quienes se llevaron la parte del león fueron los judíos de Judea.²⁷

Los rebeldes liberaron rápidamente una porción de su tierra natal y ejercieron el control sobre ella durante más de tres años. Esta es la sorprendente característica del levantamiento, que lo sitúa en una categoría absolutamente distinta del promovido, por ejemplo, por los britanos a comienzos del reinado de Adriano. Además, un rasgo que distinguió aquella sublevación de la gran revuelta judía iniciada en tiempos de Nerón fue que, en esta ocasión, los judíos se unieron bajo un único dirigente que asumió el título de Príncipe de Israel, *nsy' Ysr'l*. Las fuentes romanas no dan su nombre, pero lo cierto es que son escasas. Los autores cristianos le llaman Bar Kojba y le atribuyen pretensiones mesiánicas. Hay un indicio de ello en las fuentes judías—talmúdicas—, donde se le denomina, en cambio, Ben o Bar Kosiba, pero es evidente que los rabinos posteriores conocían también perfectamente el nombre de B. Kojba, cuyas connotaciones requieren aquí un comentario. En las monedas acuñadas por el régimen rebelde, su nombre aparece como Shim'on, acompañado a

menudo por el título de *Nasi* de Israel. En la actualidad, la cuestión se ha aclarado gracias al descubrimiento de cartas—escritas en su mayoría por el propio líder—y documentos publicados bajo su autoridad. Escribió su correspondencia con el nombre de Shim'on o con el de Bar Kos'ba (*Sm'un bn Kwsyb'*, o *br Kwsbh*) en hebreo o arameo; en una carta griega aparece la forma *Simon Chosiba*.²⁸

Los documentos, al igual que las monedas, dan a Shim'on el título de *nsy Ysr'l*. Tanto unos como otras nos proporcionan fechas. Las primeras acuñaciones llevan las leyendas «Año 1 de la Redención de Israel» y «Año 2 de la Libertad de Israel», mientras que las posteriores son menos concretas: «Para la libertad de Israel». Pero los documentos están fechados en el año primero y segundo de la «Redención de Israel», en el tercer año de la «Libertad de Israel» y en el cuarto año de la «Redención de Israel». Los documentos tienen también fechas situadas en esos años; la primera es el 1 de *Iyyar*, mes de abril del año primero; la última del 14 de *Marhesvan*, octubre o noviembre del año cuarto, mientras que, en algunos casos, el año es el de Shim'on. Al parecer, la era comenzó con el mes de *Nisán*, marzo/abril, del 132. Por tanto, en otoño del 135 los rebeldes ocupaban todavía una parte del territorio de donde partieron las órdenes del *Nasi*.²⁹

El nombre de B. Kojba es, evidentemente, una especie de apodo, pues *kojba* significa 'estrella' y alude a la profecía de Balaán sobre el Mesías recogida en el libro de los Números: «Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no será pronto. Avanza la constelación de Jacob y sube el cetro de Israel. Triturará la frente de Moab y el cráneo de los hijos de Set». Un pasaje del Talmud muestra que el gran rabí Akiba, siendo octogenario, aplicó la profecía a Shim'on b. Kos'ba. Aquello dio lugar a una respuesta sarcástica de otro rabí: «¡Te saldrá hierba de la barbilla, Akiba, y aún no habrá aparecido el hijo de David!». El pasaje, como otros de las fuentes talmúdicas, llama al dirigente rebelde «B. Kosi-ba», y no B. Kos'ba. Esta forma, derivada de la palabra *Koziba* que significa mentira, era un nombre alternativo y despectivo: el sublevado no era «hijo de la estrella» sino «hijo de la mentira». Es verdad que Shim'on no utilizó en las monedas el nombre de B. Kojba, ni tampoco se ha hallado el título de «rey» en las cartas o documentos. También se han desechado los intentos de reconocer en las monedas el signo de una estrella. Sea como fuere, el propio título de *Nasi* pudo haber tenido connotaciones mesiánicas, como en el pasaje de Ezequiel: «Mi siervo David será su rey», seguido pocas líneas después por la frase: «y mi siervo David será su príncipe [*Nasi*] para siempre».³⁰

El apoyo del gran rabino Akiba, el maestro judío más influyente de la época posterior a la destrucción del templo, fue, ciertamente, importante. Aquel

gesto le costó la vida. La tradición judía habla de la detención, tortura y martirio de Akiba, junto con otros rabinos, por Tineyo Rufo. La religión fue, sin lugar a dudas, la fuerza impulsora de la sublevación. Las monedas de los rebeldes son totalmente judías en sus imágenes y lenguaje. Están escritas en hebreo antiguo, y el Templo, que seguía siendo un recuerdo fundamental más de sesenta años después de haber sido destruido por Tito, aparece reiteradamente con el Arca de la Alianza en su interior. Otros símbolos, como los racimos de uvas, la rama de laurel o la palma, una jarra, una lira, una hoja de vid o una palmera—de siete ramas—recuerdan el ritual del Templo. El follaje y los cítricos, el *lulav* y el *etrog*, representan las «cuatro especies» requeridas para la fiesta de los Tabernáculos. No es de extrañar que una carta de Shim'on a Judá b. Manasés escrita en el campamento de Quiriat Arba se interese exactamente por esos productos, necesitados por el «gran ejército» de Shim'on: Jonatán b. Be'ayan y Masabala—comandantes de Engadi, a orillas del Mar Muerto—debían proporcionarle palmas y limones, y el propio Judá tenía que proveerle de las otras dos «especies», mirto y sauce, «del lugar donde te encuentras y enviarlas al campamento». Shim'on había mandado dos burros para la operación.³¹

La importancia de la religión para los judíos rebeldes se muestra también en la aparición del nombre de Eleazar el Sacerdote en las primeras acuñaciones. Aunque no se ha identificado categóricamente a esta persona, podría tratarse del rabino Eleazar de Modin, citado en las fuentes talmúdicas como tío de B. Kos'ba. El título de «sacerdote», así como la insistencia en el Templo y sus ritos, alude, naturalmente, a la aspiración judía de restablecer lo que Roma había destruido dos generaciones antes y había comenzado a profanar en aquel momento. Los testimonios negativos—la ausencia de monedas de los rebeldes en Jerusalén y la falta de referencias a esa ciudad en cartas y documentos—indican, por ahora, que aquel propósito no pasaba de ser una aspiración. En cuanto al otro acto romano que había provocado la revuelta, la prohibición de circuncidarse, no tiene nada de sorprendente que la respuesta judía fuera firme. Quienes habían intentado disimular su circuncisión recurriendo al *epispasmós* antes de la proscripción—y que, por tanto, habían inducido a Adriano a engaño haciéndole creer que había llegado el momento de abolir aquel rito—, se vieron obligados entonces a circuncidarse de nuevo. Quizá sepamos más cosas sobre las actitudes religiosas de los rebeldes cuando se publique completa la totalidad de los documentos. Una carta menciona a un rabino desconocido anteriormente, Batnaya bar Meisa, que se hallaba con seguridad en Engadi.³²

Las cartas nos muestran a Shim'on como un líder adusto, incluso duro.

A Jonatán y Masabala, los dos comandantes de Engadi, se les ordena confiscar trigo y entregárselo a salvo a Shim'on. No se ha de dar cobijo a los «hombres de Tecoa»—la desobediencia de las órdenes supondrá un duro castigo—. En otra carta se les ordena enviar sin dilación a Shim'on a todos los hombres de Tecoa y de otros lugares. Esta carta y otras más vuelven a amenazar con un castigo en caso de desobediencia. En carta al comandante Yoshua b. Galgula, Shim'on profiere la siguiente amenaza: «Si maltratas a los galileos que están contigo, pondré grilletes a tus pies como hice con Ben Aflul». El enemigo se menciona solo una vez: tras haber amenazado con castigar a sus subordinados si no obedecen, Shim'on añade: «Me encargaré de los romanos». Dado que las cartas se encontraron en cuevas donde se ocultaron los rebeldes derrotados, es indudable que pertenecen a la última fase de la guerra, cuando la situación era desesperada y Shim'on se veía obligado a aplicar una disciplina extrema. Es posible que en las fases anteriores las cosas fueran distintas. Debemos hacer también hincapié en que se refiere a sus hombres llamándoles «hermanos».³³

Las fuentes talmúdicas, muy hostiles a Shim'on—o «B. Kosiba»—confirman su vigor personal, en especial su fuerza física, pero más que atribuirle rigorismo religioso le consideran un blasfemo. Según un relato, «recibió varios dardos en la rodilla, pero los volvió a arrojar con fuerza y mató a algunos enemigos». Otro habla de cómo cortó un dedo de la mano a cada uno de sus soldados para probar su valor. Cuando los rabinos protestaron, Shim'on cambió aquel requisito por la labor de arrancar de raíz un cedro del Líbano. Su hipotética impiedad o blasfemia se menciona junto con su supuesta oración «al entrar en combate: “No nos ayudes, Señor del mundo, ¡pero tampoco nos hagas avergonzarnos!”». Está escrito: “Pero tú, oh Dios, ¿no nos ha rechazado? ¡No salgas, pues, con nuestras tropas!”». Hay una historia que da a entender que se le tenía por rey. Es el relato de los «dos hermanos [que] vivían en Quefar Harruba y no dejaban pasar a ningún romano, sino que los mataban. Los hermanos dijeron: “Cojamos la corona de Adriano y pongámosla en la cabeza de Shim'on, pues están llegando los romanos”».³⁴

Todos los escritores cristianos se muestran hostiles hacia él. El más antiguo, Justino (Flavio Justino), un autor contemporáneo, era hijo de padres griegos, había nacido en su misma provincia en la localidad de Flavia Neápolis, la antigua Siquén de los samaritanos, y se había convertido al cristianismo por las fechas de la visita de Adriano. Justino cuenta que había estado disputando en Éfeso con un judío llamado Trifón—huido de Judea debido a la sublevación—. En una obra posterior afirma que «en la guerra judía ocurrida en nuestra época, Bar Cojebas, el cabecilla de la rebelión, ordenó imponer graves castigos a los cristianos—únicamente—, si no negaban que Jesús era el Mesías

y le maldecían». Al cabo de más de un siglo, Eusebio, natural también del país, de la ciudad de Cesarea, atribuyó a aquel asunto otro cariz ligeramente distinto en su *Crónica*: «Cojebas, jefe de la secta judía, mataba a los cristianos persiguiéndolos de todas las maneras cuando se negaban a ayudarle contra las tropas romanas». Eusebio da más información en la *Historia Eclesiástica*, donde llama a Shim'on «Jojebas», explicando que el nombre significa 'estrella'. Añade que «aquel hombre era un asesino y un bandido, pero, como si tratara con esclavos, confiaba en su nombre y afirmaba ser un donador de luz que había bajado del cielo hasta ellos y les iluminaba milagrosamente en sus sufrimientos». Jerónimo dio a entender que Shim'on había sido un charlatán «que mantenía en la boca una paja encendida para hacer ver que respiraba llamas». ³⁵

Las pruebas documentales nos proporcionan un cuadro mucho menos colorista. Resulta llamativo que, desde el principio de la sublevación hasta el final, se siguieran arrendando y vendiendo tierras como si reinara la paz. Más aún, algunos campos fueron «arrendados por Shim'on b. Kos'ba». Shim'on se había apoderado de una antigua finca imperial de Engadi en nombre del pueblo de Israel. En ella trabajaban unos administradores civiles con el título de *prnsw*, así como algunos comandantes militares. Dos mujeres, Babata, cuya familia procedía de Engadi, y Salomé habían estado viviendo en la provincia de Arabia y se refugiaron en Engadi durante la sublevación. Babata seguía todavía en Arabia en agosto del 132, al menos cinco meses después del estallido de la revuelta. Es posible que las represalias antijudías la indujeran a mudarse. ³⁶

La presencia de galileos en Engadi indica que también ellos eran refugiados o voluntarios que habían ido a unirse a la rebelión, pues no hay pruebas documentales de que los rebeldes dominaran Galilea. Por otra parte, en la Baja Galilea, al menos, se han encontrado cuevas como las descritas por Casio Dion. En cuanto a la extensión del nuevo Estado judío independiente, los hallazgos de monedas y los lugares mencionados en los papiros dan a entender que controlaba, por lo menos, una porción de territorio situada al sur de Jerusalén y a lo largo del Mar Muerto, extendiéndose por el oeste hasta unos treinta kilómetros de la costa, y hacia el sur hasta más allá de Hebrón. Más al norte hubo, quizá, centros aislados de actividad rebelde. Así lo hacen pensar ciertos hallazgos encontrados en una cueva a 18 kilómetros al noroeste de Jericó. Es posible que los hombres de Shim'on llegaran inicialmente hasta la costa entre Ascalón y Gaza—como base para sus propias acuñaciones utilizaron monedas de esas dos ciudades (además de otras, entre ellas algunas de la nueva colonia romana de Elia Capitolina)—. Shim'on se hallaba en condiciones de conseguir suministros por barco del otro lado del Mar Muerto, por lo que la orilla orien-

tal—situada en la provincia de Arabia—debió de haberse hallado en parte bajo su dominio. Hasta ahora no hay pruebas directas de que los rebeldes reconquistaran la propia Jerusalén. Tampoco está claro que Shim'on tuviera un cuartel general principal. En algún momento tuvo su base en Herodion, localidad situada al sur de Jerusalén; y en la fase final, en Betar, a 10 kilómetros al sudoeste de la ciudad.³⁷

Adriano regresó a Judea en alguna fecha no determinada. Así lo da a entender Dión quien, al informar sobre las importantes bajas sufridas por los romanos, añade que «Adriano omitió por ese motivo la frase introductoria empleada normalmente por los emperadores cuando escribían al Senado: “Celebro que vosotros y vuestros hijos disfrutéis de salud; también yo y las legiones estamos sanos”». Las fuentes talmúdicas recogen varias anécdotas sobre la participación de Adriano en la guerra y su intervención se deduce de lo escrito por algunos autores cristianos. Ninguno de sus testimonios es de fiar. Pero un centurión veterano de la Guardia Pretoriana, C. Arrio Clemente de Matilica, en Umbría, fue condecorado por Adriano por servicios de guerra y, por tanto, debió de haber estado con él en Judea. Por lo demás solo podemos basarnos en la terminología de las inscripciones referentes a los oficiales y hombres en servicio. La guerra se denomina en varias ocasiones *expeditio Iudaica*. Dados los paralelismos, la expresión debería significar que el emperador estuvo presente, al menos durante un período simbólico. Las fechas y la duración de su estancia solo pueden fundarse en meras conjeturas.³⁸

Hay otra fuente que se ha interpretado generalmente como indicio de la presencia de Adriano en el frente. Se ha conservado una obra sobre máquinas de asedio, *Poliortetica*, cuya autoría se atribuye a Apolodoro de Damasco, arquitecto del gran puente de Trajano sobre el Danubio y de muchos de los edificios construidos en Roma por este emperador. Es cierto que, según Dión, Apolodoro mantenía con Adriano una relación sumamente mala, y tampoco está claro si, por esas fechas, seguía aún activo en Roma o si se había retirado. Una gran parte de los contenidos de la *Poliortetica* es, probablemente, de segunda mano y fue añadida en época bizantina. La obra comienza, sin embargo, con una carta al parecer auténtica dirigida a un emperador que, por lo visto, buscaba el consejo del autor. «Me siento honrado por haberme juzgado digno de compartir tus intereses en esta materia», comienza diciendo, para pasar luego a referirse a los diseños que le envía junto con un miembro de su equipo y varios artesanos. El autor desconoce los lugares donde se van a necesitar las máquinas de asedio, pero sabe que no se trata de sitiar ciudades. El enemigo ocupa, más bien, «altozanos» ventajosos para él. Apolodoro ofrece diversos planes para construir máquinas rápidamente, incluso con mano de

obra no especializada. Es, por tanto, posible que el emperador se tragara su orgullo y pidiera asesoramiento a Apolodoro.³⁹

Sin embargo, Adriano no iba a terminar la guerra en persona. Dión explica que, cuando la agitación afectó no solo a «toda Judea» sino incluso «al mundo entero», Adriano «mandó contra ellos a sus mejores generales, el principal de los cuales era Julio Severo. Severo fue enviado desde Britania, donde era gobernador, para enfrentarse a los judíos». Sexto Julio Severo, vástago de una familia colonial, nacido en la provincia de Dalmacia, había servido durante unos siete años como primer gobernador de Dacia Superior, y luego, tras su consulado a finales del 127, como legado de Mesia Inferior, antes de ir a Britania. No es posible situar con exactitud el momento de su traslado a Judea, a raíz de la llamada de Adriano. Su sucesor en Britania, un hombre del sur de Hispania, P. Mummio Sisenna, ocupaba aún el cargo de *consul ordinarius* en abril del 133. Pero Severo pudo muy bien haber salido de Britania antes de la llegada de Sisenna dejando a uno de los legados de la legión como gobernador en funciones. La elección de un cónsul *ordinarius* para ir a Britania, y, además, a renglón seguido del ejercicio del consulado, da a entender que se trataba de una emergencia. En general, Britania no recibía como gobernadores a antiguos *ordinarii* sino que el cargo se encomendaba a hombres con experiencia previa en alguna otra provincia consular. El que Adriano buscara para hacer frente a la crisis a un general que se hallaba más lejos del teatro de operaciones que ningún otro podía parecer de por sí sorprendente. Pero Adriano quería al mejor hombre para aquella tarea.⁴⁰

Severo pudo también llevar consigo refuerzos de Britania y de las provincias por donde pasó. El itinerario seguido por él es puramente hipotético. Pero, si llevaba consigo tropas de refuerzo, la ruta por el Rin y el Danubio y, luego, por tierra pasando por Ancira y atravesando Anatolia parece la mejor. Aquel recorrido le habría exigido varios meses. Es posible que Adriano planeara sus propios movimientos para encontrarse con Severo en el Danubio y celebrar consultas con él. En cualquier caso, Cesernio Quinciano, *comes* del emperador, se hallaba a su lado en un viaje realizado *per Orientem et Illyric[um]*. En otras palabras, la ruta de Adriano de vuelta a Italia le condujo por las tierras de los Balcanes y el Danubio. Severo se llevó consigo de Britania dos jóvenes oficiales, por lo menos. M. Estacio Prisco, prefecto de la cuarta cohorte de lingones fue nombrado para un cargo en la legión III Gallica de Siria, y M. Censorio Corneliano, natural de Nemauso (Nîmes), al mando de la primera cohorte de hispanos en Alauna (Maryport), aceptó un nombramiento como centurión de la X Fretensis. En un nivel más alto, Severo pudo invitar a Q. Lolio Urbico, comandante entonces de la legión X Gemina en Vindobona

(Viena), a unirse a él como oficial de Estado Mayor, y un tribuno ecuestre de esa misma legión llevó a la guerra algunos destacamentos. Una de las unidades adicionales comprometidas pudo haber sido la legión IX Hispana, que, de no seguir todavía en Britania, se hallaría estacionada, quizá, en Germania Inferior. El traslado de esta legión al Este explicaría cómo un hombre de Cilicia que adquirió la ciudadanía de Adriano, probablemente al alistarse, acabó sirviendo en la Novena.⁴¹

Las bajas en Judea y el traslado allí de un gran número de soldados exigió que se tomaran varias medidas de emergencia. Para empezar, un lote de marineros o soldados de marina de la flota del Miseno fue trasladado en bloque a la legión X Fretensis. En Italia aparecen dos senadores reclutando soldados. Q. Voconio Saxa Fido, que tras haber ejercido la pretura fue curador de la vía Valeria Tiburtina, se encargó de reclutar también soldados «en aquellas partes». Dado que inmediatamente después fue legado de la IV Scythica, es posible que llevara reclutas consigo a Siria. Entretanto, Cesernio Estaciano, joven protegido del emperador, que acababa de servir como tribuno de la plebe, fue «enviado por Adriano para reclutar jóvenes en la región Transpadana». Un tercer oficial de reclutamiento fue el gobernador-procurador de los Alpes Marítimos; se trataba de Valerio Próculo, que había sido comandante de la flota alejandrina, probablemente durante la estancia de Adriano en Egipto. La leva fue un recurso poco habitual durante el principado. No solía ser popular y tampoco lo habría sido en aquel momento, sobre todo si implicaba tener que prestar servicio en guerra contra un enemigo peligroso que había causado fuertes bajas. Las misiones de aquellos tres hombres eran solo la punta del iceberg. Nos podemos, incluso, preguntar si la afirmación de Dión de que, más o menos, «el mundo entero se vio conmocionado por aquel asunto» no se refería a esa campaña de reclutamiento.⁴²

No hay duda de que, antes de la llegada de Severo, Tineyo Rufo se había tomado una terrible venganza. «Una vez que el emperador le hubo enviado ayuda militar», informa Eusebio, «avanzó contra los judíos respondiendo sin piedad a su locura. Acabó con miles de hombres, mujeres y niños, y aplicándoles la ley de la guerra, esclavizó su país». Aquellas acciones explican, probablemente, por qué el nombre vinculado por la tradición talmúdica a las salvajes represalias tomadas por Roma es el de Rufo, y no el de su sucesor, que puso fin a la guerra. Rufo no fue sustituido antes de la segunda mitad del 133, y quizá hasta el 134. Severo «no se arriesgó a atacar a sus adversarios en campo abierto debido a su gran número y a su desesperación», cuenta Dión. En cambio, «al disponer de muchos soldados y oficiales, logró aplastarlos, agotarlos y exterminarlos dividiéndolos en pequeños grupos, dejándolos sin provisiones

y rodeándolos». Costó tiempo hacerlo, pero fue menos peligroso para sus hombres, añade Dión. En cuanto a los judíos,

sobrevivieron muy pocos. Fueron arrasados cincuenta de sus puestos de avanzada más importantes y 985 de los pueblos más conocidos. 585.000 personas fueron muertas en diversos encuentros y batallas. Y en cuanto al número que pereció por el hambre, la enfermedad o el fuego, fue imposible de precisar.⁴³

La fase decisiva, de la que no habla Dión pero sí Eusebio, y que las fuentes talmúdicas recuerdan bien, aunque de forma muy fantasiosa, tuvo lugar con el asedio de la fortaleza de Betar. Era «una sólida ciudadela», como la llama Eusebio, situada a 10 kilómetros al suroeste de Jerusalén. El asedio «duró mucho tiempo hasta que los rebeldes fueron empujados a la desesperación por el hambre y la sed y el instigador de su locura pagó el castigo que merecía». Según un relato de la literatura rabínica—que hace durar el asedio tres años y medio, quizá por confusión con el tiempo total de la guerra—, «Bar Koziba» mató a su tío, el rabí Eleazar, por sospechas de traición. «Enseguida, los pecados [del pueblo] hicieron que Betar fuera tomada. Bar Koziba fue muerto, y su cabeza llevada a Adriano [...]. “Traedme su cuerpo”, ordenó». Lo encontraron con una serpiente alrededor del cuello. «Adriano exclamó: “Si su Dios no le hubiera dado muerte, ¿quién habría podido vencerle?”». Es indudable que el dirigente muerto fue llevado a Sexto Julio Severo y no a Adriano. El hecho ocurrió, probablemente, en otoño del año 135 o, tal vez, a principios del año 136.⁴⁴

La caída de Betar y la muerte de Shim'on no debieron de significar el final absoluto de la resistencia y es probable que los hombres de Severo tardaran meses hasta dar con todos los supervivientes ocultos en sus cuevas. Una carta fragmentaria pertenece, con seguridad, a esa fase última: «Hasta el final [...] no tiene esperanza [...] mis hermanos del sur [...] de ellos perecieron por la espada». Adriano señaló la victoria con una aclamación imperial, cambiando sus títulos en ese sentido por primera vez en su reinado. En la segunda mitad del 135 comenzó a ser durante un tiempo *imp. II*. Severo y Publicio obtuvieron los máximos galardones militares—un triunfo honorario (*triumphalia ornamenta*)—, y numerosos soldados, hasta el grado de centurión, recibieron los habituales *dona militaria*—premios al valor—. Sin embargo, los oficiales de rango senatorial y ecuestre, aparte de los dos comandantes consulares, fueron tratados de forma menos generosa. La celebración de la victoria en las monedas imperiales fue notoriamente comedida e indirecta en comparación con otras guerras anteriores.⁴⁵

Cuatro años después, tras la muerte de Adriano, se evidencia por primera

vez una medida oficial que, de todos modos, puede atribuirse al emperador: el cambio de nombre de la provincia. Ya no se llamaría Judea sino Siria Palestina. El cambio pudo haberse pensado como un castigo, pero debemos suponer que el componente judío de la población había pasado a ser minoritario. Aparte de la cifra de más de medio millón de muertos dada por Dión, fueron vendidos como esclavos un gran número de judíos. En el mercado de Terebinto, en Hebrón, los cautivos judíos a la venta fueron tantos que el precio por cabeza era inferior al de un caballo, según informaría más tarde una fuente cristiana. Otros fueron llevados a Gaza, donde se vendieron o enviaron a Egipto. Muchos perecieron de hambre o por naufragio en el camino. Y aún sufrieron otro castigo; los autores cristianos informan, con algo más que un ligero regodeo, que «Adriano ordenó por decreto y normas legales que se prohibiera absolutamente a toda la nación entrar, incluso, al distrito que rodea Jerusalén para que no pudieran ver su patria ancestral ni siquiera de lejos». Así lo dice Eusebio. No se levantó el veto a la circuncisión, y se reanudó y concluyó la reconstrucción de Jerusalén como ciudad pagana, Elia Capitolina. Jerónimo añade el detalle de que «la estatua ecuestre de Adriano subsiste hasta hoy donde se hallaba el Sanctasanctórum»—junfo con «un ídolo de Júpiter», añade en otro pasaje—. También habla de un templo de Júpiter en el lugar de la Resurrección, y Eusebio alude a un santuario dedicado a Afrodita en el lugar de la tumba de Jesús o en el de la Crucifixión. Monedas de la colonia Elia dan a entender que también se veneraba allí a Baco, Serapis y los Dióscuros. Finalmente, según Jerónimo, pasada la puerta del camino a Belén se alzaba la imagen de mármol de un cerdo; debía de tratarse de un jabalí, el emblema de la legión X Fretensis. No es nada de extrañar que cuando aparece el nombre de Adriano en la literatura rabínica vaya generalmente acompañado de la imprecación «¡Que se pudran sus huesos!». ⁴⁶

Aunque la reacción oficial por la finalización de la guerra fue discreta, en el bando no judío hubo ciertos signos locales de celebración. En un fuerte romano al sur de Escitópolis, en Judea—o, mejor, en Siria Palestina—, se erigió un enorme arco triunfal. Se ha encontrado allí una estatua de bronce de Adriano, ligeramente superior al tamaño real, con la coraza decorada con escenas bélicas: tres parejas de hoplitas desnudos. En realidad, el torso fue, quizá, reutilizado y pudo haber pertenecido a la estatua de un rey helenístico—habría sido especialmente oportuno que la cabeza sustituida por la de Adriano fuera la de Antíoco Epífanés. En una escala menor, tres pequeñas esculturas, dos de ellas procedentes de Egipto, representan a un guerrero barbudo y un enemigo derrotado. Es posible que representen esa reacción provincial de la que hablamos. La tercera pieza, una estatuilla de mármol similar a los modestos relieves



Fig. 29. Relieve destinado a conmemorar, quizá, la victoria de Adriano sobre los judíos. (Merseyside County Museums, Liverpool.) Merseyside Museums.

de cerámica egipcios, muestran al *triumphator* barbado con la espada en la derecha y con la izquierda posada sobre la cabeza de un enemigo arrodillado y también barbado. ¿Pretendía representar a Adriano y al vencido Shim'on b. Kosiba? Es posible, incluso, que las monedas en las que se retrata a Adriano como «rey de Egipto» o como Horus con el pie sobre un cocodrilo (ver fig. 27) fueran acuñadas como gesto de consideración hacia los egipcios, para quienes los judíos eran el malvado «pueblo de Set» destruido por Horus.⁴⁷

Antes de informar sobre la inscripción de Adriano en su nuevo Panteón de Atenas, Pausanias describe al emperador como aquel que «en mi tiempo [...] ha honrado la religión en mayor medida, y como el soberano que más ha hecho por la felicidad de sus súbditos. Nunca emprendió voluntariamente una guerra, a pesar de haber sometido a los judíos que viven más allá de Siria cuando se rebelaron». Es posible que, en la inscripción, Adriano afirmara explícitamente ser un Príncipe de la Paz. Unos setenta años más tarde, Tertuliano, aquel apasionado cristiano africano, se preguntaría: «Quid ergo Athenis et Hierosolymis?», '¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?'. Adriano podía haber invertido la pregunta en el momento en que su triunfo panhelénico se vio afectado por las noticias de la sublevación o durante su estancia entre el ejército o cuando, de vuelta en Roma, supo que había concluido, y haberse dicho con cierta acritud: «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?».⁴⁸

EL AMARGO FINAL

El 5 de mayo del 134, Adriano escribió una respuesta breve, por no decir escueta, a una petición de un tal Ulpio Doméstico, delegado de la Asociación Atlética de los atletas devotos de Hércules: «Sí, daré órdenes de que se os entregue un terreno donde deseéis y un edificio para que guardéis vuestros documentos; y si consideráis necesario cambiar vuestros estatutos, es asunto vuestro. Adiós. Tercer día antes de las nonas de mayo, Roma». Se trata del primer testimonio claramente fechado sobre el paradero de Adriano desde que asistió a la inauguración del Olimpieo en Atenas, en la primavera del 132. Había vuelta del Este atravesando el Ilírico, según muestra la inscripción de su joven *comes* Cesernio Quinciano. El camino seguido en su paso por los Balcanes y el momento exacto del viaje son objeto de conjetura. Al menos parece verosímil que atravesara Macedonia y Tracia hasta el Danubio al comienzo de la primavera del 134, aprovechando la ocasión para inspeccionar las provincias y ejércitos de Mesia y Dacia.¹

Mesia y Dacia y sus *exercitus* aparecen representados en las monedas conmemorativas de esos años, pero las acuñaciones pueden hacer referencia, por supuesto, al viaje de Adriano del 118. Algunas monedas del *adventus* de Adriano a Mesia lo presentan recibiendo la salutación de esta provincia, que ofrece un sacrificio vestida con túnica corta y manto, con el pelo anudado y portando una aljaba llena de flechas. En las monedas del *exercitus*, Adriano está de pie acompañado por un *lictor* frente a cuatro soldados. En la primavera del 134, Mesia Inferior tenía un nuevo gobernador, Sexto Julio Mayor, de Nysa, otro caso más de un griego en un cargo importante del Gobierno del Imperio. Las monedas equivalentes del Ejército de Dacia son más variadas: Adriano aparece tanto a caballo como de pie, con o sin *lictor*. Dacia no tuvo monedas de *adventus*, pero la provincia personificada aparece sentada sobre una roca; sostiene un estandarte en una mano y la espada curva del país en la otra. Dacia superior recibiría pronto un nuevo gobernador, también griego, el hijo del gran Cuadrato Baso.²

Ninguna moneda recuerda el paso de Adriano por Panonia, a pesar de que había estado allí el 118. Pero hay una emisión que debe de significar que estu-

vo en Dalmacia, o por lo menos muy cerca: Adriano aparece arengando al *exercitus Delmaticus*. Se trata de algo ligeramente sorprendente. Aunque seguía estando gobernada por un legado de rango consular, aquella provincia no tenía ya legiones y solo contaba con una modesta guarnición auxiliar. Sea como fuere, hay testimonios que atribuyen también a Vitrasio Flaminino, legado de Mesia Superior en tiempos de Adriano, el mando sobre el «Ejército de Dalmacia». Quizá se produjeron disturbios internos que requirieron una acción militar. Curiosamente, en la zona minera de Dardania, al oeste de Mesia Superior, cerca de la frontera con Dalmacia, los mineros erigieron un templo «al héroe Antínoo», siguiendo, por lo visto, órdenes de Adriano. El templo fue dedicado el 136 o el 137, y su construcción pudo haberse iniciado en el momento en que el emperador—según hemos supuesto aquí—viajaba por la zona en la primavera del 134. Por esas fechas se acuñaron monedas que conmemoran las minas de Dalmacia y Panonia y, al parecer, las de Dardania—aunque en la leyenda falta la palabra *metal*—, pero no mencionan el nombre de Adriano.³

El año 134 había comenzado con la elección como cónsul *ordinarius* de Serviano, cuñado de Adriano, que ejercía el cargo por tercera vez y había cumplido ochenta y cuatro años. Fue un gesto muy tardío para honrar al anciano. Annio Vero era el único senador, aparte de él, que había recibido de Adriano el excepcional honor de un tercer consulado, pero lo había obtenido ocho años antes. El colega de Serviano fue Vibio Varo, que gobernó probablemente Cilicia el 131, año en que Adriano estuvo allí. Varo no fue, al parecer, el primer candidato. Una inscripción que menciona a los cónsules de aquel año presenta como colega de Serviano otro nombre que fue borrado. ¿Había caído alguien en desgracia súbitamente? ¿O, tal vez—si es que no se trataba, sin más, del error de un provinciano—, el cónsul designado había muerto a finales del 133? Serviano había enviudado para entonces, pues su mujer, Paulina, hermana de Adriano, había fallecido, probablemente, en Egipto el 130. Se supone que también habían muerto su hija y su yerno. Su nieto, el joven Fusco, que rondaría entonces la veintena, había formado probablemente parte del séquito de Adriano.⁴

Varias monedas que datan, según es de suponer, del 134 documentan el regreso de Adriano, traído por la Fortuna, y el *adventus Augusti*. Un barco grabado en las monedas que proclaman la «felicidad imperial» se ha de interpretar como una referencia al viaje del emperador. Una versión de la emisión del *adventus* muestra a Adriano en traje militar, a caballo y sosteniendo una lanza, en alusión a su participación en la guerra. Otras lo presentan con toga, recibiendo la bienvenida de la diosa Roma. Algunas monedas pertenecientes tam-

bién, probablemente, a esta fase, parecen una declaración de seguridad; en ellas aparecen Marte Vengador y Júpiter Conservador, Roma Victoriosa y Bonus Eventus, 'el Buen Suceso'.⁵

El emperador había estado seis años fuera. Es probable que, en el momento del regreso de Adriano, Serviano no ocupara ya el consulado y no se viera obligado a recibirle como representante oficial. En abril había sido sustituido por un cónsul sufecto, Haterio Nepote, que pudo haber ejercido el consulado en ausencia desde su provincia de Arabia. No es probable que se sustituyera a un gobernador de una zona de guerra. La legión de Nepote, la III Cyrenaica, participaba activamente en el conflicto. No hay testimonios directos de que Adriano distribuyera donativos entre el pueblo para señalar su regreso. Dión se limita a ofrecernos una anécdota que indica su asistencia a unas carreras de carros:

tras haber regresado a Roma, la multitud presente en un espectáculo expuso a gritos su petición de conceder la emancipación a cierto auriga. Adriano les respondió con una declaración escrita: «No tenéis derecho a pedirme que libere a otro esclavo ni a obligar a su dueño a hacerlo».⁶

El temible Marcio Turbón seguía siendo, probablemente, prefecto de la Guardia. Dión lo describe como un verdadero hombre del pueblo y un auténtico mulo de carga.

Se pasaba el día entero cerca del palacio y solía acudir allí incluso antes de media noche, cuando los demás se iban a la cama [...]. Nunca se le vio en casa durante el día, ni siquiera estando enfermo; y cuando Adriano le aconsejó que se sosegara, le respondió: «Un prefecto debe morir de pie».

Lo que Dión expresa como «sosegar» podría haber querido decir «retirarse»; y tal vez Adriano no se sintió del todo feliz con la respuesta de Turbón, adaptada de una observación que Vespasiano se aplicó a sí mismo como emperador.⁷

De momento, Adriano mantuvo quizá a Turbón en el cargo. Pero al final se volvería contra él. La *HA* enumera una lista de amigos con los que Adriano rompió de un modo u otro. Platorio Nepote, por ejemplo, estaba tan seguro de sus relaciones con el emperador—su larga relación se remontaba, por lo menos, a veinte y, quizá, hasta cuarenta años atrás—que le negó la entrada en su casa cuando este acudió a visitarle en su lecho de enfermo. En aquel momento no se tomó ninguna medida contra él. Adriano había pensado, incluso, en Nepote como posible sucesor, pero luego se dejó «llevar por las sospechas» y

acabó detestándolo. En otro pasaje, el biógrafo cita a Nepote junto con Attiano y Septicio Claro, los malhadados prefectos de la primera parte del reinado, como uno de los amigos íntimos de Adriano a quienes este acabó «incluyendo en la categoría de enemigos», influenciado por «cualquier cosa que se murmurara de sus amigos». Terencio Genciano, en quien se pensó como posible sucesor, lo mismo que Nepote, había recibido un trato similar algunos años antes. Entre los miembros del Senado hubo, seguramente, otros. «Obligó a Polieno y Marcelo a suicidarse», afirma la *HA* sin dar más detalles. Polieno era, quizá, natural de Prusa de Bitinia, pero no sabemos nada más de él. Marcelo es, seguramente, la misma persona que Neracio Marcelo, que había desempeñado un segundo consulado el año 129. Dos de los consejeros de rango ecuestre más cercanos a Adriano, Valerio Eudemon y Avidio Heliodoro, cayeron igualmente en desgracia. Eudemon se vio «reducido a la pobreza», y Heliodoro fue objeto «de una carta sumamente difamatoria». Se supone que Heliodoro fue destituido de su cargo de secretario *ab epistulis*. No obstante, sobrevivió y consta que había recuperado el favor el año 137. Eudemon hubo de aguardar hasta el siguiente reinado. La *HA* no incluye en sus listas de amigos maltratados a Favirino, que, según afirma, «destacaba entre el resto» de intelectuales a quienes Adriano había tratado amistosamente. Sin embargo, parece ser que languidecía en el exilio, si bien en la confortable y civilizada isla de Quíos.⁸

No sabemos con claridad si Heliodoro fue sustituido como secretario *ab epistulis Graecis*. Es posible que, a su vuelta del Este, Adriano no necesitara un secretariado griego aparte. Su último secretario conocido, que ocupó el cargo al final del reinado, fue Caninio Céler, quien pudo haberse encargado de la correspondencia tanto griega como latina. El número de cartas llegadas del Este que requerían respuesta siguió siendo, seguramente, muy grande. Las obras de drenaje emprendidas en Beocia y que se habían prolongado durante una década continuaban causando problemas. Una carta enviada por Adriano a Coronea el 135 muestra que había nombrado a un comisionado especial para Acaya, el ex cónsul Emilio Junco, encargado de inspeccionar el asunto. El Panhelenio, recientemente instituido, generó con gran probabilidad un buen número de consultas sobre asuntos de afiliación. Se ha conservado la respuesta de Adriano a una de Cirene del 135. Ese mismo año aceptó también, en una carta a los milesios, el cargo honorario de profeta del templo de Apolo en Dídima, visitado por él seis años antes.⁹

Adriano habría tenido, seguramente, otros corresponsales en la provincia de Asia el año 135. El procónsul, Aurelio Fulvo Antonino, había vivido algunas experiencias exasperantes a causa de dos grandes oradores, Antonio Polemón y Herodes Ático. Hallándose en Esmirna, Antonino se instaló en la mansión de

Polemón, «pues era la mejor de Esmirna y pertenecía al ciudadano más notable». Sin embargo, Polemón volvió de noche de un viaje y expresó su indignación ruidosamente a las puertas de casa diciendo que estaba siendo tratado vergonzosamente y le estaban echando de su propia vivienda—lo que obligó a Antonio a mudarse de inmediato—. Adriano «fue informado del incidente», cuenta Filóstrato, «pero no realizó ninguna investigación para no reabrir la herida». Más tarde conseguiría reconciliar al arrogante griego con el afable senador romano. También aparecen mencionadas las actividades de Antonino en el norte de su provincia. Herodes Ático, ex pretor para entonces, había sido nombrado «*curator* de las ciudades libres» de Asia. Herodes prestó especial atención a Alejandría de Tróade. En una carretera estrecha del monte Ida, su vehículo obligó casi al de Antonino a salirse de la vía—o quizá fuera al revés, pues se dijo que Herodes golpeó al procónsul—. Filóstrato quitó hierro al incidente: «En cierto modo se empujaron el uno al otro para sacarse fuera del camino, pero ese tipo de cosas ocurren en carreteras estrechas de comarcas abruptas».

No ha quedado constancia de que Adriano llegara a tener noticia de este enfrentamiento. Pero, sin duda, hubo problemas con Herodes por sus extravagantes desembolsos de fondos públicos. Había conseguido la aprobación de Adriano para gastar tres millones de dracmas, o de denarios, en mejorar el suministro de agua a Alejandría de Tróade, probablemente mediante la construcción de un acueducto cuyo proyecto supervisaría en persona. Herodes gastó más del doble. Cuando la inversión había llegado a los siete millones, los procuradores imperiales de la provincia escribieron a Adriano diciéndole que era un escándalo que el tributo de quinientas ciudades se gastara en una fuente para una sola ciudad. Adriano manifestó su desaprobación al padre de Herodes, que se hallaba probablemente en Roma. El viejo Ático dijo a Adriano, «en el tono más señorial», que no debería preocuparse por naderías. Él mismo donaría la diferencia entre la suma asignada y lo que había gastado su hijo, que ofrecería el dinero a la ciudad como un regalo.¹⁰

El propio Adriano seguía dedicando abundantes fondos a obras de construcción en Roma y Tibur. El gran santuario de Venus y Roma, inaugurado el 121, estaba casi terminado. Es posible que Adriano rompiera finalmente con el arquitecto Apolodoro en ese momento. En cualquier caso, Dión asocia el destino de Apolodoro con sus críticas al diseño de Adriano para el templo. La finalización de las estatuas fue la gota que colmó el vaso. Apolodoro expuso por escrito su opinión de que eran demasiado grandes para la *cella*: «Ahora, si las diosas quieren levantarse y salir, no podrán hacerlo». Según Dión, Adriano se sintió muy irritado y molesto. El error no se pudo corregir, y el emperador, al «no contener ni su cólera ni su amargura mató a aquel hombre». Al parecer,

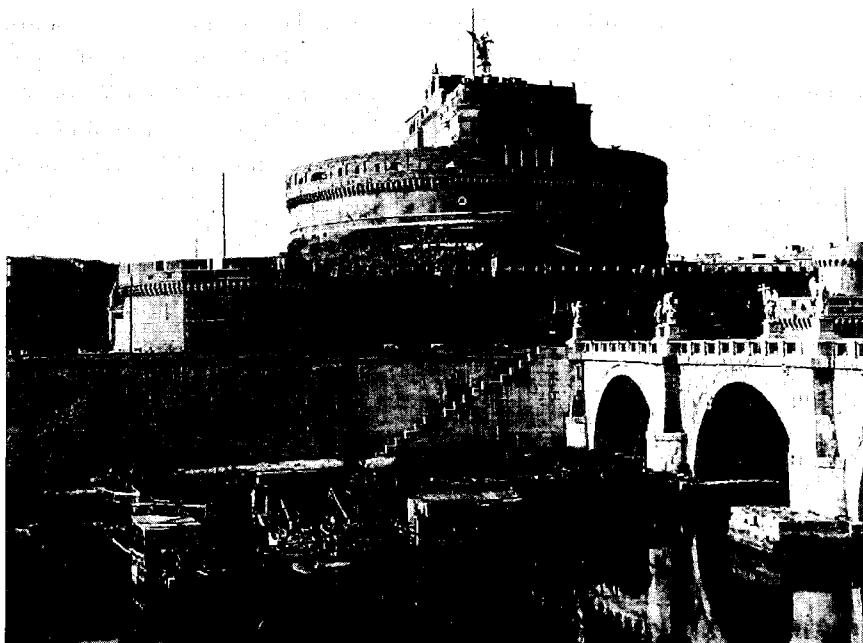
nadie se ha creído esa historia. Por lo que respecta a la cronología de los hechos, podrían haberse producido en torno al 135 o 136. Se puede dudar de que Apolodoro fuera realmente ejecutado. Probablemente murió poco después de haber escrito la carta, y se supuso que Adriano tuvo algo que ver con su muerte.¹¹

En su breve esbozo de Adriano, Aurelio Víctor insinúa la construcción de otro importante edificio por aquellas fechas:

Adriano, mejor dispuesto hacia la elocuencia y las actividades intelectuales tras haber solucionado las cosas en el Este, regresó a Roma, donde, imitando a los griegos o a Pompilio Numa, comenzó a prestar tanta atención a los ritos religiosos, las leyes, los gimnasios y los profesores que fundó, incluso, una escuela de artes liberales a la que puso el nombre de Ateneo. A imitación de los atenienses participó también en Roma en los misterios de Ceres y Líba llamada Misterios Euleusinos.

Es evidente que el propio Víctor consideró que el «regreso del Este» se había producido al comienzo del reinado, pero la fuente que utilizaba se refería, probablemente, al último, el del año 134—aunque es cierto que los problemas del Este no estaban «solucionados» del todo en ese momento. No se ha determinado la ubicación del Ateneo, pero, al parecer, Adriano estaba intentando dotar a Roma de un edificio «universitario» del tipo del otorgado a Atenas. En cuanto a los demás asuntos en los que Víctor hace hincapié, los privilegios para los profesores habían sido confirmados justo al comienzo del reinado, y las leyes habían sido, sin duda, objeto de atención a todo lo largo del mismo, aunque la revisión del edicto del pretor llevada a cabo por Salvio Juliano no había concluido hasta fechas recientes. Tampoco los «ritos religiosos» y los gimnasios eran una preocupación reciente, a pesar, incluso, de que la deificación de Antínoo y la inauguración del Olimpieo habían tenido como consecuencia una actividad especialmente intensa en ambas esferas desde el 130. También parece bastante probable que en el período inmediatamente siguiente a su regreso se realizara algún tipo de imitación de los misterios.¹²

Adriano se estaba construyendo así mismo su última morada. El modelo fue, sin duda, el inmenso mausoleo de Augusto del Campo de Marte, donde ya no quedaba espacio, aunque se había hecho un hueco en él para los restos de Nerva; los Flavios habían sido enterrados en otro lugar, y las cenizas de Trajano se habían colocado en la base de su Columna. El lugar elegido por Adriano se hallaba al otro lado del Tíber, frente al Campo de Marte, en el Ager Vaticanus. Las obras habían comenzado unos años antes con un nuevo puente que llevaría hasta el Mausoleo. El puente, llamado Elio, se terminó y abrió al tránsito el año 134 y fue inaugurado probablemente por el propio Adriano poco



*Fig. 30. Tumba de Adriano, actualmente Castelo Sant'Angelo.
Instituto Arqueológico Alemán, Roma.*

después de su regreso. (Doce años antes había ordenado construir otro puente Elio sobre el lejano Tyne, en el este de su Muro Británico.) La gran tumba iba a ser de dimensiones tan considerables, por lo menos, como la de Augusto, con sus buenos cincuenta metros de altura, y el efecto general sería aún más impresionante: un tambor circular sobre una base cuadrada con una torre central sobresaliendo de él. La impresión quedaría realzada, sobre todo, por el nuevo puente, espléndidamente ornamentado con estatuas, que constituía una aproximación de carácter monumental.¹³

Habría que mencionar otra obra de naturaleza incierta realizada en Roma: los ocho relieves circulares con escenas de caza conocidos como los tondos de Adriano (véanse figs. 26 y 31). Actualmente se hallan en el arco de Constantino, donde fueron reutilizados (con adaptaciones de la cabeza de Adriano), pero se ha afirmado con bastante verosimilitud que proceden de un «monumento de caza» erigido, probablemente, en terrenos particulares del Palatino. La opinión de que conmemoraba ciertas ocasiones en que Adriano y Antínoo salieron juntos a la caza del oso, el jabalí y el león—rechazada, por supuesto, por muchos porfiadamente—es muy defendible. El orden original de los re-

lieves pertenece al terreno de las hipótesis, pero la escena inicial pudo haber sido la que muestra una estatua de Apolo, seguida de la salida a la cacería. La captura de un jabalí pudo haberse colocado delante de un sacrificio a Diana, la del oso antes de una ofrenda a Silvano, y a la de un león le seguiría otra ofrenda a Hércules. El posible carácter eminentemente privado del monumento explicaría por qué la figura identificada como Antínoo no se representó en la forma idealizada del dios o el héroe que había proliferado ya a lo largo y ancho del Imperio, sino en un estilo más realista. Si este argumento es

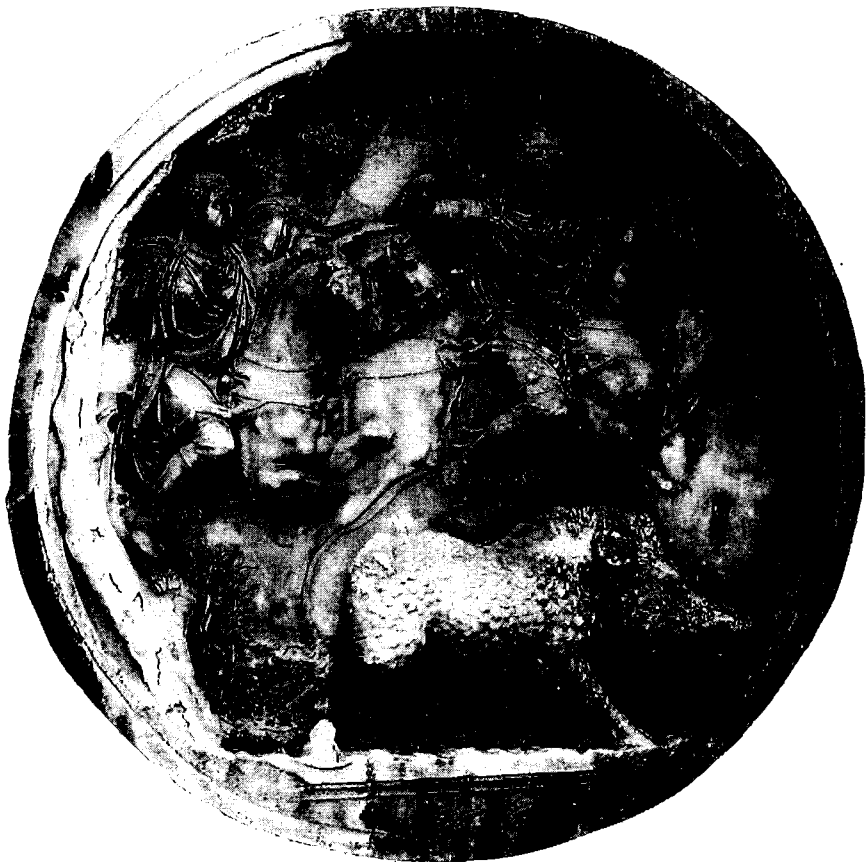


Fig. 31. Adriano a la caza del jabalí (tondo de un monumento venatorio adriánico reutilizado en el arco de Constantino.) La figura del joven que aparece en el fondo es claramente identificable con Antínoo. A la derecha, Adriano—cuya cabeza fue tallada de nuevo para representar a Constantino—hiere al jabalí.
(Arco de Constantino, Roma). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

cierto, el amado del emperador aparecería, en realidad, en la escena de la caza del león poco antes de su muerte.¹⁴

No lejos de Roma, en Lanuvio, en el Lacio, se estaba planeando un nuevo culto a Antínoo y Diana, la diosa cazadora. El año de su inauguración, el 136, Antínoo fue retratado en un relieve de cierto mérito artístico como Silvano, dios de los animales salvajes y los cazadores. Sus adoradores eran miembros de una asociación, *collegium*, que les garantizaba un funeral adecuado. Es significativo que los suicidas quedaran excluidos del privilegio, como si los fundadores del culto estuvieran al tanto de un desmentido oficial de los rumores de que Antínoo se había quitado la vida.¹⁵

En Tíbur, donde Adriano debió de haber pasado una gran parte de su tiempo, la conmemoración de Antínoo y Egipto iba a ocupar un gran espacio. Se erigieron estatuas de Osirantínoo, Osiris-Apis, Isis y Horus siguiendo un modelo intrincado y complejo. El gran estanque «Canopo», con un Serapeo en un extremo, construido ya probablemente antes de la estancia de Adriano en Egipto, fue remodelado en ese momento y recibió una nueva significación. Mientras el Serapeo, dominado por dos estatuas colosales de Osirantínoo, simbolizaba a Egipto, se ha afirmado que el Canopo representaba ahora todo el Mediterráneo.¹⁶

Se piensa que las noticias de la toma de Betar y de la muerte de Shim'on llegaron a Roma en otoño del año 135. Pero el final del conflicto no debió de producirse hasta comienzos del 136. Adriano respondió aceptando la aclamación como *imp. II*. Es evidente que el Senado y el pueblo expresaban así su agradecimiento al emperador por «librar a la República del enemigo», según parece indicar una inscripción fragmentaria hallada en Roma. Aunque Adriano adoptó el título de *imp. II*, la expresión no aparece en las monedas imperiales, que, sin embargo, reaccionaron ante la finalización de la guerra con varios retratos de la diosa Victoria y la leyenda «virtuti Aug», al valor marcial del emperador. Se ha dicho que las monedas de Adriano en que aparece este con un pie sobre un cocodrilo (ver fig. 27) pretendían hacer referencia a las ideas tradicionales de los egipcios sobre los judíos como «tifonianos», es decir, el pueblo del malvado Set, mientras que Adriano sería el benéfico Horus. También se han propuesto otras explicaciones.¹⁷

Egipto había sido recientemente motivo de preocupación. La crecida del Nilo no había alcanzado la altura adecuada durante dos años consecutivos. La provincia padecía escasez. Se pidió a Adriano que interviniera, y el 31 de mayo del 136 se publicó en Alejandría un edicto suyo. El emperador había sabido que la crecida había sido escasa o nula una vez más, como el año anterior—«a pesar de que en años pasados no solo alcanzó el pleno nivel sino que creció



Fig. 32. Relieve de Antínoo divinizado procedente de Lanuvio.
(Banco Nazionale, Roma.) Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

todavía más, hasta una altura casi sin precedentes, pues afectó a todo el país e hizo que la tierra produjera cosechas muy abundantes y espléndidas»—. En este pasaje, Adriano se refería en concreto a la inundación insólitamente favorable de los años inmediatamente anteriores al ahogamiento de Antínoo. El emperador concedió en esta ocasión exenciones tributarias, al tiempo que esperaba—«con permiso del dios»—que el propio Nilo y la tierra compensaran los daños.¹⁸

Nada más finalizar la guerra judía, el imperio tuvo la suerte de evitar otro estallido importante en el este. Así lo cuenta Dión:

Los alanos iniciaron una segunda guerra instigados por Farasmanes. La acción causó graves daños en el territorio de los albanos y en Media y afectó luego a Armenia y Capadocia. No obstante concluyó cuando los alanos fueron persuadidos por los regalos de Vologeses y disuadidos por Flavio Arriano, gobernador de Capadocia.

Los alanos, un pueblo o confederación de pueblos de Transcaucasia, más allá del reino ibero de Farasmanes (Georgia), estaban estrechamente emparentados con los sármatas. Su influencia en Iberia era fuerte y Farasmanes no habría encontrado dificultades para inducirlos a generar conflictos y debilitar a sus vecinos—Armenia y Albania—, con quienes tenía malas relaciones. El rey parto Vologeses III, con problemas ya a causa de un rival, Mitrídates, hubo de recurrir a las dádivas para librarse de los invasores. Como Farasmanes era, supuestamente, cliente romano, el rey parto envió embajadores a Roma para exponer sus quejas. Dión informa de la llegada de los enviados junto con otros embajadores extranjeros de los yáziges, un pueblo de la llanura húngara que «deseaba confirmar la paz». Adriano «los presentó al Senado y este le autorizó a dar las respuestas adecuadas, que puso por escrito y les leyó en voz alta».¹⁹

La «disuasión de Arriano» aparece ilustrada en detalle en la descripción dada por él mismo en su *Orden de batalla contra los alanos* (*Acies contra Alanos*). La obra se ha conservado solo en un fragmento procedente, sin duda, de una reelaboración en griego de un informe oficial dirigido a Adriano en latín. Se trata, no obstante, de un documento de valor inapreciable sobre el ejército romano en acción. Arriano se llevó consigo la legión XV Apollinaris de su base de Satala, en el norte, cuyo legado era Vettio Valente, pero solo tomó un destacamento de la XII Fulminata, asentada más al sur. Seis de los regimientos auxiliares que se hallaban a su disposición enviaron también solo algunos destacamentos. El peso principal se asignó a la caballería, en especial a los arqueros montados: cuatro regimientos de caballería, *alae*, y los soldados también de caballería de diez *cohortes equitatae* integrados en un cuerpo, así como los

guardias montados del gobernador y la caballería de la legión. La fuerza se completó con una leva realizada en la milicia provincial de Armenia Menor y Trapezunte. En cualquier caso, la estratagema consistió en una exhibición de fuerza por parte de Arriano. Dos siglos y medio más tarde, el orador Temistio afirmaba que Arriano había expulsado a los alanos de Armenia, cruzado las Puertas Caspianas y establecido el orden en la frontera entre Iberia y Albania. Arriano escribió una obra sobre los alanos de la que deriva, sin duda, el fragmento mencionado. Temistio pudo haber obtenido su información de la *Ala-nica*. La amenaza había sido conjurada. A continuación es posible que se reforzara significativamente el ejército de Capadocia. En cualquier caso, veinticinco años después había, por lo visto, una tercera legión en la provincia, la Elegia. Es posible que la IX Hispana fuera trasladada allí una vez concluida la guerra contra los judíos.²⁰

El éxito de Arriano no tuvo, que se sepa, una conmemoración oficial. «Las guerras se llevaron a cabo casi sin mención alguna» (*silentio*), según comenta la HA. La numismática imperial tenía otros hitos que celebrar el año 136. Ciertas leyendas de las monedas como «A Roma Eterna» y «A Venus Afortunada» evidencian que, aunque no estuviera concluido en todos sus detalles, el gran templo fue, no obstante, consagrado en esos años, el 136 o el 137. Mientras tanto se acercaba un aniversario: en agosto del 136, Adriano iba a entrar en el vigésimo año de su reinado. Las monedas anuncian el ofrecimiento de «votos públicos», *vota publica*, a los dioses en relación, indudablemente, con los *vicennalia* de Adriano. En un momento oportuno, el emperador debió de haber distribuido favores; de hecho, algunas monedas de sus últimos años aluden a su «sexta» y «séptima *liberalitas*», la primera de la cuales coincidió, probablemente, con su aniversario. Fue el primer emperador desde Tiberio, poco más de un siglo antes, que consiguió festejar un reinado de veinte años.²¹

Arriano hizo su aportación personal para señalar los *vicennalia* escribiendo otra obra, su libro *Tactica*, dedicado, probablemente, a Adriano. Se han perdido las líneas iniciales, donde se expresaría esa voluntad, pero, tras la larga sección dedicada a las tácticas helenísticas—fuertemente dependiente de la obra de Eliano publicada una generación antes—, describe la primera parte diciendo que la había «escrito al servicio del propio emperador», y acaba con una sección sobre tácticas romanas. Además, las observaciones finales permiten ver claramente que el autor escribía para Adriano.

Estos son, pues, los ejercicios de la caballería romana y los transmitidos desde épocas antiguas. El emperador ha introducido, en realidad, la innovación de hacerle practicar técnicas de los bárbaros [se refiere a las de los partos, armenios, sármatas y celtas]. To-

das las tácticas caídas en desuso han sido restablecidas, y los romanos las practican en la actualidad, al igual que las ideadas por el emperador pensando en la belleza, la velocidad, la finalidad de provocar terror y la utilidad práctica. Creo, pues, que en nuestro Imperio, gobernado por Adriano desde hace ahora veinte años, estos versos responden mucho mejor a la situación actual que a la de los antiguos lacedemonios:

Allí florece la lanza de los jóvenes y la Musa, de dulce voz,
y la Justicia de anchas avenidas, pilar que sustenta las bellas hazañas.

Terpandro, un poeta cuyos versos habían inspirado a los espartanos hacía novecientos años, habría sido, sin duda, del agrado de Adriano.²²

Dión informa en un pasaje referido, seguramente, al año 136, que Adriano había «comenzado a sentirse enfermo, pues ya había sufrido hemorragias nasales con anterioridad, y su situación empeoró en ese momento». Su comportamiento en Egipto da a entender que le preocupaba su salud—hasta el punto, afirman Dión y Víctor, de estar dispuesto a dejar que Antínoo se sacrificara—. El texto del obelisco de la oración de Osirantínoo a Ra-Horajty, donde se dice de Adriano: «¡Que viva para siempre como Ra, con una edad nueva y rejuvenecida!», sugiere que, inmediatamente después del suceso, el emperador pensó que había recuperado la salud. Aquel año 136 o, en cualquier caso, poco tiempo después de su regreso se acuñaron monedas con un retrato sumamente peculiar. Muestran a Adriano como un joven recién afeitado, sin bigote ni barba, sino, simplemente, con unas largas patillas. Ese retrato guarda correspondencia con un busto hallado en Tíbur que lo representa con la misma edad de Antínoo en el momento de su muerte, en torno a los veinte años, tres veces más joven de lo que realmente era—el 24 de enero del 136 había cumplido sesenta—. ¿Intentaba convencer al mundo—y a sí mismo—de que había renacido o rejuvenecido? El reverso de esta emisión, que honra a los padres adoptivos de Adriano, permite deducir una interpretación menos extravagante del retrato. Quizá pretendía hacer ver, simplemente, que ya había sido tratado como hijo de Trajano y Plotina cuando solo tenía veinte años. De hecho, su adopción por Trajano en el lecho de muerte había sido considerada por muchos un fraude.²³

Fuera como fuese, durante el año 136 debió de haber constatado que no iba a vivir mucho más. Había llegado el momento de nombrar un sucesor y otorgarle los poderes necesarios. En la segunda mitad del 136 anunció súbitamente que iba a adoptar como hijo suyo a uno de los cónsules del año, L. Ceyonio Cómodo. Según la *HA*, el único mérito de Cómodo era su «belleza». Algunos creían que Adriano se había unido a Cómodo mediante un juramento secreto, aunque no se dice cuándo ni por qué motivo. La decisión se ha visto



Fig. 33. L. Elio César, primer heredero de Adriano (*BMC III Adriano*, n.º 1.921).
Museo Británico.

también como una reparación tardía por la muerte de Avidio Nigrino el 118. Nigrino había sido padrastro de Cómodo, quien, además, se casó con su hija. Un estudioso moderno ha intentado, incluso, demostrar que Cómodo era, en realidad, hijo bastardo de Adriano. La verdad se habría de buscar, quizá, en otro lugar. El sucesor elegido, que había pasado a denominarse Lucio Elio César, era tuberculoso. Según cuenta Dión, Adriano «nombró a Lucio Cómodo César de los romanos a pesar de que solía escupir sangre al toser». En realidad, se encontraba demasiado enfermo para aparecer en el Senado a fin de dar las gracias a Adriano por la adopción. Adriano no podía imaginar que su sucesor fuera a tener un reinado largo, a pesar de hallarse solo en la treintena. El César tenía, desde luego, un hijo, pero de solo cinco años; demasiado joven para sucederle a su vez, a no ser que el reinado siguiente superara con creces una década. Sin embargo, había también dos hijas; y una de ellas, Ceyonia Fabia, estaba ya prometida «por deseo de Adriano» con el favorito del emperador, su querido Verísimo, el joven Marco Annio Vero, entonces de quince años. Marco los había cumplido en abril del 136, momento en que había sido nombrado prefecto honorario de la ciudad durante el festival albano. No hay duda de que la designación se debió a su futuro suegro, pues los encargados de nombrar a ese prefecto eran los cónsules. Resulta verosímil suponer que Adriano había pensado ya en Marco como sucesor de su propio César, cuya función consistiría en mantener caliente el trono unos pocos años. Se puede pensar que la elección de aquel hombre le granjearía al mismo tiempo la benevolencia de influyentes miembros del Senado.²⁴

La adopción se celebró públicamente con espectáculos en el Circo Máximo y una distribución de botín a la plebe y los soldados. Lucio fue designado

para ejercer de nuevo el consulado el 137 y recibió el poder tribunicio. Adriano decidió que debía incorporarse al ejército. Fue enviado al Danubio, a Carnunto, con autoridad proconsular sobre las dos provincias de Panonia. Aunque los yáziges se habían mostrado recientemente sumisos al pedir la confirmación de su tratado, sus vecinos septentrionales, los cuados, suevos de Germania, estaban inquietos. Elio César contó con un equipo adecuado, incluido un cuestor, hijo adoptivo de Marcio Turbón, mientras que su propio liberto, Nicomedes, se convirtió entonces en su chambelán, *a cubiculo*. Domicio Rogato, prefecto de caballería del Ejército de Panonia, pasó a ser secretario *ab epistulis* del César. Claudio Máximo, legado de una de las legiones panónicas, se hizo cargo de una gran parte de las tareas administrativas con el nombramiento especial de *iuridicus*. La provincia de Panonia, que no había sido incluida en las monedas conmemorativas, pudo aparecer en ese momento en las emisiones dedicadas al César, que, por lo demás, tienen como motivo central personificaciones abstractas: la Concordia, la Buena Suerte y la Esperanza. Quizá hubiera concordia entre Adriano y su César, pero «todos [los demás] estaban en contra» de la elección, dice la *HA*. Aunque nadie tanto como el viejo Serviano, y su nieto Fusco, sobrino nieto de Adriano, que, sin duda, se había sentido estafado en sus derechos de cuna.²⁵

Durante el año 137, el joven Fusco, que cumplía veinticuatro años el 6 de abril, tomó, al parecer, alguna decisión. Las pruebas provienen de una colección de tres horóscopos recopilados por un tal Antígono de Nicea, que incluye el del propio Adriano. Otro, que solo puede referirse a Fusco, aunque no aparezca su nombre, ofrece datos que sitúan su nacimiento en ese día del 113, con más detalles sobre su origen y su muerte.

Fue del linaje más eminente e ilustre tanto por parte de padre como de madre [...], se le educó con grandes expectativas y ya esperaba acceder al poder imperial. Debido a un consejo infausto, tuvo un mal final cuando rondaba los veinticinco años y, tras haber sido denunciado al emperador, fue destruido junto con un anciano de su familia (acusado falsamente por su culpa) [...] se entregó a las pasiones y le encantaban los gladiadores.

Un pasaje del horóscopo de Adriano se puede interpretar en el sentido de que estuvo a punto de morir a los sesenta y un años y diez meses, es decir, en noviembre del 137. Quizá fue entonces cuando Fusco intentó dar un golpe de estado. Dión y la *HA* recogen, por supuesto, las muertes de Fusco y el «anciano de su familia», que debió de haber sido su abuelo Serviano. Dión incurrió en un error respecto a la edad de Fusco, que, según él, tenía dieciocho años. «Ser-

viano y su nieto Fusco [...] fueron condenados a muerte porque les desagradaba [la adopción de L. Cómodo]», escribe Dión. La *HA* se refiere en cuatro ocasiones a la muerte de Serviano y solo menciona a Fusco en la segunda, sin dar más explicaciones: Adriano, «preocupado por buscar un sucesor, pensó en un primer momento en Serviano, a quien luego forzó a morir [...] sentía el mayor aborrecimiento por Fusco, pues ciertas profecías y presentimientos le habían incitado a esperar el poder imperial».²⁶

En realidad, el final de Fusco no se menciona en la *HA*, pero la afirmación de Dión, sumada al horóscopo, prueban claramente que fue condenado a muerte. Serviano, sostiene la *HA*, fue obligado a suicidarse «para impedirle sobrevivir» a Adriano, «aunque ya era nonagenario», según la primera versión, que se repite posteriormente, en la cuarta mención, con la fórmula «para que no le sobreviviese y se convirtiera en emperador». En el tercer pasaje, el más largo, la muerte de Serviano se sitúa no mucho antes de la del propio Adriano, y los motivos aducidos son «por haber dado un banquete a los esclavos imperiales, haberse sentado en un asiento imperial colocado junto a su cama y porque, aunque había cumplido noventa años, había hecho una ronda para ver a los soldados de guardia». Aunque se equivoque en los detalles, Dión relata una historia seguramente auténtica sobre los últimos momentos de Serviano: «Pidió fuego y, cuando estaba ofreciendo incienso, exclamó: “Sabéis muy bien, dioses, que no soy culpable de nada malo. En cuanto a Adriano, solo pido esto: que ansé la muerte y no pueda morir”». Es posible que Serviano no fuera obligado a suicidarse inmediatamente después de la eliminación de Fusco. Sea cual fuere la cronología precisa, todo aquel asunto resultó profundamente inquietante: el sobrino nieto de Adriano había sido ejecutado por haber planeado un supuesto golpe de Estado, y el cuñado del emperador había recibido orden de suicidarse. Tras su versión más detallada del final de Serviano, la *HA* afirma que «en aquel momento se condenó a muerte directa o indirectamente a muchos otros». No se dan nombres. Quizá fue entonces cuando se suicidaron Polieno y Marcelo, obligados supuestamente por Adriano.²⁷

La necesidad de fijar la sucesión, unida a su desesperado estado físico, había impedido a Adriano emprender más viajes ultramarinos. De no haber sido por ello, habría deseado, seguramente, volver una vez más a Atenas para el primer festival panhelénico de la nueva confederación celebrado el año 137. No hay duda de que los últimos años había estado ocupado con el Panhelenio. En Cirene se ha conservado grabada en piedra una carta suya del 135. Había recibido una consulta, sin duda entre muchas otras, del presidente (arconte) de la nueva corporación sobre la solicitud de adhesión presentada por Ptolemaida-Barca, en la Cirenaica. Barca había sido fundada el siglo VI a.C. tras una rup-

tura en la casa real de Cirene. Su población original estuvo formada predominantemente por nativos libios, y las relaciones con Cirene siguieron siendo hostiles durante largo tiempo. La creación por los Ptolomeos de una localidad portuaria para Barca, Ptolemaida (Tolmeita), significó una mayor helenización de la doble comunidad. En ese momento, al cabo de cientos de años, su solicitud para integrarse como miembro fue aceptada, pero solo con un delegado. Cirene, cuyos habitantes eran «de linaje auténticamente aqueo y perfectamente dorio», según declaró Adriano, obtuvieron dos.

Podemos conjeturar que Caninio Céler, el secretario griego (*ab epistulis Graecis*) de Adriano, se encargó de esa y de otras cartas similares. Céler era quizá originario de la colonia romana de Corinto; de ser así, tendría una preparación especialmente buena para la correspondencia panhelénica. Al fin y al cabo, aunque fuera de naturaleza helénica, el Panhelenio no dejaba de ser la creación de un emperador romano, y el culto al emperador divinizado tendría una función esencial en sus actividades. En la inscripción de Cirene no se menciona el nombre del presidente al que Adriano remitió su decisión sobre Barca. Se ha supuesto a veces que se trataba de Herodes Ático, quien, ciertamente, fue arconte de la confederación helénica en algún momento. Pero Filóstrato, que da la noticia, no proporciona una fecha. Una persona con más probabilidades de haber sido el primer presidente era un hombre de Epidauro, anciano ya por aquel entonces, Cn. Cornelio Púlquer, que también desarrollaba alguna actividad en Corinto, colonia en la que ejercía el cargo de heladarca—presidente del *koinón* de los aqueos—, además de otros cometidos como alto funcionario de rango ecuestre. Plutarco había dedicado a Púlquer hacía tiempo un ensayo sobre «Cómo aprovecharse de los propios enemigos»; también era conocido de Epicteto. Ahora aquel anciano debía presidir el festival inaugural, pero en ausencia de Adriano.²⁸

Elio César volvió a Roma el invierno del año 137. El 1 de enero del 138 iba a pronunciar un importante discurso en el Senado, pero la noche anterior cayó enfermo. La medicina que se le suministró empeoró su estado y Elio murió de una hemorragia antes de que el Senado pudiera reunirse. Adriano «prohibió que se celebrara un duelo público, pues habría impedido el ofrecimiento de votos por el año nuevo». Sus planes sucesorios quedaron hechos añicos y había que buscar un nuevo heredero. El César muerto no fue divinizado. Probablemente hubo necesidad de otra apoteosis. Sabina había fallecido, al parecer, inmediatamente antes de la muerte de Elio César. Tras la adopción del César estaba aún viva, y dos inscripciones de Mactaris en África nos la muestran todavía con vida en diciembre del 137. En cualquier caso, expiró antes que Adriano y fue consagrada por él en una ceremonia celebrada, evidentemente, no



Fig. 34. Sabina divinizada (Museo del Palazzo del Conservatori, Roma). Las cabezas de Adriano y el sirviente han sido restauradas (al igual que el brazo de Adriano y la mampostería con llamas). Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

antes de marzo del 138. El suceso fue recogido en las monedas imperiales, y se conserva un espléndido relieve que muestra a Sabina transportada al cielo, mientras un Adriano sedente de aspecto sombrío alza la vista hacia ella y señala con el índice a la nueva deidad. No es de extrañar que se rumoreara que había sido envenenada por el emperador, pues se sabía que, durante años, habían mantenido malas relaciones.²⁹

Los observadores o los supersticiosos afirmaron más tarde haber visto signos del fin inminente de Adriano a comienzos del 138. El 23 de enero, un día antes de su cumpleaños, alguien entró en el Senado sollozando. El emperador estaba visiblemente trastornado. Al parecer, había comenzado a hablar de su muerte, pero sus palabras resultaban ininteligibles. Luego tuvo un lapsus: quiso decir «tras la muerte de mi hijo», pero, en vez de ello, dijo: «tras mi muerte». Tenía sueños inquietantes; soñó que pedía a su padre, fallecido hacía más de cincuenta años, una pócima para dormir y que había vencido a un león. El segundo sueño da a entender que sus pensamientos seguían puestos en Antínoo y la caza del león en el desierto de Libia.³⁰

Las especulaciones concluyeron el 24 de enero, día en que cumplía sesenta y dos años. Tenía una «tisis derivada de una grave hemorragia, lo que le había provocado una hidropesía». Adriano «llamó a su lecho de enfermo a los senadores más eminentes y respetados. Tendido en la cama pronunció un discurso» en el que hizo de la necesidad virtud elogiando la superioridad de un hijo adoptivo sobre uno natural, que podría ser mentalmente deficiente o inválido; la adopción permitía elegir al mejor. Según la versión (probablemente imaginaria) de Dión, Adriano dijo:

Pero, como el cielo me ha arrebatado [a Lucio], he encontrado para vosotros como emperador en su lugar al hombre que ahora os doy, alguien noble, afable, compasivo y prudente. No es ni lo bastante joven como para obrar con precipitación ni demasiado viejo como para ser negligente. Ha ejercido la autoridad de acuerdo con nuestras costumbres ancestrales, de modo que no ignora ningún asunto concerniente al poder imperial, sino que puede abordar cualesquiera de ellos. Hablo de Aurelio Antonino, aquí presente. Sé que no se siente inclinado lo más mínimo a verse implicado en asuntos de gobierno y no desea ni de lejos tal poder; sin embargo, no creo que no vaya a tenernos en cuenta a mí ni a vosotros, sino que aceptará el mando, incluso contra su voluntad.

En realidad, Antonino no aceptó de inmediato, según explica claramente la HA. «Se le dio tiempo para considerar si deseaba cargar con la designación». La ceremonia de adopción se llevó a cabo cuatro semanas después, el 25 de febrero. El nuevo heredero se convirtió en ese momento en Imp. T. Aelius Caesar Antoninus—el término *Imp[erator]* delante de su nombre demuestra

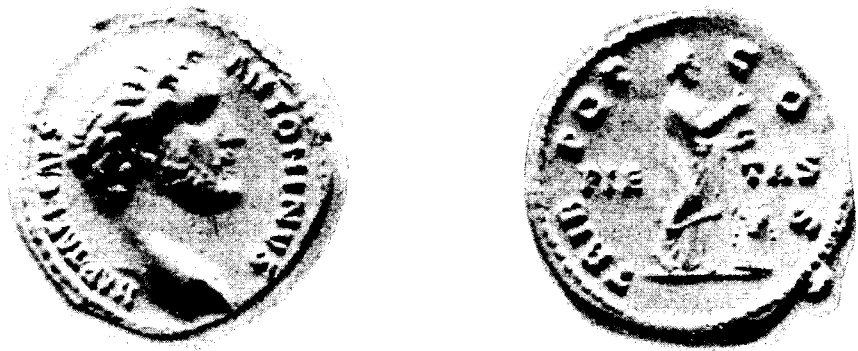


Fig. 35. Moneda de T. Elio Aurelio Antonino César, segundo heredero de Adriano, el año 138 d.C. (*BMC III Adriano*, n.º 1.017). Museo Británico.

que se le aumentaron los poderes por comparación con los de L. Elio César. También recibió la potestad tribunicia y fue designado para un segundo consulado el año 139. Además, conservó su nombre de Antonino—y el de Aurelio, también suyo, relegaría pronto a un segundo plano el Elio tomado de Adriano.³¹

Antonino tenía cincuenta y un años, era nieto de dos hombres, Aurelio Fulvo y Arrio Antonino, que habían salido a la luz pública el 69 d.C., año de los Cuatro Emperadores. Fulvo, su abuelo paterno, procedía de Nemauso (Nîmes), en la Galia. El nuevo César era sumamente rico y un terrateniente ahorrativo y consciente, tenía cultura y era un buen orador. En su reciente proconsulado en Asia había demostrado su natural afable. Ese año en el cargo había sido, en realidad, su única experiencia provincial (no había realizado ningún servicio militar). Aquello no suponía, obviamente, ninguna desventaja desde el punto de vista de Adriano, pues quería un hombre de paz. Pero la condición vinculada al nombramiento demostró la importancia adicional de otras consideraciones. Antonino debía adoptar a su vez al hijo de Elio César, llamado también Cómodo, y a Marco Annio Vero, el joven prometido de Ceyonia Fabia, hija también de Elio César—Annio Vero era además sobrino de Faustina, mujer de Antonino. Ambos jóvenes recibirían en ese momento los nombres respectivos de L. Aurelio Cómodo y M. Aurelio Vero.³²

Resulta difícil no concluir que la verdadera elección de Adriano recayó, en cualquier caso, en el joven Marco, Verísimo, demasiado joven todavía en los años 136-138 como para ser llamado emperador. Elio César, primero, y Antonino, después, le guardarían el puesto; ambos estaban ya ligados por lazos familiares: Elio como futuro suegro; y Antonino, como tío político. Se puede en-

contrar cierto apoyo a esta interpretación en los sucesos que siguieron a la elección de Antonino. Dos personajes importantes que cayeron en desgracia por esas fechas, Umidio Cuadrato y Catilio Severo, estaban también emparentados con Marco y se consideraban, quizá, más idóneos para el papel encomendado a Antonino. Ambos tenían bastante más experiencia militar y de gobierno que él. Lo que les ocurrió no debió de ser demasiado duro, aunque se dice que Adriano los «hostigó» (*insecutus*). Catilio fue destituido de su cargo de prefecto de Roma «por haber abrigado planes de hacerse con el poder imperial». No hay que olvidar tampoco el misterioso caso de Atilio Ticiano, cónsul ordinario el año 127; se dice que Adriano «permitió que se acusara a Ticiano de haber conspirado para hacerse con el poder y se le condenara declarándole proscrito». El caso, en realidad, pudo haber ocurrido en el siguiente reinado, a no ser que el juicio comenzara bajo Adriano y la condena y la proscripción se aplazaran, pues se dice que Ticiano fue proscrito—por el Senado—en tiempos de Antonino.³³

El fiel Marcio Turbón fue depuesto el año 138, a más tardar—se le asocia con Cuadrato y Catilio como una de las personas «hostigadas» por Adriano. Hay pruebas del nombramiento de sus dos sucesores, Gavio Máximo y Petronio Mamertino, como prefectos de la Guardia. Mamertino era un candidato obvio: acababa de concluir su mandato como prefecto de Egipto, donde había sido sustituido por Avidio Heliodoro tras recuperar el favor imperial. Gavio parece haber sido comparativamente bastante más joven—el puesto más alto al que había llegado solo dos años antes era el de procurador de la Mauritania Tingitana. Pero iba a hacerse famoso por su «enorme rigor» y fue muy considerado por Antonino. Dado que pronto habría un cambio de régimen, era evidentemente insoslayable asegurar la estabilidad en las provincias y una autoridad firme y leal entre los mandos del ejército. Conocemos algunos nombres. Sexto Julio Severo se había quedado en el Este y había pasado de Siria Palestina a Siria. Quizá murió mientras ocupaba este cargo. Al final del reinado de Adriano se produjo en aquella provincia algo parecido a una crisis. Dos o tres consulares de importancia se sucedieron, al parecer, rápidamente en el Gobierno de Siria. Uno fue Julio Mayor, cuyo nombramiento fue bastante normal, dado que había sido legado de Mesia Inferior desde el 134. El otro nombre conocido, Brutio Presente, que había ejercido el consulado hacía ya veinte años, resulta sorprendente. Sin embargo, era, sin duda, un amigo íntimo y fiel de Adriano. En otros lugares aparecen algunos nombres reveladores. Panonia Superior había sido encomendada a Haterio Nepote, protegido de Adriano desde hacía tiempo y que no le había contrariado. Lolio Urbico, anterior jefe de Estado Mayor de Severo en la guerra judía, gobernó Germania In-

ferior una vez acabada la guerra y, a continuación, fue nombrado, quizá por Adriano, gobernador de Britania, en una promoción típica.³⁴

Sin embargo, en ese momento, la principal preocupación era la estabilidad en el centro. Las medidas tomadas por Adriano garantizaron el futuro de la posición imperial para los dos reinados siguientes. La adopción «en dos niveles» del año 138 recuerda, en realidad, los planes de Augusto; primero, Tiberio para guardar el puesto a Gayo y a Lucio, cometido que Tiberio rechazó; luego, el 4 d.C., la adopción de Tiberio, que hubo de adoptar a su vez a Germánico como coheredero en segunda línea, junto con su hijo Druso. Es bastante posible que Adriano, que había representado durante los últimos quince años el papel de «nuevo Augusto», intentara emular también al primer Príncipe en este asunto. Conocía, seguramente, la carta escrita a Gayo César por Augusto al cumplir sesenta y tres años: Augusto expresaba un gran alivio al superar aquella marca (el «gran climaterio» del sexagésimo tercer aniversario se consideraba especialmente peligroso). Adriano, que había cumplido sesenta y dos años en enero, estaba probablemente convencido de que no llegaría a su siguiente cumpleaños. Al fin y al cabo, era un astrólogo consumado y conocía su propio futuro hasta el mínimo detalle. Pero el progreso implacable de su enfermedad debió de hacer evidente aquel sentimiento sin necesidad de recurrir a la ciencia de los astros.³⁵

La salud de Adriano era ya pésima. Poco antes de obligar a Serviano a suicidarse, había sufrido en Tibur una hemorragia especialmente grave. A pesar de echar mano de «ciertos encantamientos y ritos mágicos que le aliviaron durante un tiempo de la hidropesía [...] se volvió a llenar otra vez de agua», informa Dión. «Como, de hecho, no dejaba de empeorar y se podía decir que moría día a día, comenzó a anhelar la muerte. A menudo pedía veneno o una espada, pero nadie se los daba». La maldición de Serviano estaba haciendo efecto. Nadie se atrevía a obedecerle, sigue diciendo el relato de Dión, «aunque les prometía dinero e inmunidad». Le falló incluso Mástor, su cazador yázige. A base de amenazas y promesas, Adriano consiguió que accediera a asestarle el golpe y trazó una línea de color por debajo del pezón, en el punto que le había señalado su médico, Hermógenes. Pero Mástor se asustó demasiado y no fue capaz de hacerlo. Adriano «lamentó amargamente el estado al que le habían reducido su enfermedad y su indefensión, a pesar de que todavía seguía teniendo poder de destruir a cualquiera, incluso hasta el momento mismo de la muerte».³⁶

La *HA* cuenta lo que ocurrió a raíz del intento fallido de utilizar a Mástor (a quien no nombra):

Antonino y los prefectos se presentaron ante Adriano y le suplicaron que soportara con ecuanimidad lo irremediable de la enfermedad. Antonino le dijo que sí, tras ser adoptado, permitía que le mataran, cometería un parricidio. Adriano se enojó y ordenó que dieran muerte a la persona que les había informado, que, sin embargo, fue salvada por Antonino. A continuación escribió su testamento. Pero no descuidó los asuntos del Estado [...]. En realidad, intentó volver a suicidarse; cuando le quitaron la daga, todavía se puso más violento. Pidió veneno a su médico, quien se suicidó para no obedecer.

Se ha hallado en Roma la lápida de Marcio Hermógenes, el médico imperial. La *HA* expone a continuación dos episodios curiosos y cita a Mario Máximo como fuente.

Apareció una mujer que dijo haber sido advertida en sueños para que recomendara a Adriano que no se suicidase, pues iba a recobrar la salud. Al no haber transmitido el aviso, la mujer se quedó ciega, pero el encargo le fue reiterado con la orden de besar las rodillas de Adriano para recuperar la vista.

Una vez cumplido el encargo recibido en sueños y tras haber regresado al templo—probablemente había estado sometándose a una «curación en sueños»—, se lavó los ojos y recobró la vista. Por otra parte, un ciego de Panonia se acercó a Adriano y le tocó las rodillas recuperando también así la visión, y la fiebre de Adriano remitió durante un tiempo.

Mario Máximo consideraba falsas a ambas personas. A continuación, Adriano marchó a la costa, a Bayas, y dejó a Antonino al mando en Roma.³⁷

En esta última fase, Adriano escribió una autobiografía citada tanto por Casio Dión como por la *HA*. El desmentido de que la muerte de Antínoo fuera algo más que un ahogamiento accidental demuestra que fue escrita en fechas tardías. La biografía incluía también una excusa por la muerte de los cuatro consulares del año 118. No obstante, era una exposición completa de su vida y en ella afirmaba, por ejemplo, su procedencia original de los Elios hispanos de Adria, en el Piceno. Adriano afirmaba también que se había visto obligado a beber mucho durante la primera Guerra de Dacia para amoldarse a las costumbres de Trajano. El escrito contenía así mismo augurios, como la historia de la pérdida de su manto cuando era tribuno de la plebe. Es posible que fuera también en la autobiografía donde Dión encontró una notable afirmación: Adriano insistía en que Vespasiano había sido envenenado por Tito. La *HA* recoge una información peculiar acerca de la autobiografía. Según ella, Adriano



Fig. 36. Adriano: el último retrato, hallado en la villa imperial de Tívoli.
(Museo Vaticano, Roma) Instituto Arqueológico Alemán, Roma.

ansiaba tanto que se difundiera su fama que confió a sus libertos cultos algunos libros escritos por él sobre su propia vida y les ordenó que los publicaran con sus nombres; de hecho, se dice también que los libros de Flegonte fueron escritos en realidad por Adriano.

De haber sido ese el caso de la autobiografía, el engaño no se mantuvo mucho tiempo. En cuanto a las obras de Flegonte, parece improbable que hubieran sido escritas por el emperador, aunque, desde luego, pudo haber participado de alguna manera dirigiendo las investigaciones de su liberto.³⁸

Se puede proponer una hipótesis más verosímil respecto a la autobiografía. En un papiro de Fayún se ha conservado, por alguna casualidad, parte de la copia de una carta escrita por Adriano a Antonino por aquellas fechas. La carta muestra que estaba intentando aparentar calma y resignación ante su destino y que se sentía azorado por sus fallidos intentos de suicidio.

Sobre todo quiero que sepas que la vida no me abandona ni prematura ni irrazonablemente; no me siento poseído por la autocompasión ni sorprendido, y no he perdido mis facultades, aunque quizá, según he comprobado, pueda parecer que casi te insulto cuando te hallas a mi lado siempre que necesito ayuda, consolándome y animándome a descansar. Ésta es la razón que me ha impulsado a escribirte, y no lo hago, por Zeus, como quien urde un tedioso relato contrario a la verdad, sino como quien escribe un informe sencillo y exacto de los propios hechos.

Tras este preámbulo, todo lo que queda en el fragmento es una observación sobre sus auténticos padres: «El que fue mi padre por nacimiento enfermó y murió como ciudadano particular a los cuarenta años, de modo que he vivido la mitad más que él y he alcanzado casi la misma edad que mi madre». Se ha sostenido con argumentos convincentes que la carta a Antonino es, en realidad, la autobiografía misma en forma epistolar, práctica que contaba con buenos precedentes.³⁹

El sueño de Adriano recogido por la *HA* en el que pedía a su padre una posición somnífera confirma que en aquellas semanas había estado pensando en su progenitor real, muerto más de cuarenta años antes, según atestigua la carta a Antonino. Durante sus últimos días o semanas, Adriano compuso un poema que demuestra, quizá, que había recuperado su equilibrio, al menos a medias. Es una interpelación a su «almita», su compañera que debe partir en ese momento al mundo inferior, frío y triste. El lenguaje es ambiguo y alusivo—seguramente de forma deliberada—, y muestra inequívocamente la influencia del antiguo poeta romano Ennio, que Adriano prefería a Virgilio. En el último momento su calma se vino de nuevo abajo, si hemos de creer a Dión:

«Finalmente abandonó su esmerado régimen y, tras haberse dado el gusto de tomar comidas y bebidas inadecuadas, encontró la muerte pronunciando en voz alta el dicho popular: “¡Muchos médicos han matado a un rey!”». ⁴⁰

Antonino había sido convocado a Bayas y Adriano falleció allí en su presencia el 10 de julio del 138. En un primer momento fue sepultado en la antigua villa de Cicerón, en Putéolos (Puzzuoli), *invisus omnibus*, según dice la HA. La frase tiene dos significados, ‘sin que nadie le viera’ y ‘odiado por todos’. El sepelio tuvo, probablemente, carácter muy privado, fuera de la vista de la gente. Pero la HA, o su fuente Mario Máximo, se referían, seguramente, a que, en el momento de su muerte, Adriano era universalmente detestado. Dión, en cualquier caso, lo entendió así: «Adriano fue odiado por la gente, a pesar de haber sido en general un excelente soberano, debido a los asesinatos que cometió al comienzo y al final de su reinado, pues fueron injustos e impíos». ⁴¹

EPÍLOGO
ANIMULA VAGULA BLANDULA

animula vagula blandula
hospes comesque corporis,
quo nunca abibis? in loca
pallidula rigida nubila
nec ut soles dabis iocos.

Pocos poemas breves han generado tantas traducciones versificadas y debates académicos tan abundantes como estas cinco líneas—diecinueve palabras tan solo—escritas por el moribundo Adriano y citadas en la *Historia Augusta*. Se ha puesto en duda incluso su autenticidad. Pero esta, al menos, ha quedado confirmada al haberse observado que la calidad del poema supera, evidentemente, «las posibilidades del autor de la HA». Se discute también su significado: en concreto, si los adjetivos del cuarto verso se refieren a *animula* o a *loca*, y cómo habría que puntuar el tercero. El texto dado aquí depende de una variante en la lectura del tercer verso y recoge una conjetura, *nubila* por *nudula*, para el cuarto. Así, el sentido sería el siguiente:

Almita inquieta y melosa,
huésped y compañera del cuerpo,
¿a dónde vas? A un lugarcillo
lívido, gélido, lóbrego,
y ya no retozarás como acostumbras.

Parece perfectamente idóneo que aquel gran viajero que tan a menudo había aceptado la hospitalidad ajena y había llevado consigo un cortejo de *comites* pensara al final en su alma—un alma que había sido *hospes* y *comes* de su cuerpo—como un caminante dispuesto a partir, esta vez hacia el mundo subterráneo. La clave para entender la opinión de Adriano sobre el destino de su alma se encontró al descubrirse un eco de los versos de Ennio sobre el reino de los muertos, los «Acherunsia templa alta Orci», ‘los altivos templos del Orco, a orillas del Aqueronte’, «pallida leto, nubila tenebris loca», ‘lugares lívidos de muerte, lóbregos por sus tinieblas’. Ennio, al fin y al cabo, era un poeta favori-

to de Adriano. Los versos tercero y cuarto, puntuados así, forman una pregunta y una respuesta.¹

El carácter de Adriano era desconcertante y contradictorio: «severo y jovial, afable y duro, impetuoso y dubitativo, mezquino y generoso, hipócrita y franco, cruel y compasivo, y siempre mudable en todo siendo una sola persona». Así dice la *HA*, y el *Epitome de Caesaribus* ofrece una versión similar, tomada claramente de la misma fuente, el biógrafo Mario Máximo.² Los retratos de Adriano no nos dan apenas pistas sobre su ser íntimo; «no muestran envejecimiento ni evolución. ¿En qué sentido podemos hablar de su auténtica naturaleza? [...]. ¿Era una de esas personalidades que se mantienen coherentes hasta cierto punto, o su carácter era aquello que le ocurría?». Tal era el veredicto de un especialista en iconografía de Adriano.³

Al abordar las creencias más íntimas del emperador nos movemos también en terreno incierto: «Quienes pretenden reconstruir la religión de Adriano basándose directamente en sus propias declaraciones, aun siendo escasas, llegan a resultados diametralmente opuestos».⁴ Su iniciación en Eleusis—y la moneda de tipo *cistophorus* con la leyenda *ren[atus]*, ‘renacido’, emitida al poco de haber accedido al grado superior—podría aludir a algún tipo de misticismo. Su aventura con Pacrates, el milagrero egipcio, la muerte de Antínoo y sus repercusiones y la extraña acuñación que lo representa como un veinteañero apuntan en una dirección todavía más desconcertante. En realidad, su auténtica religión fue, quizá, el helenismo (con barba y todo), pero, en última instancia, su poema de moribundo podría dar a entender una vuelta a una postura escéptica, casi epicúrea, influenciada por el viejo poeta.⁵

Los síntomas de su enfermedad mortal—hemorragias, dificultades respiratorias, consunción e hidropesía—, junto con lo que sabemos de su carácter y comportamiento, permiten realizar un diagnóstico fácil: afección cardíaca por arterioesclerosis coronaria.⁶ Aunque la mayoría de sus retratos no muestran signos de cambio, de uno, al menos, se ha dicho que «más que retratar a un anciano muestra los efectos de una catástrofe»,⁷ en el sentido de la acumulación de los sucesivos golpes sufridos en sus últimos años: la muerte de Antínoo, la sublevación judía y la crisis sucesoria.

Marco, favorito de Adriano, al reflexionar más de treinta años después sobre aquellos con quienes tenía una deuda de gratitud, no menciona para nada al hombre a quien debía el trono.⁸ Frontón, el maestro de Marco, admitía en una carta temprana a su alumno haber elogiado a Adriano bastante a menudo en discursos pronunciados en el Senado *inpenso et propenso quoque*, ‘con decisión y hasta por propia voluntad’. Sin embargo, «más que amar a Adriano, deseaba granjearme su buena voluntad, como con Marte Gradivo o Júpiter [...].

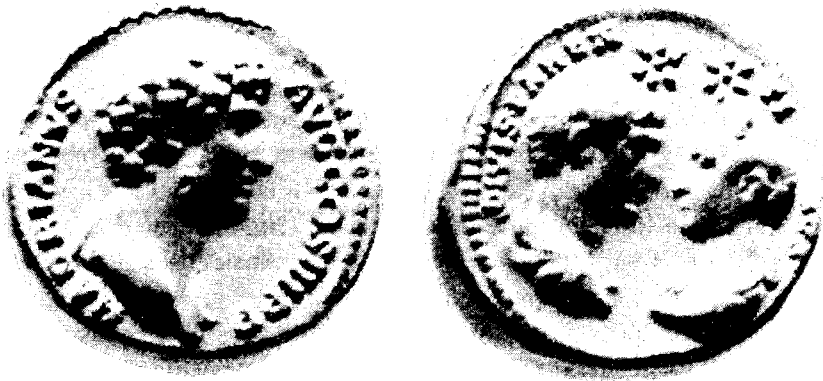


Fig. 37. ¿Adriano rejuvenecido? (BMC III Adriano, n.º 603). Museo Británico.

Me faltaba confianza; no me atrevía a sentir afecto por aquel a quien tanto respetaba». Más tarde elogiaría de manera sarcástica los viajes de Adriano, «un *princeps* lo bastante activo como para girar visita a los ejércitos y arengarlos con elocuencia»—los monumentos erigidos con motivo de aquellos viajes podían verse en muchas ciudades de Europa y Asia—, pero que prefería abandonar lo conquistado por Trajano y obligar a las tropas a hacer instrucción con armas de mimbre en vez de ponerlas a luchar con escudo y espada.⁹

Seis años después de la muerte de Adriano, Elio Aristides, el joven orador de Hadriani, una de las ciudades fundadas por Adriano en Misia, hacía, más o menos, una década, llegó a la capital y pronunció un discurso festivo «En alabanza a Roma». Una gran parte de la alocución se puede considerar un tributo a la obra de Adriano, en especial la afirmación de que el mundo entero era entonces una especie de ciudad-estado única; y la guerra, cosa del pasado. La constitución del Imperio plasmaba los mejores rasgos de la democracia, la aristocracia, la oligarquía y la monarquía. Su máxima «obra de perfección» era el ejército, por su método de reclutamiento, las condiciones de servicio, el despliegue, la instrucción y la disciplina. Pero el orador insinuaba una crítica al inquieto predecesor de Antonino en un sentido concreto. El fluido funcionamiento de aquel extenso estado mundial se podía observar en la sucesión regular de gobernadores nombrados para sus pueblos. Su abrumador respeto hacia el «gran gobernador, el que los preside a todos», garantizaba su conducta ordenada. No había «necesidad de que se agotase viajando alrededor de todo el Imperio, yendo de un lugar a otro para comprobar personalmente todos los detalles». Aquello constituía un contraste indudable entre el plácido Antonino—que no saldría nunca de Italia durante su reinado—y Adriano,

perpetuamente de viaje. Aristides había hecho ya la misma observación al ridiculizar a Ciro, rey de Persia, que se había visto obligado a recorrer sus posesiones sin cesar nunca de moverse.¹⁰

Casi cien años después de la muerte de Adriano, Casio Dión resumió el reinado calificándolo, a pesar de sus críticas, de «excelente, en general». Entre los aspectos favorables elogiados previamente por él hizo hincapié en el «entrenamiento y la disciplina de todo el ejército a lo largo y ancho del Imperio». El autor del *Epitome de Caesaribus*, que escribía a finales del siglo iv, va aún más lejos: «Fijó los cargos (*officia*) públicos y del palacio, además de los militares, según el modelo que sigue existiendo aún hoy, con unos pocos cambios introducidos por Constantino». Este juicio es evidentemente exagerado. Las «reformas militares» de Adriano tuvieron un alcance limitado. Es cierto que insistió mucho en la instrucción y la disciplina y, quizá, Dión y el autor del *Epitome* pensaran en ello cuando escribían. Hay también algunas pruebas de que hizo concesiones a los soldados en el terreno legal. Se puede detectar cierto mayor rigor en la concesión de los llamados diplomas, sobre todo a los veteranos de las tropas auxiliares: a partir del 129, aproximadamente, se especifica el lugar de origen del oficial al mando de los veteranos, y unos pocos años después se regularizó la norma de los siete testigos para todos los diplomas. Una pequeña innovación parece ser el cambio de rango de la prefectura del *ala milliaria*, que pasó a considerarse una «cuarta *militia*».¹¹

Al margen de otras cosas, la revisión de la política exterior imperial y las medidas para el establecimiento de fronteras fijas tomadas por Adriano tuvieron un corolario. Cada vez fue más raro que las legiones fueran trasladadas de una provincia a otra. Los ejércitos comenzaron a asentarse en sus bases más de lo que lo habían hecho hasta entonces, con efectos indudables sobre el reclutamiento, que hubo de ser más local. Se ha discutido si la política de fronteras de Adriano fue realmente una innovación. Sin embargo, el efecto simbólico de la construcción misma de la empalizada más allá de los cursos altos del Rin y el Danubio, y el *fossatum Africae*, por no hablar de la serie de costosas obras conocidas como el Muro de Adriano, fue innegable. Es curioso que solo la *HA* se refiera específicamente a esas obras de fronteras en relación con Adriano. Sin embargo, Elio Aristides alude a ellas con cierta altanería seis años después de la muerte de Adriano.

Consideraste innoble levantar murallas en torno a la propia ciudad, como si te estuvieras escondiendo o huyendo de tus súbditos. No obstante, no te olvidaste de construirlas, pero situándolas alrededor del Imperio, y no de la ciudad [...]. Al otro lado del círculo más exterior del mundo civilizado trazaste una segunda línea [...]. Los campa-

mentos de un ejército encierran el mundo en un cercado, como si se tratara de una fortificación [...] en tierras lejanas, de Etiopía a Fasis y del Éufrates a la gran isla más apartada situada al oeste; podemos definir todo esto como un anillo y un cerco de murallas. No han sido construidas con asfalto y ladrillos cocidos, ni se alzan brillantes revocadas de estuco. Y, sin embargo, esas obras corrientes existen en sus respectivos lugares «encajadas precisa y exactamente con piedras, interminables por sus dimensiones y más refulgentes que el bronce», como dice Homero del muro del palacio.

Constituye una ironía que, en el momento mismo en que Aristides expresaba esos sentimientos, se estaba trabajando a todo ritmo en Britania en una nueva obra fronteriza de construcción más modesta: el Muro de Adriano había sido abandonado, se había vuelto a ocupar el sur de Escocia y se estaba levantando el muro Antonino entre Forth y Clyde. Es difícil no ver aquella decisión, además de otras cosas, como un insulto deliberado a la memoria de Adriano.¹²

Adriano introdujo una sorprendente innovación en Italia en la «gestión» del Imperio—en su «administración»—al crear, de hecho, en la península cuatro provincias con cuatro hombres de rango consular como gobernadores. El sistema fue abolido por su sucesor. Se puede sostener que bajo Adriano, el *cur-sus honorum* senatorial se fijó de acuerdo con un modelo regular que perduró durante el siguiente reino y más allá. El ejercicio de solo dos destinos entre la pretura y el consulado—un mando en la legión y otro en una provincia imperial, o su equivalente (por ejemplo, en una de las tesorerías)—parece haber sido la señal de que un senador se hallaba en camino de gobernar una o más de las principales provincias militares tras haber sido cónsul. La HA atribuye erróneamente a Adriano un criterio de esplendidez extrema al conceder terceros y segundos consulados. En realidad, solo dos hombres se beneficiaron de una tercera titularidad de las *fascēs*, y únicamente conocemos cinco segundos consulados. A pesar de su acusado filohelenismo, el trato dado por Adriano a los griegos o a los orientales podría parecer, a primera vista, menos generoso que el de Trajano; y el número de griegos que fueron cónsules *ordinarii* con Antonino fue mayor que con Adriano. No obstante, es evidente que Adriano fue el primero en conseguir convencer a los griegos de la Grecia antigua para que ingresaran en el Senado; y es bajo su reinado cuando encontramos por vez primera a griegos en el Gobierno de las provincias del occidente latino. En cuanto a la carrera ecuestre, ya hemos mencionado el nuevo rango del *prae-fectus alae milliariae*. Es evidente que antiguos titulares de ese cargo fueron destinados a procuraturas importantes. La HA atribuye a Adriano la «innovación» de nombrar *equites*, y no libertos, como secretarios *ab epistulis* y a *libellis*, pero se trata de un error evidente. Por otro lado, la primera mención de un

advocatus fisci es del reinado de Adriano, y quizá fue él quien instituyó el cargo—según afirma la *HA*—que, como puesto sustitutivo del servicio militar, permitía el acceso a las procuraturas. En general, parece que se ha exagerado el papel de Adriano como reformador de la «administración».¹³

También es dudoso que Adriano modificara realmente la naturaleza del *consilium principis* o que dejara en el derecho romano una impronta tan profunda como se ha asegurado a menudo. Es cierto que encargó al joven senador Salvio Juliano la «codificación» del edicto del pretor. En el *Digesto* hay también muchos más rescriptos suyos que de los emperadores que le precedieron, lo cual no se debe, probablemente, a una decisión arbitraria de los compiladores; de hecho, se ha sostenido que el primero en dictar «rescriptos con intención de validez permanente» fue Adriano. La *HA* hace mucho hincapié en su actividad innovadora como legislador. Una de las medidas de posible trascendencia fue la extensión del *ius Latii*. La concesión de *Latium maius* significó la obtención de la ciudadanía romana plena no solo por los magistrados sino también por todos los miembros del consejo municipal de una comunidad latina. Aquella medida debió de haber tenido como finalidad difundir más ampliamente la ciudadanía romana en las provincias occidentales, aunque las pruebas de su utilización son muy limitadas.¹⁴

El reinado de Adriano afectó, sobre todo, a las provincias del Imperio. «Ayudó con suma generosidad a las ciudades aliadas y sometidas», recalca Dión. «De hecho no hubo ningún otro emperador que visitara tantas como él; se podría decir, además, que ayudó a todas; a unas, proporcionándoles suministro de agua; a otras, dándoles puertos, provisiones alimenticias, edificios públicos, dinero y honores varios». Dión añade más adelante que «construyó también teatros y celebró juegos en sus viajes de ciudad en ciudad». La *HA* alude al mismo asunto: «En casi todas las ciudades construyó algo y celebró juegos»; y el *Epitome de Caesaribus*, al hablar del equipo de artesanos organizado de forma militar que llevaba consigo, se refiere a él diciendo que «restauró ciudades enteras». El propio Frontón señala, en un comentario básicamente hostil, que «se pueden ver monumentos de sus viajes en un gran número de ciudades de Asia y Europa». Dión y la *HA*, al igual que Pausanias, recalcan, en particular, lo que hizo por Atenas; y la *HA* ofrece, al menos, una lista, si bien incompleta, de sus edificios en Roma.¹⁵

Es difícil calcular el número de ciudades fundadas por Adriano, pues hubo muchas comunidades orientales que adoptaron su nombre. Al menos hay que concederle el mérito de la fundación de la colonia de Mursa en Panonia, sin duda la última de tipo tradicional para veteranos creada en Occidente, de Hadrianópolis en la Cirenaica, de Hadrianuteras, Hadrinia y Hadriani en Misia,

de Antinoópolis en Egipto y de Elia Capitolina en Judea. Las dos últimas son un compendio del helenismo de Adriano llevado hasta el extremo. Es posible que su pasión por el hermoso bitinio no fuera más que el motivo del nombre de la nueva ciudad a orillas del Nilo. A pesar del entusiasmo con que fue aceptado por los griegos, el culto por el divino Antínoo, creado por él, les pareció, cuando menos, un tanto estrambótico a los romanos de occidente. En cuanto a la nueva Jerusalén de Adriano, la decisión de crear allí una ciudad pagana y prohibir la circuncisión, medidas ambas que provocaron la última y desesperada rebelión judía, indican, seguramente, que su helenismo le había cegado impidiéndole ver la realidad.¹⁶

Tertuliano pensaba, sin duda, que los incansables viajes de Adriano se debían a su insaciable curiosidad, en el sentido de un deseo de conocer lo que no debía conocerse. Juliano el Apóstata acusó igualmente a Adriano de haberse «entrometido en los misterios». La *HA* comenta también que «le encantaba tanto viajar que deseaba adquirir mayores conocimientos de primera mano sobre todo cuando había leído acerca de las distintas partes del mundo». Sus secciones de «recuerdos» de la gran villa de Tibur, que rememoraban sobre todo a Atenas, apuntan en la misma dirección. Los observadores modernos están dispuestos a ver en los viajes de Adriano por las provincias un plan sistemático: conocer el Imperio directamente y consolidar las provincias en una nueva posición. Sin embargo, la compleja personalidad de Adriano y, por tanto, sus motivos se nos escapan en última instancia, como se le escaparon a Mario Máximo—pues el veredicto reproducido en el *Epitome de Caesaribus* debe de ser suyo—:

Aunque era voluble, complejo, inconstante y nacido como para ser juez de vicios y virtudes, controlaba su espíritu apasionado mediante alguna especie de artificio y ocultaba diestramente su carácter envidioso, infeliz y arbitrario e inmoderado en sus ansias exhibicionistas; fingía contención, afabilidad y benignidad y disimulaba su ardiente deseo de gloria.

Dión atribuye a Adriano un carácter «benigno» (aparte de las ejecuciones ordenadas por él al comienzo y al final de su reinado), pero hace hincapié en su ambición y sus celos, y observa que su «gran severidad, su actitud inquisitiva y su entrometimiento» caían mal. No obstante, estaba dispuesto a concluir que Adriano «equilibraba y compensaba esos defectos con su cuidadosa vigilancia, su prudencia, su generosidad y su habilidad», y con su política de paz. En cuanto a la «afectación» en el carácter de Adriano, podríamos sostener que, durante su prolongada presencia en el Este, al representar los papeles de un

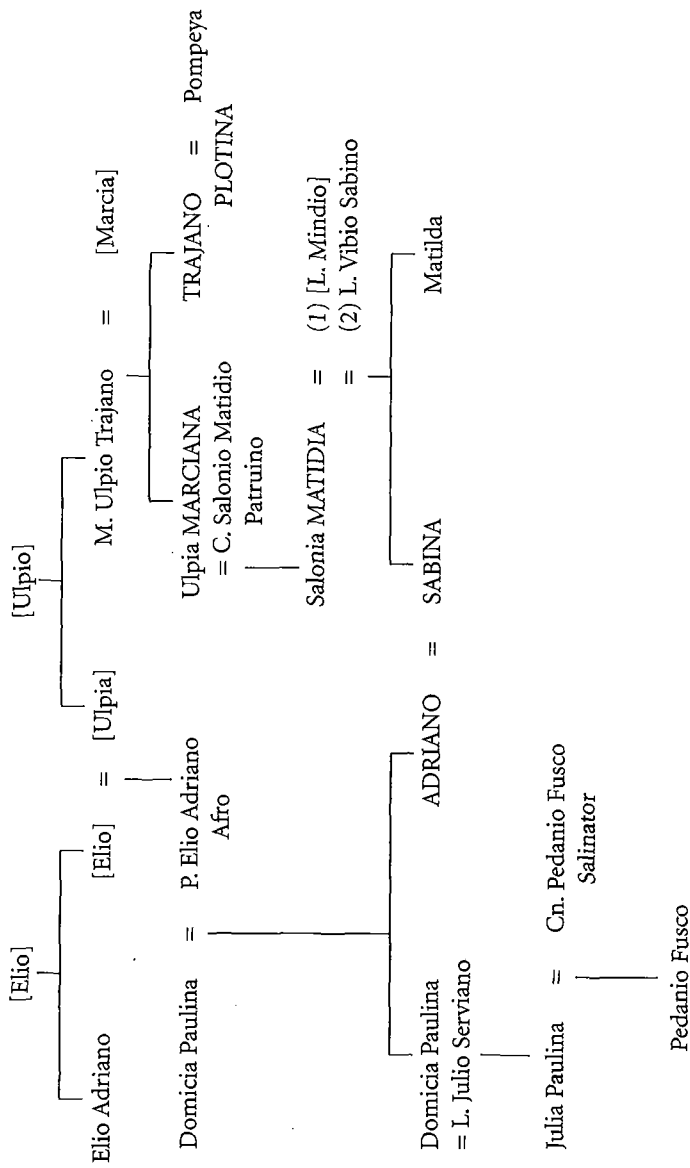
Pericles renacido e intentar recrear el mundo del siglo v a.C., estuvo interpretando, en cierto sentido, una especie de farsa.¹⁷

A comienzos del siglo v d.C., Sinesio de Cirene escribió lo siguiente en una carta dirigida a un amigo:

Respecto al emperador y sus amistades y en lo referente a la danza de la fortuna, ciertos nombres salen disparados como llamas hasta una gran altura de gloria, para apagarse luego. Pero son cosas sobre las que el silencio es aquí absoluto; nuestros oídos no han tenido que sufrir ese tipo de noticias. Quizá la gente sepa—porque los recaudadores de impuestos nos lo recuerdan cada año—que todavía existe un emperador. Pero no está tan claro *quién* es. De hecho, algunos pensamos que el trono sigue ocupado aún por Agamenón.

Es posible que Sinesio bromeara con su amigo sobre la lejanía del soberano del Imperio. Pero, según demuestra su ensayo *Sobre el reinado*, dirigido, al parecer, a Arcadio, la desaprobaba enérgicamente: el emperador debía dirigir sus ejércitos en persona y recorrer las provincias para ver por sí mismo a sus súbditos y ser visto por ellos. Al margen de sus otros logros, sus giras incansables por las provincias hicieron de Adriano el monarca más visible de todos los tiempos del Imperio romano.¹⁸

ÁRBOL GENEALÓGICO



Los augustos y augustas aparecen en mayúsculas. Los nombres entre corchetes se refieren a personas no atestiguadas en concreto. (Sobre [Marcia], [L. Mindio] y [Ulpia], véase R.-C. n.º 521, 533 y 821.) En la lista dada más abajo, las referencias con una letra, A, D, etcétera, seguidas de un número, remiten a *PIR*². Véanse los árboles genealógicos de Antonino Pío, los Annio Vero, Domicia Lucila y Lucio Vero en A. R. Birley, *Marcus Aurelius* 1987, pp. 235-238; para los Dasumio y para Domicio Tulo, ver Syme, «The Testament of Dasumius: some novelties», en *Chiron* 15 (1985), pp. 41-63 = *RPV* (1988), pp. 521 y ss., en pp. 62 y s. = pp. 544 y s. No he tenido en cuenta las conjeturas de G. di Vita-Evrard, «Le testament dit "de Dasumius": testateur et bénéficiaires», en *Epigraphia juridica romana*, Pamplona, 1989, pp. 159-174, que parece hallarse en conflicto con las pruebas. En particular, la autora cree (pp. 167 y s.) que la hija adoptiva de Tulo, Domicia Lucila la mayor, abuela de M. Aurelio, se había casado con el padre de Adriano en primeras nupcias; de ahí que Adriano fuera tío de Marco. Sin embargo, en *HA Had.* 1.2, pasaje no analizado por Di Vita-Evrard, la madre de Adriano recibe el nombre de Domicia *Paulina*, y no el de Lucila. También supone (p. 170) que la esposa o viuda de Tulo fue una tal Domicia, en concreto Domicia Longina, mujer de Domiciano; se trata de una idea fascinante.

ELIO ADRIANO: tío abuelo de Adriano, nombrado únicamente en *HA Had.* 2.4.

P. ELIO ADRIANO AFRO: padre de Adriano, primo de Trajano (*HA Had.* 1.2; *Epit. de Caes.* 14.1). De ahí que Adriano fuera sobrino segundo de Trajano, y no «sobrino carnal», como creen muchos autores modernos. Su *praenomen* P. aparece consignado en *ILS* 308 = Sm. 109, inscripción adriánica procedente de Atenas. Sus otros nombres se dan en *HA Had.* 1.2 (Aelius Hadrianus Afer), el *Epit. de Caes.* 14.1 (Aelius Hadrianus) y *Dión* 69.3.1 (Hadrianus Afer). Murió cuando Adriano tenía veinte años cumplidos (*HA Had.* 1.4), es decir, el 85 d.C. o, a más tardar, en enero del 86, a los treinta y nueve años de edad según la carta del propio Adriano a Antonino (*PFayum* 19-Sm. 123), por lo que había nacido el 45 o el 46.

DOMICIA PAULINA: madre de Adriano, nacida en Gades (*HA Had.* 1.2). D 185; R.C. n.º 330.

(ELIA) DOMICIA PAULINA: hermana de Adriano (*HA Had.* 1.2, etcétera). D 186; R.C. n.º 12. La carta de Adriano publicada en el *Corpus Glossariorum Latinorum* III 37, pp. 44 y s., habla de «hermanas», en plural. No hay testimonio de la existencia de ninguna otra hermana de padre y madre. Si la carta no es ficticia (según supone la

mayoría), Adriano tendría al menos otra hermana no atestiguada en ningún documento (aunque Di Vita-Evrard, *op. cit.*, encuentra otra hermana en el testamento de Dasumio), o se referiría tanto a Paulina como a su cuñada Matidia.

JULIA PAULINA: sobrina de Adriano Su nombre completo aparece en un nuevo fragmento del testamento de Dasumio, *AE* 1976. 77. Pero no en *PIR*². R.-C. n.º 452. El horóscopo de su hijo Efestio Tebano, 2.18.65, afirma que ella y su marido fallecieron de muerte violenta, lo cual parece improbable.

L. JULIO SERVIANO: J 569, 631. Cuñado de Adriano. Llamado originalmente Ser. Julio Serviano, hasta su adopción por L. Julio Urso (J 630).

MATIDIA: M 368; R.C. n.º 533. Cuñada de Adriano Su padre pudo haber sido un tal L. Mindio. Al parecer, no se casó y vivió hasta bien entrado el reinado de Antonino Pío, si no más.

PEDANIO FUSCO: P 197. Sobrino nieto de Adriano. El mismo, quizá, que el joven de varios nombres honrado en Éfeso, *AE* 1977. 797 = *IKeph* 734, P. Velejo P. f. Tro. Lúculo L. Sertorio Broco Pedanio Fusco Salinátor Salustio Bleso Cn. Julio Agrícola... Cesonio, Champlin, *ZPE* 21 (1976) 78 ss.; en tal caso, pudo haber sido adoptado tras la muerte de sus padres. Nació el 113 y murió cuando tenía unos veinticinco años, según el horóscopo de Hefestión de Tebas 2.18.62 6. Dión 69.17.1 le atribuye sólo dieciocho años en el momento de su muerte. Véase también Caballos Rufino, *Senadores* (1990) pp. 413 y ss.

CN. PEDANIO FUSCO SALINÁTOR: P 200. Marido de la sobrina de Adriano, con quien se casó en torno al 106 (Plinio, *Ep.* 6.26, carta de felicitación a Serviano por la inminente boda de su hija). Sobre su supuesta muerte violenta, véase *supra*, bajo Julia Paulina.

POMPEYA PLOTINA: R.C. n.º 631.

(VIBIA) SABINA: R.C. n.º 802. Su nombre, Vibia, no está atestiguado directamente.

SALONIA MATIDIA: M 367; R.C. n.º 681.

C. SALONIO MATIDIO PATRUINO: M 365.

ULPIA MARCIANA: R.-C. n.º 824.

M. ULPIO TRAJANO: padre de Trajano El artículo de *RE* supp. 10 (1965), pp. 1.032 y ss. (R. Hanslik) tiene fallos. Véase Caballos Rufino, *Senadores* (1990), pp. 305 y ss.; Franke, *Legionslegaten* (1991), pp. 191 y ss.

L. VIBIO SABINO: supuesto padre de Sabina, véase R.-C. n.º 802.

ABREVIATURAS

Las siguientes abreviaturas de publicaciones (casi todas modernas) aparecen utilizadas en las notas. Para hallar los títulos completos de fuentes clásicas de la Antigüedad, dadas aquí en forma abreviada, remitimos al lector a S. Hornblower y A. J. S. Spawforth, *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 1996, tercera edición.

AE	<i>L'Année épigraphique</i> (París, 1888 y ss.)
ANRW	H. Temporini y W. Haase (eds.), <i>Aufstieg und Niedergang der römischen Welt</i> (Berlín-Nueva York, 1972 y ss.)
BHAC	<i>Bonner Historia-Augusta-Colloquium</i> (Bonn, 1964-1991)
BMC III	H. Mattingly, <i>Coins of the Roman Empire in the British Museum III. Nerva to Hadrian</i> (Londres, 1936)
CIG	<i>Corpus Inscriptionum Graecarum</i> (Berlín, 1828-1877)
CIL	<i>Corpus Inscriptionum Latinarum</i> (Berlín, 1863 y ss.)
CP; Supp.	H.-C. Pflaum, <i>Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain</i> (París, 1961); <i>Supplément</i> (1982)
CPJ	V. A. Tcherikover y A. Fuks (eds.), <i>Corpus Papyrorum Judaicarum</i> I-III (Londres-Cambridge, Mass. 1957-1964)
DJD II	P. Benoit, J. T. Milik y R. de Vaux, <i>Discoveries in the Judaean Desert II. Les Grottes de Murabba'at</i> (Oxford, 1961)
FGrH	F. Jacoby, <i>Die Fragmente der griechischen Historiker</i> (Berlín-Leyden, 1923 y ss.)
FO ²	L. Vidman, <i>Fasti Ostienses</i> (2. ^a ed., Praga, 1982)
HA	<i>Historia Augusta</i>
<i>Historiae Aug.</i> Coll. n.s.	<i>Historiae Augustae Colloquium, nova series</i> (Macerata-Bari, 1991 y ss.)
HSCP	<i>Harvard Studies in Classical Philology</i>
IG	<i>Inscriptiones Graecae</i> (Berlín, 1893 y ss.)
IGLS	<i>Inscriptions grecques et latines de la Syrie</i> (París, 1929 y ss.)
IGR	<i>Inscriptiones Graecae ad res Romanas pertinentes</i> (París, 1906-1927)
IKEph	<i>Inchriften griechischer Städte aus Kleinasien. Die Inschriften von Ephesos</i> I y ss. (Bonn, 1979 y ss.)

IL Afr	R. Cagnat, A. Merlin y L. Chatelain (eds.), <i>Inscriptions latines d'Afrique</i> (París, 1923)
ILS	H. Dessau, <i>Inscriptiones Latinae Selectae</i> (Berlín, 1892-1916)
ILTun	A. Merlin (ed.), <i>Inscriptions latines de la Tunisie</i> (París, 1944)
IRT	J. M. Reynolds y J. B. Ward-Perkins (eds.), <i>Inscriptions of Roman Tripolitania</i> (Roma-Londres, 1952)
JRS	<i>Journal of Roman Studies</i>
MW	M. McCrum y A. G. Woodhead, <i>Select Documents of the Principates of the Flavian Emperors</i> (Cambridge, 1966)
ODCC ²	<i>Oxford Dictionary of the Christian Church</i> , 2.ª ed. de F. L. Cross y E. A. Livingstone (Oxford, 1974)
Ol.	J. H. Oliver, <i>Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri</i> (Filadelfia, 1989)
PIR ¹ , PIR ²	E. Klebs, P. v. Rohden y H. Dessau (eds.), <i>Prosopographia Imperii Romani</i> (Berlín, 1897-1898); 2.ª ed., E. Groag, A. Stein y L. Petersen (eds.) (Berlín, 1933 y ss.)
PME	H. Devijver, <i>Prosopographia Militiarum Equestrium</i> , 5 vols. (Louvain, 1976-1993)
POxy	B. P. Grenfel et al. (eds.), <i>The Oxyrhynchus Papyri</i> (Londres, 1899 y ss.)
R.-C.	M.-T. Raepsaet-Charlier, <i>Prosopographie des femmes de l'ordre sénatorial (Ier-IIe siècles)</i> (Louvain, 1987)
RE	G. Wissowa et al. (eds.), <i>Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft</i> (Stuttgart, 1893-1978)
RIB	R. G. Collingwood y R. P. Wright, <i>The Roman Inscriptions of Britain I: Inscriptions on Stone</i> (Oxford, 1965)
Roxan	M. M. Roxan, <i>Roman Military Diplomas 1954-1977</i> (Londres, 1978) (I); 1978-1984 (Londres, 1985) (II); 1985-1993 (Londres, 1994) (III)
RP	R. Syme, <i>Roman Papers</i> I-II (Oxford, 1979), III (Oxford, 1984), IV-V (Oxford, 1988), VI-VII (Oxford, 1991)
SEG	<i>Supplementum Epigraphicum Graecum</i> (Leyden, 1923 y ss.)
SIG ³	W. Dittenberger, <i>Sylloge Inscriptionum Graecarum</i> (3.ª ed., Leipzig, 1915-1921)
Sm.	E. M. Smallwood, <i>Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian</i> (Cambridge, 1966)
Strack	P. L. Strack, <i>Untersuchungen zur römischen Reichsprägung des zweiten Jahrhunderts II. Die Reichsprägung zur Zeit des Hadrian</i> (Stuttgart, 1933)
Toynbee	J. M. C. Toynbee, <i>The Hadrianic School. A Chapter in the History of Greek Art</i> (Cambridge, 1934)
ZPE	<i>Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik</i>

NOTAS*

INTRODUCCIÓN: EL EMPERADOR ADRIANO

1. «diese[r] merkwürdigste unter allen römischen Kaisern», Hirschfeld, *Kais. Verw.* (1905) p. 477; véase S. Dill, *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius* (Londres, 1904) p. 503: «el más interesante de los emperadores». Hirschfeld, al igual que muchos otros, atribuyó, sin duda, demasiadas «reformas» a Adriano. No obstante, fue una especie de excepción al modelo «pasivo» de emperador romano, en general, como gobernante más dado a la reacción que a la acción, según la imagen trazada tan convincentemente por Millar, *Emperor* (1977). Adriano fue *hiperactivo* en muchos aspectos.

2. Por lo que respecta a la «política de fronteras», la intención simbólica recalca aquí (y reiterada más adelante, especialmente en los capítulos 10 y 11, con observaciones adicionales en las notas) ha sido más bien pasada por alto en estudios recientes como, por ejemplo, el de Whittaker, *Frontiers* (1994), e *id.*, en Kennedy, *Roman Army* (1996) 25 ss., a pesar de los nuevos planteamientos, tan de agradecer, ofrecidos en esos escritos. Para la adopción, los «cuatro consulares», el «nuevo Augusto», etcétera: capítulos 8 ss., *infra*; el filohelenismo, etcétera, se analiza con mayor detalle en muchos pasajes *infra*. Panhelenio: en un importante estudio reciente (que no vi por primera vez hasta noviembre de 1996), C. P. Jones, *Chiron* 26 (1996) 28 ss., adopta un punto de vista muy diferente sobre el cometido de Adriano en la creación de esa institución. Aquí solo puedo anotar mi desacuerdo sobre este asunto y referirme a mi escrito «Hadrian and Greek senators» (*ZPE* 116 (1997) 209 ss.). — Aún sigue mereciendo la pena citar la observación de M. I. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926, p. 117: «Adriano, el intelectual, el hombre de gustos artísticos refinados, el último gran ciudadano de Atenas, el amante de la Antigüedad». (El título de uno de los artículos más selectos de Ronald Syme, «Hadrian the intellectual», en *Les Empereurs romains d'Espagne*, París, 1965, 243-253, reimpresso en *RP VI* (1991) 103 ss., se hace eco [quizá inconscientemente] del gran historiador ruso.)

3. Antínoo, medidas respecto a los judíos, crisis sucesoria: más detalles, en los ca-

* Se ha mantenido la disposición de las notas de la edición original con el objeto de no aumentar innecesariamente el número de las mismas. A lo largo del libro, las llamadas a las notas se sitúan siempre a final de párrafo y, mediante pequeños fragmentos del texto o de palabras clave, remiten a las distintas referencias del mismo. (*N. del e.*)

pítulos 19-21. — Para la autobiografía, véase ahora, sobre todo, Bollansée, *Ancient Society* 25 (1994) 279 ss., donde demuestra que, probablemente, estaba redactada en forma de carta a Antonino; *PFayum* 19 = Sm. 123 sería un fragmento del comienzo de la misma. Otros pasajes se conocen solo por la HA y Dión. — He analizado la cuestión de las fuentes de la HA en *Lives of the Later Caesars* (1976) 14 ss.; *Marcus Aurelius* (1987) 229 ss.; *Septimius Severus the African Emperor* (Londres, 1988) 205; y más recientemente, en: *Historiae Aug. Coll.* n. s. 3 (1995) 57 ss.; y, con más detenimiento, en: *ANRW* II.34.3 (1997) 2.678-2.757. Mi postura es que la fuente principal de la HA Had. y de otras vidas, hasta la de Heliogábalo, fue Mario Máximo (rechazo así el «Ignotus» supuesto por Syme, a quien apoya Barnes, en numerosas colaboraciones; ver actualmente un análisis en T. D. Barnes, «The sources of the Historia Augusta (1967-1992)», en *Historiae Aug. Coll.* n. s. 3 (1995) 1-28. Sobre la coincidencia entre fuentes de la HA Had. y el *Epit. de Caes.*, Schlumberger, *Epitome* (1974), en especial 78 ss. F. Millar, *A Study of Cassius Dio* (Oxford, 1964), sigue siendo válido para este autor, pero se ha de rechazar la fecha temprana de redacción defendida allí. T. D. Barnes, «The composition of Cassius Dio's Roman History», en *Phoenix* 38 (1984) 240-255, defiende bien la tesis de que Dión escribió durante los años 220-231, si no más tarde. En ese caso, habría podido servirse de la *Vita Hadriani* de Máximo para su libro 69, según mantengo en *Historiae Aug. Coll.* n. s. 3, 65 ss. Sobre la objetividad de la HA Had., sigue mercediendo la pena consultar Pflaum, *BHAC* 1.968/69 (1970) 173 ss. A. Baldini, «L'epistola pseudoadrianea nella vita di Saturnino», en *Historiae Aug. Coll.* n. s. 3 (1995) 35-56, ha planteado, en HA *Quad. tyr.* 7.68.10, un nuevo debate sobre la carta ficticia escrita supuestamente por Adriano.

4. Hay una amplia bibliografía sobre la «Segunda Sofística». He aprovechado, sobre todo, Bowersock, *Sophists* (1969); Bowie, «Greeks and their past in the Second Sophistic», en *Past & Present* 46 (1970) 3-41; *id.*, en: Russell (ed.), *Antonine Literature* (Oxford, 1990) 53 ss.; Jones, *Plutarch* (1971); *id.*, *Dio Chrysostom* (1978). Se ha de tener también en cuenta G. Anderson, *Philostratus* (Londres, 1986); y—para un intento de «desprestigio»—P. A. Brunt, «The bubble of the Second Sophistic», en *Bull. Inst. Class. Stud. Londres* 39 (1994) 25-51. Apenas he podido tener aquí plenamente en cuenta a Swain, *Hellenism and Empire* (1996), una importante obra reciente que obligará a muchos replanteamientos sobre el «renacimiento griego». Sobre Gelio, L. A. Holford-Strevens, *Aulus Gellius* (Londres, 1988).

5. Sobre los comentarios implícitos de Suetonio acerca de Adriano, resulta instructivo Carney, *PAfrCA* 11 (1968) 7 ss. Para algunos asuntos relacionados, merece también la pena tener en cuenta *id.*, *Turtle* 6 (1967) 291 ss. Véase recientemente A. Abramenko, «Zeitkritik bei Sueton. Zur Datierung der *Vitae Caesarum*», en *Hermes* 122 (1994) 80-94. (No me convence nada H. Lindsay, «Suetonius as *ab epistulis* to Hadrian and the early history of the imperial correspondence», en: *Historia* 43 (1994) 454-468, quien intenta datar de nuevo el despido de Suetonio.) Sobre Tácito y las fechas de sus escritos, véanse pp. 141-142 y nota 32 del capítulo 9. Se ha de tener también en cuenta a Potter, *ZPE* 88 (1991) 277 ss., en apoyo de la opinión de que seguía trabajando en los *Anales* en tiempo de Adriano. El número de pasajes de los *Anales* que me habría gusta-

do desarrollar (en especial algunos de los últimos libros) es bastante mayor que el de los citados en las páginas siguientes. No obstante, es algo que ya ha hecho de manera inimitable, sutil y (en mi opinión) convincente Syme, *Tacitus* (1958).

6. Algunos de los escritos del propio Adriano fueron recopilados por Cantarelli, en: *Studi e doc.* 19 (1898) 13 ss., y P. J. Alexander, «Letters and speeches of the Emperor Hadrian», en *Harvard Studies in Classical Philology* 49 (1938) 141-177. Sobre las «Sententiae», merecen ser recuperados del olvido, como lo ha hecho ahora Lewis, *GRBS* 32 (1991) 267 ss., los tres artículos de Schiller, *Festgabe Lübtow* (1970) 295 ss.; *Studi Grosso* IV (1971) 402 ss.; *Atti II. Congresso* (1971) 717 ss., en apoyo de su autenticidad. No he intentado analizar sistemáticamente las «medidas legales» de Adriano.

7. Cito a Frontón según la numeración tradicional y refiriéndome a las páginas de la nueva edición de M. P. J. van den Hout (Leipzig, 1988). — Sobre los horóscopos conservados de Hefestión de Tebas, editados ahora por D. Pingree (Leipzig, 1973), Cramer, *Astrology* (1954) 163 ss., fue un estudio pionero, que desarrolló la obra de W. Kroll, *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum* VI (Bruselas, 1903) 67 ss.; C. E. Ruelle, *ibid.* VIII 2 (1911), 82 ss.; véase también O. Neugebauer y H. B. van Hoesen, *Greek Horoscopes* (Filadelfia, 1959) 90 ss.; Martin, *Providentia* (1982) 291 ss.

8. Greppo, *Mémoire* (1842) 46. Las demás obras citadas en este capítulo, pero a las que no se hace referencia en las notas, se encontrarán en la bibliografía.

9. H. Dessau, «Über Zeit und Persönlichkeit der *Scriptores Historiae Augustae*», en *Hermes* 24 (1889) 337-392.

10. Véase, por ejemplo, Perowne, *Hadrian* (1960) no tiene notas al pie, adolece de varios errores y, por lo demás, no añade nada a Henderson. Las aportaciones sobre Adriano realizadas por W. Weber tras su excelente *Hadrianus* de 1907 (obra basada en su tesis doctoral y publicada cuando el autor era aún muy joven—había nacido en 1882—), como, p. ej., la de *Cambridge Ancient History* XI (1936) y (el mismo, en alemán) *Rom: Herrschertum und Reich im 2. Jhdt* (Stuttgart, 1937), no tuvieron éxito. M. K. Thornton, «Hadrian and his reign», en *ANRW* 2.2 (1975) 432-476, es un estudio bibliográfico general bastante limitado. Véase ahora también M. A. Levi, *Adriano Augusto. Studi e ricerche* (1993) y *Adriano. Un ventennio di cambiamento* (1994).

11. Aparte de Grenier, *MEFRA* 101 (1989) 925-1.019, me he basado, sobre todo, en Kähler, *Villa* (1950; actualmente superado, desde luego, al menos en parte) y en el útil estudio general de Boatwright, en su obra *City* (1987) 138 ss. No he visto W. L. MacDonald y J. A. Pinto, *Hadrian's Villa and its Legacy* (New Haven, 1995).

12. Para ahorrar espacio, no he enumerado esos artículos individualmente en la bibliografía, pues han sido reeditados todos ellos en su obra *Roman Papers* I-VI o en otras. En las notas se dan detalles sobre las publicaciones originales. Un memorándum manuscrito conservado en el Syme Archive del Wolfson College indica que tenía la intención de reimprimir una selección en un volumen de artículos sobre Adriano.

13. La revista de Quebec *Cahiers d'études anciennes* dedicó un número (21, 1988) a Yourcenar sobre Adriano. El artículo de Bernier, *CEA* 21 (1988) 7-25, sobre la génesis y destino literario de la novela, me pareció de un interés considerable. Las demás cola-

boraciones tenían menos valor. Syme se sintió impulsado a publicar una conferencia, «Fictional history, old and new: Hadrian», pronunciada en 1984 (Oxford, 1986), reeditada en *RP VI* (1991) 157-181, para protestar contra el excesivo crédito otorgado a la ficción de Yourcenar. Véase también Bruggisser, *Historiae Aug. Coll.* n.s. 5 (1997) un interesante estudio sobre el trato dado a Adriano por Yourcenar (agradezco a su autor el haberme permitido consultar el original mecanografiado de su artículo). No es menos instructiva la intromisión de Yourcenar en las obras académicas sobre historia romana.

14. *HA Had.* 26.1-3 ofrece la descripción básica. Los retratos evidencian que llevaba la barba bien peinada, p. ej., Wegner, *Hadrian* (1956) 8. Dión 69.2.6² habla de su encanto. Polemón, *De physiognomia* 148, afirma que sus ojos tenían un brillo especial, y Malalas 277 que eran azules o grises (una invención, sin duda, como las demás descripciones de emperadores romanos). Sobre su carácter, véase en especial Dión 69.3.2 ss., y *HA Had.* 14.9 ss., 15.10 ss., 20.1 ss., etcétera, pasajes suficientemente analizados en las páginas siguientes. Más detalles sobre su carácter y creencias (o especulaciones sobre el tema), y mucha más bibliografía, en A. R. Birley, *Laverna* 5 (1994) 176 ss. («Hadrian's farewell to life»). He creído que no merecía la pena referirme en el presente libro a mi capítulo narrativo sobre los años 117-192 escrito para los editores de la *Cambridge History XI*² en 1988, que finalmente se publicó en el otoño del año 2000: véase el capítulo 3, pp. 175-197 en *Adriano*. Debo mencionar esto porque he cambiado de forma de pensar en varios asuntos desde 1988, pero no es posible modificar mucho el texto original en CAH.

1. INFANCIA EN LA ROMA DE LOS FLAVIOS

1. *HA Had.* 1.2 3. No hay por qué dudar de que su lugar de nacimiento fue Roma: Syme, «Hadrian and Italica», *JRS* 54 (1964) 142-149 = *RP II* (1979) 617 ss., en 142 = 617. Itálica era su *origo* o *patria* y estaba registrado en la tribu Sergia de aquel lugar. — domicilio: Talbert, *Senate* (1984) 40. — Dión: 69.3. 1. — papiro: *PFayum* 19 = Sm. 123; véase más adelante pp. 376 y 378 y nota 39, *supra*. — muerte de su padre: *HA Had.* 11.4. — pretura: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 14; Talbert 17 ss. — hija: *HA Had.* 11.2.

2. Nodriz: *CIL XIV* 3.721. — Gades: *HA Had.* 1.2; *RE* 7.1 (1910) 439-461 (Hübner). — Balbo: *RE* 4.1 (1900) 1260-8 (Münzer). — 500 gaditanos: Estrabón 3.5.3, p. 169. — Domicios: véase Syme, «The Testament of Dasumius: some novelties», *Chiron* 15 (1985) 41-63 = *RP V* (1988) 521 ss., en 52 = 533, sobre un posible pariente, Domicio Balbo (Tá-cito, *Ann.* 14.40. 1).

3. Itálica, Hadria: *HA Had.* 1.1; Apiano, *Iberica* 38. — Marulino: *HA Had.* 1.2. Ul-pios, Trayos: Caballos Rufino, *Senadores* (1990) p. 309 (véase la inscripción de M. Tra-yo), con bibliografía adicional; *id.*, *Italica* (1994) p. 67. — Tuder: *Epit. de Caes.* 13. 1; Syme, *Tacitus* (1958) p. 786.

4. primo: *HA Had.* 1.2. — carrera de Trajano el Viejo: Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 305 ss.; Franke, *Legionslegaten* (1991) 191 ss. (con puntos de vista ligeramente distintos sobre la carrera entre los años 70-73). — Vetuleno: Syme, «Antonine relatives:

Ceionii and Vettuleni», en *Athenaeum* 35 (1957) 306-315 = *RP I* (1979) 325 ss. — Marcios: Champlin, *Athenaeum* 71 (1983) 251 ss.

5. olivares: pp. 401-402 y nota 7 *infra*. — guerra civil: [César], *Bell. Alex.* 52, 57; *Bell. Hisp.* 25. — Galba: p. ej., Syme, «Partisans of Galba», en *Historia* 31 (1982) 460-483 = *RP IV* (1988) 115 ss. — Vespasiano: Sherwin-White, *Roman Citizenship* (2.^a ed. 1973) 252, 360 ss.

6. Asiático: Tácito, *Ann.* 11.1.1-2. — Pedanio: Syme, «Rival cities, notably Tarraco and Barcino», en *Ktèma* 6 (1981) 271-285, en p. 282 = *RP IV* (1988) 89 ss.; Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 420 ss. — los Anio Vero: *HA M. Ant.* 1.2. — Agrícola: Tácio, *Agr.* 9. 1. — Domicios: *ILS* 990-1 = *MW* 299-300.

7. Tibur: Syme, *Tacitus* (1958) p. 602; «Spaniards at Tivoli», en *Ancient Society* 13/14 (1982-1983) 241-263 = *RP IV* (1988) 94 ss. — carrera pretoriana: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 15 ss. — Agrícola: Tácito, *Agr.* 9.1-5.

8. procónsules, carrera pretoriana: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 17, 31 ss., 15 ss. — Baso: *ILS* 8797; Syme, «Spanish Pomponii. A study in nomenclature», en *Gerión* 1 (1983) 249-266 = *RP IV* (1988) 140 ss., en 253 ss. = pp. 145 ss. — Cuadrato: *ILS* 8.819, 8.819a, *AE* 1966. 463; *PIR*² J 507.

9. Sobre las primeras fases de la helenización en Roma: Macmullen, *Historia* 40 (1991) 419 ss.; sobre el principado, Syme, *Tacitus* (1958) 504 ss. — diálogos: Plutarco, *Mor.* 711B (una nueva moda en Roma); véase C. P. Jones, *Plutarch and Rome* (1971), especialmente 20 ss. — Quintiliano: *Inst. or.* 1.1.12 ss.

10. Muerte de Vespasiano y acusación de Adriano: Dión 66.17.1.

11. desastres: p. ej., Dión 66.21-4. — muerte de Tito: Dión 66.26.1-4. — Germánico: B. W. Jones, *Domitian* (1992) 128 ss. — Agrícola: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 73 ss.

12. muerte de su padre, tutores: *HA Had.* 1.4. Edad de Atiano: Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 35 ss. — Plotina, Matidia, Sabina: R.C. n.º 631, 681, 802.

13. Escauro: Plinio, *Ep.* 5.12; *HA Verus* 2.5; A. Gelio, *N. Att.* 11.15.3; véase *RE* 5A. 1 (1934) 672-676. El vínculo con Escauriano aparece propuesto por E. Groag, *ibid.* p. 671. La observación de Sherwin-White sobre el corresponsal de Plinio, *Commentary* (1966) p. 339, no es aprovechable. S. Fein, *Die Beziehungen der Kaiser Trajan und Hadrian zu den Litterati* (Stuttgart-Leipzig, 1994, una obra útil) 30, duda de que Escauro enseñara a Adriano, pero no lo desautoriza. — autores favoritos: *HA Had.* 16.6. — Quintiliano: *Inst. or.* 2.5.21 ss.

14. *HA Had.* 1.5; *Epit. de Caes.* 14.2; véase Juvenal 3.78. — arconte: *IG II*² 1996 = *MW* 121.

15. construcciones: B. W. Jones, *Domitian* (1992) 79 ss. — fortunas: *RE* su 15 (1978) 1.514 ss. — arquitectura: Dión 69.4.1-5. — *cithara*: *HA Had.* 14.9, véase Quintiliano, *Inst. or.* 10.15.3.

16. B. W. Jones, *Domitian* (1992) 138 ss. — Funisulano: Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 146 ss. — Nigrino: *id.* 103 ss. Juegos seculares: Jones 102 ss.

17. Saturnino: B. W. Jones, *Domitian* (1992) 144 ss. — Arvales: *MW* 15. — Trajano: Plinio, *Pan.* 14.

18. una nueva expedición: B. W. Jones, *Domitian* (1992) 150 ss. — Arvales: MW 14. — falso Nerón: Suetonio, *Nero* 57.2. — Vettuleno: Suetonio, *Dom.* 10.2. Sobre ambos, B. W. Jones, «C. Vettulenus Civica Cerealis and the "false Nero" of AD 88», en *Aethnaeum* 61 (1983) 516-521.

19. doble triunfo: Suetonio, *Dom.* 6.1; B. W. Jones, *Domitian* 150 ss. — meses: Suetonio, *Dom.* 13.3; Talbert, *Senate* (1984) 361 ss. — Nerva: Syme, *Tacitus* (1958) 1 ss., 627 ss. — Serviano: Syme, *Chiron* 15 (1985) p. 47 = RP V 528, y *passim*. Rústico: Syme, «Antistius Rusticus, a consular from Corduba», en *Historia* 22 (1983) 359-374 = RP IV (1988) 278 ss. — Pusión: *id.* 367 = 287; Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 110 ss.

20. Itálica: HA *Had.* 2.1; Syme, *JRS* 54 (1964) p. 142 = RP 11 (1979) p. 647. — envenenamiento: Dio 67.11.6. Véase Syme, *Some Arval Brethren* (Oxford 1980) 21 ss.; RP VII 564. — Fulvo: HA *Ant. Pius* 1.6. — Violentila: Estacio, *Silv.* 1.2.138, p. 168. — esposa e hijos jóvenes de Quintiliano: *Inst. or.* 6 *prae*f. — Marcial 7.47 (Licinio Sura). — Serviano: HA *Had.* 1.2; Syme, «More Narbonensian senators», en *ZPE* 65 (1986) 1-14 = RP VI (1991) 209 ss., en 16 = 224 y n. 115.

21. Nerón: Tacito, *Ann.* 12.41. — M. Aurelio: HA *M. Ant.* 4.5. Véase RE 6A.2 (1937) 1450 ss.

2. EL ANTIGUO DOMINIO

1. Caballos Rufino, *Itálica* (1994) 15 ss. — partes de Hispania: Estrabón 3.4.20, p. 166. Sobre la Hispania romana, y en especial sobre la Bética, existe ahora una bibliografía extensa (y reciente). He limitado las citas a las publicaciones en las que me he basado. No obstante, añado una referencia a la sección «Spain» de G. Alföldy (escrita en 1987 y revisada en 1988; al autor no se le permitió realizar ninguna otra revisión), capítulo 13c de la *Cambridge Ancient History*, vol. X. *The Augustan Empire, 43 BC-AD 69*, 2.^a ed. (Cambridge 1996) 449-463.

2. Estrabón 17.3.25, p. 840; Dión 53.12.1 ss., en especial p. 4 y s.; véase Alföldy, *Fas-ti* (1969) p. 149 ss.; Griffin, *JRS* 62 (1972) p. 1 ss.; Caballos Rufino, *Itálica* (1994) p. 33 ss.

3. Estrabón 3.2.4, p. 142; 3.2.6, p. 144; 3.2.8, p. 146; 3.2.14, p. 151.

4. Griffin, *JRS* 62 (1972) 1 ss. — Diez mil: véase [César], *Bell. Alex.* 50, 53, 56; P. A. Brunt, *Italian Manpower* (Oxford 1980) 208, 230 ss. — torres: [César], *Bell. Hisp.* 8. — Caballos Rufino, *Itálica* (1994) 57 ss. — turdetanos: Estrabón 3.2.15, p. 151.

5. poetas: Cicerón, *Pro Archia* 26. — Sextilio Ena: Séneca, *Suas.* 6.27. — Séneca el Viejo: Griffin, *JRS* 62 (1972) 4 ss. — Latrón: *PIR*¹ P 638. — Galión: *PIR*² J 756. — Silón: *PIR*² G 111. — Turrino: Séneca, *Contr.* 10 *prae*f. 14-16. — otros escritores de la época augustea: Syme, RP VII, 466 ss. — El origen de Quintiliano nos es conocido solo por Jerónimo, *Chron.* p. 190 Helm, y no por su propia obra. Marcial alude a menudo a su Bilbilis nativa.

6. HA *Had.* 2.1. — *collegium iuvenum*: Gray, *Smith Coll. Stud.* 4 (1919) 155, interpreta admisiblemente en ese sentido «statim militiam iniit»; aceptado, sin referencia a

Gray, por Benario, *Commentary* (1980) 46; recogido sin comentarios por M. Jaczynowska, *Les associations de la jeunesse romaine sous le Haut-Empire* (Wrocław 1978) 54 ss., pero no mencionado en ningún lugar por P. Ginestet, *Les organisations de la jeunesse dans l'Occident romain* (Bruselas 1991) (que es el estudio más completo sobre los *iuvenes*, aunque presta poca atención al aspecto militar). — Mactaris: *AE* 1958. 172. — Apuleyo, *Met.* 2.18, véase *Dig.* 48.19.28.3.

7. tío abuelo: *HA Had.* 2.1—Masa: Tácito, *Agr.* 45.1; Plinio, *Ep.* 3.4.4; 6.29.8; 7.33-4-8; Eck, *Chiron* 12 (1982) 319, considera los años 91-92 como probable período en el cargo. — fincas: Caballos Rufino, *Senadores* (1990) p. 42 y nota 28, con más referencias.

8. Marcial 12 *praef.* — Mumio: *ILS* 21d (Caballos Rufino, *Itálica* (1990) 34 ss., informa sobre una restauración alternativa, aunque no demostrada, de este texto fragmentario realizada por A. M. Canto); sobre su comportamiento con el botín, ver, p. ej., Plinio, *NH* 35.24; *De vir. ill.* 60.3, véase *RE* 16.1 (1933) 1.195-1.206 (Münzer). — Nepote: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 100 ss.; Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 249 ss. — Papo: *PIR*² M 524; Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 217 ss.

9. *HA Had.* 2. 1. — la caza en Hispania: Estrabón 3.2.6, 144-5; 3.4.15, 163; Plinio, *NH* 8.117; Marcial 1.49; 10.37. — apetito: Frontón, *De feriis Alsicensibus* 5, p. 230. Van den Hout, describía a Adriano como un excelente comedor, *prandiorum opimorum esorem optimum*; Dión, 69.7.3, atestigua también su buen apetito. — *tetrafarmacum*: *HA Had.* 21.4, véase *Ael.* 5.5, *Sev. Alex.* 30.6, analizado por Cazzaniga, en: *Poesia lat. in frammenti* (1974) 359 ss. (cuya reconstrucción textual no seguimos aquí del todo).

10. Trajano: Plinio, *Pan.* 81.1 ss. — Plinio, *Ep.* 1.6, 9.10. — Sertorio: Plutarco *Sert.* 13. — Latrón: Séneca *Contr.* 1 *praef.* — Séneca, *De vita beata* 14.2. — Marcial: véase nota 9 *supra*.

11. *HA Had.* 2.2. — Glabrión: *PIR*² A 67.

12. Quintiliano: *PIR*² F 59.

3. TRIBUNO MILITAR

1. Ausencia de Tácito: Tácito, *Agr.* 45.5. — Sura: Marcial 1.49.40; 6.64.10 ss. Procedencia de Sura: Syme, *Tacitus* (1958) 791; *id.*, «Rival cities, notably Tarraco and Barcino», en *Ktèma* 6 (1981) 271-285 = *RP* IV (1988) 74 ss., en 276 = 81 ss.; *id.*, «Hadrian's autobiography: Servianus and Sura», *BHAC* 1986/89 (1991) 189-200 = *RP* VI (1991) 398 ss., en 193 = 401—Sura, amigo de Trajano: Dión 68.15.4 ss.; Víctor, *Caes.* 13.8; *Epit. de Caes.* 13.6; véase *HA Had.* 2.10, 3.10.

2. ocho meses: Marcial 9.31.3. — Panonia: sostenido por Fitz, *Verwaltung I* (1993) 162 ss., que se basa sobre todo en Plinio, *Pan.* 14.5 (véase nota 12 *infra*). — XXI Rapax: Suetonio, *Dom.* 6. 1; *RE* 12.2 (1925) 1789. — Estacio, *Silv.* 3.3.171. Marcial 8 *praef.*; 8.8.5 ss.; 8.11.7; 8.54.3 ss. — Véase, sobre este período, Syme, «Domitian: the last years», en: *Chiron* 13 (1983) 121-146 = *RP* IV (1988) 252 ss.

3. Marcial 9.6 y 8 (véase Dión 67.2.3, Suetonio, *Dom.* 7. 1); 9.11.13, 16-17, 36. Estacio, *Silv.* 3.4, véase 2.1, 2.6; 4.3.13 ss. — muchachos: Marcial 9.103 elogia a los bellos gemelos Hiero y Ásilo, cuyo propietario no se nombra (era Claudio Liviano, más tarde prefecto de la Guardia de Trajano: *CIL* VI 280 (= 30728); *AE* 1924. 15). — Quintiliano: *Inst. or.* 1.2.2, 4; 1.3.17. MacMullen, *Historia* 31 (1982) 484 y ss., resulta instructivo sobre este tema.

4. Masa: nota 6, pp. 401-402 *supra*. — la oposición: Syme, *RP* VII (1991) 568 ss. — autorizaciones para asistir al Senado: según Suetonio *D. Aug.* 38.2, Augusto permitió la asistencia a los hijos de los senadores.

5. Tácito, *Agr.* 45.1. — Dasumio: Syme, *Chiron* 15 (1985) 41 E = *RP* V (1988) 522 ss.; *PIR*² H 5. — Tácito: Tácito, *Agr.* 41.2-42.4. — Seneción: Dión 67.13.2; *PIR*² H 128.

6. Comentario de Trajano: *HA Sev. Alex.* 65.4 ss. (un infundio, según Syme, *Am-mianus and the Historia Augusta*, Oxford 1968) 170, 186; *Emperors and Biography* (Oxford 1971) 97 y 108; *Historia Augusta Papers* (1983) 23 y 41 ss.). — vigintivirato: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 4 ss. — Nepote: *id.* 100 ss.

7. puesto de *Xvir*: *HA Had.* 2.2; conocido también por *ILS* 308 = Sm. 109, inscripción de Atenas. — Plinio: *ILS* 2.927 = Sm. 230; *Ep.* 1.18.3; 5.8.8; 5.1.

8. *RE* 4.2 (1901) 2.260 ss. — séquito, etcétera: p. ej., *ILS* 1900, 1909, 1911, 1938. — *praef. fer.*: *ILS* 308 = Sm. 109. — *feriae*: *RE* 6.2 (1909) 2.213-2.216. — Lolio: *PIR*² L 320. — Cuadrato: *PIR*² J 507; Syme, «Hadrian and the Senate», en *Athenaeum* 62 (1984) 31-60 = *RP* IV (1988) 295 ss., en 45 = 310, insinúa su implicación.

9. *transvectio*: *RE* 6A.2 (1937) 2178-2.187. — *seviri*: *ibid.* 2A.2 (1923) 2.018. — Atenas: *ILS* 308 = Sm. 109. — Estacio: *Silv.* 4.2.22 ss., 32 ss., 40 ss.

10. Suetonio, *Dom.* 14.4; Dión 67.9.1 ss.

11. Glabrió: Dión 67.14.3; Suetonio, *Dom.* 10.2. — Clemente: Suetonio, *Dom.* 15.1; Dión 67.14.1 s. — destino desdichado: Suetonio *Dom.* 21.

12. tribunato: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 8 ss. — Trajano: Plinio, *Pan.* 14.1, 15.1-2. — posición de Trajano: Syme, «Hadrian in Moesia», en *Arheolski Vestnik* 19 (1968) 101-109, *Danubian Papers* (1971) 204-212, suponiendo que la II Adiutrix se hallaba en ese momento en Mesia Superior, sostuvo que Trajano fue gobernador de dicha provincia. Ahora sabemos claramente que la legión se encontraba ya en Aquinco, en Panonia (véase la nota siguiente). Fitz, *Verwaltung* I (1993) 162 ss., sostiene que Trajano fue gobernador de Panonia en el 95. Sigue siendo, por supuesto, una hipótesis ni demostrable ni refutable, pero, al menos, verosímil según mi punto de vista, dado lo que se dice en Plinio, *Pan.* 14.5 (*cum aliis super alias expeditionibus itinere illo dignus invenireris*).

13. La II Adiutrix hasta el 86: *RE* 12.2 (1925) 1.437-1.443. A Aquinco en el 89: Strobel, *Dakerkriege* (1984) p. 88; Fitz, *Verwaltung* I (1993) p. 163; Németh, en Hajnóczy (ed.), *Pannonia* (1994) p. 141.

14. Tribunos concienzudos: Tácito, *Agr.* 5. 1; Plinio, *Pan.* 15. 1.

15. *HA Had.* 10.2 (dieta), 17.8, 20.1 (accesibilidad), 20.7-10 (memoria), 14.10 (dotes militares). — Turbón: *AE* 1948.202. Sobre Turbón: Syme, «The wrong Marcius Turbo», en *JRS* 52 (1962) 87-96 = *RP* II (1979) 541 ss.; «More trouble about Turbo», en *BHAC* 1979/1981 (1983) 303-319 = *Historia Augusta Papers* (1983) 168 ss.; *CP* n.º 94; Dobson,

Principales (1978) n.º 107 (basado todavía en Ritterling, *RE* 12.2 (1925) 1.445 ss., para la fecha en la que la II Adiutrix llegó a Aquinco); Fitz, *Verwaltung* I (1993) 339 ss.

16. *HA Had.* 2.3; *ILS* 308 = Sm. 109. — Jul. Mar[]: *CIL* XVI 41; Eck, *Chiron* 12 (1982) 324; Strobel, en Knappe y Strobel, *Deutung von Geschichte* (1985) 51 ss., prefiere identificar al gobernador con [Ti.] Jul[ius Candidus] Mar[ius Celsus] (*PIR*² J 241); no es imposible, pero tampoco verosímil del todo.

17. B. W. Jones, *Domitian* (1992) 193 ss. Fuentes principales: Suetonio, *Dom.* 17, 23; Dión 67.15-16; 68.1 y s.; Filóstrato *V. soph.* 1.2.

18. Syme, *Tacitus* (1958) 1 ss., 627 ss.

4. «PRINCIPATUS ET LIBERTAS»

1. Las fuentes para el reinado de Nerva están seleccionadas en A. R. Birley, *Lives of the Later Caesars* (1976) 29-37. — Verginio: Plinio, *Ep.* 2.1.4 s. — Antonino: *Epit. de Caes.* 12.2-3; *PIR*² A 1086. — Frontino: J 322. — Corelio: C 1294. — Plinio, *Ep.* 9.13.2 ss.

2. Plinio, *Ep.* 9.13.6 ss. — comandante del ejército: identificado como M. Corelio Nigrino por Alföldy y Halfmann, *Chiron* 3 (1973) 331-373 = Alföldy, *Römische Heeresgeschichte* (1987) 153 ss.; identificación aceptada generalmente, véase p. ej., Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 103 ss. — destituciones y sustituciones: Syme, *Tacitus* (1958) p. 631, ofrece el análisis clásico; estudio minucioso en Schwarte, *BJ* 179 (1979) 147 ss.; Strobel, en: Knappe y Strobel, *Deutung von Geschichte* (1985), en especial 41 ss.; ambos hacen hincapié en la función clave del prefecto de la Guardia, Casperio Eliano. — Capitolio: Plinio, *Pan.* 5.2-4.

3. Verginio: Plinio, *Ep.* 2.1.1-6; 6.10. — Tácito, *Agr.* 3.2, 3.1.

4. motín: Plinio, *Pan.* 6.1 ss., 8.1-3; Dión 68.3. 3 y s.; *Epit. de Caes.* 12.6-8. Analizado en detalle por Strobel, en: Knappe y Strobel, *Deutung von Geschichte* (1985) 9 ss.

5. Dión 68.4.1 y s.; *Epit. de Caes.* 13.6; Plinio, *Pan.* 7.6. — Frontino y Urso: Plinio, *Pan.* 60.6 (sin nombrarlos). Frontino fue *cos. III ord.*; Urso, *cos. III suff.*, el año 100, *FO*² 93 y s. — Agrícola: Tácito, *Agr.* 44.5.

6. *HA Had.* 2.56.

7. *HA Had.* 2.6; *ILS* 308 = Sm. 109. — otro caso: L. Minicio Natal el Joven (*PIR*² M 620). — traslado de Trajano: Eck, *Statthalter* (1985) 45 ss. — quince años después: *HA Had.* 10.2 ss., véase pp. 157-158 y ss. *supra*. — caballos y perros: véase el relato de Plinio sobre un joven extravagante: *Ep.* 9.12. — nuevo sistema: Schönberger, *JRS* 59 (1969) 158 ss.; *Ber. der röm-germ. Komm.* 66 (1985) 368 ss. — Avito: Plinio, *Ep.* 8.23.5.

8. Dión 68.4.2; *Epit. de Caes.* 13.3; *HA Had.* 2.6.

9. favor: *HA Had.* 2.7. — apoteosis: Plinio, *Pan.* 11-1 ss. — mausoleo: *Epit. de Caes.* 12.12. — carta: Dión 68.5.2. Frontino, Urso: *FO*² 45. — Palma: *PIR*² C 1412. Seneción: C. P. Jones, «Sura and Senecio», en *JRS* 60 (1970) 98-104. — Un diploma militar del 98 d.C. para el Ejército de la Germania Inferior fue publicado por J. K. Haalebos, «Traian und die auxilia am Niederrhein», en E. Schallmayer, ed., *Traian in Germanien*,

Traian im Reich, Bad Hamburg, 1999, pp. 207-212. Se usaban todavía excepcionalmente, cuando Trajano era emperador, para honrar a los comandantes generales de las unidades auxiliares.

10. Casperio: Dión 68.5.4, véase Strobel, en Knappe y Strobel, *Deutung von Geschichte* (1985) 27 ss., 37 ss., 44. — Suburano: Plinio, *Pan.* 67.8; Dión 68.16.1-2; Víctor, *Caes.* 13.9; *CP* n.º 56; Syme, *Tacitus* (1958) 56. Según me señala Werner Eck, Suburano pudo haber sido nombrado el otoño anterior prefecto de la guardia de Trajano como nuevo César. — Guardias montados: Speidel, *Riding for Caesar* (1994) 15 ss., 38 ss. — Capitón: *PIR*² O 62.

11. Plinio, *Ep.* 10.1, 10.2.

12. Tácito, *Agr.* 39. 1. — su padre: se supone que es el hombre de Plinio, *NH* 7.76. — Tácito, *Germ.* 37.2-5.

13. marcha al Danubio: Plinio, *Pan.* 12 y s. — Serviano, Avito: Plinio, *Ep.* 8.23.5; Eck, *Chiron* 12 (1982) p. 332. — Plinio, *Pan.* 12-13, 20-24. — Plotina: Dión 68.5.5.

14. *HA Had.* 2.7-9. — muchachos, vino: Dión 68.7.4. — oráculo: estudiado por Michelotto, *Rend. Ist. Lomb.* 113 (1979) 324 ss.

15. Sura: *HA Had.* 2.10; Dión 68.15.4-6; Juliano, *Caes.* 327A. — Frontino: *PIR*² J 322. — Sabina: *HA Had.* 2. 10. — Matidia: *PIR*² M 367.

16. cuestor: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 12 ss. — *VIIvir*: *ILS* 308 = Sm. 109. Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 116 ss., supone que Adriano obtuvo sus sacerdocios tras el consulado. Syme, «A dozen early priesthoods», en *ZPE* 77 (1989) 241-259 = *RP* VI (1991) 421 ss., analiza casos en que la distinción se obtuvo en fases muy tempranas de la carrera senatorial.

17. Plinio, *Ep.* 4.8.3. — Mario Prisco: *ibid.* 2.11.12. — Sabino: *CIL* XI 8020; *CIL* XIV 3579. Véase Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 111 ss. — Plinio, *Ep.* 10. 13.

18. Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 108 ss., n.º D 12, 14, 11, 20 (revisados por *PIR*² N 60), 3.

19. asistencia: Suetonio, *D. Aug.* 38.2. — entregas: Plinio, *Ep.* 3.18.4. — propósito: *ibid.* 3.18.2 s., *Pan.* 4.1. — Dión de Prusa, *Or.* 1.

20. *HA Had.* 3. 1. — Iseo: *IG* II/III² 3632, 3709; Plinio, *Ep.* 2.3.

21. *HA Had.* 3.2. Parece difícil fechar más tarde la responsabilidad de Adriano sobre las actas senatoriales; si ejerció esas funciones siendo cuestor, habría sido algo excepcional. — sobre el uso de las *Acta* por Tácito: Syme, *Tacitus* (1958) 186 ss., 278 ss., 295 ss.

22. 25 de marzo: los arvaes ofrecieron ese día un sacrificio por su victoria y regreso, Sm. 1. — comes: *ILS* 308 = Sm. 109. — sobre los dacios y la guerra, Strobel, *Dauerkriege* (1984), en especial 56 ss., 155 ss., es la interpretación moderna más completa.

23. *HA Had.* 3.2-3.

24. Es, en esencia, la solución de Alföldy, *Legionslegaten* (1967) 23 y s. La alternativa, propuesta contra Alföldy por Barnes, *Sources of the HA* (1978) 33, 41 y s., no resulta satisfactoria; consiste en aceptar la fecha del 105 para el tribunado y corregir *Subsurano bis et Serviano iterum* respecto a su pretura por *Sura ter et Senecione iterum*, dando

el año 107. Eso significaría que la carrera de Adriano se retrasó en vez de acelerarse—lo cual es difícilmente verosímil.

25. Serviano: Plinio, *Ep.* 3.17; *PIR*² J 631. Liviano: C 913., Lusio: L 439. — Laberio: L 9. — sobre la guerra, Dión 68.9.1-10.2; Strobel, *Dakerkriege* (1984) 162 ss., y sus resultados, 202 ss.

26. Seneción (Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 295 ss. — pero su origen hispano es una mera conjetura) y Liviano (*PIR*² C 913) son llamados explícitamente amigos de Adriano en *HA Had.* 4.2. — Falcón: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 95 ss.; sobre su origen (siciliano), Salomies, *Adoptive Nomenclature* (1992) 121 ss. — Cuadrato Baso: *PIR*² J 508. — Atilio: G 181; Syme, *RP VII* (1991) 629 ss. — Cilnio: Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 112 s., véase Eck, *Chiron* 12 (1982) 332, nota 205. — Apolodoro: *PIR*² A 922; Ridley, *Athenaeum* 77 (1989) 551 ss.

27. *HA Had.* 3.5. F. Kolb, «Die Paenula in der Historia Augusta», en *BHAC* 1971 (1974) 81-101, en 95-99, demuestra que la historia no puede ser auténtica tal como se narra.

28. Clásico: Plinio, *Ep.* 3.4, 3.9, 6.29. — Baso, *ibid.* 4.9, 5.20, 6.29, 10.56-7. — tabllas de votación: *ibid.* 4.25.

29. *HA Had.* 3.8. — Licinio Nepote: Plinio, *Ep.* 4.29, 5.4.2, 5.13.1, 6.5. — Nigrino: 5.13.6. — Celso: *PIR*² J 882.

30. incumplimiento: Dión 68.10.3. — nuevas legiones: Syme, *Danubian Papers* (1971) 91; Strobel, *Dakerkriege*, 97 ss. — 4 de junio: *FO*² 18 = Sm. 19. — *HA Had.* 3.6; *ILS* 308 = Sm. 109.

5. EL JOVEN GENERAL

1. I Minervia: *RE* 12.2 (1925) 1.420 ss.; Strobel, *Dakerkriege* (1984) 86 y s., 203, nota 8 (estacionada, quizá, en la zona ocupada de Dacia suoroccidental del 102 al 105). — divinidad: J.-L. Giraud, «Domitien et Minerve: une predilection impériale», en *ANRW* 2.17.1 (1981) 203-222.

2. Sobre la segunda guerra, Strobel, *Dakerkriege* 205 ss. — puente y comienzo de la guerra: Dión 68.13.114.1. — desertores: 68.11.3. — Longino: 68.12.1-5. — plegaria de Plinio: *Pan.* 94.5. — Neracio: *HA Had.* 4.8; *PIR*² N 60; Eck, *Chiron* 12 (1982) 330 nota 195, p. 338 nota 332.

3. Sobre Prisco: R. A. Bauman, *Lawyers and Politics [...] Augustus to Hadrian* (Munich, 1989) 194 ss.; pero su intento de identificarlo con el Neracio gobernador de Licia-Panfllia está totalmente fuera de lugar: en *IGR III* 1511, *dikaiođôtēs* no significa 'jurista'; se trata, sencillamente, de una designación normal del gobernador de Licia, véanse los casos expuestos en Thomasson, *Laterculi I* (1984) 276 ss., n.º 5, 10, 14, 15; el n.º 6 es, claramente, Neracio Pansa. — Marcelo: *PIR*² N 55. — Serviano: Dión 69.17.3, donde Xifilino escribe «Traianos», que Zonaras corrigió injustificablemente por «Adrianos», véase Michelotto, en *Studi Gatti* (1987) 174.

4. En general, Strobel, *Dakerkriege*, 211 ss. — Cl. Máximo: *AE* 1969/70. 583; Speidel, «The captor of Decebalus», en *JRS* 60 (1970) 142-153 = *id.*, *Roman Army Studies I* (Amsterdam, 1984) 173 ss., con *add.*, 408 ss. — escaleras Gemonias: Sm. 21. — reino nabateo: Bowersock, *Roman Arabia* (1983) 76 ss. — operaciones de limpieza, etcétera: Strobel, *Dakerkriege*, 219 ss.; Piso, *Fasti* (1993) 4 ss.

5. Sabino: Roxan III 148; Piso, *Fasti* (1993) 10 ss.; Plinio, 9.2, véase 6.18. — *col. Ulpia Sarmizegethusa*: *CIL* III 1443 = Sm. 479; Strobel, *Dakerkriege*, 226 s. — colonos: Eutropio 8.6.2. — espectáculos: Dión 68.15.1; Sm. 21.

6. *HA Had.* 3.6-7; *ILS* 308 = Sm. 109. — Sura: *PIR*² 253. — Seneción: Syme, *Danubian Papers* (1971) 248 ss. = *RP* VI (1991) 145 ss. (publicado originalmente con el título «Plinio and the Dacian wars», en *Latomus* 23 (1964) 750-759).

7. División de Panonia: Alföldy, en Hajnóczy (ed.), *Pannonia* (1994) 30. — fase decisiva: Strobel, *Dakerkriege* 214 ss.

8. yáziges: Mócsy, *Pannonia* (1974) 19 ss., 94 s.; Strobel, *Dakerkriege*, 57 s., 205 notas 3 y 4. — *HA Had.* 3.9; Dión 68.10.3.

9. palacio: Zsidi, en Hajnóczy (ed.), *Pannonia* (1994) 213; Póczy, *ibid.* 224-227.

10. *HA Had.* 3.9; véase Tácito, *Agr.* 9.4, *HA Had.* 13.10.

11. patronazgo: E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army* (1953) en especial 141 ss., reed. en *id.*, *Roman Army Papers* (1988) 153 ss. — Falcón: Plinio, *Ep.* 7.22. — Marcelo: *ibid.* 3.8. — Clodio Sura: *ILS* 6725; *PME* C 206. — Latrón: *CP* n.º 104 y *add.* Véase también un antiguo tribuno de la II Adiutrix (de nombre desconocido) que ascendió hasta puestos elevados bajo Adriano, *AE* 1976. 676; *CP* Su n.º 109A.

12. Turbon: *HA Had.* 4.2; *PIR*² M 249 (más bibliografía, pp. 401-402, nota 15, *supra*).

13. Galo: *PIR*² 654. Bradua: A 1.298; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 92 ss. — sobre el consulado, *ibid.* 24 s. — *HA Had.* 3.10; *CIL* VI 2.016.

14. *in absentia*: propuesto por Barnes, *Sources of the HA* (1978) 42 nota 43 (pero, en mi opinión, por razones equivocadas). — Julio Máximo: *CIL* XVI 164; *PIR*² J 426. — «adoptado»: *HA Had.* 3.11. — muerte de Sura: *PIR*² L 253; Syme, *RP* V (1988) 410, 486, 569. — Minicio: Syme, «Hadrian and the senate», en *Athenaeum* 62 (1984) 31-60 = *RP* IV (1988) 295 ss., en 37 = 302. — discursos: Juliano, *Caes.* 327B; *HA Had.* 3.11. — historia de Trajano: conocida solo por unas pocas palabras citadas por el gramático Prisciano 6.13 (p. 205 Keil).

15. Plinio, *Ep.* 8.18.

16. Vía Apia: *CIL* VI 10.229; nuevo fragmento, *AE* 1976. 77 = 1978. 286. — Julia Paulina: la línea 15 da ahora su nombre completo. — Sobre la identificación del testador y otros detalles, sigo a Syme, «The Testamentum Dasumii: some novelties», en *Chiron* 15 (1985) 4.163 = *RPV* (1988) 521 ss.

17. uno de nosotros: Plinio, *Pan.* 2.4. — Óptimo: *ibid.* 2.7, 88.4. — esposa, hermana: Sm. 106. Marsyas: *RE* 14.2 (1930) 1.993 s., véase 1.554 y *Su* 4 (1924) 504. El sello constituye una confirmación adicional, no explotada anteriormente, al parecer, de que su madre era una Marcia (según se suponía por el nombre de su hermana, Marciana); véase R.C. n.º 521. — parecían estúpidos: Syme, *Tacitus* (1958) 39. — Dión de Prusa: Fi-

lóstrato, *V. soph.* 1.2. — *alimenta*: Plinio, *Pan.* 27; Sm. 435-8; *Epit. de Caes.* 12.4. — *tierra*: Plinio, *Ep.* 6.19.4.

18. *riquezas*: Juan de Lidia, *De mag.* 2.28, según la corrección de Carcopino, véase Strobel, *Dakerkriege* (1984) 221 s. — *construcciones*: Plinio, *Pan.* 29.2; Dión 68.16.3; Sm. 374 ss.; en general, L. Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome* (Baltimore-Londres 1992), p. ej., 18 s. (Aqua Traiana), 175 ss. (Forum), 251 s. (Mercati), 397 s. (Thermae). — Apolodoro: Dión 69.4.2.

19. *Genitor*: Plinio, *Ep.* 9.17. Tácito: *ibid.* 7.20, 8.7, véase 9.14. — *autor innominado*: *ibid.* 9.27. — *Caninio*: *ibid.* 8.4. — *Capitón*: *ibid.* 8.12.

20. *Seneción*: RE 3A.2 (1927) 1.188-1.192 (Groag); C. P. Jones, *Plutarch and Rome* (1971) en especial 54 ss. — *Fundano*: Syme, *RP VII* (1971) 603 ss. — *corrector*: Plinio, *Ep.* 8.24.

21. *Máximo*: Halfmann, *Senatoren* (1979) 136 n.º 40. — *presencia en Atenas*: ILS 308 = Sm. 109; HA *Had.* 19.1; Flegonte, *FGrH* 257, fr. 36.xxv (véase p. 408, nota 12, *infra*). — *Filópapo*: Halfmann 131 ss. n.º 36; *PIR*² J 151; Basiez, *DHA* 18 (1992) 89 ss. — *impe-rio parto*: p. ej., Schippmann, *Grundzüge* (1980) 59 s. — *Plinio: su misión ha sido fechada* por Sherwin-White, *Commentary* (1966) 80 ss., en los años 109-111; Eck, *Chiron* 12 (1982) 349 s. nota 275, prefiere 110-112 (lo que es más convincente).

6. ARCONTE EN ATENAS

1. Falcón: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 95 ss. — *amigos*: HA *Had.* 4.2 (en el contexto del año 113 d.C.) enumera a Sosio Seneción, Emilio Papo, Platorio Nepote, Claudio Liviano y Marcio Turbón.

2. Epicteto: *PIR*² E 74; Millar, *JRS* 55 (1965) 141 ss. — *relación estrecha*: HA *Had.* 16.10.

3. Arriano: Wheeler, *Flavius Arrianus* (1977) 1 ss.; Syme, «The career of Arrian», en *Harvard Studies in Classical Philology* 86 (1982) 181-211 = *RP IV* (1988) 21 ss. — *casa de Cuadrato*: Epicteto, 3.23.23. — *dos veces cónsul*: 4.1.53.

4. *annona*: Epicteto, 1.10.2-8. — *Máximo*: 3.7. — *procurador-gobernador del Epi-ro*: 3.4; identificado con Cn. Cornelio Pulcro (*PIR*² C 1424), p. ej., por Syme, *RP IV* 26. — *futilidad de las promociones*: p. ej., Epicteto, 1.19.17 ss., 4.1.45 ss., 4.7.21 ss.; véase HA *Had.* 20.1. — *parentesco, adopción*: Epicteto, 1.9.7, 1.3.1, véase Millar, *JRS* 55 (1965) 143.

5. Epicteto, 1.25.15; 2.22.22; 3.13-9-13.

6. Epicteto, 1.16.9-14. — Dión, *Or.* 36.17; véase Apolonio, *Ep.* 63, 76. — *barba de Adriano*: HA *Had.* 26. 1. Walker, *J.Hist. Coll.* 3 (1991) 265 ss., es un pasaje ilustrativo sobre el tema. Ver también P. Zanker, *Die Maske des Sokrates* (Munich 1995), pero su cap. 5, 109-251, aunque se titula «La barba de Adriano», no habla mucho de este; tampoco cita a Walker.

7. Ambracia [...] Léucade: Arriano, *Anab.* 2.16.5 s.; *Indica* 41.2-3. — *su cacería*: atestiguada claramente en su *Cyneg.* — *inscripción*: SIG³ 827, corregido por A. Plassart,

Fouilles de Delphes III 4 (París 1970) n.º 290. — misión de Nigrino: Syme, *RP* IV 24 s.; Eck, *Chiron* 13 (1983) 187 nota 479; Thomasson, *Laterculi* I (1984) 193 nota 24. — padre, tío: Plutarco, *Mor.* 478B, 487E, 548B, 632A; C. P. Jones, *Plutarch and Rome* (1971) 51 ss.

8. Seneción: Plutarco, *Mor.* 75B, 612C-E, 613CD, 666D-E, etcétera; *Theseus* 1.1; *Demosthenes* 1.1, 31.4; C. P. Jones, *Plutarch and Rome*, 54 ss. — Fundano: Syme, *RP* VII (1991) 603 ss. — Plutarco y Delfos: Jones, 26, 43, etcétera; Swain, *Historia* 40 (1991) 318 ss. — es posible que Adriano hubiera visitado Coronea de Beocia en ese momento, pues fue honrado allí con una estatua antes de ser emperador: *IG* VII 2.879.

9. Filópapo: Plutarco, *Mor.* 48E, 628A-B; *PIR*² J 151. Balbila: J 650.

10. Herculano: Plutarco, *Mor.* 539A («Herclanus»—no citado en *PIR*² J 302); 546DE. Es necesario justificar el punto de vista adoptado aquí sobre la fecha de nacimiento de Herculano (Antony Spawforth, que opina de diferente manera, *ABSA* 73 (1978) 249 ss., me hizo fijarme amablemente en varias dificultades que intento resolver en «Hadrian and Greek senators», en *ZPE* 116 (1997) 209 ss.).

11. Dioscuros: *IG* V 1, 489, 97 1; *PIR*² J 151; véase Spawforth, *ABSA* 73 (1978) 249 ss. (sobre sus relaciones; pero difiero respecto a la cronología de su carrera; véase la nota anterior). — ascenso de los griegos: Halfmann, *Senatoren* (1979) 71 ss.; Syme, *RP* IV (1988) 1 ss. — casa de Tulo Ruso: Frontón, *Ad M. Caes.* 3.2.1, p. 36, Van den Hout.

12. Zeus Olímpico: Estrabón 9.1.6, p. 396; Vitrubio 7, *praef.* 17; *IG* II/III² 4099; Suetonio, *D. Aug.* 60; véase Kienast, *Festschr. Lippold* (1993) 202 = *id.*, *Kleine Schriften* (1994) 363. — demo de Besa: Graindor, *Athènes* (1934) 14 nota 1. — Trebelio: *IG* II/III² 4193; *AE* 1947. 69. — Crispo: *AE* 1971. 436. — Domiciano: *IG* II/III² 1996 = *MW* 121. Véase también p. 407, nota 21, *supra*.

13. Tácito: su proconsulado: Eck, *Chiron* 12 (1982) 353, nota 289; Syme, *Tacitus* (1958) 513, donde analiza Tácito, *Ann.* 2.53, 55. — divinizada, Augusta: Sm. 22. Trajano el Viejo, bisabuelo de Sabina, había sido también divinizado: M. Durry, «Sur Trajan père», en *Les empereurs romains d'Espagne* (París, 1965) 45-54 (la apoteosis se realizó poco antes de la marcha de Trajano al Este).

14. Sm. 22. — *ex manubiis*: A. Gelio, *N. Att.* 13.25.1. — columna: Claridge, *JRA* 6 (1993) 5 ss., argumenta bien la datación de la columna en tiempos de Adriano.

15. división de Partia: véase, p. ej., Schippmann, *Grundzüge* (1980) 59 s. — Calídromo: Plinio, *Ep.* 10.74. — Axidaes, etcétera: Dión 68.17.1 ss. — joven Plinio, *Pan.* 14. 1. — *profectio*: Arriano, *Parthica* fr. 35 (aniversario de la adopción, tres meses antes de la muerte de Nerva, 27 de enero, *Epit. de Caes.* 12.9); Malalas 270 propone «octubre»; véase Lepper, *Parthian War* (1948) 28 ss. — Augustas: R.-C. n.º 631, 681. — flota del Miseno, Turbón: *CIL* X-VI 60; *AE* 1955. 225.

7. LA GUERRA CONTRA PARTIA

1. Dión 68.17.2 s.

2. Detalles en Eck, *Chiron* 12 (1982) 353 ss. — Homulo: Plinio, *Ep.* 5.20.6, véase

4.9.215; mencionado también en 6.19.3. — dijo a Trajano: *HA Sev. Alex.* 65.5 (quizá sea apócrifo, véase p. 402, nota 6, *supra*).

3. gobernadores senatoriales: Eck, *Chiron* 12 (1982) 353 ss. — Nepote: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 103. Podemos suponer que estuvo al mando de la legión I Adiutrix en la expedición contra Partia. — Falcón: *ibid.* 99. — prefectos: Syme, «Guard Prefects of Trajan and Hadrian», en *JRS* 70 (1980) 64-80 = *RP* III (1984) 1.276 ss., en 66 s. = 1.280 s. — Egipto: Thomasson, *Laterculi* I (1984) 347 s. — amigos: *HA Had.* 4.2.

4. Palma, Celso, Seneción: Dión 68.17.2. — enemigos: *HA Had.* 4.3. Casi no hay pruebas respecto a los *comites* de Trajano, y la idea de que Palma y Celso formaran parte de ellos es una pura conjetura mía. — Laberio: *HA Had.* 5.5. — Brutio: Plinio, *Ep.* 7.3; *AE* 1950. 66; *IRT* 545; Syme, «Praesens the friend of Hadrian», en *Studies I. Kajanto* (Helsinki 1985) 273-291 = *RP* V (1988) 563 ss., en 281 = 570. — Craso: Dión 68.3.2; 68.16.2; *HA Had.* 5.5 s.; *PIR*² C 259.

5. Máximo: *PIR*² J 426. — Catilio: Halfmann, *Senatoren* (1978) 133 ss., n.º 38. — Quieto: *PIR*² L 439. — Adriano: *HA Had.* 4.1—que a pesar de haberse mantenido lo contrario, no era aún legado de Siria.

6. ruta: Dión 68.17.3; Malalas 11.3-4, p. 270. Longden, *JRS* 21 (1931) 1 ss., se negó a aceptar la autoridad de Malalas para las fechas, un punto fundamental respecto al terremoto (*infra* y nota 13). Aunque han salido a la luz algunos testimonios nuevos, en general la cronología de Longden me parece más aceptable que la otra, basada en Malalas, considerada canónica (véase nota 13, *infra*).

7. Zeus Casio: *Anth. Pal.* 6.332; Arriano, *Parth.* fr. 36. — Heliópolis: Macrobio, *Sat.* 1.23. 14.

8. nada prometedor: Lightfoot, *JRS* 80 (1990) 115 s. — Abgar: Dión 68.18.1; Arriano, *Parth.* fr. 45.

9. Satala, Arsamósata: Dión 68.19.2. — recepción de dignatarios: Dión 68.18.2. — reyes: Eutropio 8.3.1; Festo, *Brev.* 20; Arriano, *Peripl.* 11.2; Dión 68.19.2. — Amazasp: *IGR* I 192. — acuñación: *BMC* III 115, 120, 222.

10. Dión 68.19.1-20.4. — rex: *BMC* III 103, 106. — muerte: Fronto, *Princ. hist.* 18, p. 212, Van den Hout; Eutropio 8.3.1.

11. Brutio: Arriano, *Parth.* fr. 85; *AE* 1950. 66; *IRT* 545. — Arriano: Juan de Lidia, *De mag.* 3.53 = Arrian, *Parth.* fr. 6, véase Wheeler, *Flavius Arrianus* (1977) 27 ss.; Syme, «The career of Arrian», en *Harvard Studies in Classical Philology* 86 (1982) 181-211 = *RP* IV (1988) 21 ss., en 187 ss. = 27 ss. — Quieto: Temistio, *Or.* 16.250. — sumisión: Dión 68.18.3^b - 23. 1. — Catilio: *ILS* 1338 y *add.* = Sm. 197. — Haterio: *ILS* 1338 = Sm. 262a. — informes falsos, Óptimo: Dión 68.23.1-2.

12. Dión 68.21.1-3; 22.1-2; Arriano, *Parth.* fr. 46.

13. terremoto: Dión 68.24.1-25.6. — Adriano: Malalas 11.15, p. 278. — Ignacio: Malalas 11.10, p. 276. — domingo 13 de diciembre: Malalas 174, defendido extensamente por Lepper, *Parthian War* (1948) 54 ss, 99 ss. Véase Las dudas de I. Henderson en su reseña de Lepper, *JRS* 39 (1949) 121-124. — sustitución de Pedón: *AE* 1911. 95; 1949. 23; *Fo*² 48; O. Salomies, «Zu Konsuln der Jahre 115, 135, 195 n. Chr.», *Arctos* 23 (1989) 165-178. Ig-

nacio, conmemorado en el Este el 20 de diciembre: ODCC² 688 s. En realidad, el 20 de diciembre era el aniversario del traslado de sus restos a Antioquía: «F. Camelot, *Ignace d'Antioche, Polycarpe de Smyrne, Lettres (Sources chrétiennes* 10, 1969) 13. Es improbable que esto hubiera preocupado a Malalas. — En apoyo de una datación del terremoto a principios del 115 podemos añadir las monedas, BMC III 100, que conmemoran la protección dada por Júpiter a Trajano y que Matingly asigna a la primavera del 115, *ibid.* LXXXII. En favor de la datación de Lepper (o de Malalas) se puede aducir la entrada de los *Fasti Ostienses*—que no pudo consultar Lepper—: [*Id. Dec. terrae m*]otus fuit, restablecida así y atribuida por Vidman, *FO*² 48, al 115 d.C. Sin embargo, después de una inspección, no están claras ni la posición exacta del fragmento ni su restauración.

14. Dión 68.26.1-4. — aclamaciones (VIII-XI): Lepper, *Parthian War* (1948) 44 s. — Quieto: Dión 68.22.2.

15. dirigir el ejército: Dión 68.26.42. — Dura: Sm. 312. — Osogardana: Amiano Marcelino, 24.2.3. — disturbios: CPJ 435; ver en Barnes, *JJS* 36 (1985) 153 ss., una importante revisión de la cronología comúnmente aceptada para la sublevación de la diáspora judía, donde se demuestra que no comenzó hasta la primavera del 116.

16. había proyectado [...] Ctesifonte: Dión 68.1-2. — hijas, trono: *HA Had.* 13.1.

17. Pártico: Dión 68.28.2. — partes: Sm. 23. — aniversario: Guey, *REA* 50 (1948). 60 ss. — acuñación: BMC III 118 s., 221 s. — Asiria: Eutropio 8.3.2, 8.6.2; Festo, *Brev.* 14, 20, Maricq, *Syria* 36 (1959) 257 ss., abogó por la aceptación de esas declaraciones y la localización de la nueva provincia; en contra, Lightfoot, *JRS* 80 (1990) 121 ss., seguido por Millar, *Near East* (1993) 101; sin embargo, véase Potter, *ZPE* 88 (1991) 282 s., que defiende la opinión de Maricq. — gabarra: Arriano, *Parth.* fr. 67.

18. Golfo Pérsico: Dión 68.28.3-29.3. — partes: Sm. 23. — Babilonia: Dión 68.30.1.

19. rebelión: Dión 68.29.4. — sublevación judía: Applebaum, *Jews and Greeks* (1979); Barnes, *JJS* 36 (1985) 153 ss. — Armenia: Dión 75.9.6 (atribución errónea). — Máximo, Quieto, Seleucia: Dión 68.30.1-3. — Partamaspates: Dión 68.30.3.; BMC III 223 Sm. 51.

20. rebelión: Dión 68.32.1-3; Eusebio, *HE* 4.2.3; Orosio 7.12.6; Sm. 59-60. — cronología: CPJ 160 408d. — legión derrotada: CPJ 438. — Menfis: CPJ 439, véase 520 y el papiro de Oxirrincó no publicado estudiado por Frankfurter, *JJS* 43 (1992) 208 ss. A finales del siglo II se seguía celebrando en Oxirrincó una derrota de los judíos: CPJ 450. — Turbon: Eusebio, *HE* 4.2.3-4. — Chipre: *ILS* 9491 = Sm. 284.

21. Quieto: Eusebio, *Chron.* 219 Karst; *HE* 4.2.5; Jerónimo, *Chron.* 196e Helm. Véase Barnes, *JJS* 36 (1985) 156 ss.

22. Dión 68.31.1-4.

23. decidido: Dión 68.33. 1. — Baso: Habicht, *Pergamon* VIII 3 (1969) n.º 21; *PIR*² J 508; Strobel, en *Festschr. Lausser* (1986) 942 ss.; Piso, *Fasti* (1993) 23 ss. — Siria: Dión 69.1.1, 2.1; *HA Had.* 4.6. — Flegonte: *FGrH* 257, fr. 36 IX. — Dafne: Amiano Marcelino, 22.12.8. — Zeus: *HA Had.* 2.9, véase Michelotto, *PJL* 113 (1979) 324 ss. — enemigos, segundo consulado: *HA Had.* 4.3-4. — Quieto: Dión 68.32.5; Eusebio, *HE* 4.2.5.

24. rumores: *HA Had.* 4.5. — ningún paso más: *ibid.* 4.8-9. — enfermedad: Dión

68.33.1-3. — Sobre Trajano, J. Bennett, *Trajan. The Perfect Prince* (Londres 1997), puede resultar valioso en muchos aspectos, pero está claro que yo estoy en desacuerdo en varios.

8. EL NUEVO SOBERANO

1. carta, parte: *HA Had.* 4.6-7. — sueño: Dión 69.2.1. — donativo: *HA Had.* 5.7.
2. 97: véase 56 s. *supra*. — orquestada: Dión 69.1.1-2; *HA Had.* 4. 10. Véase Merten, *Festgabe Straub* (1977) 247 ss.; Temporini, *Frauen* (1978) 142 ss.
3. Attiano: *HA Had.* 5.5-6. — Neracio: *HA Had.* 4.8, véase 50 s. *supra*. — Serviano: Dión 69.17.3 (Trajano, en la versión de Xifilino; Zonaras cambió el nombre por el de Adriano al entender equivocadamente el contexto, véase Michelotto, en *Studi C. Gatti* (1987) 174).
4. Bruttio: AE 1950. 66; IRT 545; Syme, «Praesens the friend of Adriano», en *Studies I. Kajanto* (Helsinki, 1985) 273-291 = RPV (1988) 563 ss., en 278 s. = 568 s., 282 s. = 571 s. Macro: Plinio, *Ep.* 3.5. — historiador: Servio, ad *Aen.* 5.556; *PIR*² B 20-1. — Tácito: Syme, *Tacitus* (1958) 465 ss.
5. evacuación: Frontón, *Princ. hist.* I 1, p. 209, Van den Hout; Eutropio 8.6.2; *HA Had.* 5.3, 9.1. Partamaspatas: *HA Had.* 5.4 (nombre erróneo). — Osroene: Drijvers, *ANRW* 2.8 (1977) 874 s. — Catón: *HA Had.* 5.3, véase 16.6; Prisciano, *Gramm.* 2.88.9.
6. *HA Had.* 5.8; *PIR*² L 439.
7. Clemenciano: CP 150bis (61) y *add.*, Su p. 43; Alföldy, *Noricum* (1974) 244, sitúa su segundo cargo tras este en c. 120. — Mauritania: *HA Had.* 5.2, 5.8, 6.6; Cutsfeld, *Nordafrika* (1989) 88 ss. — liberador: véase *Or. Sib.* 5.46 ss., 8.50 ss, 12.164 ss., véase M. Hengel, «Adrianos Politik gegenüber Juden und Christen», en *Journal of the Ancient Near Eastern Society* 16/17 (1984/1985) 153-182, en 155 ss. — reconstrucción del Templo: Schürer, *Jewish People* 1 (1973) 535 ss.; Schäfer, *Aufstand* (1981) 29 ss.
8. Haterio, Hosidio: Scheid, *Collège* (1990) 384 ss. — Eudemon: M. Aurelio, *Med.* 8.25; *HA Had.* 15.1; CPI 10. — nuevo prefecto: *Poxy* 3781 (en el cargo el 25 de agosto del 117). — edicto: *Digesto* 27.1.6.8, véase Bowersock, *Sophists* (1969) 30 ss. — Otro posible *comes* de Adriano en los años 117-118 es C. Cilnio Próculo, véase Halfmann, *Itinera* (1986) 249. Era miembro de los *Vilviri epulonum*, Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 112 s.
9. restos: *HA Had.* 5.9-10. — carta al Senado: *ibid.* 6.1 2.
10. Trajanópolis: Dión 68.33.2; *Digesto* 50.15.1.11, analizado por Zahrnt, *ZPE* 71 (1988) 245 ss.
11. Fedimo: *ILS* 1792 = Sm. 176. La publicación de esta inscripción por H. Dessau, «Die Vorgänge bei der Thronbesteigung Adrianos», en *Festschrift H. Kiepert* (Berlín, 1898) 85-91, generó una amplia bibliografía: véase, p. ej., Weber, *Hadrianus* (1907) 40, 54; Henderson, *Hadrian* (1923) 35 s., con opiniones contrapuestas. Temporini, *Frauen* (1978) 152 ss., ofrece un útil compendio del debate. — tendencias: Dión 68.7.4.
12. *HA Had.* 5.2, véase Weber, *Hadrianus* (1907) 50. — Turbón: *HA Had.* 5.8.
13. Baso: C. Habicht, *Pergamon VIII* 3 (1969) n.º 21; *PIR*² J 508; Piso, *Fasti* (1993) 28;

Strobel, *Festschr. Lausser* (1986) 942 ss., 947 ss. — se enviaron por delante los ejércitos: *HA Had.* 6.6.

14. honores: *HA Had.* 6.3-4. — monedas: *BMC* III 124, 237. Kienast, *Kaisertabelle* (2.ª ed., 1996) 128-134, proporciona un útil resumen del reinado de Adriano; *ibid.* 32 s., sostiene la opinión (que comparto) contraria, p. ej., a Follet, *Athènes* (1976) 48 ss., de que Adriano renovó su *trib. pot.* el 10 de diciembre, es decir que fue *trib. pot. II* desde ese día del 117.

15. barba: *HA Had.* 26. 1, estudiado *supra*, pp. 87-88.

16. *PGiessen* 3 = Sm. 519; Den Boer, *Ancient Society* 6 (1975) 203 ss. — Orión: *Suda*, s.v.; también, Flegonte, *FGRH* 257, fr. 23 (es evidente que un tal Orión escribió sobre Adria, la *ultima origo* de Adriano).

17. monedas: *BMC* III 245; véase Syme, *Tacitus* (1958) 471 s., 771 ss.; Castricio, *JNG* 14 (1964) 89 ss.; Martin, *Mél. Seston* (1974) 327 ss.; Van den Broek, *Myth* (1972).

18. Catilio: *HA Had.* 5.10. — Dafne: Amiano Marcelino 22.12.8. — inscripción: *CIL* VI 5.076, véase Weber, *Hadrianus* (1907) 57 ss., seguido, p. ej., por Halfmann, *Itinera* (1986) 190, 194.

19. *IGR* III 208 = Sm. 498.

20. Dionisos: *IGR* III 209 = *SEG* VI 58-9; fechado el 117 por Halfmann, *Itinera* (1986) 195.

21. *IGR* IV 349 = Sm. 61 = Ol. 58B. — Baso: Habicht, *Pergamon* VIII 3 (1969) n.º 21; Wesch-Klein, *Fusus Publicum* (1993) 32 s.

22. Falcón: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 95 ss. — Nepote: *ibid.* 103, mejorado por Eck, *Chiron* 12 (1982) 360, nota 315; *HA Had.* 4.2, 15.2, 23.4.

23. conquistas abandonadas: Frontón, *Princ. hist.* 11, p. 209, Van den Hout; Eutropio 8.6.2. — puente: Dión 68.13.6. — Strobel, *Festschr. Lauffer* (1986) 943, 952.

24. Frontón: ver nota anterior.

25. invernada: Syme, *Tacitus* (1958) 243; «Journeys of Hadrian», en *ZPE* 73 (1988) 159-170 = *RP* VI (1991) 346 ss., en 160 = 347, y *passim*. Syme propone, con verosimilitud, a Arriano como anfitrión de Adriano. — cargo honorífico: Robert, *Bulletin de Correspondence hellénique*. 102 (1978) 522 ss. — Delfos: Ol. 62. — Astipalea: *IGR* IV 1013 c = Sm. 449a = Ol. 64.

26. Floro: *HA Had.* 16.3; véase Nadel, *RSA* 12 (1982) 183. — V Macedonica: *ibid.* 2.2; *ILS* 308 = Sm. 109; *RE* 12.2 (1925) 1.575 s. — Piroboridava: R.O. Fink, «Hunt's *Pri-dianum*: British Museum Papyrus 2851», en *JRS* 48 (1958) 102-116, véase Syme, «The Lower Danube under Trajan», *ibid.* 49 (1959) 26-33; *id.*, *Danubian Papers* (1971) 108, 133 s.; Strobel, *Dakerkriege* (1984) 54 s., 134; *id.*, *Festschr. Lauffer* (1986) 923 s. — *HA Had.* 6.8.

27. *ILS* 852-3, Pola: probablemente había sido depuesto y vivía exiliado en esta agradable ciudad del Adriático. — Borístenes, el «alano»: *CIL* XII 112 = Sm. 520; Nadel, *RSA* 12 (1982) 181 ss.

28. Turbón: *HA Had.* 6.7, 7.3; Roxan I 21; *PIR*² M 249. — Nigrino: *ILS* 2417 = Sm. 192. Ver *infra*.

29. *HA Had.* 7.1; Dión 69.2.5.

30. *HA Had.* 7.1. Sobre esta interpretación, Premerstein, *Attentat* (1908) 9 ss., en especial 15 s., algo modificado aquí a la luz de nuevas pruebas. Es concebible que Nigrino fuera legado en Mesia Superior en el momento de la muerte de Baso y se hubiera encargado además temporalmente de Dacia, véase M. Claudio Frontón durante las guerras contra los marcomanos, *ILS* 1.097-1.098. Premerstein no conocía la existencia de Cuadrato Baso, y su posterior intento de interpretar la inscripción de Pérgamo, «C. Iulius Quadratus Bassus Klient des jüngeren Plinius und General Trajans» (*Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, sección de fil.-hist. 1934, cuaderno 3), no fue un acierto completo, véase Habicht, *Pergamon* VIII 3 (1969) 53 ss. Debe rechazarse también la utilización que hace Premerstein del *De physiognomia* de Polemón para arrojar alguna luz sobre el asunto (véase *infra*, p. 426, nota 22). — el hijastro de Nigrino: *HA Had.* 23.10, véanse pp. 366-367 *arriba*.

31. Faventia [...] un viaje: *HA Had.* 7.2, véase *Ael.* 2.8. — caída en desgracia: *HA Had.* 4.3.

32. *HA Had.* 7.1-4; 9.3. La mayoría de los estudiosos modernos dudan de la existencia de una conjura, p. ej., Syme, *Tacitus* (1958) 485, 599 ss., y a menudo *passim*.

33. Nigrino: Plinio, *Ep.* 5.13.6, 5.20.6, véase 7.6.2. — padre y tío: Plutarco, *Mor.* 478B, véase 487E; 548B. — «el más admirado»: Plutarco, ed. Loeb VII, p. 170. — Trásea: Plinio, *Ep.* 6.29.1.

34. asistencia: Talbert, *Senate* (1984) 152 ss. — alusiones: Cizek, *Bull. Ass. G. Budé* 3 (1980) 279 ss., establece una comparación con Tácito, *Ann.* 16.16. Strack, 42, nota 40, y 52 s., nota 58, halló diversos ecos en Tácito, *Ann.*, y Syme, *Tacitus* (1958) 482 ss., comparó los sucesos de los años 117-118 con Tácito, *Ann.* 1, sobre el «primer crimen del nuevo principado» (1.6.1), la adopción de Tiberio (1.7.7) y los cuatro *capaces imperii*, rivales de Tiberio, todos los cuales acabaron mal (1.13.2-3). Temporini, *Frauen* (1978) 157 ss., ofrece un útil compendio de estas y otras aportaciones.

35. *ILS* 2417 = Sm. 192: Speidel, *Guards* (1978) 29 s., 88; *id.*, *Riding for Caesar* (1994) 47 s., considera que su posterior promoción corrobora la conjura de Nigrino. Merece la pena tenerlo en cuenta, aunque no resulta plenamente convincente. — Quieto el Joven, *PIR*² A 1409; Eck, *Chiron* 13 (1983) 162.

36. Dión 69.9.6; *ILS* 2558 = Sm. 336, según la interpretación de Speidel, *Ancient Society* 22 (1991) 277 ss.

37. Filóstrato, *V. soph.* 2.14.

38. *ILS* 1029 = Sm. 224; Roxan II 86; *PIR*² M 619. Según me informa amablemente Werner Eck, otro nuevo diploma demuestra que Natal se hallaba ya en Panonia Superior el 112.

39. bárbaros: Dión 69.9.6. — Mursa: Steph. Byz. 458 M; Mócsy, *Pannonia* (1974) 119; Zahrnt, en Olshausen y Sonnabend, *Hist. Geographie* (1991) 469 ss., la considera la última colonia «auténtica» (por contraposición a titular) fundada en las provincias danubianas.

40. Mócsy, *Pannonia* (1974) 139 ss., 143 ss. Ofrece detalles sobre todas estas locali-

dades, excepto Halicano (S. Soproni, «*Municipium Halicanum*», en *Folia Archaeologica* 30 (1979) 91-98).

41. *HA Had.* 5.2. Falcón: *AE* 1957. 336; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 99 s.

42. nuevo asentamiento: Piso, *Fasti* (1993) 30 ss., contiene la última información. — Napoca: *CIL* III 6.254, 14.465. — Drobeta: *CIL*, III 6.309 = 8.129, etcétera—Malva: colonia en *CIL* XVI 144, del 230 d.C.; pero identificada con Rómula por Piso, *Fasti* (1993) 85, nota 18; esta localidad era aún un *municipium* bajo M. Aurelio, *CIL* III 753, etcétera.

43. *HA Had.* 6.7, 7.3; 9.4; *PIR*² M 249.

44. *HA Had.* 9.4.

45. Eck, *Festschr. Lippold* (1993) 247 ss., reinterpreta convincentemente *AE* 1958. 189 = 1960. 152, como prueba de que Turbón era, probablemente, prefecto de la Guardia el 118-119, aunque no excluye una fecha posterior del reinado. — diploma: Roxan I 21.

46. Mesia Inferior: Eck, *Chiron* 13 (1983) 150 y nota 338. — Plinio, *Ep.* 7.24, véase 6.11, 6.29, 9.13. — yerno: Syme, «Ummidius Quadratus *capax imperii*», en *Harvard Studies in Classical Philology* 83 (1979) 287-310 = *RP* III (1984) 1.158 ss., en 309 = 1.177.

47. Mastor: Dión 69.22.2-3. — Borístenes: *CIL* XII 1.122 = Sm. 520.

9. REGRESO A ROMA

1. *Fort. Red.*: *BMC* III 238, 248 s., 400, 403, 405. — arvaes: Sm. 6 (p. 22); para la fecha, Weber, *Hadrianus* (1907) 81 ss.

2. *BMC* III 401 s., 404 s.

3. nuevos cónsules: Actas de los Arvaes, Sm. 6 (p. 21). — Bárbaro: Thomasson, *Laterculi* I (1984) 396. — Baso: Syme, «Spanish Pomponii: a study in nomenclature», *Gerión* 1 (1983) 249-266 = *RP* IV (1988) 140 ss., en 259 ss. = 152 ss. (donde analiza *AE* 1973. 200). — aprecio por Matidia: *CIL* XIV 3.579 = Sm. 114. — Serviano ... respeto: *HA Had.* 8.11.

4. Plinio, *Pan.* 22-3. — *HA Had.* 9.8, 20. 1.

5. piezas de oro: *HA Had.* 7.3. — Póstumo: Tácito, *Ann.* 1.6. 1. — *congiarium*: *HA Had.* 7.3; *BMC* III 404.

6. Sm. 6 (p. 22), véase Scheid, *Collège* (1990) 384 ss.

7. Tácito, *Agr.* 45.1.

8. Dión 69.2.6. — *HA Had.* 7.4, véase Dión 69.2.4. — Nerva: Dión 68.2.3.

9. Attiano: *HA Had.* 8.7, 9.3-4. — anciano: nacido el 5 de abril del 40 d.C., si, como parece probable, Caballos Rufino, *Senadores* (1990) 35 s., está en lo cierto al atribuirle el horóscopo de Efestión de Tebas 2.18.54-61; *Epit.* 4.26.44-51. — fincas: *ILS* 8999; *CIL* XI 2.607 (Elba); *CIL* XIV 3.039 (Preneste); Bética: Caballos Rufino, *Senadores*, 35 y nota 63. — Símilis: Dión 69.19.2; *HA Had.* 9.5; Dobson, *Primipilares* (1978) nota 105.

10. Septicio: Plinio, *Ep.* 1.1. — la carrera de Suetonio: conocida principalmente por *AE* 1953. 73 y *HA Had.* 11.3; véase *CP* 96. — Hombres famosos: véase Wallace-Ha-

- drill, *Suetonio* (1983) 30 ss. — dedicatoria: Juan de Lidia, *De mag.* 2.6. — Thurinus: *Suetonio, D. Aug.* 7.1.
11. *signum*: *Sm.* 6 (p. 20). — expansión: *Suetonio, D. Aug.* 21.2.
 12. no bien recibido: *HA Had.* 9.1-2. Véase también Eutropio 8.6.1 (*Traiani gloriae invidens*). — Catón: *ibid.* 5.3. *Suetonio, Nero* 18 (*etiam ex Britannia deducere exercitum cogitavit, nec nisi verecundia, ne obtrectare parentis gloriae videretur, destitit*), parece una indirecta al trato dado por Adriano a la Dacia de Trajano, véase Syme, «The travels of Suetonius Tranquillus», en *Hermes* 109 (1981), 105-117 = *RP III* (1984) 1,337 ss., en 112 = 1.343 s.
 13. teatro: *HA Had.* 9.1-2. — planes: véase *supra* 150 ss. — trigo: Strack 63; *BMC III*, 402, 405 y 406.
 14. *HA Had.* 6.5.
 15. *HA Had.* 7.5.
 16. pagos atrasados: *HA Had.* 7.6; Dión 69.8.1²; monumento: *ILS* 309 = *Sm.* 64a. — monedas: *BMC III* 417 = *Sm.* 64b. — relieve: figura 8. — actividad económica: según R. P. Duncan-Jones, *Structure and Scale in the Roman Economy* (Cambridge, 1990) 59 ss.; 66 s.
 17. *HA Had.* 7.7, 7.9, 3.8, 7.1 1.
 18. *HA Had.* 7.8; Strack, 59 s.; *BMC III* 409; véase Plinio, *Pan.* 27.1.
 19. Strack, 61 s.; *BMC III*, 409 s.; 415; 418, 421.
 20. cenizas: Dión 69.2.3; véase Wesch-Klein, *Funus Publicum* (1993) 111 ss. — Nerva: *Epit., de Caes.* 12.12, véase Dión 69.23.1. — triunfo: *HA Had.* 6.3. — juegos: Dión 69.2.3. — bálsamo: *HA Had.* 19.5. — Templo: Boatwright, *City* (1987) 74 ss. — Columna: Claridge, *JRA* 6 (1993) 5 ss., sostiene convincentemente que los relieves son de la época de Adriano. — Sobre los honores póstumos a Trajano, véase Kienast, *Chiron* 10 (1980) 391 ss. = *id.*, *Kleine Schriften* (1994) 503 ss. No me convence Kierdorf, *Tyche* 1 (1980) 147 ss., cuando dice que el triunfo póstumo se celebró el 117, antes del regreso de Adriano. *HA Had.* 6.3 (*triumphum [...] recusavit ipse atque imaginem Traiani curru triumphali vexit*) implica, seguramente, la participación personal de Adriano.
 21. juegos: *HA Had.* 7.12, 8.2; Dión 69.8.12-2. — pan y circo: Juvenal 10.81. — indiferencia: *id.* 11.201-4.
 22. *HA Had.* 19.8; Dión 69.6.1-2.
 23. *CP* 95; *PIR*² H 29-30.
 24. cargos del ejército: Eck, *Chiron* 13 (1983) 150 s. — Latiniano: conocido por un nuevo diploma como legado de Panonia Superior el año 125; Eck y Roxan, en Frei-Stolba y Speidel (eds.) *Festschr. Lieb* (1995) 74 ss., de ahí que pudiera haber estado en Panonia Inferior el 119/120. — Severo: *ILS* 1056 = *Sm.* 217; *CIL XVI* 68; Roxan I 47; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 106 ss. — el más importante: Dión 69.13.2.
 25. Britania: véase *infra* y nota 31. — *strategus*: *CPJ* 443 = *Sm.* 58. — daño: *ibid.* 447, 449. — confiscación: *ibid.* 445, 448. — reducción de impuestos (conocida por nueve papiros): Bonneau, *Le fisc* (1971) 176 ss. — acusaciones: *CPJ* 158a = *Sm.* 517.
 26. cónsul: *HA Had.* 8.5. — Rústico: Syme, «The Testamentum Dasumii: some

novelties», en *Chiron* 15 (1985) 41-63 = *RP V* (1988) 521 ss., en 62 = 544 (árbol genealógico), y *passim*. Actualmente se conocen testimonios de la presencia de Dasumios en Itálica: *AE* 1991. 1028 s.; por tanto, la familia podría proceder de esa localidad más bien que de Córdoba. — Nepote: Eck, *Chiron* 13 (1983) 150 ss.

27. *HA Had.* 8.5-6, 9.7, Dión 69.7.1, *HA Had.* 8.8-10, 8. 1, Dión 69.7.2-3.

28. *HA Had.* 20. 1; Dión 69.7.1-2; *HA Had.* 8.3.

29. *HA Had.* 8.4. Véase Sm. 1, para la lista de los cónsules.

30. Catilio: Halfmann, *Senatoren* (1979) n.º 30, véase n.º 18, determinó su origen. — cena: Plinio, *Ep.* 3.12. — matrimonio: Syme, *Chiron* 15 (1985) = *RP V* (1988) 521 ss., en 54 s. = 535 s. — Serviano: *HA Had.* 8.11

31. *Fort. red.*: Strack, 82 ss., 85 ss.; *BMC III* 410, 412, 420, 273 (Hércules). — Britania: Toynbee, 53 s.; *BMC III*, 412. — Victoria, etcétera: *BMC III*, 266 s., 418; 255 (Marte); 264 (Paz); 254 s. (Júpiter); 259 (Roma). Véase también la galera, 269 s. — Alejandría: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) 197 s., II, 42 s. — *virtus*: *BMC III* 421.

32. Campania: *HA Had.* 9.6, véase Tácito, *Ann.* 3.47.3, 4.57.1, 58.2, estudiado por Syme, *Tacitus* (1958) 487 s., 524. — Tiberio y la astrología: Tácito, *Ann.* 6.20.2, véase Syme, *Tacitus*, 524 s. — Adriano y la astrología: *HA Had.* 16.7, *Ael.* 3.9.

33. identidad helénica: véase M. Leiwo, *Neapolitana. A Study of Population and Language in Graeco-Roman Naples* (Helsinki 1994). — concesión de favores: *HA Had.* 9.6; véase Boatwright, *Chiron* 19 (1989) 252 ss., quien cita *CIL X* 4.574 (Caiatia), 6.652 (Antium), *ILS* 843 (Nemi). — demarca: *HA Had.* 19.1.

34. *Ol.* 62-3; 69.

35. *HA Had.* 20.7, 20.9-11.

36. Sm. 333 = *Ol.* 70 (con una traducción alternativa a «obtener reconocimiento»); analizado por Williams, *JRS* 66 (1976) 72 s.

37. *Digesto* 47.21.2; véase Syme, «Hadrian the intellectual», en *Les Empereurs romains d'Espagne* (1965) 243-253 = *RP VI* (1991) 103 ss., en 245 = 105, quien lo lee con más profundidad que Williams, *JRS* 66 (1976) 71 s. — Genciano: *ILS* 1.046 = Sm. 237a.

38. Éufrates: Dión 69.8.3; Plinio, *Ep.* 1.10; Filóstrato, *V. Apoll.* 8.7.11. — Epicteto: *HA Had.* 16.10, véase capítulo 6, *supra*. — Favorino: véase *supra*, 193 ss.

39. Sm. 7 (p. 23); *CIL XIV* 3.579 = Sm. 114.

40. Matidia: *PIR² M* 367; R.-C. n.º 681. — Sabina: Eck, en *Festschr. Straub* (1982) 227 ss.; R.-C. n.º 802. — monedas: *BMC III* 28 1. — honores: *HA Had.* 9.9, 19.5. — arvaes: Sm. 7 (p. 23).

41. Sm. 7. — Suetonio, *D. Aug.* 21.2.

42. Sm. 452 = *Ol.* 71.

43. *Ol.* 72.

44. *Ol.* 73 (el comentario sobre el estilo del griego de Plotina es de Oliver, p. 179). — Heliodoro: *HA Had.* 16.10, véase *supra*, pp. 237-238.

45. *Sent. Hadr.* 12.

46. Boatwright, *City* (1987) 58 ss., 74 ss.

47. *RE Su* 15 (1978) 1494 ss. (M. Steinby).

48. *HA Had.* 19.9; Boatwright, *City* (1987) 43 ss.
49. augústeo: Boatwright, *City* (1987) 33 ss. — monedas: Strack, 102 ss.; *BMC III*, 282, 422, 423. — Numa: Zoepffel, *Chiron* 8 (1978) 391 ss. — *pomerium*: Boatwright, 64 ss.; Bellen, *Forschungsmag. Mainz* 2 (1986) 5 ss.
50. Temple: Kienast, *Chiron* 10 (1980) 400 ss. = *id.*, *Kleine Schriften* (1994) 513 ss.; Boatwright, *City* (1987) 99 ss. — Decriano, Apolodoro: *HA Had.* 19.12-13.
51. Dión 69.4.1 ss., *HA Had.* 15.9-11.
52. Strack, 105 ss.; *BMC III*, 278; véase Beaujeu, *Religion* (1955) 128 ss.; Martin, *Providentia* (1982) 278 ss.

10. A LA FRONTERA GERMÁNICA

1. procónsul el año 121: Weber, *Hadrianus* (1907) 99, da una lista. — *HA Had.* 10.1.
2. Matidia: *HA Had.* 9.1 s. — monedas: Toynbee, 84 s.; *BMC III* 491, 521-522, 531. «Galia» significa, por supuesto, las cuatro provincias gálicas.
3. Lugduno: Halfmann, *Itinera* (1986) 197, lo considera probable y cita a R. Chevallier, *ANRW* 2.3 (1975) 921 s., 926, sobre las obras de construcción realizadas allí bajo Adriano. Weber, *Hadrianus* (1907) 106, 108, supone que invernaó en Germania. — nieves: Dión 69.9.4. — Turbon: *PIR² M* 249—supuestamente se quedó en su puesto mientras el otro prefecto se hallaba con Adriano—. Vero: *PIRA* 695. — Nacimiento de M. Aurelio: *HA M. Aur.* 1.5.
4. emperatriz, funcionarios: *HA Had* 11.3. — Bradua: *ILS* 8.820; A.R. Birley, *Fasti* (1981) 92 ss. — Neracios: *PIR² N* 55, 60. — Natal: *ILS* 1.061 = Sm. 225; *PIR² M* 620. Vale la pena mencionar aquí el comentario de Tácito, *Ann.* 4.57 s., sobre el séquito de Tiberio cuando, «por fin», se marchó (a Campania, el 26 d.C.): se trataba de un grupo limitado, un solo senador, el prefecto de la Guardia (Seyano) y otro caballero, además de varios hombres de letras, en especial griegos, cuya conversación le proporcionaría alivio (*ceteri liberalibus studiis praediti, ferme Graeci, quorum sermonibus levaretur*). El último grupo tuvo, de hecho, un lugar en el *comitatus* del 122 d.C., tanto si Tácito pensaba en Adriano al escribir sobre Tiberio (¿y por qué no?) como si no lo hacía—Septicio y Suetonio, formaban, sin duda, parte del séquito por su cargo, pero también como representantes de los *studia* latinos; es posible que Arriano fuera así mismo miembro del cortejo.
5. Tácito: *Germ.* 29.4. — Schönberger, *JRS* 59 (1969) 160; *Ber. der R-G-K* 66 (1985) 369 ss.
6. *HA Had.* 12.6.
7. simbólico: Baatz, en *Roman Frontier Studies* 1969 (1974) 117 s., insiste en que la medida tomada por Adriano no tenía fundamentalmente nada de nuevo sino que se trataba, simplemente, de una mejora técnica. Sin embargo, su valor simbólico era, sin duda, enormemente importante, un *finis* al fin y al cabo, a pesar de Virgilio, *Aen.* 1.279 s. — Tácito: *Ann.* 4.32.12; 11.20.1-2.

8. convertir: véase nota 5, *supra*. — *HA Had.* 10.2.
9. *HA Had.* 10.2; 5.3 (Catón). — Escipión: Apiano, *Iberica* 85-6. — Metelo: Salustio, *Jug.* 44-5.
10. *HA Had.* 10.2-5.
11. *HA Had.* 10.6-8. — Graco: Plutarco, *Gracch.* 5. 1. — pasajes posteriores: *HA Had.* 17.2, 20.10. Véase también 21.9, sobre su generosidad con las tropas.
12. fuertes: *HA Had.* 10.6, también Dión 69.9. 1; véase Tácito, *Agr.* 20.2. — almacenes: *HA Had.* 11.1.
13. Dión 69.9.1-4; *Epit. de Caes.* 14. 1 0-1 1; Vegecio 1.8, 1.27; Arriano, *Tact.* 44.1. — escalafón de oficiales, o la creación de la *militia quarta* para los comandantes de las *alae milliariae*. E. Birley, «Promotions and transfers in the Roman army: senatorial and equestrian officers», publicado originalmente en *Carnuntum-Jb.* 1957, 3-20 (en alemán), reeditado en *id.*, *Roman Army Papers* (1988) 93 ss., en 106.
14. Toynbee 126; *BMC III* 501 s., 496, 533 (minas), 502 (ejército).
15. Ovilava, Cecio: Alföldy, *Noricum* (1974) 82. — *met[alla]*: *BMC III* 533. estatua: Wegner, *Hadrian* (1956) 33 y Taf. 12a. — Augsburgo: Zahrt, *ZPE* 72 (1988) 179 s. — ejército de Recia: *BMC III* 502. — Clemenciano: *CP* 150 bis (60) y *add.*, Su p. 43; Alföldy, *Noricum* (1974) 244, fecha su mandato en c. 120. — Censorio: *CP* 97 bis.
16. Arriano, *Indike* 4.15-1 6, estudiado a menudo. Ver en Grassl, *Chiron* 12 (1982) 250 ss., una hipótesis verosímil sobre el momento en que Arriano pudo haber estado en Inn (es decir, el 122, con Adriano).
17. auderienses: *CIL XIII* 7.063, 7.353. — taunenses: *ILS* 7.077, 7.080, 7.090, 7.096. matiacos: *CIL XIII* 7.061 ss., 7.266, 7.271, 7.281, 7.587. — el Foro de Adriano: *Tab. Peut.*; *CIL*, III 4.279. — bátavos: Tácito, *Germ.* 29; Speidel, *Riding for Caesar* (1994). — tungros: M.-T. Raepsaet-Charlier, «Municipium Tungrorum», en *Latomus* 54 (1995) 361-369 (quien actualmente admite que los tungros se hallaban en Germania Inferior y no en Bélgica).
18. Suetonio, *Cal.* 8; *D. Claud.* 1.2, véase Tácito, *Ann.* 2.8.1; Suetonio *D. Tit.* 4.1, analizado por Syme, «The travels of Suetonio Tranquillus», *Hermes* 109 (1981) 105-117 = *RP III* (1984) 1.337 ss., en 112 = 1343. — Nepote: *CIL XVI* 69 = Sm. 347; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 100 ss.
19. Toynbee 86 ss.; *BMC III* 345-346; Tácito, *Germ.* 17.3; *BMC III* 500.

11. EL MURO DE ADRIANO

1. *HA Had.* 11.2. Halfmann, *Itinera* (1986) 190, 195 s., está seguro de la fecha.
2. *HA Had.* 11.2-12.1; 15.3 (Floro). — monedas: Toynbee, 53 ss.; *BMC III* 490 (*adventus*), 498 (*exercitus*), 508 (Britania), 425, 433 (*expect. Aug.*). La relación de la última con Britania es negada por Mattingly, *ibid.* CLXVI s., sin un buen motivo; véase Strack 70 s. — Sabino: *ILS* 2726 = Sm. 276; *CP* n.º 118 y *add.*; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 292 s. — Agripa: *ILS* 2.735 = Sm. 265; *CP* n.º 120; Birley, *Fasti* 292 ss. — solicitud: Bowman-Thomas, *Tabulae Vindolandenses II* n.º 344, véase pp. 179-180 y nota 21 *infra*.

3. *HA Had.* 5.2;—Falcón: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 95 ss. — monedas ... 119: *BMC* III 412; Strack 70 s.; Toynbee 54. — Frontón, *De bello Parthico* 2, p. 221 Van den Hout.
4. A. R. Birley, *Fasti* (1981) 220 ss.
5. *CIL* XVI 69 = Sm. 347. — Nepote: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 100 ss. — Varrón: *ibid.* 239 s. (y *ILS* 1047). — Leliano: *ibid.* 273 s. (e *ILS* 1094+1100).
6. Sabina, Septicio, Suetonio: pp. 184-185 y nota 26 *infra*. — Marcelo: *PIR*² N55; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 87 ss. Plinio, *Ep.* 3.8. — Bradua: Birley, *Fasti*, 92 ss. (sobre *ILS* 8824a).
7. *HA Had.* 11.2, 12.1. — Voorburg: *supra* pp. 163-164 y nota 7.
8. Suetonio, *D. Titus* 4.1.; véase Syme, *Tacitus* (1958) 779; «The travels of Suetonius Tranquillus», en *Hermes* 109 (1981) 112 = *RP* III (1984) 1343. — cristianos: Eusebio, *HE* 4.8.6-9.3, la opinión escéptica de Nesselhauf, *Hermes* 104 (1976) 348 ss., sobre este pasaje me parece la más convincente. Sobre Graniano y Fundano como procónsules, y sobre Pompeyo Falcón, sucesor de Fundano en Asia, Eck, *Chiron* 13 (1983) 155 ss. — Suetonio con Plinio: deducido por Syme de Plinio, *Ep.* 10. 94.1. (al margen de la lectura *nunc* por *hunc*, Plinio indica aquí que había llegado a conocer mejor a Suetonio).
9. *CIL* XVI 69 = Sm. 347. — Agripa: *CP* n.º 120; *PME* M 5; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 292 ss. — Bayeno: *CP* n.º 126, *PME* B 14; Birley, *Fasti*, 307 s.
10. Stevens, *Building of Hadrian's Wall* (1966), 39 y 62, sostenía que las obras del muro comenzaron el 120; una opinión contraria, en Breeze y Dobson, *Hadrian's Wall* (3.ª ed. 1987) 64. Ver detalles acerca del muro y las obras vinculadas a él en E. Birley, *Research on Hadrian's Wall* (1961); Daniels (ed.), Bruce, *Handbook* (13.ª ed., 1978); Breeze y Dobson; Daniels (ed.), *Eleventh Pilgrimage* (1989); Breeze, en Maxfield y Dobson (eds.), *Roman Frontier Studies 1989* (1991), 35 ss.; Crow, *ibid.* 44 ss., ambos con una abundante bibliografía. Entre otros estudios recientes podemos señalar: Dobson, *Arch. Ael.* 14 (1986) 1 ss.; Wooliscroft, *ibid.* 17 (1989) 5 ss.; Mann, *ibid.* 18 (1990) 51 ss.; Maxfield, *ibid.* 18 (1990) 247 ss.; Hill, *ibid.* 19 (1991) 33 ss.; Hill y Dobson, *ibid.* 20 (1992) 27 ss. Más adelante cito otras aportaciones.
11. II Adiutrix: Németh, en Hajnóczy (ed.), *La Pannonia* (1994) 141; véase también pp. 53-54 *supra*. — por haber entregado: Tácito, *Historia* 2.1 (*perdomita Britannia et statim missa*). — retirada: p. ej., Salway, *Roman Britain* (1981) 165 s.
12. Haterio: *ILS* 1.338 = Sm. 262a; *CP* n.º 95; *PME* H 1. — anavionenses: A. L. F. Rivet y C. Smith, *The Place-Names of Roman Britain* (Londres, 1975) 249 s. La presencia de Haterio en Britania c. 100 ha sido datada gracias a una tablilla de Vindolanda no publicada, Inv. 93/1.379, carta a Flavio Genial, en la que alude, entre otras cosas, a *Coria* (Corbridge, véase nota 19). — «alistamiento forzoso»: Schönberger, *JRS* 59 (1969) 167; D. Baatz, *Kastell Hesselbach und andere Forschungen am Odenwald Limes* (Berlín, 1973) 54 ss., 71 ss., sostiene que los *numerus*-Kastelle, ocupados más tarde, según se supo, por los *Brittones*, habían recibido ya esas unidades como guarnición hacia el año 100. Brigantes: Tacitus, *Agr.* 17.
13. Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses II* (1994) n.º 164, 344. Véase también A. R. Birley, *Garrison Life at Vindolanda*, Stroud, 2002, especialmente pp. 95 y ss.
14. *RIB* 1.319-1.320. — Arriano, *Indica* 18.11; Diodoro 17.104. — Monedas del océano

y el Tyne: según Toynbee 139 s.; BMC III 257 s.; 390. — Newcastle romano: E. Birley, *Research on Hadrian's Wall* (1961) 161 ss. — puente: Daniels (ed.), Bruce, *Handbook* (1978) 62.

15. Breeze y Dobson, *Hadrian's Wall* 27 ss., 73.

16. RIB 1051. Sobre esta interpretación (que considera el texto un discurso de Adriano), ver Cantarelli, *Studi e doc. di storia e diritto* 19 (1898) 132 s. (al que se ha prestado posteriormente poca atención). Otras opiniones: E. Birley, *Research on Hadrian's Wall* (1961) 159.

17. Frontino, *De aquis* 2.123. — revoco [...] Dionisio (Diodoro 14.18): Crow, *Britannia* 22 (1991) 58 s. — Hadria: Flegonte, *Olympiads*, *FGRH* 257, fr. 23. (También menciona otro posible fundador, Adrión de Mesapia, hijo de Pausón.) Hadria (Atria), a 9,5 kilómetros de la costa del Adriático (re)fundada como colonia latina entre el 290 y el 286 a.C. (Livio, *Perioch.* 11), era una ciudad de la *Praetuttiana regio* (la parte meridional de la *regio V* de Augusto), en la cual se detecta la presencia nada sorprendente de ilirios. En el minucioso pero ligeramente extraño artículo sobre la *Praetuttiana regio* escrito por M. Hofmann, *RE* 22.2 (1954) 1.639-1.673 no hay referencias a Flegonte (pero sí información, por ejemplo, acerca de la elaboración de *Knackebrojt* en el «Großdeutsches Reich»). Véase también Weber, *Hadrianus* 98 n. 329, 253 n. 912. Para ser justos con Hofmann deberíamos aceptar que Dionisio probablemente fundó o refundó otra Hadria, tal vez conocida como Atria, en el lado norte del delta del Po. Sin embargo, Flegonte—si conocía la verdad—lo debió ocultar deliberadamente para complacer a Hadria dándole una «última origo» helénica.

18. Sobre el origen siciliano de Falcón: Salomics, *Adoptive [...] Nomenclature* (1992) 123 s. — China: según Stevens, *Latomus* 14 (1955) 384 ss.; una opinión contraria en Campbell, *Historia* 28 (1989) 371 ss. — Muros griegos: Hodgson, *Hist. of Northumberland* II 3 (1840) 149 ss.; Crow, en *Studien zu den Militärgrenzen Roms* III (1986) 724 ss. — Júpiter: Virgilio, *Aen.* 1.279 s.; Ver también las observaciones de A. R. Birley, *Trans. Durham & North'd* 3 (1974) 13 ss. O. Lattimore, «Geography and the ancient empires», en M. T. Larsen (ed.), *Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires* (Copenhague 1979) 35-40, en 37 ss., tiene una opinión similar a la mía: «aunque se hayan considerado siempre como un elemento necesario "para mantener fuera a los bárbaros", tanto la Gran Muralla de China como las fronteras fortificadas del Imperio romano fueron construidas por los chinos y los romanos para limitar su propia expansión». En cualquier caso, Adriano actuó influido por las ideas griegas de «vallar a los bárbaros». Whittaker, *Frontiers* (1994), y Kennedy, *Roman Army* (1996) 27 (que cita a Crow y otros), no hacen justicia a estos aspectos.

19. El nombre de Coria: Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses* II p. 96 s. — Floro: *HA Had.* 16.3 (*ambulare per Britannos*). — puestos de avanzada: Daniels (ed.), Bruce, *Handbook* (1978) 209 ss., 295 ss.; E. Birley, *Research on Hadrian's Wall* (1961) 235 ss., 242 ss. — altar: *Britannia* 10 (1979) 346 n.º 7 = AE 1979. 388.

20. monedas: BMC III 318, 466, 480. — tratos comerciales: p. ej., Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses* II n.º 180, 343; R. y A. Birley, «Four new writing-tablets from Vindolanda», en *ZPE* 100 (1994) 431-446, en 440 ss.; A. R. Birley, «Supplying the

Batavians at Vindolanda», en *Proc. 16th Int. Congress of Roman Frontier Studies, Rolduc* 1995 (Oxford, 1997) 273-280. Véase, ahora, A. K. Bowman y J. D. Thomas, «New writing-tablets from Vindolanda», en *Britannia* 27 (1996) 229-328 (con lecturas mejoradas de un texto de ZPE 100, 440 ss., en las 326 ss.). — dedicaciones: p. ej., RIB 990, 1.723. — Leliano: Frontón, *Ad Verum imp.* 2.19, p. 128 Van den Hout.

21. R. Birley, *Vindolanda. The Early Wooden Forts* 1 (1994), en especial 125 s. — petición: Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses*, II nota 180 y 344 (quien no interpreta «vuestra Majestad» como el emperador). Véase A. R. Birley, art. citado en la nota 20 (una parte de la n.º 344 se recoge aquí en la figura 17).

22. «otro visitante»: Camden, citado por E. Birley, *Research* (1961) 6. — Cerial a Broco: Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses* II nota 233; otras tablillas no publicadas todavía atestiguan también las partidas de caza de Cerial. — *vertragi*: Arriano, *Cyneg.* 2-3; *tetrafarmacum*: *HA Had.* 21.4 (véase p. 45 *supra*). — Penninos: RIB 1.041. — Silvano Cocidio: RIB 1.207, 1.578; véase además E. Birley, «The deities of Roman Britain», en *ANRW* 2.18.1 (1986) 3-112, en 59 s.

23. sistema litoral: E. Birley, *Research on Hadrian's Wall* (1961) 126 ss.; Daniels (ed.), *Bruce, Handbooks* (1978) 260 ss.; Breeze y Dobson, *Hadrian's Wall* (1987) 43 ss.; G. D. B. Jones, *Britannia* 7 (1976) 236 ss., 13 (1982) 283 ss., que informa sobre investigaciones recientes y sostiene que las instalaciones de la costa estaban unidas por algún tipo de empalizada. Véase los resúmenes de Jones y R. L. Bellhouse en Daniels, *Eleventh Pilgrimage* (1989) 92 ss., 89 ss. — Agripa en Maryport: RIB 823-826 (dedicaciones a Júpiter Óptimo Máximo, y también, al menos dos de ellas, al *numen* del emperador).

24. Octavio: Bowman y Thomas, *Tabulae Vindolandenses* II n.º 343 (en especial las líneas 20-21). — miliarios: RIB 2.244; 2.265; 2.272, sobre este tema, véase Zahrt, *ZPE* 73 (1988) 195 ss.

25. Wroxeter: RIB 288, véase comentarios de Salway, *Roman Britain* (1981) 185 ss. sobre Wroxeter y otras localidades británicas; y 189 s., 547 s., sobre los Fens.

26. *HA Had.* 11.3. La lectura *in eius usu*, donde *eius* se referiría a Sabina, se prefiere en la edición de Callu *et al.*, *ad loc.* Schulz, *Hadrian* (1904) 62 s., parece haber sido el primero en deducir que Sabina y los funcionarios destituidos se hallaban en Britania con Adriano y que aquel «escándalo» ocurrió allí. Esa era también la opinión de Syme, *Tacitus* (1958) 501, 778 ss.; *id.*, «The travels of Suetonius Tranquillus», en *Hermes* 109 (1981) 105-117, en 112 ss. = *RP* 111 (1984) 1.344 ss.; y *passim*. El secretario *ab epistulis* estaba siempre presente dondequiera que viajara el emperador, Millar, *Emperor* (1977) 90 s., véase *ibid.* 6, 127 s. — *Prostitutas famosas*: obra conocida solo por Juan de Lidia, *De mag.* 3.64. — Tiberio: Suetonio, *Tib.* 43-5. — *Epit. de Caes.* 14.8.

27. *HA Had.* 11.4-6.

28. La existencia de los *castra peregrina* bajo Trajano está garantizada por *IL Tun* 778, donde aparece la carrera del antiguo *princeps peregrinorum* Q. Geminio Sabino: Dobson, *Primipilares* (1978) 222 s., nota 103. — Dedicatoria a Septicio: Juan de Lidia, *De mag.* 2.6.

29. *Supra*, p. 187.

30. BMC III 412, 490, 498, 508; Toynbee 53 ss. [véase Apéndice, pp. 455-456 *infra*.]

12. UN NUEVO AUGUSTO

1. *HA Had.* 12.1, 3-4.

2. *HA Had.* 12.1; Dión 68.8¹; Vogt, *Alex. Münzen* (1924) I 99, II 45. — Haterio: Thomasson, *Laterculi* I (1984) 348. — Strobel, *ZPE* 71 (1988) 268 ss., sostiene que en ese momento hubo un grave levantamiento en Egipto, pero no resulta convincente. — Vestino *IGR* I 136 = Sm. 264; *CP* 105; *PIR*² J 623 (ambos suponen una fecha tardía del reinado, para la que no parece haber pruebas. La fecha propuesta aquí es, por supuesto, igualmente conjetural).

3. Rammio, un posible prefecto de la Guardia: Syme, «Guard Prefects of Trajan and Hadrian», en *JRS* 70 (1980) 64-80 = *RP* III (1984) 1.276 ss., en 72 = 1.290. Para Narbona, véase *CIL* XII 4.416, Q. Rammio Q. L. Frontón. En la Narbonense hay otros Rammios (un nombre poco común).

4. *HA Had.* 16.3-4. El verso que falta ha sido objeto de muchos debates; véase Callu *et al.*, *Hist. Aug.* (1992) 117, nota 158. W. D. Lebek me comunica amablemente que él preferiría en el tercer verso un verbo que no fuera *latitare*.

5. Floro, *Vergilius orator an poeta*, 1 ss. Sobre Floro, véase *PE* 6.2 (1909) 2.761 ss.; Carzetti, *Athenaeum* 42 (1964) 136 ss.; Bessone, *ANRW* 2.34.1 (1993) 80 ss.

6. Floro, poemas 1, 2, 4, 6, 8.

7. Floro, *Epit., praef* 8; 2.30.29; 2.33.51, 2.34.66. No está clara la fecha en que fue escrita esta obra. Personalmente, me inclino por una datación en tiempos de Adriano, aunque no se puede demostrar. La indicación del prólogo—«no mucho menos de doscientos años desde César Augusto hasta nuestros días»—es demasiado vaga para permitir alguna precisión. Véanse las obras citadas en nota 5 *supra*.

8. *invernó*: *HA Had.* 12.3. — Nemauso: *ibid.* 12.2; Dión 69.10.2-3a. — epitafio: *CIL* XII 1122 = Sm. 520. — caballos y perros: *HA Had.* 20.12.

9. Rivet, *Narbonensis* (1988) 256 ss.

10. *CIL* XII 1122 = Sm. 520. Prefiero entender el final del verso 4 como *et ruscos*, «y espesuras», más bien que como *Etruscos*, que está fuera de lugar en el caso de los jabaes de Panonia. (Henderson, *Hadrian* (1923) 17 nota 2, hace sobre este punto un comentario característicamente sarcástico.) Es también la opinión de Nadel, *RSA* 12 (1982) 182. — Bucéfalo: Plutarco, *Alex.* 61. — nueva ciudad en Asia: *HA Had.* 20.13, véase *supra*, pp. 200-201.

11. baldosas: *CIL* X-V, 691 ss.; véase Temporini, *Frauen* (1978) 11 ss.; R.-C. n.º 631. Dado que Adriano podría muy bien haber estado en la Galia a comienzos del 123 d.C., no hay impedimento (con permiso de Temporini) para que la basílica de Nemauso fuera inaugurada con motivo de la muerte de Plotina. — *exactor*: *ILS* 4844 = Sm. 142. — Dión 69.10.3¹-3a.

12. Syme, «More Narbonensian senators», en *ZPE* 65 (1988) 1-24 = *RP* VI (1991) 209 ss., en especial 12 ss. = 220 ss., estudia a estas personas. Véase *PIR*² A 715, 1513, D 126, 152, 167, 182-3. — Macedón: *ILS* 6.998.

13. bastión: Cicerón, *Pro Fonteio* 13. — Arcano: *ILS* 1.064; *PIR*² A 333; Marcial 8.72.3.
14. Liciniano: Marcial 1.49.19 ss., 40. — Sura: *CIL* II 4.282; *ILS* 6.956, etcétera véase Syme, «Rival cities, notably Tarraco and Barcino», en *Ktèma* 6 (1981) 271-285 = *RP* IV (1988) 74 ss., en 276 = 81 s. — arco: erigido no por deseo de Sura, sino de un antepasado homónimo suyo en tiempos de Augusto, ver G. Alföldy, «Der römische Bogen über der Via Augusta bei Tarraco (Arc de Barà) und seine Inschrift», en *Klio* 78 (1996) 158-70, donde resume y corrige ligeramente a X. Dupré i Raventós, *L'arc romà de Barà (Hispania Citerior)* (Roma 1994). — Pedanios: *RE* 19.1 (1937) 23 s. (Groag).
15. Alföldy, *RE* Su 15 (1978) 599 ss., 617 ss.; *Tarraco* (1991) 24 ss. — convocado: *Livio* 26.19.12, 51.16. — Augusto: Floro, *Epit.* 2.33.51. — reconstruido: *HA Had.* 12.3.
16. Templo: Tácito, *Ann.* 1.78; Alföldy, *Tarraco* (1991) 43 ss.
17. Sobre la explotación de ese aniversario por Adriano, Strack, 12 ss.; *BMC* III cxv, CLXVII; M. Grant, *Roman Anniversary Issues* (Cambridge 1950) 101 s.; Syme, *Tacitus* (1958) 248, 496. Suetonio, *D. Aug.* 21.2 (comparar con 31.5). — Sobre la insinuación de Tácito, Syme, *Tacitus* 517 y *passim*.
18. leva: *HA Had.* 12.4. — 1.000 hombres: *ILS* 2.726 = Sm. 276.
19. *HA Had.* 12.4 ha sido muy discutido: véase Syme, «Hadrian and Italica», en *JRS* 54 (1964) 142-149 = *RP* II (1979) 617 ss., en 145 s. = 622 ss.; Nierhaus, en *Corolla Swo-boda* (1966) 151 ss.; Gagé, *REA* 71 (1969) 65 ss.
20. *HA Had.* 12.5. — Calpurnio Flaco: *ILS* 6.946; Plinio, *Ep.* 5.2; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 237. — estatuas doradas: *ILS* 6.930.
21. acuñación: *BMC* III 501. — Segisama: Floro, *Epit.* 2.33.48; Orosio 6.21.3. — Cuartino: *CIL* XIV 4473, XIII 1.802, mejorado por Alföldy, *Fasti* (1969) 79 ss.
22. acuñación: Toynbee 102 ss.; *BMC* III 340, 346, 511-512. — Díon 69.10.1. — petición: A. Cellius, *NA* 16.13.4. — reconstruida espléndidamente: véase p. ej., García y Bellido, en *Les empereurs romains* (1965) 7 ss.; Caballos Rufino, *Itálica* (1994) 109 ss. — *ILS* 5.973, Villanueva de Córdoba, documenta a un tal Julio Próculo que asignó los límites a tres comunidades de la Bética, veredicto *confirmatum ab imp. Caesar[e] Hadriano Aug.* Alföldy, *Fasti Hisp.* (1969) 166 s., identifica a Próculo con el *cos. suff.* 109 (*ILS* 1.040), y propone que se hallaba con Adriano en calidad de *comes* en Hispania y habría sido nombrado *iudex* con ese fin. (La fecha y la identificación han sido rechazadas por A. U. Stylow en la nueva edición de la inscripción, *CIL* II² 7 (1995), 776.) Actualmente tenemos mas datos y podemos realizar aún más conjeturas sobre el Próculo *cos.* del año 109: al parecer fue *cos. II*, probablemente bajo Adriano, quizá *suff. II* el 134 o el 137, y, quizá, más probablemente, el colega previsto como *cos. ord.* de Serviano cuando este fue *cos. III ord.* el 134, *infra* nota 4 al capítulo 21. La información proviene de una nueva inscripción fragmentaria hallada en Larino: G. De Benedettis y A. Di Niro, *L'anfiteatro di Larinum. Iscrizioni, monete, sepolture* (Molise, 1995) 21 ss., que requiere una mejor restauración. Werner Eck me mostró amablemente un ejemplar de esta publicación. Véase más observaciones en A. R. Birley, «Hadrian and Greek senators», en *ZPE* 116 (1997) 231 ss.

23. fronteras: *HA Had.* 12.6-7.
24. Gutsfeld, *Nordafrika* (1989) 88 ss., en especial 98 ss., sostiene que el *motus* fue inventado y que se trató de una confusión con las revueltas del 117; parece demasiado aventurado. — Antonino: *HA Ant. Pius* 5.4.
25. *HA Had.* 12.8. — Cuartino: Alföldy, *Fasti* (1969) 79 ss.

13. REGRESO AL ESTE

1. «peor documentada»: Halfmann, *Itinera* (1986), 197. — *HA: Had.* 12.8. — acuñación: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) I 100, II 46.
2. construcción de carreteras: *CIL VIII* 10.114 = 22.173; diecisiete miliarios más del 124 d.C., Labrousse, *Mél. soc. toul.* 2 (1948) 143 nota 111, quien defiende firmemente que Adriano realizó una visita a África de camino al Este, aunque, siguiendo a Strack, 73 ss., la sitúa equivocadamente un años antes; Halfmann, *Itinera* (1986) 197, rechaza la visita. — Metilio: Thomasson, *Laterculi I* (1984) 396; *PIR² M* 549.
3. Sobre Flegonte como fuente para el itinerario imperial, Weber, *Hadrianus* (1907) 94 ss. — «Furnita»: *FGrH* 257 fr. 22. Weber 120 no logró identificarla como Furno. — Furno Menor: Gascou, en *ANRW* 2.10.2 (1982) 281 s. — Furno Mayor: N. Ferchiou, «Quelques inédites de Furnos Maius», en *L'Africa Romana* 2 (Sassari, 1985) 179-188.
4. Bradua: *ILS* 8.824; A. R. Birley, *Fasti* (1981) 92 ss.
5. arrasada: Orosio 7.12; Applebaum, *Jews and Greeks* (1979) 269 ss. — baños: Sm 60. — alocución: según el editor de *Ol.* 122. — benevolencia: *Ol.* 120-121. — monedas: Toynbee, 121; *BMC III* 524. — nueva ciudad: Orosio 7.12; Sincelo 659, 19, etcétera, véase Weber, *Hadrianus* (1907) 119 s. — Hadrianópolis: localizada por G. D. B. Jones y J. H. Little, *JRS* 61 (1971) 67 ss.
6. Creta: Strack 77 da por supuesta una visita; descartada por Halfmann, *Itinera* (1986) 197. — Chipre: sobre Flaco, A. R. Birley, *Fasti* (1981) 237. — explorador: Tertuliano, *Apol.* 5.7. — Cuartino: Alföldy, *Fasti* (1969) 79 ss.
7. Malalas 278 s., véase Weber, *Hadrianus* (1907) 231 s. — «baños»: *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions* (1989) 535 nota 1. — templo: Suda, s.v. Iovianus. — acuñación: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) I 100, II 46.
8. La acuñación conmemorativa celebra más tarde al *exercitus Syriacus* y al *exercitus Cappadocicus*, *BMC III* 503, 498. Adriano visitó ambos ejércitos varias veces. — reyes rivales de Partia: Schippmann, *Grundzüge* (1980) 64; Karras-Klapproth, *Pros. Studien* (1988) 114 ss., 201 s. Partamaspates y Yalud: *HA Had.* 5.4; Weber, *Hadrianus* (1907) 119; Drijvers, *ANRW* 2.8 (1977) 874 s. — hija, trono: *HA Had.* 13.8.
9. acuñación: *BMC III* 425, 433, 434 (*expeditio*); 254, 437 (Jano). — Orosio 7.19.4.
10. Presente: Eck, *Chiron* 13 (1983) 160, nota 379. — Armenios: *HA Had.* 21.11.
11. Neocesarea, Nicópolis, Amasia: Weber, *Hadrianus* (1907) 265; D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor* (Princeton 1950) 1.460. Datado por Halfmann, *Itinera* (1986) 198, el

- 123 y no el 131 (según Weber). — Flegonte: *FGrH* 257 fr. 18. — Estrabón: R. Syme, *Anatolica. Studies in Strabo* (Oxford, 1995) 357.
12. Arriano, *Periplus* 1.1. — Jenofonte, *Anab.* 4.7.21 ss.
13. Arriano, *Periplus* 1.2 ss. — puerto: *ibid.* 16.6.
14. Hiso: Arriano, *Periplus* 3.1. — soberanos nativos: *ibid.* 1 1.2-3, 18.3. — Cotis: *ibid.* 17.3; *FGrH* 257 fr. 17; *PIR*² J 276 (con árbol genealógico); Nadel, *RSA* 12 (1982) 186 ss.
15. Arriano, *Periplus* 12.2. — Septicio: Plinio, *Ep.* 1.1. — Suetonio, sobre el equipo de Plinio: sostenido, por Syme, *Tacitus* (1958) 779, y «Biographers of the Caesars», en *Museum Helveticum* 37 (1980) 104-128 = *RP* III (1984) 1.251 ss., en 123 = 1.269, basándose en Plinio, *Ep.* 10.94.1.
16. Sínope: Plinio, *Ep.* 10.90. — Amiso: 10.92. — Amastris: 10.97. — Suetonio: 10.94. — cristianos: 10.96-7. — obispo de Sínope: padre del hereje Marción, Epifanio, *Panarion* 42; véase *ODCC*² 870 s.
17. Heraclea: *Bulletin de correspondance hélienne* 9 (1885) 68 s.; Weber, *Hadrianus* (1907) 125. — acuñaciones de Nicomedia: Toynbee, 126; *BMC* III 524. — terremoto: Sincelo, 659, nota 7; *Chron. Pasch.* 475, etcétera; Weber, *Hadrianus* 127 s. — puertas de Nicea: *IGR* III 37. — monedas de Bitinia: Toynbee 51 s.; *BMC* III 490, 520-521.
18. acueducto: Plinio, *Ep.* 10.37. — teatro de Nicea: 10.39. — *Graeculi*: 10.40.2, véase *HA Had.* 1.5. — lago: 10.41. Véase sobre este asunto Mitchell, *Harvard Studies in Classical Philology* 91 (1987) 333.
19. Bitinio: Plinio, *Ep.* 10.39.5-6. — Hadriana: Weber, *Hadrianus* (1907) 126; Le Glay, *BCH* 100 (1976) 357 ss., tiene una útil lista de localidades de Asia que recibieron el nombre de Adriano. — su hogar: Dión 69.11.2. — Mantinio: Robert, *A travers l'Asie Mineure* (1980) 132 ss. — retratos: Kähler, *Villa* (1950) 177 ss., a quien siguen Grenier y Corelli, *MEFR* 98 (1986) 252, considera que, al menos, una de las figuras de los tondos del Arco de Constantino representa a Antínoo en otoño del 130, cuando tenía unos veinte años. Sobre esta cuestión, pp. 360-362, *supra*. — equipo de constructores, etcétera: *Epit. de Caes.* 14.5. — reticencia de Trajano: Plinio, *Ep.* 10.18.3, 40.3, véanse pp. 77-78.
20. Catilio: Halfmann, *Senatoren* (1979) 133 ss., nota 38. — Casios: *ibid.* 194 nota 123; sobre Casio Agripa, A. R. Birley, *Fasti* (1981) 241 s.
21. amigo de Adriano: *HA Had.* 15.4. — causa: Plinio, *Ep.* 7.6, 7.10.1. — ruina: *ibid.* 10.70-1.
22. Polemón, *De Physiognomia*, ed. G. Hoffmann, en R. Foerster, *Scriptores Physiognomici Graeci et Latini I* (Leipzig, 1893) 138 ss. Utilizado por Premierstein, *Attentat* (1908) 46 ss., pero su intento de identificar a Lusio Quieto en este texto y fechar el viaje en el 118 no ha resultado convincente. Texto mejorado por Bowersock, *Sophists* (1969) 120 ss., quien data el viaje en el 124; véase ahora también Weiss, *Chiron* 25 (1995) 218 ss.
23. Polemón: detalles en *PIR*² A 862. — sus antepasados y vínculos: Sullivan, *ANRW* 2.7.2 (1980) 913 ss. — pariente y alumno: Filóstrato, *V. soph.* 1.25.4 (no se da el nombre).

24. Filóstrato, *V. soph.* 1.25.2.
25. Filóstrato, *V. soph.* 1.25.3. — Baso y Trajano: Syme, *Tacitus* (1958) 510 s.; «Hadrian as philhellene: neglected aspects», en *BHAC* 1982/1983 (1985) 341-362 = *RP V* (1988) 546 ss., en 356 s. = 558 s. — larga reata: Filóstrato, *V. soph.* 1.25.2.
26. monedas: Toynbee 130; *BMC* III 496. Las monedas del *exercitus* se omiten en *BMC*; véase Strack 143 y nota 815. — Oresta: Weber, *Hadrianus* (1907) 15 ss. — estatua: *C IG* 2.020. — legado: Eck, *Chiron* 13 (1983) 158, véase 169. — Cela: F. Grelle, *L'autonomia cittadina fra Traiano e Adriano* (Nápoles 1972) 180, 212 ss. P. Gavio Balbo, procurador del Quersoneso Tracio, fue honrado por el *municipium* de Cela, *IKeph VII* 1, 3.048: Eck, en Eck (ed.), *Pros. und Sozialgeschichte* (1993) 370 ss. — construcción de carreteras: *CIL* III S 14207³⁵, véase 7.615. — victoria sobre los escitas: *IGR* I 884; Nadel, *RSA* 12 (1982) 187. — más al norte: según Weber, *Hadrianus* 151. — Presente: Eck, *Chiron* 13 (1983) 160. — Polemón: *De Phys.* 139.

14. UN VERANO EN ASIA

1. Floro: 1.40.15. — Propercio: 3.22.1 ss. — Trifena: *PIR*² A 900. — Muciano: Syme, «Pliny the procurator», en *Harvard Studies in Classical Philology* 73 (1969) 210-236 = *RP II* (1979) 742 ss., en 203 ss. = 744 s. — terremoto: Malalas 279.
2. Falcón: Eck, *Chiron* 13 (1983) 158. Su hijo murió el 180, a la edad de sesenta y dos años: *ILS* 1.106. — Pola: J. y L. Robert, *Bulletin épigraphique* 90 (1977) 418 s., nota 489, sobre *IGR* IV, 779-780. — trescientos años antes: deducción del *Escoliasta* sobre Luciano, *Icarom.* 24, citado por Schulz y Winter, *Asia Minor Studien* 1 (1990) 36 nota 30, donde se dice que costó terminar este templo tanto como el de Zeus Olímpico en Atenas. — Apolónide: Polibio 22.20. — Plinio, *Ep.* 10.41.5.
3. filetes de oro: Plinio, *NH* 36.98. — toda la provincia: *IGR* IV 140, véase Schulz y Winter, *Asia Minor Studien* 1 (1990) 37 ss. — *neocorus*: *ibid.* 49 ss. — construcción del templo: *ibid.* 56 ss.
4. Hadriane, etcétera: Weber, *Hadrianus* (1907) 132 s.; véase Le Glay, *BCH* 100 (1976) 358 s. — Apolonia, Miletópolis: *IGR* IV, 128 s.; 121-123; Weber, 132 y notas 418-419. 500 ciudades: p. ej. Filóstrato, *V. soph.* 2.1.3. — Pario: *CIL* III 374; Weber, 133, nota 476. — Áyax: Filóstrato, *Her.* 288. — Alejandría Tróade: *CIL* III 7.282; Weber, 133.
5. *HA Had.* 20.13; Dión 69.10.2; Weber, *Hadrianus* (1907) 131; Robert, *Documents d'Asie Mineure* (1987) 133 ss.; sobre Hadriania y Hadriani, p. 334, *supra*.
6. Polemón, *De phys.* 138 ss.
7. supuesto atentado: Premierstein, *Attentat* (1908) 46 ss.; mejor interpretado por Bowersock, *Sophists* (1969) 120 ss. — Nigrino: Dión 69.2.5. — Tarraco: *HA Had.* 12.5. — Atenas: *ibid.* 13.2.
8. Polemón, *De phys.* 160 ss. (Favorino); 148 (Adriano); véase *Scriptores Physiognomici* II 51 s.
9. Zeus Cazador: Robert, *Documents d'Asie Mineure* (1987) 133 ss. — carta: *Ol.* 79.

D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor* (Princeton 1950) 1.478, y Ol., *ad loc* ponen en duda la interpretación de Weber, *Hadrianus* (1907) 136 ss.

10. población de Pérgamo: Galeno 5.49 K. — Sobre la ciudad, W. Radt, *Pergamon* (Colonia 1988), en especial 239 ss. Sobre el Trajaneum. — Cuadrato y Baso: *PIR*² J 507-8.

11. trono de Satanás: *Apocalipsis* 2.13. — guardia del templo: Price, *Rituals* (1984) 252 s. — templo de Asclepio: Le Glay, *BCH* 100 (1970) 347 ss. — nuevo Asclepio: *IGR* IV 351; Weber, *Hadrianus* (1907) 135.

12. biblioteca: *RE* 3.1 (1897) 414 s. — monumento a Baso: Habicht, *Pergamon* VIII 3 (1969) 43 ss. — Camerino: Eck y Roxan, en Frei-Stolba y Speidel (eds.), *Festschrift Lieb* (1995) 77 s. — Rufino: *PIR*² C 1.637.

13. Nicón: *PIR*² A 226. — Galeno: *ibid.* G 24. — el ojo del criado: Galeno 5.17 s. K. Galeno solo menciona a Adriano en otras dos ocasiones: para decir que poseía una obra dedicada a él por Favorino, 1.40 s. K., y que dio su aprobación a la edición de Hipócrates realizada por el médico Artemidoro Capitón, 15.21 K.

14. Mítilene: *IGR* IV 84-87, 89; Weber, *Hadrianus* (1907) 135 s. — Sardes: Polemón, *De Phys.* 138, corregido por Bowersock, *Sophists* (1969) 120 ss. — Tiatira, Nacrassa: *IGR* IV 1.196-1.199; 1.160; Weber 138. — Saítas: Weiss, *Chiron* 25 (1995) 213 ss.

15. Polemeano: *PIR*² J 260; Halfmann, *Senatoren* (1979) 111 s., nota 16. — Julio Pardalas: *PIR*² J 448. — Menemaco: Plutarco, *Mor.* 798 A ss., 805 A ss. — ridículo: *ibid.* 811 B s. — más citas: *ibid.* 813 D ss.; 813 E s.; 825 D; 814 C s.; 814 F s.

16. muerte de Plutarco: C. P. Jones, *Plutarch* (1971) 34. — estatua: *SIG*³ 829A = Sm. 487. — Baso: Halfmann, *Senatoren* (1979) 119 s., nota 26. — Mayor: *ibid.* 153 ss., nota 54. — La idea de que el historiador Arriano fue procónsul de la Bética en este período, se basa en la identificación con el procónsul Arrianos del epigrama de Córdoba, *AE* 1974. 370, que ha sido rebalido convincentemente por F. J. Fernández Nieto en una conferencia pronunciada en el Congreso de Epigrafía de Barcelona en septiembre de 2002. — Cárax: Halfmann 161 s., nota 73.

17. *Anth. Pal.* 12, en especial 17, citado aquí. Para la fecha de Estratón, Bowie, en Russell (ed.), *Antonine Literature* (1990) 56 s.

18. Trocetta: *AE* 1957. 17. — Peduceo: Eck, *Chiron* 13 (1983) 160. — Tmolo: Weber, *Hadrianus* (1907) 139 y nota 504.

19. Polemón, suma colosal, etcétera: Filóstrato, *V. soph.* 1.25.2; *IGR* IV 1.398, 1.431. — segunda guardia: Price, *Rituals* (1984) 258.

20. Augusto y Éfeso: véase, p. ej., *RE* Su 12 (1970) 263 s. — Festival de la Arribada en Éritras: *IGR* IV 1.542. — Liga Jonia: *RE* 18.3 (1949) 601-605. — Panjonio: *IKeph* 1501; Weber, *Hadrianus* (1907) 217. — Antímaco: Dión 69.4.6; *HA Had.* 16.2. — Platón: Plutarco, *Lysander* 18.5. — Quintiliano: *Inst. or.* 10.1.53. — Plutarco, *Timoleon* 36.2. — Artemis: *Antimachi Colophonii Reliquiae*, ed. B. Wyss (Berlín 1936), fr. 75.

21. Una inscripción gigantesca que menciona a Adriano en nominativo y, por tanto, indudablemente como restaurador del templo, quedó al descubierto en Claros en marzo de 1990 (evidentemente, está sin publicar; aluden a ella indirectamente J. y L.

Robert, *Bulletin épigraphique* 1962, 199). — Tácito: Eck, *Chiron* 12 (1982) 353. — Germánico: Tácito, *Ann.* 2.54.

22. carta desde Enoanda: Wörrle, *Stadt und Fest* (1988).

23. Gavios: Eck, in Eck (ed.), *Pros. und Sozialgeschichte* (1993) 368 ss. — Baso: Plinio, *Ep.* 10.21, 86a.

24. Petronio Prisco: *AE* 1993. 447 (probablemente antes del 128, en función de los títulos de Adriano). — peticiones: Dión 69.6.3. Véase Millar, *Emperor* (1977) 3, quien cita historias similares.

25. himno: Sm. 726 - *IKeph* 1145. — Pablo: *Hechos de los Apóstoles* 19.23 ss.

26. a Rodas: *HA Had.* 13.1; Polemón, *De phys.* 138, según la corrección de Bowersock, *Sophists* (1969) 120 ss. — Erasto y Filocirio: *IKeph* 1.487-1.488. Sm. 72a y Ol. 82A, por desgracia solo conocía la carta de Erasto. Sobre esta y otras consecuencias, véase DrewBear y Richard, en *Mél. Le Glay* (1994) 742 ss. — galera: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) I 100, II 46.

27. Coloso: Malalas 279, analizado por Weber, *Hadrianus* (1907) 243 s. — Tiberio: Suetonio, *Tib.* 11-13. «futuro Zeus», Apolónides, *Anthologia Palatina* 9.287, citado por Bowersock, en Millar y Segal (eds.), *Caesar Augustus* (1984) 169 ss. (un análisis valioso de Tiberio en Rodas, y muchas cosas más), en p. 181. — Tiberio y Adriano, Syme, *Tacitus* (1958) 488, 517, y *passim*. — Roma, Caesarea: Price, *Rituals* (1984) 88. — Dión, *Or.* 31.1 21 s., elogia a los rodios por su helenismo.

28. Presente: Eck, *Chiron* 13 (1983) 160. — Nepote: todavía en Britania el 15 de septiembre del 124, *CIL* X-VI 70. — modificaciones: Breeze y Dobson, *Hadrian's Wall* (1987) 74 ss., sobre el «desplazamiento» de aquel año. — Egipto: Thomasson, *Laterculi* I (1984) 348. — prefectura en la Ciudad: el sucesor de Vero, Lolio Paulino, en otro tiempo colega de Julio Cuadrato como cónsul por primera vez (*suff.* 94), ocupó, evidentemente, el cargo antes de ser *cos. II (ord.)* a comienzos del 125, *PIR*² L 320, un honor que entonces se concedía habitualmente a los prefectos.

29. *HA Had.* 13.1.

15. UN AÑO EN GRECIA

1. «unas pocas ciudades más»: p. ej., Coronea de Beocia, a juzgar por *IG* VII 2.879, que le honró allí antes de ser emperador. — Sobre los misterios: Mylonas, *Eleusis* (1961). — cuchillos: *HA Had.* 13.2.

2. realizó los ritos: *HA Had.* 13.1; Dión 69.11.1. — sacerdotisa: *IG* II/III² 3.575 = Sm. 71a. — precedentes: Weber, *Hadrianus* (1907) 109 ss. — Augusto: Dión 54.9.7 ss. — Filópapo: propuesto por Oliver, *AJP* 71 (1950) 295 ss.

3. Herodes en Panonia: *supra*, p. 89. — cuestor: *SIG*³ 863 nota 1 = Sm. 199b. Nuevas pruebas sobre la carrera de su padre (Roxan III 159: no fue cónsul hasta c. 132, y no c. 108 o antes) hacen necesaria alguna revisión de la carrera del propio Herodes, p. ej., según se presenta en Ameling, *Herodes* (1983), II 1 ss. — Ático padre: *AE* 1919. 8 = Sm.

198 demuestra que los *ornamenta praetoria*, el rango senatorial honorífico, recién adquiridos, por concesión, quizá, de Trajano, no le hicieron senador, y mucho menos cónsul, según se suponía anteriormente. Es posible que, en un primer momento, Adriano «coronara» los *ornamenta* dándoles la calidad de *consularia*, y que luego, más adelante, lo hiciera elegir para el senado. Más detalles en A. R. Birley, «Hadrian and Greek senators» (*ZPE* 116 (1997) 209 ss.). — reforma de las leyes: Jerónimo, *Chron.* 198 Helm, etcétera; Weber, *Hadrianus* (1907) 165 s.; Follet, *Athènes* (1976) 116 ss. — Pitodoro: Graindor, *Athènes* (1934) 32. — Consejo: Weber, 163; Graindor 83 ss.; Fuller 113 ss. — ley sobre el aceite: Sm. 443 = Ol. 92—pescado: Sm. 444 = Ol. 77. — puente: Jerónimo, *Chron.* 198 Helm; Weber, 167. — favores: *HA Had* 13.1.

4. Mégara: Filóstrato, *V. soph.* 1.24.3. — inscripciones: *IG VII* 70-72, 3.491; Weber, *Hadrianus* (1907) 182. — Sabina: *IG VII* 73, 74. — Apolo: Pausanias 1.42.5. — carretera: *ibid.* 1.44.6. — miliario: *IG VII* 69. — edicto: Ol. 56. — fracaso: Pausanias 1.36.3.

5. Epidauro: *SIG³* 842, nota 3; *IG IV* 1.406; Weber, *Hadrianus* (1907) 182 s. — Pulcro: *PIR²* C 1424; *CP* 81. — Consejo: estudiado por U. Kahrstedt, «Zwei Probleme im kaiserzeitlichen Griechenland, II. Das Koinon der Achaier», en *Symbolae Osloenses* 28 (1950) 70-75 (que requiere ser revisado en algunos detalles). — Plutarco: *Mor.* 86 BD.

6. Trecén: *IG IV* 758; Weber, *Hadrianus* (1907) 183 s. — Hermione: *IG IV* 702. — Hera: Pausanias 2.17.6. — Nerón: Suetonio, *Nero* 22 s.; Dión 63.21. — carreras de efebos: Pausanias 6.16.4. — 30 de diciembre: *IGLS IV* 1.265. — Consejo: *IG VII* 2711 s. — acueducto, teatro: Spawforth y Walker, *JRS* 76 (1986) 102 s.; Piérart, en Frei-Stolba y Speidel (eds.), *Festschr. Lieb* (1995) 7 ss.

7. recuperación del nombre: Pausanias 8.8.12. — Epaminondas: *ibid.* 8.11.8. Sobre él, véase, p. ej., Cicerón, *Tusc.* 1.2; Justino 6.8. — Cafisodoro: Plutarco, *Mor.* 761 D. — Posidón: Pausanias 8.10.2.

8. Mantinio: véase p. 209, *supra*. — en honor de Antínoo: Pausanias 8.9.7, etcétera; Weber, *Hadrianus* (1907) 186 ss. Antínoe: Pausanias 8.8.4; 8.9.5.

9. Tegea: *IG V* 2, 50; Weber, *Hadrianus* (1907) 188. — Esparta: *IG V* 1, 486 y 32 A, *SEG XI* 492, atestiguan su presencia. Sobre la Esparta romana, Spawforth, en Cartledge y Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta* (1989) 93 ss., en especial 105 ss., 127 ss. Según demuestra, con más claridad de lo que se había hecho anteriormente, el «renacimiento griego», con su atención obsesiva por las antiguas glorias helénicas, restableció considerablemente la suerte de Esparta, un componente esencial y principal en el museo viviente en que se estaba convirtiendo la «Grecia Antigua». — anfitrón: Spawforth, *ABSA* 73 (1978) 249 ss.; Halfmann, *Senatoren* (1979) 125 ss., nota 29. Sin embargo, su datación de la carrera de Herculano en una fecha anterior (en tiempos de Trajano) resulta menos convincente; véase también *PIR²* J 302. En otro lugar, «Hadrian and Greek senators» (*ZPE* 116 (1997) 237 ss.) trato esta cuestión con más detalle. — primer Euricles: *PIR²* J 301 (otros miembros de la familia, 372, 587); G.W. Bowersock, «Eurycles of Sparta», en *JRS* 51 (1961) 111-118; *id.*, en Millar y Segal (eds.), *Caesar Augustus* (1984) 176 ss.; Spawforth, en Cartledge y Spawforth (*supra*) 93 ss. — trigésimo sexto descendiente de los Dioscuros: *IG V* 1, 971, 1.172 = Sm. 210. — Plutarco: *Mor.* 539

A, véase p. 90, *supra*. — Falcón: de las inscripciones que lo mencionan, solo *ILS* 1.035 incluye los nombres de Herculano, heredados, probablemente, tras la muerte de este.

10. Caudo, Corona: *SEG* XI 494-495; Spawforth y Walker, *JRS* 76 (1986) 96, nota 72. — acueducto: Spawforth, en Cartledge y Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta* (1989) 130 y 216, que cita una «comunicación personal de S. Walker». — altares: *IG* V 1, 381-405. — Ártemis Ortia: p. ej., Plutarco, *Lyc.* 18.1; Filóstrato, *V. Apoll.* 6.20, 7.42; Pausanias 3.16.10 s. — Ático en Esparta: Spawforth, *ABSA* 75 (1980) 203 ss. — prácticas lacónicas: *Ol.* 122.

11. Licosura: Weber, *Hadrianus* (1907) 189, nota 675. — Abea: *IG* V 1, 1.352; Weber 189. — estatuas: Pausanias 5.12.6. — Zeus Apobaterio, monedas: Weber, 190 y nota 679.

12. Pausanias 5.6.4-6.

13. Mumio: p. 24, *supra*. — colonos: Pausanias 2.1.2. — Favorino: en su discurso, atribuido a Dión de Prusa, *Or.* 37.26. — estatua: *ibid.* 1, 8. — favores: Pausanias 2.3.5.

14. Dionisias: *HA Had.* 13.1; Dión 69.16.1; *IG* II² 3.287; Weber, *Hadrianus* (1907) 162 ss. — epicúreos: *Ol.* 73-74. — amigo filósofo: *HA Had.* 16.10. A favor de la identificación entre el amigo, el epicúreo y Avidio Heliodoro (como en *PIR*² A 1405): Birley, *Laverna* 5 (1994) 197, nota 80; la carta del 125 ha sido reeditada por Follet, *REG* 107 (1994) 158 ss.; según una nueva lectura, el destinatario es «nuestro Heliodoro», lo que elimina una dificultad para identificarlo con Avidio (identificación que Follet, no obstante, sigue rechazando).

15. Bowersock, *Sophists* (1969) 118 s., analiza el texto árabe sobre Secundo, párrafo 9. Véase Perry, *Secundus* (1964) 127. — tribuno: *ibid.* 72-73.

16. Eusebio, *HE* 4.3. Véase *ODCC*² 84 s.; 1149.

17. templo: Vitrubio 7, pr. 15; Estrabón 9.1.16, 396; Suetonio, *D. Aug.* 60. — se agriaron: Kienast, en *Festschr. Lippold* (1993) 203 s. — recinto: según Willers, *Panhell. Programm* (1990), en especial 99 s., cuya interpretación sigo en gran parte.

18. acueducto: *ILS* 337 = Sm. 396; Spawforth y Walker, *JRS* 75 (1985) 98 s. — biblioteca: según Willer, *Panhell. Programm* (1990) 14 ss. Pero véase p. 281, *supra* y nota 11. — ágora romana: Kienast, en *Festschr. Lippold* (1993) 192, 201.

19. Eros: Pausanias 9.27.1. — versos: *IG* VII 1.828. — Sócrates: Jenofonte, *Symp.* 8.3-15. Lambert, *Beloved* (1984) 61, duda de que el poema de Adriano implicara que su relación con Antínoo había comenzado ya. ¿Quién puede saberlo?

20. Plutarco: *Mor.* 748 E-771 E. Las citas son de 748 F; 749 C ss.; 750 A ss.; 751 A; 752 C ss. — actitudes romanas: MacMullen, *Historia* 31 (1982) 484 ss.

21. *Epit. de Caes.* 14.5. Vital: *ILS* 7741.

22. Lebadea: véase Plutarco, *Mor.* 411 s. Pausanias 9.39 describe la consulta. Sobre la importancia de Trofonio para Adriano, p. 325, *supra*. Guarducci, *Bull. Mus. Imp.* 12 (1941) 156, y en *Les empereurs* (1965) 217, cree que hubo una visita; Weber, *Hadrianus* (1907) 177, da una explicación distinta (y no convincente). Adriano fue honrado por Lebadea como benefactor y salvador: *IG* VII 1.675.

23. *Ol.* 108, 109. Cartas posteriores, *ibid.* 110-118.

24. Pausanias 10.35.4, 6.

25. carta: Ol. 75, con un estudio útil. Pausanias 10.8.3-5, menciona las medidas de Augusto.

26. muerte y honras de Plutarco: C. P. Jones, *Plutarch* (1971) 34. — estatua: SIG³ 829A = Sm. 487. — situación imperante: Plutarco, *Mor.* 408 B. Sobre Plutarco y Delfos, véase Swain, *Historia* 40 (1991) 318 ss. — pregunta sobre Homero: *Anth. Pal.* XIV 102.

27. *frumentarius*, cargo: ILS 9473 = Sm. 334a. — carta desde Tibur: Ol. 74bis. — honrado por los helenos: SIG³ 835A. Observaciones instructivas sobre esta «liga» en C. P. Jones, *Chiron* 26 (1996) 45 s. — días religiosos: A. Plassart, *Fouilles de Delphes* III 4 (París 1970), 307, col. III.

28. Tempe: *HA Had.* 26.5. — Macedonia: por las monedas (*BMC* III 494, 524). — Nicópolis: *SFG* XI 493; Halfmann, *Itinera* (1986) 203. — Herodes: SIG³ 863 nota 1 = Sm. 199a. Más información en A. R. Birley, *ZfE* 116 (1997), 209 ss.

16. «PATER PATRIAE»

1. Dirraquio: Ol. 56. — carretera a Mégara: Pausanias 1.44.10; *IG* IV 69. — Grecia septentrional: Halfmann, *Itinera* (1986) 203.

2. Etna: *HA Had.* 13.3. monedas: Toynbee, 128 ss.; *BMC* III 496, 516 s. - Falcón: Salomies, *Adoptive Nomenclature* (1992) 121 ss. — Latrón: *CP* 104.

3. prefería a Catón: *HA Had.* 16.6. — Verres cónsul: *CIL* VI 2.081 + 32.378 = Sm. 10; *AE* 1962. 391 = Roxan I 26.

4. La construcción de un puerto artificial ordenada por Adriano para Lupias, en el tacón de Italia, mencionada por Pausanias 6.19.9 (quien por alguna razón pensó que esa localidad, la actual Lecce, había sustituido a Síbaris, situada bastante lejos en el empuje de la península), podría remontarse a este viaje. La familia del futuro M. Aurelio (tan favorecida por Adriano) afirmaba descender del legendario fundador de la ciudad, *HA M Aur.* 1.6 (tomado de Mario Máximo): este hecho ayudó, quizá, a propiciar los favores concedidos por Adriano. — Vía Trajana, Falcón: *supra*, p. 58. — Venusia: ILS 6.485. — Eclano: *CIL* IX 1.111. — Egio: *PIR*² E 5; véase Boatwright, *Chiron* 19 (1989) 238 ss. — mejora de la Vía Apia: *CIL* IX 6.072, 6.074 s.; *AE* 1930. 122. — Benevento: el arco ha sido objeto de numerosos estudios, véase, p. ej., S. J. Hassell, *Der Trajansbogen in Benevent* (Maguncia, 1966), quien sostiene, sin embargo, que toda la obra se concluyó el año 114 y no sufrió más cambios; una opinión contraria, p. ej., en S.A. Lepper, *JRS* 59 (1969), que reseña a Hassell, en especial 259 ss. — Neracios: *PIR*² N 56 ss. — «Tervetia»: Flegonte, *FGRH* 257 fr. 21. — Tervento: *CIL* IX 2.565.

5. Monedas: Strack 83 (no en *BMC* III). — Panteón: Boatwright, *City* (1987) 43 ss. — apoteosis de Trajano: *HA Had.* 19.9; ILS 306 - Sm. 141a.; Boatwright, *City*, 74 ss. — Jano: *BMC* III 254, 437.

6. carta de Delfos: Ol. 74 bis. — Tíbur: Syme, «Spaniards at Tivoli», *Ancient Society* 13/14 (1982/1983) 341-363 = *RP* V (1988) 94 ss. — Vopisco: Estacio, *Silv.* 1.3, véase 1

*prae*f. — Minicios: Syme, *RP* V 99 s.; *ILS* 1.061 = Sm. 225; 1.029 = Sm. 224. — Papo: *HA Had.* 4.2; Syme, *RP* V 100 s.

7. La bibliografía dedicada a la villa es muy copiosa. Véase, p. ej., Kähler, *Villa* (1950); Boatwright, *City* (1987) 138 ss. — nombres: *HA Had.* 26.5.

8. finca de Juvenal: 11. 65. — artes [...] César: 7.1 ss. — historiadores: 7.98 ss. — Floro: *HA Had.* 16.3-4. — Voconio: Apuleyo, *Apol.* 11. — Voconio Víctor: Marcial 7.29; 11.78.

9. famoso intercambio: *HA Had.* 15.12 s. — Filóstrato: *V. soph.* 1.8. 1 ss.

10. Dión 69.3.4, 6. — *Sobre el exilio*: A. Barigazzi (ed.), *Favorino di Arelate: Opere* (Florenia, 1966) 347 ss. Swain, *ZPE* 79 (1989) 150 ss., duda de que Favorino fuera desterrado realmente, y quizá esté en lo cierto.

11. *HA Had.* 15.10-13. «Treinta legiones»: podría ser un argumento secundario a favor de la pervivencia de la IX Hispana por aquellas fechas. De haber sido ya destruida, el total habría quedado reducido a veintinueve. Pero el intercambio entre el emperador y el intelectual no está, por supuesto, fechado.

12. *HA Had.* 16.8-10.

13. obra romana tardía: Carisio, *Gramm. Lat.* 1, 209. — Escauro: A. Gelio, *NA* 11.15.3; *HA Ver.* 2.5. — *obiter*: Carisio 219. — *praeter propter*. Gelio, *NA* 19.10.5 ss. — palabras caídas en desuso: *ibid.* 1.10. — color: *ibid.* 2.20.

14. juego de la campana de cristal: *ILS* 5.173; Champlin, *ZPF* 60 (1985) 159 ss. — Lolio: *PIR*² L 320. — el joven Marco: *HA M. Aur.* 4.1, 1.27 1.10.

15. *FO*² 49, estudiado por Vidman 115 s. — cargo: véase *HA Had.* 19. 1. — restauración de Ostia: Boatwright, *Chiron* 19 (1989) 254 s. Otras localidades: *ibid.* 242 s., 257 s. 261. — Gabios: Juvenal 3.192, 7.4, 10.100. — Veyes: Boatwright 243 s. — Etruria: *HA Had.* 19.1. — Formias: *CIL* X 6.079. — Tarracina: *ILS* 1.066.

16. C. Alföldy, «Hadrian als Magister der fratres Arvales», en *ZPE* 100 (1994) 464-468.

17. aqueos: Ol. 78 A-B. — Estratonicea: Ol. 79-8 1. — Eudemon: *ILS* 1.449 = Sm. 283; *CP* 110.

18. palacio, Horti: Boatwright, *City* (1987) 150 ss.

19. *FO*² 49, según la restauración de Syme, «Transpadana Italia», en *Athenaeum* 63 (1985) 28-36 *RP* V (1988) 431 ss., en 28 = 432. — Trébula: *AE* 1972. 153. — Laberia: *PIY* L 15. — Equícolos: *CIL* IX 4.116. — lago Fucino: *ILS* 302 = Sm. 388; *HA Had.* 22.12. — Hadria: *HA Had.* 1.1; 19.1; véase también nota 17 al capítulo 11, *supra*. — Cupra: *ILS* 313.

20. Cingulo: *CIL* IX 5.681. — Menio: *ILS* 2.735 = Sm. 265; *CP* 120. — Firmo: *CIL* IX 5353. Ancona: *ILS* 1068; *ibid.* 298 documenta un nuevo malecón para el puerto.

21. Favencia: *HA Ael.* 2.8, *Ver.* 1.9. — carta de Quieto: *CIL* III 355 = Sm. 454b. — favores: *supra*, 289 ss. — Vicecia: R.-C. n.º 681. — Como: *ILS* 6.725. — Cesernios: *AE* 1.957. 135 - Sm. 195; *ILS* 1.068. — pariente: *CP* 109. — Marcelo: *AE* 1.934. 231. — Concordia: véase *CIL* V 1.822, Pedania L. f. Secunda, y 8.699, Ser. Julio Pardalas.

22. *FO*² 49; *HA Had.* 19.8. — *salus Aug.*: Strack 93 s.; *BMC* III 476 s., 486. *Epit. de Caes.*: 14.9. — se rompió: *HA Had.* 26.3.

23. *HA Ant. Pius* 2.1-3. 1; *Had.* 22.13; *M. Aur.* 11.6; estudiado por Eck, *HA Coll.* n.s. 1 (1991) 183 ss.
24. Apiano, *BC* 1.38; Tácito, *Ann.* 13.4.2. — monedas: Toynbee, 166 ss.; *BMC III* 347, 352, 361.
25. Próculo: *ILS* 1.080 = Sm. 212; A. R. Birley, *ZPE* 116 (1997) 234 s. — Albucio: Suetonio *De rhet.* 6. — Augusto: Suetonio, *D. Aug.* 58.1-2.
26. Augusto: *Res Gestae* 35; Dión 55.10.10, etcétera—Tiberio: Suetonio, *Tib.* 26.2, 67.2. — alocución de Adriano: Carisio, *Gramm. Lat.* 1. 222. — Ancio: Filóstrato, *V Apoll.* 8.20. — Tácito: Plinio, *Ep.* 2.1.6. — *pater patriae*: Jerónimo, *Chron.* 199 Helm (128 d.C.); Eck, en *Festschr. Straub* (1982) 217 ss.
27. *HA M. Aur.* 4.2-3; Dión 69.21.2; 71.35.2; *HA M. Aur.* 1.4; A. R. Birley, *Marcus Aurelius* (1987) 232 ss.
28. Salán: *supra*, p. 183. Dión 69.17. 1; Efestión de Tebas, ed. D. Pingree (Leipzig 1973) 2.18.62 ss. — matrimonio de sus padres: Plinio, *Ep.* 6.26.
29. Nepote: *HA Had.* 23.4. — modificaciones: Breeze y Dobson, *Hadrian's Wall* (1987) 74 s. — Severo: *ILS* 1.056 y *add.* = Sm. 217; *RIB* 739, 1.550; Dión 69.13.2. Dos diplomas descubiertos recientemente, emitidos ambos el mismo día, el 20 de agosto del 127 (véase Apéndice, pp. 455-456), y que serán publicados en *ZPE*, nos proporcionan los nombres de dos gobernadores de Germania Inferior y Britania, respectivamente, desconocidos hasta ahora L. Celio Rufo y L. Trebio Germano. El primero (*cos.* el 119) había sido gobernador de Mesia Superior el año 120; y el segundo, cónsul *c.* 124 (A. R. Birley, *Fasti* (1981) 237), y tenía, probablemente, algún parentesco con C. Trebio Maximo (*cos.* el 122) y C. Trebio Sergiano (*cos. ord.* el 132). Agradezco a Werner Eck la información sobre los nuevos documentos, estudiados en los artículos citados en p. 359.

17. ÁFRICA

1. Augusto: Suetonio, *D. Aug.* 47. — elite: véase Champlin, *Fronto* (1980) 5 ss. Pactumeyo: *Inscr. lat. de l'Algérie* II 644 = MW 298. — Suetonio: *AE* 1953.73 Sm. 28 1; *CP* 76. — Frontón: *Pan. Lat. Vet.* 8 (5). 14.2.
2. Cesernio: *AE* 1957. 135 = Sm. 195. — su padre: *CIL XVI* 56; *CP* 67. — Guardias Montados: *supra*, p. 212. — Arriano: *Cyneg.* 24.1-5, véase Bosworth, *ANRW* 2.34.1 (1993) 230, 261.
3. gobernadores: Thomasson, *Laterculi I* (1984) 396 s. — Mayor: Halfmann, *Senatoren* (1979) 143 ss., nota 54. — Catulino: quizá hispano, Syme, «The career of Valerius Propinquus», en *RP V* (1988) 579-607, en p. 603. — Latrón: *CP* 104. — Gavio: Thomasson, 419 s.; *CP* 105 *bis.*, *Su* p. 33 (con errores); Eck, en Eck (ed.), *Pros. und Sozialgeschichte* (1993) 368 ss.
4. *HA Had.* 13.4; 20.4, 22.14. — acueducto: A. Audollent, *Carthage romaine* (París, 1901) 56 s., 183 ss.

5. Útica: Gascou, *ANRW* 2.10.2 (1982) 183. — Fabio Adriano: Cicerón, *II Verr.* 1.70; *Per.* 86.

6. A. Gelio, *NA* 16.13. — Leptis: A. R. Birley, *The African Emperor Septimius Severus* (Londres, 1988) 16 ss. — *quinquennalis*: *HA Had.* 19.1.

7. Gayo, *Inst.* 1.96; *ILS* 6.780 (Gigtis); Cascou, *ANRW* 2.10.2 (1982) 192 s.; Sherwin-White, *Citizenship* (1973) 255 s.; M. Zahrt, «*Latium maius* und Munizipalstatus in Gigthis und Thisiduo in der Africa proconsularis», en *ZPE* 79 (1989) 177-180.

8. Cascou, *ANRW* 2.10.2 (1982) 182 (Bula), 188 (Lares), 190 (Tenas). — Mario: Sallustio, *Jug.* 90.2. — César: *Bell. Afr.* 77.1. — Gascou 186 s. (Uthina, Col. Canopitana), 191 (territorio de Cartago).

9. comunidades indígenas: Cascou, *ANRW* 2.10.2 (1982) 183 ss. No incluye a Mactaris, que, según él (pp. 197 s), no pasó directamente de comunidad indígena a colonia hasta más tarde (bajo Cómodo), pues en la década del 160 se le sigue denominando *civitas*, *CIL* VIII 11.799 + *ILAFr.* 200 + *AE* 1.960. 114. Ello no significa necesariamente que no fuera un *municipium*, sobre todo si se tiene en cuenta que una dedicatoria del año 145 fue realizada allí por ciertos [*mu*]nicip[es], *CIL* VIII 11.811 (cosa que, por lo demás, requiere una explicación). En su condición de colonia, Mactaris tenía el título de *Aelia Aurelia*, *ILS* 458, *AE* 1.949. 47, etcétera—Lolio Urbico: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 112 ss. — Antistio Advento: sobre su carrera, A. R. Birley, *Fasti* (1981) 129 ss. Sobre el nombre «Adventus»: I. Kajanto, *The Latin Cognomina* (Helsinki, 1965) 349. Llevando aún más lejos esta aventurada conjetura, el *praenomen* Quinto indicaba que había nacido en julio (Quinctilis): H. Peterson, «The numeral *praenomina* of the Romans», en *Transactions of the American Philological Association* 93 (1952) 347-354; en tal caso podría tratarse de un indicio de la presencia de Adriano en Tibilis en julio del 128. — Salvio Juliano: *HA Div. Jul.* 1.2, véase *ILS* 8.973; Schumacher, *Priesterkollegien* (1973) 313.

10. leyes: oportunamente accesibles en Sm. 463-46; ver actualmente D. Kehoe, *The Economics of Agriculture of Roman Imperial Estates in North Africa* (Gotinga, 1988).

11. altares: *CIL* VIII 2.609 s.; Le Bohec, *Troisième Légion* (1989) 373. — *limes*: *ibid.* 369 ss. El sistema fue descubierto por primera vez por J. Baradez, *Fossatum Africae* (París, 1949), cuya interpretación (obsoleta, como es natural, en varios aspectos) está de moda criticar.

12. Gemelas: *AE* 1950. 58; Le Bohec, *Troisième Légion* (1989) 370 s. — ver una explicación concisa de las obras de frontera en Daniels, en Wachter (ed.), *Roman World* (1987) 242 ss. — Ad Majores: *CIL* VIII 2.478-2.479 = 17.969, 17.971.

13. véase E. Birley, en *Carnuntina* (1956) 25 ss. = *id.*, *Roman Army Papers* (1988) 15 ss.

14. columna: Cassend y Janon, *Bull. arch. alg.* 7.1 (1977-1979) 239 ss. — arenga: Sm. 328.

15. *HA Had.* 10.2; Frontón, *Princ. hist.* 11, p. 209 Van den Hout, ver al respecto Davies, *Latomus* 27 (1968) 75 ss., quien lee *salicibus* en vez de *salibus*, y ofrece un excelente análisis del programa de instrucción de Adriano.

16. Sm. 328.

17. Le Clay, en *Mél. Seston* (1974) 277 ss., desarrollado por Speidel, *Guards* (1978) 29 s.; véase *id.*, *Riding for Caesar* (1994) 49. — Arriano, sobre la caballería, *Tact.* 32-44;

Wheeler, *Flavius Arrianus* (1977) 361 s., se muestra escéptico; Bosworth, *ANRW* 2.34.1 (1993) 259 ss., cree, con bastante verosimilitud, que Arriano pudo haber estado en Lambesis con Adriano el 128.

18. Sm. 328. — Catulino: *PIR*² F 25.

19. Gascou, *ANRW* 2.10.2 (1982) 180 s. — Quizá: CII. VIII 9.697 = 21.514.

20. África: Toynbee 33 ff; *BMC* III 506 s.; 487 s., 518 s. — Mauritania: Toynbee, 123 ss.; *BMC* III, 512 ss.; 494 s., 501.

21. AE 1940. 99 = Sm. 200; véase *Res Gestae* 12; Dión 54.10.2.

18. «HADRIANUS OLYMPIUS»

1. septiembre del 128: deducido de *IG*, II/III² 2.040, junto con las fuentes literarias, Graindor, *Athènes* (1934) 38; Follet, *Athènes* (1976) 108, 110 ss.; Halfmann, *Itinera* (1986) 203. — ritos secretos: Clemente de Alejandría, *Protrepticus* 21.2. — *cistophori*: Kienast, *JNG* 10 (1959-1960) 61 ss. = *id.*, *Kl. Schriften* (1994) 489 ss. con apéndices, 500 ss., donde defiende su opinión contra Metcalf, *Cistophori* (1980) 89 s., quien prefiere *ren[ovavit]*.

2. Fusco: véase p. 260 *supra*. — Antínoo: véase Lambert, *Beloved* (1984) 100 ss.; Barnes, *JRA* 2 (1989) 259.

3. Estaciano: *ILS* 1.068. — Natal: *SIG*³ 840, olimpiada: Natal no condujo, por supuesto, él mismo sino que se limitó a pagar el carro vencedor del año 129. — L. Macedón: *IGR* IV 869, Colosas, véase *infra* y nota 24. — Viátor: Speidel, *Guards* (1978) 29 s. — Eudemon: *CP* 110. — Heliodoro: véase p. 237 y nota 14, *supra*.

4. sarcástico: Dión 69.3.5; Filóstrato, *V. soph.* 1.22; véase *KEph* 426, 3047.

5. Dacia: sugerido por Píson, *Fasti* (1993) 48 s. — Severo: *ibid.* 42 ss.; Dión 69.12.2. — Herodes: *supra*. — Filópapo: *PIR*² J 151; Baslez, *DHA* 18 (1992) 89 ss. Pausanias 1.25.8 se refiere a su mausoleo, pero sin mencionar su nombre. — Balbila: *PIR*² J 650; véase *supra*, 319 ss.

6. segunda estancia: *IG* V 1, 486; *SEG* XI 492. — *patrónomos*: 127/128 d.C., A. S. Bradford, «The date Hadrian was eponymous *patronomos* of Sparta», en *Horos* 4 (1986) 714 (¿podía haber seguido en el cargo en el momento de su visita?)—encargado del grano: *SEG* XI 491, ver, sobre este punto, Halfmann, *Itinera* (1986) 139; Spawforth, en Cartledge y Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta* (1989) 152 s.

7. Ático: no fue cónsul hasta c. 132, según sabemos ahora por Roxan III, 159, que ha dejado sin vigencia los anteriores debates. Como ya había obtenido previamente el rango honorífico de pretor (Sm. 198) y su hijo era ya senador, debemos suponer que fue cooptado *inter praetorios* c. 130, a más tardar. — Herculano: se ha de rechazar sin duda la datación temprana de su carrera propuesta por Spawforth, *ABSA* 73 (1978) 249 ss., y aceptada también por Halfmann, *Senatoren* (1979) 125 ss., nota 29; véase, p. ej., *PIR*² J 302 en favor de la opinión (sostenida con preferencia anteriormente) de que no fue nombrado senador hasta el tiempo de Adriano (pero la fecha de su nacimiento si-

que siendo improbablemente temprana). Es cierto que no tiene por qué ser decisivo que una inscripción suya de los últimos años del reinado de Trajano no atestigüe ningún cargo senatorial (*IG V* 1, 380 = Sm. 137). Pero, si no fue magistrado epónimo (*patrónomos*) de Esparta hasta poco antes del 125 (según Halfmann, que cita *IG V* 1, 32, 34, 44, 103, 1.315; la datación de los *patronómoi* no es todavía completamente segura), habría tenido para entonces unos cincuenta años, de haber nacido en la década del 70. En tal caso sería, sin duda, demasiado viejo (aunque no sepamos nada acerca de una edad mínima para ese cargo). Su carrera senatorial se da en *IG V* 1, 1.172 = Sm. 210. Más detalles en, A. R. Birley, «Hadrian and Greek senators», en *ZPE* 116 (1997) 209 ss.

8. descendiente de Milcíades y Cimón: Filóstrato, *V. soph.* 2.1.1. — conmemoración de la victoria: p. ej., *Syll³* 835A, 854. — Pericles: Plutarco, *Per.* 17.

9. anfictiones: *supra*, 186 s. — embajada [...] Nicópolis: *SEG XI* 493.

10. Plinio; *NH*, 18.35 Willers, *Panhell. Programm* (1990) 26 ss., identifica el *témenos* del Olímpico como el lugar de reunión del Panhelenio, identificación verosímil desde mi punto de vista. Pero el asunto sigue siendo controvertido (otra opinión, p. ej., en Spawforth y Walker, *JRS* 75 (1985) 78 ss.). C. P. Jones, *Chiron* 26 (1996) 29 ss., ofrece una nueva interpretación de Dión 69.16.1-2, «única referencia [literaria] cierta al Panhelenio», que según él sería un edificio (no necesariamente, aunque puede citar pasajes paralelos); y concluye, basándose en las palabras de Dión, que la iniciativa partió de los griegos de «ultramar», y no de Adriano, quien se limitó a «permitirles» (según dice Dión) seguir adelante, comparando la instauración del culto imperial en Asia y Bitinia el 30/29 a.C., Dión 51-20.7. No estoy convencido de ello: aunque esta frase aislada—del compendio de Xifilino, según admite Jones, pues la versión original de Dión se ha perdido—significase lo que cree el autor, es perfectamente factible que Adriano hubiera «permitido» a los griegos llevar a cabo lo que él mismo había inspirado. Además, si se acepta la identificación propuesta por Willers del Olímpico como lugar de reunión del Panhelenio, la afirmación de Polemón en su discurso para la ceremonia inaugural (*infra*, capítulo 20), según la cual la iniciativa (*hormē*) de Adriano habría sido inspirada por los dioses—Filóstrato, *V. soph.* 125.3 (mal traducida en la edición de Loeb)—es suficiente para garantizar el papel de Adriano como creador de la nueva institución. Al margen de esta cuestión esencial, el nuevo estudio de Jones nos ofrece ideas valiosas sobre muchos asuntos relacionados con el tema.

11. Pausanias 1.18.9. — nuevo demo: Zahrnt, *Chiron* 9 (1979) 393 ss., quien corrige y explica así el fragmento de Flegonte, *FGrH* 257, fr. 19. — sobre los diversos proyectos constructivos, sigo en gran parte la interpretación de Willers, *Panhell. Programm* (1990). Willers estudia la «Biblioteca», 14 ss., y, aunque acepta semejanzas con el Foro de la Paz de Roma, insiste en «der ausgeprägte Charakter als Hochschule». Ver también actualmente A. Karivieri, «The so-called Library of Hadrian and the Tetraconch church in Athens», en P. Castrén (ed.), *Post-Herulian Athens - Aspects of Life and Culture in Athens AD 276-529* (Helsinki, 1994) 89-113, quien quita importancia a la idea de la construcción de una «universidad»; ver además Castrén, *ibid.* 2-4, donde hace hincapié en el parecido con un foro. (Agradezco al profesor Castrén haber puesto a mi disposición este valioso libro.)

12. ILS 1067 = Sm. 228.
13. Pericles: Plutarco, *Per.* 8.2, 39.2. — Adriano Olímpico: Weber, *Hadrianus* (1907) 209 ss.
14. Perseo: p. ej., Tarso e Iconio, *RE* 4A.2 (1932) 2.415; ver también Strubbe, *Ancient Society* 15/17 (1984/1986) 253 ss., en especial 280 ss. — Spawforth y Walker, *JRS* 75 (1985) 78 ss., 76 (1986) 88 ss., ofrecen el análisis más reciente y completo de los miembros atestigüados. Sigue en pie, por supuesto, el argumento *ex silentio* de que algunas grandes ciudades, como Éfeso y Esmirna, no se afiliaron. Prefiero suponer que tanto ellas como muchas otras ciudades griegas no documentadas de momento sí lo hicieron.
15. *HA Had.* 13.8. — reyes de Partia: véase Karras-Klapproth, *Pros. Stud.* (1988) 114 ss.; 201 s.
16. *SC Juventianum: Digesto* 5.3.20.6. — tres juristas: *HA Had.* 18.1. — Juvencio: *PIR*² J 882. Neracio Prisco: N 60. — Marcelo: N 55. — Salvio: *ILS* 8.973 = Sm. 236. Quizá, en el séquito de Adriano: *supra*, p. 327. — *consilium* itinerante: véase Crook, *Consilium* (1955) 56 ss., 135 ss., que, sin embargo, no se detiene en los aspectos prácticos concomitantes, dados los viajes de Adriano.
17. Celso, procónsul: Eck, *Chiron* 13 (1983) 167. Su predecesor, Loliano Avito, y su esposa Terencia, formaron, quizá, parte del cortejo imperial en ese momento, véase *supra*, p. 246. — Severo de Ancira: *IGR* III 174 = Sm. 216, véase 173 = 215.
18. Erasto y Filocirio: *IKEph* 1.487-1.488.
19. honras de los efesios a Adriano: *SIG*³ 839 = *IKEph* 274. — carta: Wörrle, *Chiron* 1 (1971) 325 ss., que analiza *IKEph* 3016 = Ol. 187 a la luz de *IKEph* 274. — Ticiano: *IKEph* 677A.
20. Oxirrincos: Van Groningen, en *Studi Calderini-Paribeni* II (1956) 253 ss. — Tralles: *CIG* 2.927; Wörrle, *Chiron* 1 (1971) 335 s.
21. Metcalf, *Mnemos.* 27 (1974) 59 ss.; *id.*, *Cistophori* (1980) 16 s.
22. Mileto: A. Rehm (ed.), *Didyma* II. *Die Inschriften* (Berlín 1958), nota 254, 356—Dionisio, véase *supra*, 216 s.
23. Laodicea: *IGR* IV 1.033 - Sm. 73 = Ol. 68. La fecha está incompleta, pero debe de ser junio y no julio, en función de la prueba aportada para Apamea (nota 25, *infra*), véase Halfmann, *Itinera* (1986) 204. — Sobre el chambelán Alcibiades y su familia, Robert, *Etudes* (1938) 45 ss. — Mayor: Halfmann, *Senatoren* (1979) 153 ss., nota 54. — Pátara, Modesto: *IGR* III 668, véase Bowersock, *BHAC* 1982/1983 (1985) 82 ss.; Wörrle, *Stadt und Fest* (1988) 40 ss. — Peón de Side: Robert, *Stèle Kontoleon* (1980) 1 ss.; véase también *supra*, pp. 319-320.
24. Laodicea: ver nota anterior. — Macedón: *IGR* IV 869, según la interpretación de Pflaum, *CP* 109. — Epicteto de Hierápolis: *Suda*, s.v. — Plutonio: Estrabón 13.4.14, 629 s.
25. Apamea: según una inscripción, citada por C. P. Jones (en una reseña), *Phoenix* 37 (1983) 74, y que iba a publicar; luego, por desgracia, no se concedió permiso para su publicación, véase en Bowersock *et al.*, *AJP* 108 (1987) 699 ss., una explicación de las lamentables circunstancias. El texto sigue sin ser accesible a los estudiosos, lo que cons-

tituye una situación curiosa. — parque de caza: Jenofonte, *Anab.* 1.2.7 ss. — tumba de Alcibiades: Ateneo 13.574 s. — Melisa: localizada por Robert, *A travers l'Asie Mineure* (1980) 257 ss. Debido a un contratiempo, Halfmann, *Itinera* (1986) 206, sitúa Melisa en el sur de Frigia, cerca de la metrópolis equivocada, véase Barnes, *JRA* 2 (1989) 249. — «debido a su nombre»: Robert 259, nota 11, acepta la sugerencia de J. Hatzfeld, *Alcibiade* (París, 1949) 345, nota 6. — canteras de mármol: Robert 221 ss. — 100 columnas: Pausanias 1.18.9. — Julio Severo: *AE* 1938. 144, Dorileo. — monedas: Toynbee, 127 ss.; *BMC* III 496, 525.

26. Hadrianópolis: *RE* 7.2 (1912) 2.174, nota 5. — fincas imperiales: Mitchell, *ANRW* 2.7.2 (1980) 1.076 ss. — Arquelaide: *AE* 1976. 675. — Rosiano: véase Plinio, *Ep.* 10.26.1. — Clemente: *ILS* 1.067 = Sm. 228.

27. *HA Had.* 13.7. — *castra*: interpretado por Hirschfeld, *Kais. Verw.* (1905) 314, nota 1, en el sentido de residencia imperial. También Teja, *ANRW* 2.7.2 (1980) 1.116 s. (quien no alude a Hirschfeld). Véase *id.* 1.093 s., sobre los panaderos capadocios. — Comana: Estrabón 12.2.3, 535. — Horacio: *Ep.* 1.6.39. — caballos: Opiano, *Cyneg.* 1.171.

28. monedas: *BMC* III 498 (*exercitus*); 508 s.; Toynbee, 66 ss. — Arca: *ILS* 1403 (en tiempos de M. Aurelio), véase Teja, *ANRW* 2.7.2 (1980) 1.107.

29. *HA Had.* 13.8-9. — reyezuelos: Arriano, *Periplus* 11.2-3, 18.3. — bactrianos: *HA Had.* 21.14. — Kanishka: véase E. Yarshater (ed.), *Cambridge History of Iran* 3.1 (Cambridge, 1983) 198 ss.

30. *HA Had.* 21.13; 13.9; 17.10-12; Dión 69.15.2; *HA Ant. Pius* 9.6. Ver opiniones diferentes en Syme, «Hadrian and the vassal princes», en *Athenaeum* 59 (1981) 273-283 = *RP* III (1984) 1.436 ss., en 276 ss. = 1.439 ss.; D. Braund, «Hadrian and Pharasmanes», en *Klio* 73 (1991) 208-219.

31. *HA Had.* 17.10; *Epit. de Caes.* 14.10; Tácito, *Ann.* 2.26.3.

32. *HA Had.* 13.10. — Sobre los gobernadores: Eck, *Chiron* 13 (1983) 169 ss. — legados legionarios: *supra*, 268-269 y 275.

33. monedas: G. Macdonald, «The pseudo-autonomous coinage of Antioch», en *Numismatic Chronicle*, 4.^a serie, 4 (1904) 105-135, en 126-129. — afirma la *HA*: *HA Had.* 14.1. — Severo: Dión 55.23.2. — metrópolis: explicado por Bowersock, *BHAC* 1982/3 (1985) 75 ss. — en la serie provincial no hay monedas de Siria, a excepción de las que parecen mostrar la *Tychē* de Antioquía, *BMC* III 440. — favores: Malalas, 277 s.

34. «rivales» de Antioquía, Tiro era ya una metrópolis: Bowersock, *BHAC* 1982/1983 (1985) 76, 77 s., 81. — Filón: *Suda*, s.v. Para los fragmentos, *FGRH* nota 290, véase A. I. Baumgarten, *The Phoenician History of Philo of Byblos* (Leyden, 1981) 31, nota 2.

35. Herennio: Plinio, *Ep.* 4.28.1; *Suda*, s.v. Hermippos; *PIR*² H 130.

36. Pablo de Tiro como abogado: *CPJ* 157, 158a. — hostilidad hacia los judíos: según sostiene L. Troiani, *L'opera storiografica di Filone da Byblos* (Pisa, 1974) 23 E, 34 ss.

37. Balbila: *PIR*² J 650. — Balbilo: C 812-13; *CP* 15. Ambos distinguen entre delegado y prefecto, véase, sin embargo, R. Merkelbach, «Ephesische Parerga 21. Ein Zeugnis für Ti. Claudius Balbillus aus Smyrna», en *ZPE* 31 (1978) 186-187. — compromiso ma-

trimonial con Drusila: Josefo, *AJ* 19.355, 20.139. — familia de Balbila: *PIR*² J 149-151; y sobre la dinastía de Comagene, R. D. Sullivan, *ANRW* 2.8 (1978) 732 ss.

38. Véase observaciones sobre Antíoco IV y Adriano en Willers, *Panhell. Programm* (1990) 101 s. — comportamiento de Antíoco: Polibio 26.10; 28.18; 31.4. Adriano y la plebe: *HA Had.* 17.8. — epicureísmo: E. R. Bevan, *The House of Seleucus* (Londres, 1902) 276 s., 304; O. Mørkholm, *Antiochus IV of Syria* (Copenhague, 1966) 113.

39. Sobre la política del rey se puede consultar aún con provecho la obra clásica de E. Bickermann, *Der Gott der Makkabäer* (Berlín, 1937). K. Bringmann, *Hellenistische Reform und Religionsverfolgung in Judäa* (Gotinga, 1983), ha afinado la cronología. (Tal vez no sea una coincidencia que la rebelión dirigida por Bar Kojba estallara trescientos años después de la de los Macabeos, más o menos exactamente.) Al margen de las auténticas intenciones del rey, la cuestión esencial en este contexto es qué creía Adriano que pretendía Antíoco. — profanación: p. ej., *I Macabeos* 1.54: «El día quince de diciembre del año ciento cuarenta y cinco (el rey) mandó poner sobre el altar un ara sacrílega». — Josefo, *AJ* 12.241.

40. Tácito: *Historia* 5.8.2. — *epíspasmos*: Schäfer, *Bar-Kokhba* (1981) 45 ss.; *id.*, *Trib. to Vermes* (1990) 293 ss. — reconstruir Jerusalén: véase *supra*, pp. 232 s. — prohibición de la circuncisión: *HA Had.* 14.2.

41. Pablo y la «mutilación»: *Ep. ad Phil.* 3.2; castración: *Ep. ad Gal.* 5.12. — ampliación de la *lex Cornelia*: *Digesto* 48.8.4.2, véase Dión 67.2.3, Suetonio, *Dom.* 7.1. — Séforis: Millar, *Near East* (1993) 369 s.

42. Tácito, *Historia* 5.8.2. — ningún peligro: el nuevo rey de Partia, Vologeses III, tenía ya un rival, Mitrídates IV, Karras-Klapproth, *Pros. Studien* (1988) 85. Comenzó a acuñar moneda c. 130—y, casualmente, sería el hijo de este Mitrídates quien acabaría derrocando a Vologeses III y reinaría como Vologeses IV, véase Potter, *ZPE* 88 (1991) 277 ss., con un texto oportuno y un análisis ilustrativo de la nueva inscripción procedente de Mesene—. Potter, sin embargo, supone, en 281 s., que Vologeses III había sucedido a Cosroes poco después del acceso de Adriano al trono. Por mi parte, prefiero suponer que ambos siguieron siendo rivales hasta la desaparición de Cosroes c. 127/128; así opina Karras-Klapproth 114 ss., 201 s. — abandonado la religión ancestral: véase Josefo, *AJ* 18.141 (descendiente de Alejandro hijo de Herodes). — Bereniciano, Juliano: Halfmann, *Senatoren* (1979) 140 s., nota 47; 143, nota 53; véase también C. Julio Agripa, 140 s., n.º 46. — Adriano tuvo al principio el favor de los judíos: *Or. Sib.* 5.46 ss., véase Schäfer, *Trib. to Vermes* (1990) 291 s., e *id.*, *Bar-Kokhba* (1981) 237 ss., sobre el trato favorable dado a Adriano en algunos pasajes de la literatura rabínica.

43. Monte Casio: *HA Ha.* 14.3. — sueño: Dión 69.2. 1.

44. Ulpiano: *Digesto* 50.15.1.1—Berito y Heliópolis: Millar, *Near East* (1993) 279 ss. — dignatario local: *IGLS* VI 279 1.

45. Palmira: el texto griego se halla oportunamente disponible en *IGR* III 1054 = Sm. 77. El texto de Palmira se encuentra en *Corpus Inscriptionum Semiticarum* II 3959. — condición de Palmira: se considera, en general, que formó parte del Imperio desde el siglo I d.C.; así, por ejemplo, Millar, *Near East* (1993) 34 s. Otra opinión en J. C.

Mann, en Roxan I, 217 ss. — discos con el retrato de Sabina: Salzmann, en *Festschr. Himmelmann* (1989) 361 ss. — Mesene, templo: Potter, *ZPE* 88 (1991) 283.

46. véase Bowersock, *Arabia* (1983); Millar, *Near East* (1993), en especial 414 ss. — «nueva provincia»: Lewis, *Greek Papyri* (1989) n.º 16-22. — Nepote: *ibid.* n.º 23, 25-26. — Florentino: *CIL* III 87 + 14148¹⁰, Petra; Lewis nota 16. — Guardias Montados: *AE* 1915. 42 = Sm. 332; véase Speidel, *Riding for Caesar* (1978) 49, 62. — arco, estatuas: C. B. Welles, en C. H. Kraeling, *Gerasa. City of the Decapolis* (New Haven 1938) 143-145, nota 58.

47. Petra «Hadriane»: Lewis, *Greek Papyri* (1989) n.º 25. — monedas: Toynbee, 47 ss.; *BMC* III 489, 519.

48. monedas: Toynbee, 117 ss.; *BMC* III 493 s. — Séforis: nota 41, *supra*.

49. Dión 69.12.1-2. — acuñación: Mildenberg, *Bar Kokhba War* (1984) 100 s. — promesa: Schürer, *Jewish People* I (1973) 535 s.; Smallwood, *The Jews* (1976) 434 ss.

50. véase, sobre la fundación de Elia Capitolina, p. ej., Isaac, *Talanta* 12-13 (1980-1981) 31 ss.; Zahrnt, en Olshausen y Sonnabend (eds.), *Stuttgarter Kolloquium* (1991) 463 ss. — sobre el hipotético principio de que las provincias con guarniciones legionarias debían tener una colonia por legión, Mócsy, *Pannonia* (1974) 94. — Bostra: D. Kennedy y D. Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air* (Londres, 1990) 125 y figs. 71-72.

51. construcción de carreteras: Applebaum, *Prolegomena* (1976) 19 s.; Smallwood, *The Jews* (1976) 431 s., 436 s.; Isaac y Oppenheimer, *JJS* 36 (1985) 40 s. — acuñación: Mildenberg, *Bar Kokhba War* (1984) 99. — Tineyo: Eck, *Chiron* 13 (1983) 169.

52. Dión 69.11.1; *HA Had.* 14.4. — Gaza: ver nota siguiente—Cesarea: Schürer, *Jewish People* I (1973) 542, nota 122; Smallwood, *Jews* (1976) 432, nota 13. — Tiberíades: Epifanio, *Panarion* 30.12. — relatos talmúdicos: estudiados por Schäfer, *Bar Kokhba* (1981) 236 ss., excepto las conversaciones con el rabino Joshua, que considera «carentes de valor para el Adriano histórico».

53. nueva era de Gaza: Weber, *Hadrianus* (1907) 244 s.; M. Rosenberger, *City-Coins of Palestine* II (Jerusalén, 1975) 54 ss. — festival: *Chron. Pasch.* I 474. — la pertenencia de Gaza a Judea se deduce con claridad de Plinio, *NH* 12.64. — para la fecha de la llegada a Egipto, ver capítulo 19, nota 4.

19. MUERTE EN EL NILO

1. Juvenal 15.1 s.; 27 ss., 44 ss.; Epifanio, *De mens. et pond.* 14.

2. Ticiano: *CP* 99; Thomasson, *Laterculi* I (1984) 348 s. — Viceroy: *RE* 22.2 (1954) 2.356 s.

3. Dión 69.1 1.1. *HA Had.* 14.4; Apiano, *a.C.* 2.86; *Anth. Pal.* 9.402; Apiano, *Syriaca* 50; véase Pekáry, *BHAC* 1970 (1972) 195 ss.

4. decimocuarto aniversario: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) 1.102 s., 1153. — versión posterior, *ibid.* 54. — planes para una nueva pólis: Zahrnt, *ANRW* 2.10.1 (1989) 676 s. — tabú: Plinio, *NH* 5.57.

5. emisión del decimosexto aniversario: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) I 104 s. — talismán de Serapis: *CPJ* 157 = Sm. 516. — otros dioses: Vogt II 53 ss.
6. provincia personificada: Toynbee, 28 ss.; *BMC* III, 342, 379, 504 ss., 531. — Nilo: *BMC* III 347 f., 514 ss. — crecidas bajas el 130-131: Bonneau, *Crue* (1964) 346 s., 351.
7. Alejandría: Toynbee, 39 ss.; *BMC* III, 339, 344, 487 s., 507 s.
8. Eusebio-Jerónimo, *Chron.* 197 Helm; vers. Arm. 164 Schoene. — nuevo barrio: Calderini, *Dizionario* I i (1935) 89 s., contiene algunas de las referencias a los papiros, completadas con nuevas pruebas por P. M. Fraser, «A Syriac *Notitia Urbis Alexandrinae*», en *Journal of Egyptian Archaeology* 37 (1951) 103-108, en 104 ss. Se había creado ya una «Biblioteca Adriánica» (una especie de archivo), existente el 127 d.C.: Calderini 104. — Sema: Estrabón 17.1.8, 794. — cuerpo: Suetonio, *D. Aug.* 18.1; Dión 51.16.5.
9. Sobre el Mouséion: *RE* 16.1 (1933) 801 ss. — biblioteca: *RE* 3.1 (1897) 409 ss. — descripción de Estrabón: 17.1.8, 793 s. — Polemón: Filóstrato, *V. soph.* 1.25.3. — Dionisio: *ibid.* 1.22.3. — Queremón: *PIR*² C 706. — Dionisio: *CP* 46. — Balbilo: *CP* 15. — Vestino *CP* 105.
10. Adriano en el Museo: *HA Had.* 20.2. — Para lo que se dice a continuación, véase *supra*: Pancrates (p. 241), Numenio (p. 252), Dionisio (p. 252 s.), Mesomedes (p. 252), Peón (p. 251), Balbila (p. 250 s.). — Heliodoro: su presencia se deduce del nacimiento de su hijo en Alejandría, según lo revela el papiro publicado por A. K. Bowman, «A letter of Avidius Cassius?», en *JRS* 60 (1970) 20-26 = Ol. 185, el nacimiento ha sido fechado el 130-131 por Syme, «Avidius Cassius. His age, rank and quality», en *BHAC* 1984/1985 (1987) 207-222 = *RPV* (1988) 689 ss., en 215 s. = 695 s.
11. Sobre los tondos, sigo la opinión de Köhler, *Villa* (1950) 177 ss.; Lambert, *Beloved* (1984) 118 s.; Grenier y Coarelli, *MEFRA* 98 (1986) 252. — fiera regia: Aymard, *Chasses* (1951) 416 ss. — Adriano mata un león: *HA Had.* 26.3. — medallón: Strack 129. — Ateneo 15.677 d-f.
12. *POxy* 1085.
13. véase nota 11 *supra*, sobre los tondos.
14. Canopo: Juvenal 15.44 ss.; Estrabón 17.1.6 s., 800 s. — Villa: *HA Had.* 26.5; véase ahora Grenier, *MEFRA* 101 (1989) 925 ss. — Germánico: Tácito, *Ann.* 2.60 s.
15. L. Macedón: *CP* 109. Sobre la legión II Traiana y otros problemas relacionados, Isaac y Roll, *ZPE* 33 (1979) 149 ss.; Keppie, en Kasher *et al.* (eds.), *Greece and Rome* (1990) 54 ss.
16. Próculo: *CP* 113. Náucratis: *RE* 16.2 (1935) 1.954 ss.
17. Estrabón sobre Heliópolis: 17.1.29, 806, véase Heródoto 2.3, 7-9. — papiro: *ZPE* 33 (1979) 262.
18. papiro mágico: K. Preisendanz, *Papyri Graeci Magici* IV (2.^a ed., Stuttgart, 1973) 2.441 ss.; H. D. Betz, *The Greek Magical Papyri in Translation* (Chicago, 1985) 82 s. — Luciano: *Philopseudes*, 34 ss.
19. *kondy*: Ateneo 11, 478a.
20. fénix: Van den Brock, *Myth* (1972), en especial, 70 ss., 105 ss. Tácito, *Ann.* 6.28 creía que el fénix regresaba al cabo de 1.461 años. — Censorino: *De die natali* 21.

21. Sobre Menfis: *RE* 15.1 (1931) 660 ss., en especial, 675 ss. (Ptah), 680 s. (Apis), 684 (Imhotep), 685 ss. (Serapis). — templo de Adriano en Menfis: Weber, *Hadrianus* (1907) 258.
22. *ILS* 1.046, 1.046b = Sm. .237a-b. — odiado: *HA Had.* 23.5-6.
23. clerucos: Montevecchi, en *Neronia* IV (1990) 188 s.; Zahrnt, *ANRW* 2.10.1 (1989) 686. — Berenice, Arsínoe: Weber, *Hadrianus* (1907) 258.
24. diciembre: Van Groningen, *Studi Calderini-Paribeni* II (1956) 253 ss. — mayo: Sijpestein, *Historia* 18 (1969) 109 ss. — helenizada: véase, en general, J. Krüger, *Oxyrhynchos. Studien zur Topographie und Literaturrezeption* (Frankfurt, 1990). — celebración de una victoria: *CPJ* 450.
25. Hermópolis: Sijpestein, *ZPE* 88 (1991) 89 s.; Lewis, *BASP* 30 (1993) 29. — 22, 24 de octubre: Weber, *Drei Unters.* (1911) 22; Graindor, *Athènes* (1934) 159 E, sobre Plutarco, *De Iside et Osiride* 356C; Lambert, *Beloved* (1984) 127.
26. Dión 69.11.2-4. — Paulina: véase Grimm, en *Festschr. Parlasca* (1990) 33 ss.
27. *HA Had.* 14.5-7; Víctor, *Caes.* 14.5-7.
28. Lanuvio: *ILS* 7212 = Sm. 165; véase Voisin, *MEFRA* 99 (1987), en especial 262 ss. — varios dioses: véase ahora Voisin, *Mél. Le Glay* (1994) 730 ss. — ahogado [...] divino: Heródoto 2.90; Tertuliano, *De baptismo* 5; véase F.L. Griffith, «Herodotus 11.90. Apotheosis by drowning», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache* 46 (1910) 132-134; S. Eitrem, «Tertullian de baptismo 5, sanctified by drowning», en *Classical Review* 38 (1924) 69; S. Morenz, «Zur Vergöttlichung in Ägypten», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache* 84 (1959) 132-143; Lambert, *Beloved* (1984) 125. — *devotio*: *RE* 5.1 (1903) 277 ss.
29. Dión 69.11.2. — Balbilo: Suetonio, *Nero* 36.1; Tácito, *Ann.* 15.47.
30. véase U. v. Wilamowitz-Moellendorff, *Der Glaube der Hellenen* II (Berlín, 1932) 483, nota 2; Yourcenar, *Mémoires* (1951) 187; Lambert, *Beloved* (1984) 128 ss. — véase, p. ej., Luciano, *Vera hist.* 28: «nunca tengas relaciones carnales con un muchacho de más de dieciocho años»; y otros sentimientos similares en *Anth. Pal.* 12.4, 12, 25-7.
31. 30 de octubre: así en la *Chron. Pasch.* I 223 (aunque bajo el año 122). — Bes: Weber, *Drei Unters.* (1911) 20, 21; Graindor, *Athènes* (1934) 14; Follet, *Athènes* (1976) 62; véase, sin embargo, Lambert, *Beloved* (1984) 127, como cautela.
32. Tebas: *infra* y notas 33-34. — Germánico: Tácito, *Ann.* 2.61. — Puerta de Adriano: Weber, *Hadrianus* (1907) 257, y *RE* 19.2 (1938) 2113, solo pudo citar a Baedeker sobre este asunto. Véase también E. Bernand, *Les inscriptions grecques de Philae* II (París, 1969), láminas 79, 83-85, 107.
33. Bernand, *Colosse* (1960), nota 28-3 1. nota 32 es una dedicatoria fragmentaria de la propia Sabina. — Ticiano: *ibid.* 24.
34. Bernand, *Colosse* (1960) nota 28 y ss. nota 29, verso 12, corregido por M. L. West, «Balbilo no salvó el alma de Memnón», *ZPE* 25 (1977) 120. — Estrabón sobre el Coloso: 17.1.46, 816. —lésbica: Bowie, en Russell (ed.), *Antonine Literature* (1990) 62.
35. Bernand, *Colosse* (1960) nota 11-12, véase Robert, en *Stèle Kontoleon* (1980) 1 ss. — Fausto: Bernand nota 60; fechado en tiempos de Adriano por Piso, *Fasti* (1993) 214 ss. El desglose de CETACO[S] es mío.
36. Choyak: Weber, *Hadrianus* (1907) 257. — cumpleaños: *ILS* 7.212 = Sm. 165. —

continuación del itinerario: Sijpestein, *Historia* 18 (1969) 112 ss. (que se extravía al situar la cacería más tarde, p. 115).

37. Mesomedes: *Suda*, s.v.; *HA Ant. Pius* 7.8; *PIR*² M 503. — Numenio: *Suda*, s.v. — Curio: Lebek, *ZPE* 12 (1973) 101 ss. — Pancrates: Ateneo 15.677 d-f. — papiro de Tebtunis: *Papiri della R. Università di Milano* I (Milán, 1937), 174 ss.

38. El poema de Dionisio está disponible ahora con el texto griego y traducción al alemán en K. Brodersen, *Dionysius von Alexandria. Das Lied von der Welt* (Hildesheim, 1994). No obstante, no resulta convincente su datación (p. 11) al comienzo del reinado; véase *infra* sobre el río Rebas. — acrosticos: versos 112-134, 513-532. — Gades: versos 11, 65, 176, 451, 456. — Adria: versos 92, 100, 102, 380, 481. — Cartago: versos 145-147. — Tíber: versos 352-4. — Ilión: versos 815-818. — Rhebas: versos 794-796, explicados por Bowic, en Russell (ed.), *Antonine Literature* (1990) 71, como un cumplido a Antínoo.

39. *AE* 1991. 1461, Heraclea Póntica, muestra que la denominación de «Antinoano» había sido adoptada ya por la asociación de actores antes de concluir el año 130 d.C. Lambert, *Beloved* (1984), 177 ss., ofrece una explicación completa del culto a Antínoo. — Eunosto: *RE* 6.1 (1907) 1.136 s.

40. Zahrnt, *ANRW* 2.10.1 (1989) 677 ss.; Montevocchi, en *Neronia* IV (1990) 183 ss.

41. ruta: Sm. 423. — Antinoeos: *Bulletin épigraphique* 1952, nota 180.

42. Weber, *Hadrianus* (1907) 249 ss., fue el primero en interpretar esos nombres. Calderini, *Dizionario* I 2 (Madrid 1966) 106 ss., da una lista más completa que la que estuvo a disposición de Weber. «Meleitorios» (dado allí, p. 108, bajo los demos Pauleinios y Osirantinoeios) debe de ser, sin duda, una mala lectura por Kleitorios. — Paulina: véase nota 26, *supra*.

43. La situación original del obelisco en Antinoópolis, y no en Roma (o en Tívoli), ha sido fijada actualmente por A. Grimm y D. Kessler, en Meyer (ed.), *Obelisk* (1994) 84 ss., cuya traducción seguimos aquí.

44. más eruditos: el egiptólogo P. Derchain, *Le dernier obélisque* (Bruselas, 1987), ha escrito una atractiva obra de ficción sobre una de esas personas. — monedas: Vogt, *Alex. Münzen* (1924) 11-53. — juegos: *Bulletin épigraphique* 1952, nota 180. — certamen filadelfio: L. Moretti, *Iscrizioni agonistiche greche* (Roma, 1953) 244 ss., nota 84, estudiado por Grimm, en *Festschr. Parlasca* (1990) 39 s. — sacrificio: Séneca, *Quaest. nat.* 4.2.7.

45. nuevos nombramientos: Eck, *Chiron* 13 (1983) 172. — Salvio Juliano: *ILS* 8973 = Sm. 236; *Digesto* 46.3.36 indica que se hallaba en Egipto. — Heliodoro: véase nota 10, *supra*. — Cesernios: *AE* 1957. 135 = Sm. 195; *ILS* 1068.

46. *BMC* III 1.552 s., 1617; Strack 1.38; A. C. Levi, *NC* 8 (1948) 30 ss.; véase una interpretación diferente en Ritner, en Simpson (ed.), *Religion and Philosophy* (1989) 103 ss.

20. ATENAS Y JERUSALÉN

1. armas: Díon 69.12.2, véase *HA Had.* 11.1. — escondrijos: Díon 69.12.3. — estatua de Antínoo en Cesarea: R. Savignac, *Revue biblique* 13 (1904) 84, nota 2.

2. «de nuevo» en Siria: Dión 69.12.2. — monedas de Cilicia: Toynbee 69; *BMC* III 490. — credenciales: véase C. P. Jones, *Dio Chrysostom* (1978) 75; amplios detalles en Strubbe, *Ancient Society* 15-17 (1984-1986) 253 ss., sobre esas aspiraciones a un origen helenístico.

3. había dejado de existir: Syme, «Observations on the province of Cilicia», en *Anatolian Studies* Buckler (Manchester 1939) 299-332 = *RP* I (1979) 120 ss., en especial 325 ss. = 141 ss. — *koinón* propio: Ziegler, *Studien zum antiken Kleinasien* III (1995) 183 ss.

4. una ciudad «nada insignificante»: *Hechos de los apóstoles* 21.39. — entusiasmo por la filosofía: Estrabón 14.5.13, 673 s. — Atenodoro: Estrabón 14.5.14, 674 s.; *PIR*² A 1288. — Dión Crisóstomo: *Or.* 34.7-14; 45-53; 9; 34; 38-42; 21-33. Véase C. P. Jones, *Dio Chrysostom* (1978) 76 ss.

5. rivalidades:—Tarso Argivo: Estrabón 14.5.12, 673. — Olba, Malo: *id.* 14.5.16, 675 s.; véase Ziegler, en Hödl y Grabmayer (eds.), *Leben in der Stadt* (1995) 86 ss., 95. — tres *eparchiae*: *AE* 1961. 320; *ILS* 8827; véase *AE* 1938. 4 (de los Severos).

6. *Digesto* 22.5.3.1; 3 (Rufino); 4 (Máximo); véase Thomasson, *Laterculi* I (1984) 419 s.; 2 (Vero). Williams, *JRS* 66 (1976) 71, deduce que las cartas fueron escritas por el propio Adriano.

7. Peón: *supra*, p. 240. — Atalía: *IGR* III 771; *ibid.* 773, una torre que flanqueaba el arco fue donada por Domicia Sancta, que también erigió una estatua a Paulina, la hermana de Adriano; véase Halfmann, *Itinera* (1986) 131. — Perge y los Plancios: *JRS* 55 (1965) 56 ss.; Halfmann, *Senatoren* (1979) 128 s., nota 31; véase Syme, «Legates of Cilicia under Trajan», en *Historia* 18 (1969) 352-366 = *RP* II (1979) 774 ss., at 365 s. = 787 s.

8. mala fama: Estrabón 14.5.7, 671, véase Cicerón, *II Verr.* 4.21. — su origen e historia primera: *RE* 19.2 (1938) 1.876 ss. — nueva puerta: *TAM* II 3, 1.187 = *SEG* XM 1299. — estatuas: *Tituli Asiae Minoris* II 3, 1191, 1194, 1193, 1192. — Sufena y Ático cónsules: Roxan III 159; véase Wörrle, *Stadt und Fest* (1988) 39 ss., sobre el gobierno de Sufena. Al parecer, Ático fue nombrado también miembro del prestigioso colegio de los *XVviri sacris faciundis*, Ameling, *Herodes* (1983) II 132 s.

9. segunda Guardia del Templo: la fecha de aprobación del honor sigue siendo incierta: *IKeph* 428, donde se honra a Ti. Claudio Pisón Diopanto, podría identificar al hombre que presentó con éxito la petición a Adriano; véase además C. P. Jones, *JHS* 113 (1993) 149 ss. — pedestal de la escultura: *AE* 1977. 797 = *IKeph* 734; Champlin, *ZPE* 21 (1976) 78 ss., propone buenos argumentos para identificar al honorando de muchos nombres con el joven Fusco. No puedo estar de acuerdo con él en todos los detalles. — escultura: según Hahland, *JÖAI* 41 (1954) 54 ss.

10. monedas: Toynbee, 49 ss.; *BMC* III, 344 s., 490, 519 s. — otras dos ciudades nuevas: Schwertheim, *Epigr. Anat.* 6 (1985) 37 ss.; *id.*, *IKHadrianoi* (1987) 156 ss., sobre los n.º 56, 129. — de vuelta a Cízico, cargo local: Merkelbach y Schwertheim, *Epigr. Anat.* 2 (1983) 149.

11. monedas: Toynbee, 122 s.; *BMC* III 352, 494.

12. invernar por tercera vez: evidente, según *SIG*³ 842, Epidauro, véase Halfmann,

- Itinera* (1986) 208. — misterios, carta fragmentaria: A. Plassart, *Fouilles de Delphes* III 4 (París, 1970), 308; pero Follet, *Athènes* (1976) 109, prefiere relacionar los misterios mencionados allí con los nuevos en honor de Antínoo. — carta del 132: Sm. 445 = Ol. 85.
13. sacerdotisa: IG II/III² 3.575 = Sm. 71a. — Pausanias: 1.3.2. — Dión: 69.16.1-2.
14. *HA Had.* 19.2 (debido a un percase, la frase se omite en A. R. Birley, *Lives of the Later Caesars* (1976-1978). Ver, por comparación, Robert, *Gladiateurs* (1940) 313.
15. Arriano, *Periplus* 6.2, 10.1 (informe en latín); Trapezunte (1.12.2), Dioscurias (10.3-4); Atenas (3.4-4.1); Apsaro (6.1); maniobras (3.1, 6.2, 10.3); fuerte de Fasis (9.3-5); Amiso (15.3, véase Pausanias 1.18.6); Fea (9. 1); 11.2-3, 18.3 (reyes clientelares).
16. Cotis: Arriano, *Periplus* 17.3, véase Flegonte, *FGrH* 257, fr. 17; *PIR²* J 276. — isla de Aquiles: *Periplus* 21.1 23.4.
17. *Digesto* 49.14.2.1.
18. siete años antes: Dión 69.16.1—si se puede sacar más partido a esa datación—; Jones, *Chiron* 26 (1996) 33 s., cree que, en este pasaje, la frase «desempeñar el cargo más alto» debe de referirse a su arcontado, lo que retrasaría la datación al 112, y se pregunta si quizá fue arconte por segunda vez. Es decir, el año 131/132. Por mi parte prefiero creer que el texto de Dión, tal como se nos ha transmitido, es confuso. — Pausanias: 1.18.6. — Dión: 69.16.1. — *HA: Had.* 13.6. — Erictonio: Pausanias 1.24.7.
19. Pausanias 1.5.5; 1.18.9.
20. Filóstrato, *V. soph.* 1.25.3.
21. *témenos*: según Willers, *Panhell. Programm* (1990) 36 ss., 54 ss. — presidente: Sm. 257; *CP* 81; véase *infra*, nota 28 al capítulo 21. — miembros: Spawforth y Walker, *JRS* 75 (1985) 79 ff; véase *supra*, nota 14 al capítulo 18, sobre la cuestión de la afiliación. Ver también Strubbe, *Ancient Society* 15-17 (1984/1986) 280 ss., sobre el afán por demostrar credenciales de helenismo. — Amiso: Arriano, *Periplus* 15.3.
22. *Panhellenia*: Wörrle, *Chiron* 22 (1992) 337 ss., consigue demostrar de manera concluyente que su primera celebración tuvo lugar el año 137. — juegos en Atenas: Geagan, *ANRW* 2.7.1 (1979) 397 s., contiene un útil compendio. — imagen en el Partenón: Pausanias 1.24.7. — Benjamin, *Hesperia* 32 (1963) 57 ss., ofrece un valioso análisis de los numerosos altares (casi cien) en honor de Adriano en Atenas.
23. monedas de Acaya: Toynbee, 25 ss.; *BMC* III, 349, 517 s. — puerta de Adriano: IG II² 5.185. Sobre la puerta y su importancia, Willers, *Panhell. Programm* (1990) 68 ss. — nuevo demo: Zahrnt, *Chiron* 9 (1979) 393 ss., quien interpreta convincentemente a Flegonte, *FGrH* 257, fr. 19.
24. no prestaron atención: Dión 69.13.1. — tumba de Salomón: *id.* 69.14.2. — insurrectos: *id.* 69.12.3. Hay una abundantísima literatura sobre la guerra judía bajo Adriano: mencionaré aquí a Schürer, *Jewish People* I (1973) 534 ss.; Smallwood, *The Jews* (1976) 428 ss.; Applebaum, *Prolegomena* (1976); Schäfer, *Aufstand* (1981); *id.*, en Davies y White (eds.), *Tribute to Vermes* (1990) 281 ss.; Mildenberg, *Coinage* (1984); Isaac y Oppenheimer, *JJS* 36 (1985) 33 ss. Apenas merece la pena insistir en el hecho de que no se han publicado enteramente los documentos descubiertos hace más de treinta años (véase Millar, *Near East* (1993) 545 s.). Algunos fueron publicados en *DJD* II;

otros por Y. Yadin, en el *Israel Exploration Journal* II (1961), 12 (1962); y los escritos en griego están actualmente disponibles en Lewis, *Greek Papyri* (1989). Pero ahora un nuevo listado en Cotton *et al.*, *JRS* 85 (1995) 229-231, notas 293-331, que da la numeración de *DJD* II o, para los no publicados, *PYadin**.

25. portillos de escape: Gichon, *JQR* 77 (1986) 15 ss. — Marcelo y C. Julio Severo: *IGR* III 174 = *ILS* 8826 = Sm. 216. — XXII Deiotariana: Keppic, en Kasher *et al.* (eds.), *Greece and Rome* (1990) 54 ss., es el estudio más reciente.

26. Frontón, *De bello Parthico* 2, p. 221 Van den Hout: «quid? avo vestro Hadriano imperium optinente quantum militum a Iudaeis, quantum a Britannis caesum?» — Dión 69.14.3, 13.1-2.

27. «otras razas»: véase Applebaum, *Prolegomena* (1976) 57 s.; Mor, *JJS* 36 (1985) 200 ss.

28. categoría distinta: véase Isaac, *SCI* 7 (1983-1984) 68 ss. — autores cristianos: Justino, I *Apol.* 31.6; Eusebio, *HE* 4.6.2; 4.8.6; Jerónimo, *Chron.* 201 Helm; *Vers. arm.* 168 ss. Schoene; *Adv. Rufinum* 3.31; Orosio 7.13.4. — Sobre Bar Kojba: Schäfer, *Aufstand* (1981) 51 ss., analiza las fuentes de manera sistemática; véase Mildenberg, *Coinage* (1984) 55 ss., 73 ss.

29. el documento más temprano: Cotton *et al.*, *JRS* 85 (1995) nota 293 = *PYadin* *42 (abril 132). — el más tardío: *ibid.* nota 310 - *DJD* II nota 22 (nueva interpretación).

30. Números: 24.17. — rabí Akiba: Schürer, *Jewish People* I (1973) 543 s.; Schäfer, *Aufstand* (1981) 55 s. — signo de la estrella: Mildenberg, *Coinage* (1984) 44 s. — Ezequiel: 37.24-5.

31. Akiba: véase en especial Herr, *Scr. Hier.* 23 (1972) 113 ss. — acuñación: Mildenberg, *Coinage* (1984) 69 ss. — símbolos: he intentado resumir a Mildenberg 123 ss. — carta de Shim'on: Cotton *et al.*, *JRS* 85 (1995) n.º 317 = *PYadin* *52.

32. Eleazar el Sacerdote: Schürer, *Jewish People* I (1973) 544; Mildenberg, *Coinage* (1984) 29, 61 ss. — Jerusalén: Schäfer, *Aufstand* (1981) 78 ss. y Mildenberg, *Coinage* (1984) 17, 31, 49, entre otros, dudan de que volviera a ser tomada por los rebeldes. Véase además nota 37, *infra*. — segunda circuncisión: Smallwood, *The Jews* (1976) 445; Schäfer, 45 ss. — rabí: Schürer, 544 nota 139; Mildenberg 30, sobre *PYadin* *56.

33. *PYadin* *56, *54, *55 (Engadi). — *DJD* II nota 43 (galileos). — *PYadin* *56 (romanos). — hermanos: p. ej., *PYadin* *49, *59.

34. Schäfer, *Aufstand* (1981) 173 (dardos), 144, 170 (dedo de la mano), 171 s. (blasfemia; véase *Salmo* 60.12); 148 (hermanos).

35. Justino: *Dial.* 1.3, 9.3.; I *Apol.* 31.6. — Eusebio-Jerónimo, *Chron.* 201 Helm; Eusebio, *HE*. 4.6.2—Jerónimo: *Adv. Rufinum* 3.3 1.

36. documentos: listados por Cotton *et al.*, *JRS* 85 (1995) 229 ss. — Babata: N. Lewis, *Greek Papyri* (1989). — Salomé: Cotton, *ZPE* 105 (1995) 171 ss. — posibles represalias: según Smallwood, *The Jews* (1976) 442.

37. cuevas en la Baja Galilea: Gichon, *JQR* 77 (1986) 26 ss.; *id.*, *Rev. int. hist. mil.* 42 (1979) 88, 95. — cueva cerca de Jericó: J. Geiger, en su reseña de Millar, *Near East* (1993), en *Scripta Classica Israelica* 13 (1994) 200, donde se refiere al *Eretz-Israel* 23 (1992) 276 ss.

(en hebreo). — monedas como base: Mildenberg, *Coinage* (1984) 22 ss., 85 ss. — suministros por barco: *PYadin* *49 menciona un barco. — Jerusalén: la conclusión de que los rebeldes no volvieron a tomar Jerusalén es, evidentemente, un *argumentum ex silentio*: no se han encontrado allí monedas de los sublevados ni referencias documentales al hecho. Sin embargo, las leyendas de las monedas muestran la inmensa importancia atribuida a la Ciudad Santa. Habría que tener en cuenta que no se ha localizado todavía la fortaleza legionaria de la X Fretensis, ver un análisis de esta cuestión en Geva, *IEJ* 34 (1984) 239 ss. La fortaleza habría sido un objetivo necesario del ataque rebelde y una base probable. Quizá algún día aparezcan más pruebas.

38. Dión: 69.14.3. — fuentes talmúdicas: Schäfer, *Aufstand* (1981) 138 ss. — Clemente: *ILS* 2.081 = Sm. 300. — *expeditio*: *ILS* 1.065, 1.071, 1.092, *CIL* VI 3.505; véase V. Rosenberger, *Bella et expeditiones* (Stuttgart, 1992) 97 ss., en contra de Halfmann, *Itinera* (1986) 209 s., criticado ya por Syme, «Journeys of Hadrian», en *ZPE* 73 (188) 159-170 = *RP* VI (1991) 346 ss., en 166 s. = 354 s., y Barnes, *JRA* 2 (1989) 254.

39. Plew, *Unters.* (1890) 89 ss., fue, al parecer, el primero en sacar partido a la obra de Apolodoro. Blyth, *GRBS* 33 (1992) 127 ss., ha arrojado dudas sobre la autenticidad de la atribución de la *Poliorcetica* a Apolodoro.

40. «el mundo entero»: Dión 69.13.3. — Severo: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 106 ss. — Sisena: *ibid.* 109 s.

41. Quinciano: *AE* 1957. 135 Sm. 195. — Prisco: *ILS* 1092. — Corneliano: *RIB* 814. — Urbico: *ILS* 1065 = Sm. 220. tribuno: *CIL* VI 3.505 = Sm. 331. — hombre de Cilicia: *CIL* X 1.769, véase E. Birley, *The Roman Army* (1988) 316 ss.

42. X Fretensis: *CIL* XVI, A n.º 13. Voconio: *ILS* 8.828. — Estaciano: *ILS* 1.068. Próculo: *ILS* 1.341; *CP* 113. — Dión: 69.13.3.

43. Eusebio: *HE* 4.6.2. — Severo: Dión 69.13.3.

44. Eusebio: *HE* 4.6.3. — relato rabínico: Schäfer, *Aufstand* (1984) 138. Véase p. 359, *infra*.

45. carta fragmentaria: *DJD* II n.º 45. — *imp. II*: *CIL* II 478; VI 974 - Severo: *ILS* 1056 = Sm. 217—Marcelo: *AE* 1934. 231. — menos generoso: E. Birley, *Roman Britain* (1953) 24.

46. cambio de nombre: según *CIL* XVI 87, de noviembre del 139. — cifra de Dión: 69.14.1. — cautivos vendidos: *Chron. Pasch.* I 474; véase Jerónimo, *In Jerem.* 21.15, *In Zach.* 11.4-5. — autores cristianos: Eusebio, *HE* 4.6.3; Jerónimo, *In Sophon.* 1. 15 s. — estatua de Adriano: Jerónimo, *In Esaiam* 1.2.9. — templo de Júpiter: *id.*, *Comm. in Matt.* 24.15. — Afrodita: Eusebio, *V. Constantini* 3.26. — monedas: Schürer, *Jewish People* I (1973) 554 s. — cerdo: Jerónimo, *Chron.* 201 Helm.

47. estatua: Foerster, *Atiqot* 17 (1985) 139 ss.; Gergel, *AJA* 95 (1994) 231 ss. — piezas procedentes de Egipto, etcétera: Hoffmann, en *Festschr. Helck* (1984) 585 ss. (pero no resulta convincente que Adriano librara una guerra local en Egipto). — monedas: *BMC* III 475, 485; A. C. Levi, *NC* 8 (1948) 30 ss.

48. Pausanias: 1.5.5. — *Tertullian: De praescript.* 7.9.

21. EL AMARGO FINAL

1. respuesta breve: *IGR* I 149 = *Ol.* 86. — Quinciano: *AE* 1957. 135 = *Sm.* 195.
2. monedas de Mesia: Toynbee 125; *BMC* III 495, 501. — Mayor: *CIL* XVI 78; Eck, *Chiron* 13 (1983) 172, supone que había estado en algún momento antes del 134. — Dacia: Toynbee 78 s.; *BMC* III 498 s., 510 s. — Baso el Joven atestiguado por primera vez en Dacia el 13 de diciembre del 135, *ILS* 2.301; Piso, *Fasti* (1993) 53 s.
3. *exercitus Delmaticus*: Strack 143, nota 796 (no en *BMC* III). — Vitrasio: Eck, *Hist. Aug. Coll. Parisinum* (1991) 189 ss. — templo en honor de Antínoo: *AE* 1972. 500, *Municipium D[ar]danorum*. — monedas: *BMC* III 534 s.
4. *CIL* III 10.281 habla de Serviano y otro cónsul, cuyo nombre (en ablativo) terminado en *o* y de entre seis y nueve letras, fue borrado. En varias otras inscripciones, Serviano aparece nombrado como cónsul sin ningún colega. A. Stein, *RE* 10.1 (1917) 887 s. C. Julio Próculo (*cos. suff.* 109) pudo haber sido su primer colega. En la nota 22 al capítulo 12, *supra*, se alude a un testimonio que le da el calificativo de «*cos. II*». (Quizá, sencillamente, murió al cambiar el año y fue sustituido por Varo.) — Paulina, Fusco: *supra*, 315-316, 334.
5. Strack, 126 s., 133 s.; *BMC* III, 315 ss., 323 s., 393 nota, 450 ss., 457, 464 s., 474, 478.
6. Nepote: *CIL* XVI 78 (abril del 134)—III Cyrenaica en combate: *ILS* 1.071 = *Sm.* 234. — Dión: 69.16.3.
7. Dión 69.8, véase 66.17.2 (Vespasiano).
8. Nepote: *HA Had.* 23.4, véase 23.6; 4.2; 15.2. — Attiano, Septicio: 15.2. — Genciano: 23.4, véase 23.6. — Polieno (véase Plinio, *Ep.* 10.70-1), Marcelo (*PIR*² N 55): 15.3. — Eudemon, Heliodoro: 15.3, 15.5, ambos fueron más tarde prefectos de Egipto, Eudemon el 142/3, como sucesor de Heliodoro, nombrado el 137: Thomasson, *Laterculi* I (1984) 349. — Favorino: 16.10. — exilio: la deducción realizada a partir del descubrimiento de su obra «Sobre el exilio» es de A. Barigazzi, *Favorino di Arelate: Opere* (Florenia, 1966) 347 ss.; Swain, *ZPE* 79 (1989) 150 ss., no considera la obra como una prueba de que sufriera realmente el exilio sino solo como un ejercicio oratorio.
9. Céler: conocemos el puesto por Filóstrato, *V. soph.* 1.22.3; véase *HA M. Aur.* 2.4, *Verus* 2.5; M. Aurelio, *Med.* 8.25. — Beocia: *Ol.* 112, véase 108-11. — Cirene: *Ol.* 120. — Dídima: *Ol.* 87.
10. Polemón: Filóstrato, *V. soph.* 1.25.3. — Herodes: *ibid.* 2.1.8.
11. Dión: 69.4.1-5. Sobre la opinión de que la versión de su muerte no puede ser cierta, véase Ridley, *Athenaeum* 77 (1989) 551 ss. E. L. Bowic me sugiere que la supuesta crítica sobre la imposibilidad de que las diosas se pusieran de pie podría ser, incluso, un sutil cumplido, pues lo mismo se dijo de la famosa estatua de Zeus en Olimpia realizada por Fidias, Estrabón 8.3.30, 353.
12. Víctor, *Caes.* 14.1-4. Sobre el Ateneo, Braunert, *BHAC* 1963 (1964) 9 ss.; Boatwright, *City* (1987) 207 s. — Salvio: Jerónimo, *Chron.* 198 Helm, asigna su redacción del edicto al año 131, que, en cualquier caso, parece el más probable para su cuestura, car-

go que desempeñó mientras realizaba la tarea (ILS 8973): Syme, «The jurists approved by Antoninus Pius», en *BHAC* 1986/89 (1991) 201-217, en 206 s.

13. Boatwright, *City* (1987) 161 ss.

14. Boatwright, *City* (1987) 190 ss. Hay abundante bibliografía sobre los tondos: véase colaboraciones recientes de Oppermann, *Nikephoros* 4 (1991) 211 ss.; Turcan, *CRAI* 1991, 53 ss. Mi punto de vista es próximo a los de Köhler, *Villa* (1950) 177 ss., y Coarelli, en Grenier y Coarelli, *MEFR* 4 98 (1986) 252 s. (aunque se ha de rechazar su intento de situar la ubicación original del obelisco de Antínoo en el Palatino, *supra*, p. 256, nota 43). Oppermann 216 s. adopta una postura básicamente similar. Tanto él como Turcan aportan buenas razones para corregir el orden tradicional de las ocho escenas. Meyer, *Antinoos* (1991) 218 ss., véase *id.*, *Obelisk* (1994) 153 ss., acepta que, en el mejor de los casos, Antínoo aparece retratado en uno de los ocho tondos. Sostiene que el trabajo fue realizado por tres artistas distintos (quizá porque el monumento hubo de construirse de prisa).

15. *ILS* 7212 = Sm. 165; véase Voisin, *MEFRA* 99 (1987) 257 ss.

16. Grenier, *MEFRA* 101 (1989) 925 ss.

17. *CIL* VI 974; Strack 137; *BMC* III 335 ss. — cocodrilo: *BMC* III 475, 485; A. C. Levi, *NC* 8 (1948) 30 ss. — «tifonianos»: véase Frankfurter, *JJS* 43 (1992) 203 ss. [véase p. 359, *infra*].

18. Ol. 88, A-C.

19. Dión: 69.15.1. — alanos e Iberia: Wheeler, *Flavius Arrianus* (1977) 101 ss., 223 ss., 227 ss. — Mitridates: Karras-Klapproth, *Pros. Studien* (1988) 85. — enviados: Dión 69.18.2.

20. «disuasión» de Arriano: Wheeler, *Flavius Arrianus* (1977) 272 ss. — Temistio: *Or.* 34.8. — IX Hispana: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 220 s.

21. *HA: Had.* 21.8. — monedas: Strack 184 ss.; *BMC* III 474 s. (*Roma Aeterna*); 334 (*Veneris felicitis*); 337 s. (*vota publica*); 471, 483 (*liberalitas Aug. VI*); 472 (*liberalitas Aug. VII*).

22. Arriano, *Tactica* 32.3; 44.2-3. Véase Wheeler, *GRBS* 19 (1978) 351 ss.

23. comenzado a sentirse enfermo: Dión 69.17.1. — estado de salud en Egipto: *id.* 69.11.3; Víctor, *Caes.* 14.8. — obelisco: Meyer, *Obelisk* (1994) 84 ss. — *BMC* III 318 (nota 603); interpretado por Hannestad, *Anal. Rom. Inst. Dan.* 11 (1982) 97 ss. — adopción [...] fraudulenta: *HA Had.* 4.10; Dión 69.1.1-4.

24. belleza: *HA Had.* 23.10, véase *Ael.* 5.1. — juramento secreto: *Ael.* 3.8. — rectificación tardía: según Syme, *Tacitus* (1958) 601, y *passim*. — bastardo: Carcopino, *REA* 51 (1949) 262 ss. = *id.*, *Passion et politique* (1958) 143 ss.; *REA* 67 (1965) 67 ss.; refutado, p. ej., por Syme, «Ummidius Quadratus, *capax imperii*», en *Harvard Studies in Classical Philology* 83 (1979) 287-310 = *RP* III (1984) 1.158 ss., en 300 ss. = 1179 s. — tuberculoso: Dión 69.17.1. — hija prometida en matrimonio: *HA M. Aur.* 4.5; prefecto en el festival albano: *ibid.* 4.7, véase *RE* 6.2 (1909) 2.213-2.216. — Marco como sucesor definitivo: Pflaum, *BHAC* 1963 (1964) 95 ss., explica así con verosimilitud, desde mi punto de vista, la elección de L. Cómodo; véase A. R. Birley, *Marcus Aurelius* (1987) 40 ss., 232 ss.

25. espectáculos ... Danubio: *HA Had.* 23.12-13. — yáziges: Dión 69.15.2. — cuados: *BMC IV Antonino Pio a Cómodo* (1940) 204 s., 367 (*rex Quadis datus*). — hijo adoptivo de Turbón: *PIR*² 305; Fitz, *Verwaltung* II (1993) 475 ss. — Nicomedes: *CP* nota 163—Rogato: *ILS* 1450; *CP* 140. — Máximo: Fitz 483 ss. — monedas: Toynbee 133 ss.; *BMC III* 363 ss., 543 ss. — todos en contra: *HA Had.* 23.1.1: *invitis omnibus*.

26. horóscopos: Hefestión de Tebas, *Apotelesmatica*, ed. D. Pingree, 2 vols (Leipzig 1973-1974), 2.18.21 ss., cita tres horóscopos proporcionados por un astrólogo anterior, Antígono de Nicea: el primero es el de Adriano, 22-52; el segundo, 54-61, se identifica con suma probabilidad con Acilio Attiano, Caballos, *Senadores* (1990) 35 s.; y el tercero es, claramente, del joven Pedanio Fusco, 62-66. (Sin embargo, no acepto que el pasaje de Hefestión 2.18.65, donde se dice que sus padres fallecieron de muerte violenta, sea una prueba de que no fueron muertos hasta el 137.) En *id. Epit.* 4.26.12-56 se dan versiones casi idénticas. En la edición de Pingree se omite un pasaje del comienzo del horóscopo de Adriano, que solo se encuentra en el Códice de Viena, *C. Gr. Vindob.* 108, fol. 301 ss. Está impreso en el *Catalogus codicum astrologorum Graecorum* VI, ed. W. Kroll (Bruselas, 1902) 68, líneas 7-9, y fue traducido por Cramer, *Astrology* (1954) 165; podría permitir datar el intento de golpe de Estado de Fusco en noviembre del 137, tal como propuso Martin, *Providentia* (1982) 302. — Dión: 69.17. 1. — *HA*: ver la nota siguiente.

27. *HA: Had.* 15.8; 23.2; 23.8, 25.8. — últimos momentos: Dión 69.17.2. Sobre Serviano, véase ahora el minucioso estudio de Michelotto, en *Studi Giatti* (1987) 143 ss. No puedo estar de acuerdo con él en todos los detalles. — «muchos otros»: *HA Had.* 23.8. — Polieno, Marcelo: *ibid.* 15.4.

28. Cirene, Barca: *Ol.* 120, reeditado y reinterpretado por C. P. Jones, *Chiron* 26 (1996) 47 ss. — festival panhelénico, celebrado el 137: Wörrle, *Chiron* 22 (1992) 337 ss. — Herodes, primer arconte: según Ameling, *Herodes* (1983) 161. Un año más probable para su presidencia, Filóstrato, *V. soph.* 2.1.5, podría ser el 141. J. H. Oliver, *Marcus Aurelius. Aspects of Civic and Cultural Policy in the East* (Princeton, 1970) 92 ss., contiene una útil colección de inscripciones que enumera a quienes ocuparon cargos en el Panhelenio. Sobre Púlquer, *ibid.* 118; también *PIR*² C 1.424; *CP* nota 81. Céler (que fue, quizá, simplemente *ab epistulis*, y no solo *Graecis*) aparece nombrado por Filóstrato, *V. soph.* 1.22.3 como secretario; se supone que es la misma persona que actuó como preceptor de M. Aurelio y Lucio, su hermano adoptivo, *HA M. Ant.* 2.4; *Verus* 2.5; véase M. Aur., *Med.* 8.25. A. R. Birley, *Locus virtutibus patefactus?* (Opladen 1992) 48 (donde se estudian también los secretarios *ab epistulis* conocidos, 41-54) propone que era originario de Corinto. Sobre los Caninios conocidos en Corinto, ver ahora A. J. S. Spawforth, «Roman Corinth: the formation of a colonial elite», en A. D. Rizakis (ed.), *Roman Onomastics in the Greek East. Social and Political Aspects* (Atenas 1996) 167-182, en 176 s.

29. muerte del César: *HA Had.* 23.15-16; *Ael.* 6.6-7; Dión 69.20.1. — Sabina: *HA Had.* 23.9; *Epit. de Caes.* 14.8; *R.-C.* n.º 802.

30. sollozando: *HA Had.* 26.8-9. — sueños: 26. 10.

31. cumpleaños, adopción: *HA Had.* 26.6 (con otro augurio); Dión 69.20.1-5; *HA Ant. Pius* 4.4-7.

32. *HA Ant. Pius* 1.9, 2.8, 2.11, 2. 1; Dión 69.21.1-2. — condición: *HA Ant. Pius* 4.5; *M. Aur.* 5. 1; *Verus* 2.13 (se confunden los dos últimos).
33. Sobre la idea de que Marco Aurelio era el auténticamente elegido por Adriano como heredero (aunque todavía fuese demasiado joven: el 138), ver A. R. Birley, *Marcus Aurelius* (1987) 232 ss. En concreto, el relieve de Éfeso, que coloca a Lucio, hijo de Elio César, en una posición más destacada que Marco Aurelio, difícilmente puede utilizarse en apoyo de la hipótesis de que la persona prevista como heredero principal era Lucio y no Marco, según sostuvo Barnes, *JRS* 57 (1967) 65 ss., en especial 78—tal como admite el propio Barnes (78 nota 84), los historiadores del arte, con una sola excepción, datan el relieve en la década del 160, cuando Lucio, ya emperador, se hallaba en Éfeso y era necesario halagarle. — Cuadrato, Catilio: *HA Had.* 15.7; 24.6-7 (Catilio había lamentado muy en especial la adopción de Antonino). — Ticiano: *HA Had.* 15.6; *Ant. Pius* 7.3-4.
34. Turbón: *PIR² M* 249; Syme, «Guard Prefects of Trajan and Hadrian», en *JRS* 70 (1980) 64-80 = *RP III* (1984) 1.276 ss., en 72 ss. = 1.290 ss. — sucesores: *HA Had.* 24.9, al referirse al año 138, habla de *praefectis*, en plural. — Gavio y Petronio: Syme, *op. cit.* 75 1293. — rigor: *HA Ant. Pius* 8.7. — Severo, Mayor, Presente: Thomasson, *Laterculi I* (1984) 311. — Nepote: Fitz, *Verwaltung I* (1993) 478 s. — Urbico: A. R. Birley, *Fasti* (1981) 112 ss.
35. carta de Augusto: A. Gelio, *NA* 15.7.3. — astrólogo: *HA Had.* 16.7; *Ael.* 3.9.
36. Tíbur: *HA Had.* 23.8. — ritos mágicos, etcétera: Dión 69.20.1; 22.1-4.
37. Mástor, Antonino: *HA Had.* 24.8-1 1. — lápida del médico: H. Solin, *Arctos* 21 (1987) 128 ss. — episodios: *HA Had.* 25.1-5.
38. autobiografía: Dión 69.11.2 (Antínoo); *HA Had.* 7.2 (consulares); 1.1 (Elio); 3.3 (bebida); 3.5 (tribuno); Vespasiano (Dión 66.17.1); *HA Had.* 16.1 (Flegonte). Merece la pena preguntarse si la obra de Flegonte sobre personas proventas (*Makrobioi*) y milagros (*thaumasia*), incluidos los cambios de sexo, no fueron, quizá, un reflejo de los intereses personales de Adriano. Observemos también que las *Olimpiadas*, *FGrH* 257, fr. 23, dedicaban una entrada a Adria, *ultima origo* de los Elios, donde se la consideraba colonia griega fundada por Dionisio de Siracusa.
39. papiro: *PFayum* 19 = Sm. 123, según la interpretación de Bollansée, *Ancient Society* 25 (1994) 279 ss.
40. sueño: *HA Had.* 26.10. — poema: *ibid.* 25.9, analizado en detalle en el Epílogo siguiente. — su calma se vino abajo: Dión 69.22.4.
41. *HA Had.* 25.6-7; Dión 69.23.2. Baldwin, *Gymnasium* 90 (1983) 546, argumenta convincentemente a favor del significado «odiado».

EPÍLOGO. «ANIMULA VAGULA BLANDULA»

1. El poema se recoge en *HA Had.* 25.9. Su autenticidad fue defendida con autoridad por Cameron, *Harvard Studies in Classical Philology* 84 (1980) 167 ss. (citado aquí). He

razonado mi interpretación en *Laverna* 5 (1994) 176 ss., donde atribuyo un especial valor a Sajdak, *Eos* 20 (1914 15) 147 ss. (en polaco), resumido en *Berl. Ph. Woch.* 36 (1916) 765 ss. Sajdak localizó por primera vez los ecos de Ennio a partir de un fragmento atribuido a su *Andrómaca*, O. Ribbeck, *Tragoediarum Romanorum Fragmenta* (Berlín, 1907) 127, relacionando así los adjetivos del cuarto verso con *loca*, y no con *animula*. Otro polaco, K. Morawski, *Dwaj cesarze rzymscy: Tyberyusz i Hadryan* (Cracovia, 1883), 96, a quien cita, lo había hecho también así (agradezco a E. Dabrowa por procurarme una copia de la sección pertinente de esa obra). Esta interpretación tuvo una difusión general de forma independiente (al parecer) gracias a T. Birt, *Römische Charakterköpfe* (Leipzig, 1913) 329. La traducción suscitó un debate que todavía no ha concluido. — Sobre la estima de Adriano por Ennio: *HA Had.* 16.6. El texto y la puntuación de los versos 34 fueron fijados convincentemente, en mi opinión (al margen del mantenimiento de *nudula* en el verso 4), por Mariotti, *Studia Florentina* (1970) 233 ss. (Ver también *id.*, *Scritti in Memoria di A. Ronconi* II [Florenia, 1988] 11 ss.). En el artículo publicado en *Laverna* he ofrecido una bibliografía casi completa, por lo que me abstengo de presentar aquí más referencias. En dicho artículo no mencioné a V. Bejarano, «El emperador Adriano ante la tradición romana», en *Pyrenae* 11 (1975) 81-98, en 94 con nota 71, el único autor, aparte de mí, que acepta la vacilante conjetura de *nubila* por *nudula* propuesta por Saudak.

2. *HA Had.* 14.11 (conserva la corrección de Hohl; ver alternativas en Callu *et al.*, en su edición, n. 143, y Baldwin, *Gymnasium* 101 (1994) 445 s.); *Epit. de Caes.* 14.6.

3. Wegner, *Hadrian* (1956) 72 s.

4. Den Boer, *Mnemosyne* 8 (1955) 123.

5. véase además A. R. Birley, *Laverna* 5 (1994) 202 ss., quien cita, entre otros, a André, *ANRW* 2.34.1 (1993) 607.

6. Así lo hace el médico Petrakis, *W. Journ. Medicine* 132 (1980) 87 ss., quien llama la atención sobre los pliegues diagonales del pabellón auricular, visibles en los retratos de Adriano, síntoma evidente de una dolencia cardíaca; también señala lo que se conoce como «comportamiento de tipo A», cuyas características son la «competitividad, la aspiración al éxito, la intervención en numerosas actividades con plazos fijos, la impaciencia ante la lentitud de los demás, [el deseo] de imponer un ritmo de trabajo rápido y [una tendencia] a la hostilidad y la agresividad». (Debo esta cita al difunto Dr. D. A. Dixon.)

7. Wegner, *Hadrian* (1956) 72, véase 25 s., sobre el último tipo de retrato.

8. En otras palabras, Adriano no aparece en el Libro I de las *Meditaciones*. Tampoco hay muchas referencias en otras partes de la obra. En 8.25 se menciona que Céler sobrevivió a Adriano, en posible referencia al secretario *ab epistulis* Caninio Céler; 8.37 nombra a dos hombres llamados Cabrias y Diótimo, probablemente libertos, que llevaron luto por Adriano. Otras menciones son muy impersonales.

9. Frontón, *Ad M. Caesarem* 2.4. 1, p. 25 Van den Hout; *Princ. Historiae* 11, 208 s. Van den Hout (acepto la corrección *salicibus* de Davies, *Latomus* 27 (1968) 75 ss.).

10. Elio Aristides, *Or.* 26 K: el pasaje citado son los capítulos 31-33 y 18 (el rey de

Persia). Respecto al discurso, Swain, *Hellenism and Empire* (1996) 274 ss., ve en el autor un entusiasmo por Roma menos genuino de lo que se ha sostenido comúnmente. Ver también *id.* 256 n. 10 sobre su lugar de nacimiento (Hadriani, y no Hadrianuteras). — Otro discurso conservado en la obras de Arístides, *Or.* 35 K, dirigido al propio emperador, se ha considerado, en general, obra de un orador desconocido del siglo siguiente. Hay quien ha sostenido que es del propio Arístides y que fue compuesto en elogio de Antonino, pues establece reiteradas comparaciones hostiles y apenas veladas con su predecesor. Así, por ejemplo, C. P. Juries, «Aelius Aristides EIS BASILEA», en *JRS* 62 (1972) 134-152; *id.*, «The EIS BASILEA again», en *Classical Quarterly* 31 (1981) 224-225. A diferencia de «anteriores emperadores», el soberano en cuestión se habría abstenido, por ejemplo, de «acusar a la gente de conspirar y de castigarlos con la muerte o el destierro» (capítulo 9); también habría «puesto coto a [...] las arremetidas irracionales y violentas» en el seno del Imperio (capítulo 13). Sin embargo, aunque el comportamiento de Adriano para con los griegos fue errático, Jones exagera la dureza del trato dado por el emperador a algunos de ellos, *JRS* 62 (1972) 145: al filósofo Éufrates no se le «ordenó», sino que se le permitió suicidarse; no es ni mucho menos seguro que Apolodoro fuera «condenado a muerte», y Favorino «relegado a una isla» (véase p. 151, nota 51; p. 359, nota 11; 341, nota 10, *supra*). La atribución ha sido defendida, p. ej., por Champlin, *Fronto* (1980) 83 ss., 165 y por A. R. Birley, *Marcus Aurelius* (1987) 87 s., 227—pero el peso de la opinión erudita en su contra parece ahora decisiva: Swain, *Hellenism and Empire* (1996) 266 nota 50, cita aportaciones significativas.

11. Dión 69.23.2; 69.9.4; *Eit. de Caes.* 14.1 1. — instrucción y disciplina: véase Capítulos 10 y 11, *supra*. — concesiones: J. B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army* 31 *BCAD* 235 (Oxford, 1984) 214, 231 ss., 277 s., 285 s., 310—diplomas: G. Alföldy, «Die Truppenkommandeure in den Militärdiplomen», en W. Eck and H. Wolff (eds.), *Heer und Integrationspolitik* (Colonia-Viena, 1986) 385-436 = *id.*, *Römische Heeresgeschichte* (1987) 89 ss., en 400 ss. = 104 ss., estudia las menciones del *origo* de los oficiales. Según J. Morris y M. Roxan, «The witnesses to Roman military diplomata», en *Arheoloski Vestnik* 28 (1977) 299-333, a partir del 133 d.C., el orden de los testigos respondía a la veteranía. — *militia quarta*: E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army* (1953) 149 = *Roman Army Papers* (1988) 158 s.

12. pocos traslados más de legiones: véase E. Ritterling, *RE* 12.1 (1924) 1.293. — HA sobre las obras en la frontera: *Had.* 11.2; 12.6. — Arístides: *Or.* 26 K. 80 ss. — muro de Antonino: W. S. Hanson y G. S. Maxwell, *Rome's North West Frontier. The Antonine Wall* (Edimburgo, 1986). — insulto rebuscado: véase A. R. Birley, *Trans. Durham and Northumberland* 3 (1974) 15 ss. — Sobre la política fronteriza de Adriano en conjunto, creo que todavía hay mucho que decir a favor de la opinión de E. Birley, en *Carnuntina* (1956) 25 ss., reed. en *id.*, *Roman Army Papers* (1988) 12 ss. El hecho de que las barreras artificiales corridas se inspiraran en cierto modo en tradiciones griegas de «dejar a los bárbaros fuera de la muralla» se recalca convincentemente en Crow, en *Stud. Militär-grenzen Roms* III (1986) 724 ss. Tres obras ambiciosas, dos de ellas muy recientes, tiene mucho que decir sobre la política romana de fronteras: E. N. Luttwak, *The Grand Stra-*

tegy of the Roman Empire (Baltimore-Londres, 1976); B. Isaac, *The Limits of Empire. The Roman Army in the East* (Oxford, 1990); Whittaker, *Frontiers* (1994). Sólo el último ofrece abundantes datos sobre Adriano, aunque no me convence de manera especial. Véase también E. L. Wheeler, «Methodological limits and the mirage of Roman strategy», en *Journal of Military History* 57 (1993) 7-41, 215-240, una reseña detallada de Isaac y Whittaker (en su primera edición, en francés), y compara su obra con la de Luttwark. Whittaker responde en parte en Kennedy (ed.), *Roman Army* (1996) 25 ss. Ver también *supra*, notas 10 y 18 al capítulo 11.

13. Sobre los «gobernadores» consulares en Italia, Eck, *Historiae Aug. Coll.* n.s. 1 (1991) 183 ss. — *cursus honorum*: según Syme, «Hadrian and the Senate», en *Athenaeum* 62 (1984) 31-60 *RP IV* (1988) 295 ss., en 51 ss. = 316 ss. Al parecer, se pensó en otros dos hombres como *cos. II ord.*, P. Metilio Nepote para el año 128 (*PIR² M* 545) y C. Julio Próculo, quizá para el 134, *supra*, nota 22 al capítulo 12, nota 4 al capítulo 21. Y, sobre la cuestión de los cónsules «orientales», A. R. Birley, «Hadrian and Greek senators», en *ZPE* 116 (1997) 225 s. — miembros del orden ecuestre *ab epist.* etcétera: *HA Had.* 22.8, véase Callu *et al.*, *ad loc.* — *advocatus fisci*: *HA Had.* 20.6; *AE* 1975. 408. — Adriano como «reformador»: p. ej., Hirschfeld, *Kais. Verw.* (1905) 476 ss.

14. Véase la juiciosa moderación de Crook, *Consilium* (1955), capítulo 5 y apéndice 3. — edicto: *ILS* 8973; Víctor, *Caes.* 19.2; Eutropio 8.17, etcétera—*HA*: en especial *Had.* 8.8-9; 18.1-11; 22.1-8. — rescriptos: F. Pringsheim, «The legal policy and reforms of Hadrian», en *JRS* 24 (1934) 139-153, en 146. El artículo de Pringsheim es uno de los muchos que atribuyen a Adriano iniciativas legales de largo alcance. Véase en especial d'Orgeval, *Hadrien* (1950) y (con más reservas) A. D'Ors, «La signification de l'oeuvre d'Hadrien dans l'histoire du droit romain», en *Les empereurs romains d'Espagne* (París, 1965) 147-168. Véase la reseña crítica de d'Orgeval escrita por W. Kunkel, *Gnomon* 24 (1952) 486-491 (reed. en *id.*, *Kleine Schriften* (Weimar, 1974) 602-607). Kunkel, en su obra *Herkunft und soziale Stellung der römischen Juristen* (Weimar 1952) 291 ss., niega igualmente la gran importancia atribuida a una «reforma» del *consilium principis*, al edicto y a los rescriptos. — *Latium maius*: Gaio, *Inst.* 1.96; atestiguado por *ILS* 6.780 (Gigtis) e, indirectamente, 6.781 (Tisiduo), de los reinados de Pío y Adriano, respectivamente; véase Sherwin-White, *Citizenship* (1973) 255 s. Véanse también pp. 266-267, 434 (nota 7), *supra*.

15. Dión: 69.5.2-3; 10.1. — *HA*: 19.2 véase 20.4-5. — *Epit. de Caes.*: 14.4-5. — Frontón: *Princ. Historiae* 11, p. 209 Van den Hout. — Atenas: Dión 69.16.1-2; *HA Had.* 13.6; 19.3; 20.4; Pausanias 1.3.2. — Roma: *HA Had.* 19.9-13. La Dra. Susan Walker me informa de que M. T. Boatwright está proyectando una monografía sobre las construcciones de Adriano en las provincias, una empresa colosal. Una obra así sería un precioso complemento al libro de Boatwright, *Hadrian and the City of Rome* (1987). Sobre un aspecto de la actividad de Adriano como restaurador o «fundador» de ciudades griegas, véase Follet, en Létoublon (ed.), *Colloque Chantraine* (1992) 241 ss.

16. Véase *supra* las diversas aportaciones de Zahrnt, en especial *ANRW* 2.10.1 (1989) 669 ss., y en Olshausen y Sonnabend (eds.), *Kolloquium* (1991) 463 ss.

17. Tertuliano: *Apol.* 5.7, *omnium curiositatum explorator*. *curiositas* tiene un sentido peyorativo, véase Tertuliano, *Idol.* 9; 10.9. — Juliano: *Caes.* 311 CD. — *HA: Had.* 17.8; 26.5. — *Epit. de Caes.* 14.6; *HA Had.* 14.11 ofrece, sin duda, una versión distinta sobre el mismo asunto. — Dión: 69.2.5 (benignidad); 3.23 (ambición, celos); 5.1 (severidad [...] habilidad).

18. Sinesio, *Ep.* 148; *De Regno*, en especial 13 s. — Un emperador viajero acompañado de un numeroso séquito imponía, ciertamente, fuertes gastos a todas las localidades que visitaba. Pero, en realidad, eso significaba que los ricos gastaban, sin duda, en obras públicas en beneficio de todos. Sea como fuere, Adriano realizó en muchos casos desembolsos de los fondos imperiales. Otra cosa es si se puede llamar a eso—y también, por ejemplo, a sus deducciones fiscales del 118 d.C. (véase *supra* 132 s. y nota 16)—«política económica adriánica». En el presente estudio he tenido que dejar de lado un gran número de aspectos que podrían haber sido analizados bajo este epígrafe—no he dicho ni una palabra, por ejemplo, sobre la *lex metallis dicta* de Vipasca (Sm. 439 s.).—Al fin y al cabo, los temas tratados por las biografías tienen un límite.

APÉNDICE A LA REEDICIÓN INGLESA EN RÚSTICA

1. G. Alföldy, «Bricht der Schweigsame sein Schweigen?», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts (Röm. Abt.)* 102 (1995) 252-268, ha identificado una parte de la inscripción funeraria de Tácito. Se reproduce en *AE* 1995. 92 y aparecerá en el próximo fascículo del *CIL* VI como la inscripción n.º 41.106. El nombre completo del historiador y su carrera se analizan más en detalle a la luz de este dato en A. R. Birley, «The life and death of Cornelius Tacitus», en *Historia* 49 (2000) 230-247, donde se defiende también que la composición de sus *Anales* se llevó a cabo principalmente en tiempos de Adriano.

2. Una lápida fragmentaria descubierta en Vindolanda en mayo de 1997 podría arrojar más luz sobre los problemas surgidos en Britania al comienzo del reinado de Adriano. La lápida conmemora a un centurión llamado *T. Ann[ius?...]*, probablemente comandante en funciones de la guarnición de Vindolanda, [*coh. I*] *Tungr[orum]*, «muerto en la guerra», *in bell[o [...] inter]fectus*. Ver A. R. Birley, «A new tombstone from Vindolanda», en *Britannia* 29 (1998) 299-306; y «A new governor of Britain (20 August 127): L. Trebius Germanus», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 124 (1999) 243-248; véase también W. Eck y E. Paunov, «Ein neues Militärdiplom für die Auxiliartruppen von Germania inferior aus dem Jahr 127», en *Chiron* 27 (1997) 335-354 (ambos diplomas fueron emitidos el 20 de agosto).

3. W. Eck, «The Bar Kokhba revolt: the Roman point of view», en *Journal of Roman Studies* 89 (1999) 76-89, demuestra que la guerra se prolongó hasta el 136 d.C. (pues no hay pruebas de que Adriano tomara el título de *imperator II* antes del final del año 135); que las bajas romanas fueron muy superiores a lo que se pensaba anteriormente; y que el gobernador de Arabia, Haterio Nepote, tuvo una función mucho más

amplia de lo que se ha reconocido, pues su recompensa de un triunfo honorario se debió a esta campaña y no a acciones posteriores realizadas en Panonia.

4. Sobre Adriano y los griegos, ver también ahora E. Calandra, *Oltre la Grecia. Alle origini del filellenismo di Adriano* (Perugia, 1996), que no pude consultar antes de enviar mi libro a la imprenta. A. J. S. Spawforth me informa amablemente de que está a punto de publicar un nuevo estudio, ver ahora su artículo «The Panhellenion again», en *Chiron* 29 (1999) 339-352.

5. La política de Adriano en un frente amplio se analiza en M. T. Boatwright, *Hadrian and the Cities of the Roman Empire*, Princeton, 2000. X. Dupuis, «Nouvelles promotions municipales de Trajan et d'Hadrien à propos de deux inscriptions récemment publiées», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 93 (1992) 123-131, esp. 129 s., llama la atención sobre otras dos concesiones de estatuto municipal por parte de Adriano (a Avitina y T[h]apso) en África, que no tuve en cuenta en el capítulo 17.

BIBLIOGRAFÍA

La siguiente lista contiene sobre todo, aunque no exclusivamente, obras citadas más de una vez en las notas. Los títulos de libros y publicaciones periódicas abreviados en las notas se dan aquí completos.

- ALFÖLDY, G., *Die Legionslegaten der römischen Rheinarmeen*, *Epigraphische Studien* 3, Graz-Colonia, 1967.
- , *Fasti Hispanienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den spanischen Provinzen*, Wiesbaden, 1969.
- , *Noricum*, Londres, 1974.
- , *Konsulat und Senatorenstand unter den Antoninen*, Bonn, 1977.
- , *Römische Heeresgeschichte. Beiträge 1962-1985*, Amsterdam, 1987.
- , *Tarraco*, Tarragona, 1991.
- , «La Pannonia e l'Impero Romano», en G. Hajnóczy (ed.), *La Pannonia e l'Impero Romano*, Roma, 1994, 25-40.
- AMELING, W., *Herodes Atticus*, 2 vols., Hildesheim, 1983.
- ANDRÉ, J.-M., «Hadrien littérateur et protecteur des lettres», en *ANRW* 2.34.1 (1993) 583-611.
- APPLEBAUM, S., *Prolegomena to the Study of the Second Jewish Revolt (AD 132-135)*, *British Archaeological Reports ser. suppl.* 7, Oxford, 1976.
- , *Jews and Greeks in Ancient Cyrene*, Leiden, 1979.
- AYMARD, J., *Essai sur les chasses romaines des origines à la fin du siècle des Antonins*, Paris, 1951.
- BAATZ, D., «Zur Grenzpolitik Hadrians in Obergermanien», en E. Birley, B. Dobson y M. C. Jarrett (eds.), *Roman Frontier Studies* 1969, Cardiff, 1974, 112-124.
- BALDWIN, B., «Hadrian's death in the *Historia Augusta*», *Gymnasium* 90 (1983), 546.
- , «Hadrian's character traits», *Gymnasium* 101 (1994), 455-456.
- BARNES, T. D., «Hadrian and Lucius Verus», en *Journal of Roman Studies* 57 (1967), 65-79.
- , *The Sources of the Historia Augusta*, Bruselas, 1978.
- , «Trajan and the Jews», en *Journal of Jewish Studies* 40 (1989) 145-162.
- , «Emperors on the move», en *Journal of Roman Archaeology* 2 (1989), 247-261.
- BASLEZ, M. F., «La famille de Philopappos de Commagène, un prince entre deux mondes», en *Dialogues d'histoire ancienne* 18 (1992) 89-101.

- BEAUJEU, J., *La religion romaine à l'apogée de l'empire I. La politique religieuse des Antonins* (96-192), París, 1955.
- BELLEN, H., «Die Weltreichsidee des Kaisers Hadrian», en *Forschungsmagazin der Johannes Gutenberg-Universität Mainz* 2 (1986) 5-16.
- BENARIO, H. W., *A Commentary on the Vita Hadriani in the Historia Augusta*, Chico, Cal., 1980.
- BENJAMIN, A. S., «The altars of Hadrian in Athens and Hadrian's Panhellenic Program», en *Hesperia* 32 (1963) 57-86.
- BERNARD, A. Y E. BERNARD, *Les inscriptions du Colosse de Memnon*, París, 1960.
- BERNIER, Y., «Génèse et fortune littéraire des *Mémoires d'Hadrien*», en *Cahiers d'études anciennes* 21 (1988) 7-25.
- BESSONE, L., «Floro: un retore storico e poeta», en *ANRW* 2.34.1 (1993) 80-117.
- BIRLEY, A. R., «Roman frontiers and Roman frontier policy: some reflections on Roman imperialism», en *Transactions of the Architectural and Archaeological Society of Durham and Northumberland* 3 (1974) 13-25.
- , *Lives of the Later Caesars, The First Part of the Augustan History, with Newly Compiled Lives of Nerva and Trajan*, Harmondsworth, 1976.
- , *The Fasti of Roman Britain*, Oxford, 1981.
- , *Marcus Aurelius. A Biography*, 2.^a ed., Londres, 1987.
- , «Hadrian's farewell to life», en *Laverna* 5 (1994) 176-205.
- , «Indirect means of detecting Marius Maximus», en *Historiae Augustae Colloquia*, n.s. III, *Colloquium Maceratense* 1992, Bari, 1995, 57-74.
- , «Marius Maximus the consular biographer», en *ANRW* II.34.3 (1997) 2.678-2.757.
- , «Hadrian and Greek senators», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 116 (1997) 209-245.
- BIRLEY, E., *Roman Britain and the Roman Army*, Kendal, 1953.
- , «Hadrianic frontier policy», en E. Swoboda (ed.), *Carnuntina*, Graz-Colonia, 1956, 25-33.
- , *Research on Hadrian's Wall*, Kendal, 1961.
- , *The Roman Army. Papers 1929-1986*, Amsterdam, 1988.
- BIRLEY, R., *Vindolanda. The Early Wooden Forts I*, Bardon Mill, 1994.
- BLYTH, P. H., «Apollodorus of Damascus and the *Poliorectica*», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 33 (1992) 127-158.
- BOATWRIGHT, M. T., *Hadrian and the City of Roma*, Princeton, 1987.
- , «Hadrian and the Italian cities», en *Chiron* 19 (1989) 235-271.
- BOER, W., den «Religion and literature in Hadrian's policy», en *Mnemosyne* 8 (1955) 123-144.
- , «Trajan's deification and Hadrian's succession», en *Ancient Society* 6 (1975) 203-212.
- BOLLANSÉE, J., «P. Fay. 19, Hadrian's Memoirs, and imperial epistolary autobiography», en *Ancient Society* 25 (1994) 279-302.
- BONNEAU, D., *La crue du Nil*, París, 1964.
- , *Le fisc et le Nil*, París, 1971.

- BOSWORTH, A. B., «Arrian and Roma: the minor works», *ANRW* 2.34.1 (1993) 226-275.
- BOWERSOCK, G. W., *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969.
- , *Roman Arabia*, Cambridge, Mass.-Londres, 1983.
- , «Augustus and the east: the problem of the succession», en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus: Seven Aspects*, Oxford, 1984, 169-188.
- , «Hadrian and *metropolis*», en *BHAC* 1982/3 (1985) 75-88.
- BOWERSOCK, G. W., C. HABICHT, y C. P. JONES, «Epigraphica Asiae Minoris rapta aut obruta», en *American Journal of Philology* 108 (1987) 699-706.
- BOWIE, E. L., «Greek poetry in the Antonine age», en D.A. Russell (ed.), *Antonine Literature*, Oxford, 1990, 53-90.
- BOWMAN, A. K. y J. D. THOMAS, *The Vindolanda Writing Tablets. Tabulae Vindolandes II*, Londres, 1994.
- BRAUNERT, H., «Das Athenaeum zu Rom bei den SHA», en *BHAC* 1963 (1964) 9-40.
- BREEZE, D. J., «The frontier in Britain, 1984-1989», en V. A. Maxfield y M. J. Dobson (eds.), *Roman Frontier Studies* 1989, Exeter, 1991, 35-43.
- BREEZE, D. J. y B. DOBSON, *Hadrian's Wall*, Londres, 3.^a ed., 1987.
- BRUGGESSER, P., «"Patience" d'un impatient. Hadrien à l'approche de la mort, de l'histoire Auguste à Marguerite Yourcenar», en *Historiae Augustae Colloquia*. n.s. 5, Bari, 1997, pp. 39-70.
- CABALLOS RUFINO, A., *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III)*, Écija, 1990.
- , *Aproximación a su historia de Itálica y los Italicenses*, Sevilla, 1994.
- CALDERINI, A., *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano* I 1, Milán, 1935; I 2, Madrid, 1966.
- CALLU, J. P., A. GADEN, y O. DESBORDES, *Histoire Auguste* I 1. *Introduction générale, Vies d'Hadrien, Aelius, Antonin*, París, 1992.
- CAMERON, ALAN, «"Poetae novelli"», en *Harvard Studies in Classical Philology* 84 (1980) 127-175.
- CAMPBELL, D. B., «A Chinese puzzle for the Romans», *Historia* 28 (1989) 371-376.
- CANTARELLI, L., «Gli scritti latini di Adriano imperatore», en *Studi e documenti di storia e diritto* 19 (1898) 113-170.
- CARANDINI, A., *Vibia Sabina. Funzione politica, iconografia e il problema del classicismo adrianeo*, Roma, 1969.
- CARCOPINO, J., «L'héritié dynastique chez les Antonins», en *Revue des études anciennes* 51 (1949) 262-321 (reed. en *id.*, *Passion et politique chez les Césars*, París, 1958, 143-222).
- CARNEY, T. F., «The political legends on Hadrian's coinage. Policies and problems», en *Turtle* 6 (1967) 291-303.
- , «How Suetonius' *Lives* reflect on Hadrian», en *Proceedings of the African Classical Association* 11 (1968) 7-24.
- CARTLEDGE, P. A. y A. J. S. SPAWFORTH, *Hellenistic and Roman Sparta. A Tale of Two Cities*, Londres, 1989.

- CASCOU, J., «La politique municipale de Roma en Afrique du Nord I. De la mort d'Auguste au début du III^e siècle», en *ANRW* 2.10.2 (1982), pp. 136-229.
- CASSEND, J.-M. y M. JANON, «La colonne d'Hadrien à Lambèse», en *Bulletin d'archéologie algérienne* 7.1 (1977-1979) 239-258.
- CASTRITIUS, H., «Der Phoinix auf den Aurei Hadrians und Tacitus *Annalen* VI 28», en *Jahrbuch für Numismatik und Geldgeschichte* 14 (1964) 89-95.
- CAZZANIGA, I., «Il *tetracharmacum* cibo adrianeo (*HA Spart.*, Vit. Hadr. 21,4, Vit. Ael. 5,4 e Philod. *P. Herc.* 1005, IV 10). Esegesi e critica testuale», en *Poesia latina in frammenti*, Génova, 1974, 359-366.
- CHAMPLIN, E., «Hadrian's heir», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 21 (1976) 78-89.
- , *Fronto and Antonine Roma*, Cambridge, Mass., 1980.
- , «*Figlinae Marcianae*», en *Athenaeum* 71 (1983) 257-264.
- , «The glass ball game», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 60 (1985) 151-163.
- CIZEK, E., «L'éloge de C. Avidius Nigrinus chez Tacite et le "complot" des consulaires», *Bulletin de l'association G. Budé* 3 (1980) 279-294.
- CLARIDGE, A., «Hadrian's Column of Trajan», en *Journal of Roman Archaeology* 6 (1993) 5-22.
- COTTON, H. M., «The archive of Salome Komaise daughter of Levi: another archive from the "Cave of Letters"», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 105 (1995) 171-207.
- COTTON, H. M., W. H. COCKLE, y F. G. B. MILLAR, «The papyrology of the Roman Near East: a survey», en *Journal of Roman Studies* 85 (1995) 214-235.
- CRAMER, F. H., *Astrology in Roman Law and Politics*, Filadelfia, 1954.
- CROOK, J. A., *Consilium principis*, Cambridge, 1955.
- CROW, J. G., «The function of Hadrian's Wall and the comparative evidence of Late Roman Long Walls», en *Studien zur Militärgrenzen Roms III* (13. Internationaler Limeskongress Aalen 1983), Stuttgart, 1986, 724-729.
- , «Construction and reconstruction in the central sector of Hadrian's Wall», en V. A. Maxfield y M. J. Dobson (eds.), *Roman Frontier Studies* 1989, Exeter, 1991, 44-47.
- , «A review of current research on the turrets and curtain of Hadrian's Wall», *Britannia* 22 (1991) 51-63.
- DANIELS, C. M. (ed.) J. C. BRUCE, *Handbook to the Roman Wall* 13.^a ed., Newcastle upon Tyne, 1978.
- , «Africa», en J. S. Wachter (ed.), *The Roman World*, Londres, 1987, 223-265.
- , *The Eleventh Pilgrimage of Hadrian's Wall*, Newcastle upon Tyne, 1989.
- DAVIES R. W., «Fronto, Hadrian and the Roman army», en *Latomus* 27 (1968) 75-95.
- DEVIJVER, H., *Prosopographia militarium equestrium*, 5 vols., Lovaina, 1976-1993.
- DOBSON, B., *Die Primipilares. Entwicklung und Bedeutung, Laufbahnen und Persönlichkeiten eines römischen Offiziersranges*, Bonn, 1978.
- , «The function of Hadrian's Wall», en *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 14 (1986) 1-30.

- DOBSON, B. y P. R. HILL, «The design of Hadrian's Wall and its implications», en *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 20 (1992) 27-52.
- D'ORGEVAL, B., *L'empereur Hadrien. Oeuvre législative et administrative*, París, 1950.
- DREW-BEAR, T. y F. RICHARD, «Hadrien et Erastos, naoclère d'Ephèse», en Y. Le Bohec (ed.), *L'Afrique, la Gaule, la religion à l'époque romaine. Mélanges à la mémoire de M. Le Glay*, Bruselas, 1994, 742-751.
- DRIJVERS, H. J. W., «Hatra, Palmyra and Edessa», en *ANRW* 2.8 (1977) 799-906.
- DÜRR, J., *Die Reisen des Kaisers Hadrian*, Viena, 1881.
- ECK, W., «Hadrian als *pater patriae* und die Verleihung des Augustatitels an Sabina», en G. Wirth (ed.), *Romanitas-Christianitas. Festschrift J. Straub*, Berlín, 1982, 217-229.
- , «Jahres- und Provinzialfasten der senatorischen Statthalter von 69/70 bis 138/9», en *Chiron* 12 (1982) 281-362; 13 (1983) 147-237.
- , *Die Statthalter der germanischen Provinzen*, Bonn, 1985.
- , «Die italischen *legati Augusti pro praetore* unter Hadrian und Antoninus Pius», en *Historiae Augustae Colloquia*, n.s. I Coll. Parisinum 1990, Macerata, 1991, 183-195.
- , «Q. Marcius Turbo in Niedernäsen», en *Klassisches Altertum, Spätantike und frühes Christentum. Festschrift A. Lippold*, Würzburg, 1993, 247-255.
- , (ed.) *Prosopographie und Sozialgeschichte. Studien zur Methodik und Erkenntnismöglichkeit der kaiserzeitlichen Prosopographie. Kolloquium Köln 24.-26. November 1991*, Colonia, 1993.
- , «Überlieferung und historische Realität: ein Grundproblem prosopographischer Forschung», en Eck (ed.), *Prosopographie und Sozialgeschichte* (1993) 365-396.
- ECK, W. y M. M. ROXAN, «Two new military diplomas», en R. Frei-Stolba y M. A. Speidel (eds.), *Römische Inschriften - Neufunde, Neulesungen und Neuinterpretationen. Festschrift H. Lieb*, Basilea, 1995, 55-99.
- FITZ, J., *Die Verwaltung Pannoniens in der Römerzeit IIII*, Budapest, 1993-1994.
- FOERSTER, G., «A cuirassed bronze statue of Hadrian», en *Atiqot* (serie inglesa) 17 (1985) 139-157.
- FOLLET, S., *Athènes au II^e et au III^e siècle. Études chronologiques et prosopographiques*, París, 1976.
- , «Hadrien ktistès kai oikistès: lexicographie et realia», en F. Létoublon (ed.), *La langue et les textes en grec ancien: actes du colloque Pierre Chantraine*, Amsterdam, 1992, 241-254.
- , «Lettres d'Hadrien aux épicuriens d'Athènes (14.2.-14.3.125): SEG III 226 + IG II² 1097», en *Revue des études grecques* 107 (1994), en 158-171.
- FRANKE, T., *Die Legionslegaten der römischen Armee in der Zeit von Augustus bis Traian*, 2 vols., Bochum, 1991.
- FRANKFURTER, D., «Lest Egypt's city be deserted: religion and ideology in the Egyptian response to the Jewish revolt (116-117 C.E.)», *Journal of Jewish Studies* 43 (1992) 203-220.

- GAGÉ, J., «"Italica adlectio": A propos de certaines formes du "ius Italicum" en Espagne en temps de Trajan», en *Revue des études anciennes* 71 (1969) 65-84.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., «La Itálica de Adriano», en *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 1965, 7-26.
- GARZETTI, A., «Floro e l'età adrianea», en *Athenaeum* 42 (1964) 136-156.
- GEAGAN, D. J., «Roman Athens: Some aspects of life and culture», en *ANRW* 2.7.1 (1979) 375-437.
- GERGEL, R. A., «The Tel Shalem Hadrian reconsidered», en *American Journal of Archaeology* 95 (1994) 231-51.
- GEVA, H., «The camp of the Tenth legion in Jerusalem», en *Israel Exploration Journal* 34 (1984) 239-248.
- GICHON, M., «The Bar Kochba war - a colonial uprising against imperial Roma», en *Revue internationale d'histoire militaire* 42 (1979) 82-97.
- , «New insight into the Bar Kokhba war and a reappraisal of Dio Cassius 69.12-13», en *Jewish Quarterly Review* 77 (1986) 15-43.
- GRAINDOR, P., *Athènes sous Hadrien*, El Cairo, 1934.
- GRASSL, H., «Arrian im Donauraum», en *Chiron* 12 (1982) 245-252.
- GRAY, W. D., «A study of the life of Hadrian prior to his accession», en *Smith College Studies in History* 4.3, Northampton, Mass., 1919, 139-209.
- GREGOROVIVUS, F., *Der Kaiser Hadrian. Gemälde der römisch-hellenischen Welt zu seiner Zeit*, Stuttgart, 2.^a ed., 1884; trad. al inglés de M. E. Robinson, Londres, 1898.
- GRENIER, J.-C., «La décoration statuaire du "Sérapeum" du "Canope" de la Villa Adriana. Essai de reconstitution et d'interprétation», en *Mélanges de l'Ecole française de Rome—Antiquité* 101 (1989) 925-1.019.
- GRENIER, J.-C. y F. COARELLI, «Le tombe d'Antinous à Rome», en *ibid.* 98 (1986) 217-253.
- GREPPO, J.-G.-H. *Mémoire sur les voyages de l'Empereur Hadrien et sur les médailles qui s'y rapportent*, París, 1842.
- GRIFFIN, M. T., «The Elder Seneca and Spain», en *Journal of Roman Studies* 62 (1972) 1-19.
- GRIMM, G., «Paulina und Antinous. Zur Vergöttlichung der Hadrianschwester in Ägypten», en *Das antike Rom und der Osten. Festschrift K. Parlasca*, Erlangen, 1990, 33-44.
- GUARDUCCI, M., «Adriano e i culti misterici della Grecia», en *Bulletino del Museo dell'Impero Romano* 12 (1941) 149-158.
- , «La religione di Adriano», en *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 1965, 209-219.
- GUEY, J., «28 janvier 98-28 janvier 198, ou le siècle des Antonins», en *Revue des études anciennes* 50 (1948) 60-70.
- GUTSFELD, A., *Römische Herrschaft und einheimischer Widerstand in Nordafrika*, Stuttgart, 1989.
- HABICHT, C., *Die Inschriften des Asklepieion. Pergamon VIII* 3, Berlin, 1969.
- HAHLAND, W., «Ebertöter Antinous-Androclus», en *Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Instituts* 41 (1954) 54-77.

- HALFMANN, H., *Die Senatoren aus dem östlichen Teil des Imperium Romanum bis zum Ende des 2. Jh. n. Chr.*, Gotinga, 1979.
- , *Itinera Principum. Geschichte und Typologie der Kaiserreisen im römischen Reich*, Stuttgart, 1986.
- HANNESTAD, N., «Über das Denkmal des Antinous. Topographische und thematische Studien im Canopus-Gebiet der Villa Adriana», en *Analecta Romana Instituti Danici* 11 (1983) 69-108.
- HENDERSON, B. W., *The Life and Principate of the Emperor Hadrian AD 76-138*, Londres, 1923.
- HERR, M. D., «Persecutions and martyrdoms in Hadrian's days», en *Scripta Hierosolymitana* 23 (1972) 85-125.
- HILL, P. R., «Hadrian's Wall: some aspects of its execution», en *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 19 (1991) 33-39.
- HIRSCHFELD, O., *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diokletian*, 2.^a ed., Berlín, 1905.
- HODGSON, J., *History of Northumberland* II 3, Newcastle upon Tyne, 1840.
- HOFFMANN, I., «Der bärtige Triumphator», en *Festschrift W. Helck*, Hamburg, 1984, 585-591.
- ISAAC, B., «Roman colonies in Judaea: the foundation of Aelia Capitolina», en *Talanta* 12-13 (1980-1981) 31-54.
- , «Cassius Dio on the revolt of Bar Kokhba», en *Scripta Classica Israelica* 7.
- ISAAC, B., «Roman colonies in Judaea: the foundation of Aelia Capitolina», en *Talanta* 12-13 (1980-1981) 31-54.
- , «Cassius Dio on the revolt of Bar Kokhba», en *Scripta Classica Israelica* 7. (1983/1984) 68-76.
- ISAAC, B. Y A. OPPENHEIMER, «The revolt of Bar Kokhba. Scholarship and ideology», en *Journal of Jewish Studies* 36 (1985) 33-60.
- ISAAC, B. Y I. ROLL, «Judaea in the early years of Hadrian's reign», en *Latomus* 38 (1979) 54-66.
- , «Legio II Traiana in Judaea», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 33 (1979) 149-156.
- JONES, B. W., *The Emperor Domitian*, Londres, 1992.
- JONES, C. P., *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.
- , *The Roman World of Dio Chrysostom*, Cambridge, Mass., 1978.
- , «The Olympieion and the Hadrianeion at Ephesos», en *Journal of Hellenic Studies* 113 (1993) 149-152.
- , «The Panhellenion», *Chiron* 26 (1996) 29-56.
- JONES, G. D. B., «The western extension of Hadrian's Wall: Bowness to Cardurnock», en *Britannia* 7 (1976) 236-243.
- , «The Solway frontier: interim report 1976-1981», en *Britannia* 13 (1982) 283-297.

- JONES, G. D. B. y J. H. LITTLE, «Coastal settlement in Cyrenaica», en *Journal of Roman Studies* 61 (1971) 64-79.
- KÄHLER, H., *Hadrian und seine Villa bei Tivoli*, Berlín, 1950.
- KARRAS-KLAPPROTH, M., *Prosopographische Studien zur Geschichte der Partherreiches auf der Grundlage antiker literarischen Überlieferung*, Bonn, 1988.
- KENNEDY, D. L. (ed.), *The Roman Army in the East*, Ann Arbor, 1996.
- KEPPIE, L. J. F., «The legionary garrison of Judaea under Hadrian», en *Latomus* 32 (1973) 859-864.
- , «The history and disappearance of the legion XXII Deiotariana», en A. Kasher, U. Rappaport y G. Fuks (eds.), *Greece and Rome in Eretz Israel*, Jerusalén, 1990, 54-61.
- KIENAST, D., «Hadrian, Augustus und die eleusinischen Mysterien», en *Jahrbuch für Numismatik und Geldgeschichte* 10 (1959-1960) 61-69.
- , «Zur Baupolitik Hadrians in Rom», en *Chiron* 10 (1980) 391-412.
- , *Römische Kaisertabelle. Grundzüge einer römischen Kaiserchronologie*, Darmstadt, 1990; 2.^a ed., 1996.
- , «Antonius, Augustus, die Kaiser und Athen», en *Klassisches Altertum, Spätantike und frühes Christentum. Festschrift A. Lippold*, Würzburg, 1993, 191-222.
- , *Kleine Schriften*, Aalen, 1994.
- KIERDORF, W., «Apotheose und postumer Triumph Trajans», en *Tyche* 1 (1986) 147-155.
- KNIBBE, D. y W. ALZINGER, «Ephesos vom Beginn der römischen Herrschaft in Kleinasien bis zum Ende der Principatszeit», en *ANRW* 2.7.2 (1980) 748-830.
- KORNEMANN, E., *Kaiser Hadrian und der letzte grosse Historiker von Rom*, Leipzig, 1905.
- LABROUSSE, M., «Note sur la chronologie du premier voyage d'Hadrien», en *Mélanges de la société toulousaine d'études classiques* 2 (1948) 125-147.
- LAMBERT, R., *Beloved and God. The Story of Hadrian and Antinous*, Londres, 1984.
- LEBEK, W. D., «Ein Hymnus auf Antinous», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 12 (1973) 101-137.
- LE BOHEC, Y., *La troisième légion Auguste*, París, 1989.
- LE CLAY, M., «Hadrien et Viator sur les champs de manoeuvre de Numidie», en *Mélanges d'histoire ancienne offerts à William Seston*, París, 1974, 277-283.
- , «Hadrien et l'Asklépieion de Pergamon», en *Bulletin de correspondance hellénique* 100 (1976) 347-372.
- LEPPER, F. A., *Trajan's Parthian War*, Oxford, 1948.
- LEVI, A. C., «Hadrian as King of Egypt», en *Numismatic Chronicle* 8 (1948) 30-40.
- LEVI, M. A., *Adriano Augusto. Studi e ricerche*, Roma, 1993.
- , *Adriano. Un ventennio di cambiamento*, Milán, 1994.
- LEWIS, N., *The Documents from the Bar Kokhba Period in the Cave of Letters. Greek Papyri*, Jerusalén, 1989.
- , «Hadriani sententiae», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 32 (1991) 267-280.

- , «Local provisioning of official visits», en *Bulletin of the American Society of papyrologists* 30 (1993), 29.
- LIGHTFOOT, C. S., «Trajan's Parthian War and the fourth-century perspective», en *Journal of Roman Studies* 80 (1990) 115-126.
- LONGDEN, R. P., «Notes on the Parthian campaigns of Trajan», en *Journal of Roman Studies* 21 (1931) 1-35.
- MACMULLEN, R., «Roman attitudes to Greek love», en *Historia* 31 (1982) 484-502.
- , «Hellenizing the Roman world (2nd century BC)», en *Historia* 40 (1991) 419-438.
- MANN, J. C., «The function of Hadrian's Wall», en *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 18 (1990) 51-54.
- MARICQ, A., «Classica et orientalia 6. La province d'«Assyrie» créée par Trajan. A propos de la guerre parthique de Trajan», en *Syria* 36 (1959) 257-260.
- MARIOTTI, I., «Animula vagula blandula», en *Studia Florentina* [...] A. Ronconi (Roma 1970) 233-249.
- , «Nota in margine ai poeti novelli», en *Munus amicitiae. Scritti in memoria di A. Ronconi* II, Florencia, 1988, 11-21.
- MARTIN, J.-P., «Hadrien et le phénix», en *Mélanges d'histoire ancienne offerts à William Seston*, Paris, 1974, 327-337.
- , *Providentia deorum. Recherches sur certains aspects religieux du pouvoir impérial romain*, Roma, 1982.
- MAXFIELD, V. A., «Hadrian's Wall in its imperial setting», en *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 10 (1990) 1-28.
- MERKELBACH, R. y E. SCHWERTHEIM, «Die Inschriften der Sammlung Necmi Tolunay in Banduma. II. Das Orakel des Ammon für Kyzikos», en *Epigraphica Anatolica* 2 (1983) 147-154.
- MERTEN, E., «Die Adoption Hadrians», en *Bonner Festgabe J. Straub*, Bonn, 1977, 247-259.
- METCALF, W. E., «Hadrian, Jovis Olympius», *Mnemosyne* 27 (1974) 59-66.
- , *The Cistophori of Hadrian*, Nueva York, 1980.
- MEYER, H., *Antinoos. Die archäologischen Denkmäler unter Einbeziehung des numismatischen und epigraphischen Materials sowie der literarischen Nachrichten. Ein Beitrag zur Kunst- und Kulturgeschichte der hadrianisch-frühantoninischen Zeit*, Munich 1991.
- , *Der Obelisk des Antinoos. Eine kommentierte Edition*, Munich, 1994.
- MICHELOTTO, P. G., «Sul responso oracolare in SHA vita Hadriani 2,9», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 113 (1979) 324-338.
- , «Intorno a Serviano cognato e vittima dell'imperatore Hadriano», en *Studi C Gatti*, Turín, 1987, 143-192.
- MILDENBERG, L., *The Coinage of the Bar Kokhba War*, Frankfurt, 1984.
- MILLAR, F., «Epictetus and the imperial court», en *Journal of Roman Studies* 55 (1965) 141-148.
- , *The Emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)*, Londres, 1977.
- , *The Roman Near East 31 BC-AD 337*, Londres, 1993.

- MITCHELL, S., «Population and the land in Roman Galatia», en *ANRW* 2.7.2 (1980) 1.053-1.081.
- , «Imperial Roman building in the eastern Roman provinces», en *Harvard Studies in Classical Philology* 91 (1987) 333-365.
- MÓCSY, A., *Pannonia and Upper Moesia*, Londres, 1974.
- MONTEVECCHI, O., «Adriano e la fondazione di Antinoopolis», en *Neronia IV. Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos*, Bruselas, 1990, 183-195.
- MOR, M., «The Bar-Kokhba revolt and non-Jewish participants», en *Journal of Jewish Studies* 36 (1985) 200-229.
- MYLONAS, G., *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton, 1961.
- NADEL, B., «Aspects of Emperor Hadrian's policy in the northern Black Sea area», en *Rivista Storica dell'Antichità* 12 (1982) 175-215.
- NÉMETH, M., «Roman military camps in Aquincum», en G. Hajnóczy (ed.), *La Pannonia e l'Impero Romano* (Roma 1994) 139-152.
- NESSERHAUF, H., «Hadrians Reskript an Minucius Fundanus», en *Hermes* 104 (1976) 348-361.
- NIERHAUS, R., «Hadrians Verhältnis zu Italica», en *Corolla memoriae E. Swoboda dedicata*, Graz-Colonia, 1966, 151-168.
- OLIVER, J. H., «Hadrian's precedent, the initiation of Philip II», en *American Journal of Philology* 71 (1950) 295-299.
- , *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri*, Filadelfia, 1989.
- OPPERMANN, M., «Bemerkungen zu einem Jagddenkmal des Kaisers Hadrian», en *Nikephoros* 4 (1991) 211-217.
- PEKÁRY, T., «Das Grab des Pompeius», en *BHAC* 1970 (1972) 195-198.
- PEROWNE, S., *Hadrian*, Londres, 1960.
- PERRET, L., *La titulature impériale d'Hadrien*, París, 1929.
- , *Essai sur la carrière d'Hadrien jusqu'à son avènement à l'Empire*, París, 1935.
- PERRY, B. E., *Secundus the Silent Philosopher*, Ithaca, 1964.
- PETRAKIS, N. L., «Diagonal earlobe creases, Type A behavior, and the death of Emperor Hadrian», en *Western Journal of Medicine* 132, enero de 1980, 87-91.
- PFLAUM, H.-G., *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1961; *Supplément*, París, 1982.
- , «Le règlement successoral d'Hadrien», en *BHAC* 1963 (1964) 95-122.
- , «La valeur de la source inspiratrice de la *vita Hadriani* et de la *vita Marci* à la lumière des personnalités contemporains nommément citées», en *BHAC* 1968/1969 (1970) 173-199.
- PIÉRART, M., «L'empereur Hadrien et Argos. Une dédicace partiellement inédite d'un temple d'Héra. (SEG XI, 340+)», en R. Frei-Stolba y M. A. Speidel (eds.), *Römische*

- Inschriften - Neufunde, Neulesungen und Neuinterpretationen. Festschrift H. Lieb*, Basilea, 1995, 7-16.
- PISO, I., *Fasti Provinciae Daciae I. Die senatorischen Amtsträger*, Bonn, 1993.
- PLEW, J., *Quellenuntersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrian*, Estrasburgo, 1890.
- PÓCZY, K., «La città di Aquincum sede del luogotenente della Pannonia Inferiore», en G. Hajnóczy (ed.), *La Pannonia e l'Impero Romano*, Roma, 1994, 221-231.
- POTTER, D. S., «The inscriptions on the bronze Herakles from Mesene: Volageses IV's war with Roma and the date of Tacitus' *Annales*», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 88 (1991) 277-290.
- PREMERSTEIN, A. V., *Das Attentat der Konsulare auf Hadrian im J. 118 n. Chr.*, Klio Beih. 8, Leipzig, 1908.
- PRICE, S. R. F., *Rituals and Power. The Roman Imperial Cult in Asia Minor*, Cambridge, 1984.
- RAEPSAET-CHARLIER, M. -T., *Prosopographie des femmes de l'ordre senatorial (Ier-IIe siècles)*, Lovaina, 1987.
- RIDLEY, R. T., «The fate of an architect: Apollodorus of Damascus», en *Athenaeum* 77 (1989) 551-565.
- RITNER, R. K., «Horus on the crocodiles: a juncture of religion and magic in late dynastic Egypt», en W. K. Simpson (ed.), *Religion and Philosophy in Ancient Egypt*, New Haven, 1989, 103-116.
- RIVET, A. L. F., *Gallia Narbonensis. Southern Gaul in Roman Times*, Londres, 1988.
- ROBERT, L., *Études épigraphiques et philologiques*, París, 1938.
- , *Les gladiateurs dans l'Orient grec*, París, 1940.
- , «Documents d'Asie Mineure V-XVII», en *Bulletin de correspondance hellénique* 102 (1978) 395-543 (reed. en *id.*, *Documents d'Asie Mineure*, París, 1987, 91-239).
- , «Deux poètes grecs à l'époque impériale», en *Stèle Mélanges Kontoleon*, Athens, 1980, 1-20.
- , *À travers l'Asie Mineure*, París, 1980.
- , *Documents d'Asie Mineure*, París, 1987.
- ROXAN, M. M., *Roman Military Diplomas 1954-1977*, Londres, 1978, (I); 1978-1984, Londres, 1985, (II); 1985-1993, Londres, 1994, (III).
- SAJDAK, J., «Spór o Hadryanowe zegnanie ze swiatem», en *Eos* 20 (1914-1915) 147-158.
- , «Hadrians Abschied vom Leben», *Berliner Philologische Wochenschrift* 36 (1916) 765-767.
- SALOMIES, O., *Adoptive and Polyonymous Nomenclature in the Roman Empire*, Helsinki, 1992.
- SALWAY, P., *Roman Britain*, Oxford, 1981.
- SALZMANN, D., «Sabina in Palmyra», en *Festschrift N. Himmelmann*, Maguncia, 1989, 361-368.

- SCHÄFER, P., *Der Bar Kokhba Aufstand. Studien zum zweiten jüdischen Krieg gegen Rom*, Tübinga, 1981.
- , «Hadrian's policy in Judaea and the Bar Kokhba revolt: a reassessment», en P. R. Davies y R. T. White (eds.), *A Tribute to G. Vermes (Journal for the Study of the Old Testament ser. suppl. 100, 1990)* 281-303.
- SCHEID, J., *Le collège des frères Arvales. Étude prosopographique du recrutement (69-304)*, Roma, 1990.
- SCHILLER, A. A., «*Sententiae Hadriani de re militari*», en *Festgabe U. v. Lübtow*, Berlín, 1970, 295-306.
- , «“Alimenta” in the *Sententiae Hadriani*», en *Studi G. Grosso IV*, Turín, 1971, 402-415.
- , «*Sententiae et Epistulae Hadriani*: vindication of a text», en *La critica del testo: Atti del II. Congresso Int. della Soc. ital. di stor. di diritto*, Florencia, 1971, 717-727.
- SCHIPPMANN, K., *Grundzüge der Parthischen Geschichte*, Darmstadt, 1980.
- SCHLUMBERGER, J., *Die Epitome de Caesaribus*, Munich, 1974.
- SCHÖNBERGER, H., «The Roman frontier in Germany: an archaeological survey», en *Journal of Roman Studies* 59 (1969) 144-197.
- , «Die römischen Truppenlager der frühen und mittleren Kaiserzeit zwischen Nordsee und Inn», en *Bericht der römisch-germanischen Kommission* 66 (1985) 321-498.
- SCHÜRER, E., *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ (175 BCAD 135)*, I, ed. rev. por G. Vermes y F. Millar, Edimburgo, 1973.
- SCHULZ, A. y E. WINTER, «Zum Hadrianstempel von Kyzikos», en *Asia Minor Studien* 1, Bonn, 1990, 33-81.
- SCHULZ, O. T., *Leben des Kaisers Hadrian*, Leipzig, 1904.
- SCHUMACHER, L., *Prosopographische Untersuchungen zur Besetzung der vier hohen römischen Priesterkollegien im Zeitalter der Antonine und der Severer (96-235 n. Chr.)*, Maguncia, 1973.
- SCHWARTE, K. H., «Trajans Regierungsbeginn und der Agricola des Tacitus», *Bonner Jahrbücher* 179 (1979) 139-175.
- SCHWERTHEIM, E., «Zu Hadrians Reisen und Stadtgründungen in Kleinasien», *Epigraphica Anatolica* 6 (1985) 37-42.
- , *Inchriften griechischer Städte aus Kleinasien. Hadrianoi und Hadrianeia*, Colonia, 1987.
- SHERWIN-WHITE, A. N., *The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary*, Oxford, 1966.
- , *The Roman Citizenship*, 2.^a ed., Oxford, 1973.
- SIJPESTEIN, P. J., «A new document concerning Hadrian's visit to Egypt», *Historia* 18 (1969) 109-118.
- , «Another document concerning Hadrian's visit to Egypt», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 88 (1991) 89-90.
- SMALLWOOD, E. M., *Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian*, Cambridge, 1966.

- , *The Jews under Roman Rule*, Leyden, 1976.
- SPAWFORTH, A. J. S., «Balbilla, the Euryclids and memorials for a Greek magnate», *Annual of the British School at Athens* 73 (1978) 249-262.
- , «Sparta and the family of Herodes Atticus», *ibid.* 75 (1980) 203-220.
- SPAWFORTH, A. J. S. y S. WALKER, «The world of the Panhellenion. I. Athens and Eleusis», *Journal of Roman Studies* 75 (1985) 78-104.
- , «The world of the Panhellenion. II. Three Dorian cities», *ibid.* 76 (1986) 88-105.
- SPEIDEL, M. P., *Guards of the Roman Armies. An Essay on the Singulares of the Provinces*, Bonn, 1978.
- , «Swimming the Danube under Hadrian's eyes. A feat of the emperors' Batavi horse guard», en *Ancient Society* 22 (1991) 277-282.
- , *Riding or Caesar. The Roman Emperors' Horse Guard*, Londres, 1994.
- STEVENS, C. E., «Hadrian and Hadrian's Wall», en *Latomus* 14 (1955) 384-403.
- , *The Building of Hadrian's Wall*, Kendal, 1966.
- STRACK, P. L., *Untersuchungen zur römischen Reichsprägung des zweiten Jahrhunderts II. Die Reichsprägung zur Zeit des Hadrian*, Stuttgart, 1933.
- STROBEL, K., *Untersuchungen zu den Dakerkriege Trajans. Studien zur Geschichte des mittleren und unteren Donauraumes in der Hohen Kaiserzeit*, Bonn, 1984.
- , «Zu zeitgeschichtlichen Aspekten im "Panegyricus" des jüngeren Plinius: Trajan "Imperator invictus" und "novum ad principatum iter"», en J. Knappe y K. Strobell *Zur Deutung von Geschichte in Antike und Mittelalter*, Bamberger Hochschulschriften 11, Bamberg, 1985, 9-112.
- , «Die Jahre 117 bis 119 n. Chr., eine Krisenphase der römischen Herrschaft an der mittleren und unteren Donau», en *Studien zur Alten Geschichte. Festschrift S. Lauffer*, Roma, 1986, 905-967.
- , «Zu Fragen der frühen Geschichte der römischen Provinz Arabien und zu einigen Problemen der Legionsdislokation im Osten des Imperium Romanum zu Beginn des 2. Jh. n. Chr.», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 71 (1988) 251-280.
- STRUBBE, J. H. M., «Gründer kleinasiatischer Städte. Fiktion und Realität», en *Ancient Society* 15/17 (1984/1986) 253-304.
- SULLIVAN, R. D., «The dynasty of Commagene», en *ANRW* 2.8 (1977) 732-798.
- , «Dynasts in Pontus», en *ibid.* 2.7.2 (1980) 913-930.
- SWAIN, S., «Favorinus and Hadrian», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 79 (1989) 150-158.
- , «Plutarch, Hadrian and Delphi», en *Historia* 40 (1991) 318-330.
- , *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World AD 50-250*, Oxford, 1996.
- SYME, R., *Tacitus*, Oxford, 1958.
- , *Danubian Papers*, Bucarest, 1971.
- , *Roman Papers* III, Oxford, 1979; III (1984); IV-V (1988); VI-VII (1991).
- , *Historia Augusta Papers*, Oxford, 1983.

- TALBERT, R. J. A., *The Senate of Imperial Roma*, Princeton, 1984.
- TEJA, R., «Die römische Provinz Kappadokien in der Prinzipatszeit», en *ANRW* 2.7.2 (1980) 1.083-1.124.
- TEMPORINI, H., *Die Frauen am Hofe Trajans. Ein Beitrag zur Stellung der Augustae im Prinzipat*, Berlín-Nueva York, 1978.
- THOMASSON, B. E., *Laterculi praesidium* I, Gothenburg, 1984.
- TOYNBEE, J. M. C., *The Hadrianic School. A Chapter in the History of Greek Art*, Cambridge, 1934.
- TURCAN, R., «Les tondi sur l'arc de Constantin», *Comptes-Rendus de l'Académie des Inscriptions* (1991), 53-82.
- VAN DEN BROEK, R., *The Myth of the Phoenix*, Leyden, 1972.
- VAN DEN HOUT, M. P. J. (ed.), *M. Cornelii Frontonis Epistulae*, Leipzig, 1988.
- VAN GRONINGEN, B. A., «Preparatives to Hadrian's visit to Egypt», en *Studi A. Calderini R. Paribeni* II, Milán 1956, 253-256.
- VIDMAN, L., *Fasti Ostienses*, 2.^a ed., Praga, 1982.
- VOGT, J., *Die alexandrinischen Münzen*, Stuttgart, 1924.
- VOISIN, J.-L., «Apicata, Antinous et quelques autres. Notes d'épigraphie sur la mort volontaire à Rome», en *Mélanges de l'École française de Rome - Antiquité* 99 (1987) 257-280.
- , «Antinous varius, multiplex, multiformis», en Y. Le Bohec (ed.), *L'Afrique, la Gaule, la religion à l'époque romaine. Mélanges à la mémoire de M. Le Glay*, Bruselas, 1994, 730-741.
- WALKER, S., «Bearded men», en *Journal of the History of Collections* 3 (1991) 265-277.
- WALLACE-HADRILL, A., *Suetonius. The Scholar and his Caesars*, Londres, 1983.
- WEBER, W., *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrianus*, Leipzig, 1907.
- , *Drei Untersuchungen zur ägyptischen-griechischen Religion*, Heidelberg, 1911.
- WEGNER, W., *Das römische Herrscherbild* II 3. *Hadrian Plotina Marciana Matidia Sabina*, Berlín, 1956.
- WEISS, P., «Hadrian in Lydien», en *Chiron* 25 (1995) 213-224.
- WESCHKLEIN, G., *Funus Publicum. Eine Studie zur öffentlichen Beisetzung und Gewährung von Ehrengräbern in Rom und den Westprovinzen*, Stuttgart, 1993.
- WHEELER, E. L., *Flavius Arrianus. A Political and Military Biography*, University Microfilms, Ann Arbor, 1977.
- , «The occasion of Arrian's *Tactica*», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 19 (1978) 351-366.
- WHITTAKER, C. R., *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study*, Baltimore, 1994.
- , «Where are the frontiers now?», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*, Ann Arbor, 1996, 25-42.
- WILLERS, D., *Hadrians panhellenisches Programm. Archäologische Beiträge zur Neugestaltung Athens durch Hadrian*, Basilea, 1990.

- WILLIAMS, W., «Individuality in the imperial constitutions: Hadrian and the Antonines», en *Journal of Roman Studies* 66 (1976) 67-83.
- WÖRRLE, M., «Ägyptisches Getreide für Ephesos», en *Chiron* 1 (1971) 325-340.
- , *Stadt und Fest im kaiserzeitlichen Kleinasien*, Munich, 1988.
- , «Neue Inschriftenfunde aus Aizanoi I», en *Chiron* 22 (1992) 337-376.
- WOOLLISCROFT, D. J., «Signalling and the design of Hadrian's Wall», *Archaeologia Aeliana*, 5.^a ser., 17 (1989) 5-19.
- YOURCENAR, M., *Les mémoires d'Adrien*, París, 1951; trad. inglesa de G. Frick, Londres, 1954. [Hay trad. cast.: *Memorias de Adriano*, Planeta Barcelona, 1998.]
- ZAHNNT, M., «Die Hadriansstadt in Athen», en *Chiron* 9 (1979) 393-398.
- , «Antinoopolis in Ägypten», en *ANRW* 2.10.1 (1988) 669-706.
- , «Vermeintliche Kolonien des Kaisers Hadrian», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 71 (1988) 229-249.
- , «Zum römischen Namen Augsburgs», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 72 (1988) 179-180.
- , «Die frühesten Meilensteine Britanniens und ihre Deutung», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 73 (1988) 195-159.
- , «Zahl, Verteilung und Charakter der hadrianischen Kolonien (unter besonderer Berücksichtigung von *Aelia Capitolina*)», en E. Olshausen y H. Sonnabend (eds.), *Stuttgarter Kolloquium zur historischen Geographie des Altertums* 2-3 (1984-1987) (Bonn, 1991) 463-486.
- ZIEGLER, R., «Zur Einrichtung des kilikischen *Koinon*. Ein Datierungsversuch», en *Studien zum antiken Kleinasien* III, Bonn, 1995, 183-186.
- , «Die Polis in der römischen Kaiserzeit: Selbstdarstellung und Rangstreitigkeiten», en G. Hödl y J. Grabmayer (eds.), *Leben in der Stadt. Gestern-heute-morgen*, Viena, 1995, 83-105.
- ZOEPPFEL, R., «Hadrian und Numa», en *Chiron* 8 (1978) 391-427.
- ZSIDI, P., «Aquincum - the capital of Pannonia Inferior. Topography of the civil town», en G. Hajnóczi (ed.), *La Pannonia e l'Impero Romano*, Roma, 1994, 213-20.

ÍNDICE

- Abgaro VII, 97, 99
 Acaliso, 333
 Acilio Attiano, P., 34, 84, 95, 107-108, 110-111, 116, 120, 124-125, 130, 357
 Acilio Glabrión, M., 46, 52, 89
 Adamancio, 218
 Adriano Afro, 30-32
 Afranio Burro, Sex., 30
 Agripa, M. Vipsanio, 150
 Agripa Póstumo, 129
 Akiba, rabí, 343-344
 Albucio Silón, 259
 Alcibiades, 200, 285-286, 303, 307, 321
 Alejandro Magno, 88, 93, 101-102, 106, 108, 174, 192, 216, 306
 Amasis, 311
 Amasaspó, 98
 Amenofis o Amenhotep III, 319
 Amiano Marcelino, 105
 Amílcar Barca, 28
 Amintas, 283
 Andreas, 103
 Androclo, 333
 Aníbal, 28, 40
 Aninio Sextio Florentino, 295
 Annio Galo, Ap., 79
 Annio Pitodoro, 231
 Annio Vero, M., 18, 31, 125, 127, 140-141, 149, 154-155, 167, 192, 228, 253, 260, 355, 367, 373-374
 Annio Vero, M., padre, 253
 Anquialo, 98
 Antígono II Dosón, 234
 Antígono de Nicea, 368
 Antímaco de Colofón, 225
 Antínoo, 235
 Antínoo, 17, 21-22, 24, 209, 234-235, 241, 276-277, 286, 307-308, 315-318, 320-323, 325, 330, 333-334, 337, 355, 360, 362, 364, 366, 372, 376, 382, 387
 Antíoco III el Grande, 89
 Antíoco IV Epífanés, 16, 89, 91, 239, 292-294, 320, 351
 Antíoco, príncipe de Comagene, 292
 Antistio Advento, Q., 268
 Antistio Rústico, L., 38
 Antonia Trifena, 214
 Antonino Pío, 18, 22, 27, 110, 140, 198, 258, 260, 267, 289, 357-358, 372-374, 376, 378, 383, 385
 Antonio, M., triunviro, 102
 Antonio Polemón de Esmirna, 19
 Antonio Saturnino, L., 37
 Apiano, 303
 Apolodoro de Damasco, 19, 71, 74, 82, 116, 151, 346, 348, 358-359
 Apolónide, 214
 Apolonio, 64
 Apolonio de Tiana, 260
 Apuleyo, 43, 250
 Aquilio Régulo M., 47
 Arbandes, 99-100
 Armonía, 325
 Arriano (L. Flavio Arriano), 19, 87-88, 96-97, 99, 102, 106, 161-162, 174, 205-207, 264, 273, 291, 307, 335-337, 364-365
 Arrio Antonio, 56, 373
 Arrio Clemente, C., 347
 Artemio, 104
 Aruleno Rústico, véase Junio Rústico
 Asandro, 206
 Atalo I de Pérgamo, 214, 283
 Atámbeo, 102
 Ateneo, 21, 312
 Atilio Agrícola, Q. Glicio, 68, 71-72
 Atilio Bradua, M., 79, 155, 167, 178, 201
 Atilio Ticiano, 374
 Attio Suburano, Sex., 60, 70, 86
 Augustal, esclavo, 43
 Augusto, emperador, 16, 20, 27-28, 36-37, 40-42, 50, 60, 67, 79, 81, 84, 90, 102, 108, 131-132, 135, 148-150, 155, 161-162, 178, 190-191, 194, 213, 224, 228, 231, 233, 235, 239-240, 243, 252, 259-260, 262, 275, 287, 290, 301, 325, 331, 359-360, 375
 Aulo Gelio, 251-253, 266

- Aurelio Antonino, T., *véase* Antonino Pío 366, 368-369, 372, 375-376, 378-379, 384, 386-387
- Aurelio Cómodo, L., 373
- Aurelio Fulvo Antonino, T., *véase* Antonino Pío
- Aurelio Fulvo, T., 39
- Aurelio Fulvo, T., 193, 373
- Aurelio Vero, M., 373
- Aurelio Víctor Sex., 21, 315-318, 326, 359, 366
- Ausidio Curiano, 50
- Autóbulo, 241
- Avidio Casio, 328
- Avidio Heliodoro, 147-148, 238, 252, 278, 307, 328, 357, 374
- Avidio Nigrino, C., 72-73, 88-90, 112, 119-122, 129, 218, 238, 256, 273, 367
- Avidio Quieto, 89, 255-256
- Axidares, príncipe de Partia, 93-94
- Áyax, 216, 303, 332
- Babata, 346
- Baco, 241
- Bar-Kojba, Simón, 17, 21, 342-347, 350, 353, 362
- Batnaya bar Meisa, 344
- Bayeno Blasiano, Q., 171
- Bebio Mácer, Q., 108, 140
- Bebio Masa, 43, 48-49
- Ben Aflul, 345
- Ben Kosiba, *véase* Simón Bar-Kojba
- Brocco, Elio, 180
- Brutio Presente, C., 95, 99, 108, 137, 204, 213, 228, 255, 374
- Cadmo, 325
- Cafisodoro, 234
- Calídro, 92
- Calígula, emperador, 163, 192
- Calisto, esclavo, 43
- Calpurnio Craso Frugi, C., 95-96, 108
- Calpurnio Flaco, C., 196, 202
- Calvencio Viátor, M., 119, 121, 273, 277, 296
- Calvencio Tulo Ruso, P., 80-81, 91
- Cambises, rey de Persia, 320
- Cándido, 183
- Caninio Céler, 278, 357, 370
- Caninio Rufo, 82
- Capitón, 125
- Caracalla, 176
- Carisio, 252
- Casio Dión, L., 18-19, 27, 33, 39, 52, 64, 67, 75, 77, 94-97, 100-104, 106-108, 111, 119, 122, 126, 130, 132, 136, 138-139, 144, 151, 154, 160-161, 188, 191-192, 197, 210, 214, 225-226, 237, 251, 260-261, 271, 278, 289, 295, 297, 299, 303, 306, 315, 317, 325, 330, 335, 337, 341-342, 346-351, 356, 358, 364, 366, 368-369, 372, 375-376, 378-379, 384, 386-387
- Caspio Eliano, 58, 60
- Catilio Severo, L., 96, 99, 103, 114, 137, 140, 209-210, 374
- Catón el Viejo, 35, 109, 132, 158, 246, 265
- Cecilio Clásico, 72
- Cecina Peto, C., 49
- Cefeo, rey de Mantinea, 235
- Celio Antipatro, 35, 109
- Celso Polemiano de Sardes, 226, 283
- Censorino, 313
- Censorio Corneliano, M., 348
- Censorio Níger, C., 162
- Cesernio Estaciano, C., 277, 286, 328-329, 349
- Ceyonia Fabia, 367, 373
- Ceyonio Cómodo L. (Lucio Elio César), 17-18, 120, 256, 366-367, 369-370, 373
- Cicerón, 35, 42, 109, 193, 246, 262, 266, 333, 379
- Cilnio Próculo, 68, 71
- Cimón, 90, 280, 332
- Cirro de Siria, 278
- Claudio, emperador, 36, 49, 51, 157, 214, 256
- Claudio Agripino, 142
- Claudio Ático, Herodes Ti., *véase* Herodes Ático (Ti. Claudio Ático Herodes)
- Claudio Balbilo, 292, 307, 318, 320
- Claudio Cándido Juliano, 253
- Claudio Cárax, A., 223
- Claudio César, 292
- Claudio Ciro, 115
- Claudio Cuartino, Ti., 197, 202-203
- Claudio Liviano, Ti., 70-71, 84, 95
- Claudio Máximo, Ti., 75, 368
- Claudio Paterno Clemenciano, 109, 162-163
- Claudio Severo, C., 95
- Claudio Sócrates, Ti., 219
- Claudio Timócrates, 243
- Cleopatra, 115
- Clístenes, 231, 324
- Clodio Sura, P., 78, 257
- Clodio Turrino, 42
- Cluvio Máximo Paulino, P., 275
- Cocceyo Nerva, M., 38, 54
- Codro de Atenas, 334
- Constantino I el Grande, 161, 360, 384
- Corbulón, Cn. Domicio, 157, 163
- Coridala, 333
- Corneliano, 271
- Cornelio Balbo, L., 28
- Cornelio Escipión Africano, P., 28, 40, 194
- Cornelio Escipión Emiliano, P., 45, 158-159
- Cornelio Fusco, 36
- Cornelio Latiniano, L., 137

- Cornelio Miniciano, 78
 Cornelio Nigrino, M., 36, 57
 Cornelio Palma, A., 60, 75, 86, 95, 105, 120, 140
 Cornelio Prisco, L., 146
 Cornelio Pulcro (Púlquer), Cn., 87, 233, 338, 370
 Cornelio Pusión, L., 38
 Cornelio Tácito, *véase* Tácito
 Cornelio Rufo, 56
 Cornulo Tertulo, 94
 Cosroes, rey de Partia, 92-94, 102-103, 109, 203, 282, 289
 Cosucio, 239
 Cotis II, 206, 211, 336
 Craso, M. Licinio, 102
 Cucia Prisca, 249
 Cuspio Camerino, L., 220
 Cuspio Pactumeyo Rufino, L., 220
- Darío, rey de Persia, 101
 Dasumia Pola, 80, 96, 140
 Dasumio Adriano, L., 49
 Dasumio Rústico, P., 138
 Decéballo de Dacia, rey, 69, 71, 73-77, 92
 Décimo Genciano, 314
 Decriano, 151
 Deyotaro, 283
 Dínamis, 206
 Diodoro Sículo, 177
 Dión de Prusa (Crisóstomo), 19, 55, 69, 81-82, 88, 210, 228, 251, 331
 Dionisio I, 177
 Dionisio de Alejandría, 322
 Dionisio (T. Claudio Flaviano) de Mileto, 278, 285, 306-307
 Dionisio el Periegeta, 19, 307
 Domicia Lucila, 80, 149, 192
 Domicia Paulina, hermana de Adriano, 27-28, 38-39, 43, 149, 260, 316, 325, 327
 Domiciano, emperador, 19-20, 33-38, 47-49, 52-59, 61-62, 64, 69, 74, 86, 91, 94, 130, 136, 146, 155-156, 164, 173, 190, 255, 294
 Domicio Afro, Cn., 192
 Domicio Rogato, 368
 Domicio Tulo, 68, 80-81, 91, 96, 140, 192
 Domitila, Flavia, 52
 Dracón, 231
 Drusila, 292
 Druso, 163, 375
- Earino, 48
 Egio Ambíbulo, C., 247, 253
 Eleazar de Modin, rabí, 344, 350
 Elio Adriano Afro, P., 27, 43, 59
 Elio Aristides, 21, 239, 383-385
- Elio César, *véase* Ceyonio Cómodo
 Elio Nicón, 220
 Elio Rasparagano, P., 118
 Elvidio, 130
 Emilio Arcano, L., 193
 Emilio Junco, L., 357
 Emilio Papo Metilio Secundo, P., 44, 84, 95, 200-201, 249
 Ennio, 109, 378, 381
 Epafrodito, 86
 Epaminondas, 234, 303
 Epicteto, 19, 86-88, 113, 144, 147, 238, 244, 252, 286, 370
 Epicuro, 147-148
 Epifanio, 301
 Erasto, 227, 283
 Erucio Claro, Sex., 103
 Espadagas, 289
 Estacio, 19, 33, 47-48, 51, 248-249
 Estacio Macedón, L., 277, 286
 Estacio Prisco, M., 348
 Estaquénfilax, 289
 Estrabón, 40-42, 205, 306, 310-311, 320, 331
 Estratón de Sardes, 223
 Éucrates, 312
 Eudoxo de Cnido, 311
 Éufrates de Tiro, 144
 Eumenes II, 219
 Eunosto, 323
 Euricles, C. Julio, 235, 237, 279
 Eusebio de Cesarea, 103-104, 168, 346, 349-351
 Eutropio, 21, 76, 97
- Fabio Adriano, C., 266
 Fabio Catulino, Q., 264, 269, 271, 273-274, 321
 Fabio Sabino, 170
 Fabricio Prisciano Carmosino, A., 284
 Fabricio Veyentón, A., 56
 Farasmanes II, 289, 336, 364
 Faustina, 192, 373
 Favorino de Arlés, 19-20, 144, 218, 237, 250-253, 357
 Fédimo, 111
 Fenestela, 42
 Festo, 21, 97
 Fidias, 236, 336
 Filesio, 336
 Filipo II de Macedonia, 230-231, 242
 Filocirio, 227, 283
 Filón de Biblos, 291
 Filópapo, *véase* Julio Antíoco Epífanés Filópapo C.
 Filóstrato, 19-20, 55, 81, 144, 211-212, 232, 250-251, 260, 278, 306-307, 338, 358, 370

- Filoteria, 147
 Flaviano, 241
 Flavio Baso, 333
 Flavio Cerial, 180
 Flavio Clemente, T., 52
 Flavio Potamón, T., 227
 Flavio Ticiano, T., 284, 301, 319
 Flegonte de Tralles, 19, 91, 105, 148, 177, 200, 204, 206, 247, 285, 307, 336, 378
 Floro, Anneo, 20, 117-118, 165, 178, 189-191, 194, 214, 250
 Frontón, M. Cornelio, 21, 117, 166, 251, 253, 260, 262, 271-272, 342, 382, 386
 Funisulano Vettoniano, 36
 Fusco, *véase* Pedanio Fusco

 Galba, emperador, 31, 40
 Galeno, 21, 220-221
 Galo, 64
 Gavio Baso, 226
 Gavio Máximo, M., 265, 374
 Gavio Silón, 42
 Gayo César, 375
 Gelio, Aulo, 19-20
 Gemelo, 170
 Germana, nodriza de Adriano, 27
 Germánico César, 92, 225, 310, 375
 Gordiano III, 204
 Graco, G., 160
 Grattio, 42

 Haterio Nepote, T., 99, 110, 129, 136-137, 143, 173, 188, 228, 296, 356, 374
 Hefestión de Tebas, 21
 Heliodoro, *véase* Avidio Heliodoro
 Helvidio Prisco, C., 48-49, 56
 Herennio Fausto, 321
 Herennio Seneción, 48-49
 Herennio Severo, 291
 Hermes, esclavo, 43
 Hermógenes, Marcio, 375-376
 Herodes Agripa I, rey judío, 292
 Herodes Ático (Ti. Claudio Ático Herodes), 20, 91, 122, 231, 235-236, 238, 244, 251, 278-280, 283, 333, 338, 357-358, 370
 Herodoto, 311, 317
 Hiparco, 90
 Homero, 225, 244, 282, 336
 Horacio, 35, 288
 Hosidio Geta, M., 110, 129

 Jenofonte, 205, 237, 241, 264, 335
 Jerjes, 242
 Jerónimo, 306, 346, 351
 Jonatán b. Be'ayan, 344-345
 Josefo, Flavio, 293
 Juda b. Manasés, 344
 Julia Balbila, 22, 90, 231, 278-279, 292, 307, 314, 318-321
 Julia Paulina, 38, 80-81, 128, 194, 238, 260, 355
 Juliano, 98, 289
 Juliano el Apóstata, 387
 Julio Agrícola, Cn., 31-32, 34, 49, 53, 57-58, 62, 78, 160, 171, 173
 Julio Alejandro Bereciano, 294
 Julio Alejandro Juliano, Ti., 103, 294
 Julio Antíoco Epifanes Filópapo C., 83, 89-91, 231, 235, 278, 292
 Julio Cándido, 86
 Julio Celso Polemiano, Ti., 221
 Julio César, C., dictador, 28, 41-42, 69, 155, 191, 196-197, 206, 216, 240, 267-268, 303
 Julio Cuadrato, A., 32, 51, 68, 86, 90, 219, 239
 Julio Cuadrato Baso, C., 71-72, 90, 94, 105, 111-112, 115-116, 119, 212, 219-220, 223, 226, 354
 Julio Euricles Herculano, C., 90, 279-280, 283, 290
 Julio Frontino, 56, 58, 60, 64, 67-68, 177
 Julio Genitor, 82
 Julio Marino, L., 54
 Julio Máximo Manliano, 79, 96
 Julio Mayor, Sex., 223, 264, 285, 354, 374
 Julio Pardalas, 221-222
 Julio Próculo, C., 259
 Julio Sabino, 76
 Julio Severino, 80
 Julio Severo, C., 290
 Julio Severo, Sex., 137, 261, 278, 283, 287, 327, 332, 341, 346, 349-350, 374
 Julio Serviano, L. (Ser), 17-18, 38-39, 59-62, 69-71, 75, 78, 81, 86, 108, 128, 140-141, 149, 253, 260, 316, 355-356, 368-369, 375
 Julio Urso, 58-60, 71
 Julio Vestino, L., 188-189, 264, 307
 Julio Vindex, C., 55, 57
 Junio Avito, 59, 62
 Junio Galión, 42
 Junio Homulo, M., 94, 98
 Junio Máurico, 48, 130
 Junio Rufino, 332
 Junio Rústico, Q. Aruleno, 48-50, 282
 Justino (Flavio Justino), 168, 345
 Juvenal, 20, 35, 136, 250, 301, 310
 Juvencio Celso, 73, 75, 282

- Kanishka, 289
- Laberia Crispina, 255
- Laberio Máximo, 71, 86, 92, 95, 108, 140, 252-253
- Lacón, C. Julio, 235
- Lapio Máximo, A. Bucio, 37
- Larcio Prisco, A., 57
- Latinio Alejandro, 115
- Libón, 260, 272
- Liciniano, 193
- Licinio Muciano, 214
- Licinio Nepote, 72-73
- Licinio Pemplena Urbano, M., 295
- Licinio Silvano Graniano, Q., 168, 239
- Licinio Sura, L., 39, 47, 58, 64, 67, 69-71, 75-76, 78-80, 122, 193
- Livio, T., 20, 266
- Loliano Avito, 314
- Lolio Paulino, M., 51, 253
- Lolio Urbico, Q., 268, 348, 374
- Lucano, 42
- Luciano, 312, 314
- Lucio César, 375
- Lucio Macedón, 310
- Lucio Vero, emperador, 18, 44, 179
- Lusio, Quieto, 71, 96, 99, 101, 103-105, 109, 111, 119-122, 162, 198, 218, 294, 298
- Malalas, Juan, 96, 100, 202, 227, 289
- Males Agripa de Palmira, 295
- Mancia, 269
- Manlio Carbón, P., 146
- Manlio Volpisco, P., 248
- Manno (Ma'nu VII bar Izates), 100, 203, 289
- Marcelo, *véase* Neracio Marcelo
- Marcia, esposa de Trajano el Viejo, 30
- Marcia Furnila, esposa de Tito, 30
- Marcial (M. Valerius Martialis), 19, 39, 42, 44-45, 47-48, 193, 250
- Marciana, *véase* Ulpia Marciana
- Marcio Turbón, Q., 54, 79, 84, 93, 95, 104, 111, 116, 118, 120, 124-125, 130, 137, 141, 154, 167, 185, 188-189, 198, 228, 239, 275, 356, 368, 374
- Marco Antonio, 235
- Marco Aurelio, emperador, 18, 39, 81, 155, 258, 260-261, 268, 382
- Marco de Bizancio, 232
- Mario Máximo, L., 18, 21, 23, 33, 35, 45, 58, 67, 70, 103, 111, 124, 132, 134, 140, 142, 158, 177, 184, 191, 195, 209, 267, 290-291, 316, 376, 379, 382, 387
- Mario Prisco, 68
- Mario Vital, L., 242
- Marulino, 28, 30
- Masabala, 344-345
- Mástor, 125-126, 375
- Matidia, Salonia, 34, 67, 92-93, 106, 110, 128, 145, 149-150, 153, 176, 257, 324
- Máurico Rústico, *véase* Junio Máurico
- Mebarsapes, 100-101
- Mecenas, C., 250
- Menemaco de Sardes, 222
- Menio Agripa, M., 165, 171, 183, 256
- Mesio Rústico, *véase* Emilio Papo Metilio Secundo, P.
- Mesomenedes, 307, 321
- Metelo Numídico, Q. Cecilio, 158-159
- Mettio Caro, 48
- Mettio Modesto C., 146, 285-286, 320, 333
- Mettio Rufo, 321
- Milciades, 90, 280
- Milón, esclavo, 43
- Mindio, L., 34
- Minicio Fundano, 82, 89, 168
- Minicio Natal, L., 80, 95, 122, 137, 155, 249, 270, 277
- Mitrídates, 364
- Mitrídates de Mesene, 289
- Mitrídates el Grande, 206
- Moisés, 299
- Mummio, L., 44, 237
- Mummio Sisenna, P., 348
- Musonio Rufo, 86
- Neracio Marcelo, 75, 78, 155, 167, 173, 178, 283, 357, 369
- Neracio Prisco, L., 68, 74-75, 108, 155, 283
- Nerón, emperador, 30-33, 36-40, 42, 48-49, 55, 57, 92, 98, 121, 146, 149, 151, 211, 228, 233, 243, 258, 268, 292, 318, 342
- Nerva, m. Cocceyo, 24-25, 55-58, 60-61, 76, 81, 90, 92-93, 96, 107-108, 130, 135, 175, 250, 255, 294, 324, 333, 359
- Nicomedes, 368
- Nigro, Pescennio, emperador, 291
- Norbano, 37
- Numa Pompilio, rey de Roma, 64, 150
- Numenio, 307, 321-322
- Octaviano, 301, 306
- Octavio, 131, 183
- Opio Sabino, C., 36
- Orión, 114
- Orosio, 204
- Otón, emperador, 55

- Pablo, 227
 Pablo de Tarso, 293-294
 Pácrates, *véase* Pánocrates
 Pácoro, rey de Partia, 92-93, 97
 Pactumeyo Clemente, P., 281, 287
 Pactumeyo Frontón, Q. Aurelio, 262
 Pánocrates, 307-309, 312, 314, 317, 321-322, 382
 Partamasiris, príncipe de Partia, 93-94, 98
 Partamaspatas, príncipe de Partia, 103, 109, 203
 Paulo de Tiro, 291-292, 294
 Pausanias, 21, 232-234, 236-237, 240, 242, 244-245, 281, 335, 337-339, 353, 386
 Pedanio Fusco, 17-18, 21, 117, 125, 128, 194, 257, 276, 355, 368-369
 Pedanio Fusco Salinátor, Cn., 81, 238, 260-261, 333
 Pedanio Secundo L., 31
 Pedón Vergiliano, M., 100
 Peduceo Priscino, M., 223
 Peón de Side, 286, 307, 320-321, 332
 Pericles, 16, 222, 280-282, 388
 Petronio Mamertino, 374
 Petronio Prisco, T., 226
 Pisístrato, 16, 91, 239
 Pisón, Cn. Calpurnio, 92
 Pisón, L. Calpurnio, 259
 Pitodoro de Tralles, 285
 Plancia Magna, 332-333
 Platón, 144, 225, 311
 Platorio Nepote, A., 44, 50, 84, 95, 116-117, 138, 149, 155, 163, 166, 168, 170, 176, 178, 228, 261, 356-357
 Plinio el Joven, 19, 21, 45, 47-48, 50, 56-59, 61, 67-69, 71-72, 74, 76, 78, 80-83, 89, 92, 94-96, 108, 115, 121, 125, 128, 130-131, 135, 140, 144, 167-168, 170, 196, 206-210, 214, 226, 260, 287, 291
 Plinio el Viejo, 62, 163, 216, 268
 Plotina, Pompeya, emperatriz de Trajano, 15, 34-35, 64, 93, 96, 100, 105-106, 110, 128, 145, 147-148, 191-192, 238, 248, 333, 366
 Plutarco, 19, 33, 45, 89-90, 121, 222, 225, 233-235, 241, 243, 281, 370
 Pola, 214
 Polemón, Antonio, 20, 23, 210-214, 217-218, 221, 223-224, 227-228, 251, 285-286, 306, 338, 357-358
 Polibio, 45
 Polieno, Claudio, 210, 357, 369
 Pompeyo el Grande, 303
 Pompeyo el Joven, 41
 Pompeyo Falcón, Q., 71, 78, 84, 95, 116, 123-125, 127, 137, 163, 165-167, 170, 173, 177, 183, 186, 214, 223, 235, 245, 247
 Pompeyo Longino, Cn., 74
 Pompilio Numa, 359
 Pomponio Baso, L., 127
 Pomponio Baso, T., 32
 Poncio Leliano, M., 167, 178
 Poncio Sabino, T., 165, 167
 Popilo Teótimo, 147
 Porcio Latrón, 42, 45
 Prisco, 44
 Propercio, Six., 214
 Protógenes, 241
 Ptolomeo I, 306
 Ptolomeo II, 306, 313-314
 Plublicio Certo, 56, 72
 Publicio Marcelo, C., 257, 290, 341, 350
 Publilio Celso, L., 95, 105, 120, 140
 Queremón, 307
 Quinciano, T. Cesernio, 264, 277, 286, 328, 348, 354
 Quintiliano (M. Fabius Quintilianus), 19, 33-36, 39, 42, 46-48, 197, 225
 Rammio Marcial, Q., 110, 114, 137, 143, 189, 193
 Rezmegas, 289
 Rómulo, esclavo, 43
 Rómulo, fundador de Roma, 150, 191
 Rosiano Gémino, T. Prifernio Peto, 287, 290, 327
 Rústico, *véase* Junio Rústico
 Rutilio Lupo, M., 95, 101-102, 104, 110, 149
 Sabina, Vibia, esposa de Adriano, 17, 22-23, 34, 77, 84, 90, 92, 110, 117, 145, 148-149, 167-168, 184, 223-224, 231-233, 279, 295, 304, 306-307, 314, 319-321, 325-326, 333, 370, 372
 Sabinio Bárbaro, 127
 Safo, 320
 Salán, 238, 261
 Salomé, 346
 Salomón, 341
 Salustio, 109
 Salvio Juliano, P., 268, 283, 328, 359, 386
 Sancuniatón, 291
 Saturnino, 38
 Segundo, 238, 261
 Séneca, L. Anneo, el Joven, 30, 45
 Séneca, L. Anneo, el Viejo, 42
 Septicio Claro, C., 20, 130-131, 137, 155, 161, 167, 184-185, 189, 207, 357
 Septimio Severo, emperador, 291
 Sertorio Severo, 45, 50
 Sextilio Ena, 42

- Símilis, 130
 Sinesio de Cirene, 388
 Sócrates, 241
 Solón, 231
 Sosia Pola, 84, 116
 Sosio Seneción, Q., 60, 71, 76, 80, 82, 84, 86, 89, 95, 116, 120, 130, 235
 Suetonio Tranquilo, C., de Hipona (Hippo Regius), 18, 20, 35, 38, 52, 55, 78, 131, 137, 143, 146, 148, 155, 163, 167-168, 184-185, 188-189, 207, 239, 259, 262, 264
 Sufena Vero, P., 333
 Sulpicio Símil, Ser., 95
 Tácito, 20, 25, 37, 45, 47, 49, 57-58, 62, 68-69, 75, 78, 82, 91-92, 108, 111, 114, 121, 129-131, 141, 146, 156-157, 160, 163-164, 171, 173, 194, 225, 228, 250, 258, 260, 290, 293-294, 310, 318
 Temistio, 365
 Terencia, 314
 Terencio Escauriano, D., 35, 144, 314
 Terencio Escauro, Q., 34-35, 252-253
 Terencio Genciano, D., 144, 314, 357
 Terpandro, 366
 Tertuliano, 317, 353, 387
 Testilo, 250
 Tettio Juliano, L., 36
 Tiberio, emperador, 20, 92, 114, 121, 129, 141-142, 146, 157, 162, 184, 194-195, 206, 227-228, 252, 259, 266, 290, 365, 375
 Ticinio Capitón, 82
 Tindaris, 333
 Tineyo Rufo, Q., 213, 299, 330, 341, 344, 349
 Tiridates, rey de Armenia, 98
 Titinio Capitón, C. Octavio, 61
 Tito, emperador, 27, 30-31, 33-34, 36, 38, 110, 163, 168, 204, 253, 293, 344, 376
 Torcuato, 272
 Trajano, Marco Ulpio, emperador, 15, 17, 19, 25, 28-30, 32, 34-37, 45-47, 49, 51-53, 59-62, 64, 67-79, 80-83, 86-88, 90, 92-113, 116-121, 123-124, 127-129, 131-132, 134-135, 137-140, 144-146, 149-151, 153, 155-158, 161, 164, 167-168, 170, 173, 175, 185, 190-191, 197, 201, 203-204, 207-210, 212, 214, 219, 227, 229, 247-249, 253, 255-256, 259, 266, 269, 271-272, 283, 289, 292, 298, 314, 333, 346, 359, 366, 376, 383, 385
 Trásea Peto, P. Clodio, 49, 121
 Trebacio Prisco, M., 79
 Trebelio Rufo, Q., 91
 Trebicio Deciano, M. Valerio, 127
 Trebio Sergiano, C., 290
 Trifón, 345
 Tulio Varrón, P., 167
 Ulpia Marciana, 34, 92, 145, 149
 Ulpiano, 295
 Ulpio Doméstico, 354
 Ulpio Trajano, M., 57-58
 Ummidio Cuadrato, 125, 127, 130, 137, 228, 260, 374
 Valerio Asiático, D., 31, 51
 Valerio Asiático Saturnino, D., 51
 Valerio Eudemon, 110, 255, 277, 357
 Valerio Flaco, 33
 Valerio Macedón, Q., 193
 Valerio Máximo, Q., 42, 82-83, 87-88
 Valerio Mesala Corvino, 259
 Valerio Próculo, L., 311, 349
 Valerio Vero, 332
 Vareno Rufo, 73, 210
 Vegecio, 161
 Ventidio, P., 102
 Venucio, 173
 Verginio Rufo, L., 55-57
 Verres, C., 246
 Vespasiano, emperador, 27, 30-31, 33, 36, 38, 46, 49, 51, 56, 89, 104, 107, 110, 204, 253, 255, 266, 281, 301, 331, 356, 376
 Vettio Latrón, M., 78, 245, 265, 268
 Vettio Valente, M., 364
 Vettuleno Cerial, Sex., 30
 Vettuleno Cívica Cerial C., 38
 Vibio Crispo, Q., 91
 Vibio Sabino, L., 34, 68
 Vibio Varo, T., 332, 355
 Violentila, 39
 Virgilio, 109, 157, 178, 378
 Vitelio, A., 37
 Vitrasio Flaminio, L., 258, 355
 Voconio Saxa Fido, Q., 349
 Voconio Víctor, 250
 Vologeses III, rey de Partia, 92, 103, 109, 203, 282, 289, 294, 364
 Xifilino, Juan, 96, 100-101, 119, 297
 Yalud, 203
 Yoshua b. Galgula, 345
 Yoshua b. Hanania, 299
 Yugurta, 158
 Zenón, 211

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES